TODOS ESCRIBEN NOVELAS DE HORROR

JUAN RAMIREZ CODINA

2008

Ilustraciones de la portada y contraportada: óleos de Carles Nadal.
Fotografías:

1ª edición:

© Juan Ramírez Codina
Reservados todos los derechos
ISBN:
Depósito legal:
Fotocomposición:
Imprenta:

TODOS ESCRIBEN NOVELAS DE HORROR

Prólogo 11

LOS DÍAS DEL CONOCIMIENTO
1er. día. Jueves 24-11-83 17
2º día. Viernes 25-11-83 29
3er. día. Sábado 26-11-83 41
4º día. Domingo 27-11-83 53
5º día. Lunes 28-11-83 65
6º día. Martes 29-11-83 79
7º día. Miércoles 30-11-83 91
8º día. Jueves 1-12-83 103
9º día. Viernes 2-12-83 117
10º día. Sábado 3-12-83 129
11º día. Domingo 4-12-83 143
12º día. Lunes 5-12-83 155
13º día. Martes 6-12-83 167
14º día. Miércoles 7-12-83 177
15º día. Jueves 8-12-83 191
16º día. Viernes 9-12-83 203
17º día. Sábado 10-12-83 217

Intermedio 229

EL CORAZÓN PERDIDO
1ª cavidad: el invierno 235
2ª cavidad: la primavera 297
3ª cavidad: el verano 409
4º cavidad: el otoño 415

Epílogo 455

Léxico abstruso 461

— ...podemos escaparnos juntos, lejos de aquí. Sólo nosotros dos. Podríamos olvidar la filosofía. Establecernos en algún lugar y, tal vez, más tarde dedicarnos a la semántica.
— Lo lamento, nena. No hay trato.
(Woody Allen, Para acabar con las novelas policiacas: El gran jefe)

PRÓLOGO

[100/1] — *¿Qué haces con esas viejas novelas?*

— Las estoy revisando para enviarlas a…

— …¿la Justicia? Bastantes líos tuvimos la última vez.

— Por eso mismo, es una vergüenza que no hayan hecho nada. Pero ahora lo denunciaré a los reality show. Y nos pagarán una pasta, ¡buenas son las teles!

— ¡Ay! dinero sí que nos hace falta.

— Pues eso, siéntate, siempre te ha gustado que te lea. Mira que se lo expliqué bien en mis tres cartas. Lo tendrán en cualquier montón de los miles de casos atrasados. Escucha la primera:

[52] "Logroño, 2-1-95

Su Señoría:

Pocas cosas me molestan más que la estupidez y ninguna me aburre tanto como la propiedad en el amor. Aquí tiene material para librar al mundo del paradigma de lo primero y a mí de mi dueña pamplinera.

Once años atrás coincidimos en un tren hacia Madrid. Yo era un opositor de pana y vedejas de mi nombre y ella, una dama de negro de muy buen ver y mejor tocar. Regresaba de mis vacaciones en mi ciudad natal y ella de visitar a su familia política.

No pareció fijarse en mí pero yo sí en ella. Leía "Extraños en un tren" y le mencioné a Highsmith antes que a Hitchcock. Entonces me miró con respeto. Había superado la prueba.

Minutos después y al cruzar ante la soledad de una estación que sangraba asediada por un sol turbulento, ya éramos un solo cuerpo.

Dos meses más tarde me habló de su vocación y me

entregó su novela "Los días del conocimiento". La leí con la pasión del amante por la amada y se la devolví con mis comentarios y una nota que decía:

"El criminal perfecto debiera ser un corredor de fondo y no un velocista. El crimen perfecto exige que alguien pague por él, un testaferro o el propio autor. La cuestión es ¿cuánto?, que la recompensa justifique el coste".

Pero antes la fotocopié. Es el primero de los dos libros que le adjunto. Narra algunos avatares de Frimario del 83. Feliz lectura y respete el secreto de las otras dos cartas. Hasta el intermedio."

LOS DIAS DEL CONOCIMIENTO

LORENA WENZEL

1984

1er. día. Jueves 24-11-83

[1] Las oficinas de Ediciones Asociadas Allendelmar estaban situadas en un palacete neoclásico del barrio de Salamanca.

El grupo editorial había nacido a principios de la década de los cincuenta, con la finalidad de potenciar, en los países de habla hispana, la idea de la madre patria. Durante años su única actividad en España, fue una revista de corta tirada —"Historia y Controversia"— que, pese a su título, navegó tranquila lejos de las aguas revueltas de la polémica y cooperó al engrandecimiento del régimen que la toleraba.

Al abrigo de la democracia creó la agencia "Servicio de noticias" que se convirtió en soporte de sus deficitarias finanzas, sostenidas hasta entonces por hilos invisibles.

En el señorial caserón tenían su sede la anquilosada revista y la trasnochada editorial de resonancias fascistas. La agencia en cambio, necesitada de dinamismo y no de paz secular, estaba ubicada en un edificio moderno, cercano al estadio Bernabéu.

El palacete era un mundo insonorizado. Gruesos muros, alfombras mullidas y paredes enteladas apagaban los pasos. La quietud habitaba la atmósfera, las grandes salas vacías, los techos altísimos. El tercer piso era el santuario de don José, el presidente de su Consejo de Administración, el mausoleo de un nuevo Médicis o Julio II. Hasta su despacho se llegaba mediante un ascensor que se elevaba a ojos vista por el hueco de la escalera, y después de atravesar un pasillo. Los cuadros que adornaban sus paredes —Tapies, Saura, Canogart, Cuixart y un largo etcétera, jóvenes promesas cuando los adquirió— habían sido el mejor negocio del grupo editorial.

Compartía la planta con la espaciosa sala de consejos; desproporcionadamente grande para la naturaleza de sus decisiones y el número de los asistentes. Salvo los conserjes y por quedar la redacción de la revista en los pisos inferiores, el camino hasta don José discurría

por una red de presencias femeninas que contribuía al conjunto estético del edificio y a la armonía de su anciano jefe.

Don José Weyler y Espinosa era un sesentón de excelente aspecto y bronceado permanente, incluso en aquella tarde de un avanzado noviembre. En teoría, sus apellidos procedían de rancias familias: el Weyler prusiano estaba oscuramente emparentado con el ilustre militar español, héroe de Cuba y Filipinas, y el Espinosa, con varias ramas de conocido abolengo. En realidad, el Weyler tenía su origen teutón más próximo y el Espinosa era patrimonio de la noble dama que acogiera por marido al fugitivo Josef Weyler y a cuyas expensas labrara su respetabilidad.

Una secretaria le anunció la presencia de Laura, su única hija y familia. La valedora de su existencia, la Espinosa de marras, hacía largos y venturosos años que faltaba. Carecía de cuñados ya que su condición de heredera única había sido requisito sine qua non del intrépido capitán nazi. En cuanto a los demás parientes postizos, pronto abominaron del cazadotes que los dejó sin fortuna. Tampoco conservaba peligrosos vínculos con su familia alemana; así que en el día de su funeral no habría otros deudos que su hija.

Laura había cumplido los treinta. De pelo castaño, heredado de su madre, y buena estatura, de legado paterno, bastante guapa si hubiera querido, estaba casada desde hacía años con un periodista de talento, Juan Manuel Somalo, director al correr del tiempo de la agencia "Servicio de noticias" y artífice de la supervivencia del grupo editorial, abocado sin su intercesión a la ruina.

Laura había sido la señorita Espinosa en los sucesivos internados y facultades que había conocido y era la señora Somalo en los ambientes sociales que frecuentaba. Pero en su intimidad, se contentaba con hablarle a su vieja amiga Laura. Y para sus atisbos de rebeldía resucitaba su apellido germano y hacía bandera de la lacra infamante que tan sólo sospechaba pues cariño y mutua dependencia, entre su padre y ella, no habían sido jamás sinónimo de confidencias.

De mente calculadora y espíritu racionalista, la raza aria había querido perpetuar en ella todos sus tópicos caracteres étnicos. Desde niña destacó como una excelente matemática, premio fin de carrera incluido; cualidades que la llevaron a dar clases, por un sueldo mise-

rable e innecesario, en un instituto periférico de la capital. Su frialdad impregnaba también su apariencia externa y su comportamiento en el amor era una incógnita a despejar.

Saludó a su padre con un beso en la mejilla, despreciando su ademán de que aguardara el fin de una supuesta conversación telefónica. Conocía la falsedad del ritual, los trucos de su imagen de hombre hiperactivo. Sus ojeras de padrino mafioso recluido en su madriguera de seda, hilos de su telaraña, delataban la siesta que su llegada había interrumpido.

— No aguanto más a Juan, no estoy dispuesta a tolerarle otra igual. Quiero que Salguero inicie los trámites del divorcio —su voz brotó dura; sin relación con la miel de sus labios en el rostro del anciano.

Renunció don José a preguntarle el motivo de su indignación y lamentó que el exquisito tacto profesional de su yerno no se manifestara también en la discreción de sus asuntos de faldas, a las que ambos eran tan propensos. Prefirió dar un rodeo y evitar una escalada de quejas y anécdotas jugosas que entorpecerían su negativa tajante a tal disparate.

— Querida hija, valora con tu juiciosa mesura que a veces los defectos de los demás, sólo a nosotros nos pertenecen —sentenció con sabiduría de lama tibetano—. ¿No habrás dado tú, con tu comportamiento, pie a sus desvíos? —apuntó en la misma línea que algunas amigas que revoloteaban en torno suyo, apóstoles de la salud de su alma.

Laura se zafó de su juego —viejos sus ardides, todo en él ya acelerada pendiente de descenso— y repitió sus argumentos: estaba harta de sus reiteradas infidelidades, de que sus romances fueran pasto de las revistas del corazón; cansada de su abandono, de pagar ella el precio de su popularidad.

Don José se incorporó de su sillón, avanzó paquidérmico por la selva enmoquetada hasta su hija y la enfrentó con un espejo. Siempre había confiado en la luna como medicina del alma.

— ¿Qué ves?

Su imagen: alta, estilizada, el pelo recogido bajo el ala de un sombrero, embutida en un impecable traje sastre de pata de gallo, cha-

quetilla corta hasta la cadera, la falda levemente por debajo de la rodilla; la compostura de una mujer de negocios con el lazo de la blusa en crep de China, como una corbata ejecutiva; hasta el último detalle: los zapatos, los guantes y el bolso de la misma piel; un bello camaleón difuminado en el paisaje.

— ¿Qué quieres decir? —incómoda Laura que se encontraba perfecta.

Diálogo de preguntas sin respuesta, de gestos que llenaban los silencios. Don José llamó a su secretaria particular y siguió voraz sus evoluciones hasta su nueva salida. No perdió de vista, mientras tanto, a Laura: distraída primero, pendiente después de la joven empleada, crítica con su modelito supermini, que apenas cubría el nacimiento de los muslos.

— ¿Qué te parece?

— Que estás hecho un viejo verde.

— Sí, más viejo que verde, pero dime: ¿la has encontrado atractiva?

— Sí —empezó a sospechar—, un poco descocada. Debe ser muy jovencita...

— Una desvergonzada sí. Pero si un día tiene marido, ¡Dios no lo quiera!, no lo perderá. Fíjate a tu alrededor: los contoneos, los escotes, las aberturas. Unas y otros, venusinas y apolíneos. Tus amigas te están convirtiendo en una mojigata.

Apaciguó, con la mano, Laura a su padre. Se sabía el sermón machista de memoria: nadie pretende fuera lo que tiene en casa, etcétera, etcétera. Ella le diría que vestía conforme a su edad y él, que todavía no era una vieja. No, para su anciana perspectiva; pero sí, para su marido que había comenzado ya la búsqueda de la juventud en el sexo; senda en la que su padre era maestro avezado.

— No quiero prédicas de moral. Lo que deseo es que llames a Salguero. ¿Lo harás? —insistió melosa.

— No —se mantuvo firme don José y tornó a sus consejos—. Debes acompañarle, modernizarte un poco, dejar esas clases. Si estuvieras más tiempo a su lado, no tendría tantas ocasiones...

— No me digas lo que he de hacer. A este paso, me recomendarás también los camisones o la ropa interior...

— Pero hija —no se pudo contener, mordaz— ¿tú crees que estas chicas usan de eso?

— Me da igual lo que lleven o dejen de llevar —gritó a su padre—. Te quiero mucho y nunca he obrado contra tu voluntad, no me obligues a hacerlo ahora.

Don José adoptó su misma gravedad. El también sabía ponerse duro en una negociación. Había dado demasiados tumbos en su vida. No se trataba de sus sentimientos, necesitaban a Juan y contaba con su hija para retenerlo.

— Hay mucho dinero en juego. Todo mi patrimonio y tu herencia por tanto —apuntó sibilino— están involucrados en la editorial y ésta depende de Juanma.

— No lo llames Juanma. Pareces uno más de su corte de aduladores. Juanma por aquí, Juanma por allá. Juanma ¿qué? ¿Juanma-marracho? ¿Juanmaricón? No lo soporto.

Los seres monstruosos del pintor José Hernández, volaron desde los cuadros a su encuentro. Sus esqueletos eran visibles bajo la carne transparente. Criaturas luciferinas, simbiosis de animales horrísonos, como espantos del Bosco, la cercaron para culminar en ella sus prácticas antropofágicas. La lucha necesaria contra su abrazo homicida, le dio fuerzas para su última frase, camino de la puerta.

— ¿Qué dinero? Sólo quiero mi libertad —apostilló el dramático mutis.

Y cabizbajo quedó don José, musitando irónico "su libertad" mientras ella descendía a los infiernos, perseguida por su cohorte de fantasmas.

[2] Laura Weyler regresó a su domicilio de Argüelles. Durante el trayecto no pudo desprenderse del malhumor que le había causado su entrevista.

Siempre había pensado que Juan debía estarle agradecido por sus tres "pes": privilegiada posición profesional. Don José acababa de revolucionar esta idea: ella había sido la mercancía y señuelo para atraer al periodista brillante. Y éste continuaba siendo el valor que su

padre le concedía. Nada importaba ante el bien supremo de la continuidad de Juan. Sus escarceos indisimulados eran tormentas de un verano perpetuo, secuelas de la insatisfacción conyugal; y los problemas de su hija, camino de mortificación necesario para arribar al paraíso de su herencia.

Abrió la puerta, cruzó el vestíbulo y se encaminó al salón sin encender la luz. Se fiaba de sus radiaciones de murciélago; su juego infantil de creerse ciega. Se desanudó el lazo de la blusa y arrojó la chaqueta al sofá, antes de llegar al mueble bar. Se sirvió una copa mediada de ginebra que apuró en tránsito hacia su habitación; también a oscuras, sin dudar ni extender los brazos protectores, confiada a la intuición de su cuerpo.

Su cuarto estaba bañado por la penumbra de la tarde otoñal. Y si en el exterior la luz iba en retirada, se había refugiado ahí, en contraste con la negritud del pasillo. Se quitó la falda y la blusa y las alejó con disgusto. Tenía presentes los insidiosos e injustos comentarios de su padre.

Descorrió la cortina para asomarse a la calle. Observaba la vida tras los cristales como una mujer de pueblo a la espera del forastero. Le gustaba atisbar, desde su discreción, los rostros —lejanos por la altura y la incomunicación— de los paseantes solitarios del anochecer, también de las madrugadas; tan distintos e iguales, pues la soledad y las frustraciones no saben de alboradas y ocasos.

Allí estaba iluminada la ventana de la habitación del estudiante. Hacía un año que había sorprendido su busto de fisgón, observándola desde su marco.

Al principio no le había prestado mucha atención: un muchacho inocente y esforzado en el estudio, excepción de una época que conocía bien por su docencia. Después, comenzó a darse cuenta de que la miraba obsesivo y pensó que memorizaba algún libro. Al fin, tuvo que admitir que era ella el objeto único de su aplicación y que sus sombras no eran lo bastante confidentes como para que su silueta —de diosa, a juzgar por la pasión de su puntual enamorado— no se recortase con nitidez.

Tal espionaje la hizo renunciar a su propia curiosidad y a su costumbre de dormir con la persiana levantada. Y en la cama, aunque

se sabía a salvo de sus miradas, creía ver sus ojos controlando su sueño. Lo suponía provisto de afinados telescopios y cámaras de potentes teleobjetivos, capaces de seguirla en sus recorridos por la casa. Nada delictivo hacía él, estudiar tan sólo; antes bien serían sus hábitos de luces apagadas y cortinas descorridas los censurables.

Así se sucedieron un invierno, una primavera y un verano, con los únicos intervalos de sus viajes porque el muchacho no supo de desalientos. El otoño le trajo la sorpresa en su primer día de clase. Tenía muchos alumnos nuevos, procedentes de colegios que hacían el COU en el Instituto, y Urrutia Gómez, Adrián era uno de ellos.

No lo reconoció hasta que pasó lista y sintió sus ojos clavados en ella. Era poco agraciado: la cara picada de acné juvenil, el pelo rojizo e indómito, alto pero también gordo, nada atlético. Laura pensó irónica que dado su deporte sedentario no podía ser de otra forma. Mantuvo su mirada y le preguntó sobre su anterior colegio. Venía de otro instituto e intuyó que el cambio había sido en su busca.

Aquella noche tenía de nuevo a Adrián ante su ventana, al final de su pasillo aéreo, de su puente veneciano. Su primer impulso fue correr la cortina y bajar la persiana pero su mano vaciló y accionó el interruptor. Ella también podía ser descarada como él: no más esconderse, aceptaba su reto. Pesaban en su ánimo las palabras de su padre —las chicas desvergonzadas que los hombres desean— y el placer de gustar al adolescente deslumbrado por su cuerpo treintañero, despreciativo de sus compañeras de dieciocho, sus rivales. Era una cierta forma de venganza: ella podía competir por sus chicos si ellas lo hacían por sus hombres.

En el proscenio y con los focos sobre su cuerpo, se quitó la combinación, el sujetador y la braguita, gustando de la emoción de Adrián que se incorporó asombrado por su graciosa concesión. Y remolonamente, sin desviarse de su encuadre, cerró el telón de su camisón de seda, con los hombros, la espalda y el nacimiento de los pechos al descubierto; sólo un velo de gasa que modelaba su figura.

Estaba contenta por haberse atrevido a poner fin a esa historia de espionaje; da igual detener al espía que regalarle la información. Recogió el vaso vacío y el libro "La tercera ola" de Alvin Toffler y regresó al salón donde repuso el líquido y se entregó a la lectura.

Permaneció absorta en la organización laboral de la nueva civilización tecnológica y en las posibilidades que los ordenadores ofrecen para que gran parte de los trabajos puedan realizarse desde los hogares. Se ahorrarían costes y neurosis de desplazamientos y aumentaría la vida familiar o comunitaria. Un día dictaría sus clases desde ese salón mientras Juan dirigía, desde otra terminal, su agencia de noticias. Se preguntó si habría sido la distancia, la causa de su fracaso. O si al contrario, esa misma falta de convivencia había hecho posible que lo suyo durara tanto.

Se sobresaltó con el timbre de la puerta. Fue hasta ella y la auscultó intentando adivinar la presencia ajena. Preguntó quién era y la respuesta sabida fue la contraseña para abrirla. Adrián Urrutia se quedó parado ante su piel desnuda, tan cercana a sus manos como jamás soñara. Laura tomó conciencia de la liviandad de su ropa en sus ojos de deseo. No era ya momento de retroceder.

— Buenas noches. Estaba intentando resolver estas inecuaciones —esgrimía un cuaderno— y... vi luz encendida y... —demasiados puntos suspensivos—. Si soy inoportuno, me voy.

Laura le obligó a entrar. No quería que un vecino les sorprendiera en la escalera y Adrián no se hubiera decidido en toda la noche. Imposible le parecía que hubiera llegado hasta allí. Supuso que se habría infundido valor alcohólico, como ella misma, y creyó percibir su aliento amargo, o quizás fuera el suyo.

— ¿Te gusto? —desdeñó Laura sus excusas.

Adrián cerró los ojos con timidez, el rostro encarnado, y humilló la cabeza en un vago gesto afirmativo. Laura arrió su camisón como una banderola en señal de rendición y ofreció su cuerpo a un Adrián estupefacto y torpe. Le tomó las manos y las posó sobre sus pechos mientras ceñía sus labios a los del muchacho, repentinamente desaforado y carnívoro en su embate. Tuvo luego que desnudarlo y conducirlo a su destino, sobre la alfombra del recibidor que guardó en su urdimbre una pequeña gota, testimonio de la impaciencia de él y de la primera rebeldía de ella.

Quedó el alumno desmadejado sin osar mirar a su profesora de matemáticas, maestra también de su iniciación en el amor, que volvía a anudarse el camisón. Adrián musitó unas palabras de despedida pero

la voz de Laura lo detuvo irónica:

— ¿No querías que viéramos esas inecuaciones? —se apoderó de su cuaderno, en blanco—. No parece que lo hayas intentado muchas veces. Como comprenderás, no debo resolvértelas pero recuerda que es cuestión de práctica, de tanteos y aproximaciones, de dar diferentes valores a las incógnitas y probar.

Adrián estaba confundido. Poco sabía de tales métodos —le interesaba más la maestra que su materia— pero creía percibir en sus palabras un doble sentido. Retrocedió hasta la puerta y salió, deseándole de nuevo buenas noches, felices como sería la suya. Se perdió así las últimas frases que Laura Weyler pronunció para sí misma:

— Me gustan las inecuaciones, las desigualdades. Reflejan mejor la vida que no esas ecuaciones exactas, imposibles.

[3] No tenía ganas de cenar. Se sirvió otra ginebra y se marchó a la cama mecida en su tercera copa-ola, que la transportaba hacia un futuro lleno de amor. Se sentía contenta aunque no hubiera disfrutado del sexo. ¡Tanto tiempo sin que la amara un hombre enamorado de ella...! Nunca le había importado que saliera mal; lo esencial era concederse las oportunidades suficientes para que los desencantos se diluyeran en un océano de satisfacciones.

¡Infiel a Juan! Muchas veces había considerado esta necesaria reciprocidad para desecharla luego. Ningún daño le reportaría a él y sólo incomodidades a ella. Una vez consumada, sintió que no había deslealtad porque ya era su inminente divorciada; de la misma forma que, en los tiempos idos del amor, no precisó bendiciones para ejercer de esposa.

Sus meditaciones la alejaban de Adrián. No habría futuro para ellos. Pero tantas veces buscaba a Juan a sabiendas de que su amor era fruto del pasado, que había aceptado complacer al estudiante y servirse de él como medicina para sus contradicciones.

Había prescindido de esa lógica que impregnaba de tiranía su vida. ¡Como para confiar a ella, la única responsable, la solución de sus problemas! Era en lo irreflexivo donde podía encontrar la libera-

ción que el raciocinio le había negado.

La tardía llegada de Juan, su inseguridad con la llave, la tonadilla de una canción que detestaba y su pudor a cantar, invencible en sobriedad, la convencieron de su estado etílico. Algo conocía de las andanzas de su marido: día a día se destrozaba el hígado y el estómago, en comidas que ofrecían un promedio diario de alcohol muy superior a sus episódicos romances con la ginebra.

Hacía varios años que dormían en habitaciones separadas; otra de las trampas lógicas que aceptó con pasmosa facilidad. El solía trasnochar y ella madrugaba, la diversidad de horarios lo imponía en aras del mutuo descanso. Había olvidado Laura si la dualidad de lechos originó la muerte del amor o si fue consecuencia de que Juan estuviera ya liado con amantes varias, pasajeras y ocasionales como siempre habían de ser en un hombre, que no conocía más pasión que su profesión, sus relaciones con las mujeres; ella incluida, atrapada, a diferencia de las otras, en la red del matrimonio.

Juan entró a desearle buenas noches; aunque nada hiciera por contribuir a ello, ni en ésa que corría ni en otras muchas en que sí lo necesitara para combatir el fantasma de la soledad que, a fuerza de costumbre, se había convertido en su amigo del alma.

Laura semejaba la Ophelia de Millais, la princesa durmiente de Burne-Jones o cualquier otra heroína prerrafaelita, en el túmulo funerario de su habitación enmoquetada y entelada, las nubes sombrías que la llevaban al Olimpo. Y Juan, un sátiro en noche de farra o un dios camuflado de mendigo tras una correría nocturna. Laura observó con disgusto su estado —tan idéntico al de ella sin embargo—, y apuntó mentalmente su aspecto espeso y que le sobraban algunos kilos.

— ¿Qué tal estás cariño? —depositó un beso baboso en la frente de Laura, que apartó los labios.

— Muy tarde vienes —constató indiferente, como hubiera dicho "hace frío" o "tengo hambre", distantes los tiempos en que llorara por sus juergas.

— Sí, ya sabes lo que son estas cosas. He tenido cena con los del Colectivo Democracia. Vamos a publicar de nuevo algunos artículos de opinión —se embaló Juan, acostumbrado a la audiencia más que a la intimidad con su esposa—. Se está perdiendo el rumbo políti-

co y alguien tiene que señalar el camino.

— Vosotros, claro.

— No lo tomes a broma. Se oyen otra vez rumores de sables; intoxicaciones interesadas de los mismos actores que continúan en igual impunidad. Esta misma noche, me ha llamado un ministro invocando nuestra amistad. Quería que ocultáramos información —se exaltó Juan, para quien la libertad de prensa era el valor máximo, por encima de la vida o la honorabilidad de las personas—, que intercediera ante mis compañeros para lograr un pacto de silencio. ¿Te das cuenta? —apocalíptico—. Son los hábitos de siempre.

— Menos mal que estáis vosotros, los nuevos mesías, para pronunciar vuestra sentencia y condena. O ¿debo decir la penitencia? porque ¿no me negarás que tenéis algo de sacerdotes, los detentadores del bien y del mal?

— Te burlas pero no puedes ignorar todo lo que hemos hecho —se inflamó; la carótida a punto de estallar pero no hubo suerte— por la recuperación de las libertades. No somos perfectos, nadie lo es —le faltó añadir "ni siquiera yo"— y en la transición hemos tenido que desempeñar papeles que no nos corresponden, ser la conciencia colectiva, asumir una función didáctica para enseñar al pueblo los comportamientos de una democracia. Tú, desde tu perspectiva docente, debieras saber que el aprendizaje es necesario.

— ¡Ah!, ya entiendo. ¡Lo vuestro es intrusismo! Yo tengo mi título de licenciada en Exactas pero ¡ya me diréis dónde habéis obtenido el doctorado en Verdad Universal!

— Es imposible discutir contigo. Buenas noches.

— Aguarda un momento. Yo también quiero contarte algo — saboreó la idea de revelarle su aventura pero le refirió la visita a su padre con escuetas palabras—: He ido a ver a papá para decirle que nos vamos a divorciar.

— ¡Qué cosas se te ocurren! Estamos pasando una mala época. Tengo mucho trabajo y poco tiempo para estar contigo. Ya sabes los sacrificios de esta profesión. Hemos superado crisis parecidas — encadenó una retahíla de justificaciones y buenos propósitos.

Se encontraba cansado, harto de preocupaciones: amenazas continuas de grupos terroristas de diverso signo, querellas y polémi-

cas, que engrandecían su ego y probaban sus nervios. En cuanto a su matrimonio, gozaba de toda la libertad del mundo y no necesitaba meterse en el lío de una separación. Se acercó a la cama e inició una caricia a desgana. No recordaba ya la última vez que se habían amado o lo que fuera aquello. Interpretaba las negativas de Laura como puramente formales, deseosa de ser tomada por la fuerza e insistió hasta que ella lo rechazó de malas maneras.

Le declaró su amor con frases deshilvanadas. Toda la resaca surgía de pronto en sus palabras. Nunca había dejado de amarla, buscaría tiempo para ellos y la resarciría de los malos momentos. Le prometió unas estupendas vacaciones en las Navidades cercanas; algo indeterminado que pudiera caer en el olvido. Lo planearían al día siguiente con calma pero ¡ay!, cuando se iba, dijo compungido:

— ¡Cuánto lo siento! Me temo que no podrá ser. Mañana a primera hora me voy a Barcelona. Asuntos de la Agencia. Regresaré el lunes, entonces hablaremos. Que te diviertas estos días, buenas noches.

Laura no le contestó. Tampoco él había esperado su respuesta. Siempre era igual: los encuentros aplazados y las despedidas inmediatas. ¿Para qué iba a querer separarse de ella, si era imposible estar más alejados? Sospechaba Laura que su viaje acabaría en un chalet perdido en la sierra con la aspirante a actriz de turno.

Voló entonces a sus tiempos de Barcelona y se preguntó en qué momento se había truncado ese amor que parecía imperecedero. Ése sí era un enigma que requería una solución esforzada. Temía Laura que las incógnitas de esa inecuación fueran solamente el cero y el infinito; iguales en definitiva, inhumanas, inalcanzables. Y, acunando este pensamiento, se durmió angustiada.

2º día. Viernes 25-11-83

[4] El viernes Laura se levantó a las siete, como era su costumbre. Se duchó y mientras resbalaba el agua por su piel, escuchó la puerta del piso que se cerraba. Era Juan, presuroso por inaugurar su agotador fin de semana. Laura supuso que la discusión había prevalecido sobre la modorra y que, tras permanecer insomne hasta el alba, había considerado oportuno evitarla y recuperarse en otro lecho más confortable. Debía tener algún picadero donde complementaba las escasas horas de sueño que se concedía en su hogar.

Salió de la ducha envuelta en una toalla, los hombros desnudos como una damita de comedia americana, y puso un par de rebanadas en el tostador eléctrico. Estaba aún caliente y las tostadas saltaron de inmediato, coincidiendo así con Juan.

En su vestidor, ante una pared de espejos, se vistió un conjunto de chaqueta y pantalón de pura lana virgen. Se observó complacida y como siempre, se encontró bonita. Recordó, sin embargo, la opinión de su padre, se desnudó, se quitó el sujetador y tornó a vestirse para contemplarse de igual modo y merecer también su aprobación. Se acusó de ridícula y reconociéndose que, prenda más prenda menos, su destino se escondía en sendas más inexploradas, se volvió a armar con su protección, recomponiendo su figura inicial.

Bajó al garaje, arrancó su coche y abordó la calle con el desasosiego habitual de cada jornada. No le preocupaban los riesgos imprevistos sino el temor de que otro día transcurriera sin el suceso mágico que aguardaba desde hacía años; demasiados para otra persona menos constante. Pero Laura Weyler era la profesora de Matemáticas y aunque pudiera haber elegido para sí la simbología de las variables, había optado por la "K" fija, dejando a los demás la dirección del juego. Llegado era el momento de que las tornas cambiasen.

Al final de la rampa, la esperaba un motorista con un aparatoso casco, en una vespa de segunda mano que, salvo las disposiciones de

tráfico, no justificaba tamaño yelmo de caballero andante. Y así debía sentirse Adrián con su ramo de flores.

— Hola, te estaba esperando.

Se preguntó Laura la hora a que habría tenido que levantarse para estar plantado ahí provisto ya de su agasajo. Y el lector de sus pensamientos le confesó con modestia que había ido a las cinco al mercado central para hacerse con ese puñado de rosas amarillas. No estaba muy al tanto del lenguaje de las flores.

— Total, no he podido pegar ojo. Quería decirte, en cuanto te levantaras que te quiero desde el primer día que te... —se arrepintió del vocablo indigno: "espié".

Laura estaba emocionada por el amor disparatado de su alumno. Sabía por la literatura y la tradición oral, la honda raigambre de la pasión platónica e imposible por profesores y maestras. El miedo por los sentimientos que había despertado, borró de golpe el legítimo orgullo por haberlos inspirado. Le tocó la mejilla en una caricia perdida, como a un perro vagabundo, y le dio las gracias en su idioma de miradas y silencios.

— No quería subir por si estaba tu... —reveló Adrián con falsa indiferencia la causa de su desvelo nocturno: no tanto gustar del triunfo como imaginar los medios para evitar el escollo que, por inalcanzable la meta, nunca meditara cómo salvar; teñida de temor su noche por la certeza de que en nada él podía ser mejor que su marido, un hombre brillante, objeto incluso de su propia admiración, modelo de su incipiente vocación de periodista; paparazzo, hubiera dicho Laura.

— No, Juan no está. Bien, nos veremos en clase, hasta luego.

— ¿Quieres venir en mi moto?

— Hace bastante frío. Si quieres te llevo. No es que me importe que nos vean juntos... —mintió Laura.

— No, es igual. Adiós.

Lo vio alejarse entre el tráfico, denso a aquellas horas, y sintió el dolor de su despedida. Arrojó las flores en el asiento trasero y se lanzó en su persecución. Lo avistó enseguida pero por dos veces lo perdió en los semáforos, antes de emparejarse con él.

— Está bien —le gritó por la ventanilla—. Iré contigo, aparcaré allí —le señaló un sitio milagroso surgido por ensalmo. La suerte

favorecía los planes de Adrián y ella no debía oponerse.

Montó tras él, se abrazó a su cintura y lo besó en el cuello, entre el casco y la pelliza vuelta de su chaquetón. Le dijo que ella también lo quería y durante el resto del viaje —ambos en silencio, abrumados por el ruido del tráfico y la emoción galopante del corazón desbocado de Adrián que contagiaba sus deseos de correr y saltar a su montura para pavor de Laura— se preguntó por qué lo había engañado.

La mañana discurrió plácida. Para Laura no tenía especial mérito dictar curso tras curso los mismos apuntes. Hizo salir a la pizarra a Adrián a resolver las inecuaciones y éste solucionó su papeleta con éxito. Los resultados eran números corrientes, ninguna veleidad del cero o el infinito. Adrián había encontrado tiempo para prepararlas durante la noche; larga y productiva para él. Laura pensó que dos hombres habían estado insomnes por su causa, justa compensación a sus desvelos cuando los primeros desaires de Juan.

Después tuvo otras clases y al terminar, regresó en taxi a buscar su coche. Lo encontró con su correspondiente multa por aparcamiento prohibido; ¡ya le extrañaba tanta suerte! Volvió a casa y comió la ensalada y el filete a la plancha de rigor. También había abjurado de la cocina, de los platos extravagantes que realizaba a dúo con Juan en sus primeros años de voracidad experimental, que comenzaba en la mesa y terminaba en la cama. La cocina, como casi todo, era para Laura cosa de dos y ella era impar; no estaba segura si una o tres.

Por la tarde una concatenación de pensamientos, iniciada con una noticia de Barcelona en el telediario, le plantearon los próximos pasos de la separación en que estaba empeñada. Su lucha sería solitaria y Laura —frágil ante las dificultades— tenía miedo no de la firmeza de su decisión sino de la montaña de papeleos y discusiones.

Nada lograría por sí sola, necesitaba torcer la voluntad de su padre, para que tan buen navegante de marañas legales y enredos sociales la condujera al puerto que deseaba. Precisaba para ello que don José Weyler y Espinosa deseara la dimisión de Juan como director de la agencia.

Su marido debía verse mezclado en un escándalo que pusiera en solfa su reputación y desacreditara a la empresa que lo cobijara. Lo

alimentaría con algún hecho oscuro del pasado, ya que era demasiado aventurado confiar en un traspié de Juan que sabía salir airoso de las situaciones más difíciles.

El pasado político de Juanma —si había de ser su enemigo no le importaba llamarlo así— era demasiado ecléctico, pese a su juventud, para ir presumiendo de fe democrática y repartiendo credenciales cual bendiciones papales.

Cuando se casaron era redactor de un periódico conservador de Madrid, dominado a la sazón por los últimos vestigios tecnocráticos. A los pocos días pasó a dirigir la sucursal de Barcelona de la recién creada agencia "Servicio de noticias" que, nacida del grupo editorial de inspiración inmovilista, iniciaba sus cantos de aproximación al liberalismo de nuevo cuño. Y en los últimos tiempos, se había pasado con su pluma a las corrientes socialistas en boga.

Su designación fue tildada de nepotismo; pero sus difamadores hubieron de admitir pronto su capacidad a medida que labraba el prestigio de la agencia. Sin embargo, sus enemigos seguirían latentes, incrementados por su triunfo, a la espera de una coyuntura favorable para lanzarse sobre su gaznate.

En cualquier caso, su pasado político no le servía. Cierto que jamás había repetido su voto; pero eso no dañaría su credibilidad en un país en que el transfuguismo era deporte nacional. Recordaba a su padre, hablando del nazismo, "todos lo habían sido de una manera u otra, incluso los que fueron encarcelados o deportados", y en España eran los mismos franquistas de la Plaza de Oriente, la clase media la que había celebrado, elección tras elección, victorias dispares. Era escéptica al respecto. A nadie le interesaba remover el ayer, muchas biografías indecentes habían sido blanqueadas y así seguiría en lo sucesivo.

Tenía que hallar algo infamante en su vida privada. Nada de galanteos; méritos más que baldones en la patria de don Juan. Había de ser un delito común que diera con él en la cárcel. Para su liberación, precisaba hundir a su marido.

Abrió un álbum en busca de inspiración. Repasó las fotos felices de sus años de facultad, las de su boda y de los viajes soñados hechos realidad. También las de su mejor época en Barcelona y allí

encontró a Mercedes Vilaplana.

[5] Mercedes era la telefonista de la agencia en Barcelona los dos años que vivieron allí. Laura no trabajaba y solía recoger a Juan, al final siempre imprevisible de su jornada, para regresar juntos a casa. En esas horas muertas de espera y pese a la diferencia de edad —dieciocho de Mercedes y veintitrés de Laura cuando se conocieron—, la telefonista fue su mejor compañía. Rememoró Laura muchas conversaciones intermitentes, interrumpidas por el teléfono y la voz monocorde de Mercedes: "Servicio de noticias, dígame".

Tantas horas de mutuas confidencias estrecharon entre ellas lazos de auténtica amistad. Frecuentemente salían las dos en las ocasiones en que Juan estaba enzarzado en reuniones maratonianas. Poco a poco, le reemplazó en aquellos lances más engorrosos como ir de compras y terminó por sustituirlo en sus paseos vespertinos; de tal modo que hacia las siete o las ocho de la tarde, Laura pasaba a buscar a Mercedes y, tras darle un beso a Juan y preguntarle a qué hora iría a casa —generalmente tarde, a veces de madrugada—, se iban a conocer Barcelona; nunca completo el conocimiento.

Mercedes hubiera servido como prototipo de burguesita catalana, de voz cantarina y afrancesada, de melena rubia, aclarada con agua oxigenada, y de piel bronceada por largas temporadas de playas y piscinas. Laura la encontraba muy atractiva, en la línea de las jovencitas que su padre le pondría más tarde como ejemplo. Su piel era pecosa, con un suave vello rubio que destacaba, como cálidas mieses, sobre la tierra de sus brazos y muslos. Eran de similar estatura y hubieran constituido una estupenda pareja de hembritas devoradoras de hombres y causado estragos —como sospechaba Laura, hacía Mercedes— entre los buscadores y perdonavidas que pululaban por los antros que frecuentaban.

Cuando le ofrecieron a Juan la dirección general de la agencia y con ella el regreso a Madrid donde Laura podría reincorporarse a su puesto de trabajo en excedencia, fueron estas aventuras con Mercedes y su misma amistad las únicas bazas que pesaron en contra.

Los atractivos eran mayores que las desventajas y un otoño, cinco años atrás, se despidieron con múltiples promesas de verse a menudo. Laura volvió a Madrid varios meses antes que Juan para comenzar el curso y preparar el hogar soñado que pronto entraría en fatal descomposición. Juan permaneció en Barcelona, primero un mes que fueron dos y al final tres, y no apareció por Madrid hasta las Navidades.

Durante ese tiempo, Laura no vio a Mercedes ninguna de las veces que fue a Barcelona; justificable por la brevedad de los encuentros con su marido y el ansia de apurar para ellos esas horas, todas pocas cuando su amor seguía en alza. Tampoco recibió cartas suyas, salvo una extrañísima felicitación navideña. Y aún más raro, cuando la llamó por teléfono, la toreó por evasivas; sorprendente conducta en una parlanchina inagotable como ella.

Todo esto, unido a la información de amigos bienintencionados, llevó a Laura a sospechar un romance entre su amiga y su marido. Normal que Mercedes le gustase a Juan si ella misma la encontraba irresistible y sabía, por la propia experiencia de sus meses paralelos, los extraños caprichos de la soledad. El tiempo jugaba a su favor y Laura intrigó ante su padre para que lo reclamara sin más dilaciones a Madrid.

Laura contabilizó esa relación como la primera de una lista de infidelidades, ingente cual las estrellas del cielo y las arenas del mar. En aquel tiempo confiaba en recuperarlo y decidió hacerse la tonta.

Esas Navidades, Mercedes hizo un viaje por el extranjero del que jamás regresó. Se la dio por desaparecida, se publicaron sus fotos, intervino la policía y se pidió ayuda a la Interpol; pero durante un mes no hubo noticias. Se llegaron a barajar distintas hipótesis, desde su fuga por un desfalco hasta su asesinato.

Hacia finales de enero, se presentó Mercedes en el consulado español en Frankfurt. Se había casado con un alemán y no pensaba volver a España. Estaba de luna de miel y, al enterarse de que la buscaban, había querido deshacer los equívocos.

Al saber Laura de su reaparición y, extrañada por la misiva de Mercedes que había ocultado, le remitió un par de cartas, vía consulado, que le fueron puntualmente devueltas porque ignoraban de nuevo

su paradero.

No tuvo más noticias suyas y si bien su lío con Juan y el posterior despecho por su abandono —así interpretó su precipitada boda— justificaban su silencio, podía ser una situación lo suficientemente misteriosa como para sustentar la patraña que terminara con el honor de su marido y le devolviera a ella la libertad. Encontraba justo que fuera Mercedes el instrumento de su salvación; igual que, en su día, fuera el punto de inflexión de su felicidad. Nunca ya volvió Juan a ser el mismo; Mercedes se lo había llevado. Quedó Laura desprovista, a la par, de marido y amiga, y se instaló en ella la soledad.

Laura miraba abstraída la foto de Mercedes. Cuando salió de su ensimismamiento, se dirigió a su dormitorio, repitiendo:

— Sí, puede servir.

De una gaveta del buró, extrajo un paquete de cartas: las de su noviazgo con Juan. Y entre ellas estaba la de Mercedes pues había entendido que se trataba de una carta de amor. La desdobló con cuidado y leyó:

"Mi querida amiga:

Llegan las nieves de la Navidad, tristes como nunca. Días más largos han transcurrido desde tu marcha que los que marca el calendario.

Los días son de diferentes colores en la distancia y el olvido que cuando nace una flor cada amanecer con el cuerpo amado. Una jornada encadena a otra y ya son semanas y meses y luego el fin.

Las alegrías de uno encierran las tristezas del otro y dando amor engendramos odio y dañamos a quien queremos. Nada debemos esperar del mañana pues el ayer consumó nuestra ilusión.

Quizá algún día pueda verte y explicarte algo o quizá no. Recibe, mientras tanto, un amoroso recuerdo de tu amiga, pese a todo,

Mercedes"

Siempre le había parecido una carta melancólica, un poco lán-

guida como a veces era la bella Mercedes a la caída de la tarde cuando, paseando bajo los árboles de la Diagonal, se quedaba en silencio, la abrazaba y le daba un beso en la mejilla, cuya razón no sabía explicar ni Laura se atrevía a preguntar. Al recibirla, la interpretó como una declaración de amores culpables que habían de dañarla a ella, a quien quizás —era la parte más oscura de su texto— también había amado o amaba todavía. Era una carta de despedida, de la separación inevitable, que tanto podía anunciar su viaje a lo desconocido como su quintaesencia: el suicidio promisorio.

Sin embargo fue una de sus últimas frases la que ahora requería su atención. Supeditaba la posibilidad de verse y darle una explicación a una fuerza ajena a su voluntad. Ese segundo "quizá" enigmático y dubitativo hacía planear sobre ella una amenaza de la que tal vez permaneciera huida o que pudiera haberla alcanzado, negando así para siempre el momento de la verdad.

Conservaba algunos recortes de periódico acerca de su desaparición; incluso extranjeros del "Bild Zeitung" y el "Frankfurter Allgemeine". De poco le servían las noticias en alemán y repasó "La Vanguardia" que tanto se ocupó del caso. Había cruzado la frontera por La Junquera, en su propio coche y sola, por lo que su pista era muy difícil de seguir desde el principio. Tampoco en el consulado había sido muy explícita y, como su misma aparición invalidaba todas las suspicacias, no se profundizó demasiado en sus declaraciones.

El periódico traía una fotografía, desvaída por el papel prensa y la acción del tiempo, de una Mercedes somnolienta y mística con el pelo corto y sus ojos azules semicerrados, como cuando caía en trance. Laura, por un instante, sintió que la abrazaba y la besaba y que ella correspondía a sus caricias.

[6] No era momento de ensoñaciones ni de añoranzas. De nada valía lamentarse por los amores perdidos. Existirían mil oportunidades para ella, hombres y dulces adolescentes la esperaban; sólo tenía que salir a buscarlos pero debía ganarse primero el derecho a ser feliz.

Miró el reloj, eran las cinco de la tarde. Había perdido casi dos

horas recreando el pasado y, aunque podía haber encontrado la llave del futuro, debía probarla antes de que la herrumbre hiciera impracticable la cerradura. Cogió una guía de vuelos y trazó el itinerario sobre una hoja de papel —MAD-FRA a las 9h 25m, llegada a las 12h y FRA-BCN a las 13h 20m con llegada a las 15h 20m— que luego destruyó. Telefoneó antes a una oficina de Iberia y reservó un billete para el primero de esos vuelos a nombre de la señora Espinosa, su hija pasaría a recogerlo en unos minutos. Tomó el coche y, evitando los atascos del éxodo supuestamente liberador del fin de semana, realizó su gestión con su mejor sonrisa para paliar el olvido del pasaporte materno: Espinosa el segundo apellido de su D.N.I. como podía comprobar.

De vuelta, se detuvo a comprar una peluca rubia, productos de maquillaje, distintas prendas de vestir y unas cuantas láminas de papel vegetal.

Ya en casa, se instaló en el despacho de su marido, con el papel y la carta de Mercedes. Podía hacerlo en su propio escritorio pero el lugar le confería un carácter de profanación. Puso el uno encima de la otra y enfocó el flexo sobre ellos. Las letras se transparentaban y una a una las calcó tantas veces como la frecuencia de su uso le indicó conveniente.

Una hora más tarde, tenía varias plantillas con la letra de Mercedes. Le faltaban algunas mayúsculas pero difícilmente un estudio grafológico encontraría tales mixtificaciones en todo un texto "auténtico".

Redactó entonces una carta para su marido, citándolo en Barcelona ese sábado que asomaba en el horizonte, y la fechó en Frankfurt unos días antes. Con las plantillas fue marcando laboriosamente las letras hasta que su trazo quedó visible y después las repasó con tinta. El folio quedó lleno de las palabras y rasgos de Mercedes. Si el grafólogo descubría un temblor diferente en el pulso de las letras, podría explicarse por el tiempo transcurrido o por un desequilibrio psicológico perfectamente justificable.

Terminó la carta, la comparó con la otra y la encontró impecable:

"Juan, mi amor:

Llegaré a Barcelona el sábado 26 a las 15h 20m, en el vuelo de Iberia procedente de Frankfurt. Me gustaría verte.

Quiero quedarme y pasar la Navidad contigo, para recuperar el tiempo perdido y retroceder estos cinco largos y tristes años.

¿Lo harás posible, mi amor? Un beso de tu amiga,

Mercedes"

Laura Weyler quedó orgullosa de su carta y comenzó a acariciar el momento en que un inspector todavía desconocido, la encontraría ante los ojos sorprendidos de su marido; torpe para expresar los sentimientos auténticos, como sería su asombro, puro fingimiento para el policía. Fue a su habitación y la escondió junto a la original de Mercedes, en el fajo de cartas de amor. Allí no la descubriría Juan.

Se sentó ante el tocador y se aplicó un bronceador sin sol, para que su piel adquiriera los colores tostados de Mercedes. Sus cejas eran castañas como las de Mercedes; prueba irrefutable de que ésta se teñía o se aclaraba el pelo. No podía cambiar sus ojos pardos por otros azules y, a esas horas, le resultaba imposible agenciarse sofisticados colirios o lentillas. Confiaba más en la sorpresa que en lograr la perfección imposible. ¿Quién recordaría el color de sus ojos, menos aún los de la desaparecida muchacha?

Se recogió los cabellos con una redecilla y se probó la peluca. La peinó deliberadamente de forma distinta. En cinco años habría variado la medida y el corte del cabello. El suyo sería más rizado y largo. Luego desempaquetó la ropa: un pantalón verde militar con muchos bolsillos, una blusa estampada, unos zapatos de ante y una gabardina negra, reversible en blanco. Se vistió y se contempló en el espejo disfrazada de Mercedes. Avanzó hacia ella y le dio un beso en la mejilla como tantas veces. Por un momento, los labios juguetones de las dos se unieron en la luna pero los retiraron al tiempo, pudorosas.

Llamó entonces a la oficina de Iberia del aeropuerto de Frankfurt y reservó un billete a su nombre para el vuelo de mañana a Barcelona. Abandonó a su amiga e, inspirada por la luz que veía en la ven-

tana de su amante, marcó su número de teléfono. Ocultó su personalidad tras el genérico "una amiga" y una voz maternal le pidió que aguardara un minuto.

— Estoy sola. ¿Quieres pasar la noche conmigo? —le planteó directa y Adrián tartamudeó al otro extremo del hilo—. ¿Quién hay contigo?, ¿no puedes hablar?

— Bueno, bien, iré un rato. Hasta luego, Tere —llegó a Laura su respuesta cifrada, un hatajo de mentiras en honor de su madre, y colgó el teléfono a imitación suya.

Pensó fugazmente en aguardarle disfrazada de Mercedes —una forma de amor entre ellas con Adrián de médium— pero se impuso cordura y, cuando ya sonaba el timbre, se quitó la ropa y la peluca y se lavó la cara.

Recibió a su alumno en la puerta y moderó sus ímpetus, para que dieran lo mejor de sí mismos en el dormitorio y no sobre el suelo, duro pese a la alfombra, aún doloridos gozosamente sus huesos.

Su deseo parecía acrecentado y tal diríase que la necesidad sexual acumulada por Adrián en su día de abstinencia era mayor que la original de dieciocho años de castidad. Sólo cuando sus apetitos mutuos, primigenios en él y desatados en Laura, estuvieron saciados, pudo aclarar la críptica respuesta de Adrián: Tere era la hermana de su mejor amigo y los había puesto por excusa.

— No hay nada entre nosotros, no te pongas celosa. Por cierto, he de avisarlos. —Saltó de la cama hacia el teléfono—: No te preocupes, no les diré que estoy contigo.

En efecto, escuchó cómo Adrián fabricaba sobre la marcha una evasiva, a la que no prestó demasiada atención. Todo estaba arreglado pero tendría que irse de madrugada pues su madre —viuda y él, hijo único— prefería que durmiera en casa aunque regresara tarde.

No le importó a Laura. Estaba dentro de sus planes desprenderse de él al amanecer. Le dio por pensar que lo ignoraba todo de ese muchacho que, de nuevo, se arqueaba sobre su cuerpo, y sintió por él una gran ternura. Representaba, para ella, aquellos tiempos del amor en que había que propiciar cada ocasión con el disimulo y nada era impedimento bastante para lograr la unión de los amantes cuando el deseo brillaba entre ellos.

3er.día. Sábado 26-11-83

[7] Laura Weyler y Adrián Urrutia pasaron toda la noche entregados a las escaramuzas del sexo. El clarear del día sobre el campo de batalla descubrió dos ejércitos victoriosos; tal ha de ser en los lances galantes. Adrián había caído, tras el último envite, en una duermevela inquieta y Laura gustaba de su rostro, afilado y viril donde antes hallara blandura y trazos borrosos.

Meditaba Laura en su noche de amor, desechó la idea de remontarse en la memoria buscándole parangón y se preguntó si no habría que hablar de la primera vez de cada amor y no de un único estreno irrepetible. Aunque fuera el de su pareja, amén del entrenamiento de la víspera. Comprendió entonces la persecución que de la virginidad hacen los ancianos adinerados, la fuente de la vida que precisan para nutrirse, pero no aceptó que ella hubiera entrado en esa senda que ya llevaba recorrida su padre e iniciada su marido.

Eran las siete de la mañana. Tendría que darse prisa si no quería desbaratar su plan. Adrián había rebasado su límite horario y se vistió deprisa sin apenas intercambiar palabras con Laura pues nada hay de peor gusto que el interrogante sobre el propio comportamiento sexual, máxime si pregunta tal suele ser compañera de la mediocridad y la torpeza.

Laura corrió la cortina para comprobar los progresos del día, neblinoso e indecisa la luz en la frontera de las tinieblas, y topó como siempre con la ventana iluminada de Adrián. Necesitó unos segundos para recapacitar que él se encontraba a su lado, atándose los zapatos, y le apuntó con frialdad:

— Está encendida. Nos vigila.

— Será mi madre —contestó Adrián, molesto por las protestas que adivinaba, más que por los fantasmas que habitaban en Laura—. Menuda bronca me espera. Bueno, habrá merecido la pena —y la besó en la boca para recomenzar su escalada.

Laura se retiró, lo empujó hasta la puerta y lo cameló con la promesa de otra cita ese mismo domingo que alboreaba.

— Ven a buscarme esta noche, a las diez. Estoy agotada y dormiré todo el día. No me llames porque descolgaré el teléfono. Hasta luego, mi amor —lo metió en el ascensor y agitó su mano de despedida, agachándose al tiempo que descendía Adrián, hasta que el hueco lo engulló y lo negó a su vista.

Se duchó con celeridad y se vistió la ropa que más abominaba: un pantalón vaquero, una camisa escocesa llena de bolas y una chaqueta portuguesa de gruesa lana. Renunció a espiarse en el espejo, consciente de encontrarse horrorosa aunque también segura de que, si topaba con algún conocido, tal metamorfosis le serviría de camuflaje.

Cogió una bolsa publicitaria y metió en ella sus compras vespertinas. Guardó los recortes de periódico en el bolsillo de la gabardina. Bajó al garaje y enfiló en su coche hacia Barajas. Llegó con el tiempo justo de embarcar en el vuelo de Frankfurt, como la señora Espinosa; más bien la señorita por su aspecto de estudiante progre al descubrimiento de Europa.

Durante el viaje consiguió dormir un poco. Necesitaba reponer fuerzas. Despertó cuando la azafata rogaba a los pasajeros que hicieran uso de sus cinturones de seguridad y que no fumaran porque iban a aterrizar en Frankfurt, en breves minutos. No prestó atención a la temperatura y sí, en cambio, escuchó intranquila que la aeromoza les deseaba que hubieran tenido un buen viaje. Le solía molestar ese manifiesto antes de tomar tierra, que parecía quedar al margen de la responsabilidad de la tripulación.

Pero ya estaba en la pista y uno de los brazos tentaculares había avanzado hasta la puerta del avión. Siguió a la manada y pasó sin problemas el control de pasaportes. Quedó perdida en el tráfico de pasajeros que corrían de un extremo a otro; los mismos rostros alterados que impresionaban a Laura en las muchedumbres. Intentó vencer sus aprensiones y repasó sus próximos movimientos.

Cambió en marcos el dinero que precisaba. Provista de dinero federal, adquirió otra bolsa de viaje, tarjetas postales y algunos recuerdos de segura adscripción a Frankfurt. Se encerró luego en un aseo. Se maquilló y enrubió y se vistió con las ropas de Mercedes.

Repasó las prendas viejas para que no quedaran etiquetas comprometedoras, las metió dentro de su bolsa madrileña y las dejó abandonadas. Salió transmutada y se encaminó a una cabina telefónica. Llamó a Barcelona, al hotel Princesa Sofía, y reservó una habitación doble para ese fin de semana a nombre de los señores Vilaplana.

Corrió entonces para recoger su billete para el vuelo hacia Barcelona, que ya estaba embarcando. De pronto, descubrió una figura de gabardina blanca, pantalón y zapatos verdes, el pelo rubio, el rostro bronceado y una bolsa de viaje en la mano, que la miraba con asombro. Era Mercedes Vilaplana y el susto dejó paso a la satisfacción, al saberse reflejada en un espejo. Se acercó al mostrador y facturó su bolsa para que constara el talón de equipaje.

(Se precisa la estupidez de los acólitos para levantar un mundo. Adiós creación si mira el pasaporte).

Pronto se encontró oteando de nuevo por su ventanilla la superficie de la pista. Los motores comenzaron a rugir e imaginó la hipótesis de un accidente fatal y su cuerpo calcinado, bajo el nombre de Mercedes Vilaplana. Su desaparición y la simultánea entrada en escena del cadáver de Mercedes hubiera sido un enigma aún más difícil de resolver que el que ella se proponía.

Sudaba y achacó el agobio a la peluca, aunque se debía a las emociones que la asaltaban.

— Sind Sie krank? ¿Se encuentra bien señorita? —le preguntó en alemán primero, en castellano después, su compañero de vuelo—. Estupendo, es usted española —prosiguió una vez que Mercedes hiciera un gesto afirmativo—. Así podremos hablar. Los viajes en avión se hacen tan aburridos.

Sus palabras lo delataron como un don Juan de los aires. Hay tanta carga erótica unida a encuentros casuales en asientos contiguos, por culpa de la literatura, del cine, de la vida probablemente... Mercedes valoró en breves segundos la situación: sería útil contar con un testigo que la recordara.

— Siempre tengo miedo al despegar y aterrizar —se justificó.

— ¡Pero si ya estamos volando!

Así era, se asomó y vio que la tierra iba quedando lejos. Ya no sudaba y tenía más bien frío. Examinó a su acompañante, Carles Adán, de su edad, escultor según le dijo. Su nombre le resultaba familiar, era medianamente conocido y creía haber visitado alguna exposición suya. Se le presentó como Mercedes Vilaplana, le explicó que llevaba cinco años ausente de Barcelona y que vivía en Frankfurt, y le rogó que le dejara echar un sueñecito. Le obsequió con una sonrisa prometedora y lo incitó a despertarla cuando llegaran.

— Sin muchos miramientos —añadió pícara—, duermo como un tronco.

Le pareció que habían transcurrido apenas unos minutos cuando sintió la mano de Carles sobre su brazo y escuchó sus palabras demasiado cercanas, anunciándole el aterrizaje.

— Me podía haber ahorrado el trance y despertarme en tierra. Es usted perverso —le sonrió con un mohín acariciante que desde luego lo era y que tomó inconscientemente del recuerdo, de los coqueteos de Mercedes. La imitaba sin proponérselo. También en el acento y en la inflexión de la voz. Gràcies a Déu, Carles no li havia parlat en català.

Su nuevo galán se brindó a acompañarla al hotel, tenía el coche en el aeropuerto, y Mercedes desechó su ofrecimiento, tras una vacilación intencionada, con la excusa de estar citada con un amigo. El llevaba únicamente equipaje de mano y se despidió, junto a la cinta transportadora, una vez que lo disuadiera de ayudarla con las maletas.

En cuanto se hizo con su bolsa, se dirigió al punto de encuentro y, en un mostrador cercano, la dejó olvidada con todos los souvenirs de Frankfurt.

Comenzó entonces otro capítulo de su representación. Sus ojos, soñolientos y surcados de ojeras tras la noche en vela, completarían la imagen de desequilibrio que pretendía. Apretó a correr por el vestíbulo perseguida por un alguien imaginario que, blandiendo un cuchillo, estaba a punto de atravesarla y gritó "¡taxi!, ¡taxi!" aun antes de abandonarlo. De esta guisa salió del aeropuerto Mercedes Vilaplana, en su regreso a Barcelona.

[8] Los taxis aguardaban con la tarifa dispuesta para compensar su espera de horas. Pero, para su desgracia, habían de perder cliente tan propicio, porque se adelantó hacia ella un Mercedes deportivo, aparcado en doble fila.

— ¿Dónde sino en un Mercedes has de viajar tú? —sonriente al volante Carles Adán que tenía curiosidad por conocer la catadura de su amante clandestino, según había catalogado la naturaleza de su cita.

Al verla salir sola, se sintió desilusionado por su ardid para quitárselo de encima. Pero le ganó su ansiedad. Era la caricatura del pánico. Jadeaba por la carrera —intencionada en pos de la verosimilitud— y hablaba entrecortadamente. No respondió a sus preguntas, montó en el coche y continuó con su cantinela paranoica —"¡corre, corre!"— sin atinar a articular otra palabra que sacara de dudas a su espontáneo campeón. Carles reaccionó de forma autómata y conforme a sus deseos alcanzó la autovía de Castelldefells. Y entonces le pidió que la llevara a la comisaría de Vía Layetana.

— ¡Ha intentado matarme! Tenía una pistola, igual que hace cinco años —lloraba, hipaba, se desquiciaba Mercedes.

— Pero ¿quién? —tuvo que repetir varias veces su pregunta.

— Juanma, ¿quién si no?

Su respuesta nada aclaró a Carles Adán que desconocía la historia. Le ofreció un pañuelo para que se serenara y Mercedes consideró oportuno dar por terminada la histeria.

— ¡Un momento! —frenó bruscamente—. ¿Dónde está tu equipaje?

— En el aeropuerto pero sigamos. Ya lo recuperaré. Llamaré desde la comisaría. —Y para vencer su resistencia, comenzó el relato—: Quizás mi nombre no te suene pero hace cinco años dio bastante que hablar. Me dieron por desaparecida y pensaron que había muerto —le enseñó los recortes pero no pudo prestarles demasiada atención, pendiente como estaba de la carretera—. En realidad, me había casado con Klaus. Hasta ahí la versión que conoce la policía, la que declaré cuando me presenté en Frankfurt. Luego volví a esconderme porque tenía miedo de que me matara.

— ¿Quién? ¿Klaus, tu marido?

— ¡Klaus!, ¡si es el hombre más bueno del mundo! Y yo me he portado tan mal con él —se perdió deliberadamente en otra rama de su vida y reanudó el llanto, de contrición ahora.

— ¿Quién quería matarte? —insistió Carles.

— Juanma, ya te lo he dicho —con descarada inocencia Mercedes.

— Juanma ¿qué?

— Juanma —saboreó los adjetivos con que dos días antes lo bautizara— Somalo.

— ¿El periodista?

Asintió Mercedes con la cabeza y le explicó:

— Era mi jefe de la agencia "Servicio de noticias". El estaba casado pero cuando le nombraron director en Madrid se quedó unos meses solo. Su mujer daba clases y había comenzado el curso. El caso es que... ¡Bueno!, yo le amaba. Fueron unos meses maravillosos —ensoñadora Mercedes, quebrada en amargura— pero él me engañó. Dijo que me quería, que se separaría de su mujer. ¡Mentiras, mentiras, mentiras! —se exaltó—, todo mentiras —derrumbó su voz hasta el sigilo—. Le reclamaron de Madrid y un buen día me dijo que lo nuestro había terminado, que había sido muy bonito y patatín y patatán. Yo le lloré, le supliqué como a ningún hombre había hecho ni haré, pero él se mostró inflexible. Tenía su mujer, su trabajo, ella es la hija del dueño de la agencia... Yo era la única perjudicada. Entonces le amenacé con contarlo todo. Me dijo que me mataría y lo intentó en una ocasión. Habíamos hecho el amor y me había quedado dormida. De pronto, me desperté con una sensación de ahogo y él apretaba mi cuello... —y las manos de Mercedes rodearon su garganta con horror—. Mis ojos abiertos lo hicieron retroceder y yo... me marché al extranjero.

— ¿Por qué no fuiste a la policía?

— Y ¿quién me hubiera creído? Dirían que actuaba por despecho y era cierto. Me había despreciado y yo seguía amándolo. No podía volver, él era el poderoso. Preparó pruebas falsas que me comprometían en un robo. Tuve suerte de encontrar a Klaus pero no he conseguido olvidarle.

¡Qué suerte tienen algunos!, pensó Carles, atraído por sus pa-

labras como antes por su físico, pero dijo:

— ¡Menudo pájaro, Juanma Somalo! No me lo imaginaba así. Apenas lo conozco aunque hemos coincidido en alguna fiesta.

Sus palabras la alarmaron pero darían credibilidad a su testimonio. La suerte seguía acompañándola, buen presagio de la justicia y feliz remate de sus planes.

Discurrían ya por la Gran Vía de les Corts Catalanes, y después por Vía Layetana; Pau Claris en su primer tramo, según rezaba un letrero. También la ciudad era distinta de la que conociera sus días de amor. Había querido sumarse a su esforzada labor de eliminar todo vestigio de su felicidad.

— Comprendí que no podía vivir sin él y que era preferible jugar mi baza que continuar escondiéndome. Se lo confesé a Klaus, que se portó admirablemente, y escribí a Juanma, citándolo hoy en Barcelona. Se presentó violento, de malas maneras. Me puso una pistola en el estómago y me aseguró que si no me iba en el primer avión, no importaba dónde, no saldría tan bien librada como entonces. Y... lo demás ya lo sabes —se arrojó, sollozando, en brazos de Carles, que acababa de aparcar frente a la comisaría—apareciste tú y...

— Vamos, vamos, no te preocupes. Ya estás a salvo.

Entraron y Carles Adán se dio a conocer, sin aparente éxito pues el funcionario no debía ser entendido en arte ni frecuentar las altas esferas sociales. Le explicó que Mercedes quería presentar una denuncia porque habían intentado matarla.

Impertérrito el policía, se puso ante su máquina de escribir y fue tomando sus datos. Le requirió el carnet de identidad y Carles se anticipó con la noticia del equipaje abandonado. El respondía por ella. Mercedes le sonrió con afecto y sacó tímidamente los recortes de periódico, que por fortuna llevaba en el bolsillo, por si sirvieran de identificación. El policía se interesó más al leer los titulares pero, meticuloso, procedió a llamar primero al aeropuerto para que localizaran sus bártulos: una maleta de cuero verde, su bolso y una bolsa de mano, que había dejado cerca del punto de encuentro, según la descripción de Mercedes.

El policía anotó su historia en los mismos términos en que se la relatara a Carles, y apuntó con fruición el nombre del sospechoso,

famoso en las esferas castrenses y policiales a causa de sus múltiples enfrentamientos dialécticos.

Les comunicaron del Prat que habían hallado la bolsa pero no la maleta ni el bolso con su documentación. Tendría que denunciar el robo. La bolsa se la enviarían donde indicara. Mercedes dijo que tenía habitación reservada en el Princesa Sofía y solícito el policía llamó al hotel. Pensó que quería confirmar su reserva pero se limitó a dar cuenta de su próxima llegada y del percance de su equipaje.

Mercedes agradeció sus gestiones y pidió protección. Juanma podía intentar algo contra ella. El agente le indicó que eso escapaba a sus competencias y que, cuando llegara, el inspector decidiría. Debía esperar en el hotel a que se pusieran en contacto con ella.

Mercedes simulaba estar asustada y manifestó su voluntad de no salir de allí sin escolta. Aguardaría el tiempo que hiciera falta. Entonces Carles, hombre de mundo, preguntó en qué bar acostumbraba comer el inspector y partió a su encuentro, después de darle un beso a Mercedes.

— No te preocupes. Volveré con él aunque tenga que traerlo a rastras.

Mercedes acarició el pensamiento de que quizás Carles hubiera sido un amante más conveniente que el marido de su amiga Laura, pero ya era tarde y tenía que desaparecer. Esperó que el policía se ausentara un momento y se dirigió a la calle, saludando a su paso al guardia de la puerta que le devolvió cortés el saludo mientras admiraba su tipo.

[9] En cuanto se supo libre, recuperó sus modales del aeropuerto y clamó por un taxi, al tiempo que cruzaba Vía Layetana, bastante desahogada de tráfico a esa hora sabatina. Alcanzó uno que respondió a sus demandas, en dirección montaña, y le señaló como destino "cualquier sitio" que luego precisó como la Plaza de Cataluña, que seguro recordaría el taxista cuando lo interrogaran. Consideraba Mercedes a la policía según sus cánones peliculeros lo suficientemente hábil para seguir todas sus pistas falsas pero no para descubrir su su-

perchería.

Se metió en El Corte Inglés, hizo las compras lógicas de quien ha perdido su equipaje y se dirigió al servicio, donde se quitó la peluca y se lavó la cara. Se remangó los pantalones para que quedaran ocultos bajo la gabardina, y volvió ésta del lado negro de tal forma que donde había entrado una muchacha rubia con pantalones verdes y gabardina blanca, salió otra morena con falda y gabán negro, que dejó olvidadas sus recientes adquisiciones.

De los servicios pasó a los teléfonos. Marcó el número de la comisaría y se dio a conocer. Explicó deslavazadamente que había huido porque lo había visto por la ventana.

— Por favor, señorita —le rogaron—, ¿con quién desea hablar?

— Me persigue un hombre. Se llama Juanma Somalo, quiere matarme. Me encontró en el aeropuerto y luego me siguió hasta la comisaría. Acabo de estar con ustedes. ¿Ha vuelto ya el señor Adán?

En aquel momento se hicieron cargo de su llamada. Carles había cumplido su palabra y estaba orquestando una bronca fenomenal por su desaparición. Mercedes sintió lástima por el policía responsable de su marcha y por el ingenuo mirón de la puerta que referiría su partida. Su interlocutor le pidió que no se retirara, iban a hablarle.

— Señorita Vilaplana —le ordenó una voz que se identificó como el inspector Martín Sabio, nombre que la convenció de que había hecho bien en salir de estampida. Ante él toda su patraña se hubiera desmoronado de inmediato. Habría repasado el expediente de su desaparición y tomado sus huellas para su posterior confrontación—, escúcheme bien. Preséntese a cualquier empleado de El Corte Inglés y que la lleven con los guardias de seguridad. Ahora mismo les informaremos. Enseguida estaremos con usted.

— Sí, sí, sí... —contestaba con monosílabos pausados—. ¡Oh! —simuló la aparición siniestra de su perseguidor— está aquí. Tengo que... —y cortó.

Se apresuró Laura. El inspector estaría ya marcando el teléfono de los grandes almacenes y pronto la buscarían los vigilantes. Descendió a la planta baja y, cuando se dirigía a la salida, escuchó por los altavoces que la reclamaban. Observó también que los encargados de

seguridad se situaban en las puertas, provistos sin duda de su descripción y de la de Juanma. Pero ella salió sin dificultad porque nadie quería nada de Laura Weyler. Mercedes Vilaplana descansaba de nuevo en las nebulosas de su misterio.

Cruzó al centro de la plaza para asistir desde allí a la llegada inminente de la policía. No la decepcionaron y dos o tres coches tomaron posiciones en torno al edificio mientras los curiosos se amontonaban. De uno de ellos, vio descender a Carles Adán; su encuentro había sido prometedor. Algún día Laura Weyler se atrevería a pedirle a su marido que se lo presentara, aunque quizás Juanma ya no estaría a su lado y sería otro el intermediario.

Junto a Carles, se había apeado del coche un hombre delgado, de estatura media y calva prominente, ataviado con la gabardina tópica. Debía tratarse de Martín Sabio, su contrincante en los días que seguirían o mejor, el de su marido y por tanto su principal aliado.

Adivinó Laura que, en breves momentos, descubrirían sus compras en el lavabo de señoras y que no faltarían dependientas que la reconocieran en las fotos de Mercedes. Ya lo festejaría cuando se encontrara libre de todo riesgo. Cogió un taxi a la Plaza de España y allí otro hasta el aeropuerto; excesos de prudencia que tal vez no resultaran de más.

Se dirigió al mostrador del Puente Aéreo para comprobar, con contrariedad, que tendría que aguardar una hora. Fueron pasando los minutos, visitó el lavabo y eliminó los restos de pintura que quedaban en su rostro tras su precipitada limpieza, compró unas gafas de sol para ocultar sus ojos, y se entretuvo por el vestíbulo.

Cuando estaban embarcando, oyó por los altavoces el nombre de Mercedes Vilaplana. Su primera reacción fue de sobresalto pero nadie le prestó atención. Suponían que Juanma pudiera obligarla a abandonar el país. Divisó a lo lejos la calva del inspector y el pelo de Carles Adán, dirigiéndose hacia Salidas Internacionales. Nunca imaginarían que Juanma la enviara a Madrid, donde estaba su familia.

Su vuelo de regreso corrió sin novedad e igualmente el traslado hasta su casa, donde llegó a las nueve, trece horas después de su partida. Nada más traspasar el umbral, se estiró perezosa. Al sueño de la noche en vela se sumaba el cansancio de su aventura.

Se desnudó y se entregó a una ducha reconfortante. A continuación ocultó la ropa y la peluca de Mercedes en un altillo, entre antiguallas pasadas de moda. Prefirió no deshacerse de ellas, por si Mercedes tenía que reaparecer.

Colgó el teléfono que, al instante, inundó la atmósfera con su repiqueteo. Lo dejó sonar varias veces y lo atendió por fin, carraspeando un poco antes de contestar con voz apagada, a mitad entre la resaca y el bostezo.

— Al habla el inspector Martín Sabio de la Jefatura de Policía de Barcelona —en esta ocasión parecía la cordialidad personificada.

— ¿Le ha ocurrido algo a Juan? —preguntó a su vez, como una esposa angustiada por la posibilidad de un fatal accidente.

— Eso es lo que queremos que nos diga, señora. ¿Sabe dónde se encuentra?

— En Barcelona. ¿Qué ocurre?

— Pura rutina —bien sabía Laura cómo enmascaraban los hechos—. ¿Podría precisarnos cuándo salió, dónde se hospeda, cuándo regresará, si tenía que encontrarse con alguien?

— Se fue el viernes por la mañana a Barcelona, por asuntos de la agencia. Y regresará mañana por la noche o el lunes a primera hora. No sé dónde tenía intención de quedarse. Quizás en la agencia lo sepan.

— Muchas gracias, nos ha sido de gran utilidad —les había confirmado su presencia en Barcelona; suficiente para que comenzaran a tomarse en serio la historia—. De todos modos, si regresara antes, dígale que se ponga en contacto conmigo, Inspector Martín Sabio de la Jefatura de Barcelona. No lo olvide.

No debía preocuparse, no lo olvidaría. Laura se sintió feliz: su actuación tocaba a su fin. Había estado magnífica, le iba la acción, y allí estaba, en el timbre de la puerta, puntual como su deseo, Adrián, listo para pasar con ella su tercera noche de amor.

Abrió a su chico y lo contentó con un beso en los labios. Lo retuvo en el salón mientras se vestía y le obligó a dejarse invitar en un cinco tenedores. Tenían muchas cosas que celebrar. También su romance, como cándidamente interpretó el muchacho. Ya tendrían ocasión luego de cerrar el paréntesis que abrieran al amanecer.

4º día. Domingo 27-11-83

[10] Las primeras horas del domingo sorprendieron a Juan bordeando las playas del estrecho al volante de un vehículo francés, como uno más de los cientos de emigrantes marroquíes. Aspiraba moroso el humo de su cigarrillo Gaulois, voluntariamente ajeno al juego de sombras y claridades que se sucedían en el exterior.

Hacía años, al pisar por primera vez esa tierra de confluencia de continentes, culturas e intereses, había descubierto en el levante la voz sorda de la naturaleza, que penaba sus remordimientos en un quejido lastimero, y el azote —verdaderos flagelos, la arena contra el bañista— con que defendía su virginidad.

En sus visitas de soledad, había encontrado en el viento su más fiel aliado y consejero. Sus esporádicos y variables contactos lo habían convencido de ser él su portador y se había sentido dios de las tempestades. Poco tardó en reconocerlo como único propietario de esas tierras y mares; una auténtica patria para Eolo.

Aprendió a convivir con él, a ignorarlo y jamás saldría de su boca un comentario adverso ni una simple referencia; igual que nadie se admiraría de que saliera o se pusiera el sol. Amaba su fragor porque le ocultaba otros ruidos más amenazadores, el final fúnebre que auguraba a esa aventura en que se había ido encenagando por años, a partir de un suceso irreflexivo, la trampa que perfectamente le tendieran.

Abandonó la carretera nacional de Málaga a Cádiz y tomó la comarcal de Medina Sidonia que lo dejaría cerca de Jerez, en dirección a Sevilla. Quería ahorrarse una zona congestionada de tráfico y el encuentro siempre posible con un conductor borracho de peregrinaje por ventas y paradas, y no porque estimara en gran cosa su existencia sino por un sentido estético de la muerte: nada más ingrato que iniciar el tránsito como Hervé Dorleac, según las señas del falso pasaporte que lo identificaría como el barbudo conductor, desnucado al volante.

Estos extraños pensamientos le recordaron las molestias que

padecía desde hacía dos días a causa de su barba postiza y de sus gafas de malhechor. Eran vidrios oscuros, sin graduación, cuya finalidad —sospechaba — era que se estrellara o que, de ser interceptado, recordara lo menos posible de sus interlocutores, más que el declarado objetivo de camuflarlo; labor más esforzada en los últimos años por mor de su creciente fama.

Juan, tan distanciado de Laura como atestiguaban los kilómetros, no podía ni con mucho imaginar que pocas horas antes su mujer hubiera experimentado un proceso mental paralelo al sentirse agobiada por la peluca y temer una jugarreta del destino. La convivencia había modelado en ellos las mismas manías y obsesiones, que cobrarían trágica actualidad con el accidente de un avión colombiano en Mejorada del Campo en las inmediaciones de Barajas.

Se alejaba del levante amigo y afrontaba los campos secos, el polvo de tantas vidas sin lluvia. Comenzaron a asaltarle los temores que el viento había mantenido a raya. Venían encadenados con un gazapo que se cruzaba a su paso o con la aparición fantasmal de un campero en su motillo a oscuras. Eran labriegos y peonadas de destino incierto en ese domingo, tan laborable para ellos —es decir, nada— como cualquier otro día de la semana. Hacía dos meses que había terminado la vendimia y se dedicaban a la obligación, cuando es ley de vida, de la caza furtiva; esquilmados los páramos y calveros por la generalización del hambre.

Pobres hombres, ajenos a los problemas que embargaban al conductor que acababa de adelantarlos, sin otro sentimiento hacia él que "franchute de mierda", por el susto recíproco que les había dado: no fuera a tratarse de una patrulla de carreteras o de un guarda jurado con escopeta de perdigones al servicio del latifundio. Hombres de la tierra —terrible eufemismo, oración jamás reversible por pasiva, tierra de los hombres, ideal mítico— que conformaban para Juan la imagen de los nuevos bandoleros, al socaire de los consejos de sus anfitriones. Frases a media voz que hablaban de casos aislados, de hombres desesperados —las manos y el morral tan vacíos como las bocas de los suyos— dedicados a la caza mayor del animal motorizado.

Y no disiparía sus temores hasta verse a salvo en la civilización de la autopista. Era el suyo un proceso repetitivo como el amane-

cer, que le haría maldecir sus órdenes de atravesar esas carreteras preferentemente de noche cuando bien sabía que la oscuridad en calma lo desencadenaría.

También había sido nocturna y clandestina su llegada el viernes, si bien la agradable compañía femenina, cuyo nombre no memorizara por falso —mero convencionalismo para hilvanar una conversación trivial—, le había ahorrado gran parte de sus aprensiones. Había quedado a las ocho de la mañana en el aeropuerto con Germán o Eulogio Acevedo, su otro nombre que descubriera por azar aunque continuara llamándolo Germán y fingiera desconocer su identidad ¿real?. Le facilitó su documentación y la del vehículo así como la excusa de su viaje a casa de unos amigos alemanes en Zahara de los Atunes. En su camino recogería a la señora Dorleac, su amada esposa, que hacía turismo en Toledo en una tediosa excursión organizada.

Así ocurrió y su acompañante resultó ser una chica de veintipocos años, deliciosa y discreta. Sabía Germán rodearse de criaturas que extrañamente reunían ambas cualidades y que hacían ameno su aburrido trabajo; mera burocracia, los correos imperiales por las estepas rusas. Se había prestado a su misión, que Juan ignoraba y por la que no sentía la menor curiosidad, a cambio de droga o de dinero para comprarla, según le revelaron las innegables marcas de pinchazos en su cuerpo cuando la descubrió desnuda horas más tarde.

Tampoco ella sabía nada acerca del viaje de Juan. Se limitaban ambos a cumplir sus tratos privados que por azar los habían hecho coincidir en una etapa. Respondían a los designios de una mente superior que los colocaba como piezas de un puzzle que acaso encajara a la perfección o que, como sospechaba Juan, los movía en acciones sin sentido, caos total y deliberado para desviar a la competencia del auténtico teatro de operaciones. Pese a su decepción, seguía creyendo que la vida de los verdaderos espías debía responder a los moldes aventureros y heroicos del cine y la literatura; tan distintos a la rutina en que se veía envuelto.

El sábado descansó frente al mar. La señora Dorleac había desaparecido en un viaje de destino ignoto —Gibraltar o Ceuta— con sus anfitriones, un matrimonio anciano de apariencia inofensiva, después de ofrecerle por una ventana la fugaz visión de su espléndida

anatomía que, de haber rodado las cosas de otra forma, hubiera podido meter legítimamente en su lecho conyugal. Pero hacía años que Juan había desterrado las aventuras ocasionales de final incierto.

Pasó un día relajado y, al llegar la noche, presenció el regreso solitario del matrimonio alemán. Lo invitaron a cenar sin ningún comentario sobre su excursión o la muchacha, que parecía no haber existido jamás. Después le dieron un sobre cerrado, fotos al parecer, que Juan guardó con indiferencia en un doble fondo del coche. Se retiró pronto y ellos lo imitaron, por la necesidad de partir de madrugada el primero y por lo morigerado de sus costumbres los segundos, y nada más supo de ellos.

Cruzó Sevilla a la hora rosicler de las primeras luces. Despreció la visión de la Giralda o del parque de María Luisa que tantas veces lo emocionaran; nunca a la ida o la vuelta de sus misiones insensatas. Dejaban en él un poso de cansancio, de hastío por su doble vida: el hombre en la cima de su profesión que, por un capricho del destino, se veía atrapado, cinco largos años ya, en esa rueda que no dejaba de girar.

Continuó hacia Cáceres. Debía regresar por la "ruta de la plata" y desviarse hacia Ávila para dirigirse a Madrid por la sierra, en uno de cuyos chalets lo esperaban. Estaba harto de la barba, había encarnado en ella su ahogo vital, la angustia que —sabía— iba a embargarlo en pocos momentos. Tiró de ella con fuerza y la arrancó de sus mejillas. Desechó igualmente las gafas de sol y, vulnerando las normas, aparcó frente a un ventorrillo. Confiaba en que, pese al implacable avance de la televisión, la fatiga y la barba rala lo harían irreconocible.

Al menos en eso tuvo suerte o no, si buscaba el final: recuperar el rumbo de su vida aunque sólo fuera para gobernar su desenlace. En el bar no había ningún otro parroquiano y los ojos del ventero estaban más cerrados que abiertos. Apuró un café con leche y regresó al coche.

Prosiguió el viaje y apagó las emociones reiterativas de su espíritu con la retransmisión dominical de la misa, que obró el mismo efecto que su añorado viento de levante.

Poco antes del mediodía, arribó a su destino. Dejó el coche en el garaje. Otros se ocuparían de retirar las fotos. El dispendio de per-

sonal era cuantioso. Una señora bien dispuesta arreglaba el jardín. Lo saludó con afecto y le preguntó si deseaba comer algo o prefería dormir. Juan optó por lo segundo sin que mediara entre ellos otro nombre que el de Germán. A primera hora del lunes lo recogería para llevarlo a Barajas, desde donde retornaría a su vida cotidiana.

No tardó en dormirse Juan y por una vez solo, sin los fantasmas que poblaban sus sueños. Su decisión de precipitar el final excluía todos los demás miedos.

[11] Aproximadamente a la misma hora en que Juan se dormía angelical, con el balance de haber despreciado o no intentado al menos la compañía sucesiva de dos mujeres de bandera, se despertó Laura de su primera noche en libertad.

Después de su opípara cena, había vuelto a casa con Adrián para despacharlo pronto tras dejarle vaciarse una sola vez. Nada que ver con los valores estadísticos de los múltiples encuentros de su anterior velada. Tampoco Adrián, temeroso de su madre, había insistido en quedarse. Detrás de sus mutuas disculpas se ocultaban ya los signos del aburrimiento. Los nuevos ritos nada habían aportado a los iniciales y de prodigarlos corrían el riesgo de arruinar para el recuerdo su perfecta y por tanto irrepetible noche de amor.

A Laura la despertó el timbre de la puerta. Un único sonido prolongado, antítesis de los cortos y numerosos toques de Adrián. Antes de abrir adivinó, acorde a la lógica de los acontecimientos, la presencia de la policía.

No podía suponer que fueran dos tipos tan mal encarados, en lugar de su contradictorio inspector. Tenían un aspecto de detectives fulleros que esgrimían falsas placas oficiales. Ante nadie hubieran pasado de incógnito, si tal pretendían al vestir de paisano. En una de sus disparatadas ideas, pensó que deberían reclutar parejas homosexuales; para hacer natural su diaria actividad conjunta.

— Buenas tardes —dijeron al unísono, obligando a Laura a consultar su reloj y sonreírles con candor que ninguna mella hizo en sus rostros imperturbables.

— Perdonen, pero acabo de levantarme.

— Nosotros, no —la cortaron y Laura comenzó a ver en tal simultaneidad a los detectives de Hergé, los Dupond—Dupont, Hernández y Fernández en la traducción española—. Tiene la mala costumbre de descolgar el teléfono. Hemos intentado localizarla y al final aquí estamos.

Dedujo Laura el motivo de su malhumor: emplear una hora en una gestión que hubieran resuelto en un par de minutos. Y más en domingo y tratándose de un encargo de la Jefatura de Barcelona.

— Lo siento, estaba cansada y... con su permiso —los invitó a pasar y colgó el teléfono—. ¿Quieren un martini? Aunque estén de servicio, siendo domingo...

Los dos policías le agradecieron el gesto. A fin de cuentas, pensaban ir a tomar el aperitivo si hubiera atendido el maldito teléfono. Laura preparó las bebidas. Todos amigos; el ambiente ideal para que ella gobernara sus pesquisas.

— Bueno, ustedes dirán.

— ¿Dónde se encuentra su marido?

— Pues... ya me llamó ayer el inspector Sabio de Barcelona y le dije cuanto sabía...

Se miraron con suficiencia, ratificándose en lo absurdo de su interrogatorio, inútil cuando esa amable mujer ya les había dado toda su información.

— ¿No ha tenido noticias suyas desde el viernes?

Negó Laura con la cabeza.

— ¿No tiene costumbre de llamar para decirle que ha llegado, dónde se hospeda y esas cosas?

— No, no... como viaja tan a menudo. Pero ¿qué ocurre? No quisieron darme más detalles y estoy preocupada.

— No se inquiete señora. Nada malo... que nosotros sepamos —desbarataron su intención tranquilizadora—. Sólo podemos decirle que ha habido una denuncia contra él por la desaparición de una persona, y que en Barcelona no consiguen encontrarlo en ningún hotel. Tampoco en su agencia saben nada, ni le esperaban por allí. Así que... ¿Se le ocurre alguna otra idea?

— Quizás papá sepa algo. Voy a telefonearlo —marcó su nú-

mero—. Es el presidente de la agencia, don José Weyler y Espinosa —les explicó mientras aguardaba contestación—. ¿Elvira? soy la señorita Laura. ¿Puede avisar a mi padre? —esperó tensa unos minutos—. Papá, soy yo, ¿sabes dónde está Juan? ¿En Barcelona? Sí, eso creía yo también pero hay aquí un par de policías. Están buscándolo y no dan con él. No te preocupes, no será nada importante. Sí, ya te tendré informado. Adiós, adiós —colgó y les dedicó un gesto de impotencia: ya la habían oído, nada que hacer.

— Siendo así —hicieron ademán de despedirse—. Una pregunta más: ¿conoce a una señorita que se llama —consultaron aparatosamente su libreta aunque de sobras conocían su nombre, más aún Laura— Mercedes Vilaplana?

— Sí, es amiga mía. O era, porque no sé nada de ella desde hace cinco años. Creo que está en Frankfurt. ¿Por qué?

— ¿Era amiga de su marido?

— Trabajaba con él, pero no veo que... ¿Qué insinúa usted?

— Disculpe pero... ¿sabe si su marido ha recibido alguna carta o llamada desde Alemania en las últimas fechas?

— ¿De Mercedes? —preguntó satisfecha por el sesgo de las investigaciones; Carles Adán y Martín Sabio se estaban portando.

— De ella o de cualquiera.

— No que yo sepa, pero aquí le llega muy poca correspondencia. En todo caso a la oficina.

— ¿Le importaría que echáramos un vistazo a sus cosas personales? Tendrá un despacho ¿no? Quizás encontremos algo que nos dé idea de su paradero.

— No me parece bien, no estando él —trivial excusa pues su presencia lo haría innecesario—. Desde luego si tienen una orden de registro...

— No, no la tenemos. Pero es su marido y debiera estar interesada en que aparezca.

— Hasta ahora su ausencia entra dentro de sus previsiones. Si el lunes no tengo noticias suyas, seré la primera en llamarles para que pongan la casa patas arriba, pero no por una falsa alarma.

Prefería mostrarse dispuesta a proteger a su marido y hacer sospechar a la policía que pudiera ocultarles algo, antes que deseosa

de perderlo, como era su intención. Tenía la máxima de obrar siempre en sentido contrario a sus intereses, segura de que otro, por fastidiarla, trabajaría a favor de sus deseos y, siendo ella la derrotada, sería en realidad la triunfadora.

Nada más objetaron los servidores públicos, le agradecieron sus atenciones y se despidieron. Cerró la puerta Laura. Se sentía en el umbral de un Nuevo Mundo y colocó en el tocadiscos la sinfonía nº 5 en mi menor, opus 95 de Anton Dvorak de igual nombre; y, al compás del adagio-allegro del inicio, preparó en la cocina un híbrido entre desayuno y comida.

[12] Después de inventar el brunch, registró ella sí el escritorio del periodista. Un breve vistazo le bastó para hacerse con una copia de las llaves de su oficina y de su mesa de despacho.

Cogió también la carta que había escrito en nombre de Mercedes. Estaba lista para hacer una visita a la agencia "Servicio de noticias", donde pensaba introducirse subrepticiamente. Tampoco importaba que la vieran; lógico que la esposa impaciente pretendiera descubrir algún indicio sobre el paradero de su marido.

Miró por la ventana y vio agitarse la mano de Adrián en su cuarto. Y a su lado un anteojo fabricado con piezas de una caja múltiple de óptica escolar, un juguete de precisión. Su intimidad le había hecho sentirse autorizado para observarla sin recato y dar rienda suelta a su vocación de mirón.

Laura tenía hacia él una extraña mezcla de sensaciones, un cóctel que podía precipitarse azucarado o amargo. No podía aceptar su intromisión pero si libertad equivalía a indiferencia, prefería sentirse halagada por tan honda pleitesía. La contemplación de su cuerpo le resultaba a Adrián tan esencial como el aire.

Le devolvió el saludo. Adrián la interrogó gestual, extrañado de encontrarla vestida para salir cuando hubiera deseado la escenificación de un lento striptease para sus ojos exclusivos; hipótesis despreciable que otro desconocido compartiera con él su dedicación por el cuerpo de su profesora. Laura le indicó mímicamente su intención de

telefonearlo y así lo hizo. La llamó por su nombre sin darle opción a preguntar por él. Bastante atrevido; su madre podía estar al acecho, inquieta de que su hijo no respetara ni los domingos, siempre empollando, que más que estudiante de COU parecía opositor esforzado.

— Voy a ver a mi padre —le dijo Laura con voz firme que lo excluía. Tendría que librar feroz batalla cada vez que quisiera sacárselo de encima; es el precio que los dioses han de pagar a sus adoradores.

— ¿Cuándo volverás?

— No tardaré mucho, ya me verás —se le escapó una ironía.

— Hasta luego, entonces.

— Hoy no puede ser. Viene mi marido. Mañana nos veremos en clase, mi amor —condescendió Laura y colgó sin que pudiera replicar.

Cogió el bolso y dio un portazo que acallara el teléfono, otra vez Adrián. Bajó al garaje y, en su coche, afrontó la calle, desierta a primera hora de la tarde. La ausencia de circulación hizo que le fuera sencillo descubrirlo, agazapado en el asiento de la Vespa. Adrián, diestro en el espionaje ventana a ventana, demostraba ser una nulidad en la calle.

Se desvió de su ruta y se encaminó a la Plaza de Colón. Se saltó algún semáforo en rojo y aceleró para distanciar a Adrián; capaz de culebrear entre los coches de un atasco matutino pero no de competir a la carrera. Entró por una de las bocas del subterráneo y salió por otra, despistando a su perseguidor.

Llegó hasta las cercanías del estadio Bernabéu. Dejó el coche a unas manzanas de distancia por prudencia y porque el Madrid jugaba en casa y sus seguidores habían copado los alrededores.

La agencia "Servicio de noticias" ocupaba varias plantas de un edificio de oficinas. Afortunadamente el conserje no estaba en su puesto sino en el bar de la esquina, celebrando un gol de su equipo favorito; el contrario del que fuera socio su contertulio, para propiciar así la polémica impenitente que ayudara a agotar, uno a uno, los minutos de todos los domingos de su vida.

Los despachos de los directivos si situaban en la planta más alta. No esperaba encontrar allí a nadie aunque en los pisos inferiores

había periodistas de guardia. Debería evitar los ruidos que pudieran alertar a los tristes penados dominicales y confiaba en que la moqueta amortiguara sus pasos.

Subió por la escalera y avanzó por los corredores en tinieblas hasta el sancta sanctorum de su marido. Hacía tiempo que no lo visitaba y no reparó en la permanencia o no de su retrato, allí donde no tenía necesidad de disimulo; dato que hubiera sido una buena pista sobre sus sentimientos.

Revisó los cajones de su mesa hasta dar con el más idóneo: uno con recortes de prensa de artículos suyos y referencias de distinciones a él concedidas, donde cultivaba su ego autosatisfecho. Extrajo del bolso la carta de Mercedes y la colocó entre ellos. Antes de salir, envió con las yemas de los dedos de su mano enguantada un beso al sillón vacío, que tal vez flotara en el aire hasta el día siguiente para posarse en su frente o, atrevido, en sus labios.

Pasó a un despachito contiguo, el reino de sus secretarias personales. Cogió papel y sobre sin timbrar y mecanografió una carta anónima. En el anverso del sobre puso la dirección de la comisaría de Vía Layetana y el reverso lo dejó en blanco sin remite.

Satisfechos sus encargos, tapó cuidadosa la máquina de escribir con la funda y la dejó bloqueada, como la encontrara: un animal dormido que no la delataría ante sus dueñas; sus enemigas mortales por ser la legítima mujer de su jefe. Apenas recordaba Laura a las dos secretarias de Juanma, sí sus nombres, Jo de María José y Maite, y las imaginaba integrantes de la camada zanquilarga y desvergonzada a la que tan proclives eran sus hombres.

Dejó el despacho y en la calle recibió la emoción generalizada que, con epicentro en el estadio y los transistores como correa de transmisión, hermanaba a todos los aficionados del Madrid —los de taquilla y los gratuitos de los aledaños— en la liturgia merengue. Laura sintió ganas de reír al imaginar a Juanma con el oído pegado a la radio dando brincos por el nerviosismo sobre su fulana de turno, que los interpretaría como espasmos de placer. Una situación bastante cómica en la que él maldeciría vérselas en tal coyuntura cuando tan a gusto hubiera estado en el campo. Entonces pensaría que no había nada como la santa esposa para tolerar el fútbol dominical.

Reflexiones que la distrajeron durante su regreso del recuerdo de Adrián. Estaría enojado por su deliberado esquinazo, que ella negaría. ¡Cómo iba a pensar ella que Adrián se obstinara en acompañarla! Con sumo gusto le hubiera esperado de estar avisada, etcétera, etcétera.

Descorrió la cortina para que Adrián gozara, como desagravio, de su cuerpo y ella también al saberse observada. Fue su sorpresa no encontrarlo allí por vez primera desde que tuviera constancia de su interés, hacía un año. Quedó muy intrigada y lo supuso dando vueltas por la ciudad, desesperado cuando no cadáver, pero se impuso cordura negándole al Manzanares categoría de río suicida y se burló de que en tal caso se habría equivocado de estadio.

Inundó la casa con la segunda parte de la sinfonía de Dvorak, se tumbó desnuda en la cama y dejó pasar las horas holgazaneando, ligeramente preocupada por la ausencia de Adrián.

Se quedó dormida y cuando despertó, el tocadiscos continuaba repitiendo los acordes del "Nuevo Mundo", el "Scherzo, Molto vivace", y la ventana de enfrente seguía apagada. Entonces se encendió bajo el influjo de sus ojos, capaces de recortar en ella la silueta de "Adrián furioso". Ella se le ofrecía pero Adrián apagó con rabia su luz y al momento sonó el teléfono y ella supo que la llamaba.

— Dime cariño —fue ella la imprudente aunque su expresión servía para quien quisiera oírla.

— ¿Dónde te has metido?

— Ya te lo dije, he ido a ver a mi padre. Y tú, mi amor, ¿dónde has estado?

— ¡Mientes! Me he pasado toda la tarde ante la casa de tu padre en Puerta de Hierro y no has aparecido. No me engañes.

Comprendió Laura que su cerco no se había limitado a la ventana, sino a todos sus desplazamientos. Sintió miedo de que estuviera al tanto de sus andanzas barcelonesas del día anterior y se dijo que utilizarlo como coartada había sido doblemente eficaz al solventar también el problema de su espionaje. Venció su indecisión y le contesto con dureza:

— ¿Quién te has creído que eres para pedirme cuentas?

— Voy para allí —contestó Adrián con igual rabia.

— No vengas porque no te abriré —aceptó Laura su reto y colgó el teléfono. Había dicho la última palabra, había vencido en el primer asalto del combate que decidiría para el futuro sus relaciones de dominador y dominado, de amo y esclavo, tras los breves momentos iniciales de la igualdad insostenible.

Minutos después, Adrián aporreaba el timbre del portero automático y, más tarde, aprovechando la salida de algún vecino, el de la puerta del piso. Laura se limitó a aumentar un grado el volumen de la sinfonía de Dvorak y esperar del juicio del muchacho que le hiciera desistir, como así ocurrió. Tenía las de perder: un escándalo en la vecindad, el enojo de su madre, la locura de pretender haber tenido un romance con su profesora —la esposa de un hombre importante—, la confesión irremediable de sus maniacas aficiones...

Esperó que Adrián estuviera de regreso para correr la cortina y bajar la persiana. Consentiría que la espiara o que la amara, que en Adrián venía a ser lo mismo, cuando ella quisiera. No iba a dejar que se creyera con derecho a controlar su vida.

La orquesta había terminado el último movimiento, el "Finale, Allegro con fuoco", y Laura hizo el silencio, decidida a tomarse unas vacaciones de Adrián.

5º día. Lunes 28-11-83

[13] No había amanecido cuando Juanma se despertó zarandeado. Germán lo saludó sonriente y encendió un cigarrillo y otro para él, que puso en sus labios para que comenzara el día por la segura senda del envenenamiento. Otro método para terminar con él lentamente o de forma radical de tratarse de cianuro, oculto en una cápsula camuflada en el filtro.

Fumó como un autómata, de la misma manera que cumplía todas las disposiciones de Germán. Repasó a su jefe con indiferencia: cincuenta años, bajo y ancho como un toro de lidia, prototipo físico del español de haberlo, pelo abundante y negro zaino, teñido por coquetería o disfraz, con un bigotito recortado, residuo del imperio, chupado y cejijunto, y una lengua nerviosa que proyectaba saliva cada vez que tropezaba con una letra.

Hablaba durante horas sin rozar el tema de fondo y cuando lo hacía, pillaba tan desprevenido a su interlocutor que no lo percibía, perdido en el fárrago de su plática. Su hábito obedecía a una severa autodisciplina del pasado, forjada al creerse permanentemente observado. Como tantos en su oficio, precisaba de la manía persecutoria para conferir grandeza a su rutina. Siempre que Juan se entrevistaba con él, se sentía también vigilado durante un par de días. Acaso fuera cierto.

El había sido el artífice de su trampa, cinco años antes, y desde entonces trabajaban juntos. Germán nunca hablaba de su propia iniciación y Juan sólo podía establecer conjeturas respecto a su situación en el invisible organigrama de la red de información. Le habían llegado algunas de sus actividades como Eulogio Acevedo, pero la pasión de ignorarlo todo prevalecía por encima del ansia del conocimiento.

Mientras que Juan se arreglaba, el mismo Germán le preparó un par de huevos fritos con picadillo de chorizo que —le aseguró sin doble sentido— resucitarían a un muerto. Juan ponderó sus habilida-

des culinarias y pronto se vio de copiloto en dirección a Barajas, camino de la normalidad; aunque tanto lo era ya su actividad periodística como sus clandestinos fines de semana. Esa misma vulgaridad que impregnaba sus misiones iba invadiendo también el ejercicio de su profesión. La dilapidación de su prestigio hubiera solucionado a largo plazo los problemas de Laura, que había optado por la cirugía urgente.

En el trayecto, Germán tocó todos los temas inventariados en las conversaciones de compromiso y tuvo el rasgo de humor de preguntarle por el clima de la Ciudad Condal cuando estaba perfectamente al tanto de que sus pasos le habían llevado al otro extremo de la península. Siempre cabía que pudieran estar escuchándolos desde una camioneta, varios kilómetros detrás de ellos. Ya se encargaría él de aburrirlos con su charla.

Se despidieron sin mención alguna a las fotos ni a la chica, a no ser que su cortés pregunta por el estado de su mujer se refiriera en clave a la señora Dorleac y no a Laura. Retiró Juan su coche del aparcamiento y guardó en su bolsillo el billete recién usado del puente aéreo que Germán le facilitó como coartada. Alguien en su nombre había realizado la ruta de camuflaje, de tal forma que nadie podría demostrar que no había viajado a Barcelona en el puente aéreo a primera hora del viernes y regresado en el vuelo más temprano del lunes.

Se sentía relajado al volante, sin las molestias del disfraz y en su propio vehículo. La música del radiocassette tapaba cualquier reflexión sobre su identidad real. Juanma Somalo era ya tan falso como Hervé Dorleac. Le ocurría un fenómeno paralelo al que había intuido en Germán, al despreciar que su nombre fuera Eulogio Acevedo.

¿Dónde estaba la vida aventurera? Todo se reducía a horas de insomnio, silencio y soledad. Nunca la intimidad se hacía confidente, jamás un recuerdo personal; nada de sentimientos en aras de la supuesta eficacia. Se trataba del engranaje virtuosista de una máquina, sin producto que fabricar ni materia prima que transformar; el exclusivo objetivo de tener a punto sus mecanismos para cuando fuera necesaria, seguros de que, llegada tal hora, ocuparían su lugar los auténticos espías mitológicos, ocultos entonces en escondites inextricables por la maraña de estupidez que ellos fabricaban.

Apenas contestó a los saludos sucesivos del conserje, los re-

dactores y sus secretarias personales. Reconcentrado en sus grandes responsabilidades al comenzar otra semana decisiva, como todas, para el futuro de este país en que sus juicios atinados habían de marcar el rumbo a la insegura clase política. La voz de Jo y su pelo rizado, su cintura de avispa, los hombros de nadadora, los senos grandes y la preceptiva minifalda, le anunciaron la presencia de los dos policías.

Sus visitas solían ser frecuentes, casi siempre por motivos de libertad de expresión o de restricciones a la misma, como él hubiera matizado.

— Ustedes dirán —se acomodó en su sillón, que no había guardado para él el beso secreto de Laura.

Procuraron ponerlo en situación sin revelarle la pregunta clave, para que, cuando se produjera, estuviera lo bastante informado para contestarla y lo imprescindiblemente despreocupado para no levantar una fábula.

— Se trata de la desaparición de una persona. Estamos hablando con algunos amigos por si tuvieran noticias suyas. Su nombre es...

Antes de que pudieran sorprender a Juan en el gesto de estupor o de culpabilidad que pretendían, sonó el teléfono y Juan se excusó.

— Está bien —atendió la llamada— pero ninguna más. Hola cariño, ¿cómo estás?

Los policías comprendieron que se trataba de Laura y que les iba a estropear su interrogatorio. Imaginaban sus preguntas:

— (...)

— En Barcelona, ya te lo dije —extrañado de su inhabitual vehemencia.

— (...).

— Sí, ahora los tengo delante. Espera un momento. ¿Fueron ayer a visitar a mi mujer? —Asintieron—. Sí, son ellos. Alguien ha desaparecido y están realizando una encuesta. No me han dicho quién...

Cerraron los ojos los policías y se mordieron la lengua por haber sido tan locuaces con esa amable señora.

— (...).

— ¿Mercedes? ¡Cálmate! No logro enterarme de lo que me di-

ces.

Pero Laura, más que a la claridad de ideas de su marido, dedicaba su intervención a los inspectores, que pondrían la mano en el fuego por su sinceridad.

— Perdone —lo interrumpieron—, nosotros podríamos informarle mejor.

— Sí —admitió Juan—. Cariño, voy a colgar. Ellos me pondrán al corriente. Luego te llamaré.

— Bueno, ya lo sabe, ¿Qué puede decirnos de ella?

— Poca cosa. Fue secretaria mía en Barcelona. Se casó con un alemán hace cinco años y se fue a vivir a Frankfurt. No he sabido más de ella.

— Sería más exacto decir que se marchó primero y se casó después.

— Es verdad.

— ¿Era amiga suya?

— Trabajaba conmigo, nos llevábamos bien.

— ¿Sólo amigos?

— ¿Qué quiere decir?

— Si eran amantes...

— Con franqueza, a usted qué le importa. Me niego a contestar esa pregunta y también a que me la formulen. Les ruego que no se entrometan en mi vida privada.

Sonó de nuevo el timbre:

— Dígale que estoy con dos inspectores, que lo llamaré cuando termine. —Colgó—. Era mi suegro, sigamos.

— ¿Cuándo vio usted por última vez a Mercedes Vilaplana?

— En Barcelona, hace cinco años, cuando regresé a Madrid.

— Entonces ¿no estuvo con ella en Barcelona este último sábado?

— Por supuesto que no.

— ¿No es cierto que le escribió una carta desde Frankfurt y que proyectaban pasar juntos el fin de semana? ¿No habían reservado una habitación a nombre de los señores Vilaplana en el hotel Princesa Sofía? ¿No la encontró en el aeropuerto y la amenazó para que regresase a Alemania, como hace cinco años, para que su mujer no se ente-

rase de sus relaciones?

Juan negó en silencio toda su andanada.

— En cambio sí es verdad que el sábado estaba en Barcelona.

— Sí —dudó Juan—, es decir no.

— Tenemos la evidencia del puente aéreo.

Maldijo Juan los cuidados de Germán que se volvían contra él y sintió la opresión en el pecho del resguardo del billete.

— Verá —intentó explicarse componiendo la viva imagen de la culpabilidad—, no he viajado a Barcelona. He pasado estos días con una señora muy conocida en un chalet de la sierra. Mi mujer y su marido lo ignoran y, de saberse, sería un escándalo de revista del corazón. Todas las precauciones son pocas —incluso las de Germán, se permitió una humorada—. De ahí los billetes de avión, puro montaje. Sólo si fuera imprescindible, revelaría su nombre, siempre que me garantizaran la natural discreción.

— Bien, esperemos que aparezca la tal Mercedes. El caso es que está comprobado por el pasaje de avión y el testimonio del escultor don Carles Adán... ¿Lo conoce?

— Sí, de nombre. Puede que nos hayamos visto en alguna fiesta.

— Le decía que Mercedes Vilaplana viajó el sábado de Frankfurt a Barcelona. Conforme a sus declaraciones, estaba citada con usted, porque eran amantes o lo habían sido en el pasado. ¿Contestaría ahora la pregunta anterior?

— No tengo nada que ocultar porque nada hubo entre nosotros. Además no veo a qué viene...

— Comprenderá que es su palabra y ha desaparecido.

— Mercedes era muy rara. Cuando se marchó estuvieron un mes buscándola y al final se presentó en Frankfurt —comenzó Juanma a dar explicaciones lógicas que desbarataran las hipótesis policiales; el síntoma seguro de la inculpación del criminal.

— Lo mantendremos informado. Si no la localizásemos, tendrá que ser más convincente con su coartada. Y, por favor, avísenos si decide abandonar Madrid —le sugirió con tacto la posibilidad delatora de la huida, la forma más rápida de resolver el caso.

— Así lo haré —y pidió a su secretaria que los acompañara.

Cuando desaparecieron, se derrumbó en el asiento, musitando entre dientes el nombre de Mercedes.

[14] No se abandonó mucho tiempo a la nostalgia ni al temor. Podía ser la oportunidad que esperaba para terminar. Pidió a Jo que le pusiera con su suegro e inmediatamente lo tuvo al aparato.

— Mercedes Vilaplana se presentó el sábado en Barcelona a la policía. ¿Qué piensas?

— Sería mejor que no habláramos de ello por teléfono.

— Voy hacia allí.

— No te precipites. ¿Qué tal a la hora de comer?

— De acuerdo —admitió Juan la prudencia de su suegro: nada de salidas apresuradas, mantener la serenidad.

— Pasa sobre la una y media a recogerme.

Las horas se le hicieron larguísimas. Fue incapaz de coordinar ninguna idea sobre el suceso y menos de meterse a fondo en su trabajo. Su otra secretaria, Maite —una figura más sigilosa, un tanto mortecina, de melena lánguida y pecas enfermizas— le trajo la prensa del día y durante toda la mañana se enterró en ella, en la lectura reiterada de las alineaciones de los partidos de fútbol.

Por fortuna, llegó la una y Juan se encaminó a la cita con su suegro. No le importarían unos minutos de adelanto; por contra, valoraría su sangre fría o sus nervios templados —distinta temperatura, vana expresión por tanto— por haber sabido aguardar.

Entró en el suntuoso edificio y recorrió el camino real plagado de frutas femeninas, faldas flotantes, cuyos nombres jamás conseguía retener, ya por fijarse más en las curvas de sus dueñas, ya por su alta rotación, consecuencia de los vicios del viejo verde, cada vez más difíciles de satisfacer. Enmarcado igualmente el camino por magníficos cuadros, testigos otras veces de su marcha, bien trémula cuando fuera citado a comparecer allí como ante un tribunal de oposición que hubiera de juzgar su aptitud para marido y heredero consorte, o bien relajada cuando, ya cónyuge y director, se sabía propietario en parte de los muchos ceros que embellecían sus alegorías, paisajes, retratos y

bodegones.

Sin embargo ahora hubiera renunciado a unos y otras, los cuadros y las mujeres, con tal de acortar en algunos metros la incertidumbre. Se había adelantado varios pasos a la secretaria de turno que lo alcanzó jadeante para cumplir su oficio de introductora de embajadores.

Don José Weyler y Espinosa había venido al mundo como Josef Weyler en un reducto medieval de la ruta romántica, amurallado y cerrado al tráfico, que desde su cuna le infundió el amor por los señores de la guerra. Se licenció en leyes en la universidad de Heidelberg y, a poco de terminar, le pilló la segunda guerra mundial. Desde el inicio del movimiento nazi y como militante de sus juventudes, el joven Josef descubrió que tal ideología cuadraba con sus aspiraciones de raza, lucha y victoria, y fue encarnizado cumplidor de sus consignas contra los judíos. Resulta una ironía que hallara después su salvación de manos de una dama Espinosa o Espinoza corregido, como el filósofo de igual nombre.

(Y para ironía, la tergiversación de la fábula: que del banquero Wenzel, también judío, saques el perseguidor Weyler).

En aquellos años sirvió a su Führer en el partido y en los frentes de batalla, de los cuales conservaba heroicas heridas cinceladas con orgullo. Su carrera militar fue brillante y al final de la contienda era capitán de las SS, pero su porvenir se quebró el mismo día en que su sueño de una Europa unida bajo el nazismo, frente al capitalismo imperialista americano y el comunismo ruso, se vino abajo con el suicidio de Hitler.

Pudo, como tantos otros, pasar a la península ibérica y durante cuatro o cinco años vagabundeó sin acomodo fijo hasta que, por azares de la vida, consiguió el amor escuálido de una vieja heredera que le dio apellido y dinero, amén de una hija. Fundó entonces Ediciones Asociadas Allendelmar S.A. que según algunos rumores no era sino una tapadera de la emigración de sus ex camaradas hacia América del Sur, integrante de la mítica organización "Die Spinne" (La Araña) que supuestamente dirigiera Martin Bormann; pura fantasía al decir del

respetable don José Weyler y Espinosa.

En cualquier caso y pese al ínfimo valor de sus libros, la editorial creó una estructura aceptable en la América Latina que la hizo codiciable para otros amigos interesados del momento. Desde el principio, don José y sus negocios gozaron de una cierta impunidad, favorecida por los acuerdos entre el régimen franquista y la administración Eisenhower, cuyas embajadas fueron sus principales valedores a cambio de oportunos favores de información, propaganda y cobertura legal de sus agentes.

Juan se encaró a su suegro:

— ¿Qué opinas?

Don José había encauzado la violencia de sus años juveniles hacia el escaso y último placer que podía conseguirse. En sus maneras y ademanes era la imagen misma de la beatitud y, aunque no se le conocían por bien ocultos especiales crímenes de guerra, nadie hubiera dicho al vérselas con él estar en presencia de un oficial de ese cuerpo de élite del ejército alemán; el mejor de la historia del mundo, según su íntimo pensamiento.

— Están tratando de echarte la policía encima.

— No me cabe duda, lo han conseguido, pero ¿quién?

— Germán y sus amigos, los soviets.

— ¿Por qué?

— ¿Quién?, ¿por qué?, preguntas finales, graves interrogantes. En todo este tiempo no has aprendido una palabra. No hay que buscar explicaciones. Encuentra la ocasión y hallarás al responsable. Siempre habrá luego un motivo. ¿No fue Germán quien te preparó la coartada de Barcelona? Menuda trampa infantil, has caído en ella como un principiante. Tantas veces como te he advertido: en este negocio, no se puede depender de nadie. Ahora te tienen atrapado y se divierten contigo.

— Pero... si me acusan de algo, podrían verse comprometidos.

— ¿Y tú crees que llegarías vivo? —preguntó el anciano superviviente de tantas escaramuzas en la guerra y en la paz; más peligrosas éstas, ganado por la molicie de la vida civil, que las otras con el espíritu a punto para el enfrentamiento—. De todas formas, no creo que ésa sea su intención. Necesitarían el cadáver de Mercedes. Tam-

poco corres peligro. No te hubieran avisado. De eso se trata, de un aviso. Te diré lo que yo haría en su caso, todos somos zorros viejos y actuamos de modo parecido: resucitaría la historia, te metería el suficiente miedo y luego te sacaría de ella. Aparecería por segunda vez como tu ángel salvador para que me estuvieras agradecido. Todavía les sirves, quieren tenerte bien atado y que sepas que estás en sus manos. No se te fuera a ocurrir, por ejemplo, irte de la lengua con tu suegro.

— ¿Crees que sospechan nuestra relación? —candoroso Juan.

— ¡Bueno! —una sonrisa amplia de superioridad—, saben que es necesario que hagas un doble juego. Nosotros también lo aceptamos. No podría ser de otro modo. Lo único que les importa es que la balanza se incline hacia su lado, que nos engañes más veces con sus cuentos que a la inversa. Es un problema de cantidades y no de cualidades, un enigma que nadie, ni tú mismo, puede resolver. No, no es fácil —meditó para sí mismo— saber para quién se trabaja. Pero tú buscas una explicación más concreta. Tiene que existir una causa próxima para haber montar este tinglado, alguna información reciente que no haya colado. Haz memoria.

Germán había captado a Juanma Somalo para la causa del Servicio A de Medidas Activas de la KGB (el SerVicio-soMalo) y su misión al principio había sido seguir las consignas tendentes a la manipulación de la opinión pública en lo referente a la política internacional del imperialismo soviético. Posteriormente y a instancias de la agencia central de inteligencia americana, solicitó integrarse en operaciones más comprometidas. Así obtuvo para ellos datos reservados, gracias a su acceso a los medios políticos, e hizo a veces de correo, como la última que le había llevado a la zona del estrecho, una de las áreas geoestratégicas de interés preferente.

Juanma recapituló sus actuaciones: había creado una corriente contra el ingreso en la Alianza Atlántica y la renovación de los acuerdos sobre las bases militares de los Estados Unidos. Y cuando el envenenamiento del aceite de colza, se encargó de divulgar la especie de una epidemia bacteriológica con origen en la base de Torrejón. Noticias que don José y sus representados toleraban porque saldrían a la luz de todas formas y preferían consolidar la posición de su agente. En

los últimos tiempos, había hecho campaña contra la conversión de Gibraltar y Ceuta en bases de la OTAN con mando conjunto. Juanma no se sentía en posesión de ningún secreto que pudiera determinar un riesgo inminente para la seguridad de nadie, pero suponía que su reciente viaje tenía que ver con la red que se estaba creando a ambas orillas del estrecho.

— Algo relacionado con Gibraltar, pero todavía no les he facilitado información clasificada.

— Lo importante es que no hagas tonterías. Sigue con tu plan, reúnete con Germán, extrema la prudencia y pásale el material que habíamos dispuesto. Germán y los suyos solventarán el "problema Mercedes".

Se incorporó y le dio una palmada en el hombro. Le dijo que todo se arreglaría aunque su olfato le indicaba que algunas piezas no encajaban. Se cuidó de no traslucir su inquietud a Juanma y lo invitó a comer.

Fueron paseando a un restaurante cercano. Don José apreció el aire cálido del mediodía y su yerno el sabor de la libertad. Juanma comió ausente, perdido en sus laberintos secretos, las pistas de despegue al infinito, y el viejo recondujo sus problemas a Laura, aun cuando ni remotamente sospechara que existiera causa y efecto entre ellos.

— Lo que debe preocuparnos es que mi hija quiera divorciarse de ti. Te supongo al tanto de su entrevista conmigo.

Juan asintió vagamente con la cabeza; muy lejana su conversación aplazada con Laura.

— Espero poder persuadirla pero has sido poco hábil con ella. No te voy a dar un cursillo sobre fidelidad, aunque no te vendría mal, porque no soy el más indicado, para qué andarnos con disimulos. Hay mil formas de compensar a una mujer esos pequeños devaneos sin que la cuerda llegue a romperse. Sería muy inoportuno y podrías quedar desamparado. No quiero amenazarte y haré cuanto esté en mi mano, pero depende de ti. ¡Vamos! y perdona la expresión, yo no me puedo meter en la cama con ella.

Juan comenzó a sentirse mal a medida que le hacía efecto el manjar innombrado y las palabras desmedidas de su suegro, jefe o confesor. Estaba a punto de vomitar y se levantó con premura de la

mesa. Le dijo que no se encontraba bien y que regresaba a la oficina.

— No estamos jugando, así que pon algo de tu parte.

Lo vio salir y se quedó meditando acerca de la debilidad de los jóvenes, tan distintos a los de su tiempo. Les faltaba la forja del Reich. Continuó su comida, pausadamente, gustando de cada bocado y trago de vino; pocos le reservaba ya la vida, tan pródiga con él al abrirle una esperanza cuantas veces había sentido el adiós definitivo. El nunca había perdido su temple, el coraje que echaba en falta en Juanma. Un excelente muchacho desde luego, pero los sentimientos sobraban en su mundo. No se sentía optimista por su futuro y eso lo descorazonaba, pero tampoco lo detendría.

[15] Cuando llegó a la oficina, a duras penas alcanzó el lavabo para vomitar algo de marisco, por los restos. Ya más tranquilo, le quitó importancia al incidente, favorecido por el alimento en cuestión, ciertamente emético en condiciones de mala conservación.

Sus secretarias se desvivieron por atenderlo con remedios caseros de eficacia probada, motivos de controversia: el té o el café, abrigarlo o aligerarlo de ropa, abrir o cerrar la ventana; totalmente opuestos, obraron juntos el milagro de restablecerlo pues nada tenía.

Aguantó la tarde y canceló un par de citas. A las siete y media se fue con Jo en lugar de prolongar su trabajo hasta las diez como era habitual en él.

No tenía ganas de conducir, le pidió que lo acercara hasta su casa y rechazó su propuesta de tomar una copa en su apartamento. Lo dejó en la acera y lo vio perderse en su retrovisor, cansado y meditabundo, con los hombros hundidos; tan distinto al hombre triunfador, un poco gordo pero de verbo encendido, que cautivaba al mocerío de la redacción.

Laura, a diferencia suya, había tenido un lunes bastante tranquilo y, tratándose del primero de su nueva vida, lo había disfrutado con ánimo muy diferente. Nada deprimida como los otros lunes madrileños de su matrimonio, siempre pensando "una semana más, una semana menos", sin confesarse nunca cuál era la referencia de esa

cuenta atrás o hacia delante.

Después de sus clases comió en una cafetería y tomó café en un club de moda, donde se dejó piropear por un par de ejecutivos, sin otro propósito que ir desengrasando la maquinaria para cuando se decidiera a la búsqueda unitaria o múltiple de la pareja idónea para su estabilidad emocional.

Adrián no la había molestado en todo el día. En clase, se había hecho el ofendido, negándose a contestar una sencilla pregunta. Su tono displicente le permitía una cierta libertad de movimientos aunque se sabía observada. Eso aumentó unos grados su complacencia con los ejecutivos y enceló al posesivo muchacho.

Cuando llegó Juan, estaba escuchando una ópera de Wagner, a las que era aficionada; una de las pocas reminiscencias del legado paterno. Por sus pasos indecisos, supo que el hombre que regresaba se parecía en poco al Juanma, pagado de sí mismo, que saliera sigiloso el viernes pasado.

Entró en el salón y su estado general de abandono, con la enfermedad a flor de piel, le resultó repulsivo. ¡Cómo era posible que lo hubiera amado o que en algunos momentos de lucidez pensara que había actuado movida por el despecho y que lo amaba todavía! Las mismas razones con que Mercedes se justificara ante Carles Adán. ¡Qué distinto el recuerdo de Carles a ese mamarracho que la vida le devolvía aquella tarde a tan temprana e inusual hora!

— ¡Cuánto honor!, las ocho apenas. ¿A qué se debe tamaña ventura?

— Me encuentro mal y dejamos nuestra conversación a medias, y con este lío...

— Pobrecito mío —continuó sin dejar de dirigir con su invisible batuta a la orquesta, que respondía con suma fidelidad, que no hubiera desdeñado sirviera a Juan de modelo de comportamiento.

— Mercedes se presentó el sábado en Barcelona con una historia delirante. Ha vuelto a desaparecer y la policía piensa que tengo algo que ver. ¿Por qué declaraste que estaba en Barcelona?

— Porque era cierto, ¿no? Tú me lo dijiste —aparentó creer a pies juntillas las excusas de su marido, cuando cientos de veces lo había pillado en mentiras flagrantes, que ninguno de los dos se moles-

taba ya en disimular, pero Juanma conservaba su costumbre innecesaria de unir el engaño al adulterio, en la mente de Laura.

— Sabes muy bien que te había mentido —admitió Juanma y sus palabras alcanzaron un eco especial. Las paredes sabían del ejercicio perpetuo de la falsedad pero nunca habían oído una declaración semejante.

— ¿Y qué querías que les dijese? ¿No lo sé, señores policías, ignoro dónde estará mi marido, quizás con la Marquesa del Floripondio Verde, de soltera Pérez Miñán, o con la reina del escenario y la cama, la eximia Alicia Sebastián? ¿Con cuál era en esta ocasión?

— No te lo puedo explicar ahora. Me gustaría que me creyeras y confiaras en mí —no podía desmentir sus amoríos sin dar cuenta de esas horas en que ella lo creía en brazos de otras mujeres. El mismo había fomentado esa idea, como cobertura de sus actividades.

— No quiero argumentos, sólo el divorcio. Ya te lo dije la otra noche. Volvemos a lo mismo —bien sabía ella que no se trataba del mismo punto de partida. A esas horas su padre estaría reconsiderando su petición. Nunca adivinaría Juan su treta para librarse de él; desproporcionado empeño de no contar con su exagerada dependencia paterna. Y Laura estaba sorprendida de que las primeras escaramuzas hubieran provocado tan desmesurada reacción en Juanma, ignorante como era de todas las componendas de ese triángulo Don José-Juanma-Germán, que incidían sobre su farsa.

— Te necesito más que nunca. Es un asunto muy grave y no sé cómo salir de él sin tu ayuda.

— ¿Qué puedo hacer por ti? Te quiero fuera de mi vida.

— Y ¿si te dijera que nunca te he sido infiel?

— ¿Tampoco con Mercedes? —ahí estaba la pregunta que nunca pensara formular, lista para aflorar en el momento crucial.

Juan bajó la cabeza y salió en silencio de la habitación. Laura aumentó el volumen del tocadiscos para apagar los ecos. Tenía un sabor amargo su victoria: hasta entonces había sospechado el doble engaño de su marido y su amiga del alma, pero aquella noche lo sabía.

[16] Laura creía que no había conciliado el sueño, que un sentimiento de piedad había nublado su cerebro y oscurecido su decisión. ¡Irritante dejarse conmover por ese hombre acorralado! Deseaba ver abatido su orgullo y se había derrumbado con estrépito. Su capacidad de engañarse le dictaba que gracias a su escarmiento podrían reconstruir de nuevo su amor primigenio que nadie podía negar.

Esos pensamientos no consiguieron acallar la voz de alerta de su voluntad. Cada argumento a favor del armisticio fue contestado con otro que reclamaba el exterminio del enemigo como única garantía de la paz duradera. La actitud prepotente de Juanma se restablecería en cuanto desaparecieran las amenazas y saldría fortalecido de la escaramuza. Olvidaría la angustia y sólo conservaría memoria de su triunfo.

La cuestión, de imprecisa respuesta, era si amaba o no a Juan. No, porque trabajaba afanosa por su perdición, pero la sentencia popular habla de ese trecho exiguo entre el odio y el amor, por el que Laura desplazaba sus sentimientos, como un látigo de feria; un decurso continuo, jamás la indiferencia homicida.

Se levantó muy de mañana, cansada de librar en la cama su conflicto. Que cayera en sus brazos o en los de otro, sería fruto de la inspiración del momento. Se preparó el desayuno y comprobó en la cocina las huellas de un Juanma-drugador; descuidado siempre, pensó con añoranza. Confirmó la noticia de su marcha en su cuarto revuelto, prueba de su insomnio auténtico y de su batalla nocturna con el monstruo de sí mismo, atrapado en el frío sudario de sus sábanas, la mortaja fatal. Después de todo, su noche no había transcurrido en blanco pues no lo había oído partir.

La certeza, comprobada por medios tan indirectos, de que los reproches de su conciencia no la habían impedido dormir, de que no había estado desvelada sino dentro del propio sueño, bastó para que Laura venciera sus escrúpulos y pusiera en marcha la segunda parte de

su plan.

Volvió a utilizar la mesa de despacho de Juanma. Llevó allí las plantillas con las letras de Mercedes y también la carta y el sobre escritos con la máquina de las secretarias.

Redactó un nuevo texto inculpatorio, para acelerar las pesquisas, con un golpe de teatro: que constara por escrito su temor, de puño y letra de Mercedes, para evitar que alguien suspicaz se interesara por la extraña visitante sabática. Cerró un momento los ojos y luego la leyó de corrido:

"A quien corresponda leerla:

Temo por mi vida y así he pasado los últimos cinco años en un vegetar horrorizado que no es vivir. También estoy enamorada y amo como nunca a mi verdugo. Su nombre es Juanma Somalo y su popularidad hace innecesarios más detalles.

Hoy, diecinueve de noviembre, le he escrito también a él, para concertar una cita el próximo sábado en Barcelona. Si, como espero, mi amor ablanda su corazón y fortalece su deseo, será el comienzo de la felicidad. Si no es así, pondré en el empeño todas las amenazas que guardo, de tal modo que su única alternativa será mi muerte.

En tal caso, no quiero que nadie más sufra molestias por mi causa. Tampoco deseo que quede libre de la justicia porque su ejecución abriría para mí otra posibilidad de reencuentro en los infiernos.

Envío esta carta a través de una amiga del alma, de quien conservaré el anonimato, en un sobre cerrado, dentro de otra en la que indico cómo proceder respecto a ésta. Si llega hasta ustedes, estaré muerta.

No pierdan tiempo en apiadarse de mí y háganme un último servicio, ocupándose de que confiese su crimen y pague por él. Gracias, mis desconocidos amigos,

Mercedes".

A Laura le gustaron esos toques desvaídos de locura que tan

bien encajarían con la fantasmal aparición de Mercedes en Barcelona. Repasó después la misiva que había preparado en la oficina de Juanma:

"Señor Comisario Jefe:

La pasada semana recibí noticias de una antigua amiga mía, Mercedes Vilaplana. Me explicaba que su vida estaba en peligro. Sus temores venían expuestos en una carta adjunta, la misma que yo le envío a usted ahora.

Según sus instrucciones no debía abrirla. El lunes tenía que ponerse en contacto conmigo, señal de que sus amenazas se habrían conjurado, y yo le devolvería su carta. Pero si no lo hacía, como ha sucedido, debía hacérsela llegar a ustedes.

Perdonará que no me identifique, pues así me lo pidió. Pondría en peligro mi trabajo y mi propia seguridad. Mi deseo es que Mercedes no haya sufrido mal alguno y que, de lo contrario, sea castigado el culpable.

Atentamente,

Una amiga de Mercedes".

Metió la primera en un sobre en blanco, que introdujo con la segunda en el dirigido a la Comisaría de Vía Layetana. Se desnudó —el camisón y los guantes que se había enfundado para toda la operación, cirujano en el quirófano—, se vistió —una cazadora muy atrevida para su estilo, a juego con el pantalón, toda de cuero— y bajó a la calle en busca de un buzón. Frente al portal la esperaba Adrián en su moto.

— Hola —se saludaron un poco cortados.

— Tengo que llevar el coche a revisión y no me apetecía que me dejara tirada.

— ¿Qué le pasa?

— Nada, no seas tonto —lo despeinó cariñosa y se abrazó a su espalda—. Era mentira, quería que me llevaras para hacer las paces —y le dio un beso en la nuca mientras arrancaba feliz.

Adrián dejó que el motor se expresara en su nombre. Tenía al-

go de juvenil impaciencia aunque, mercancía de segunda mano, desdijera de los sentimientos que él estrenaba con ella.

Laura encontró providencial su aparición que le había evitado el error de depositar la carta en el buzón más cercano a su domicilio.

— Adrián, si no te importa, desvíate hacia el estadio. Quiero pasar por la agencia a dejar un mensaje a mi marido —le sugirió mimosa y notó un cambio de ritmo en su corazón cuando añadió—: que no comeré con él. Me gustaría estar contigo.

Laura simuló entrar en el edificio y esperó unos minutos antes de salir y echar la correspondencia en un buzón vecino.

— Todo arreglado, comeremos juntos y pasaremos la tarde haciendo el amor —resignada Laura, inapetente aunque nunca se sabe...

La moto respondió briosa a los planes de Laura y puso la banda sonora a su amor hasta el instituto. Laura tendió la mano a Adrián y le agradeció, en voz alta, que la hubiera recogido tras la avería de su coche. El retuvo su mano y deslizó, en su oído, estas palabras que habían de inquietarla:

— No juegues conmigo. Conozco tus trucos. Quiero que te divorcies de Juanma y vivamos juntos.

El chico le había salido respondón. Pero ¿a qué se refería? ¿A sus gestiones barcelonesas o a sus mudanzas de amor?

[17] Juan había salido a hora tan temprana como Laura imaginara; pero más la hubiera sorprendido su atuendo deportivo. De conocerlo, pudiera haberse convencido de sus firmes propósitos de recuperar el pasado, comenzando por eliminar los kilos de más que, como los quistes de su convivencia, habían proliferado en los últimos años, en un curioso paralelismo del que la causalidad, más que la casualidad, no podía estar exenta.

Había aparcado en las inmediaciones del Retiro e inició un trote ligero hasta el embarcadero, donde arribó ya sin resuello.

— Estás viejo —le reprochó su fatiga Germán que no dejaba de brincar a su alrededor, con la toalla anudada al cuello. Para Germán, el footing matinal era costumbre y seguro de vida, además de

camuflaje; no para Juanma.

— Tú lo que quieres es matarme —bromeó y sus palabras quedaron congeladas por su inconsciencia.

— Vamos —lo animó a correr.

Fueron hasta el Palacio de Cristal y se sentaron en un banco.

— Te he traído lo que he podido reunir.

— ¿Dónde lo llevas?

— Aquí —se bajó la cremallera del chándal—. Me resguarda del frío.

— Es una utilidad insospechada. Esperamos que sirva para algo más.

— No es mucho...

— Últimamente nunca lo es. Empiezan a preguntarse si... Dejémoslo, ¿qué tienes?

Le tendió la carpeta —y Germán se la guardó en el mismo sitio para que permaneciera a la vista el menor tiempo posible.

— Hay algunas entrevistas confidenciales con ministros y varias fotocopias de documentos que he conseguido allende el mar.

Hacía frío, se incorporaron y pasearon un rato.

— Vamos con lo que me preocupa —dijo Germán, que no estaba impresionado por los informes de Juanma—. Hemos tenido noticias de una aparición en Barcelona. ¿Qué sabes?

Juanma le relató su entrevista con la policía pero le ocultó la conversación con su suegro, sus sospechas que recaían sobre quien ahora preguntaba.

— Es extraño. Habrá que interrumpir todos los trabajos en curso mientras no se aclare el asunto. Ya sabes las normas. También pondremos en cuarentena tu información de hoy. Toda seguridad es poca.

Las palabras de Germán le sonaron a su separación del servicio y a la sentencia final que eso conllevaba. Y estalló:

— ¡La seguridad! Estoy harto de la maldita seguridad. Si no os sirvo, ¿a qué esperáis para deshaceros de mí? ¡Matadme de una vez! —observó que un bulto resaltaba bajo el chándal de Germán. Iba armado y lo desafiaba.

— Ten calma, nadie quiere desprenderse de ti. Al menos, no

nosotros. Nos has sido de gran utilidad en el pasado y volverás a serlo en el futuro. Desde luego, si haces tonterías, nos obligarás a actuar en contra de nuestra voluntad. Estás metido en algo serio, no se trata de un juego.

Para ninguno lo era. No para don José y sus amigos, ni para Germán y los suyos; sí, en cambio, para Laura aunque todos lo ignoraran. Y ¿para Juanma?

— ¿Qué explicación puedes darme tú?

— No tengo ninguna pero sólo hay una posible. Nuestros colegas de la embajada americana pretenden quemarte, entregarte a la policía para que tengamos que librarnos de ti. Descuida, sabemos cómo protegerte. Debo irme, yo me pondré en contacto contigo. tranquilo.

Germán se alejó a buen trote, con estilo atlético: los brazos pegados a los costados, sin bracear, y la cabeza erguida queriendo subir más alto de lo que su corta talla le permitía. Juanma se quedó meditando en las palabras de Germán, tan iguales e insatisfactorias como las de don José. Los mismos consejos, idénticas imputaciones al contrario, siempre los otros, ratas del mismo pelaje que luchaban por los despojos.

Apenas pasaban unos minutos de las ocho. Si se apresuraba, encontraría a don José en su casa. Apretó el paso y en veloz carrera, que pagaría en agujetas varios días, se plantó junto a su coche, al que obligó a imitarle en su zigzagueante marcha hasta el chalet de Puerta de Hierro.

Era una construcción de dos plantas en forma de "L", de ladrillo rojo macizo manual en las paredes y teja vieja en la cubierta. En el ala más pequeña estaban las dependencias del ama de llaves, la vieja Elvira, y de Tomás, un hombre anciano que hacía de chófer y jardinero, y también el garaje y un trastero para las herramientas. En la planta baja del ala principal estaban los salones y la biblioteca y en el piso alto, los dormitorios: todos vacíos salvo el de don José y los que esporádicamente ocupaban las jóvenes acompañantes de sus divertimentos eróticos.

Un camino de grava comunicaba la verja de hierro con la casa y se abría paso entre céspedes cuidados y macizos de setos, floridos en

primavera, que eran el orgullo de Tomás. En la parte posterior había una piscina de forma caprichosa, escenario más frecuente de lances amorosos que de prácticas deportivas, y una pista de tenis en la que don José actuaba de juez de silla cuando sus invitadas eran pares.

La casa fue el regalo de bodas de la señora Espinosa a su flamante marido, el ex capitán de las SS, y aunque Juanma ignoraba las circunstancias del enlace así como las andanzas alemanas de su suegro, se sentía allí como un advenedizo, que debía penar las faltas de Josef Weyler.

Se hizo anunciar por doña Elvira, que lo estimaba como trasunto de su devoción por Laura, aunque participaba de las quejas por sus desvíos y la animaba a superarlos: "cosas de los hombres, todos son iguales, otro vendrá que bueno lo hará".

Se entretuvo mirando los cuadros de la biblioteca, también de mérito. Predominaban los retratos y Juanma sospechaba que habían sido adquiridos juntamente con los muebles, las estanterías, la escalerilla y la pasarela cercana al techo y los propios libros, la mayoría en inglés, en un lote único de una mansión británica.

Pronto apareció su suegro, con un rictus de desagrado por su irrupción. Pese a ello, lo recibió con un par de besos fraternales, según su costumbre en casa; no así en el despacho, donde se imponía el apretón de manos.

— Ya sabes que no me gusta que te presentes sin avisar.

— Acabo de tener una cita con Germán en el...

— No quiero saberlo, odio los detalles. ¿Dónde tienes la cabeza? ¡Cómo se te ocurre venir directo aquí después de hablar con él!

— Estoy cansado, aburrido, harto de que se me maneje como a un muñeco. Tú me dices que todo es obra de los servicios soviéticos...

— Sin nombres, por favor... —se levantó don José a cerrar la puerta de la biblioteca, aunque su confianza en los criados era total: muchas pruebas de discreción le habían dado en su disipada vida.

— ... y ellos me dicen que es un montaje vuestro. En lo único que coincidís es en que no haga nada...

— Es un buen consejo —estalló en una risotada don José—. Perdóname pero siempre me sorprende tu ingenuidad. Ya te lo dije el otro día: en este oficio ocurren cosas, sucesos, acontecimientos, pro-

vocados o no. No importa quien los desencadena pero cada uno trata de aprovecharlos a su favor y según los movimientos del contrario. Vivimos un mundo cambiante, no hay posiciones seguras ni situaciones fijas. Lo que hoy es verdad deja de serlo mañana. Nadie, salvo tú, busca respuestas. Todo se reduce a sobrevivir, a hibernar hasta que el temporal escampe.

— Pero ¿cómo estar quieto mientras se ventila mi destino? Alguien desea impedir que hable.

— Vamos por partes. Tanto Germán, estoy seguro, como yo, te apreciamos de verdad y te recomendamos calma. Si revelaras tus secretos, tampoco tantos, tú lo sabes, tu final sería irremediable a cambio de bien poco. Nos destruirías a Germán y a mí, piezas mínimas de nuestras organizaciones. No les importaría demasiado sacrificarnos. Nos preguntas quién está detrás y te contestamos lo que sabemos. ¿Tú crees que necesitan consultarnos para decidir sobre tu vida? Puede ser su obra o la nuestra y ninguno te mentimos. ¡Qué más da! Preocúpate de seguir vivo. Un día se resolverá y tampoco sabrás a quién agradecérselo ni estarás seguro de que tu aparente salvador no sea el mismo que quiso perderte. Haznos caso y convéncenos a todos, con tu conducta normal, de que continúas siendo un hombre importante.

— No sé si podré resistirlo —acató Juanma, cabizbajo, sus palabras. ¡No era nada pedir confianza hacia quien tal vez era el verdugo que esperaba!

— Dúchate y cámbiate de ropa. ¡Que te vean con buen aspecto! Te dejo.

Media hora después don José Weyler y Espinosa espió desde la ventana la marcha de su yerno. Cuando lo perdió de vista, marcó el número de la Embajada Americana. Pidió una extensión determinada y aguardó unos minutos.

— ¿Mister Forbes? La situación comienza a deteriorarse. Temo que se me está escapando de las manos —empalmó sus crípticas impresiones, sin esperar la réplica de su interlocutor que, sabía, no se produciría—. Me permito sugerir una averiguación a fondo de la historia de esa mujer, si es ajena al Servicio —insinuó prudente—. Espero instrucciones.

[18] Laura había cumplido su promesa. Adrián insistió en invitarla y ella aceptó una pizza cual alpargata. Adrián se sentía feliz en la barra del bar, aun sin derecho a una reducida mesa que facilitara el roce pausado de las rodillas. Era la primera vez que Laura se dejaba invitar y eso le daba a su romance un cierto aire de normalidad, que relegaba al olvido las especiales circunstancias de su acoso y derribo. Pretendía que Laura se divorciara y que se casara con él. Deseaba entrar de meritorio en un periódico, para lo cual no necesitaba formación que no pudiera adquirirse en la calle. Suponía que su matrimonio con Laura, aceleraría su carrera en los distintos negocios editoriales. Aspiraba a reemplazar a Juanma, no sólo en Laura sino también en la agencia. Eran sueños adolescentes y aún no había llegado el momento de hacerla partícipe.

Respecto a la pequeña intimidad de caricias secretas que la publicidad de la barra les impedía —que tampoco era cuestión de remedar la noticia de unos jóvenes detenidos por fornicar encima del taburete de un bar—, esperaba que la tarde de amor lo compensara con creces.

Adrián propuso refugiarse en el piso de Laura porque su situación económica lamentable —incapaz de proveer el cobijo de una tarde, menos de garantizar una convivencia— no podía ofrecerle otro techo para su amor en flor.

Laura estaba dispuesta a acostarse con él si era necesario pero no a pasar una tarde agotadora de abrazos interminables, y le sugirió tomar una copa, aunque tuviera ella que "prestarle" dinero para su abono. Esperaba arrancarle alguna información pero, tras una hora de estúpida charla y sucesivas copas de ginebra —ella acostumbrada y él no tanto— que desataron su lengua y sus manos —verdaderamente molestos sus intentos de acariciarla en público—, se convenció de su ignorancia supina respecto a Mercedes Vilaplana, y tildó sus enigmáticas palabras de vana fanfarronería.

A las cinco Laura lo llevó a su casa en un estado de avanzada embriaguez. Lo acostó en su cama y le prometió que al instante se reuniría con él, pero lo dejó dormir un par de horas. Se despertó un

tanto mejorado de su borrachera, con el mismo deseo en los labios; irreductible aunque Laura lo convenciera de haberse amado ya una vez. Entonces oyeron la llave de Juanma y Laura le rogó que se refugiara en el baño, con tal verismo que al momento le oyó vomitar; esperaba que en la taza.

Después de comer, Juanma había tenido una larga charla con Maite. Sus secretarias parecían turnarse en sus intentonas. Maite lo había hecho meditar; algo que él ignoraba se pudiera ejercitar sin sonrojo de misticismos religiosos ni fantasías de gurús orientales.

Maite sabía que atravesaba un mal momento y le había tirado de la lengua, contraponiendo a la azarosa vida pública de él su propia vida privada, hecha de pequeñas satisfacciones, como rodearse de objetos bellos. Y si bien su prestigio era cuanto de atractivo encontraba en él, le dijo, con la voz aterciopelada de la más flagrante insinceridad, que sólo importaba la paz espiritual, la conformidad con uno mismo, el cultivo amoroso del pensamiento; las tareas que no encontraban hueco en su agenda, como bien sabía ella, responsable de la misma.

Juanma volvió a casa en su coche, rechazando la gentil invitación de Maite que, pese a su mayor habilidad dialéctica, había fracasado antes que Jo. Encontró a Laura en su despacho con el libro de Matemáticas sobre la mesa.

— ¡Hola! Estaba resolviendo algunas dudas a uno de mis alumnos, Adrián Urrutia, que es vecino nuestro. Está en el baño. Creo que está drogado. Menos mal que has llegado, no sabía cómo librarme de él. Se presentó hace un rato para que le explicara algo. Me dio miedo decirle que no y lo dejé entrar. Perdona por usar tu despacho pero no sabía dónde meterme.

— No te preocupes. Yo... —se notaban sus esfuerzos por encontrar alguna palabra amistosa.

Entonces entró en escena Adrián dando tumbos y Laura le estuvo agradecida a su marido por su providencial aparición que le ahorraba ser amada por un borracho.

— Mira, éste es Adrián —esperpéntico estafermo, como para presumir de amante.

Quizás de presentarlo así, hubiera resuelto sus problemas con-

yugales si Juanma se mostraba conforme con el divorcio. Pero Laura quería hacer las cosas a su manera y quedar como víctima inocente de un marido infiel, y no estaba dispuesta a brindarle, con la certeza de su adulterio, el perdón de todas sus aventuras pasadas y futuras.

Temía alguna indiscreción de Adrián, pero la vomitona le había sentado bien y estaba lo bastante recuperado para estrechar la mano de Juan y rogar que lo disculparan. Recogió sus libros y se despidió desilusionado. Pasados sus días de euforia, estaba conociendo los tragos amargos del amor; tanto más los de los amores clandestinos.

Laura observó a Juanma deambular por el piso. Lo veía inquieto, algo quería decirle pero le faltaban las palabras. Ya era mucho que a Juanma Somalo, rey de la charlatanería facunda, lo acallaran sus sentimientos encontrados.

— Te necesito Laura y te quiero —la agarró por el talle cuando estaba cocinando y la volvió hacia él, buscándole los labios.

— Déjame en paz, no seas bruto —lo cortó de buen humor—. ¡Suéltame!, ¡no te atrevas a tocarme! —cambió radicalmente de tono al ver la persistencia de su ataque, y se separó de él enarbolando el cuchillo de cocina.

Se quedaron mirándose a los ojos, jadeantes, tensos por el amor o la violencia presentida; tan ridículo que él la amase allí como que ella le atravesase el corazón después de todos los esfuerzos que Juan había hecho para perderla y Laura para separarlo de su lado. Debieron encontrarse grotescos y ambos depusieron su actitud.

— Estoy asqueado de todo. No te extrañe si un día te anuncian mi suicidio.

Lo dijo con un tono tan teatral que Laura estalló en una carcajada.

— No sería mala idea —rió con ganas. Hasta entonces no había tenido en cuenta la posibilidad de un suicidio provocado o de un homicidio camuflado de tal. Le resultaba divertida la faceta histriónica de Juanma, donde encontraba sus últimos rasgos vírgenes, indemnes del nefasto influjo del pretencioso Juanma—. Anda, no seas tonto, todo se solucionará —fue una frase sin sentido aunque intuía que su noche transcurriría también entre los dos extremos del debate.

[19] Su pereza fue simultánea como otras veces sus madrugones. Juanma sabía que los miércoles Laura no tenía clase a primera hora y decidió esperarla. Obedecía las instrucciones de su suegro y su último deseo de salvar su matrimonio cuando ya ninguna otra cosa parecía firme en su vida. Era el estertor del desesperado que intentaba preservar, para un futuro inseguro, algo del pasado que se desmoronaba: lo más provisional, el amor.

Laura había pasado la noche acariciando la posibilidad de deshacer su enredo. Le bastaría con una confesión sincera a ese inspector con nombre de enanito. Su padre y su marido moverían las oportunas influencias para olvidar el asunto.

Sin embargo, Laura nunca lo haría. No se engañaba, el encuentro con el inspector motivaba su pesadilla más que su hipotético arrepentimiento, mera excusa para su cita. Esta certidumbre de que habría de encontrarse con él fue el único vestigio de su tramoya al despertar.

Juanma le llevó el desayuno a la cama, quizás con la pretensión de que le hiciera sitio en ella. Exagerada su confianza no ya en sus cualidades amatorias, probablemente oxidadas, sino en las propiedades curativas del lecho común: tanto en el sueño como en el amor. Había en efecto una correlación entre su vida sexual deficitaria y la bancarrota de su convivencia, pero no podía pretender atajar su degradación con el ejercicio del amor, por virtuoso que fuera. Necesitaban un acercamiento paralelo, espiritual y sincero porque igualmente la falsedad primera —su romance con Mercedes— y las que vinieron después —su vida secreta— habían sido el origen de la larga pendiente infinita.

Laura se emocionó con la visita de Juan y su presente del desayuno, con la torpeza del conocimiento como en su primera cita de amor. Para que la siguiente también lo fuera, no lo ayudó en sus zafios intentos de reconducir su abnegación al amor y lo echó para vestirse.

Juanma la esperó en el salón y se ofreció a llevarla al instituto y a recogerla después para comer juntos. Laura aceptó consciente de que esa atención especial se la debía a Mercedes.

Salieron en el coche de él, humillante para Adrián, apostado como siempre. Laura pensó en cuántos admiradores le habían salido de improviso a ella, una mujer solitaria durante cinco de sus mejores años. Se hizo el propósito de que eso, con ellos o con otros, no volvería a ocurrir en el futuro.

Juan se despidió con un beso y ella no se lo devolvió. Esperó a que Laura se perdiese en el interior del instituto para reintegrarse al tráfico ciudadano. Arruinó así, inconscientemente, todas las posibilidades de abordarla de Adrián, que se lamentó con un sonoro "¡mierda!" —capaz de paralizar por sí solo el ruido de la capital— que coincidió con la salida masiva de humo del motor de su vespa con alguna avería, irreparable para su economía.

En su oficina esperaba a Juanma un hombre de exagerada alopecia y huidizos ojos azules; lo más humano que de la naturaleza había recibido su gris anatomía.

— Don Juan Manuel Somalo, supongo —le dijo con una pompa digna de Stanley ante Livingstone.

— Juanma, sí —apretó la mano que le tendía, borrando la revelación de esa apócope tan injuriada por Laura que le había otorgado, como un amuleto, la popularidad.

— Es el inspector Martín Sabio de Barcelona —precisó la voz dulce de Maite—. Lleva aquí una hora. Me he ofrecido para localizarle pero ha preferido esperar.

— Me gusta familiarizarme con el ambiente de mis...

— ¿Sospechosos? —lo hizo pasar al despacho.

— Digamos colaboradores.

— Me temo que sea una diferencia meramente semántica. De palabras —se lo aclaró.

— Sí, de palabras. Ustedes son maestros en eso pero, en mi caso, no es pura palabrería. Cuando investigo a una persona me gustaría que, entre los dos, lográramos deshacer las pruebas en su contra. Nada me alegra más que descubrir extravíos o accidentes en teóricos robos o asesinatos. Desgraciadamente no siempre es posible. Créame,

no somos bestias carniceras, sedientas de sangre, sólo profesionales que procuramos hacer bien nuestro trabajo.

— No está nada mal su discurso para no ser diestro en oratoria. Dos nombres muy apropiados: el truhán Somalo y el inspector Sabio.

— Tengo aquí su declaración. ¿Se ratifica en ella o quiere corregirla? —se la tendió y Juanma la encontró correcta—. Le decía antes que prefiero llamar colaboradores a mis interrogados y eso espero de usted: colaboración. La mejor forma de ayudarme y de ayudarse, si es inocente —nuevo reto en forma de pausa con mirada profunda a sus ojos que Juanma no recogió—, es que sea sincero, que me cuente todo sin tratar de protegerse con mentiras. Mi experiencia me dicta que no hay mejor apoyo que la verdad por amarga que parezca. Si queremos demostrar que usted no tiene nada que ver...

— ¿Queremos?

— ¿Lo quiere usted?

— No lo sé, estoy tan aburrido de esta historia...

— Me tiene que ayudar a desmontar una serie de pruebas inculpatorias.

— ¿Son muchas? —cínico Juanma.

— Demasiadas —reflexivo el inspector—. Hablemos primero de su coartada de ese sábado. Niega usted haber estado en Barcelona a pesar de las evidencias y afirma que estuvo con una mujer. ¿No es así?

— Sí... Hay muchos intereses en juego en... esta profesión mía. Me resulta difícil expresarme con mayor claridad. No pienso mentirle aunque tampoco pueda decirle toda la verdad.

— ¿Más importantes son esos intereses que su libertad?

— Tal vez mi vida.

— Me va a ser difícil hacer nada por usted.

— Para su tranquilidad sepa que podría justificar mis pasos desde el viernes hasta el domingo pero, para la mía, debo reservármelos.

— ¿Niega entonces que Mercedes Vilaplana lo citara en Barcelona?

— No he sabido nada de ella en los últimos cinco años.

— Entonces ¿cómo explica esto? —sacó, como un prestidigitador, la carta de Mercedes—. Ayer la pusieron en el correo, en un buzón próximo a su oficina. Por su aspecto abultado fue detectada en la clasificación como sospechosa de contener explosivos. Tenga, léala. —Esperó unos minutos—. ¿Y bien, qué me dice?

— Es un montaje. ¿Han comprobado si es auténtica?

— Los grafólogos opinan que sí aunque revela un estado de ansiedad, lógico dadas las circunstancias.

— Existen muchos medios para falsificarla, hay gente preparada y...

— Sí pero ¿por qué excluye que sea de la propia Mercedes?

— Ella sería incapaz de hacerme eso.

— ¿Porque lo amaba demasiado? ¡Vamos!, dígame la verdad.

Juanma no contestó.

— Verá, hay algo extraño. Hemos investigado el paradero de Mercedes en Frankfurt y no hay rastro de ella. Parece que su identificación hace cinco años en el consulado y su partida de matrimonio, incluso su marido Klaus Henkel, todo es falso. De no ser por su reciente visita a comisaría y por estas cartas, podríamos pensar que su desaparición data de entonces pero, por desgracia para usted, no es así.

Hizo otra pausa prolongada y lo miró como un botánico a sus plantas o un entomólogo a sus insectos. Así debían ser los seres humanos para el sabio policía pese a sus solemnes declaraciones.

— Prosigamos con la famosa carta que usted niega haber recibido. Si me estuviera engañando y no quisiera que nadie la encontrara, ¿qué hubiera hecho con ella?

— Quemarla, supongo.

— Correcto. Y si por el contrario fuera usted esa persona misteriosa de la que sospecha, ¿o no es así? —preguntó llanamente pero Juan bajó los ojos— que quisiera comprometerlo, ¿qué haría entonces?

— No veo a qué conduce esto.

— ¿Qué haría?

— La escondería entre mis cosas, para que apareciera en un registro.

— ¿Dónde la pondría? En un sitio que no usara nadie más que usted y donde tampoco le llamara demasiado la atención —contestó su propia pregunta—. ¿Tiene algo parecido?

— Sí, por supuesto. Esta cajonera, casi nunca la abro.

— Busque entonces, usted mismo.

Juanma revolvió entre los recortes y pronto vio el blanco del folio. Su rostro se tornó lívido y su mano levantó el papel candente por uno de sus vértices.

— ¿Qué?, ¿ha habido suerte? Léala en voz alta o ¿se la sabe de memoria?

— Es la primera vez que la veo. ¿Es usted adivino o acaso la han puesto ustedes?

— Sería una solución fácil, amigo, pero no hemos sido nosotros. Sin embargo lleva razón. Hay algo de teatral en todo esto: la compra del billete el día anterior para acudir a una cita ya concertada, la presencia de esa mujer en comisaría, la carta "a quien corresponda" a través de una amiga anónima, la aparición oportuna de esta otra prueba que cualquiera hubiera destruido... No sé, parece una trampa, pero de nada nos sirven las hipótesis. Los hechos coinciden contra usted. Lo han montado tan bien que podría ser cierto. Y usted a cambio no nos ofrece más que medias verdades y silencios.

— No pueden acusarme de nada.

— Todavía no pero ¿por cuánto tiempo? Un día u otro aparecerá una mujer muerta y entonces... quizás sea ya tarde. Le convendría contárnoslo todo.

— ¿...?

— Está bien. No lo molestaré más por ahora. ¿Le importaría que hablara a solas con sus secretarias?

— En absoluto —locuaz de pronto—, nada tengo que ocultar. Sólo pretendo resguardar mi intimidad.

— Lo que usted diga —no aprobaba que afrontara sus peligros en solitario. Había visto sucumbir a tantos en ese empeño y Juanma era uno más de esa camada de individualistas.

[20] Jo y Maite se sentaban ante dos mesas enfrentadas, pero la disposición de los muebles no era síntoma de sus relaciones. Eran buenas amigas, rivales en la esperanza de reemplazar a Laura en el corazón de Juanma y hermanas en la apatía total con que su jefe respondía a sus proposiciones.

Ambas vestían las prendas más apropiadas para resaltar sus encantos: Jo, la minifalda para los muslos y el jersey de cuello alto, una talla inferior, para los senos, y Maite, unos vaqueros ceñidos a la cintura y la entrepierna, y una camisa transparente con un solo botón cerrado.

Cuando Martín Sabio las encontró supuestamente atareadas, su primer pensamiento recayó en el espesor del tabique y el segundo más frívolo versó sobre las disputas de las dos féminas acerca de la temperatura ambiente con tal descompensación de ropa de abrigo. Pudiera ser que las corrientes le entraran a Jo por las piernas y equilibraran los ahogos del pecho y a Maite viceversa.

— Señoritas —olvidó sus malas ideas y tornó a la seriedad de su causa—, si no tienen inconveniente me han autorizado a hacerles una prueba —empezó solemne y, al descubrir su sonrisa maliciosa, apresuró su frase—: de mecanografía. Copien lo que voy a dictarles —les leyó con voz impersonal un párrafo de la carta de la amiga de Mercedes—. Con eso es suficiente. Gracias señoritas.

Hurtándose las miradas pues la chispa burlona de una prendía en la otra como yesca y pedernal, sacaron los folios de los rodillos y se los dieron. El inspector los confrontó por encima con el original y exclamó en voz baja con un tonillo desdeñoso:

— Muy parecido, sí. Ya veremos lo que dicen los expertos.

Era bastante escéptico acerca de los métodos científicos de investigación. Se fiaba más de la intuición, de la psicología: cualidades innatas básicas para un policía que él poseía en grado extremo según había demostrado en múltiples ocasiones, en contra de dictámenes de peritos y aun de testigos, falsos o equivocados. Y cuando todo se aliaba de un lado, él solía pasarse al bando contrario.

Le faltaba el cadáver de Mercedes Vilaplana, sin él no había caso. La insistencia de Carles Adán pronto se agotaría y recibiría instrucciones de cerrar el asunto. Necesitaba un cuerpo, mejor vivo para

hacerle justicia, que reapareciese Mercedes diciendo "hola qué tal, me di un paseo por los mares del coral". Entonces él le tomaría las huellas y hablarían durante días. No, al inspector Martín Sabio, como adivinara la interesada, no se le escabulliría de las manos para montar otra historieta parecida.

— ¿Alguna de ustedes conoce estas líneas que acabo de leer? —les preguntó seguro de la negativa que denotaba su burla espontánea—. Según tengo entendido Mercedes Vilaplana coincidió con ustedes en "Servicio de noticias".

— Conmigo sí —aseguró Jo— pero Maite es posterior.

— Así es. Cuando lo nombraron director, pidió otra secretaria personal porque no le bastaba sólo con una, aquí la Jo —que le hizo una mueca—. Nos hicieron una selección en Madrid y luego las tres o cuatro candidatas fuimos a Barcelona y me eligió a mí.

— Por lo guapa que eres, mona —apostilló Jo.

— Por mis capacidades —se enfadó Maite.

— Por favor, señoritas —cortó el inspector la impertinencia de Jo sobre la naturaleza de sus atributos—. ¿Llegaron a conocerla en persona?

— Sólo el día de la entrevista —dijo Maite.

— ¿Qué impresión le causó?

— Me cayó mal. A mí y a todas las que íbamos. Parecía la dueña. Luego, cuando me enteré que había dejado la empresa, supuse que pretendía nuestro puesto pero él debió negarse. Con las habladurías que corrieron...

— ¿Qué habladurías?

— Bueno, yo me enteré después y...

— ... como no sabes tener la boca cerrada —intervino Jo—. Tonterías, que si había tenido un lío con Juanma y él la había plantado, nada del otro jueves.

— ¿Era cierto?

— ¡Yo que sé! Tendría que haber conocido a Mercedes para saber si era su tipo —despectiva Jo.

— Y ¿cuál es su tipo?

— De pelo rizado, buenas tetas y una minifalda hasta las bragas —contestó la dulce Maite, describiendo con fidelidad chabacana a

Jo, que no se dio por aludida y continuó:

— Creo que se las sabía todas, de hombres y esas cosas. Algo haría para conquistarlo, cosa muy distinta es que lo lograra.

— ¿Así que no cree que fueran amantes? —concretó el tema Martín Sabio, entretenido por la observación del alma humana pero furioso consigo mismo por perder el tiempo en divagaciones.

— No, de ninguna manera —afirmaron las dos.

— Sin embargo Juanma tiene una imagen de hombre conquistador en las revistas.

— Eso es por las fiestas, siempre en compañía de famosas. Forma parte de su trabajo. De vez en cuando, sienta bien una canita al aire, ¿no se dice así? —El inspector se sintió viejo, insultado—. Tampoco le van muy bien las cosas en su matrimonio. Que quede entre nosotros. Ella es muy...

— ¿Cómo es la mujer de Juanma? —se interesó, muy lejos de saber que ella había soñado con él esa noche.

— Una engreída, hija de su papá, que lo ha tenido todo en la vida. Nunca le ha apoyado —se turnaron en los improperios—. De ese tipo de mujeres, unas mártires si su marido las deja. ¿Sabe a qué me refiero?

No, Martín no era sabio en mujeres. No se había casado y nunca había tenido amigas. Sólo algunas novias de las de altar y otras de las de cama. Y nunca había aceptado que existieran compañeras.

— Pero Juanma en su trabajo es muy formal, con nosotras ¡no digamos! También depende de una, tampoco le damos pie. Quizás esa Mercedes fuera una pieza de cuidado...

Desconectó y se escabulló, herido por el parloteo del mujerío.

[21] A Juan no le valían los consejos de Germán y don José, supervivientes de sus correspondientes escaramuzas, representantes vivos de la sensatez. No podía mantener la calma cuando la tenaza se iba cerrando en torno a su cuello. Eso significaba la aparición de la carta. En adelante, la lucha se libraría en su persona. Saldría inocente o condenado, pero no se engañaba: sobre el campo de batalla nunca hay

vencedores, sólo mieses y cosechas arrasadas. Así quedaría su profesión, su prestigio, Laura, cuando terminaran con él.

Templó su ánimo para cumplir con su cita. La recogió en el instituto y marcharon, desapercibidos de la persecución de Adrián, hacia el centro de la villa y corte. Anduvieron de mesones por el Madrid de los Austrias —tan caro a ellos en sus tiempos de estudiantes— y almorzaron en un restaurante unido indeleblemente a su pasado por alguna ocasión histórica, la última cena de la virginidad compartida o la primera comida del amor pleno; también inicio de un Nuevo Mundo. Esta añoranza le hizo recapacitar si su empeño creativo no pretendería más bien la restauración del orden antiguo; cambiante la percepción humana a la primera brisa sentimental.

Después de comer, hilvanaron en un viejo café una tertulia de nostalgias que varias veces rozó las palabras "futuro" y "compartido" sin que ninguno venciera el pudor de pronunciarlas; demasiado prematuras hasta que muchas tardes como ésa cubrieran con tierras firmes la profunda laguna de arenas movedizas de su distancia; suicida pretender levantar sobre esos fondos inseguros el rascacielos altanero del porvenir.

Despidieron la luz en un cine de barrio donde estrecharon sus manos ante alguna vieja película que tuviera algo que decirles del ayer. La sala vacía era propicia a los besos y las caricias subrepticias pero también era pronto para eso. Luego Juanma la acompañó a su casa. Tenía la impresión de llevarla a la suya de soltera y debiera haber tomado la dirección de Puerta de Hierro en lugar de desembarcarla en Argüelles, porque su tarde había sido la primera cita del nuevo encantamiento.

Juanma cenaba fuera y debía respetar sus compromisos. Preferible así porque no debían precipitar su reencuentro en un asalto amoroso. De igual manera que sus comienzos de enamorados transcurrieron sin sexo, antepondrían ahora la borrachera del espíritu a la resaca de la carne.

Laura entró en su dormitorio con una cancioncilla en los labios, desabrochándose la blusa. Pensaba amorosa en su marido, como en años no conocieran esas paredes de su soledad, la cajita aterciopelada de los sinsabores, del llanto por sus fechorías. Ya se había des-

prendido de la ropa cuando chocó con Adrián.

Ahí estaba su amor por Juanma, vivo y recíproco cuando más apagado lo creía. No podía tolerar intromisiones, no ya en su cuerpo sino en esos sentimientos que, estaba segura, debían ser visibles desde su observatorio. Echó la persiana con rabia por la interferencia del engaño. Aunque sin ello tampoco hubiera sido posible su día de dicha y todos los que vendrían. Había sido el camino de imperfección necesario para retornar a la senda del ideal.

Se fue al salón a oír música para que nada sino las notas cálidas acariciase su cuerpo con el recuerdo del amado; tantas noches presente en un cuarto contiguo, de soledad como el suyo, como entonces ausente y sin embargo nunca más cercano a ella.

El timbre acabó por imponerse y fue a abrir, convencida de la presencia del nefasto Adrián, inoportuno aunque esa misma acción fuera milagrosa en otra noche, igual para él y tan distinta para ella que si fue noche del alma, la que vivía merecería llamarse día jubiloso del conocimiento.

— ¿Qué quieres? —le preguntó con la cadena de la puerta echada. Prefería la indiscreción al riesgo de franquearle el paso: ocasión para que no saliera de allí sin reconducirla a la cama cuantas veces quisiera, lo que, en su condición afectiva, hubiera equivalido a múltiples violaciones de él y traiciones imperdonables de ella, porque su corazón entonces, a diferencia de antes, tenía dueño que por azar coincidía con el legítimo de sus papeles de desposada.

— Verte. Últimamente parece que te basta con tu marido —dijo Adrián, con evidente mal gusto, demostrándole que los había seguido, por lo cual lo odió al instante.

— ¿Qué te importa a ti eso? —con tal dureza que asustó al muchacho de que pudiera perderla.

— Yo te quiero y creía que tú a mí también —gimió Adrián.

— No seas tonto —compasiva Laura pero sin soltar la cadena, temerosa de que el cordero resultara lobo, una vez conseguido el propósito de su disfraz—, te aprecio de veras —excluía el amor— pero comprende que él es mi marido.

— Déjame entrar —terco e incapaz como todo enamorado de aceptar no ser amado—, sé que ha salido. Tenemos tiempo.

— No, no puede ser, nos descubriría. Además no quiero, al menos esta noche no —dulcificó su final aunque sonaba a despedida definitiva.

— Si crees que te librarás de mí estás muy equivocada — estalló irracional.

Laura le cerró la puerta y su corazón latió desbocado. Contuvo la respiración hasta que escuchó el ascensor. Entonces se atrevió a mirar por la mirilla para comprobar que Adrián había desaparecido.

Volvió a la música pero ya no era la misma. Variaciones como en el amor: en la adolescencia, en el matrimonio, así toda la vida. ¿Cómo sería a la vejez? ¿Por qué siempre la mezquindad como denominador común, la posesión, querer anular la voluntad del otro, pedir motivos, explicaciones, causas para hoy sí y mañana no, cuando pertenece al sentimiento y no a la razón?

8º día. Jueves 1-12-83

[22] La noche es propicia al encantamiento y la mañana disipa las brumas del engaño y queda desnuda la verdad ingrata.

Laura había dormido tan bien que había perdido la ocasión de regocijarse insomne en el amor imaginario que creía haber recuperado. Al despertar sólo quedaba la certeza de las muchas dificultades que persistían para que el luminoso espejismo pudiera hacerse realidad.

En suma, había sido un paseo hermoso, más por el ayer que por el mañana, y su belleza brotaba de su propia excepcionalidad. Para que fructificara, tendrían que esperar el día en que sus paseos continuaran siendo hermosos aun a fuerza de habituales.

Laura había desgajado artificiosamente en Juan al novio de la tarde anterior del marido de quien ansiaba liberarse. Para eso había inventado la resurrección de Mercedes Vilaplana y su ascensión a los cielos del olvido; un truco de magia apenas: "et voilà", aquí está, ya no está.

Coincidió con Juan en el temprano desayuno antes de reintegrarse cada uno a sus obligaciones. Pasatiempos más bien, el instituto y la agencia, que los distrajeran de su leit motiv de aquellos días, los restos de su amor; viceversa de los años en que su mutua profesión de fe fuera menguando por culpa de sus otras profesiones.

Minúsculos en la vorágine del amor, agigantados al amanecer, Laura quería los detalles de la conversación de Juan con el inspector Listillo. En ella seguía anclado también Juanma: una confabulación en su contra, de una envergadura insospechada si incluía a la policía. Juan se debatía con la pata atrapada en el hierro asesino o el hocico atravesado cercano al queso, como un oso enfurecido o un ratón acorralado. Con la muerte pendiendo sobre su cabeza, ansiaba morir desgarrando a sus asesinos con violentos zarpazos y no como habitante de cloaca.

— ¿Qué quería ese inspector de Barcelona?

— Tenía nuevas pruebas... contra mí. Unas cartas confirmando la historia.

— ¿Qué vas a hacer? —disimuló Laura su emoción. Más tarde analizaría si estaba contenta de su éxito o no.

— Nada, nada en absoluto —con pocas ganas de contestar Juanma a una pregunta para la que todavía no tenía respuesta. Necesitaba maquinar un plan que lograra invertir la situación, que lo colocara de director de la obra y no de títere del destino.

— Debes buscarte un abogado —esposa fiel y amante—. Hablaré con mi padre —su Dios omnipotente.

— Será mejor que lo dejes al margen. No tienen nada en mi contra. Sospechan que estoy metido en un lío y ¡estoy en tantos! Pero no en éste.

— Te pueden acusar de su desaparición, incluso de su muerte.

— No existe delito sin cadáver.

— Lo mejor sería que apareciese Mercedes de una vez — deductiva Laura y los dos se miraron un instante.

Simultáneamente se había alumbrado en ellos una idea o dos sin relación entre sí. Eran fruto de la casualidad, de las palabras que se concatenan. Siempre habían confiado en el don de la palabra y, sin embargo, muchos de sus problemas se hubieran evitado con su ejercicio a tiempo. De nada servía lamentarse por los errores pasados. Ahí estaba ese regalo divino, dándoles una pista que ellos tendrían que modelar.

— Hasta luego cariño —le dio Juanma un beso a Laura que tampoco devolvió. A fin de cuentas se trataba del hombre de quien quería divorciarse.

Laura salió unos segundos después. Le disgustaba compartir los ascensores, incluso con él. Era un acto reflejo, el temor claustrofóbico de quedar encajonada de por vida con otro, siempre un extraño; un ataúd doble, una mortaja común que la privara de una muerte personal, solitaria como había sido su vida.

Se dirigió al quiosco más cercano. Le llamaron la atención los titulares de los diarios. Los términos sensacionalistas y la tipografía variaban de unos a otros: proseguía la búsqueda de Mercedes Vilapla-

na y se requería la colaboración ciudadana. En algunos medios salía a relucir la supuesta relación afectiva de la desaparecida con un conocido periodista, cuyo nombre omitían unos por respeto al colega y otros citaban sin reparo. Su misma profesionalidad respaldaría su deber para con los lectores. Los más osados publicaban las fotografías enfrentadas de Juanma y Mercedes.

Se hablaba de unas cartas comprometedoras para Juan, único sospechoso de un delito que nadie se atrevía a tipificar. Venía también una pequeña nota de la agencia "Servicio de noticias" en la que se negaba toda relación con la supuesta desaparición de Mercedes Vilaplana, quien hacía cinco años había roto su vinculación laboral con la empresa.

Regresó con los periódicos bajo el brazo. Su publicación impedía el arrepentimiento. El tema quedaba fuera de su alcance. Ya no podía controlarlo. Ella había puesto la bomba y había estallado según sus cálculos. No restaba sino regocijarse por el éxito y esperar que sus consecuencias fueran las previstas. Era tarde para retirar el artefacto explosivo. Mejor así, pensó, y arrojó los diarios en una papelera; el destino natural para la bazofia que se había llevado entre sus páginas mugrientas el amor de su marido.

Adrián estaba delante de su casa. Montaba otra Vespa y por sus primeras palabras supo que había presenciado su lectura y su rabia, aunque malinterpretara su significado.

— Yo también los he leído.

— Entonces sabes lo mismo que yo.

— Perdona. Me he portado como un burro. Ahora sé lo que tienes que estar pasando... Bueno, ya está dicho —le tendió la mano—. ¿Hacemos las paces?

— Desde luego —se la apretó de corazón. No era mal chico, sólo un poco atolondrado y su violencia, la propia de su agitado despertar sexual.

— ¿Quieres que te lleve como el otro día?

Laura aceptó y la moto arrancó veloz entre los coches.

— ¿De dónde la has sacado?

— Es de un amigo. A la mía se le quemó el motor.

— Cuanto lo siento.

— Me está bien empleado. Si supieras por qué se me quemó quizás no lo sintieras.

— No me lo digas —se amodorró en su espalda y cerró los ojos, abandonándose a sus pensamientos o prescindiendo de ellos: sólo el vacío, la nada amiga.

— Tengo que confesarte —sus palabras no llegaron nítidas a oídos de Laura, por el ruido— que me alegro. Así te será más fácil divorciarte.

— ¿Decías? —se sobresaltó Laura, al oír tan precisa descripción de sus íntimos propósitos. ¡Ni que fuera la voz de su conciencia! Parecía estar en posesión de sus secretos; lógico si atendía a su implacable labor de espionaje.

Aparcó la moto y Laura, que acababa de salir de una sorpresa, abrió los ojos a otra mayor. Adrián la había llevado a un hotel modesto de apariencia agradable.

— He reservado una habitación. No es un sitio lujoso pero estaremos bien. Me gustaría tanto hacerte el amor.

Laura se quedó atónita. Su primera reacción violenta se desvaneció y la sustituyó una emoción sincera. Ese chico la deseaba hasta extremos enfermizos. Todos sus actos, sinceros y falsos, estratagemas y argucias, discusiones y arrepentimientos, iban destinados a poseerla. Era una necesidad vital insuperable. Nadie había tenido una dependencia tal de su cuerpo. Los afectos están mal repartidos —ya lo sabía—, la fábula de las medias naranjas es una mentira podrida; la fruta está putrefacta desde el paraíso terrenal y su manzana del pecado. Se rió, le alborotó el pelo en su gesto usual y le respondió de buen grado:

— ¡Pero qué bruto eres! ¿Cómo se te ocurre? ¿Qué van a decir si faltamos a la clase? Sería un escándalo y ¿qué diría tu madre? — tocó su punto flaco.

— Nada ni nadie me importa, sólo tú. Te quiero —la abrazó y porfió su lengua entre los labios de Laura hasta que los abrió y se rindió a su beso profundo, confundiendo sus alientos, sofocada por el achuchón salvaje del vehemente muchacho.

— Yo también te quiero —mintió o no, insegura en ésta como en tantas otras cosas— pero... Puede haber una solución. ¿A nombre de quién has hecho la reserva?

— De los señores Urrutia —respondió muy digno.

— Eres adorable —lo besó ella en la mejilla, risueña porque creyera que alguien pudiera tomarla por mujer de tal adolescente; madre e hijo incestuosos tal vez—. Y ¿no podrían los señores Urrutia retrasar su llegada hasta el mediodía? O ¿será mucho esperar para tus impaciencias?

— De acuerdo —condescendió Adrián, que no confiaba en resultado tan favorable y no había hecho su anunciada reserva. Y sin recabar su consentimiento la tomó de nuevo, cortándole la respiración.

Fue un beso de despedida digno de dos amantes que dejaran el hotel tras su noche de amor. Luego, a su llegada al instituto, Laura se separó a tiempo y Adrián se lo envió desde lejos, las puntas de los dedos en sus labios y de ahí al aire cómplice de los pasillos por donde transitaban los estudiantes rezagados.

[23] La mañana transcurrió en blanco para Adrián, perdido en las imágenes lúbricas de un mediodía prometedor. Ninguno había hablado de la comida y Adrián pensaba enfilar directo la puerta del hotel, luego la de la habitación y después la de la amada, como una sucesión de umbrales del placer.

Laura estuvo también bastante ajena a sus lecciones y el resultado probablemente fuera una maraña en los apuntes de sus alumnos. No había sido insincera al proponer el aplazamiento pero tampoco se le ocultó que su decisión se debilitaría con el devenir de las horas. De vez en cuando, la pasión que en él despertaba la enternecía al extremo de querer complacerlo. Pero esos fugaces momentos se veían entorpecidos para desgracia del infortunado.

El timbre de la última clase fue contradictorio para los amantes. Para él había acabado la larga tortura y ella seguía sin el remedio mágico que la sacara del trance.

La suerte se alió, como casi siempre, a quien no la merecía, a Laura en su caso, culpable de su relación con Adrián aunque él tampoco fuera inocente. Al salir al pasillo, topó con la calva reluciente y la gabardina lustrosa que componían la figura del inspector Martín

Feo.

— Buenos días —se dejó saludar, ella no debía reconocerlo—, ¿es usted Laura Weyler, la mujer de Juan Manuel Somalo?

— Sí, ¿qué desea?

— Soy el inspector Martín Sabio de la Jefatura de Policía de Barcelona. Hablamos por teléfono el otro día.

Temió Laura que hiciera referencia a la conversación de Mercedes desde El Corte Inglés, y se sintió aliviada al comprender que se refería a su posterior llamada a su casa. Empezaba a confundir los hechos de Laura y Mercedes.

— Encantada de conocerlo.

Le tendió la mano y el inspector la recogió, inclinándose para besarla y deteniendo sus labios unos centímetros por encima de su piel.

— El gusto es mío, señora.

— Estoy a su disposición —se ofreció, secretamente halagada por su cumplido; solía lamentar que ciertos usos, como el besamanos o ceder el asiento a las señoras, se perdieran en la noche de los tiempos.

— Estoy al frente del caso de Mercedes Vilaplana y quizás pueda aportarme algún dato para su más rápida solución y... en beneficio de su marido —agregó profesional sin dejar de mirarla a los ojos. Para Laura los suyos fueron lapislázuli, aunque estuvieran realzados por la fealdad del rostro—. Si no tiene otros planes, podríamos comer juntos. Es más distendido hablar con mesa y mantel.

— No, no tengo ningún compromiso —mintió feliz Laura de cambiar de pareja.

— Podemos ir en mi coche si le parece.

— Un momento y estoy con usted. Tengo que hablar con un alumno —señaló a Adrián que hacía intentos desesperados por llamar su atención.

Fue a su encuentro y lo invitó a pasar a la clase para dar a su entrevista un aspecto más académico y hurtarla de la mirada inquisitiva del policía que había descubierto en el nerviosismo del muchacho una duda más existencial que científica; no así en Laura, hermética para él, ignorante en la materia del alma femenina.

— Es un inspector de Barcelona. No tengo otro remedio que ir con él. Lo siento, tendremos que dejarlo para otra ocasión. Me apetecía tanto como a ti.

— Quiero que vengas conmigo, ahora.

— Pero cariño, eso es imposible. Es un interrogatorio oficial, estoy prácticamente detenida.

— Pues vámonos por la ventana.

— No digas más tonterías. Me voy a enfadar. Mira, vete tú al hotel y en cuanto acabe me reuniré contigo.

— Está bien.

Se acercaron a Martín Sabio, Laura dijo "adiós" y Adrián le respondió "hasta luego", con una ráfaga de odio hacia el inspector, que éste apuntó mentalmente.

— Estoy lista —recobró su entusiasmo Laura y desechó la imagen del muchacho solitario en el hotel, malgastando sus ahorros en una espera inútil, aunque quizás consiguiera en su fantasía dormir con ella su siesta de amor.

Montaron en un coche sin distintivo alguno que pudiera relacionarlo con la policía, y a Laura con una detenida; situación posible no en vano estaba malgastando el dinero de los contribuyentes.

— Si me permite, yo lo guiaré. Usted es forastero y a mí me gusta elegir el escenario.

— Está bien pero invita el departamento. No creo que arruinemos al erario público —dijo con una sonrisa que, al igual que los ojos, encontró Laura atractiva y por los mismos motivos: que de Bocca de la Verità tan horrorosa pudiera salir una mueca medianamente humana.

Laura le indicó el nombre y dirección de un cinco tenedores y le fue llevando hasta él. Durante el trayecto no dejó de pensar en su feliz coincidencia sobre la hacienda pública que auguraba otros encuentros más satisfactorios.

Laura Weyler se sentía soltera, joven y viva, a la caza de novio como en otro tiempo estuviera. Su relación con Adrián le había añadido, conforme a la época, el picante del sexo. Ella era la abeja reina y Adrián, Juanma como uno más y si de ella dependiera Martín Sabio, formaban su corte de zánganos, camarilla a la que pretendía agregar

otros muchos antagonistas de su futura vida amorosa.

Su charla transcurrió intranscendente hasta los postres.

— Tengo idea de que era muy amiga de Mercedes.

— Sí, la quería mucho pero como todo en la vida tiene su desengaño. Han sido ya muchos años de distancia.

— ¿Sabe si tenía otras amigas en Madrid?

— No creo. Me parece que no conocía Madrid —contestó irreflexiva y ya era demasiado tarde cuando comprendió su intención—. Suele darse entre las catalanas —añadió una pincelada de humor ante lo irremediable.

— Es extraño... Quizás su marido se lo haya dicho —estudió sus ojos interrogantes primero—, lo de las cartas —afirmativos después—. Que nos la mandara a través de una amiga de Madrid, estando ella en Barcelona. No encaja. Lo más curioso es que la carta de su amiga fue escrita con una máquina de la oficina de su marido. Según los expertos no hay duda. En cambio opinan que la persona que la escribió no era mecanógrafa profesional; algo de las pulsaciones, datos técnicos que excluyen a las secretarias.

— ¿No veo cómo puedo ayudarlo? —candorosa.

— Yo no conocí a Mercedes pero puedo imaginármela. Sería una chica con esa alegría inconsciente de quien estrena primaveras. Nadie tiene por qué suponer que la vida sea necesariamente trágica. Al contrario, se tiende a pensar que nada es irreversible. Y esos dieciocho o veinte años de su amistad, o los veinticinco de ahora, son los mismos que pueden estar en peligro o que han desaparecido en un lance infortunado. Cuando me enfrento a un caso parecido, pienso que quizás esté a tiempo de hacer algo positivo por la, llamemos, víctima. No importa que mil veces anteriores el desenlace haya sido funesto — sus palabras nacían de la insatisfacción de tantas horas en blanco con la esperanza de que una sola oportunidad compensara todas las otras baldías, yertas.

— No me ha contestado. ¿En qué puedo serle útil?

— ¿Dónde puede estar Mercedes? Encontrarla significaría el final.

— Lo siento, no tengo ni idea. Poco antes de ausentarse, me escribió una carta con tristes presagios. Yo no supe a qué atenerme y

cuando apareció en Frankfurt la escribí pero ella ya no estaba allí. Luego, claro, la olvidé. Llega un día en que todo se desvanece. Mejor dejarlo así.

— Y esa carta ¿la conserva todavía?

— La tengo en casa. ¿Le gustaría verla? —no reparó en que estaba ofreciendo a su perseguidor la matriz de sus restantes misivas.

— Me daría una prueba fehaciente sobre su carácter. Los actos más arbitrarios de una persona son absolutamente lógicos desde su óptica. Y para encontrar causas y razones, hay que estudiar su forma de ser, entender y afrontar la sociedad. Lo que se ventila ahora es un mero epílogo de los hechos ocurridos hace cinco años.

— Muy bien, lo invito a que me acompañe.

El inspector pagó la cuenta, excesiva en efecto, que quedaría difuminada en el monto total de sus dietas, gracias a su habitual frugalidad espartana. En su coche y siguiendo las indicaciones de Laura, llegaron en pocos minutos a su domicilio. Ella le franqueó la puerta y lo guio hasta su dormitorio. Por primera vez lo compartían aunque fuera por motivo tan profesional como estudiar la evidencia de una pista. La luz apagada de la ventana de Adrián le recordó que continuaba en el hotel su tarde de amor con ella.

Le entregó la carta de Mercedes. Temió que la encontrara falsa después de sus mixtificaciones, pero no dijo nada. Martín Bueno se preocupó más por sus palabras descorazonadas y alarmistas que por la grafía en particular.

— Hace alusión a alguna persona cuyo cariño estuviera en juego entre ustedes y temiera dañarla.

— ¿Se refiere a mi marido?

— No lo quería decir de ese modo. ¿Cree que tuvieron algo que ver?

— Mercedes era una chica adorable. Cualquiera se hubiera enamorado de ella —perdió su voz en ecos múltiples.

— ¿También su marido? ¿Y usted?

— Cualquiera he dicho.

— Una cosa no entiendo —había tantas pero se centró en ésa, lógico en su interrogatorio pese al caos, el abandono al que le incitaba la presencia sugerente de Laura, allí en su habitación, el arca propicia

al relajamiento, a que ella iniciara una tímida sonrisa o a que arriara las prendas que aquella tarde no caerían para su desencanto—: su marido en las revistas parece don Juan y, sin embargo, nunca lo ha intentado con sus secretarias...

— ¿Ah, no?

— ... y bien que ellas desearían.

— ¿Ah, sí? —se parodió contradictoria, Laura, como los asertos del inspector—. No serán su tipo.

— En serio, ¿usted piensa que su marido estuvo sentimentalmente unido a Mercedes?

— ¡Sentimentalmente unido! Por favor, no sea antiguo, tampoco tiene muchos más años que yo. ¿Quiere decir si se acostó con ella?

— Hágase usted misma la pregunta pero contésteme.

— ¿Por qué le da a eso tanta importancia? ¿Acaso para usted la tiene? —impertinente y provocativa.

— Sea más precisa, se lo suplico.

— No es mi marido un hombre que debiera despertar entusiasmos entre las de mi sexo pero siempre hay algunas con gustos extraños, como yo —lo dejó sobre ascuas.

— No sé si su conversación, adorable desde luego —se despidió galante—, me será de gran utilidad. Estoy con su marido y si no me ayuda tampoco lo ayudará a él.

Descubrió en Laura una mirada maliciosa y entendió que había pinchado en hueso, como a veces les ocurre a los buenos matadores.

— Prefiero decírselo antes de que se entere por ahí: quiero divorciarme de Juan. Y si algún interés tengo en resolver este caso es para agilizar los trámites.

— Trabajaré con más ahínco por ello —se le insinuó con el requiebro policial más descarado: inculpar al entrometido y liberar a la amada.

— Me temo que no hayamos avanzado mucho en "su" caso.

— Nunca se sabe —malicioso Martín Ojos. Era la hora de las despedidas y los dos las alargaban a propósito—. Si no fuera necesario, inventaría una excusa para volver a verla.

— Adiós inspector —le tendió la mano para que repitiera su

mímico besamanos, pero en esta ocasión se la llevó a los labios y dejó en ella su caricia.

Laura esperó hasta que el ascensor lo apartó de su vista. Entonces cerró la puerta, se apoyó contra ella y suspiró hondo. El primer asalto había terminado en tablas como las partidas de los grandes campeones de ajedrez. Aún quedaban muchos tableros sin jugar. Ya sabía con quien habría de vérselas.

[24] Los ecos de la entrevista llenaron de murmullos su soledad sin que la música pudiera combatirlos. Había procurado mantenerse distante, refugiarse en la ironía, pero el inspector hablaba de Mercedes en pasado y sus palabras habían calado hondo en ella. Se preguntó si habría muerto un lustro atrás, como el policía parecía creer. ¿Sería sólo un amasijo de huesos y carne corrompida? Estaba impresionada, tenía miedo, oía ruidos misteriosos, esperaba su aparición de muerta viviente, fantasma errante exorcizado por su juego, monstruo sediento de venganza.

Se sirvió varias copas de ginebra para que el ardor en la garganta y la intoxicación de la sangre, combatieran la fría aprensión de la sepultura, de los cadáveres vagabundos. Inconscientemente, con su estúpida idea de hacer reaparecer a Mercedes, había reavivado una investigación que tal vez lograra la resolución del misterio inicial.

Su amiga resultaba así más ausente que nunca, porque de continuar viva se hubiera presentado como la primera vez. Ya no habitaba entre los vivos más que en las formas de ultratumba que la aterrorizaban. Por tanto no había sido esquiva y su recuerdo habría de perdurar libre de manchas. Estaba en deuda con ella y para resarcirla los culpables deberían pagar su delito. Impresionaba recordarla joven y pensarla muerta. ¡Qué injusticia! Mercedes, quien siempre fue la vida.

Estaba inmersa en sus pensamientos; incoherentes, deslavazados, quebrados en su lógica por el alcohol benéfico, cuando regresó Juan. Su día no había sido muy provechoso en orden a la idea que lo absorbía: encontrar el plano del laberinto, la puerta de escape y la remota posibilidad de la revancha. Todas las horas del mundo no basta-

rían si carecía del soplo mágico de la inspiración y un segundo que soplara sería suficiente para alumbrar la solución.

Había llegado la noche y, con ella, la angustia al comprobar el trascurso de otro día sin respuesta, obsesionado por los avances que, en igual plazo, habrían realizado sus teóricos enemigos. Un rival indeterminado, sin rostro, que le aplastaría el cerebro con su bota en forma de neurosis, aunque no le arrebatara la vida física a su cuerpo; innecesario para destruirlo por completo, en la pendiente sin retroceso hacia los abismos de la desesperación.

— Laura... —le tendió los dedos temblorosos—, Laura, Laura... —pronunció cadenciosamente su nombre como otras veces en que engarzara su letanía de requiebros; la misma sed, fuera el motivo el deseo o el miedo.

Laura Weyler estaba tumbada en el sofá escuchando música, desnuda bajo su quimono de seda, como los muslos largos que asomaban por la abertura o los senos fugitivos en un cambio de postura. Una lazada cerraba al mundo la contemplación total. En algún momento que no recordaba, se había quitado la ropa pero no había sido Adrián su espectador sino Mercedes. Y quizás fuera ella la que retirara una a una las prendas de Laura y la inundara de su frialdad mortal, el testimonio del placer ultraterreno.

Laura, borracha, juzgó de tal el estado, sobrio de alcohol pero no de locura, de Juan; allí ante ella, sobando su nombre. Hubiera preferido que acariciara su cuerpo para sustituir sepulcro por calor humano, para sentir una penetración viva donde habitaba un beso mortal, pero Juan era incapaz de transmitirle el hálito de vida que precisaba.

— Te necesito, me persiguen... —le expuso su manía; también una salida: declarado loco y recluido por tal, semejante a condenado asesino y encarcelado, más benevolente, mejor enfermo que mente criminal, ramas a desgajar por igual del cuerpo social antes de que pudieran gangrenarlo.

— ¿Quién?

— Todos —síntoma exacto de su mal—. Pero me defenderé. Sólo te necesito a ti —intentó abrazarla.

— ¿No te parece que es un poco tarde? Mejor será que llames a una amiguita para llorar tu borrachera. Por cierto, ese inspector ha

estado hoy aquí.

— ¿Te das cuenta? Me espera la cárcel.

— Menudo disgusto le vas a dar a papá. Lo que sea sonará. Me voy a dormir.

Dejó a Juanma en el salón y se refugió en su habitación, con las persianas bajadas y la cortina corrida. Si su abandono era cruel, ¡tantas veces lo habían sido los suyos! La resaca se imponía a la piedad. La ginebra le había espesado la sangre y la sentía fluir lentamente hacia el colapso reparador del sueño. Tres hombres danzaban a su alrededor: el impaciente y decepcionado joven, el sagaz inspector juguete algún día de su placer, y el lastimero Juan. Tres caminos donde elegir; igual y aburrido el amor humano.

9º día. Viernes 2-12-83

[25] Laura Weyler, al terminar sus clases en el instituto ese viernes de diciembre —el primero del mes, asociado en su niñez a costumbres piadosas que garantizaban mercantilmente el cielo con la simple transacción de nueve de ellos a cambio de la vida eterna, de menguado atractivo en función de su exiguo coste—, se dirigió en su coche a la residencia paterna en Puerta de Hierro. Se encontró en medio del caos circulatorio de una ciudad que comenzaba a despoblarse de domingueros, tan por igual a la hora de fichar para el ocio como en la denigrante esclavitud de las empresas.

No había visto a Adrián en toda la mañana, ni en la ventana clausurada ni en su asiento vacío, y se entregó a la alocada hipótesis del suicidio por su amor contrariado, tan caro a los adolescentes, fin último del primer amor el de ser desgraciado.

Pese a los funestos augurios, evitarlo fue una bendición, aunque cada aplazamiento haría más agrias sus justas quejas. Algo estaría tramando, de creer sus amenazas de otras ocasiones menos sangrantes, pero lo borró de su mente como desearía hacerlo de su pasado; no su entrega que tanto había retrasado sino su destinatario. Otra cosa hubiera sido el inspector Martín Sabio o su adalid Carles Adán, que estaba en su boca cuando despertó sin sospechar que sería él quien le daría el beso de buenas noches al terminar ese viernes oscurantista del que llevaba mediado el día.

Había aceptado la invitación de su padre a presidir como anfitriona única, de una casa que por fortuna perdió pronto a su dueña natural, una comida de políticos. Era consciente Laura de su misión ornamental: el toque femenino que alegrara los intermedios de unas conversaciones cada vez más áridas y menos gratas para él, más interesado en gozar de la supervivencia que en cobijar conspiraciones.

Entre padre e hija, exceptuando lo carnal, había existido siempre y en lo relativo a su actividad social un vínculo cuasimatrimonial.

Desde jovencita y hasta la edad de la rebeldía, entró de su brazo en todas las galas. Y en los últimos tiempos, vuelta al redil del conformismo, había recuperado su primitivo papel, aunque don José tuviera que compartirla con el yerno que le buscara; del bracete de ambos, la niña, la esposa mimada, en múltiples entradas de salón.

No se le ocultaba a Laura que hacerla encontrarse con Juan era otro motivo adicional de la insistencia de su padre, sabedor de que si no coincidían en su casa, ya no lo harían hasta la fiesta del domingo porque Juanma se iba a Barcelona esa misma tarde.

Franqueó la cancela de hierro y aparcó su utilitario entre varios coches opulentos. Sus invitados habían sabido cuidarse en los distintos avatares políticos. Evitó la entrada principal y se agachó al cruzar frente a la galería acristalada del comedor, muy agradable al sol del invierno, insoportable con el calor tórrido del verano; la casa cerrada entonces, cuando don José buscaba las noches marbellíes. Entró por la puerta de la cocina y divisó a doña Elvira, ajetreada en ultimar ciertos preparativos innecesarios porque la comida era servida por un distinguido restaurante con su propio responsable al que únicamente engorro causaba la buena fe de la mujer, celadora de sus dominios ante la horda invasora aunque fueran fuerzas de intervención llamadas en su auxilio. Se acercó a ella por detrás, impuso silencio con el dedo en los labios al bendito que soportaba su chaparrón y le tapó los ojos.

— Laura, hija —adivinó doña Elvira. Conocía su aroma, no el variable de sus perfumes sino el que exhalaba su piel desde niña.

— ¿Cómo está? —la besó cariñosa en ambas mejillas y se la llevó de la cocina, con una mirada cómplice hacia el camarero agradecido—. Más joven que nunca —contestó por ella antes de que comenzara la lista de sus enfermedades, reales unas e imaginarias las más; los años, el colofón válido para cualquiera, también para Laura que, en su presencia, recordaba con malestar la juventud perdida, los errores inevitables.

— Usted sí que está guapa, cada día más. Déjeme que la vea —le levantó los brazos y se separó un poco para observarla mejor—. Preciosa, no habían de faltarle novios —maliciosa la vieja, dando por bueno cuanto hiciera su niña.

— Siempre tan aduladora —la regañó—. Hágame un favor,

quiero hablar con mi padre antes de reunirme con todos esos... —dejó la palabra en suspenso y vio la cara de reproche de la vieja criada, tan fiel a su patrón como afecta a Laura.

Doña Elvira se alejó renqueando por el pasillo, protestando contra tantos secretos que la distraían de sus importantísimos quehaceres. Laura esperó en la biblioteca y enseguida apareció don José, pronto a los caprichos de su hija. Se besaron e intercambiaron saludos.

— ¿Qué te ocurre cariño?

— Otra vez Juan —una voz exenta de emoción, idónea para referirse a un colono, a un aparcero de sus tierras feudales, a un cazador furtivo de sus cotos.

— ¿Crees que es el momento? —hizo un gesto vago hacia sus invitados.

— Sólo un minuto. ¡Un bonito regalo esa historia de Mercedes Vilaplana! También amiguita suya según parece. Querrá más dinero.

— Muy desagradable pero creo que Juanma no tiene la culpa.

— No lo defiendas, estoy harta de verme en evidencia en todos los periódicos —rompió a llorar—. No lo soporto, quiero divorciarme inmediatamente.

— Vamos, vamos —le tendió el pañuelo—, se te va a correr el rímel. Puedo asegurarte —se llevó la mano al pecho— que Juan no tiene nada que ver con esa chica. Ya sabes que, en estas profesiones nuestras, hay tantos enemigos como envidias. Haré cuanto pueda por ahorrarte disgustos, pero tienes que ser un poco comprensiva.

— La policía lo cree culpable.

— Entonces sería el primero en apoyarte. Es más, no me parece mal que te entrevistes con Salguero por si hiciera falta, sólo como precaución. Te concertaré una cita para el lunes, con la condición de que Juan no sepa nada.

— Gracias papá —contuvo su entusiasmo y lo recubrió de inevitable aceptación—, así lo haré —y lloró un poquito, apenas unas lágrimas que debían ser de gozo.

— Yo también tengo algo que pedirte. Ya ves que me muestro razonable. Juan es un gran chico y todas esas noticias sobre esa aventurera —la descalificó para disgusto de Laura— no son más que paparruchas. Pero ten por seguro que rectificaré si estoy equivocado. El

mundo está lleno de estupendos maridos y de buenos directores de agencia. Ya encontraríamos quien te lo hiciera olvidar...

Desconectó Laura de su perorata, conmovida por su interés en velar por sus amores. Su defensa apasionada de Juan era pura apariencia si bien supeditaba su autorización al escándalo; algo que Laura había sabido desde el principio, que su liberación pasaba por la destrucción del prestigio de Juan, justo que así fuera porque también había dictado su condena.

— De todos modos —recuperó el hilo— mientras no haya una acusación, es tu marido y el director de mi agencia, y merece una oportunidad. Aquí es donde quería llegar. Te supongo enterada de que esta tarde tiene previsto irse a Barcelona para un programa de televisión...

Laura recordaba que se trataba del primero de una serie de programas —"Debate" era su nombre— que se emitirían en directo cuatro viernes consecutivos. Un espacio de confrontación ideológica entre dos periodistas en torno a un líder político, otro peldaño en el ascenso de su popularidad.

— Había pensado —expresó su chantaje: la entrevista con Salguero en juego— que fueras con él. Pasasteis buenos años allí — destapó sus cartas sin recato: procurar su reconciliación a la manera de las lunas de miel repetidas donde transcurriera la primera, siempre un fracaso, eficaces tan sólo para arruinar los parajes idílicos de la nostalgia— y estará más seguro —se refirió críptico a sus misteriosos enemigos.

Le hizo gracia a Laura tal suposición, siendo ella la única responsable. Le recordaba la típica película de misterio en que la víctima propiciatoria se refugia precisamente con su potencial asesino, el amigo en apariencia inofensivo.

Aceptó y lo acompañó al salón donde se encontraban cinco hombres, además de su marido, conversando voluble y superficialmente sobre pequeñas trapisondas políticas. Los conocía a todos desde la infancia, de tiempos sepultos en el olvido interesado y de otros de memoria más amable, conspiradores de juntas y coordinadoras, boyardos de salón a la luz de un farol, conjurados de alta gastronomía. También sabía sus andanzas del momento: perdidos unos en partidos

confesionales, grupúsculos de los que eran líderes carismáticos; reserva de hombres de estado, otros, desplazados temporalmente de la primera línea de la política; biografías en su recta final. Sus conversaciones, plenas antaño de libertad-justicia-democracia-Europa, que llenaron durante horas espesas como el humo el aire de esa casa, se reducían ahora al compadreo político que garantizara la supervivencia, a la caza de algún incauto afiliado de base, faltos de discípulos que se dejaran iluminar por su sabiduría.

Laura se evadió pronto de la charla y cara al sol otoñal, dejó que le bañara dulcemente la piel como un amante, que nunca podría encontrar entre esos salvadores de la patria, poseedores de la verdad contradictoria, que buscaban el difícil maridaje entre la soflama de que hacían gala y los rastreros movimientos en pos de su peculio.

— Bueno —escuchó a su padre—, pasaremos ahora al salón a hacer un poco de tertulia —¡qué si no sería lo que llevaban horas y años haciendo!—. Mi hija y mi yerno nos abandonan porque los reclaman en Barcelona.

Juan se atragantó. Sus ojos formaron un triángulo con don José y su hija. Laura se levantó y doña Elvira les trajo sus abrigos.

— No dejes que se distraiga con ninguna chavala —le dijo a Laura un amigo inoportuno—, que nos tiene preocupados.

— Tranquilo, que no surgirán más Mercedes. ¡Que yo me entere! —bromeó.

— Ni Beatrices, Marías, Rosas, Adelas... —desató otro las risas de todos los presentes, pero se le olvidó nombrar a Begoña.

[26] Pasaron por su casa antes de dirigirse al aeropuerto. Juan estaba de manifiesto malhumor. Había dado con la solución y ahora la presencia de Laura amenazaba su plan. Necesitaría mostrarse grosero para librarse de ella. Tal desaire quizás fuera el último que estuviera dispuesta a tolerarle.

— ¿A qué se debe el honor?

— Ya veo que te molesto. Ahí tienes una razón.

— Aún estás a tiempo de quedarte. Te aburrirás —sabía bien

que odiaba ejercer de mujer de famoso.

La perspectiva la estremecía pero Salguero y su Nuevo Mundo la esperaban a partir del lunes. Su fin de semana era el último viaje con su marido; el próximo a Barcelona pudiera serlo de soltera con motivo, tal vez, de una exposición de Carles Adán. Pensó en él por segunda vez, ignorante todavía del encuentro que había de producirse.

Se comportaron rutinariamente durante el trayecto al aeropuerto, el vuelo y el traslado hasta un modesto hotel del ensanche en el que se habían amado en su primera visita.

— Ya que estamos aquí, podemos portarnos como personas civilizadas. También hubo buenos ratos —intentó hacer las paces Juan.

— Sí, aún te acuerdas de algunas cosas —añoró otros viajes con Juan a su lado, en el mostrador de recepción, disimulando el nerviosismo mientras entregaban sus carnets de identidad, de estado solteros.

Era media tarde, tenían un par de horas por delante y Laura le propuso salir a dar una vuelta con el coche que la agencia había puesto a su disposición. La circulación era bastante densa y pronto Juan y Laura desesperaron de su recorrido sentimental.

— Es un asco.

— Antes no lo era.

— Siempre ha sido igual pero hay quien se obstina en no verlo —y Laura ya no supo de qué hablaban, si de la ciudad o de su matrimonio.

— A veces no es bueno abrir los ojos.

— Hay que hacerlo. De nada sirve la ignorancia.

— Salgamos de esta ciudad.

— No sería tan fácil escapar de uno mismo. Puede que la verdad sea la solución.

— Sí, la verdad...

El silencio contagió otra vez a los solitarios pasajeros, perdidos en esa verdad de diferente contenido en que creían alumbrar una vida plena y no una componenda falsa como su actual convivencia de opereta.

Llegaron a los estudios de televisión y una bella relaciones pú-

blicas, en quien Laura vio una posible conquista de Juanma de no haberlo acompañado, los llevó junto a los invitados y responsables del programa. En los primeros días de la popularidad estrenada de Juan, se había sentido deslumbrada por la oportunidad de conocer a gente famosa. Con el tiempo, sus personalidades vulgares —o en igual proporción de aburrimiento que el resto de los mortales— derrumbaron para siempre su fábrica de ídolos.

La acomodaron en el plató, desde donde pudo seguir el desarrollo de "Debate" y su resultado fue "Debacle", lastimosamente tedioso aunque todos se felicitaran a su conclusión. Al principio, prestó atención por mero escrúpulo de objetividad, pero al cabo de un rato, sin lograr distinguir en el fárrago dialéctico qué opinión sustentaba cada uno, se refugió en las revistas del corazón, componiendo la estampa más acorde al cargo: consorte cortita especialista en dar la nota. A veces le gustaba compadecerse de sí misma.

Después de la emisión, estaban invitados a una fiesta de alto coturno en una casa de Esplugues. Fue allí donde apareció Carles Adán del brazo de su joven esposa de cabellos rubios como fueran los suyos de Mercedes —le debían gustar de oro—, y piel sedosa en las desnudeces de su vestido de noche. Enseguida hubo una contertulia que puso al tanto a Laura y otras empezaron a despellejarlos. Las escabrosidades económicas dieron paso a las desavenencias conyugales, los asuntos de cuernos a los que tan proclives eran las maldicientes. Ambos salían malparados: matrimonio sin pizca de amor según su docto entender.

Como todos —pensó Laura—, historias repetidas, fueran falsas o auténticas; porque ¿quién había de conocer su intimidad? Ni siquiera sus compañeros ocasionales de cama o los que pudieran compartirla con ambos al unísono. Mundo cerrado el de una persona, cerrado también el de dos, cerrado el de la humanidad entera, la incomunicación.

Laura, aún interesada en los chismes que prodigaban las urracas…

(Primero buscas al lector y luego escribes la novela: ¡que tanto esfuerzo merezca un destinatario!),

…no perdía ojo del encuentro de Carles con Juanma. El escultor, aleccionado por el inspector, pretendía sonsacarle algo.

— Tenía muchas ganas de conocerlo. ¿No se le ocultará que mi deseo se ve incrementado por un acontecimiento infortunado?

— La policía me puso al corriente de su viaje con Mercedes Vilaplana. Me temo que alguien lo utilizara en mi contra y debo disculparme por las molestias.

— Yo también empiezo a sospechar. Son ya tantos días sin noticias y su presencia se ha desvanecido como un sueño. Parecía tan desvalida y era...

— ¿Muy atractiva? Es el problema de las mujeres bellas. Nos fascinan y las sublimamos. Perdone, no debí...

— No se preocupe. Lleva razón. ¿A quién no le ha pasado alguna vez? ¡En fin!... no sé cuáles eran mis propósitos. Me temo que no doy la talla de Sherlock Holmes y usted tampoco es Moriarty —rieron ambos—. Por lo menos, me congratulo de conocerlo. En cuanto a la mujer misteriosa, espero que la policía la encuentre. Me encantaría verla de nuevo. Muy guapa, ¡sí, señor!

— ¿Hablaban de mujeres? —intervino dulce en la conversación, osada Laura en el desafío a su percepción de artista, la idealización que hubiera hecho de su mujer evanescente.

— Así es, el tema eterno —se giró hacia ella, Carles, no demasiado impresionado por su belleza morena.

— Le presento a mi esposa, Laura Weyler. Laura, el escultor Carles Adán.

— Encantado —dibujó en el aire una graciosa curva con su mano hasta la de ella que llevó a sus labios.

El director del programa se les acercó con la grabación en vídeo del primer "Debate". Le entregó una copia a Juan y se lo llevó a otro grupo.

— Así que usted es Carles Adán —se exhibió ante él como una mariposa con las alas desplegadas. La duda era un imán: ¿seguía adorable su comedia o se había dejado engañar como todos por la belleza ficticia: una peluca de botellazo y tantito de maquillaje excesivo?— y vino con Mercedes desde Frankfurt.

— ¿La conoce? —cauto el escultor, solidario con Juan en su lío de faldas.

— Éramos muy amigas. Pero no creo que fuera Mercedes.

— No puedo asegurarlo pero por las fotos parece la misma mujer. Muy bella, mejorando lo presente —zascandil, adulador Carles.

— Lo reclaman —señaló Laura a su mujer.

— El deber —apuró Carles la copa.

La velada se prolongó un par de horas más y Laura deambuló por algunos grupos. Sobre la una de la mañana, Carles Adán y su mujer se acercaron a despedirse de ellos que estaban con otras personas, una la bella modelo que Juan se había buscado como señuelo de su afrenta inevitable. Juan le rogó a Carles que fuera tan amable de acercar a Laura al hotel y le hizo un gesto cómplice referente a la chica, dedicado a Laura, que los acompañó furiosa por lo descarado del desplante. Se sentó de copiloto y la que sobraba se tumbó en el asiento trasero.

— A estas horas y con unas cuantas copas, suele dormirse —la disculpó Carles.

— En nuestro caso, soy yo la que bebo. Las esposas abandonadas... —le sugirió con descaro.

— No siempre es posible hacerlo impunemente —censuró a Juan y lamentó no poder imitarlo— aunque la compañía sea deliciosa —le cogió la mano y la retuvo en los labios.

— A veces una despedida no es el final sino el principio —señaló Laura que se perfeccionaba en el arte del enamoramiento.

En éstas y parecidas insinuaciones discurrió su viaje hasta el hotel donde se despidieron con un breve beso en los labios y promesas de verse de nuevo. Laura se metió entre las sábanas, frías al contacto de su piel, ardiente pese a la liviandad del vestido de noche. Muchos eran los acontecimientos y el menos extraordinario, el galanteo frívolo de Carles, bastante usual según sabía en cuanto alguna se ponía a tiro.

Estaba acostada en Barcelona y también sola. Su marido se había ido con otra: cualquiera que quisiera una portada de revista o una llamada a un productor: mero intercambio del placer y la influencia, cada uno su mercancía, prostituidos ambos. Y ella intentaba bus-

car la causa que los había separado, en esa ciudad en que conocieran sus grandes epopeyas del amor conyugal y también los primeros fríos de la soledad.

[27] Juanma empleó otra hora en beber y en acariciar sin decoro a la modelo que resultara llamarse Begoña, nombre de flor pisoteada. Se la llevó luego hacia lo que todos suponían una noche de sexo e infidelidad. La acercó a su estudio apartamento, casa de citas con amigos y protectores, y la abandonó allí con el pretexto de su mujer. Como le garantizara que cortar la noche no enturbiaría la promesa de conseguirle un papelito a través de un amigo suyo, deudor de muchos favores, Begoña se ahorró con gusto fingir placer durante horas.

El periodista se vio libre así de su esposa y de la apetitosa hetaira. Confiaba en que Begoña no negara su versión de haber dormido juntos —estaba en juego su prestigio como hembra del amor—, caso de que fuera necesaria una coartada más sólida que un paseo nocturno algo borracho por la ciudad. Estaba sereno contra lo que su declaración y los testimonios de sus compañeros de juerga dirían; sólo el alcohol suficiente para infundirse valor.

Se dirigió a la parte alta de la ciudad, a un barrio que había frecuentado siempre a horas extrañas del amanecer o la anochecida, por discreción de aprendiz de amante. Aparcó su coche frente a un portal que, a ciegas hubiera reconocido entre mil, el escenario perpetuo de sus sueños. Acariciaba en su mano dos llaves solitarias, la del portal y la de la buhardilla.

Penetró en la pieza, similar a la que lo esperaba con Begoña y también nido de amor, con una cocina americana donde recuperar las fatigas, y un baño para las íntimas abluciones; estudio de ciencias experimentales más que de tratados teóricos, también trampa aunque él lo creyera "Templo del Cielo".

Todo parecía armónico. Nadie pensaría que sus moradores llevaban cinco años ausentes. Había sido arrendado por Mercedes con nombre falso y el alquiler se lo cargaban en una cuenta corriente. Alguien atendía puntualmente sus recibos.

Necesitaba Juan respirar ese aire antes de cocinar su receta mágica. Quería revivir desde el principio los hechos, única garantía de llegar hasta el final. Entonces no había regresado y todo estaba tan fresco en su mente... Acababa de reunirse con Mercedes en la que sería su última cita. Se deseaban como nunca, para ellos no valían las normas del hastío, no en esa ocasión, excitados por la idea de la despedida.

Se agachó junto a la cama y encontró algunas manchas negruzcas; cuestión fácil para un perito establecer su naturaleza. Abandonó la buhardilla deprisa, como entonces, más liviano de peso pero no de remordimientos.

Salió a la calle desierta. Sus habilidades de espía aficionado le habían de servir, a diferencia de la vez anterior en que tuvo que arriesgarse con su propio coche. Puso en marcha uno sin problemas. Se deslizó lentamente por la noche, con las luces apagadas y volvió a salir de la ciudad por la carretera de Esplugues. Aparcó a unos metros de una obra. Se guareció en las sombras y desafió la suerte de un perro ladrador o un guardián despierto. Gustó con masoquismo del posible titular, caso de ser sorprendido: afamado periodista, chorizo vulgar de obras, la embriaguez como excusa. Y tuvo fortuna de encontrar tirada una pala oxidada con la plancha medianamente agujereada, suficiente para sus propósitos.

Cargó la herramienta en el coche y se dirigió por la carretera de Vallvidrera al Tibidabo. Seguía cada curva en su recuerdo como en un mapa del tesoro. A veces en esos años había temblado con la noticia de un incendio forestal en sus laderas, pero el paisaje no había cambiado. Dejó el coche en un claro antes de llegar al parque de atracciones. Se quitó la americana, los pantalones y los zapatos, y penetró en el bosque. Contó los pasos y encontró el lugar. La disposición de tres árboles en triángulo equilátero señalaba el sitio elegido. Tendría que cavar aproximadamente un metro y medio. La tierra estaba apelmazada, llena de maleza. Durante una hora, se entregó con desespero.

Encontró los primeros restos cuando ya creía haberse equivocado. Aparecieron los huesos del esqueleto en un revoltijo innombrable; también los zapatos, el bolso, los vestigios de Mercedes Vilaplana

que Juan devolvía al mundo cinco años después.

Eso bastaría para que la encontraran. Regresó al coche, se limpió la tierra, se vistió y desanduvo su camino. Devolvió la pala y luego el vehículo. Confiaba en recuperar la delantera de los acontecimientos. Todos bailarían a su son, él llevaría la batuta.

Eran las cuatro de la mañana y se durmió en su coche. A las ocho regresó al hotel con aspecto desaliñado y ebrio, y pidió otra habitación para no molestar a su mujer. Para su sorpresa le dijeron que había partido. Y Juan lamentó que la cuerda se hubiera roto, pero se sentía inocente, no había tenido otro remedio. Estaba cansado, ya pensaría en ello.

10º día. Sábado 3-12-83

[28] Galopaban desbocados los sentimientos de Laura al tomar tierra en el aeropuerto de Barajas; solitaria como siempre, marchara o no Juan a su lado. La noche anterior había sumado el cuarto caballo para descuartizar su cuerpo, abierto en aspa. Percherón, potro, rocín y corcel, los cuatro palos de la baraja: Juanma Somalo, Adrián Urrutia, Martín Sabio y Carles Adán. Cuatro nombres-hombres para una Laura Weyler que se sentía Anita Oakley en una sesión del circo del Far West de William Cody, alias Buffalo Bill.

La lista engrosaba con los días y amenazaba con convertirse en otra representación gráfica, como las arenas y las estrellas, del número infinito. No eran poco cuatro para apenas una semana. También Juan, en su tarde romántica, había sido de la partida aunque luego soltara su brida, desliara la lazada del cuello y marchara encelado en pos de otras yeguas que desbravar; excesivo que el caballo fogoso pretendiera poseer a su domadora, Anita corajuda, en medio de la pista, número fuerte del programa, redoble de tambores para el no va más, la apoteosis.

No le gustaba que decidieran por ella el momento del desapego. Prefería ser reina de la colmena, picar donde gustara y encontrarlos dispuestos. La había ofendido Juan con su desprecio aunque de ahí hubiera surgido Carles. Retoño tronchado, su noche de amor, por la gata ovillada en el asiento trasero. Pero otras noches sucederían a aquélla y la luna continuaría en el firmamento.

Se entristeció al pensar en su padre que, con tanto mimo, había preparado su cita de amor. Mal oficio el de las celestinas aficionadas, sin la recompensa de la bolsa, sólo los denuestos.

Tanto mejor afrontar sin pesar el futuro y Juan lo había descargado de añoranzas. Laura iba a su remolque a la hora de fijar el rumbo de su amor. El marcaba las proximidades y distancias. Su pretendido final era tal porque él había preferido a otra para su virtuosis-

mo nocturno pero de quererlo él, ella hubiera perecido en el abrazo y esa mañana se empaparía de la luz de Barcelona en lugar del gris celaje de Madrid, donde acababa de aterrizar.

La aguardaba su inspector. No se extrañó, se la pasaban como al testigo de una carrera de relevos: de Juan a Adrián y de éste a Martín y después a Carles, y todos pretendían recuperar el terreno perdido, y eso bastaba para descalificar al equipo. Para Laura, las oportunidades de la seducción eran únicas; las relaciones humanas, una malla tupida de encuentros singulares entre los hombres y las mujeres del planeta; y el amor, los vínculos que cristalizaban, que florecían en el entramado.

Excusas más pedestres justificaban la presencia de Martín Calvo. En Barcelona se había ejercido un control mesurado de sus actividades. Así de su programa barcelonés era de dominio de la policía el hotel y la fiesta pero no sus pasos noctámbulos, nocherniegos, noctívagos. Había recibido aviso del temprano regreso de Laura y Martín, híbrido del deber y el placer, había acudido a su encuentro.

— Buenos días, madruga usted mucho.

— Todo es poco con tal de verla.

— ¿Siempre se levanta tan galante?

— Depende de cómo me acueste. Ayer no tuve mucho trabajo.

— Sus sospechosos habíamos volado.

— Sí... por cierto sólo vuelve uno. ¿Qué es del otro? — prudente aunque conocía ya la historia de la modelo y la hora y el estado en que Juan acababa de presentarse en el hotel.

— Una de mis frases favoritas es la de Caín al Señor tras dar muerte a Abel. ¿No hará falta que se la repita?

— No, la primera enseñanza la domino bastante bien. Además no son hermanos...

Laura estalló en una carcajada. Bien sabía ella lo que no eran: marido y mujer, amantes. Salvo eso, podían ser cualquier cosa.

— Y tampoco lo ha matado. Su marido ha llegado al hotel y está durmiendo.

— Sí, en estos tiempos las quijadas de burro son difíciles de encontrar.

— Me alegro de que se lo tome bien. ¿Hablamos en serio?

— Vámonos de aquí.

— Como guste. No tengo nada que hacer en todo el día.

— ¿Sólo vigilarme?

— De lejos.

— Venga a mi casa, entonces. Será más cómodo. Quiero ducharme y dormir un poco. Y podremos hablar.

Su coche estaba aparcado junto a la puerta, en sitio prohibido. Alguna ventaja había de reportarle su condición y rango. Pronto se vieron en la autovía. Los minutos volaron en conversaciones banales, pobladas de silencios, no pesarosos porque ninguno buscaba cómo llenarlos y los dejaban morir en calma. No le gustaba a Martín Sagaz interrogar mientras conducía; se le escapaban los gestos, más definitorios que las palabras, falsas o sinceras, con errores de apreciación casi siempre. Confiaba más en el significado de unos ojos huidizos o de unas manos acuciadas al encender un pitillo. Larga enseñanza de toda una vida, la de mentir con desparpajo, que el cuerpo inconsciente suele traicionar.

— Ponga la música que quiera mientras me ducho —lo instaló en el salón y fue directa al baño.

Disfrutó del agua caliente sobre su piel y se reunió con él, envuelta en su quimono, cuidadosamente cerrado para que ninguna zona gozosa de su anatomía llevara a pensar al policía en tratos de cohecho y menos a aceptarlos.

— ¿No ha puesto música?

— Así se está bien.

— ¿No es amante de la música?

— Amo la verdad por encima de todo. Le diré la mía: ¿sabe por qué no he ido tras ustedes?

— No le gustará viajar en avión —probó a desesperarlo.

— Porque nada hay por descubrir allí. La verdad está aquí.

Laura no contestó y puso el Bolero de Ravel. Una provocación casi de imitar la película "Diez" de Bo Derek y su afición al sexo a los sones reiterativos e in crescendo.

— ¿Por qué ha vuelto sola? ¿Se han peleado?

— Hay que llevarse demasiado bien para eso. Juan y yo no discutimos, tan sólo nos hacemos daño. Me dejó plantada y se fue con

una modelo. Ya sabe: siempre hay otra más joven y bonita. Y por favor —le atajó a tiempo— no me venga con requiebros, no estoy de humor.

— ¿Pasó con ella la noche?

— Cuando dejé el hotel no había vuelto.

— ¿Qué piensa hacer ahora?

— Dormir, si me lo permite.

— Con su marido...

— Divorciarme claro. Nada ha cambiado mi decisión.

— Después de todo, le habrá hecho un favor a su causa. Ante tantos testigos...

— Ya ve, tendré que estarle agradecida. ¡Lo que no inventen los hombres! —se crispó Laura.

— Por cierto, estuvieron con Carles Adán...

Ratificó Laura sus fuentes de información. Esperaba que en lo relativo a su beso, fueran rivales y no colaboradores.

— Sí, él y su mujer me llevaron al hotel.

— ¿Hablaron de Mercedes? ¿Les encontró parecido?

En la boca de Laura se dibujó una sonrisa. Poco faltó para que cantara ¡bingo!, pero se contuvo:

— ¿Qué le ha dicho él?

— No pensamos igual si la consuela.

— Tanto me da. Voy a echarme un rato. Espéreme y comeremos juntos. Algo habrá en el frigorífico.

— Y ¿cuál es su opinión? ¿Se parecían Mercedes y usted?

— Como dos gotas de agua. Limpia y cristalina ella, turbia y fangosa yo —y se perdió por el pasillo.

Tardó bastante en salir de su atonía. Lo había dejado cortado. Quitó el tocadiscos como primera medida. No podía pensar. Repasó el salón: nada le decía la decoración, no entendía a las personas que volcaban su personalidad en un cuarto, ese único sitio donde eran realmente ellos. Para él, nada que no pudiera llevar consigo —la mente y sus habitantes tan sólo— importaba lo más mínimo. Cerró los ojos como antes los oídos, para concentrarse pero se adormiló y ninguna otra idea reemplazó a la suya: Laura era Mercedes aunque Carles Adán no la hubiera reconocido.

Se despertó a la una y Laura seguía durmiendo. Su noche no habría sido fácil. Era más débil de lo que aparentaba. Su fortaleza era pura simulación, una falsabraga de papel que derribaba un soplo de viento o una caricia. Habría sufrido por la ausencia de Juanma, con la angustia adicional del juego policiaco en el que se hallaba envuelta.

Siempre, en sus investigaciones, le preocupaban las sombras de la sospecha injusta. Procuraba evitar a la prensa. Era cáustico con la aplicación del derecho de rectificación: un recuadrito esquinero contra un titular de media página. Odiaba a los periodistas y había optado por Laura aunque tampoco Juan le parecía mal tipo. Ante los matrimonios en ruina, se preguntaba qué habría de corrosivo en la convivencia para que dos personas estupendas por separado fracasaran en su unión. Y su respuesta escéptica rebajaba también su valor individual. Y es que, por su profesión, había viajado más por las miserias humanas que por sus grandezas.

En la despensa seleccionó pasta, mejillones y especias. Cocinó un rato y, cuando estuvo listo, fue a despertar a Laura. Llamó con timidez dos, tres veces hasta que ella le respondió.

— ¡La comida!

— No sabía que fuera también cocinero.

— Ya sabe el refrán...

— Pero usted nunca ha sido fraile —se reunió con él—. Y ¿qué ha preparado?, porque no había grandes maravillas.

— Unos espaguetis con mejillones al curry. Espero que le gusten.

Durante unos minutos comieron en silencio. O Laura tenía hambre atrasada o Martín era un chef de primera, pero repitió hasta dar con la fuente entera.

— Esto estaba muy bueno. Es usted un artista.

— Bueno, existe una gran tradición: Nero Wolfe, Pepe Carvalho. Yo soy sólo un aprendiz.

— ¿Autodidacta?

— Sí, pero hubo también una mujer...

— ¡Ah!, el íntegro policía ha tenido sus líos.

— Era fantástica. Mercè se llamaba, una coincidencia.

— Sí, sí, eso dicen todos. Debiera saberlo. Esperaba una coar-

tada más sólida. ¿Qué hizo con ella? —jovial con el vinillo que saltaba por sus venas.

— Murió —su semblante se tornó triste.

— Lo siento —musitó Laura que había hablado demasiado—, ¿cómo fue?

— Cómico si no fuera trágico. Había ido al banco a sacar dinero. Esa noche habíamos estado juntos. Nos despedimos y me fui a comisaría. A mediodía nos enteramos de que una persona había muerto en un atraco. Pudo haber sido un atropello, un infarto, pero tuvo que ser un homicidio. ¿Comprende? Toda la vida persiguiendo crímenes, resolviendo algunos —dijo con modestia pues su hoja de servicios era espléndida— y...

— Siento haber hablado así, yo no podía saber...

— No es nada. Hay que seguir.

Recogieron en silencio y tomaron café y copa, abandonados a sus pensamientos, agitados como noche de tormenta. Decidieron terminar el día en compañía aunque fuera inútil.

— Mejor juntos que uno detrás del otro —recuperó Laura su buen humor—. Podemos ir al cine.

— Que no sea de policías y ladrones —en el camino del restablecimiento Martín, quien al final eligió "Sueños de seductor" de Woody Allen, su genio predilecto para sorpresa de Laura.

— ¿No será autobiográfica suya? —y de broche la indirecta de que Martín Sabio se creyera Woody Allen sintiéndose Humphrey Bogart dispuesto a conquistar a Lauren Bacall, colocada en el avión ya la Bergman.

[29] Dejaron atrás las sombras y Laura pensó si no habría sido otra comedia más de ese inspector histriónico. ¿A qué si no la puesta en escena de la lacrimógena historia de la amante muerta en un tiroteo? Una mentira para pulsar su fibra sensible y observar sus reacciones en distintos estados anímicos. Todo está permitido, la vieja polémica de los medios y los fines.

Propuso regresar a casa. No estaba arreglada y menos de hu-

mor para acicalarse; condición indispensable para lucirse por ahí, aunque fuera con un ser estrafalario. Ya en su territorio, él le pidió permiso para telefonear a la comisaría, ajeno a la bomba que iban a soltarle.

— Voy para allí —fue su única respuesta.

— ¿Qué ocurre?

— Han encontrado el cadáver de Mercedes Vilaplana en el Tibidabo. Puede que date de cinco años atrás. Los forenses están ahora con eso. Alguien la ha desenterrado esta noche pasada. Hay huellas de un coche y la tierra ha sido removida a paletadas.

— Es horrible —se tapó la boca, a punto de vomitar; irresistible la connivencia de la noticia y los mejillones al curry.

— Lo brutal es que la mataran, no que alguien la haya sacado a la luz. Ahora podrá descansar en paz y los responsables pagarán sus culpas. Sea fuerte y recuerde la muchacha alegre que le describí. Sólo la vida importa. ¿Qué es el amor, el odio, la suerte o la desgracia, sin ella? Palabras, palabras, palabras.

— ¿Quién la encontró? —casi sin voz Laura.

— Unos excursionistas, por suerte. Podrían haber transcurrido días y haberse borrado las huellas. Ahora sabemos que fue ayer por la noche.

Las carcajadas de Laura se mezclaron con su llanto convulso.

— Me temo —dijo con voz entrecortada— que su verdad no estaba en Madrid sino en Barcelona.

— No olvide que ustedes estaban también allí.

— Pero conoce todos nuestros pasos...

— ¿Todos? Eso habrá que desmenuzarlo.

— Tanto hablar de ella, ¿es que pretende vengar a su Mercè? Claro, de eso se trata, este caso es una terapia para eliminar sus frustraciones. Lo hace por usted, ¡reconózcalo! Viene a darme lecciones de moral, pone ante mí la imagen de Mercedes, que si una vida truncada, etcétera, y ¿cómo cree que quedó la mía? Yo los amaba a los dos y a los dos los perdí el mismo día.

— De acuerdo, sea usted la desinteresada pero ayúdeme. Que quien lo hizo lo pague.

— ¿Así son las cosas? La ley del talión, ¿qué solucionaría

eso? ¿Resucitarían las dos Mercedes? ¿Serían nuestras vidas diferentes? ¿Qué sacaremos?

— Quizás evitemos que nuevas Mercedes mueran.

— Pero no estamos seguros, ¿verdad?

— No, no podemos garantizarlo. Pero no nos perdamos en la metafísica. ¿Me ayudará? —afrontó sus ojos con valentía, resueltos también los de ella.

Un estremecimiento recorrió a Laura pero no cedió en su pugilato. Y entonces, en un momento de indefensión, sintió la necesidad de gritarle toda su farsa pero su boca estaba cerrada, su garganta seca, su voz muda.

— ¿Me ayudará? —la zarandeó para sacarla de su colapso.

Laura bajó lentamente los párpados y luego la cabeza en una tímida afirmación que repitió con violencia.

— ¿Con entera lealtad?

Laura abrió los ojos y recuperó su tranquilidad.

— Como pueda. Es cuanto puedo prometerle.

Martín no quedó complacido con su respuesta. Alguien había suplantado a Mercedes. El crimen y las comedias de Frankfurt y Barcelona se habían montado en un círculo pequeño de personas. Desconocía el alcance de la participación de Laura y hubiera sido esclarecedor que le confirmara sus sospechas: que su injerencia había sido una broma, infortunada o no, porque gracias a ella un criminal pagaría su delito. Quería ahorrarse el temor del conocimiento: que Laura fuera culpable como autora, encubridora o cómplice.

Nada de esto pudo exponerle porque en ese momento —las entradas y los mutis por el foro, como en un vodevil— llegó Juan procedente de Barcelona. Abrió con su llave y descubrió la escena: el policía sujetaba con sus férreas manos, esposas más que terciopelos del amor, los brazos de Laura.

— ¿Qué ocurre?

— ¡Oh, Juan! es horrible —exclamó Laura, teatral aun cuando su sentimiento era sincero, y corrió al baño, por la vomitona irresistible.

— ¿Qué le pasa?

— ¿No está enterado?

— ¿Con qué derecho se entromete? —achacó la pregunta a su infidelidad.

— Ha aparecido un cadáver en el Tibidabo.

— ¿Y bien?

— Se trata de una mujer. Murió joven, hace unos cinco años. ¿Le suena?

— ¿Por qué había de hacerlo? Me molesta su tono. Si tengo que estar enterado de algo, dígamelo de una vez.

— Es Mercedes Vilaplana. Y ahora debo irme. Dígale adiós a su mujer de mi parte.

El combate no había terminado, sólo un asalto, vendrían otros. Juan no había desenterrado el cadáver por el buen fin de su investigación. Se lo había dedicado a Germán y a su suegro. Tendrían que moverse. Él ya podía descansar, había echado su farol, jugaban los otros.

Fue a buscar a Laura a su habitación y la encontró llorando sobre la cama. Estaba enferma. Le era imposible pensar en esos labios que alguna vez la besaron equívocos, comidos ahora por los gusanos, y en sus delicadas manos que tantas veces enlazaron fraternales las suyas. Sentía repulsión, también piedad. Se odiaba por haber manchado su memoria, cuando ella estaba bajo tierra.

Juan le acarició el cabello. Todo era tan distante. Hacía cinco años que Mercedes había desaparecido de sus vidas: no otra cosa la muerte que amar y dejar de ser amado. No venía a cuento derramar entonces las lágrimas que en su día no se vertieron.

— ¿Ya has terminado con tu putilla? —se serenó Laura y atacó a su marido.

— Se llama Begoña. Teníamos que hablar...

— En su apartamento, claro.

— Creo que bebí mucho y ella, amablemente, me invitó a su casa hasta que se me pasara.

— ¡Amablemente!

— Te ahorró el mal trago de aguantarme.

— Me das asco.

— Es tu mente la retorcida. En cuanto me despejé un poco, me fui. Estuve paseando por la ciudad hasta que amaneció para airearme y no molestarte.

— ¡Qué considerado! Espero que no te diera por desenterrar cadáveres —se quedó paralizada Laura por su frase espontánea que respondía a una certeza oculta.

— ¿Estás loca? ¡Qué dices! —gritó Juan, tentado de pegar a su mujer. Se ahogaba. Necesitaba aire puro. Su ira remitió y en Laura ganó terreno la idea prohibida. Si seguía un minuto más allí, acabaría confesándoselo. Huyó de su cuarto a grandes zancadas y salió a la calle.

[30] Estaba oscureciendo. Rechazó la velocidad como medicina del espíritu, buscaba la contaminación de la ciudad bulliciosa a esa hora de las citas sabatinas, de los noviazgos de la pobretería: la discoteca o el cine para unir los labios. A Juanma le urgía adherirlos a la noche en un beso largo, que liberara la opresión de sus pulmones con bocanadas repletas de vida.

Nada había sucedido que no pudiera prever. Contaba con que tardaran algunos días en hallar el cadáver pero antes terminaría la angustia. Germán y Josef Weyler estarían ya enterados de la noticia, tirando de sus hilos y recibiendo órdenes. Era agradable que los demás se preocuparan por uno mismo. El enlazaría dos noches de borrachera, con el breve paréntesis del día.

Visitó los bares y despreció a las chicas de la barra. Con el alcohol lograba el mismo aturdimiento de los sentidos que con las mujeres; más barato y con menos problemas. El estómago siempre decía no antes que la cabeza; serena aún cuando la víscera rebelde andaba ya arrojando su combustible en la acera. Logró con sus vómitos una cierta identidad con Laura, la más fuerte en la jornada que transcurría.

Juan celebraba su triunfo pero no conseguía remontar el vuelo sobre la podredumbre que escudriñaba. Mala hora la que, con alcohol en las venas, remueve el cieno del pasado sin hallar la armonía interior.

La paz del espíritu como valor supremo lo hizo acordarse de Maite, su campeona de la meditación trascendental. Y la llamó.

— ¿Sí? —escuchó su voz, tardía en responder.

— Soy Juanma. Necesito verte, voy a tu casa.

— ¿Ahora? —le preguntó desconsolada—. Es que... estoy con un amigo. Dame un par de horas.

— Olvídalo —no era su día para las celebraciones.

— Prueba con Jo —le propuso Maite, buena camarada—. ¡Ah, no! tenía una fiesta. Lo siento, si lo hubiese sabido...

Juan reemprendió su peregrinaje errático. Se perdió en las sombras que lo ocultaron a la vista del mundo y lo devolvieron al filo del tiempo frente a su domicilio. Imposible para él en su estado, sería reconstruir sus pasos: una sucesión de bares, tascas y antros, interminable de no haberle robado alguien la cartera. Robo que descubrió en el último bar, donde no lo creyeron y lo echaron a patadas. La barba crecida, los ojos velados por una pátina y el habla tantas veces brillante, tartamudo entonces, eran su mejor disfraz para quien pensara en el parecido: uno tan señor, otro tan miserable. Así el mundo: todos semejantes.

Para su suerte no habría ninguna otra aparición esa noche y sus cuitas continuarían siendo sus andanzas barcelonesas y no su borrachera capitalina. Barcelona pendía sobre él, justiciera por el triste fin de una de sus hijas. Le exigía coartadas tanto para su primera cita inexistente como para el cadáver de la madrugada. Tampoco en eso había empeorado su situación: antes tenía que justificar su viaje al estrecho, y ahora una madrugada golfa; igual de increíbles ambas explicaciones.

Le salió al encuentro Martín Holmes. No era árbol ni farol donde se había recostado para no caer, sino hombre, el apoyo más inesperado, aunque su condición humana, más bien androide, la cuestionara al descubrir sus rasgos de sabueso. Había dejado que el alcohol hiciera su trabajo, similar a la tortura del detenido: ablandarlo un poco para que lo soltara todo.

— Creía que se había marchado —traducción aproximada de su lengua borrascosa.

— Ya ve que no, lo esperaba.

— Como los buitres con la carroña.

— Según lo que usted se considere. Yo sólo detesto un oficio, el de enterrador. A usted, en cambio, se le da bastante bien.

— No sea imbécil, no estoy lo suficientemente borracho. Me decepciona. Subamos, necesito mear.

— Puede hacerlo en ese árbol —ocultó el juicio moral de perro que le merecía—. Yo le cubriré.

— ¿Dónde se cree que está, en el frente? Está bien, usted es la autoridad —se acomodó para evacuar.

— Prefiero hablar en la calle. Tal vez quiera hacerme una confesión que no deba escuchar Laura.

— Mi mujer está al corriente de mis trapos sucios. Siempre son faldas, bragas y sujetadores —intentó hacer un chiste sin éxito.

— Ya tengo el informe de los forenses. ¿Quiere saber cómo la mataron? —dudó en la persona del verbo pero, fiel a la legalidad, utilizó la tercera del plural, de sujeto indefinido mientras no pudiera demostrarlo.

— Si lo cree necesario —lúcido por momentos.

— La cosieron a puñaladas. La obra de un carnicero o el arrebato de un loco —le abrió una puerta—. Diez o doce. En el corazón, se lo partieron literalmente, también en la yugular, rebanada o seccionada, así dicen ustedes los estudiosos de las palabras...

— ¡Qué sádico!

— Déjeme terminar. Algunas puñaladas muestran una crueldad refinada. El puñal o lo que fuera, destrozó sus entrañas, accionado probablemente por la mano del mismo hombre que acababa de poseerla. En su prisa, olvidó la ropa interior, sólo la falda y la camisa, lo necesario para transportarla sin llamar la atención.

— Hay mucho morbo en su cabeza. ¿Siente placer con eso?

— Acabaré con usted.

— ¿No tiene ya su maldito cadáver? pues ¡déjeme en paz!

— Ha sido muy torpe. Puedo inculparle en cualquier momento.

— Hágalo, no me da miedo. Se lo dije en nuestra primera conversación. Alguien quiere tenderme una trampa. O ¿qué piensa, que el fantasma de Mercedes se presentó en comisaría para acusarme?

— Para eso también tengo explicación. Fue una casualidad. Estamos seguros de que su identificación en Frankfurt fue falsa. Nunca salió con vida de España en esas Navidades. ¿Eso le dice algo? —

jugó su último cartucho, la pólvora mojada.

— Hay maniacos homicidas en todas partes —se supo vencedor el periodista.

Juan se introdujo en el portal y se quedó guarecido en la sombra, espiando su retirada. Las palabras eran su elemento, no lo atraparían con ellas.

11º día. Domingo 4-12-83

[31] De pie, entre su padre y su marido —como en tantas fiestas sociales o recepciones reales— en la celebración de un aniversario más de la editorial, el atardecer de ese domingo, no había asumido todavía la noticia de Mercedes ni la evidencia de Juan ni el supuesto alocado que conllevaba.

Durante el día se habían evitado y sus últimas palabras continuaban siendo las sarcásticas e iluminadas de la víspera: el pistoletazo que anunció la desenfrenada carrera de Juan en pos del alcohol que, tanto ella como el astuto Sabio, interpretaron de igual e inequívoca manera.

Fue un paréntesis falso sobre un tiempo que no les pertenecía. La hora del encuentro estaba predeterminada por esa fatídica fiesta en la que habían de oficiar de anfitriones. Para Laura era una oportunidad para su elegancia, aun cuando fuera el postrer deseo del condenado; no otra cosa parecía su tensa espera. Para Juan era el primer acto de su destino: recibiría noticias y repartiría etiquetas entre amigos y enemigos.

Laura comenzó a arreglarse dos o tres horas antes para entretener el lento discurrir del tiempo. Eligió un vestido de gasa transparente y con largo escote hasta el ombligo que, por la mirada aprobatoria de su padre, debía hacer sus delicias y las del resto de invitados que, al saludarla, no podían por menos que dejar resbalar sus ojos hacia las profundidades, siguiendo las aventuras de sus senos. El largo canal, el paso entre los montes, la garganta o el desfiladero, la senda segura estaba ornada de brillantes y zafiros; claroscuro su porte como sus pensamientos.

También Juan fue puntual y su traje favorecía su figura, maltrecha en excesivos banquetes. Hombre de mundo, más cómodo en la multitud que en la soledad acusadora, se movía a gusto entre sus invitados. No deseaba justificarse con don José, tampoco con Germán.

Ambos bebían silenciosos, atentos a sus movimientos.

Laura Weyler descubrió pronto a su despistado Sabio, tierno en su smoking de alquiler, uno de los pocos pingüinos del salón. Antes había saludado con dos besos a Marita Pérez Miñán, con su legítimo esposo en Cristo, Jesús, un innombrable marqués, a cuyo marquesado había bautizado "del Floripondio Verde", en función de los lazos que adornaban los vestidos de la señora marquesa; número uno en fiestas por mes y escándalos por minuto. Ocioso precisar que el color más tenía que ver con sus costumbres licenciosas que con los cambiantes tonos de su vestuario; una de las mujeres más elegantes de la Corona, verdadera causa de su enemistad antes que el tratarse, en su creencia, de la amante oficial de su marido; bulo que la propia Marita, fomentadora de su fama, de la que comía y vestía, propagaba con fruición. También Laura había de ser presentada a Germán por Juan, nervioso al percibir que su contacto supersecreto les tendía la mano.

— Eulogio Acevedo, señora —utilizó sin reparo su nombre—. Juan me ha hablado mucho de usted pero no había tenido la oportunidad.

— Tanto gusto —cortés Laura, que sorprendió el temblor de Juan.

— Veo que su locuacidad no ha sido recíproca, que usted no sabe nada de mí. Me dedico a negocios import-export con la Unión Soviética. Los dejo, ya hablaremos con más calma.

Sus palabras contenían un matiz amenazador y Laura se refugió en la que sería primera ginebra de su noche.

Juan rivalizó con ella durante horas. Al menos se emborracharían juntos, que no era poco para los últimos tiempos.

La fiesta fue languideciendo. Algunos invitados se habían despedido ya para continuarla en lugares más íntimos. Laura y Juan habían conseguido una aceptable borrachera: para él resultó fácil ampliar los ojos del puente de su embriaguez —tres, si la noche anterior eran dos— y para ella, la ginebra estaba en la química de su sangre. Laura quiso ir al baño y Juan la acompañó. Germán los seguía y la apremió a entrar en el servicio de señoras y a encerrarse en un retrete.

— ¿Qué haces? —interpretó deshonestamente su intención, con una risita proclive a ese amor intempestivo.

— ¿Lo has visto?

— ¿A quién?

— A Germán. Tal vez quiera matarnos.

— ¿Qué Germán? ¿Qué locuras son ésas?

— Eulogio Acevedo, se te presentó antes. Su verdadero nombre es Germán. Bueno —se lió—, el auténtico es Eulogio Acevedo pero su alias es Germán. Yo lo conozco por Germán aunque sé que se llama Eulogio.

— No sé de qué me hablas —incapaz Laura de aprehender el significado de las cosas en ésa, su hora de la mente en blanco, los maitines del alcohol.

— De Germán, es mi contacto. Trabaja para la embajada soviética. Información, propaganda, ya sabes.

— ¿Es espía? ¿Como en las películas?

— Eso es —serio Juan, inútil entrar en matizaciones entre una Mata-Hari y un funcionario, una heroína y un burócrata en nómina.

— ¡Qué emocionante!

— Quiere matarme y si no es él, serán los otros. Por lo que sé... —febril Juan.

— ¿Qué sabes? y ¿qué otros?

Escucharon pasos y Juan le tapó la boca, ahogándole una risita o una protesta. Luego oyeron la puerta vecina, el chorrito inconfundible, la cisterna, el agua del lavabo y el taconeo que se perdía de nuevo.

— Tu espía tenía faldas. Vámonos de aquí.

— Espera, quiero que lo sepas todo, por si me pasara algo. Soy un agente doble: trabajo para los dos —le explicó innecesariamente ya que Laura conocía la terminología al uso: había leído a Le Carré el pasado verano.

Aguantó Laura la risa. Una borrachera graciosa la que llevaba su marido. ¡Con lo pesado que se ponía otras veces!

— Germán trabaja para los rusos y tu padre para la embajada americana y...

— ¡Estás peor que yo! —no se pudo contener más.

— Yo estoy en medio, ¿comprendes? Los dos lo saben y si la policía me coge... —luchó por hacerse entender pero ya era tarde.

Laura descorrió el pestillo y salió del baño desternillándose.

Juan la siguió. Se cruzaron con una señora empingorotada, escandalizada por verlos salir de estampida de tan indiscreto lugar; más usual de tratarse de algún amante, él o ella. Laura llegó al micrófono.

— Amigos, escuchadme todos. Esta sí que es buena —ganó la atención de la concurrencia, bastante menguada a esas alturas para su fortuna—: mi marido, el gran Juanma Somalo es un espía.

Sus palabras apenas fueron audibles entre sus toses y carcajadas. Y un brazo tiró de ella con más decisión que amabilidad, la mano ruda de Germán, que la tornó a la fuerza al lavabo de señoras.

— Apártense —se abrió paso—, no se encuentra bien.

El letrero tampoco detuvo a Germán. Entró con ella, la obligó a refrescarse e hilvanó una sola frase antes de que los demás se reunieran con ellos.

— En estos asuntos, hay que saber beber y tener la boca cerrada —su voz sólo contenía desprecio.

Laura se asustó y, cuando levantó la cabeza —las sienes humedecidas y un reguero de agua perdiéndose hacia el nacimiento de los senos, como un hilillo de sangre de su garganta herida—, se encontró con los rostros conocidos, que no tranquilizadores. Descubrió, entre ellos, miradas recelosas y pensó asustada que tal vez fuera cierta la historia de Juan. Sólo así serían inteligibles las despedidas amenazadoras de Germán y don José: "hasta mañana". Plazo que debían agradecerle al inspector, oportuno como nunca: la suerte de estar allí en el momento justo aunque ignorara las complejas relaciones que unían a esos seres, precisamente lo que él quería descubrir. Juan se hizo cargo de ella para reintegrarse a la paz de su hogar. Un borracho llevando a otra borracha, un ciego conduciendo a otra ciega: Laura por no querer ver y Juan, decidido a abrirle los ojos.

[32] Laura se duchó y Juan permaneció en el cuarto de baño y así la vio nacer en la caída del vestido, Venus o Afrodita, entre los vapores de agua caliente. Hacía mucho que no contemplaba su cuerpo desnudo y lo encontró más bello que en su recuerdo. Su decisión la hacía hermosa, dispuesto como estaba a suprimir esa noche las mentiras.

Secó a Laura y sus manos repasaron, con la toalla, las curvas de los pechos y la línea de la espalda amada. La guió a la cama, la arropó con mimo y se sentó al borde, con la luz apagada. Sólo la del vestidor iluminaba la escena de la confesión.

— He de hablar ahora, mañana puede ser tarde.

Intuyó el asentimiento de Laura en su cambio de respiración y sus ojos se encontraron en las sombras con los de ella que también los conservaba de par en par. Preferían la penumbra del cuarto que las luces vertiginosas del globo ocular al apretar los párpados.

— Juan —escuchó su voz cariñosa.

— Calla —le tapó la boca—. Piensa lo que quieras pero no hables. No me lo hagas más difícil.

Percibió el silencio de Laura, su respiración contenida y, guiándose por ella —el tragar nervioso de la saliva, seco el paladar, la resaca y el nudo en la garganta—, comenzó su relato:

— Hace unos días te dije que nunca te había sido infiel. Tú me preguntaste por Mercedes, si tampoco me había acostado con ella, y no pude contestar. Es cierto que tuve un... lío estúpido con ella. También que nunca más te he engañado y jamás volveré a hacerlo. Nada significa ninguna mujer para mí salvo tú, tu cuerpo es el único que deseo, y tú la persona con quien me gustaría hacer el amor hasta el final de mis días —no era mucho decir en sus circunstancias—. Mercedes era una muñeca preciosa, no hace falta que te lo diga —su aliento cálido se agitó levemente—. Vivíamos tiempos revueltos: una situación política conflictiva, la transición y todo lo demás. Resultaba relajante verla, sentir su entusiasmo, sus ganas de trabajar. No conocía horarios, siempre estaba dispuesta. Contigo misma: te acompañaba a todos sitios, os hicisteis inseparables. Empezabais a contagiaros los gustos, las expresiones. En la agencia descubría cosas en ella que te pertenecían, y en la cama encontraba en ti sus huellas. Erais dos hermanas y de esta forma pasó a serlo mía y, a través tuyo, participó de mi amor. Cuando te fuiste, terminábamos muy tarde aunque temprano para volver a un piso vacío. Nos tomábamos una copa y la acompañaba. Luego repostaba en un bar o dos y al llegar a casa mi sangre se medía en grados. Un día todo fue distinto. A las nueve de la noche entró en mi despacho y me preguntó si tenía para mucho rato. Quería

hablar conmigo. Nada era lo bastante importante para hacerla esperar. Por su voz y su expresión, más dulces que nunca, adiviné lo que iba a decirme pero deseaba oírlo de sus labios. ¿Me escuchas?

Laura unió en silencio, por unos segundos, su mano a la de él por toda respuesta y la retiró de inmediato, cruzándola otra vez sobre el pecho. Rígida la caricia y cadavérica la postura, la más apropiada a la ocasión.

— Me dijo que luchaba por acallar sus sentimientos. Vuestra amistad, tú, Laura, la mejor amiga que jamás tuvo —no pudo ver Juanma los ojos humedecidos de su mujer—, habías sido su freno. Con tu ausencia, no podía silenciarlos por más tiempo. Yo la incité a que siguiera. Nada había que no pudiera decirse entre nosotros. Me hacía el despistado, aunque estaba seguro de cuáles iban a ser sus palabras y me hubiera sentido decepcionado de no escucharlas. Confirmó mis deseos: me amaba profundamente y no podía vivir más con su secreto. Se confiaba al destino, quería probar para bien o para mal. Frases, frases —subió el tono Juan—, ¡pura palabrería!

Laura se sobresaltó por su grito extemporáneo pero no intervino en su monólogo.

— Dimos nuestro paseo acostumbrado. Intenté convencerla de que nuestro amor era un sin sentido, me debía a ti, no quería hacerte daño. Ella me apoyó. Sabía que era imposible, claro que hubiera sido tan bonito. Ella sería la última en herirte. Por supuesto no tenías por qué enterarte, viviríamos nuestra pasión un tiempo y luego adiós. Al menos le quedaría el recuerdo. Me fue camelando. Nada me exigía, me ofrendaba su amor sin contraprestación. Pude dejarla en su casa. ¿Quién lo hubiera recordado a la mañana siguiente? ¡Pero, no!, me agradaba la conversación y a duras penas reprimía el deseo de tomarla en mis brazos, de besarla. No quiero negar mis culpas. Me tendieron una trampa y no quise escapar. Soy responsable de todo —declaró solemne Juan.

— Lo sé —infringió su pacto Laura y volvió a su mutismo.

— Me dijo "bueno, hasta mañana entonces". Yo retuve su mano y le dije que también la quería. Nos unimos en un beso de ésos de los que uno imagina que no despertará jamás; profundos nuestros labios enzarzados en una pelea sin par, encarnizadas nuestras lenguas

en la profanación del otro santuario. Cuando recobramos el aliento, Mercedes propuso pasar la noche juntos. Yo alucinaba, creía que era una niña virginal...

Se sonrió Laura en medio del dolor. Recordaba muy bien cómo hacía bailar Mercedes a los machitos a su alrededor, cómo azuzaba a uno contra otro para disfrutar de un tercero con discreción. Mercedes sabía de hombres como nunca alcanzaría ella aunque su aprendizaje continuara a la velocidad vertiginosa de las últimas fechas. Juan siempre había sido un ingenuo y no el duro de sus ficticios amoríos innúmeros. Recobró el hilo de la narración:

— Creía que hablaba de una relación platónica jamás consumada y, a las primeras de cambio, me proponía acostarnos. Esa noche fue magnífica, igual que revivir la nuestra. No te enfades: tú también eras aquel cuerpo que amaba, como el tuyo había sido el de ella. Me di cuenta enseguida de que allí no había vestigios de virginidad ni de inexperiencia. Tomó la iniciativa y en conciencia fue ella quien me hizo el amor. Esto debió alarmarme. Nuestras relaciones no iban a ser candorosas y poéticas, pero estaba eufórico y no me importaba haber hallado una amante donde esperaba una diosa. Vinieron luego otras muchas jornadas en un apartamento que Mercedes alquiló. Yo no me preocupaba de dónde salía el dinero, nunca me pidió y no quería saberlo. Mi única obsesión era que llegara la noche para vivir dentro de ella. Otras veces la llamaba a mi despacho y el sofá era el reducto de la pasión, con ese riesgo excitante de que alguien nos pillara. Pero eso no sucedió. Lo triste fue recurrir a la mentira, ocultar algo que nos parecía hermoso. Los domingos por la noche, cuando llegaba de Madrid, me reunía con ella. Me esperaba desnuda y hacíamos el amor como saludo. Algunos sábados te puse excusas y me quedé en Barcelona y otros viniste tú pero Mercedes no consintió en verte. Pensaba que lo descubrirías.

Recordó Laura sus llamadas no atendidas. Nunca se había equivocado pero tampoco había querido saberlo. Prefirió reclamar a su marido y hacerse la ignorante.

—Las cosas cambiaron. Se tornó caprichosa y deslizaba esperanzas de un futuro común y amenazas de que pudieras enterarte. Contravenía sus palabras de la seducción. Si se las recordaba, ponía

un mohín de disgusto. Era su red de artimañas, las tretas del amor, todas lícitas para pescar a un tonto como yo. Me enteré de las aventuras de su vida, escabrosas las más: las que habían hecho de la niña dulce y angelical una experta hembra del placer. Experta, me decía y no afloraba la palabra que temía: una auténtica profesional, no una aficionada. Me habló de su protector, desde que a los quince años la recogió en la calle. Era de esas niñas que se ponen en las esquinas, pintadas y ceñidas, con varios años encima, paran los coches y, cuando levantan un pardillo, enseñan el carnet de identidad; el chantaje de las menores, de años que no de cuerpo ni de mañas. Un día, topó con su padrino, que le propuso algunos trabajos en plan fino. "Operaciones", así decía Mercedes. Yo fui una de ellas —se le quebró la voz en llanto.

Laura estaba llena de sentimientos contradictorios. Juan seguía siendo el mismo hombre del que ella se enamorara y su ingenuidad había sido entonces cualidad positiva. Nada había en lo profundo de su alma del pretencioso triunfador, del Juanma fatuo, esa apócope "ma" de maldito que debía extirparle como un tumor cancerígeno. Comprendió que Mercedes había seguido con ella un acercamiento simultáneo y de iguales propósitos que su marcha había dejado en suspenso. Por fuerza sentía más cariño por el Juan de su triste historia que por la Mercedes odiosa que le presentaba.

— Había tenido que ver con otros hombres casados, según las indicaciones de su dueño, para conseguir fines que se le escapaban. Ella se limitaba a cumplir bien su trabajo y a cobrar por ello. Su padrino era Germán, el Eulogio Acevedo que has conocido esta noche. Había planificado nuestra aventura amorosa con cuidado desde su propia contratación en la agencia. Había alquilado el piso que compartíamos y contaba con una bonita colección de testimonios gráficos y sonoros para torcer mi voluntad. Comenzó entonces para mí una etapa terrible. Tenía que fingir amor y mostrarme dispuesto a colaborar con el patrón. En la cama me resultaba cada vez más difícil que Mercedes no sospechara. Retrasé mi incorporación, intentaba ganar tiempo. Pero un día me llegó un ultimátum: lo sabrías todo si no me trasladaba de inmediato. Llegué incluso a interceptar una carta para ti. Supuse que habría otras y decidí obedecer.

Laura no le aclaró que efectivamente hubo otra, que la puso sobre aviso, en poder del inspector entonces. Una prueba vital porque sin ella tampoco hubiera podido levantar su trama. Los acontecimientos habían dado tantas vueltas, adivinaba el final y no era justo que ella le dijera que todos sus esfuerzos, por ahorrarle la verdad, habían sido estériles, que siempre lo supo y nunca le dio importancia, que había preferido no perderlo que anteponer su orgullo herido: pamplinas, si lo amaba.

— Llegó la fecha definitiva de mi venida a Madrid y nos citamos en el apartamento para nuestra última tarde de amor. Pese a la evidencia de su engaño, me dominaba, me atraía y acudía a su madriguera, seguro de servirle de carnaza a alguien poderoso, un dios que reemplazaba al único del universo para regir mi destino. Primero me había puesto delante el paraíso para después mostrarme su infierno. Ella hacía su papel a conciencia y a veces llegaba a creérselo. Era una gata ronroneante, una perrita cariñosa. Quizás me tuviera algo de afecto, todavía intento engañarme. La cita fue esplendorosa, acaso porque intuyéramos la despedida. La última vez se parece tanto a la primera, basta con tener constancia del adiós. La había amado muchas veces. Me sentía furioso con ese cuerpo que amaba y denigraba, que había labrado una trampa perversa contra mí. En la cabecera había una repisa y allí estaba el objeto inusitado, fuera de su sitio, un abrecartas. Sentí su llamada y mi mano se apoderó de él y... El gorgorito del placer se ahogó en dolor en su garganta, y yo retiré el instrumento. Un surtidor rojo derramó su líquido como una mancha de aceite sobre las sábanas, su cuerpo y el mío, uniéndonos.

— No, no, no —musitó Laura muy bajito como un grito desgarrador para sí misma, tapándose los oídos.

Juan estaba llorando y su mano imitó en el aire los movimientos que describía:

— Lo hundí de nuevo en su carne mórbida y tostada a zonas, el recuerdo del verano en su piel. ¿Lo entiendes? Yo la maté.

[33] Laura y Juan sollozaron largos minutos sin tocarse ni juntar

sus lágrimas que se encadenaban solas, copiosas en sus ojos, acumuladas durante años a la espera de la estación en que se desatarían incontenibles las lluvias que llevan la llave del llanto.

Laura fue la primera en serenarse. Josef Weyler no había hecho todavía su aparición. Era aquél su momento del conocimiento, tantos años pasando por tonta y por una vez necesitaba una indigestión de verdad.

— Acaba —una sola palabra, lo más escueta, para volver al silencio.

— Si no hubiera estado allí ese maldito abrecartas... Algunas veces he pensado, en mi locura, si fue una incitación de Germán, un deseo que yo cumplí a su satisfacción, pero él no podía saber que yo... —tartamudeó y dejó la frase inacabada—. La vestí con la falda y la camisa e hice un hato con las ropas sucias y cuanto pudiera delatarme. Esperé hasta la madrugada y la bajé al coche. Algunas gotas de sangre cayeron en la moqueta. Allí están para quien quiera encontrarlas. Robé una pala en una obra, me dirigí al Tibidabo y excavé su tumba. Cuando amanecía, volví a casa, me duché y dormí plácidamente. ¿Te das cuenta? Su muerte me tranquilizaba.

Hizo una pausa para recobrar el aliento y prosiguió:

— Al día siguiente, me telefoneó Germán. Tenía una grabación magnetofónica de mi crimen. Se trataba de una operación comercial. No había pizca de emoción en sus palabras, tampoco de reproche. Se limitó a exponerme sus bazas, para que yo eligiera. Bastaría una llamada anónima con la situación del apartamento. Habría huellas por todas partes. No tenía opción y me entrevisté con él. La pérdida de su colaboradora sólo podría reemplazarla con otra persona de igual valía. Y me hizo saber que conservaría el apartamento y las cintas para asegurarse mi lealtad. No volvimos a hablar del suceso y nunca mencionó a Mercedes. Debía crear estados de opinión favorables a su causa y hacerle llegar informaciones reservadas que pudiera recoger en las altas esferas de influencia. Era un trabajo limpio, nada comparado con... La alternativa era la cárcel, perderte y... había llegado tan lejos por evitarlo.

Juan acertó en la diana, en la conciencia de Laura que aclaraba de su borrasca mental. Él había sido capaz de matar y de comprome-

terse porque la amaba, cuando en realidad ella había prescindido de su pequeño desliz. Era todo tan inútil, y entre las miserias sólo quedaba inextinguible la llama de su amor por ella, como la que Laura había avivado siempre por él.

— A los pocos días volví a Madrid y tu padre me llamó. Estaba al corriente de mi relación con Mercedes y del chantaje de Germán. Me contó su historia y los favores que mutuamente se habían prestado la Embajada americana y Ediciones Asociadas Allendelmar: viejas historias de nazis y agentes en Sudamérica que no vienen al caso. Habían dejado que contratara a Mercedes a sabiendas de quién era y de lo que pretendía. Querían que me ficharan para convertirme luego en recadero de sus falsas noticias. Tu padre...

Laura pensaba en él, temeroso de que su hija, al fin, fuera a conocerlo. Recordaba sus recientes juramentos por su honor y demás zarandajas —caballero de la mano al pecho, castellano viejo como ninguno ese perseguidor de judíos— de que entre Juanma y Mercedes nunca había habido nada. Lo veía también interponiéndose en su separación y trabajando por su matrimonio: pura conveniencia de sus jefes americanos. La suya era una historia tangencial de espionaje, una pieza despreciable de un complejo mecanismo y, sin embargo, estaba laminando sus vidas.

— Me preguntó qué había ocurrido con Mercedes y yo lo confesé. Dijo "lo suponíamos, mejor así, menos testigos". Es un mundo frío, aséptico, eficaz. Sólo importa la propia supervivencia. Me ofreció protección para contrarrestar la amenaza de Germán. Una mujer se presentó en Frankfurt, con la identidad de Mercedes. Así me convertí en un agente doble. A Germán lo desorientó la reaparición de Mercedes y el rumor de que su marcha precipitada estaba relacionada con la falta de una importante suma de dinero. Sospechó la intervención de mi suegro pero le quedó la duda de que continuara viva, fuera de su alcance. Y en esa precariedad he vivido estos cinco años. Luego vinieron las excusas para justificar mi tiempo, las historias de faldas que fui inventando y arruinaron nuestro amor, el que intentaba salvar. Todo lo he hecho mal. Y soy un triunfador —terminó con un sarcasmo—. ¡Imagínate los demás, pobres diablos felices!

Laura estaba confusa. Todo giraba en su cabeza: su disfraz de

Mercedes, su asesino enamorado, las mentiras de su padre, el juego de los espías. Su amor hablaba por ella y estaba con Juan aunque su razón se resistiera.

Le había desnudado su alma, la había despojado de su caparazón protector, de la costra insensible de los últimos años. No cabía duda de que la amaba y de que todos sus actos infortunados habían pretendido salvaguardarla.

— Lo demás ya lo sabes. Hace unos días, una mujer se presentó en Barcelona. Alguna idea de Germán o de tu padre, o de los suyos que tanto da. Quieren recordarme que me tienen en su poder. Yo me he adelantado a sus planes. Por eso he desenterrado su cadáver —y Laura lo vio sudoroso en el Tibidabo mientras lo suponía en brazos de la modelo—. Ahora no les quedará más remedio que actuar. También a ese inspector de Barcelona. Pero eso será mañana. Me voy a dormir.

Se levantó Juan pero Laura lo retuvo:

— Quédate —le hizo sitio; tanto tiempo desde la última vez, no que se amaran, mucho también, sino más todavía el hecho de compartir sus sueños y su despertar.

Juan se acostó a su lado y pronto se quedó dormido, feliz como no lo había sido desde que matara a Mercedes. Quizás fuera la misma noche y los cinco años intermedios la bruma del encantamiento que se disipa al amanecer. Entonces Laura se ciñó a él con una ternura nueva por su marido desvalido, atrapado en la trampa que ella le había tendido. Debería velar por su niño pequeño, el que nunca había tenido porque primero lo aplazaron para "después" y cuando ese "después" llegó, les faltó ya la ilusión de engendrarlo. Juan era un asesino sí pero nunca había dejado de amarla, como ella a él.

(¡Qué bonito el amor a prueba de crímenes! Es de mucho llorar. Déjame que me seque una lagrimita).

12º día. Lunes 5-12-83

[34] Conversaciones paralelas las que sostenían con sus interlocutores Laura Weyler y Juanma Somalo, separados en la distancia y unidos en un pensamiento común que había aflorado entre la escarcha de sus confidencias a medianoche.

Un lunes más para millones de caras somnolientas, llenas de renuncia, sin otro propósito que continuar su ciclo biológico, cuya conformidad nadie les demandara.

Habían dejado atrás la brutalidad de las palabras, culpables por evocar esa noche sangrienta, indescriptible fuera de su contexto, imposibles de revivir sus circunstancias; tan sepultados los sentimientos en juego como la infortunada Mercedes Vilaplana. Ella había labrado su suerte y según Laura hubiera perecido por unas u otras manos homicidas: las de Juan o las de cualquier caballero estafado en el dinero y el amor postizo.

Se habían levantado temprano, aparentemente dispuestos a integrarse en la legión fantasmal, en la cohorte de desesperados, en su rumbo penitente, a la busca de un accidente afortunado: la despedida final a su peregrinaje errabundo; pura simulación sus oscuras aventuras, esperanzas para sobrevivir.

Para ellos era el comienzo del fin. Principio, inicio, origen, palabras: lenguaje triste y apagado, colores desvaídos, periclitado el tiempo de las definiciones. En la noche, tornarían soledad y compañía, pensamiento extravagante y fe renovada. Entonces era llegada la hora de hacer posible que otra noche oscureciera para ellos. Las luces del día eran la llamada al combate. Todo había quedado dicho en las tinieblas y allí debía permanecer. Nada había que añadir al alba.

Sus ojos eran los mismos de tantos años, de antes y después del día funesto y de la noche del conocimiento. No había en sus labios un estigma maldito, una lepra repugnante de los asesinos.

Otros dos hombres contribuirían a la confluencia de sus cuatro

voluntades, dos a dos emparejadas.

Josef Weyler esperaba a Juan en la agencia. Jo le había servido un café con leche. Madrugador y olvidadizo, había desdeñado el desayuno de doña Elvira; inapetente ante la vía de agua, el boquete abierto en su propio camarote, en el barco de su vida, cuando iba camino del desguace. Corría el riesgo de irse a pique en su trayecto final, en su travesía más bonancible, después de tantas tormentas.

El cuarto as sabio de ese póker matutino tenía su cita con Laura sin que ella supiera la hora. Lo esperaba más avanzado el día cuando la fatiga hubiera medio desmontado sus defensas.

Ambos contendientes tenían sus frases preparadas, escuetas y medidas. Martín y Laura lo fiaron más a la improvisación.

— Está usted muy tempranero hoy —de Juan a don José.

— Le ha cogido cariño al instituto —de Laura al inspector.

Frases de salutación, igualmente irónicas y a la par. El matiz burlón, distanciador, el juego comenzaba. Valerosos, temerarios, faroleros si fuera necesario.

— ¡Qué torpeza, qué gran torpeza! Te dijimos que no hicieras ninguna tontería y no nos has hecho caso. Eres un desgraciado —sin concesiones don José.

— Está mezclada en un asunto muy grave. Le pido, le exijo como amigo que se libre de esto, ahora que está a tiempo —con su voz seductora Martín, eficaz por teléfono, no con su rostro al lado.

Directos sus pares en la procura de su salvación, ajenos a su voluntad de condenarse o resurgir en un mundo nuevo. Ahítos ellos de la respiración mecánica, de la estéril supervivencia, ley y norma de don José. No se trataba de echar tierra cuando tanto trabajo se había tomado Juan para desenterrar los testimonios del ayer.

— Yo dictaré las reglas y el que quiera que me siga —tenaz Juanma en su decisión, errónea al provocar la respuesta de aquellos jugadores que no habían sido de la partida.

— Admiro sus nobles propósitos, inspector, pero ¿de qué me habla esta mañana? —distanciadora Laura de tantas confianzas.

— ¿Sabes si alguien las aceptará? Es más sencillo aplastar un mosquito que aprender su lenguaje para parlamentar con él. ¿Un fatal accidente al cruzar la calle?, ¿el suicidio, tal vez?

(¿Cuántas maneras te enseñó papá de suicidar a un marido?).

Y ¿Laura? —triste don José, hipotético brazo ejecutor del inevitable desenlace que pronosticaba.

— Todos los periódicos traen el suceso en primera página. El escándalo está en marcha. ¿Cuándo me contará todo? —persistente, reiterativo, torpe para comprender que la verdad es mutable como la vida.

— Nada ha cambiado. No gastes palabras. Todo lo más, habré acelerado el final. Mejor así —desafiante Juan.

— Dígame esa verdad que quiere oír y yo lo complaceré — igual Laura que su marido.

— Te has echado la policía detrás, ¿te parece poco? —últimos intentos de don José por hacer razonar a su yerno, tocado a su entender por la locura del presagio final: la que tantas veces conociera en los ojos de los condenados.

— Muy bien —recogió el guante el caballero—. Siempre lo ha sabido. Amaba a su marido y lo protegió. Más tarde pensó que era una buena historia para librarse de él. Se disfrazó y se presentó en Barcelona con su cuento. Juan se puso nervioso y desenterró el cadáver — vaciló porque ese dato ilógico no cuadraba sin las historietas de espías que el desconocía—. No es delictivo su proceder aunque tampoco muy ortodoxo. Habrá prestado un importante servicio a la justicia y podríamos ignorar la usurpación de personalidad o la inducción al engaño. Otra cosa sería si se negara a cooperar. Podrían acusarla de encubridora —inseguro del terreno legal, más a gusto en la busca y captura.

— Ya la tenía detrás y, puestos a preferir, me quedo antes con un cadáver antiguo que con uno reciente —sórdido Juan—. Será más difícil pillarme.

— ¡Qué imaginación! Es usted adorable —rió Laura.

— Lo siento, Juanma —abatido don José—. Ten por seguro que defenderé tu suerte pero no te prometo nada.

— Espero al menos —el policía y no el galán— que tendrá alguna coartada para el sábado 26 de noviembre.

— No sufra por mí, don José —dicaz Juan—. Preocúpese por usted.

— Esté tranquilo. Alguien declararía por mí —insinuante Laura.

— Pienso en mi hija. Ni tú ni yo importamos nada —afloró en don José el sentimiento único a preservar.

— ¿El estudiante del otro día? —dio en la diana Sabio, más impotente cuanto más perspicaz se mostraba.

— Laura está al corriente, desde anoche, de lo que siempre debió saber —aumentó Juan la tortura del anciano.

— No se ponga celoso. Dieciocho añitos, por poco menor de edad. ¡Qué pena! —también hiriente Laura.

Idénticas despedidas crueles, como burlones sus saludos. El último gozo del vencido: vender cara su derrota. Efímeros triunfos de guerrillas, emboscadas.

[35] A Laura Weyler su combate dialéctico la había puesto de buen humor. También la ausencia de Adrián, aunque en ese instante se sentía tocada por la gracia y capaz de quitárselo de encima con mayor facilidad que al inspector: mucho más avezado y curtido que ese pipiolo, aprendiz de casi todo.

Sus horas de clase transcurrieron plácidas, con la mente sumergida en el mundo cerebral de las matemáticas. Luego almorzó solitaria en una cafetería, inmersa en el bullicio de la barra, propicia para ella esa soledad alborotada, idónea para que su euforia no decayera en reflexiones amargas.

Disfrutó la siesta en un cine donde reponían "Casablanca" con Bogart, sin la interposición de Woody Allen como cicerone. Jugó a ser Allan Félix de "Sueños de seductor" antes de encenderse las luces y se embebió en la magia de la ciudad internacional, los espías y la guerra. Viajaba Laura hacia los orígenes: de Martín Sabio a Woody Allen y de éste a Humphrey Bogart. Se buscaba a sí misma, también a Juan. Era una jungla de modelos y sólo necesitaba desbrozar el camino.

Vagó después por delante de numerosos escaparates y se probó

y adquirió algunos modelitos. Cuando se le terminaron las excusas, emprendió la vuelta a casa y al juicio sereno inaplazable.

No debió bajar la guardia. Era escaso bagaje para ese día, su escuálida conversación con el inspector, un admirador a fin de cuentas. Otro adversario más temible hallaría en su propio hogar. Franqueó el umbral y entró confiada sin encender la luz, según su costumbre. Fue al mueble-bar en busca de la ginebra y el "ábrete Sésamo" iluminó la escena. Un hombre bebía a sorbos cortos un vaso de whisky. Laura ahogó un grito y cerró la puerta abatible del aparador para hacer la oscuridad y borrar su presencia.

— Sigo aquí. Sírvase una copa. La necesita.

Laura bajó otra vez la tapa y descubrió la figura de Germán.

— Es usted —una frase que nada quería decir.

— ¿Quién si no? — su pregunta sólo podía tener metafísicas respuestas: que alguien pudiera ser otro distinto de sí mismo.

— Eulogio Acevedo o Germán, ¿cómo debo llamarlo? — intentó recuperar Laura su fe de la mañana.

— Llámeme Germán, si quiere. Así me ha tratado siempre su marido...

— "Señor hombre" —Herr Mann, lo tradujo del alemán—, no sé si lo merece.

— Es muy inteligente, ¿licenciada en exactas, si no me equivoco?

— Doctora en Matemáticas.

— Frau Doktorin, entonces. Espero que no siga los pasos de su padre —malparados los doctores de su apreciación en los campos de exterminio nazis.

— ¿Qué quiere decir? —defendió por última vez el honor paterno—. Váyase o llamaré a la policía.

— Sería mejor que escuchara antes una grabación. Tienen un buen equipo de música. Viven bien. El tipo de vida que no quisieran perder. No, a nadie le gustaría. Nos acostumbramos al lujo y ya no podemos prescindir de él. Apriete el botón si quiere conocer una historia. Será de su interés.

— ¿De qué se trata? —no se atrevió a pulsar el "play", un juego también.

— Usted misma lo oirá. ¿O tiene miedo?

— Nada tengo que temer —se creció como la mujer fuerte que desearía ser. Pulsó con violencia el botón y la cinta se puso en movimiento.

Los pilotos indicadores del equipo de sonido parpadeaban como estrellas fugaces en la oscuridad de su noche. De los altavoces llegaron jadeos inconexos, los sonidos inconfundibles del placer, de un hombre vaciándose dentro de una mujer.

— ¿Qué es esto?

— Espere, no se impaciente. Todo requiere su tiempo. Fue una lástima no disponer de vídeo pero esto tampoco está mal.

Pequeños gritos de una hembra en celo, excesivos para el gusto de Laura, que sólo a un inocentón hubieran engañado —pensamiento clave para identificar a los protagonistas—; y la respiración profunda de su pareja, anunciadora del orgasmo. Surgieron sus voces:

— ¡Qué ansia, chico! No me has dejado ni desnudarme. Dime hola por lo menos —la mujer.

— Ponme una copa —el hombre.

Laura detuvo la grabación.

— Ha reconocido a su marido. También a la chica ¿verdad?

— No, no sé quién es —negó sin convicción Laura.

— No me engañe. Mercedes y usted eran muy amigas. Me tenía al corriente.

— De acuerdo, son ellos. Un burdo montaje y ¿qué?

— No —una risa tacaña—, no hay trampa. Es una grabación auténtica. Tengo varias parecidas, desde el principio, pero ésta es especial. Fue la última, ¿me entiende?

— Nadie aceptaría eso como prueba.

— Quizás les interesaran otras cosas: fotos, huellas, una dirección; y se convencieran de la veracidad de las cintas. Pero... quería saber si está al corriente de ciertos hechos.

— Sé la verdad de cuanto sucedió —no se comprometió Laura.

— Será necesario que escuche un poco más.

— Es nuestra despedida —dijo Mercedes.

— Nada me importa —tardó Juan en contestar—. Sólo necesito saber que me has querido, que no todo ha sido mentira —suplicó. Demasiado humillante para que Laura aguantara firme.

Se oyó la risa de Mercedes. Voces del pasado para Laura, tan destinataria de la burla como el propio Juan que la recibió por ambos.

— ¡Tranquilo! Me romperás el vestido. Espera que me lo quite —la voz de Mercedes moderaba los ímpetus de Juan, decidido a que dialogaran sus cuerpos.

— ¿Le parece suficiente? —acalló Germán los ruidos renovados del siguiente asalto e hizo avanzar la cinta velozmente. Se saltó pasajes insulsos de pasión y sexo. En sus primeras misiones lo excitaban. Entonces eran ya tediosa rutina. Había que ganarse la vida, pagaban bien e igual obraba él con sus colaboradores, como Mercedes. Ella murió, era su riesgo. Nada se regala y tuvo mala suerte. Cometió el error de no prever la reacción de su víctima, que pudiera enamorarse.

Y ya no hubo más voces humanas en la cinta. Sólo un grito desgarrador —desgarrada— que Laura apagó bruscamente, saltando ágil sobre el botón. Sacó la cassette y se la tendió:

— No quiero basura en mi casa.

— Son ustedes muy altaneros y quizás no sea para tanto. ¿Qué he de hacer con ella y con todas las demás?

— Destrúyalas.

— ¿A cambio de qué?

— ¿Qué espera de mí? Dígamelo de una vez —harta Laura de su intimidad falsa, en penumbra con ese hombre.

No respondió Germán. Sabía por experiencia que el más urgido por cerrar un trato es quien obtiene siempre peores condiciones. El podía tensar la cuerda cuanto quisiera. Se adentró en un mundo de someras explicaciones. No había nada complejamente diabólico ni severamente ultrasecreto.

— Mercedes Vilaplana nos había prestado determinados servicios y estaba realizando uno cuando tuvo un mal encuentro con su marido. Los amigos de su padre prepararon una comedia en Frankfurt y lo captaron como agente doble ya que nosotros —un plural indefinido que nunca precisó— nos habíamos adelantado. Desde entonces lo

hemos utilizado, sin su conocimiento, para infiltrar informaciones falsas, de igual forma que ellos lo habrán empleado con idénticos fines. No importa a qué lado sirva, sea agente cuádruple o quíntuple, son maniobras de distracción, cortinas de humo que mantienen entretenidos a unos cuantos rivales lejos del auténtico teatro de operaciones, quizás inexistente después de todo. Difundimos además las consignas que ellos admiten para camuflar a Juan. Nada de esto nos incumbe. Cada uno hacemos nuestro trabajo y punto. Se gana dinero y suele ser un trabajo limpio.

Laura sólo tenía una idea: que se fuera. Le causaba tal repugnancia que le impedía coordinar cualquier pensamiento. Luego lo haría pero entonces mentiría, se comprometería en vano o juraría por lo más sagrado, pero lo echaría de su casa. Su hogar —sabedora Laura de su vulnerabilidad— no volvería a ser su refugio.

— Los hechos se han precipitado. Al parecer, nuestros colegas se han cansado de su hombre, el suyo si me permite, y le han preparado una trampa. Nada más fácil que utilizar a la misma mujer que usaron en Frankfurt. Y a los pocos días el golpe de teatro: la aparición del cadáver. No nos preocupan estas pruebas circunstanciales. Somos tan hábiles como ellos y podríamos buscar soluciones. Es fácil. El problema es quedarnos sin un hombre. Ya no nos sirve. Necesitamos otra persona, libre de sospechas, inteligente y con motivos para estarnos agradecida.

No entendía Laura a qué conducía tanto disimulo, cuando ella deseaba decir sí para que se marchara. Le fatigaba la general estupidez: metidos en sus ridículos lances, sospechando todos de todos sin que nadie salvo su sabio pretendiente llegara a pensar que ella, sin ayuda de ningún servicio secreto, había realizado esa operación que todos catalogaban como sencilla, de manera harto fatua.

— Dígame de una vez lo que quiere.

— ¿Estaría en condiciones de hacer su trabajo u otro parecido? —le preguntó Germán pero continuó su explicación, impidiendo su respuesta afirmativa—. Es una petición casi personal. Yo he perdido mi contacto y debo hacer otro. A mis superiores no les importan mis fuentes. Es una cuestión mía. Cuando me quedé sin Mercedes, se lo planteé a su marido y no creo que se haya arrepentido. Su vida ha sido

regalada, ha olvidado tranquilo. Ahora la situación es semejante. A lo mejor usted quiere hacer algo por él.

— Me quiero divorciar. ¿Por qué había de ayudarlo? Me haría un favor mandándolo a la cárcel —razonó Laura una de sus alternativas.

— Sí, pero su negativa pudiera reportarle a usted algún trastorno. Llámeme a este número —se levantó y le tendió una tarjeta—. Tiene unos días pero tampoco muchos. Según los progresos de la policía...

Laura lo acompañó, cortés con su visita de compromiso, un criminal que había violentado su domicilio. ¿Qué iba a contarle a ella de la vida apacible de Juan durante los últimos cinco años, si había sido la causa que enterró su amor junto al cadáver necesario para protegerlo?

— La cinta puede quedársela, como prueba de buena voluntad.

Laura la recogió como una autómata, quemaba. Tendrían otras copias. Germán se cuadró junto a la puerta, tomó la mano de Laura y se la llevó a los labios, dejándole su rastro baboso: el pecado original del Nuevo Mundo, también con mácula.

[36] Laura cerró su corazón al hombre que acababa de salir. Quizás fuera injusta con él y no estuviera manchado de sangre como su marido, aunque tampoco estaba libre de la que éste derramara. Podía tratarse de un probo funcionario, un hombre gris que desempeñaba con su mejor voluntad las tareas que le encomendaban. No era una de las cabezas pensantes de la humanidad ni pretendía serlo. Le gustarían las flores y los animales, tendría una familia y los fines de semana cortaría el césped y jugaría con sus nietecitos. Nada podía reprocharle. Los estrategas que habían diseñado sus inútiles misiones, quedaban lejos y ajenos a los conflictos humanos que generaban.

Se engañaba. La araña tejía su atractiva red: la defendería de los otros monstruos peludos que habitaban las sombras de su cerebro. Pero el asco era visceral; ningún razonamiento vencería al repudio físico de su contacto. Su mano estaba señalada con el carácter indele-

ble. Se sentía sucia y todas las caricias de su asesino no eran comparables a ese beso de Judas, las treinta monedas en el talego.

Corrió al baño. Cogió una tijera, destripó la cinta y la redujo a pedazos que ofrendó a la taza, el lugar que conocía para la mierda. Durante un rato, arañó con piedra pómez su mano herida, restregó en el dorso los surcos de sus venas restallantes, transparentes bajo su piel blanca, y en la palma las líneas de la vida y la fortuna, quiromántica, temerosa de que el beso aciago las hubiera taponado.

Después se duchó. Dejó que el agua resbalara largos minutos por su piel sin atreverse a tocarla con la mano envilecida y luego vertió en ella su mejor perfume y, plena de fragancias, permitió que se reconciliara con su cuerpo. Amigas ya la mano y ella, se vistió el albornoz, blanco como su mente. Era el final de una larga jornada, primavera al alba y funestas nubes al anochecer.

Tenía varios caminos para salir de su abstracción y podía discurrir por todos ellos, hacer ejercicios de simulación antes de decidirse por uno. Siempre así la vida: elecciones excluyentes mucho más rígidas que la cambiante psicología de sus criaturas; disparidad entre acción y pensamiento, limitación de que el deseo no se cumpla al formularlo; la amenaza de que el arrepentimiento anteceda a la culminación.

La historia que con tanto mimo había diseñado Laura se había materializado: Juan era un asesino confeso y pronto convicto y su propia libertad —incluida una cierta notoriedad de víctima— despuntaría en el horizonte. Y entonces vacilaba.

Pero tampoco ellos eran los mismos personajes del drama: Juan era un marido fiel sin su corte de queridas; su padre distaba mucho del hombre íntegro de su Camelot adolescente; y ella nunca decidiría si amaba o despreciaba a ese señor, a veces llano como un páramo desolado, otras rocoso, que llevaba el mismo nombre de aquél con quien un día se casó enamorada.

Si todo era distinto, hubiera sido inconsecuente que ella, la autora o mamporrera del destino, conservara el final previsto. Nunca sería según su deseo y no artífice de su venganza sino mera autorizadora de la estéril justicia, en letra pequeña, a una Mercedes desconocida.

Laura rechazó ese azar cómplice que calumniaba su rica carpintería teatral con las sospechas del inspector. Si aquello había sido un juego, aún continuaba, y si lo atractivo era la dificultad, lo esforzado en ese momento no era trabajar por su perdición sino procurar su victoria.

También debía abrir capítulo para sus sentimientos dormidos, decantándose por el amor a Juan frente al odio a Juanma; muerto el personaje en un ramalazo de sinceridad, doloroso como el parto de un nuevo ser. Nadie osaría reprochar la muerte al inocente que alborea en el instante fatídico. Tampoco Laura cuando acunó a su niño.

Una prueba le restaba: ¿sería capaz de hacer el amor con él, sin temer que se levantara sigiloso y tomara su abrecartas?

Desechó sus pensamientos, infinitesimales segundos que pesarían toda una vida según su resultado, y se dirigió a la cocina para preparar un festín y puso varias botellas de champagne —antaño la bebida de su amor— a refrescar para que el alcohol durara tanto como la pasión.

Cuando Juan llegó, ya había encendido los candelabros. Lo recibió con un beso en la mejilla.

— ¿Qué celebramos? —impaciente Juan.

— Un día más de libertad —aplazó ella su deseo.

— Sí... el primero.

— También de nuestro amor —lo complació por fin Laura que, entonces sí, fundió su boca con la suya.

13er.día. Martes 6-12-83

[37] El timbre los sacó de la quietud que sigue al sexo. Había amanecido y hubieran podido tomarlo por el despertador pero aquella mañana, después de mil ochocientas de olvidos e intermitencias, no estaban para cumplir horarios. Sin su irrupción, hubieran cerrado las ventanas a los rayos asesinos, hijos del sol, hasta la venida de las sombras del crepúsculo, la eternidad; días o semanas de igual manera, cura de amor, búsqueda de los años de penuria perdidos.

Laura había superado el miedo. El pecho de Juan había sido almohada o muro de contención; sus rodillas, diques de las caricias, silla y cabalgadura; su aliento, soplo de vida y no hálito homicida; y su sueño, nexo de unión de sus asaltos. No había hecho balance, cuando el timbre de la puerta —pertinaz como la sequía o las inundaciones, plaga de su amor como los otros cataclismos, del campo; feraz también el suyo antes de la asolación— puso punto final a su jornada heroica.

El brazo de Juan renunció a la blancura de su dulce presa y los ojos de Laura percibieron la amenaza del día naciente. Su temor sería, desde entonces, la mitad por compartido, y su triunfo, doble por idéntica razón. Se levantaron desnudos, hombre y mujer recién creados, nacido uno de la quimera del otro. Un beso cálido fue la señal de partida hacia la liberación, la senda segura para los enamorados si caminaban juntos.

Acudieron enlazados a la puerta para abofetear al sabio inoportuno. Su agitada noche había hecho mella en su ya habitual descuido.

— ¿Qué quiere? —adoptó Juan un tono deliberadamente hosco. En todo interrogatorio hay una dosis K de agresividad. Cuanta más cuota tomase, menos le quedaría a su contrario.

— Les traigo una buena noticia. Les hará el día más agradable —dejó resbalar la vista por su abrazo.

— Usted dirá —lo apremió Juan.

Laura, en segundo plano, sentía el cuerpo de su marido, su propio calor que regresaba a ella. Le recordaba la pasión de que había sido capaz, ella que había borrado palabras como ésa de su diccionario y que las había reinventado esa noche para el mismo hombre por quien arrancara las hojas malditas.

— Hemos detenido, merced a un chivatazo, a un chorizo habitual, un tal Canario. Su nombre no les dirá nada, ¿verdad?

Negaron con la cabeza los amantes.

— Ahora "trabajaba" en Madrid pero hace unos años lo hacía en Barcelona. Se ha encontrado en su poder un encendedor de oro con las iniciales "M. V." que fue adquirido, poco antes de su muerte, por nuestra infortunada amiga. Todo apunta a que él fuera el asesino y el móvil, el robo. Como les dije, están de suerte.

— Nunca hemos temido nada —mendaz Juanma.

— No, claro que no —se sonrió Martín Ladino—. Los amigos son lo mejor de la vida.

— ¿Qué quiere decir? —se creció Juan, fortalecido por la noticia, sin profundizar en las sombras que tal nueva contenía.

Laura, más analítica, callaba. Increíble, como el propio Sabio pondría inmediatamente en sus labios.

— Después de cinco años, a los pocos días de que alguien desentierre a su víctima, un ciudadano anónimo lo delata y, en su poder, aparece un objeto grabado que lo inculpa. ¿Qué quiere que le diga?

— ¿Lo han interrogado?

— Naturalmente. El pobre diablo lo niega todo. Es un desgraciado, no un asesino. ¿No lo encuentra todo demasiado casual? Una serie de hechos concatenados al milímetro: la falsa Mercedes —clavó su mirada en Laura que desvió la suya—, las cartas, la exhumación del cadáver y la delación del asesino predestinado. Todo es una burla de alguien que nos cree lo bastante idiotas.

— Se pone de mi parte, entonces. Desde el principio le dije que querían perderme.

— Haría falta saber quién era el burlador y quién el burlado, pero no me importa. Si hay un crimen, ha de haber un asesino. Yo lo quiero y he venido a buscarlo.

— No me haga reír. Sea buen chico y váyase con su detenido.

Interróguelo a fondo. La policía tiene métodos para que confiese.

— Usted gana, ¿verdad? Sabe muy bien quién es el criminal. El gran Juanma Somalo mató a Mercedes Vilaplana y ahora quiere culpar a un inocente. Y usted, señora, ¿va a continuar siendo cómplice de esa monstruosidad? Sepárese de él —le tendió la mano—, venga conmigo.

— Por favor, Martín —con voz queda Laura.

— ¡Fuera de aquí! Soy un hombre influyente. Haré que le quiten el caso.

— No se preocupe, está cerrado. He recibido órdenes de regresar a Barcelona. Si ese Canario no canta, se archivará el asunto. Muerte por persona o personas desconocidas y a esperar que en el próximo haya más suerte. Pero en nada cambiará los hechos.

— ¿Cómo se atreve a venir a molestarnos si ya está relevado? Esto no quedará así.

— Calma, cariño —intervino Laura conciliadora—. Todos estamos muy excitados por este asunto. También el inspector. Son ya tantos días sin dormir. Una taza de café le vendría bien.

— No es ésa la ayuda que espero.

Guardó silencio Laura y observó a los dos contendientes en tregua. Gustó de la sensación de que fuera ella la causa de su pelea, la dama por cuya mano lidiaban torneo tal, pero no era así: Ginebra estaba putrefacta hacía tiempo y Arturo y Lancelot eran taimados y no nobles caballeros con la verdad por bandera.

— Bien —habló Juan—, si ha terminado...

— Volveremos a vernos. Tal vez dentro de cinco años, quizás antes, nunca se sabe.

Salió y su última mirada fue a posarse en los ojos brillantes de Laura que lo vio partir vencido pero feliz porque sabía; a diferencia de Juan, tenso en cuanto cerró la puerta.

[38] Juan se recostó en la pared, tendió sus brazos a Laura y la atrajo hacia sí. La estrechó y la cubrió de mimos que tuvieron en ella igual respuesta. Se separaron, necesitados de una bocanada de aire que diera

nueva vida a sus pulmones, afectados de la demostración palpable del amor homicida: el beso capaz de ahogar a los amantes.

Juan estalló en un grito de gozo que contenía la ilusión del final. Ya se encargaría él de apagar su conciencia. Nada malo había hecho liberando a otros incautos de las garras perversas de la gata Mercedes: felina, acariciante, depredadora. Cogió en volandas a Laura y la volteó en su número improvisado de Fred Astaire y Cyd Charisse. Carente el afecto humano de expresiones imaginativas, terminó con otro beso que intentó colofón perfecto y resultó vulgar. Inapetente Laura, abandonó las tinieblas felices o pesarosas que, por igual, nublan el entendimiento y afrontó los renovados riesgos que la noticia llevaba ocultos en su seno. Frivolidad andar celebrando el previsible desastre.

Laura le selló la boca con una mano y le impuso silencio con el índice de la otra. Lo condujo al salón y, siempre por gestos, se dedicaron a la caza de un posible micrófono. Descolgaron los cuadros y levantaron los cojines. Juan estaba a punto de abandonar cuando, camuflado en un cestito de flores secas, halló un ingenio electrónico desconocido.

Se lo entregó a Laura con una sonrisa de satisfacción y ella lo recibió con otra preocupada. Juan se mostraba ufano de sus éxitos parciales con la misma ingenuidad que había cultivado toda su vida, culpable de haberlo metido en ese atolladero, del que sólo su buena estrella —indudable para haber llegado tan lejos pese a sus torpezas— y la ayuda de Laura podrían sacarlo.

Tomó Laura el micrófono y fue hasta una de las cajas de los altavoces. Desmontó la tapa, lo colocó en su interior, la volvió a cerrar y puso en el tocadiscos una sinfonía de Beethoven. Aseguró después, con el botón correspondiente, su repetición indefinida.

— Al menos que disfruten de buena música —subió al máximo el volumen e imaginó con regocijo que había dejado sordo a su oyente, hermanado con Beethoven.

— ¿Quién habrá sido?

— Alguno de tus amigos o el sabio —ocultó el nombre de Adrián, que podía haber sofisticado sus métodos.

— ¿El inspector?

— El más que nadie —dijo Laura aunque tenía otro favorito. Recordaba las palabras de Germán, sentado en ese mismo lugar. Suya había sido la mejor ocasión y nadie como él para tener objetos personales de Mercedes Vilaplana. Además había un detalle gracioso, que les había pasado a todos desapercibido, menos a ella, su amiga del alma: Mercedes no fumaba. Germán le había ofrecido su ayuda y, antes de que ella aceptara, había preparado las pruebas contra ese pobre hombre. Le infundió miedo la rapidez con que se había apresurado a cumplir su parte. Su propuesta era ya un mandato. No era hombre que pidiera las cosas, se limitaba a coger lo que necesitaba y ella había caído en sus manos como, cinco años antes, Juan. Prescindió de sus augurios y sospechó del inspector—: ¿no has pensado que pudiera tratarse de una trampa, que no haya ningún Canario cantor?

— No, no lo creo. Nunca me ha preocupado la policía. Me ha costado todos mis ahorros suizos pero ¡ya está!, ¡se terminó! Mis amigos han funcionado.

Laura sonrió, nada le había dicho de su conversación con Germán, como tampoco de su romance con Adrián, de su magistral interpretación de Mercedes Vilaplana o de la autoría de las falsas cartas. Padecía la sinceridad de su marido, pero no participaba de su manía.

— Es de ellos de quienes debemos preocuparnos. No sé en qué nuevos líos me veré metido. Quizás en el extranjero, bajo la apariencia de una corresponsalía de prensa.

— Sería una solución: alejarnos de España una temporada, dejar que las cosas se calmaran —se le pusieron ojos aventureros.

— Puede ser arriesgado. Me temo que no soy muy valiente.

— El valor es una estupidez —sentenció Laura—. Sólo el miedo es patrimonio de los hombres inteligentes.

— Sigo en sus manos. Allí está el apartamento —se sumió Juan en la melancolía, con la cara escondida entre las manos, la imagen del arrepentimiento: no contrición por el daño en sí, sino la más imperfecta atrición por las penas que le tocaba purgar.

— ¿Cuál es tu posición exacta en las respectivas redes?

— Soy una especie de soplón. Propiamente no pertenezco a ninguna organización. Ellos son los últimos escalones de la maraña y

yo uno de sus contactos. Trabajan así: nadie quiere saber nada, cuanto más ignoren mejor. Si cae una pieza del engranaje, el resto queda indemne. Así mi caída sólo les perjudicaría a tu padre y a Germán. Ningún otro dato podría aportar: direcciones deshabitadas, alias ridículos, nada comprobable.

— Así que —instigadora Laura— si desapareciera Germán terminaría tu acoso.

— Si pudiera estrangularlo con mis manos —entrelazó sus dedos en torno a un hipotético cuello y despertó chasquidos en nudillos y falanges, que sonaban como las vértebras al quebrarse bajo su presión imaginaria.

— Sí, sería una solución —también para ella, comprometida en igual negocio por Germán; sustancial diferencia que fuera ella y no él, la amenazada—. Hay que ser muy prudentes: podríamos encontrarnos con un asesino para Mercedes y otro cadáver sin culpable. Sería el cuento de nunca acabar. Precisaríamos un accidente o... —esbozó otra idea en su cabeza, nada sólido todavía, un fogonazo apenas que la inmovilizó con la palabra en la boca— dos.

— Tendré que volver a matar —su voz dio la vuelta por las profundidades cavernosas, las grutas desconocidas de su ser, y afloró de nuevo convertida en destino irrenunciable.

— No, tú no. Estás demasiado próximo. No engañarías al inspector. Necesitamos a alguien que no pertenezca a su club de honrados funcionarios, honorables espías, hermandad de jubilados, alguien que pueda matar por amor. Siempre tiene algo de caridad, la muerte —y corrió los siete velos sobre la difuminada escena.

[39] El martes transcurrió sin más sobresaltos. Para Juanma era cuestión de entrenamiento: renunciar a pensar y dar libertad al cuerpo para que todos sus miembros, como máquina perfecta, siguieran desempeñando su papel muchos años después de la muerte del ingeniero que la diseñó.

Hacía tiempo que se enfrentaba a las noticias con asepsia. Se había acostumbrado y no se impresionaba por una nueva guerra —a la

espera de la definitiva, la que lo cogiera a él en medio— u otro magnicidio, también al acecho del que fuera su triste y vulgar asesinato. Sólo le apetecía servir por los teletipos esas noticias de su propio aniquilamiento.

Laura emparejó el lustro de Constitución que se celebraba con sus cinco años de destierro del amor. Y se dejó abordar e invitar allí donde sus pasos errantes la llevaron.

Su regreso fue empero solitario. La casa estaba vacía, pese a su estremecimiento al imaginar a Germán acomodado. El micrófono seguía en el altavoz y el disco amenizaba a su amable escucha.

Se refugió en su habitación y distinguió el cuadro iluminado de Adrián y a él acodado en el alféizar sin disimulo, con los gemelos en una mano y un saludo en la otra, que devolvió cohibida. Recordó otra situación idéntica, casi dos semanas antes, un jueves si entonces era martes: día trece desde que su decisión y su osadía inauguraron su calendario del Nuevo Mundo, como ella lo llamó en un rapto de optimismo. Vivía por tanto su primer martes y trece. ¿Debía ser supersticiosa y esperar alguna calamidad irreparable?

Se quedó con su interrogante y con la duda de renovar su espectáculo para el muchacho o terminar su relación con él, con un último cierre de cortinas y persianas. Optó por telefonearlo.

— Hola Adrián, ¿cómo estás? Hace muchos días que no te veo.

— Desde el jueves al mediodía —exacto Adrián, hubiera podido citar las horas, minutos y segundos de su separación, y los que compartieron en sus tres noches consecutivas: iniciación, apoteosis y primer desengaño; lección para el muchacho de la fugacidad necesaria del amor.

— Estaba preocupada —pasó por alto su reproche: cuatro días sin saber nada de él, ¡qué rápido se acostumbraba una a la libertad después de tanta vigilancia!

— No me pasa nada. Nada importante —su lengua se iba soltando, deseosa de hablar con su amada.

— Bueno... Siendo así..., ven cuando quieras. Podríamos hablar como amigos —estableció la línea de conducta para el futuro.

— Si quieres —se ablandó el muchacho, que maldijo su débil

voluntad— voy ahora. Sólo tengo que vestirme.

Cayó en la cuenta entonces, Laura, de que por la ventana había visto el torso desnudo de Adrián. El muchacho había querido devolverle, pudorosamente, su regalo.

— Como tú quieras, pero enseguida vendrá mi marido.

— Si prefieres, ven tú aquí. Mi madre no está.

Dudó Laura. Estaba al tanto de su premeditación, imaginaba los placeres solitarios que se procuraba con su recuerdo. Había disculpado los anteriores a su encuentro como puras fantasías, pero entonces le parecía sucio que recreara su anatomía con conocimiento de causa. Se sentía violada por sus caricias autocomplacientes.

Comprendió lo que significaría para él tenerla en su dormitorio, lo que daría por poseerla en su cama de tantas soledades. Su habitación quedaría impregnada de su olor. Nada más propicio para sus deseos eróticos, para sus posteriores remembranzas. La prudencia le dictaba una negativa tajante. El haría extensible su conformidad al resto de sus intenciones. Cualquier cosa antes que aceptar que el tornadizo deseo, que en una ocasión le fuera favorable, se hubiera vuelto contra él.

Sin embargo pesó más la curiosidad malsana de espiarse a sí misma si fuera posible desde la atalaya del vigía. Quería ver la realidad transfretana hasta entonces vedada y hacerse su propia composición acerca del inquilino con la contemplación de la madriguera.

— Está bien, voy para allá. Pero, por favor, vístete —le rogó, sabiendo que su petición sería la primera de las desatendidas.

Cuando se vio en la calle, cruzando el escaso trecho de separación, recordó el puente veneciano, la galería, el paso elevado de autopista que los unía peligrosamente.

— Hola Laura —le abrió la puerta Adrián. Se había cubierto con una toalla para tal menester que cayó al intentar abrazarla.

Laura se zafó de él, la recogió y se la ofreció para que se tapara.

— Ten, no seas gamberro. He de contarte algo muy importante. Vamos a tu cuarto.

Era una habitación pequeña, con una cama de tubo, una estantería repleta de libros y un mural de fabricación casera con reproduc-

ciones de la obra de Picasso.

Echó una ojeada pero no pudo descubrirse allí y menos presenciar a la chica bombón, la supersexy Laura Weyler, la reina porno del striptease y de los cabarets de media Europa; bueno como nombre de guerra el suyo, igual que Laura de España ofrecería, allende las fronteras, el atractivo de las primicias de una damita recién liberada. Quedó sorprendida por la nitidez de la visión y desdeñó el telescopio por temor a que allí estuviera escrita su alma. La recorrió un escalofrío y se sintió débil papel de fumar aunque las manos de Adrián, expertas en su cuerpo, le atribuyeran propiedades más carnales.

— En cuanto te veo, se me rebela la sangre. Esta noche quería comprobar si podría resistir sin ti, encontrándonos todos los días. Ya ves qué calamitoso resultado. Nada más oír tu voz, me he puesto a hacer el payaso. No puedo resistirlo más. Te necesito —intentó poner el broche a sus súplicas con un abrazo y caída libre sobre la cama cercana, pero ella lo apartó.

— Atiéndeme y pórtate bien. Estoy en un apuro y sólo tú me puedes ayudar. Es la causa que se ha interpuesto entre nosotros, que nos ha impedido estar juntos y entregarme a ti como hubiera sido mi deseo —subrayó sus mentiras con un beso esquemático que pilló desprevenido a Adrián, quien no captó su intención hasta que ya había volado de sus labios.

— Sabes muy bien que daría mi vida por ti —adoptó un aire sublime de película de cine de colegio, cercanos sus tiempos.

— Espero que no sea para tanto —sintió miedo de sí misma e inventó una historia para él—. La agencia de mi marido y la editorial de mi padre son un servicio dependiente de la Inteligencia española con funciones de contraespionaje. Ha llegado a ellos un documento de vital importancia para un servicio secreto enemigo, que pone en peligro su infraestructura en el Mediterráneo. Todo empezó con esa mujer asesinada, la que fue secretaria de mi marido. Era una agente y la mataron. Por razones que no puedo revelarte —tampoco a ella se le alcanzaban cuáles podían ser—, soy la clave de todo el engranaje y debo pasar desapercibida y sin protección. Es por eso que recurro a ti. Temo por mi seguridad. Hay un hombre sobre mis pasos. Responde a los nombres de Germán y Eulogio Acevedo. Es el asesino de Mercedes y

quiere matarme a mí también. Es un hombre de mediana edad, bajo, corpulento, muy moreno. Ya te lo enseñaré. Quiero que lo sigas y que me tengas informada de sus pasos. ¿Lo harás por mí? —se entregó a sus labios sin darle tiempo tampoco a reaccionar.

Fanático del sexo como ninguno, Adrián, mucho más del espionaje, estaba deslumbrado porque, en la mujer de sus sueños, se aunaran ambas circunstancias, su paraíso soñado.

— Seré su sombra —empleó una expresión del oficio.

— Ten cuidado, es muy peligroso. Debieras procurarte una pistola. Te daré dinero —nerviosa Laura por la naturaleza cobarde de su engaño.

— No hace falta. Mi padre era tirador, conservo su pistola reglamentaria. A mí, tampoco se me da mal. Estarás bien protegida.

Siempre la suerte a su lado. La fortuna la convencía de la inocencia de sus planes.

— Lo siento cariño. Ha llegado mi marido —mintió Laura—. Tendré que dejarte. No sabes cuánto me hubiera gustado quedarme pero no puede ser. Tampoco es bueno, hasta que esto pase —se lo quitó de encima por una temporada—, que nos vean juntos. Podrían darse cuenta de nuestro juego.

— Seré una esfinge contigo. Nadie sospechará nada de nosotros —cándido el muchacho, más excitado por las nuevas emociones que por las antiguas; ley de la juventud.

Se despidieron en la puerta. Laura bajó a la calle, respiró el aire frío de la noche, se echó el pelo hacia atrás y pensó que le venían bien unas cuantas emociones después de tantos años vacíos.

14º día. Miércoles 7-12-83

[40] Laura Weyler salió de su casa temprano, sin despertar a Juanma que había recuperado el sueño con la felicidad conyugal. No tenía clase hasta última hora y se dirigió a Barajas, rememorando la emoción de su periplo aventurero vía Frankfurt. Mercedes la aguardaba mucho más próxima, en la falda del Tibidabo, y pudo haberse ahorrado el viaje, aunque tal eventualidad la hubiera privado de trabar amistad con el escultor Carles Adán. Relación que no, por hibernada, merecía las nieves perpetuas del olvido; en reserva en la cámara oculta de su deseo, consciente Laura de su corazón voluble, entonces prendado de la debilidad de Juan, su hijo más que su marido.

Se instaló en la terraza del aeropuerto. De haber pretendido pasar desapercibida, no lo hubiera logrado: una mujer elegante, muy distinta a la zarrapastrosa muchacha del viaje evocado, melancólica a esa hora de la mañana, que ofrecía sus penas al viento hermano, amigo, varón conquistador en su asedio. Extrajo de su bolso un pequeño magnetofón y grabó el ruido de los aviones. Se vio niña contando los coches, clasificando modelos y matrículas y le hubiera gustado repasar los colores brillantes y las compañías de los grandes paquidermos del aire, pero las densas nieblas impedían toda visibilidad.

Después grabó otra cinta en el vestíbulo y en la cafetería, y regresó a la ciudad, conduciendo con prudencia, contrariamente a su costumbre. Cuando se hallaba inmersa en algo, estimaba en más su vida, sería irritante dejarlo a medio hacer. Menos importaba la muerte al arribar a un punto de inflexión: al terminar un curso o al ponerse al corriente en la lectura de sus libros o en las películas que deseaba ver. Con la agenda vacía, se sentía predispuesta a remontar el vuelo definitivo.

Volvió a casa. Afortunadamente, Juan había salido. Sus manejos debían serle ajenos. Ella había decidido salvarlo sin que sospechara su intervención.

Mezcló las dos cintas en su equipo de sonido, resultando una amalgama de ruidos molesta y ciertamente falsa. Preparó luego un vídeo. Primero unos cuantos anuncios y a continuación un simulacro del segundo "Debate", que se emitiría dos días más tarde, alternando las intervenciones en el primer programa de Juan y del otro periodista con otras grabaciones del líder político que les correspondía entrevistar.

Para ultimar sus preparativos, que tanto le recordaban la víspera de su viaje, utilizó como entonces los abecedarios apócrifos para redactar una carta inculpatoria a Germán.

"Querido Germán:

Has sido para mí, un padre, un esposo, un amante. También mi dueño, el guía que mi vida necesitaba. Sabes muy bien lo que sería si aquel día no hubieras parado tu coche. Siempre te he servido con lealtad y jamás he querido saber tus razones.

Nunca haría nada a tus espaldas. Me sentiría sucia y tú me enseñaste a respetarme. Por eso debo darte una explicación. Esta vez no será como las otras. Ha ocurrido algo con lo que ninguno contábamos. Yo, que tantos hombres he conocido —lo digo sin vanagloria, con pesar—, me he enamorado como una cría de Juanma.

No puedo continuar. Cuando hago el amor con él, me gustaría estar a su lado, virginal como él me ve, para que fuera el primero y único.

No quiero seguir engañándolo y tampoco a ti. El está dispuesto a renunciar a su mujer, a su trabajo, a todo por mí. Y yo, a cambio, le diré un día la verdad. Huiremos juntos, lejos de aquí, y no tendrás que preocuparte por nosotros. No intentes nada contra mí, conozco tus métodos. Hazlo por nuestro pasado.

Hasta siempre,

Mercedes

P.D.: Te envío el encendedor de recuerdo."

La dató en Barcelona, días antes de la Navidad del 78, la fecha probable de su muerte a tenor del regreso de Juan a Madrid. Confeccionó luego sobre ella, otro alfabeto completo que acusaría a Germán como autor de las cartas contra Juan. Y lo guardó todo.

Dio un vistazo al botiquín y comprobó las existencias de somníferos, a los que Juan se había aficionado aunque en el prospecto no vinieran indicados como mordaza del remordimiento en los crímenes sin castigo.

Salió con el coche y aparcó cerca de una cabina. Adquirió en una tiendecita de chucherías unas cuantas bolitas de anís y con ellas en la boca, como segundo Demóstenes, y la cinta del aeropuerto en el magnetofón, se introdujo en la cabina y marcó el número de Ediciones Asociadas Allendelmar.

— Don José Weyler —dijo con tono entrecortado y el ruido de fondo demasiado alto pues la joven minifaldera, generosa de cuerpo y costumbres, que imaginó, le hizo repetir su pregunta.

—¿Quién lo llama? —bien enseñada la muchacha, el mínimo de inteligencia para disimular.

— Dígale que es una amiga de Mercedes Vilaplana.

— Un momento, veré si puede atenderla —mejor entrenada de lo que cabía esperar.

En el intervalo, bajó Laura un poco el volumen para hacerse oír.

— ¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

— Soy una buena amiga de Mercedes Vilaplana.

— ¿Qué quiere? —obsesivo en su pregunta don José, fiel conocedor de la naturaleza de tales llamadas, acostumbrado de por vida a chantajistas y gente de esa ralea.

— Mercedes me dejó algunas disposiciones.

— ¿Cuánto quiere? —modificó su frase.

— Diez millones serían suficiente —codiciosa la voz de Laura, que había decidido indemnizarse por los malos ratos—. Téngalos preparados. En los próximos días le daré instrucciones —y cortó la comunicación.

Marcó el número de Germán y dejó su mensaje al contestador:

— Soy la amiga de Mercedes. Últimamente he tenido algunos

gastos y necesito diez millones de pesetas —ya eran veinte—. Estoy en Madrid. Le ruego que los tenga dispuestos. Ya lo avisaré del lugar y día de la entrega.

Le quedaba una tercera llamada y buscó para ella otra cabina alejada de la anterior. Telefoneó a Juan, a "Servicio de noticias". Primero habría de salvar la muralla suspicaz de Jo o de Maite, y no podría usar impunemente el nombre de Mercedes Vilaplana. Y luego enfrentarse a Juan. Se llenó la boca de bolitas y subió la grabación:

— "Servicio de noticias", dígame —escuchó a la descarada Jo, ¡mal asunto!

— Don Juanma, por favor —se horrorizó de su expresión.

— ¿De parte de quién?

— Es un asunto privado.

— Lo siento, pero si no me dice quién es, no creo que pueda ponerse —Laura apuntó su insolencia para el futuro.

— Soy Marita —le vino a la memoria la falsa amante de don Juan, la Marquesa del Floripondio verde.

— ¡Ah!, en ese caso —cambió su tono Jo, contenta de la murmuración que le brindaban.

— ¡Marita! —escuchó al cabo de unos pocos segundos, escasos para su gusto, a un Juan demasiado entusiasta; imposible llegar a conocer nunca los límites exactos de la verdad en sus confesiones homicidas y protestas de fidelidad.

— Preste atención. Tengo un mensaje para usted, de Mercedes. Ella le amaba y le hubiera perdonado cualquier cosa, ¿me entiende?, cualquiera.

— Sí... pero ¿quién es usted?

— Una amiga. Debe confiar en mí. Mercedes dejó planeada su venganza pero es importante que usted no haga nada. Quédese al margen. Adiós —colgó.

De camino hacia el instituto, escuchó en la radio que dos aviones habían chocado en Barajas a causa de la niebla. Empezaba a dejar a su paso una estela preocupante de sangre: dos accidentes aéreos con trescientos muertos en diez días apenas. La muerte la seguía de cerca. Registró en el cassette los sonidos del tráfico para borrar su grabación del aeropuerto. Paró un momento junto a una papelera y tiró la cinta.

Antes de entrar a clase, descubrió, rondando por el pasillo, a Germán y a Adrián pero ninguno la abordó. Y tampoco sus compañeros de claustro —que secretamente espiaban su cambio: antes esquiva, rodeada ahora de una corte de moscones, gratificados según parecía con su anuencia— se decidieron a integrarse en la lista de embaucadores que comenzaban a crearle un aura de mujer fatal, devoradora de hombres. Entendió la actitud de todos por la presencia de su legítimo titular, que se acercó a ella.

— Me ha llamado una amiga de Mercedes. Me ha dicho que esté tranquilo, que tienen un plan.

A Laura le gustó su nueva lealtad, que hubiera venido corriendo a decírselo.

— Muchas veces, la mejor forma de resolver las cosas es dejar que mueran solas —le contestó críptica.

El timbre llamaba a clase y Laura despidió a Juan con un beso. Los estudiantes entraron en el aula, Adrián se quedó rezagado y Germán se acercó a Laura.

— Tengo que hablar con usted.

— Lo siento, ahora no puedo.

— La esperaré.

Laura no contestó y se dirigió a la puerta. Adrián le cedió el paso. Cruzaron sus miradas en un gesto significativo: "¿es él?", preguntó Adrián, "sí", asintió Laura. Y el muchacho se llevó baladrón la mano al bulto que se marcaba en su chaqueta; desgarbado, la primera vez que lo veía con su uniforme de matón, años 20.

[41] La hora pasó rápida y a la salida, la seña de Adrián desde una columna a escasos metros, la advirtió de la presencia de Germán.

— Esta mañana he recibido una extraña llamada —todos le daban cuenta de la noticia, tal vez sospechaban algo—. ¿Su marido, también?

— Ignoro quién haya podido llamarlo a usted.

— Una supuesta amiga de Mercedes. ¿Igual que a Juanma?

— Sí, también.

— Me ha pedido dinero.

— Como a él —mintió.

— Lo que imaginaba, una vulgar chantajista. No me preocupa si es así —se palpó la pistola Germán con un gesto, idéntico al de Adrián, que intimidó a Laura, presagiando una catástrofe. Carecían ambos de su elegancia de jugadora—. Sé cómo tratar a esa gente. Peor sería de vérnoslas con profesionales. Un tercer servicio, me refiero, quizás gubernamental.

Laura aguantó una carcajada, por la coincidencia de Germán con la historia que ella había inventado para Adrián. Definitivamente, estaban deformados por su profesión, por el misterio de que rodeaban las cosas más sencillas. Laura solía minusvalorar sus habilidades por el mero hecho de resultarle fáciles a ella y le parecía imposible que creyeran con tal fe. Ya iban dos intervenciones suyas rizando el rizo, a la espera de esa tercera, la decisiva que, de hacer caso al refranero, aguardaba en el próximo futuro.

— Por cierto, ¿se ha fijado en ese chaval que no nos quita la vista de encima?

— ¿Cuál? —fingió Laura, maldiciendo la torpeza de su eterno aprendiz y metepatas, Adrián.

— No mire. Está detrás de una columna. Gordo, pelirrojo, ¿lo conoce?

— Sí, es uno de mis alumnos. Querrá preguntarme algo.

— ¿No será un agente infiltrado?

Ese pobre muchacho, con su acné juvenil…

— ¡Qué barbaridad! —pensó en voz alta Laura. Adrián se hubiera sentido orgulloso de saber la confusión de Germán—. Empezó el curso con todos y además es vecino mío.

— Muy interesante.

— No irá a pensar en serio que pueda ser... —se dio cuenta de su error.

— Dejemos eso. Volvamos a esa mujer Guadiana, que surge y desaparece, la misma de Barcelona supongo. ¿Qué opina usted?

Laura se encogió de hombros.

— Podría ser su primera misión. Averigüe si su padre tiene algo que ver.

— No sabía que fuera empleada suya.

— ¿No me dirá que no ha tenido noticias de su querido inspector?

— Ayer nos visitó. Vino a despedirse.

— ¿Les diría que han resuelto el caso de Mercedes Vilaplana? Detuvieron a un ratero. Se le debió ir la mano, era tan guapa...

— Algo nos dijo. ¿Qué tiene que ver usted con eso?

— ¿No creerá en los milagros?

— Mi marido pagó por ello.

— El dinero es volátil. Nada más fácil que desbaratar una ilusión. Hable con su padre, esta noche por ejemplo. Mañana me pondré en contacto para saber qué tal ha ido su debut.

— No me gusta dejar cabos sueltos. Usted presume de tenerlo todo bajo control y ¿qué me dice de esa mujer? Tendrá amigos detrás. Sólo colaboraré si se aclara todo, pero en agradecimiento haré lo que me pide.

— Así me gusta, buena chica —rozó con sus dedos el brazo de Laura, que resistió con entereza—. En cuanto a esa mujer, pronto será más invisible que nunca —alardeó con la mano en la pistola—. Por su bien —pronunció la frase que tanto había de intimidarla esa noche—, espero que no tenga nada que ver con ella. Estoy cansado de jugar a dos barajas y me gustaría contar con su fidelidad exclusiva. ¿Estamos?

— Cumpla usted su parte que yo me ocuparé de la mía.

— Hasta mañana, entonces —sus ojos saltones bajo el negro trazo cejijunto, se clavaron en ella más expresivos que sus palabras: toda su desconfianza contenida en ellos, como la falsedad de Laura en los suyos.

— Adiós —la despedida nació muerta en sus labios.

Germán se alejó con paso acelerado y Laura le hizo un gesto a Adrián para que fuera tras él. El chico le envió un beso esbozado con los labios bembos de negritud. Tuvo que correr para no perderle la pista. A la salida del instituto, Germán había moderado su marcha hasta casi detenerse. Bien sabía cómo cerciorarse de si lo vigilaban. Y Adrián, al salir en tromba, estuvo a punto de chocar con él. Frenó y derribó con gran estrépito a una compañera que entraba. Sus libros y

apuntes quedaron por el suelo y sus invectivas merecidas —doloroso tributo del oficio, "si ella supiera"— fueron para Adrián, en medio del corro que los rodeó de inmediato.

Germán se sonrió malicioso, al asistir a su torpeza. Prescindió del coche y se dirigió al metro, seguro de que Adrián lo seguiría. En efecto, se abrió paso entre los mirones y abandonó a su víctima. El deber era lo primero. Germán lo esperaba en las escaleras y continuó cuando lo vio asomarse por la boca. Se paseó por el andén y dejó pasar varios trenes por pura diversión, para poner nervioso a Adrián, que no acertaba ya a disimular. Volvió Germán al vestíbulo y se acercó a un teléfono. Fingió una llamada y apuntó ostentosamente una dirección, que abandonó con igual descaro en el pequeño pupitre. Bajó hacia el metro otra vez y Adrián lo dejó ir para hacerse con el papel. Las señas de algún encuentro decisivo, pensó Adrián satisfecho de sí mismo. Regresó a los andenes pero ya no había rastro de Germán.

[42] Esa tarde Laura se sintió especialmente libre. Germán y su fiel mirón estarían entretenidos, Juan en la agencia, Martín Sabio y Carles Adán en Barcelona, y su padre aguardándola sin saberlo para su cita al ponerse el sol. Tenía unas cuantas horas por delante y haría algo que nadie pudiera testificar; la peor coartada si tuviera que reconstruirlas. Eran suyas y así permanecerían en el recuerdo aunque le originasen problemas. La libertad siempre los trae.

Renunció a la comida como primer acto liberador, para agudizar el ingenio con el hambre, y se fue paseando lentamente con el sol hacia su destino. Gustaba de cada minuto y cada paso que la acercaban a una entrevista pendiente durante años: la que debería mantener con su padre, su primera conversación adulta. Temía que tal inauguración fuera al tiempo, despedida; primera y última, castillo de naipes en derribo como el propio Josef Weyler sospechara.

Rodeó Madrid durante horas. Cruzó barrios periféricos y chabolas, trochas y huertas milagrosas, subsistentes al progreso. Se veía protagonista de una película del neorrealismo italiano, hermana de Rocco o, mejor, amante de Delon.

Laura disfrutaba perdiéndose solitaria entre la gente y también acompañando la soledad de la naturaleza con la suya propia, menos letal en el contraste: todos solos, ella igual que otros, condenados a la desaparición como esos campos amenazados de expansiones, planes parciales, urbanizaciones y cooperativas de viviendas. Gustaba de recorrer las ciudades que visitaba, de norte a sur, de este a oeste, hasta las afueras. Conocimiento básico la puerta de salida, la ruta de evasión.

Al nacer en Madrid, nunca había habido ese primer enfrentamiento. Se había ido acostumbrando poco a poco. Madrid era la tierra, el mundonuevo o cosmorama de sus juegos, que no debía tener fin. Acotar sus linderos, le parecía una herejía. Sería redonda como la tierra. Si caminaba sin perder el sol de frente, regresaría al punto de partida. Era un camelo de la tierra plana —abismos y dragones para navegantes incautos—, ponerle puertas a Madrid. Y fue más fácil incluir en la ciudad la sierra de sus primeras excursiones que revocar su teoría universal.

Cuando fue creciendo, adoptó por conveniencia las nociones geográficas de la mayoría. Aceptó que Madrid fuera la capital de un pequeño país —virtudes excelsas, aparte— de un mínimo planeta de un sistema vulgar, uno más del universo. Su vida diaria, reducida a unas cuantas calles, negaba ese gigantismo desproporcionado. Era la única niña de una casa vacía; un mundo demasiado grande para necesitar galaxias y espacios intersiderales, cuando ella los disfrutaba en su propia alcoba.

Aquella tarde estaba reinventando Madrid. Por primera vez llegaba como forastera y buscaba sus límites. Quería acomodar su mundinovi y deseaba ubicar previamente las escaleras de incendios, las salidas de emergencia. Venía huyendo de sus ruinas interiores, de la casa desierta de Puerta de Hierro. Y, como culminación de su mitología del Madrid redondo, había de terminar allí su peregrinaje para renacer en su cuna.

Su viaje motivó en ella una pintoresca transformación. Fueron primero sus zapatos de tacón alto los sustituidos, en una tiendecita de barrio, por unas botas montañeras, y después su vestido de punto inglés por unos vaqueros y una camisa militar en un mercadillo, y más

tarde su chaqueta blazer y su foulard de seda por un chubasquero amarillo de pescador. Durante kilómetros, zapatos, vestido, chaqueta y pañuelo, fueron su hatillo pero terminaron en una cuneta donde Laura los colocó cuidadosamente, como especial dedicatoria a la afortunada mendiga que diese con ellos.

Su disfraz de harapienta hija del suburbio, mendicante, rival por los despojos de los chabolistas hacinados, le ahorró las dificultades que su aspecto de damita extraviada le hubiera ocasionado. Su camino, con las primeras sombras, se fue poblando de maleantes que podían mancillarla —¿qué honor?— o asesinarla, evitándole el mal trago de su entrevista. Sería terrible desmontar su niñez pero ella podría recuperarse. Definitivo en cambio, rebatir la vida entera a un hombre de sesenta y tantos años. Estrictamente imprescindible que fuera así. En su nuevo alumbramiento su padre, como su madre en el primero, sufriría por ella los dolores del parto.

A la hora exacta finalizó su periplo vespertino ante la puerta de su padre, el mismo punto desde donde partiera. ¿Con qué motivo?: ¿para ir al colegio?, ¿a la universidad?, ¿para casarse con Juan en los Jerónimos? Impreciso el origen del paréntesis que cerraba para reabrir otro de inmediato. Siempre abstracciones de la vida verdadera, vacía de contenido.

Llamó al timbre y salió a abrir doña Elvira, quien al pronto no la reconoció por su atuendo: una pedigüeña o una mangante, se oían tantas historias.

— ¡Señorita Laura!, ¿de dónde sale? —oportuna en su pregunta.

— Aunque no se lo pueda creer, me he perdido.

— ¡Pase, pase! Una ducha le irá bien y le prepararé ropa limpia —le propuso doña Elvira que guardaba sus modelitos de soltera, reacia a tirarlos, adoradora de la nostalgia, lo único que le restaba en la vida.

— He engordado mucho —se quejó coqueta Laura para que su mejor admiradora replicase:

— ¡Qué tontería! Si tiene un tipo de veinte años. ¡Qué digo de veinte, de quince! ¡Ay, Dios mío, cómo pasa el tiempo! —refutó su propio argumento. Volaba para ella, mientras que su niña continuaba

igual.

También de corazón, Laura encontraba a doña Elvira como siempre, plagada de los mismos achaques imaginarios, ignorante de que habían ido haciéndose reales en el ínterin, y por contra observaba en sí misma estragos tan devastadores que tildaría de hipócrita a quien los negara, aun cuando fueran un regalo para sus oídos las bonitas palabras del ama de llaves.

Mientras se duchaba, encontró para ella una falda escocesa, una camisa blanca, una rebeca azul y unos zapatos de elevada plataforma. Se vistió delante de doña Elvira y se contempló en el espejo de sus ojos, con satisfacción, y en el de la habitación, con espanto. La falda le quedaba increíblemente corta, tan minifaldera que dejaba mojigatas a las jovencitas que hacían las delicias de su padre. En cuanto a la camisa, su pecho ridiculizaba al que la avergonzara al despuntar adolescente, y apenas pudo abrocharse los botones inferiores, pronunciando un atrevido escote.

— Está preciosa —fanática de su niña, doña Elvira.

— Menos mal que no me ve con la luz del día. Gracias de todos modos —le dio un beso—. Vaya por delante y no le diga nada a mi padre. Quiero darle una sorpresa.

Esperó a que saliera y se deslizó sigilosa hacia el santuario. Nada había cambiado; perdido con los años el gusto por la decoración, consciente el anciano de que sólo el mundo interior, lo más decrépito de todo, puede tener, en el mejor de los casos, un futuro dudoso. Midió cada paso y alargó la zancada —el vuelo de la minifalda al viento estancado, el remanso de esa noche intemporal— para despertar los mínimos quejidos de esa casa que, a imagen y semejanza de su dueño, se encaminaba con él a su final, a su venta: una segunda vida como también sería la de don José.

Llegó hasta la mesilla de su padre, siempre la derecha. Treinta años de soledad conyugal no lo habían privado de poseer su lado de la cama, aunque el otro careciera de dueño estable. Abrió el cajoncito y allí estaba pequeña, mortífera, el escarabajo negro, la diminuta pistola; compañera de tantos años, muchos más que su difunta esposa o que cualquiera de sus amantes: picaflor para ellas como para casi todo, él que pudo obedecer sus deseos.

Recordó el día de su descubrimiento y la imprudencia de quien la había aleccionado. La mejor manera —se había justificado ante el reproche callado de doña Elvira— de evitar un accidente, que la niña comprenda su manejo, el seguro, la primera recámara vacía. Tampoco había olvidado su demostración práctica con un pavo que engordaba a la espera de otra Navidad, para que la niña fuera testigo de su poder destructor; acérrimo partidario don José de tocar para creer, de la experimentación como método del conocimiento. Y a decir verdad que fue eficaz porque nunca llegó a cogerla. Se limitaba a contemplarla en silencio durante las ausencias de su padre y se pasaba allí horas, con el cajón abierto, dejando crecer en ella su atracción, pero sin acariciar nunca su piel.

Borró Laura el ayer, la tomó, se sorprendió de su liviano peso, comprobó que estaba cargada y la guardó en su bolso; lo único que había respetado en su aventura por el extrarradio, en su metamorfosis de señorita en golfilla, porque su alma habitaba en él.

Bajó las escaleras hacia la biblioteca, a reunirse con su padre que estaba absorto en las láminas de un libro del Bosco, obsesionado en sus criaturas monstruosas. Creyente en el más allá, por interés al acercarse su hora, quería acostumbrarse a los que habían de ser sus compañeros bien de infortunio eterno, bien de la purificación del purgatorio, bastante pesimista en lo referente a que pudiera volar directo a la derecha del Padre.

— Hola papá.

— Laura, encanto —se levantó, le estampó dos besos en la mejilla y se la comió con los ojos—. Estás guapísima, muy moderna.

Viejo verde, pensó Laura. Ninguna referencia al pasado, a su imagen adolescente. Mientras fueran cachas, tetas, carnaza para la vista, todo merecería su aprobación.

— Siéntate papá —lo animó a retornar a su sillón predilecto, un orejero con un cortinón detrás que tapaba la cristalera de acceso a la terraza, clausurada en invierno—. Quiero hablar contigo.

— Espero que no sea nada grave. ¿Habéis superado la crisis? Como no me has vuelto a preguntar por Salguero...

Le vino a la memoria a Laura la cita prometida, tan importante hace unos días, tan olvidada entonces.

— No se trata de eso. Desde el domingo, el día de la fiesta. Esa noche estaba un poco borracha...

— ¡Bah! mareadilla, nadie lo notó.

— Estaba como una cuba y Juan me contó cosas terribles. ¿Necesitas que te lo repita?

— No, no hace falta —partidario don José de que las verdades a fuerza de callarlas, terminaban por no serlo, se evaporaban, prescribían.— Juanma hizo mal... en contártelo.

— ¿Cómo has podido ocultármelo?

— Para protegerte. Siempre he mirado por tu bien. La vida resulta difícil y cuanto menos supieras mejor. Sólo en la ignorancia está la seguridad. ¿Acaso fuiste más infeliz por vivir al margen? Lo pasado, pasado está.

— ¿Realmente está pasado? ¿Qué me dices de esa amiga de Mercedes?

— ¿De qué amiga me hablas? —mintió don José, el único de sus tres interlocutores telefónicos.

— Es igual —nada más tenían que decirse, nada podían esperar el uno del otro en el futuro—. Adiós. No te levantes.

Salió de la biblioteca pero, en lugar de dirigirse a la entrada, torció por un corredor hacia el garaje y de allí a un cobertizo de herramientas. Tenía una puerta que daba al jardín, con dos cerrojos, herrumbrosos por su escaso uso. Los descorrió y regresó sobre sus huellas a la puerta principal.

Se alejó de la casa y caminó en la noche, a buen paso, para combatir sus pensamientos y el frío que se colaba por su minifalda. Despreció los dos primeros taxis y paró el tercero, indicándole la dirección de su domicilio.

15º día. Jueves 8-12-83

[43] A las cuatro de la madrugada de un día que pese a su nombre no había de ser inmaculado, un ruido seco la sobresaltó en su duermevela penitente, atormentada por las amenazas de Germán. Después llegaron otros sonidos encadenados: las ruedas del coche patinando sobre el asfalto, los gritos de asombro, las llamadas de auxilio y las sirenas de la policía. Las ventanas del vecindario se poblaron, en trasiego de preguntas, de caras destempladas, alucinadas porque la barbarie los hubiera golpeado en sus casas a esa hora intempestiva y feliz de un día hecho para la molicie.

Laura participó desde el principio de la conmoción del barrio. Había sido de las primeras alertadas y, aunque no de las más dispuestas a ofrecer su versión —nunca faltan quienes encuentran en la catástrofe la ocasión de su efímero fulgor—, sí de las pocas que habían percibido el chasquido originario del cuerpo rebotando contra la acera. Y la única que, dando alas a sus presentimientos, acertó la identidad de los actores: el muerto en el proscenio y el conductor fugitivo de la noche tras ofrecer su regalo a la tercera actriz del drama, una más entre los curiosos, ellos coro y Laura protagonista.

Lo supo al instante. Levantó la persiana, descorrió la cortina y la oscuridad de Adrián en un panal de numerosas celdillas luminosas —negativo de la estampa habitual: faro su ventana recortada en las tinieblas— le confirmó su malhadado pronóstico.

Algunos vecinos se agolpaban en torno al cadáver y se sucedían las expresiones de dolor. Un par de municipales formaban un cordón testimonial. Una mujer, la viuda de Urrutia, huérfana también de hijos a partir de entonces, abrazaba en silencio el cuerpo martirizado. Ningún lamento había salido de su boca. Días, años vendrían para enloquecer pero en aquélla, la hora sublime, vivía la muerte de su hijo con sobriedad.

Laura despertó a Juan, durmiente a su lado, y lo informó del

percance pero no de la víctima, imposible de reconocer desde la altura. Lo persuadió de bajar con ella y así lo hicieron: los abrigos por encima de los pijamas.

Cuando llegaron al grupo, ya oficiaba la policía y se guardaban las distancias con mayor severidad. Un sacerdote oportuno ofrecía a la madre el consuelo de la religión; dios vengador el que ella necesitaba. El caído estaba oculto bajo una manta y Laura preguntó por lo sucedido.

— Han asesinado a un chico. Le han volado la cabeza. Era el hijo de esa señora. Adrián Urrutia, se llamaba.

— ¡Oh! —se llevó las manos a la boca, Laura.

— ¿Qué te ocurre? —le preguntó Juan—. ¿Lo conocías?

— Era alumno mío. Te lo presenté el otro día en casa.

— ¡Ah, sí! El... —iba a añadir "borracho" pero se arrepintió, estaba de cuerpo presente— del instituto —terminó piadosamente su frase.

Un comisario se abrió paso y se arrodilló junto al cadáver. Levantó la manta y Laura pudo verlo por última vez. Dos semanas después de que le regalara su cuerpo, él le ofrendaba el suyo para siempre. No le había traído suerte a Adrián Urrutia. Su encargo del martes y trece había sido fatídico para él. Sus cabellos eran más rojizos que nunca por la sangre apelmazada. Sus ojos abiertos querían presenciar el espectáculo de su muerte; curioso hasta el fin. Buenos para un trasplante, tuvo Laura uno de sus pensamientos extraños, distanciadores del horror, de la culpabilidad. La cara estaba hinchada, amoratada, tumefacta, llena de magulladuras. Los policías dirían, en su argot, que lo habían trabajado a fondo. La chaqueta estaba abierta y la cartuchera aparecía vacía.

Laura debía aclarar hasta qué punto, de serlo, era la madre consciente de las relaciones de su hijo. Se acercó a la viuda, flanqueada en ese momento por el sacerdote y un inspector.

— Señora Urrutia, me llamo Laura Weyler. Era profesora de su hijo Adrián —su mirada llegó limpia de sospechas. Afortunadamente, la confianza con los padres es un valor en baja entre la juventud—. No sabe cómo lo siento. Estoy impresionada —la besó en ambas mejillas y sintió su emoción vacilante. La mujer era un prodigio

de entereza y desoía los consejos bienintencionados: que llorase, que no retuviese su dolor, mejor desfogarse que criar rencor, mala sangre cuando ya de nada servía, que mirara por ella, etcétera, etcétera.

— Les estaba diciendo —cada palabra era un suplicio para la viuda— que mi hijo era un chico estupendo. Usted puede confirmárselo.

— Sí que lo era —humilló Laura avergonzada la cabeza y se sintió obligada a añadir—: Me gustaría hacerle compañía.

— Tal vez otro día, muchas gracias. Pero ahora tengo que hablar con estos señores y aquí el padre, Dios se lo pague, me acompaña —la dispensó para su bien—. Nunca se había metido en líos. Ignoro por qué cogió la pistola. ¡Pero si era una reliquia! Dudo mucho que funcionara —comprendió Laura, en su retirada, que Adrián la había engañado acerca de sus dotes de tirador.

El regreso a la cama fue triste. Adrián había venido al mundo con la misión de ser sacrificado, de ser chivo expiatorio, se justificó Laura. Su capacidad de engañarse era portentosa pero limitada a fin de cuentas. El día anterior, al observar el gesto repetido, la mano a la pistola, en el joven temerario y en el pistolero veterano, intuyó su muerte y no la detuvo.

La niña se ciñó a su marido y le rogó que la consolara de su pesadilla nocturna o de la tormenta tenebrosa. Juan la acarició, la besó y la compasión hubiera dejado paso al deseo —los mismos medios para fines diversos, combatir la muerte con la vida, con la creación del hijo mil veces pospuesto, de nombre Adrián— si Laura no lo hubiera detenido. Le parecía una profanación, cual un romántico acoplamiento sobre la tumba aún caliente de un cementerio, con la tierra recién removida y los cipreses confidentes murmurando la pasión de los amantes.

Se quedaron dormidos en su abrazo y su sueño fue reposado hasta despertar. La muerte cierta de Adrián había descubierto su desafío frontal con Germán. Debía prepararse para el combate, descansar, recuperar las fuerzas perdidas en las últimas noches de insomnio y ahorrarlas para las que pudieran venir.

Juan se fue a las ocho. No descansaban las noticias aquel día de la Inmaculada y, de momento, había una para la página de sucesos.

Pensó Laura en el inspector Martín Sabio. Lo supuso enterado y volando hacia Madrid desde su breve retiro barcelonés, tan real su abandono del caso como su reincorporación inmediata, en cuanto ligara la personalidad de Adrián con el alumno de Laura que había vislumbrado cuando fue a recogerla al instituto. Demasiadas coincidencias como para no justificar una nueva intentona por encajar las piezas de ese puzzle.

Laura aprovechó sus últimas horas de sueño con la seguridad de que su próximo despertar lo sería para el inspector Sabio. El timbre impertinente delataba al policía; y a las visitas airadas de Adrián pero a éste resultaba difícil imaginarlo detrás de la puerta, mientras su madre avivaba su dolor y los forenses destripaban su cuerpo. Se echó una bata por encima y acudió a abrir.

— Lo esperaba.

— Sí, volvemos a vernos y nunca pensé que pudiera sentirlo pero...

— Acompáñeme a la cocina. No he desayunado todavía y no me encuentro bien. ¿Tomará usted también café?

El inspector asintió y la siguió.

— ¿Me lo dirá todo?

— Poco hay que saber. Nos vimos tres veces, tres días seguidos, jueves, viernes y sábado. Hace ahora dos semanas. Son cosas que pasan.

— El día de la aparición de Mercedes. ¿Era su coartada?

— Sí pero nunca he necesitado testigos para ese día.

— Sigue obstinándose. Primero Mercedes, ahora Adrián, ¿cuántos más han de morir para que se decida a hablar?
¿Quién es usted? No ha vacilado en seducir a un muchacho...

— ¿Por quién me toma? ¿Una ninfómana que destroza a los hombres pobrecitos con sus malas artes? ¿En qué mundo vive? Ahora las cosas son distintas que en su juventud. Para ellos no es un problema —sí para Adrián, hubo de reconocerse—, aprenden a disfrutar del sexo con sus amigas. No, aquí no valen sus esquemas: la pérfida mujer y el joven virginal —aunque Adrián lo fuera—. Sucedió de igual a igual, e incluso, si me apura, fue él quien se aprovechó de mi situación. También para mí fue la primera vez; dolorosa, no feliz como la

suya. El lograba un éxito: acostarse con su profesora, el sueño que todos hemos tenido. Yo me arrastraba, engañaba a mi marido con un crío apenas. ¿Quién se piensa que es para darme lecciones de moral?

— Discúlpeme —cohibido el inspector; siempre se sentía así ante las mujeres que lo atraían, más ante Laura a quien debía perseguir cuando desearía amarla—, pero haga un esfuerzo por comprenderme —se repuso, más diestro para su labor policial que para las estrategias del amor—. Hay dos cadáveres, me debo a mi profesión. Usted sabe quién los mató y por qué. Le estoy haciendo una llamada a su humanidad, no le hablo ahora de responsabilidades penales —lo hizo al negarlo—, apelo a su conciencia. De habérmelo dicho a tiempo, esa muerte inútil se hubiera evitado.

Sus ojos se unieron a los de Laura en una tensa espera: el fiel de la balanza, a punto de inclinarse a un lado u otro, le resultó una vez más desfavorable.

— Prefiero que se vaya.

El policía se levantó sin replicar. Nunca cedería en su empeño pero nada obtendría de ella en esa ocasión. Quizás en otra. Laura continuó bebiendo su café, a sorbos cortos para no quemarse.

— No se lo ha tomado.

— Da igual. Pudiera estar envenenado —cerró su conversación de un portazo tan estruendoso como el timbre anunciador.

— Un hombre que pisa fuerte por donde va —dijo Laura en voz alta para gustar del sonido de sus palabras.

[44] Laura llevó a cabo una minuciosa limpieza de la casa. Quitó el polvo de las estanterías y pasó el aspirador, contrapunto del violín de Yehudi Menuhin que sonaba en el tocadiscos. Los días de fiesta encontraba relajante entregarse a las faenas domésticas. Un auténtico descanso para su espíritu, unas cuantas horas de proceder mecánico, sólo hacer, sin pensar, desconectada la mente, recargando baterías.

Hizo una comida ligera, se quería elástica, en tensión para su encuentro, y no probó el vino y menos la tentadora ginebra. Sólo agua, mucha agua que limpiara su interior, que arrastrara como detritos de

aluvión las impurezas sedimentadas en su alma, el pecio de su naufragio inevitable. Nada de cuanto había hecho o pensado la primigenia Laura Weyler le sería imputable a su sucesora en el Nuevo Mundo que pudiera erigir en ese Madrid redescubierto o en el más allá, según le fuera la jornada.

Después de comer, recibió una llamada de Germán. La citó a las cuatro en un hotelito del barrio de Malasaña.

— Con mala saña y buen viento —se animó Laura.

Era un buen indicio que su capacidad para las asociaciones y la ironía siguiera indemne. Su cabeza estaba fría. Nada cuando es querido, debiera ser motivo de ofuscamiento. Iría a su encuentro con la ilusión de la mujer al parto; a su propio alumbramiento, inútil su padre según había demostrado. Puso en el tocadiscos el poema de Celaya en la voz de Paco Ibáñez:

— Recuerdo nuestros errores,
con mala saña y buen viento…
Y luego:
— ¡A la calle! que ya es hora...

Signos cabalísticos de que la confluencia de sucesos habría de serle favorable en esa casa de citas, buena cobertura de sus actividades secretas, no de su fidelidad conyugal, a semejanza de Juan.

Salió de casa en el único amigo que nunca la había dejado tirada. Sería cómico que pinchara en esta ocasión, porque el llamado a auxiliarla habría de ser su ángel sabio. Su presencia en el espejo retrovisor era descarada y Laura se mostró conforme con su vigilancia. Quería que tomara buena nota de Germán, que le viniera a la memoria la fiesta del hotel, que se fijara en su cara no en balde era el culpable predestinado.

Aparcó frente al hotel y Martín detrás. Permaneció en el coche mientras Laura entraba en el inmueble. Pensó divertida que su fama de mujer perversa se acrecentaría a ojos de su censor.

— Buenas tardes, habitación 305 —pidió a la encargada, una vieja huraña, en bata y zapatillas.

— El señor la espera arriba. Tercer piso —le indicó la escalera, carente el edificio de ascensor—. Y procuren no hacer ruido —escuchó cuando comenzaba la subida; incomprensible que alguien

disfrutara de amores en lugares como ése.

Subió los escalones del patíbulo con la pose de una reina. Había en ella algo de María Estuardo, de Ana Bolena, de Catalina Howard. Consiguió así llegar a su destino sin fatiga, con el resuello suficiente para no ceder la ventaja a Germán, más descansado.

— Bienvenida —le tendió la mano.

— Podemos trabajar juntos pero no seremos amigos —la rehusó, incapaz de saludar al asesino de Adrián.

— ¿Se trata del muchacho? ¡Tanto da!

— ¿Por qué lo ha hecho? El inspector Sabio ha vuelto de Barcelona y no me pierde de vista. Me ha seguido hasta aquí. Está ahí abajo —jugó su baza Laura.

Germán apartó con cuidado el visillo, se asomó prudente y pudo verlo de pie, recostado en su coche, reluciente su calva al último sol del otoño. Martín Sabio miraba hacia su ventana. La encargada le había informado, al conjuro de su placa oficial. Un blanco perfecto si no fuera también una torpeza sin parangón, salvo —llevaba razón Laura— la que cometiera con ese niñato.

— ¡Mierda! —exclamó contrariado Germán y Laura respiró agradecida—. Ha cometido una imprudencia —fanático como era del sigilo—. Nuestros planes se irán al garete, a menos que nos deshagamos de él.

— No quiero más muertes.

— No está en posición de elegir.

— Usted sí que no lo está. Con la muerte de Adrián...

— ¿Se llamaba así? —sus ojos se tornaron glaciales; tanto más impersonal la muerte que el amor, peor matar a alguien ignorando su nombre que pasar la noche con él.

— Sólo le conozco fracasos —continuó severa—: ese pobre chico, la amiga que sigue sin aparecer...

— Hablemos de ella. ¿Qué información obtuvo de su padre?

— Recibió la misma llamada. Le pidió diez millones —facilitó la verdad que su padre le había ocultado—. Se ve que quiere una buena tajada.

— Ya caerá —se quedó mirándola, sospechando de ella sin disimulo.

— ¿Qué pasó con Adrián? —terca Laura en conocer sus últimos momentos; una forma de comunión con él, algo que le debía.

— Se me fue la mano pero los muertos no hablan. Más me preocupan los vivos —sonó su voz amenazadora y palpó su pistola; también Laura el cierre del bolso.

— Y él ¿habló? —aguantó la tensión.

— Le contaré lo sucedido. Le puse una trampa infantil —lo que él era, se dijo Laura— y se tragó el anzuelo hasta el gaznate. Dejé escrita una dirección y me las ingenié para que llegara a sus manos. Luego le di esquinazo y me fui allí a esperarlo. Es una casa deshabitada que a veces usamos. No se hizo mucho de rogar. Lo dejé inconsciente y cuando se despertó, ya lo tenía atado en aspa a una pared, con unos grilletes de otros interrogatorios semejantes. No llevaba nada encima. Iría a medias con la chantajista, aventureros de poca monta. Se dejó matar sin abrir la boca. Sólo los aficionados juegan a héroes —sentenció Germán.

Laura no lo creyó. Probablemente Adrián le había contado todo y Germán pretendía matarla de igual forma en una cita en un lugar desconocido. Se preguntó curiosa dónde arrojaría su cadáver. ¿En Puerta de Hierro?, ¿en la agencia de Juan?

— ¿Lo torturó? —recordó su rostro.

— ¿Cómo cree que se puede obligar a un hombre a hablar? ¿Por su cara bonita? Quizás a usted le sea posible. Tenía poco aguante. Se desmayaba y no había manera de sacarle nada —dio una versión cobarde de su resistencia—. Lo intenté con la ruleta rusa. Ya sabe: una sola bala en el cilindro, se da vueltas y se prueba fortuna. El muy imbécil se dejó matar sin abrir la boca, un tiro preciso en la sien. No sufra por él, no se enteró.

— Es usted un sádico —le reprochó Laura, compadecida de Adrián, fantasioso hasta el final, la muerte que hubiera deseado: joven, aventurera y por una mujer, creyéndose amado, también errado en ese punto; aunque no en su mundo de ensueño.

— Me limito a ser un profesional. No hay nada personal en cuanto hago —murmuró con modestia pero a Laura seguía pareciéndole un enterrador; servicio completo a precios económicos.

— Bien, ¿qué puedo hacer?

— Poca cosa. Primero neutralizaré a esa mujer.

Laura se convenció de su cinismo. La había llamado para matarla y, de momento, ya le debía una vida a Martín.

— Váyase —nunca pensó en decirle algo parecido— y que su inspector se vaya con usted.

No se hizo repetir el ruego Laura y bajó saltando las escaleras. Suficiente felicidad era salir viva de tal reunión. El siguiente golpe lo daría ella, sabía cómo adelantarse. Desdeñó las palabras de la vieja —"que no volviera por allí, que no quería problemas con la policía"—, y salió a la calle. Montó en su coche y regresó a su domicilio, seguida por su fiel guardián.

[45] Laura Weyler identificaba pecado con borrachera y penitencia con resaca. El arrepentimiento, los remordimientos y la conciencia eran estados intermedios, razones para llenar la copa y apurarla de un trago, para seguir bebiendo en contra de la oposición del paladar y el estómago.

Bastaba el mueble-bar para cubrir todas las estaciones del vía crucis. Se sentía culpable a ratos y otros, veía la muerte de Adrián como fruto del destino, nada que una copa tras otra no pudiera sofocar. Quedaría un dolor de cabeza, el malestar por haber cedido, la resolución poco fiable de no recaer en la tentación, el propósito de que no hubiera nuevos adrianes en su vida, susceptibles los jovencitos de trágicos finales.

Laura gustaba de abandonarse a la melancolía. Pasar de la felicidad a la tristeza, de la nostalgia al porvenir. Sufrir, amar, la angustia o el placer, todo era parecido en pequeños sorbos, la dosis justa, el sopor, el entumecimiento. Y dejarse ir, sentirse en otros mundos, nuevos como su deseo, o viejos de puro transitados, exclusivos o comunes a todos los mortales que, a fuerza de evadirse, amenazan con despoblar éste.

Tampoco cenó esa noche. Había que facilitar el camino al alcohol, dejar expedita la senda para que anegase el vasto territorio e inutilizase los instrumentos de precisión que mantenían sus alertas;

devastadora la fuerza etílica frente a los refinamientos intelectuales.

Vomitó un par de veces y el recuerdo de Adrián en igual tesitura, pocos días antes, la convenció a reemprender su rito hasta que sólo quedaron imágenes inconexas. Luces y sombras la guiaron en la penumbra hacia la neblina que se colaba por su ventana, noche clara del alma en el exterior como oscura en su conciencia. Sembró el pasillo de sus ropas para llegar desnuda a su dormitorio y entregarse a las sábanas amantes, leales a su cuerpo como Laura a ellas.

El cuadrado iluminado desbarató su tenaz labor de horas —todo el alcohol desperdiciado en sus venas— y logró su enajenación y no el olvido. El fantasma de Adrián, dotado de medios telepáticos o ultrasónicos, ingenios electrónicos y micrófonos unidireccionales, desentrañaba su pensamiento igual que su cuerpo. Y todos los picassos de su pared, saltimbanquis y arlequines lloraban por él y su amor que no vieron consumado.

Se entregó imprudente al sueño y si no lo había hecho antes, a causa de la imagen de Adrián vomitando, menos debió hacerlo con el puente veneciano tendido. Había de pagar su atrevimiento en una pesadilla poblada con los personajes de su vida. Pasatiempo, opereta bufa, que le presentaran vampiros y hombres lobo, a ella que había conocido a Germán, a Mercedes, a Juanma y a su padre don José, y que vivía en intimidad consigo misma, apareamiento monstruoso donde los hubiere.

Soñó con una clase gigante, resumen de la humanidad. En el escenario había muebles de cuantos habitáculos habían presenciado sus ruindades y en él tenían lugar las manifestaciones didácticas de su vida: asesinatos y fornicios, peleas y reconciliaciones. Era una gran cancha de juego y ella la corredora de apuestas.

Había una profesora y ojos glotones que querían comérsela, pero pertenecían a manos inseguras que acariciaban a compañeras complacientes. Y al amarlas podían asesinarlas. Cara y cruz en la tómbola gigante que regía el gran árbitro del Universo, ella con su luenga barba postiza que a nadie daba el pego.

Una chica y un chico se estudiaban embobados. El tenía un precioso pelo multicolor, todo emplastos de sangre, roja como sus mechones. Sus ojos y sus labios eran bellos, pero su cara estaba hin-

chada y la carne colgaba fláccida de sus mejillas cual leproso. Ella se retocaba en un espejo, intentando componer la figura ideal para su entrega.

La profesora giró su cuerpo, para descubrir dos culos. A uno lo llamó baticor por las penas del corazón y al otro baticulo por el cachete que aguantó. Pero no eran nalgas sino pechos ubérrimos, y avanzó desde el estrado hasta los jóvenes amantes. Succionó el cadáver de él en sus entrañas y lo parió Juan y no Adrián. Ella era la enamorada y la maestra, una opulenta Mercedes, fertilizada por sus años de abono.

Despertó Laura para el funeral, con el velo negro, la joven novia enviudada. Y una humilde mujer avanzó a su encuentro. La había conocido esa mañana y sus ojos habían derramado todas sus lágrimas. Su hijo se ahogaba en ellas y se debatía indefenso por no perecer. Laura intentó cogerlo pero al despertar sólo encontró la mano de Juan que dormía a su lado.

Miró el reloj fluorescente. Eran las cuatro de la mañana, la hora infausta a partir de entonces; una hora para la vigilia. Juan descansaba tranquilo, bendito su sueño como maldito lo fuera durante cinco años. Continuaba traspasando sus culpas a Laura, que las había recogido de buen grado, desconociendo su enjundia, incapaz de soportarlas.

16º día. Viernes 9-12-83

[46] Cuatro horas más tarde, Laura preparó el desayuno y el equipaje de su marido. Juan salía temprano en coche a Barcelona. Lo habían citado para comer y preparar el segundo programa de "Debate". Dispuso una muda, un pijama y la bolsa de aseo en un maletín y un terno gris marengo, con camisa azul cielo y corbata con motivos de hípica —el mismo uniforme del primer programa— en un porta trajes. Y luego ella se vistió con colores oscuros para el funeral de Adrián.

Bajó con Juan y dejó en sus labios la última huella de su amor, adecuada para una separación de años y no para una noche, aunque bien pudiera ser la eternidad si sus planes fracasaban. Pisó la calle en busca de una cabina telefónica y tropezó con su acompañante en la distancia.

— Creía que era mi marido su principal sospechoso...

— Ya sabe que pienso que la verdad está en Madrid. Nada tengo que hacer en Barcelona.

— Toque madera. La última vez que le oí decir eso, apareció un cadáver. ¡Que no se repita!

— Así lo procuraré —ambiguo Martín.

— Vatídico o fatídico, una simple "fau" alemana. ¿Me cree una asesina o teme por mi seguridad? —desveló brusca su opción.

— Tan sólo quiero evitar que aparezca la amiga de Mercedes. No vaya a hacer alguna trastada de las suyas —diáfano en su pensamiento.

— Y ¿cuáles son sus propósitos? ¿Cuidarme? —coqueta en su inflexión.

— Temo que acabe cansándose de mí —cínico en la forma pero veraz en el fondo, su auténtico temor: perderla si alguna vez la había ganado.

— ¡Qué cosas dice! ¡Si es un encanto! —le hizo una caricia en una de las mejillas y en la otra le estampó un sonoro beso—. Lo invito

a tomar un café. —Se acomodaron en la barra de un bar cercano—. Hagamos un trato. Podemos comer en mi casa, bien entendido que cocinaré yo; pero antes debo ir al funeral.

— Perfecto. Además, yo también quería ir.

(Tampoco yo me perderé este aviso para bebés que no saben dónde se meten).

— Está bien, iremos juntos. ¿Y me acompañará al servicio? — jovial Laura.

— No será necesario. Me limitaré a montar guardia en puertas y ventanas para que no se me escape.

— Me quita un peso de encima, es lo que me disponía a hacer en este momento. Aprovecharé para llamar al Director de Estudios del Instituto. Supongo que habrán suspendido las clases. Si no tiene objeción...

Asintió y Laura se dirigió primero a una cabina telefónica situada enfrente del bar. Receló el inspector que una mujer apurada de incontinencia optara por efectuar primero su llamada. Dejaba demostrado que el recado telefónico era el único objetivo de su paseo matinal.

Estaba seguro de que el destinatario era el hombre de Malasaña. El sujeto había dejado de serle desconocido. Sabía de él lo mismo que Juan y Laura: sus distintos nombres, sus operaciones comerciales con países del Este y sus muchas amistades en la embajada soviética.

Prefería no interferir en su cita, deseoso de presenciarla más que de frustrarla. Se consideraba un buen sabueso y no creía que Laura fuera capaz de quitárselo de encima. Al contrario, haría que se confiara y pusiera a su alcance la llave del conocimiento, las respuestas que llevaba dos semanas buscando con ansia.

Laura Weyler se introdujo varias bolitas de anís en la boca. Marcó el número de Germán y obedeció puntual al mensaje del contestador automático:

— La entrega será esta noche. Recibirá noticias.

Llamó a continuación a Ediciones Asociadas Allendelmar y preguntó por don José Weyler. Se identificó de nuevo como una ami-

ga de Mercedes. Santo y seña mágico en esa casa, pensarían las ocasionales secretarias, envidiosas de esa Mercedes del pasado, una como ellas, que tal atracción seguía despertando en el viejo; veloz en atenderla.

— Esta noche pasaré por su domicilio a recoger mi encargo. Dé fiesta al servicio —quería evitar la presencia de doña Elvira y de Tomás, el anciano chófer y jardinero. Tuvo la ocurrencia de que los paniaguados aprovecharan su noche en un apartamento como dos tórtolos. Quizás fuera así en su juventud: un hombre y una mujer, solitarios en esa casa al cuidado de una niña, difunta la señora y ausente el señor. Descartó sus tonterías y se le aparecieron entonces como María y José, llamando a casas de lejanos parientes para cumplir la tajante orden de su señor; sin duda por un asunto de faldas demasiado subido de tono que no tenían por qué cuestionar.

Regresó Laura al bar y se encerró en el servicio y, aunque se trataba de mera simulación, alivió su fisiología a gusto. Se puso metafísica al meditar sobre las estrechas relaciones existentes entre las necesidades más primarias —la evacuación, el apareamiento, el sueño, la comida— y los más elevados dones del espíritu —las emociones, el pensamiento— de tal forma que, matemática ella, podría establecer modelos estadísticos o regresiones lineales, que explicaran dicha correlación entre variables dos a dos: el estreñimiento y la angustia, el hambre y la inmortalidad o el placer sexual y los impulsos suicidas.

Martín Necio la recibió con una frase poco afortunada:

— Ha tardado mucho.

— No sea grosero —le hizo ver Laura la inconveniencia de sus palabras, dirigidas a una dama demorada en tales menesteres.

Lo avergonzó hasta tornar su rostro, grana. El pobre policía no estaba acostumbrado al trato rutinario con sus amadas, a imaginar siquiera que sus cuerpos adorables, ideales las más de las veces, fueran también esclavos de semejantes tormentos; así lo habían sido desde joven para él por culpa de unas persistentes hemorroides que lo privaban también de ese placer, no de dioses.

Se dirigieron al cementerio en el coche de Laura. Conductora arriesgada ella, prudente Sabio, disfrutó de sus apuros con continuos acelerones, cambios de carril y adelantamientos circenses que, sin su

presencia, no hubiera realizado. La diversión predominaba sobre su deseo de llegar viva al menos a esa noche, uno de esos puntos de inflexión en que el renacimiento o el fin le eran indiferentes.

Era una mañana otoñal, con el invierno asomando impaciente, ventosa, de hojas arremolinadas, polvaredas y papeles que se estrellaban en el parabrisas como los hierbajos secos, amarillentos en las ruedas delanteras. Sin embargo, para Laura, era una mañana primaveral de floración como la noche sería el estío de la cosecha.

El funeral por el alma del difunto Adrián Urrutia —dieciocho años, huérfano de padre, dejando madre viuda, "tus profesores y compañeros no te olvidan" en coronas de flores y cintas de raso— tuvo lugar al mediodía en la capilla del cementerio, siendo la conducción directamente desde el depósito de cadáveres, una vez realizada la autopsia legal: un único disparo con entrada por una sien y salida por la contraria, interesando masa encefálica, que dañó irreparablemente el cerebro, produciendo el óbito instantáneo. Las contusiones eran fruto de una paliza anterior a su muerte, más penosa que el fallecimiento en sí —constante preocupación de Laura, si el tránsito duele, que Adrián no podría contestar—, pero en ningún caso coadyuvante del funesto desenlace. Laura confirmó así que el velatorio y las luces de ultratumba de la noche anterior sólo habían existido en su imaginación.

Había una nutrida representación de estudiantes aturdidos, morbosos en su primera oportunidad de asistir a la muerte de un igual, motivo de reflexión en ésa y otras noches que la guadaña pudiera alcanzarlos jóvenes y mortales empero. También estaba el claustro de profesores y Laura ocupó su lugar entre ellos mientras que el inspector se mantenía en un plano discreto porque nada tenía de qué enorgullecerse. La misión que los allí presentes le demandarían, no era rendirle su último adiós sino coger al culpable; sentimiento coincidente con el suyo propio.

Al terminar la ceremonia, se retrasaron a propósito. Dejaron que la afligida madre, las vecinas, los amigos, compañeros y curiosos, desfilaran para quedar ellos solos —con los hermanos fosores que recogían sus bártulos— en la paz del camposanto. Pasearon por sus calles y se detuvieron en algunas lápidas: las más tristes, las de los niños —premuerto también Adrián—, que fueron maestros aventaja-

dos en el arte de morir. Días les bastaron a algunos para encontrar el camino del más allá, meses a otros, unos pocos años a los demás, y otros hombres, por contra, torpes, necesitaron hacerse centenarios como los viejos árboles enraizados a la tierra, para hallar la aguja de marear que marcara su rumbo.

— Es triste devolver alguien a la tierra. Sobre todo si es abono joven. Hará crecer el ciprés más hermoso y su tumba será la predilecta de los gatos —dijo Laura.

— ¿Podrá resistir su conciencia? —cariacontecido el policía.

— Murió por amor y es hermoso. Triste y hermoso —desoyó la queja y repitió varias veces—: triste y hermoso, triste y hermoso.

Continuaron en silencio. Laura tropezó en una piedra saliente, levantada por los guijarros pugnaces de una tierra fertilizada, y Martín la tomó de la mano para evitar su caída y así prosiguieron enlazados. Se sentían a gusto paseando por el amor y la muerte, como en la película de Huston. Dejaban que entre ellos creciera una corriente de atracción física, mutuamente interesada.

— ¿Por qué es policía? —rompió el encantamiento Laura.

— Es lo único que sé hacer... bien. Todos debemos buscar en la vida el sitio más idóneo. Yo sirvo para esto.

— ¿Así de sencillo? ¿Y sus ideas del otro día? ¿Aquello de que no haya nuevas Mercedes?

— Quería la verdad, ¿no? Todos podemos encontrar razones sublimes para nuestros actos, pero la causa última es la propia satisfacción. Nada sabemos de los mecanismos que forman nuestras inclinaciones. ¿Nacemos con ellos o dependen de la educación? No sé. Yo soy policía y otros, asesinos. Mi conducta es socialmente aceptada aunque tampoco mucho, la de ellos no. Al final sólo queda el hombre desnudo ante su conciencia. Uno mismo es su juez más severo, pero si nuestro juicio está viciado, determinado por los mismos condicionantes que nuestros actos, entonces no sirve de nada. Yo no soy filósofo, lo mío es resolver enigmas y el día que lo consigo me siento feliz. Si supiera, haría otra cosa o, si tuviera fortuna, viviría un amor intenso antes de morirme; pasado mañana, los años pasan en blanco. ¿Qué quiere que le diga? La política me aburre, los juegos de espías —se delató— no los he entendido nunca. Tengo dos cadáveres, una chica y

un chico. Podían ser dos medias naranjas y estar amándose en una playa tropical y sin embargo están bajo tierra. Para ellos fue el final y para mí es un reto. Debe haber un asesino, ¡al menos, uno!, y yo tengo que descubrirlo. Si no, tampoco serviré para este oficio y entonces, ¿qué me quedará?

— Nunca existió la Mercè de su historia, ¿verdad?

— Ha habido tantas que pudieron ser y prefirieron a otro hombre. Muchas veces quedé segundo, pero... ¿Ha oído hablar de Poulidor? —Laura no conocía al eterno segundo de Anquetil—. Da igual. Siempre deseé un final trágico, una causa fuera de mi alcance, pero no: todas mis Merçés se fueron con otro.

— ¿Y sigue buscando?

— Busco y encuentro. Usted es Mercedes —era una acusación y también una torpe declaración.

— ¿Y si fuera culpable?

— Entonces, llegaría al fin mi dilema eterno: la ley o el amor. Y no lo dudaría. Podría chantajearla —se burló de sí mismo.

— Vámonos a comer, que ya hemos hecho apetito.

— A su disposición —clausuró el inspector la mañana en el cementerio y también la verja de salida. Martín Sabio era, en cierta forma, un portero, un sacristán que cerraba las puertas, apagaba las luces, que otros dejaban abiertas, encendidas.

[47] Laura y Martín deshicieron su camino hasta la casa mortuoria; con igual propiedad la suya que la opuesta, pues en ella se había fraguado el desenlace. El espíritu fisgón de Adrián entraría en el futuro por su puente veneciano en la habitación de Laura y la amaría cuando otro lo intentara.

Pararon a comprar los alimentos necesarios. En la cocina fue Laura la directora y Sabio el pinche; demostradas ya sus habilidades y deseosa ella de corresponder. Preparó una ensalada de salmón y un solomillo al roquefort. Aliviaron su tránsito, respectivamente, con vino blanco y tinto. Y de postre, una tarta de yema con tocinos de cielo y una botella de champán. Tres botellas que entre dos —división

simple de un decimal— daba una y media; reconfortante para el cuerpo y el espíritu, la ocasión propicia para el conquistador, la ausencia del marido de la mujer complaciente. Era irremediable que sus deseos se realizaran: limosna para el necesitado de afectos, débito para la que precisaba coartadas.

Ligaron las botellas con los licores. Laura dio alas a la sed de Martín y fomentó una —la del alcohol— con la otra —la de su pasión— mientras ella con una única copa de su medicina iniciaba su cura de desintoxicación.

Recayó la conversación en sus vidas: las historias afectivas que ambos habían padecido. Diseccionaban sus sentimientos para propiciar su encuentro. Martín daría su vida por ello y Laura se resignaría y no de mal grado porque si algo había conocido, al lado de Adrián, era a disfrutar de la mecánica del sexo. Bastaba con que cada uno inventase a su amante; pura fantasía por igual, imaginarlo o tenerlo en los brazos, incapaz el enamorado de fijar el mundo en que habita su pareja.

— Le da mucha importancia al amor.

— Siempre se da a lo que no se tiene. Yo nací con ese síndrome de abstinencia, otros lo hacen con el de la droga. Esta comparación es su definición más exacta: el amor como droga.

— Entonces no debe probarlo, no vaya a aficionarse.

— Depende con quién.

— Esto me recuerda la película "Cabaret". Liza Minelli le dice a su inexperto acompañante, Michael York, que sus anteriores mujeres no debieron ser desde luego las más indicadas —el final estaba determinado de antemano: acabaría en la cama con él. Pero se divertía haciéndoselo más difícil, que sufriese su conquista, que se sintiese orgulloso cuando la consiguiera.

— Sí y también le recomienda al pretendiente de la chica judía, Marisa Berenson, que se abalance sobre ella y le da resultado.

— ¿No querrá desencadenar otra guerra mundial? Aprenda de su castigo —le llenó la copa de nuevo.

— Podríamos correr ese riesgo —pugnó por seguir los consejos de Liza y Laura se separó risueña:

— Me confunde usted, inspector. Yo soy una esposa fiel. No

he de ocultarle que tuve una aventura. Ya se la confesé. Tres únicos días y mire las consecuencias: sus reproches, sus acusaciones y, según usted, la muerte para mi infortunado amante. No es correcto que me proponga lo mismo que me censuró antes —se divertía a su costa, Laura; una burla impía.

Martín Polla estaba demasiado ebrio y ansioso para contestar dengues y melindres, para soportar circunloquios, sobreentendidos y aplazamientos. La atrapó y, sin que ella se resistiera, la condujo hasta su cuarto donde comenzó a desnudarla sin éxito.

— Ocúpese de su ropa que yo lo haré de la mía —le propuso Laura y se metió en el lecho antes de que él lograra soltarse los nudos de los zapatos, que dejó sin deshacer, añorando los mocasines.

Su primer asalto fue desmañado y demasiado rápido para el gusto de Laura pero no para sus planes. Martín Fatuo se quedó dormido, satisfecho por su potencia sexual —el gran seductor aunque él fuera el seducido— y cansado de sus noches en vela.

Laura se cercioró de que dormía. Miró el reloj —las siete de la tarde— y se levantó para disponer el segundo acto de su tragicomedia. Liberó de sus escondites el disfraz de Mercedes, la pistola de su padre y las pruebas contra Germán, y lo preparó todo en el despacho de Juan. Bajó las persianas y adelantó dos horas los relojes. A continuación colocó la cinta de vídeo en su receptáculo. Después preparó un whisky con dos somníferos que mantendrían dormido a Martín Sabio las horas que ella necesitaba. Pocos minutos antes de las ocho, volvió junto a él que roncaba feliz.

Lo despertó y reapareció su deseo, vigoroso tras el descanso, impaciente por reiniciar el amor al que ella simulaba ser tan propensa. Habilidosa Laura, acompasó unos momentos sus caricias a las de él, dejándole en el punto culminante sin compañera porque, saltando de la cama y asombrándose de la hora, dijo:

— Las diez. No quiero perdérmelo —y desnuda como estaba, ideal para que él la reclamara, se dirigió al salón.

Desoyó las quejas de Martín Semen, poco interesado en la conversación de un par de periodistas y un político —ambos oficios no de su devoción— que en ningún caso hubiera visto, menos todavía si eran alternativa de follarse a Laura. Su amada puso en marcha el

vídeo y se sucedieron algunos anuncios y la sintonía de "Debate". La presentación del invitado quedaba un poco chapucera pero salvable, más aún con Martín en la habitación, donde sólo le llegaban la música y las palabras más altisonantes.

Las preguntas de la semana anterior mostraban la disonancia habitual con las respuestas del líder político; palabrería sin sentido, expresiones desprovistas de todo significado, su lenguaje críptico para iniciados y masoquistas.

Laura dejó transcurrir los primeros minutos y fue a buscar a Martín. Debía hacerlo ir al salón, que durante unos minutos fuera su testigo de excepción. Le tendió la bata de su marido y ella se puso la suya y lo arrastró hasta allí con embelecos, ignorando sus protestas y apartando sus manos exploradoras, tentaculares, que pretendían una nueva retirada a los cuarteles de invierno: las mantas cálidas y el calor compartido.

Se instalaron delante del televisor y Martín Pulpo reanudó sus intentos de acariciarle los pechos bajo la bata entreabierta. Ella no opuso resistencia, si bien reclamó mimosa su atención:

— Para un poco que nos está mirando. ¿Te parece bonito?

La visión de su rival, el sujeto paciente de su escarnio conforme a los moldes de honor tradicionales, le excitó más y renovó sus ímpetus. Laura capituló y abrió sus defensas para que él la poseyera —mecido por los anuncios del intermedio— en un asalto mucho más gratificante; al igual que con Adrián, siempre los segundos amores mejores que los primeros y los terceros ya en declive: el entrenamiento, el esplendor y la decadencia.

Tras la consumación, renunciaron al programa y se retiraron al dormitorio. Martín Desganado hizo buena la teoría de Laura y completó su tercera oportunidad; las mismas que Adrián, buena medida para cuantas aventuras proyectara en lo sucesivo, cuando volviera a abrirse su herida con Juan, calculadora al respecto; tres veces como tres días antes de la resurrección, simbología para su Nuevo Mundo.

Se levantó Laura, apagó el vídeo y regresó junto a su amante con el vaso de whisky y somníferos diluidos. Poco estímulo le hizo falta a éste para apurar de un trago el cóctel, seca la garganta después del amor. La fatiga sexual, el alcohol y los narcóticos fueron de efecto

rápido en su acción conjunta y escasas carantoñas precisó Laura para acompañar su dulce adormecimiento. A las nueve —las once en su reloj— Martín Lirón dormía con placidez y Laura podía confiar en que lo haría hasta la madrugada.

Se lavó someramente y se disfrazó de Laura disfrazada de Mercedes. Llamó por teléfono a Germán, quien se puso al aparato.

— Dentro de una hora en casa de don José Weyler —cortó la comunicación y dejó el teléfono descolgado.

[48] Cogió su bolso y el negro escarabajo silencioso, y se enfundó los guantes. Abandonó al durmiente —no bello aunque ella fuera su princesa— y bajó al garaje desde donde arrancó, atenta a su crono, para en los minutos justos plantarse en Puerta de Hierro. Faltaban escasos segundos para las diez aunque su reloj marcaba dos horas más tarde. Descubrió allí un coche con los faros apagados y un hombre al volante que se agachó cuando ella lo enfocó en la curva. No era ya momento de disimulos sino de destapar sus cartas. Germán habría imaginado una jugarreta de Josef Weyler; uno de sus adversarios, conocidos hacía tiempo, compañeros de profesión para pagadores distintos.

Dio la vuelta a la manzana y aparcó en una calle paralela. Regresó sobre sus pasos, visible la melena rubia contra la luna, un buen blanco para Germán que la observaba. Confió en que, antes de disparar, quisiera averiguar la trama y eso lo perdiera. A todos los matones les sucedía igual en las películas, se infundió ánimos Mercedes para traspasar con elegancia la verja, sin mirar hacia atrás, indiferente a que Germán fuera tras ella, pistola en ristre.

Siguió el perímetro de la casa hasta el cobertizo de herramientas, cuya puerta había dejado franca dos noches antes. Para su fortuna, conforme a sus cálculos, nadie había comprobado los cerrojos. Empujó la puerta y, aunque chirrió un poco, entró sin contratiempos. Había dejado una pista sonora para Germán pero ella se movería con rapidez mientras que él tendría que tantear el camino.

Atravesó el garaje y luego el corredor que llevaba a la biblio-

teca. Sólo había una luz encendida, la lamparita de lectura. Don José contemplaba los cuadros del Bosco, obsesionado por la muerte, quizás porque la presintiera cercana.

Mercedes, con el anís en la boca y la pistola en la mano, favorecida por el círculo de luz que dejaba el resto del salón en sombras, avanzó unos pasos, apuntando al padre de su amiga.

— Buenas noches Herr Weyler. Tengo poco tiempo, haga lo que voy a decirle. ¿Tiene el dinero?

Asintió Josef Weyler que, al oírse llamar por el tratamiento germánico, había retrocedido al pasado, intentando hallar en esa voz y figura, vagamente familiares, una ligazón con alguna de sus víctimas, una razón para la venganza.

— Déjelo encima del escritorio —le señaló el buró inglés cercano.

Se levantó don José e hizo lo que le indicaba, siempre ella en sombra y él iluminado.

— Ahora siéntese de nuevo y simule leer. Tenemos visita. Lo estaré apuntando.

Don José cumplió su orden y Mercedes se escondió tras él, detrás de las cortinas.

Poco después llegó Germán, también cauteloso y armado. Sorprendió igualmente a don José Weyler, que había vuelto a sumirse en las delicias del "Infierno musical". Acababa de descubrir su rostro en un atormentado, como un presagio cierto del fin. Despacio, pagado de sí mismo, se colocó Germán delante de don José. Éste, entonces, dobló con parsimonia las gafas, levantó la vista demostrándole que lo había ignorado deliberadamente, que no le importaban sus asuntos aunque viniera buscando su muerte.

— Buenas noches señor Weyler. No habíamos tenido ocasión de ser presentados.

Fue su última frase. Mercedes no iba a cometer el mismo error que criticaba en los demás. Ella era una aficionada, no una profesional, y lo sabía todo. Sacó el cañón de la pistola unos milímetros, estaba a dos metros de distancia, apuntó al centro del pecho y le partió el corazón de un disparo, sin darle opción a saber quién le había matado. Quedó tendido en la alfombra, que se fue tiñendo de rojo. En su mano

derecha estaba su pistola, la asesina de Adrián, y en la izquierda un maletín. El muy imbécil había traído el dinero.

Don José seguía mirando el libro y Mercedes pasó por encima del cadáver, con un ruido masticador que procedía de sus mandíbulas comedoras de anís. Colocó el dinero junto al otro. Lo acarició un momento pero no sintió nada en especial. Nunca le había faltado. No era de natural codiciosa.

(¡Ja!)

Y dejó su pistola encima del "Carro del heno".

Josef Weyler no se movió. De sobra conocía su arma. Aquella noche había estado tentado de buscarla para recibir al chantajista pero no quería violencias, prefería pagar que arriesgar la vida. Tampoco podría extorsionarlo muchos años. El dinero, además, procedía de la embajada, una minucia para ellos. Y entonces, el arma que acababa de matar a Germán reposaba en su regazo. Se la había tendido su asesina, esa bella mujer que, en ese instante, a la par que se iluminaba su cerebro, se despojaba de su peluca rubia, descubriéndose su hija:

— ¿Por qué Laura? —acertó a preguntar.

No así ella a responder. Quizás por Adrián, por Juan —matar por el amor de quien por amarla mató—, incluso por Mercedes; también en honor de Martín para darle la ayuda prometida; o por ella misma, para demostrarse la perfección de su plan.

No contestó, dio vuelta a Germán y metió en el bolsillo de su chaqueta la carta de Mercedes. También los alfabetos que lo acusarían de ser el instigador de las pruebas contra Juan.

— Tendrás que utilizarla —le dijo a su padre, incorporándose con la pistola de Germán en la mano.

Don José Weyler dudó un rato, sin dejar de mirar "La nave de los locos" de su amigo El Bosco, al que de obedecer las órdenes de su hija —llevar la pistola a su boca y disparar— podría ver pronto. Tomó el arma, la colocó en posición pero no apretó el gatillo. La retiró con cuidado, apuntó a su hija sin disparar tampoco y la llevó de nuevo a su seno.

— No lo haré —amaba demasiado la vida y en cuanto a matar

a Laura...

— Si no tienes valor, llama a la policía pero recuerda que tu pistola ha matado a Germán. Ya has vivido bastante, ahora me toca a mí y para ello necesito tu muerte —le pidió visionaria: su padre víctima de su segundo parto igual que su madre del primero, como siempre había sabido que ocurriría.

Don José se acercó al teléfono. No se quitaría la vida por su mano, tendrían que arrebatársela. Marcó el 091 y esperó.

— Soy don José Weyler. En mi casa hay un hombre muerto. Vivo en... —interrumpió la frase y miró a su hija.

Un estruendo acababa de sonar y José Weyler se desplomó con una bala certera en la espalda, con las voces desencajadas del policía al fondo. Laura acarició el segundo escarabajo que sostenía en la mano, lo encontró caliente y entonces comprendió que había sido ella quien disparara, causándole la muerte. La segunda bala homicida de esa pistola en breves días: la anterior en la sien de Adrián, la última en la espalda de su padre, traicionera, alevosa. Los escarabajos peloteros seguían aumentando su bola de excrementos.

El teléfono exigía noticias. Dejó la pistola en la mano de Germán, se puso la peluca, cogió el dinero y corrió hasta la puerta del cobertizo para echar los cerrojos por dentro. Volvió sobre sus huellas y al pasar por el salón, no resistió la tentación de poner el televisor. En su reloj era poco antes de la una, las once en realidad, y en la pantalla la efigie sarcástica de Juan apreciaba algún matiz de su entrevistado. Sus palabras le sonaron iguales a las que había oído dos horas antes, sabiamente magreada.

Salió al exterior por una de las ventanas de la planta baja, que dejó levantada, y se perdió en la noche, en busca de su coche. Cuando volvía a casa, empezó a oír muy lejanas, como en sueños, las sirenas de la policía.

[49] Sangre oscura como la noche, perseguía su rastro como un reguero de pólvora incendiada, desde los huecos profundos, las simas heridas de muerte. Brotaba a borbotones, efervescente, y cada burbuja dejaba su poso de aire envenenado, que amenazaba con ahogarla.

El coágulo benéfico se alió con ella y taponó la salida a sus pensamientos, que quedaron sometidos al dictado físico que movía los pedales del coche en su huida. Únicamente tenía cabida en su cerebro, el decálogo del postparto: la peluca, los vecinos, los relojes, la grabación, ..., la ropa, Martín, el teléfono, la noticia y Juan. Imposible ya retroceder, descendía del Monte Sinaí con sus tablas. Cuando encontrara a su pueblo, debería romperlas, como Moisés, al comprobar que había olvidado el quinto mandamiento.

Conducir serenaba sus ánimos aunque también sentía el temor a una infracción o un accidente: saltarse los semáforos, atropellar jovencitos o empotrarse contra los escaparates iluminados.

La peluca oprimía sus sienes. Se desprendería de ella, como primer mandamiento de su ley. Torció por un callejón, en las traseras de una pizzería. Todo le recordaba a Adrián; vengado de su asesino por la culpable de su crimen, ironía mortal. Allí estaban los cubos de basura esperando la madrugada y su camión. No paró el motor. Antes de evaluar el riesgo, había regresado ya al volante, desprendida con su peluca de la personalidad de Mercedes Vilaplana, la homicida, la fugitiva. Nada había de temer en cambio Laura Weyler de Somalo, dama distinguida y, al clarear el día, huérfana afligida y heredera a beneficio de inventario pues sólo deudas había dejado a la codicia del mundo su extinto progenitor Don José Weyler y Espinosa, el capitán Josef Weyler, esquivo a la muerte durante cuarenta años.

Llegó sin contratiempos ni más retrasos. Eran las cero horas y el tiempo había comenzado su cuenta atrás en el instante en que su padre llamaba a la policía y caía muerto por la bala exacta de Eulogio

Acevedo. Siempre es más difícil rematar con saña al herido, sin excusas posibles de enajenación, de deseo más allá del deseo.

Entró en el garaje, en penumbra. Los vecinos gustaban de escatimar electricidad. ¡Cuántas veces los había denostado por ello y entonces jugaba a su favor! Apagó también sus luces y cerró los ojos, extrasensorial, para aparcar sin problemas; fiada a la memoria inconsciente más que a la conciencia alterada. Cuando iba de su plaza a la puerta del ascensor, sintió que unos faros barrían la rampa de acceso pero tuvo tiempo de escabullirse antes de que el haz se cebara en ella. Por un momento imaginó que la policía la rodeaba y esperó escuchar sus consignas por un altavoz. No fue así y superó su segunda prueba: su regreso sin testigos. Había sido necesario para ello que Adrián no estuviera en su observatorio y bien sabía a qué obedecía su ausencia.

Tensos segundos los de su ascenso. La posibilidad de que la aguardaran en el descansillo, de que Martín Listo hubiera simulado dormirse para seguirla a su "reunión"; así se referiría en lo sucesivo a esa noche, capaz ella de considerarse médium de la aparición justiciera de Mercedes. También pasaban raudas las réplicas: no hubiera permitido los disparos; y las dúplicas: quizás sí para tenerla en su poder y hacer realidad su risueño chantaje.

La llave se deslizó en la cerradura. El silencio la recogió en su manto envolvente y la transportó al nimbo que habitaba Martín Amor; plácido durmiente abrazado a la almohada, su inexistente amante aterciopelada, suave y sedosa.

Se apoderó temeraria, en la mesilla, de su reloj para que las dos fueran de nuevo la hora cero, sin tiempo. Procedió igual con los demás relojes y salvó así su tercer mandato. Puso el vídeo en grabación para borrar la cinta de su coartada. El cuarto preparativo estaba en marcha pero necesitaría una larga hora para verlo hecho realidad; paréntesis que se llevó con él el quinto mandamiento.

Se desnudó en el salón aunque ya no había ningún Adrián a quien brindar su cuerpo de diosa, envejecido por la muerte de su admirador; inmortales los dioses en sus adoradores. Hizo con el disfraz de Mercedes un paquete que ocultó en el fondo de un armario. Pasados unos días lo dejaría en cualquier parroquia. Le concedería de esta forma, a Mercedes, otra oportunidad de supervivencia: que su ropa

pudiera ir a parar a una joven de mirada lánguida, cabellos dorados y cuerpo armónico, que un día pasearía ante su ventana. Dejaba una puerta abierta a la casualidad, a que el juego no terminara jamás, a que una sorpresa la reviviera en el futuro, cuando su Nuevo Mundo fuera ya Antiguo y buscara otro Novísimo. Destino atractivo pero más imprudente que el fuego incinerador o un último vuelo desde el puente al río; escaso para suicidas, aún cuando Mercedes abandonara las ropas en su lecho y saliera desnuda a la orilla.

Se sirvió una copa de ginebra amiga. Tenía que dejar correr los minutos para completar la grabación antes de despertar a Martín Sueño y arrojarlo de su noche. El no debía estar delante cuando el teléfono le anunciara la desgracia ni a su lado cuando llegara el policía comisionado por culpa de su mala costumbre de descolgar el aparato. El testigo sabio podría dar fe de ella, si no fuera el causante de esa precaución: do not disturb, no molesten por favor.

En efecto, fue ése el momento de las primeras llamadas sin respuesta. Fácil para la policía identificar los cadáveres, reconocer la personalidad pública del editor y saber de sus familiares: su única hija y su famoso yerno. Lo aborrecían en numerosas comisarías por sus actuaciones en favor de determinadas, que no todas, libertades, y en algunas habían estado viéndolo en televisión. De tal modo que Juan conoció la noticia en el mismo estudio y se unió al coro que intentaba comunicar con la Laura silente de la espera y la ginebra.

Se despidió Juan de sus contertulios con la noticia que desmontaría la portada en los periódicos a los que llegara antes del cierre de edición: un doble asesinato o cuando menos dos fiambres, uno de ellos el suegro de Juanma. Negras sombras se cernerían sobre su reputación, aunque a la mañana siguiente fuera su cielo límpido y despejado sin ningún nubarrón. La nota de la policía lo exculparía de toda sospecha de ese crimen ocurrido a cientos de kilómetros y también del asesinato de Mercedes Vilaplana, aparentemente esclarecido a la luz de unas pruebas oportunas.

Indeciso Juan del devenir de los acontecimientos, aturdido y fallidos sus intentos de hablar con Laura, se encaminó al hotel pero la inercia lo llevó frente al portal del engaño vil de Germán; entonces cadáver: la solución que la voz anónima le había anunciado. Se sentía

feliz, obligado y con derecho a participar en la fiesta. Subió al piso deshabitado. Las huellas comprometedoras eran sus únicos moradores. Se iluminó con el mechero: el edredón que los cubriera, las sábanas que los cobijaran, el colchón que fuera soporte de su amor y la moqueta por donde rodaran de impaciencia. ¡Qué bien ardía todo! Un incendio pequeño, controlado, borraba su rastro. Mercedes se desvanecía por fin. Desaparecida ella y también su templo, no quedaría ya ningún lugar para su culto. El recuerdo huiría con el humo que empezaba a hacerse irrespirable. Salió a la calle y vio el resplandor recortado en la última ventana. Llamó a los bomberos y se marchó al hotel.

De acuerdo los relojes en la una cuando Laura quitó el vídeo y despertó a Martín, para cumplir su séptimo mandato. Le obligó a beberse un café muy cargado, sabor contra sopor. Terrible su borrachera en el momento más inoportuno, pensaría cuando se enterara. Quizás le costara un disgusto, pero sería pequeño el pago de su noche de amor y justa moneda para su soberbia detectivesca. Una buena lección la suya aunque habría de esperar toda la eternidad para reírse de él en su cara.

Hizo que se duchara, escandalizándolo con la hora: en todo punto improcedente que continuara allí. Obedeció como un niño bueno. Peor se sintió al verse expulsado a la noche y paseó hasta su hotel, temeroso de conducir en su estado. Allí le aguardaba la noticia que lo despejaría por completo. Se la haría repetir dos veces para descartar que se tratara de una broma de mal gusto de un compañero enterado y zumbón.

Laura, libre de su inspector, agotó su lista de mandamientos, sin repasar su olvido. Colgó el teléfono y se sentó a esperar la llamada. Apenas transcurridos unos minutos restalló el timbre. Lo dejó sonar tres, cuatro, hasta diez veces antes de descolgar.

— Sí... dígame —aguardentosa.

— Laura Weyler, por favor —escuchó la voz impersonal y sorprendida, del policía, después de tantos intentos inútiles.

— Sí, yo misma. ¿Quién llama?

— Aquí la Policía. Lamento comunicarle que su padre ha sido asesinado.

— Ooooh... —ahogó un grito bastante satisfactorio y simuló reponerse—. ¿Cómo ha sido?

— Todavía no lo sabemos. Hay otro hombre muerto junto a él. Un tal Eulogio Acevedo. ¿Le conoce?

— Me lo presentaron recientemente.

— Bien. No se mueva de casa. Pasaremos a recogerla. Hasta ahora.

Colgó el teléfono y sonó de nuevo. Era Juan desde Barcelona.

— ¿Estás al tanto, cariño? —se anticipó Laura—. Es terrible. No, aún no saben nada. Sí, han muerto los dos. Estoy bien —fue contestando a sus preguntas a desgana. Cualquier cosa menos recibir el pésame afectado y contrito de Juan.

— Mañana estaremos juntos. Todo será distinto, te lo prometo.

Laura dejó caer el auricular. Sí, todo cambiaría o volvería a ser igual. Había sido diferente mientras duró la historia de Mercedes pero ya había terminado. A la entera satisfacción de Juan. ¿Cuánto tardaría en endiosarse otra vez y cuánto Laura en aburrirse?

(¿Diez minutos, my darling?)

Muchos interrogantes que la culminación de su plan no había resuelto, que tampoco solucionaría la vida. Estaba cansada y cerró los ojos adormilándose.

[50] Una hora más tarde, mucho antes de lo que imaginaba en sus planes más optimistas, Martín Ignaro llamaba a la puerta de Laura; sucesión del policía donde había estado el amante.

Laura se prometió cambiar el timbre por una campanilla. Sonaba a Adrián aunque fuera otra la mano encargada de pulsarlo. Acaso por delegación. De tal forma se sentía el inspector ungido por la divinidad para la venganza que clamaban los inocentes, las víctimas de los culpables; mundo maniqueo el suyo, tarde ya para cambiar.

A Laura le costó abandonarse en sus brazos. Agotado su cupo, no merecía la propina de un contacto fugaz, sucio cuando el Nuevo Mundo había llegado y todos los actos comenzaban a pesar en la cuenta en blanco de Laura Weyler.

— No sabes cuánto lo siento y más que haya sucedido esta noche —se encontraba fatal a causa de esa combinación de alcohol, drogas, amor y noticias.

— Te agradezco mucho que hayas venido. No tendría fuerzas para resistir a otro policía.

— No te preocupes. Nadie te molestará. Yo respondo de ti —a esa hora había tenido que confesar ya, a su superior, su ocupación nocturna, también él ilocalizable.

— Cuéntame cómo ha ocurrido... —a Laura su indiscreción le era indiferente y se preparó para escuchar sus necedades.

— Sólo quiero que me respondas a una pregunta. Sea cual sea tu contestación, no aparecerá en mi informe. ¿Fue Germán el hombre con el que te entrevistaste en el hotelito de Malasaña?

— ¿Germán? —se extrañó Laura de que su verdadero nombre fuera su mejor camuflaje.

— Sí, Germán Ibañeta, alias Eulogio Acevedo.

— Sí, fue él. Mi padre me pidió... —improvisó una historia que el inspector interrumpió con un beso en la mejilla.

— Gracias por tu sinceridad. Estaba al corriente de tu cita pero quería oírlo de tus labios. Déjame que te explique los hechos.

Asintió Laura y siguió su relato con recelo. ¿Creía lo que decía o le estaba ofreciendo una verdad cómoda?

— Tu padre te pidió que citaras a Germán esta noche en su casa.

— ¿Cómo lo has sabido?

— Muy sencillo —le explicó de corrido toda su teoría, la misma por la que sería ascendido y que constituiría a partir de entonces la versión oficial—. El tal Germán era un pájaro de cuenta, con turbios manejos comerciales y de otro tipo con países del Este. Un tema muy vidrioso, que no se podrá probar, en el que no pensamos meternos. ¡Allá ellos con sus líos de espías! No sé qué van a espiar aquí, por otra parte —hizo un inciso, fuera de lugar.

El semblante de Laura le indicó que no estaba para ironías. Acababa de perder a su padre y deseaba verlo cuanto antes.

— Perdona. Germán era una especie de protector de Mercedes y la utilizaba en sus negocios. Le ordenó que sedujera a tu marido

pero ella se enamoró de Juan y renunció a su encargo. Entonces Germán la mató. Pero llegó a manos de tu padre una carta de Mercedes que lo comprometía. Germán, para recuperarla, preparó algunas pruebas contra Juan. Tenía mano con las mujeres y se sirvió de alguna para montar la comedia de Barcelona. Nos quedaremos sin identificar a la misteriosa dama pero no tiene importancia. Debo disculparme, por un momento dudé de ti y nadie más fuera de sospechas...

— Pensar que estábamos haciendo el amor y papá...

— No te culpes de nada, ¡cómo podíamos saber...! —la consoló y continuó—: Germán desenterró el cadáver de Mercedes para forzar a tu padre a entregarle la carta. Y mató a Adrián porque le seguía los pasos. Tu padre no podía denunciarlo porque en el pasado había estado mezclado en algunos asuntos de espionaje en Latinoamérica. Ya sabes que la vida de un exiliado nunca es fácil y menos la de un vencido. No era nada delictivo pero hubiera sido un escándalo. Sus empresas se hubieran visto afectadas de muerte. No tenía más remedio que ceder a su chantaje. Desde luego fue pusilánime, pero no se pueden exigir heroicidades. Además está muerto y no seré yo quien manche su memoria. Entonces concertaron su entrevista a través tuyo. Tu padre lo esperaba pero él se coló por una ventana. Debieron discutir, él sacó la pistola, tu padre fue más rápido y lo mató de un disparo a quemarropa. Nos llamó por teléfono minutos antes de las once. Y, mientras lo hacía, un Germán moribundo se volvió hacia él y, también de certero disparo, lo asesinó cobardemente por la espalda.

Demasiado ruido por una simple carta, se dijo Laura. Su deducción era endeble. Tenía dos cadáveres con sus pistolas respectivas, dos asesinatos recíprocos o en legítima defensa, también el arma homicida de Adrián y la denuncia de Mercedes. Cuatro muertos y dos asesinos que nunca protestarían, caso archivado, pero el móvil era delirante. Bien lo sabía ella y le dirigió un reproche:

— Estarás contento. Ya tienes tu criminal, yo en cambio... —musitó Laura, los ojos enrojecidos de lágrimas sinceras o falsas, por su padre en todo caso.

— Lo comprendo pero míralo de otra forma. En un momento determinado, tú y sobre todo Juan lo tuvisteis realmente difícil. Tu padre no era ajeno al riesgo que corría y prefirió sacrificarse por voso-

tros. Y debo decirlo yo aunque me pese.

Laura podía leer en su mente: una pena que Juanma tuviera su coartada perfecta, en directo con varios millones de telespectadores por testigos. El era su asesino predestinado, a quien encarcelaría o a quien incitaría a huir, siempre en el trueque Laura, el resultado coincidente en todas sus hipótesis, el único que no se daría, que había cambiado por tan sólo una noche de amor. Pero ¡qué noche!

El inspector volvió a tratarla de usted y preguntó sin disimulo:

— ¿Sigue pensando en divorciarse?

Laura descendió de su nube. El policía le preguntaba algo muy lejano, el origen de todo, un simple divorcio. Parecía tan sencillo después de tantas complicaciones. No había sido causa sino excusa, el motivo real se había fraguado en esos mil ochocientos días de soledad, de aburrimiento. Por una vez había querido llevar las riendas de su destino y era el momento de soltarlas de nuevo o de agarrarlas con más fuerza para no renunciar jamás a ellas.

— No sé que haré, no puedo pensar en eso. Necesitaré a Juan a mi lado. Son muchos años juntos y en estas circunstancias será un consuelo. Tiempo al tiempo. Lléveme ahora con mi padre. Desearía decirle adiós.

[51] ¡Qué lejos quedaba su velada!, como una era geológica de otra o los glaciares del cuaternario; helada la memoria, congelados los instantes vividos para regurgitarlos rumiante; compendio esas horas de una vida, la pasada, y pecado original de la nueva Laura Weyler. El mismo coche de otras veces —prueba de la presencia del sabueso tras sus pasos, antes de aparearse con su presa—, los aguardaba en la acera.

Habían llegado a su final: hermoso si Martín Sabio se empeñaba en la mentira, estúpido si Laura no le reconocía la posesión de la verdad. Para él era un desenlace adecuado: todos los implicados habían pagado sus culpas, se había cumplido el mandato bíblico, el orden social, la ley natural y el había recibido su recompensa por adelantado. Tenía hechos, de nada le servían las sospechas.

Madrid estaba vacío, las calles desiertas. El mundo se había despoblado. Cuatro muertos eran muchos. Nunca seremos bastantes para que sea indiferente. Siempre contarán para alguien, al menos para su asesino. Aunque su corazón esté helado, añadirá una muesca a su revólver y el muerto hará número entre sus víctimas: uno más de los vengados, de la herencia siniestra que reciba quien acabe con el pistolero. A hierro morirá quien a hierro mate, escrito está.

Creía el sabio en la tortura infinita de la conciencia criminal. Pesaba en él su educación aunque la vida le hubiera dado lecciones para modificar sus criterios. No podía afirmarse que el asesino de Mercedes —Germán o Juan o el tal Canario— hubiera sufrido en igual medida que su víctima.

Llegaron al depósito y el inspector fue llave que abrió a su paso las puertas para Laura. Allí mejor que en ningún sitio para palpar la muerte. Desnudos nos iremos como vinimos, polvo y ceniza, también sangre derramada por mano homicida y amiga. Estrecho el parentesco del asesino con su víctima, de igual condición que la madre con su hijo. Pura naturaleza el tránsito de la nada a la vida, de la vida a la muerte, tal vez la nada. Ciclo absurdo y redondo: sólido-líquido-gaseoso, lluvia que cae para ser río que será mar y luego nube, carbono-nitrógeno que aspirará el ser vivo para devolverlo con su cadáver a la tierra. Insignificantes somos si la vida continúa.

Los dos cuerpos estaban tendidos en dos mesas paralelas. Compartirían la autopsia como la muerte. La sala era blanca. Su auténtico color, de hospitales, médicos y enfermeras, por más que se empeñe el mundo en vestirla de oscuro. ¿Por qué sombras si es la luz? Contradicción de los creyentes, amargo triunfo de los descreídos en el instante en que desearían estar equivocados.

Los dos cadáveres mostraban el orificio mortal, como una picadura. El informe no podría ser otro que envenenamiento por sustancia desconocida, de una nueva raza de coleópteros chupadores que secarían la sangre de la humanidad entera. Plaga que habría de ser ocultada a la opinión pública bajo un piadoso dictamen de muertes por herida de bala. Falacia que evitaría las turbamultas, la histeria colectiva, el pánico descontrolado; el único estado de ánimo lógicamente humano ante el misterio. Puro fingimiento la serenidad de los rostros

y la sorpresa por su venida, siempre a deshoras por más años que se conviva con la certeza de su próxima llegada.

El vértigo se apoderó de Laura, los pensamientos disparatados construían el delirio a su medida. Cayó desmayada —por el formol, se excusaría—, incapaz su cuerpo de responder por más tiempo a los requerimientos de su mente, demasiado racionalista.

Martín Sabio la retiró de la sala, sin que pudiera depositar en la frente lívida de su padre muerto, un beso de despedida. Decir de arrepentimiento, sería excesivo. Él era culpable desde el día en que la enseñó a manejar el escarabajo negro, pelotero, bolero, que dormitaba en la mesilla.

Tenía frío y Martín le acercó una manta y un café. Sus cuidados eran los mismos que ella, arteramente, le había prodigado antes de echarlo de su cama. También él tenía prisa por alejarla de ahí y llevarla al escenario de los crímenes.

Aún no había amanecido, varias horas después de su visita furtiva. La esperaba, a la entrada, doña Elvira. La habían sacado de su letargo en un hotel de tercera categoría. Para una vez que dejaba solo al señor... Nunca lo lamentaría bastante. Era incapaz de pensar que don José la hubiera apartado ex profeso o que la violencia soterrada no anidaba en el mundo sino que había crecido muy pegada a ellos, no digamos a doña Elvira.

El inspector no bajó del coche. Se limitó a presenciar cómo el ama acompañaba a Laura al interior de la casa. No hubo entre ellos una mirada ni un adiós. Dio media vuelta y enfiló hacia comisaría. Tenía unas horas por delante para dar verosimilitud a sus conclusiones. Era agradable tener respuestas y que nadie pudiera rebatirlas.

Doña Elvira le tenía preparada una infusión. Café no que desvela y su niña debía dormir, cuanto antes y cuanto más, mejor. No hizo ninguna referencia a los lamentables sucesos y la acostó con urgencia en su habitación de la niñez, donde en justicia volvía para su segunda infancia. Deprisa había de transcurrir el tiempo en su Nuevo Mundo si al despertar quería ser ya adulta. Entonces lo paralizaría y aplazaría la vejez por siglos.

No había pena que pesara en su ánimo, capaz de frenar su sueño. Disfrutó de la paz, como Juan tras la muerte de Mercedes, hasta

que el sol entró por su ventana y con él doña Elvira, anunciando el desayuno, en la cama como en los días de fiesta. Tal era el que se avecinaba, en que debería ejercer de dueña, recibir a los amigos y encabezar el duelo de su padre: el ilustre hombre emprendedor, hispanista de corazón que tanto laboró por la unión con los pueblos hermanos de allende el Atlántico.

Eran las doce del mediodía. Había dormido con avaricia, casi impúdicamente en una madrugada destinada al velatorio, al llanto. Pero no le convenía, a cada risa o a cada lágrima, andar indagando causas finales, razones ontológicas para la leticia o la mesticia. Bastaba abandonarse, llorar, sonreír a la vida y gustar la hiel y la ambrosía.

Llegó Juan, con una cara más austera que la de su mujer. El sí parecía de luto aun cuando tuviera motivos para la felicidad. Le dio un beso afectuoso pero ella no estaba dispuesta a consentirle frases laudatorias, alabanzas que no sentía.

— Mi padre ya estaba viejo y seguía defendiendo un mundo para los fuertes, en que el poderoso sobrevive y el débil queda en la cuneta.

— Sí. Debemos pensar en nosotros. Es lo que él hubiera querido.

— Recibiremos a la gente. Será un gran duelo, casi una fiesta.

— Eso será para nosotros. Muerto Germán... todo se esfumará como una pesadilla de la que ahora despertamos. También tenemos algo que celebrar. Antes de venir para aquí, he pasado por la oficina —mala señal, se alarmó Laura que no albergaba demasiadas dudas acerca de que el futuro se parecería lastimosamente al pasado—. Me han llamado algunos accionistas, representantes del capital americano. Quieren que ocupe la presidencia del Consejo de Administración, que me haga cargo de todo el grupo editorial. En honor de don José, dicen. Tú ¿qué crees?

— Que pasaremos unas vacaciones de Navidad maravillosas —le recordó su promesa del principio de la historia.

— Únicas y se las deberemos a nuestra misteriosa hada madrina, la buena amiga de Mercedes. De alguna forma, supo lo que iba a ocurrir. Me pregunto de quién se trataría.

— Me temo que nunca lo sabremos.

Avisó entonces doña Elvira a Laura de que la llamaban por teléfono: el primero de una lista interminable de pésames. Se puso al aparato y escuchó la voz de su conciencia:

— Buenos días señorita Weyler. Quiero testimoniarle mi condolencia y también mis felicitaciones. Sabemos reconocer el talento. Germán era un buen amigo nuestro y nos tenía informados de sus andanzas. Lástima que haya tenido un mal final. Nos era muy útil, algo burdo pero eficaz. Claro que corren tiempos más sofisticados y necesitamos gente con imaginación. Tal vez usted conozca a alguien con sed de aventuras excitantes y que ame el dinero. Diez millones de anticipo no estarían nada mal, ¿verdad?

Sólo entonces recordó la maldita basura que seguía durmiendo en el maletero de su coche, el mandamiento que ignoró en las tablas de su ley —el quinto y el séptimo unidos en la tipificación del robo con homicidio—, ese dinero que nada significaba para ella. Lo había cogido mecánicamente y había resultado a la postre la prueba delatora ante los amigos de Germán, sabedores de que la entrega iba a producirse y de que ella era la posible destinataria.

— Ya nos pondremos en contacto.

Laura colgó pensativa y permaneció con el teléfono entre las manos, balanceándolo del cable. Quedaban Juan y ella frente a frente. Habían usurpado los papeles de sus víctimas. Le ofrecían una excusa para espiar sin pudor a su marido. Comprendió entonces la fascinación de Adrián: examinar a otro ser al microscopio, una forma terrible de dominación. Le pertenecería por entero. ¿Sin entrometidos?, pensó en el padre de él, muerto el suyo. Para empezar restituiría con sus veinte millones los ahorros suizos que Juan se había gastado. Sería divertido mientras durase. Se sonrió, camino de su dormitorio a reunirse con Juan.

— ¿Quién era?

— Un antiguo amigo de papá. Quería darme el pésame — inauguró Laura por fin su Nuevo Mundo.

INTERMEDIO

[100/2]— *Vale ya, ¿no?, estoy cansada, ¿lo dejamos para mañana?*

— ¡Qué tontería!, si se leen del tirón.

— Me las sé de memoria.

— Venga, hazlo por mí.

— ¡Ay, Señor!, déjame que vaya al baño y que llame por teléfono.

— Date prisa, que ahora viene lo mejor. Voy leyendo en voz alta la segunda carta, así podrás oírla mientras tanto:

[98] "Logroño, 2-1-95

Su Señoría:

El comisario y ella eran viejos amigos. Amantes le hubiera gustado a él, pero ese puesto era mío. O consortes cuando abandonó su luto de años, primero por su padre y luego por su titular.

Su historia de amor se había desarrollado en los claroscuros de la caída de la Banca Wenzel, de la que lo supongo enterado o en condiciones de documentarse. El asesinato de su padre, el fraude a los acreedores y la implicación final de su marido, brutalmente sacada a la luz con su suicidio. Los vaivenes de la fortuna: presunto homicida Juanmi y millonario heredero de los Lequerica tras la muerte en la locura de su progenitor.

Y en los entresijos, la trayectoria de la niña rica, joven heredera arruinada, viuda codiciada, heredera por segunda vez de la fortuna, ahora del marido que disipó la que debía corresponderle a ella.

Breves momentos de felicidad del comisario. Con los dedos de una mano las ocasiones que rozó su cuerpo. Precipitado incluso al solicitar su traslado para propiciar encuentros

que no se llevarían a cabo, por no secundarlo en su intención por ella instigada.

Y la sangre tiñendo su relación también en su segundo paisaje. Justa contraprestación que si ella vivía en las páginas de sucesos, él aspirara a la gloria literaria. Y cuando hacía un lustro que Lorena había renunciado a sus novelas de espías, se presentó el comisario con la crónica novelada de "Los vientos"; la versión oficial como una bombonera con su papel brillante y su lazo de satén, todo un regalo de enamorado. "El corazón perdido" la llamó. De amor fou por sus huesos, ya lo sabía.

Ella la leyó con los nombres originales como él se la trajo y yo se la mando, y le obligó a cambiarlos si pretendía publicarla, prevención innecesaria. Por lo demás guardó sus reflexiones en cursiva y me las envió para alegrar mi soledad carcelaria. Tanta petulancia no aguantaba la crítica aunque su soberbia ya se había hecho acreedora a la verdad.

Feliz lectura, Su Señoría. Ya me contará la cara del petimetre, cuando ella se explique en su tribunal."

EL CORAZON PERDIDO

EUSEBIO MARTIN

1989

1ª cavidad: el invierno.
Enero 85

[53] Don Buenaventura Urraca le puso de nombre León a su primogénito, que a la postre resultaría hijo único por mor bien de la rebeldía de matriz de su santa esposa o bien por el espanto que presintió en el futuro del recién alumbrado.

Cuestión ésta no baladí, en la que don Buenaventura buscó más compensar tacañería con fiereza que lograr la armonía de las iniciales. Sí evitó repetir la osadía de bautizarlo con BU de burro —que de bueno no había de ser— y también soslayó un Manuel o Miguel que trajera el mugido de los toros a labios de chanceros y oportunistas. E igualmente el Adrián que como acepción del nido de la urraca venía como anillo al dedo, si no fuera temible el lúgubre aullido de las vocales AU en noches de luna llena.

(—Coincidencia o insinuación, ¿qué te parece LU?
— Que pretende descarado que su nenita LW le agradezca los favores).

Desechó por último a San Estanislao de Kostka, de quien tan devota era la santa, porque nada tenía don Buenaventura de imperialista yanqui, que lo suyo había sido siempre pasión germanófila. Y eligió León, ya por la sagrada unión, contraria a la zoología, de un rey con una urraca, ya porque tal acrónimo, LU, nada le decía aparte de la matrícula de Lugo, lo cual tampoco le pareció inquietante. Consiguió así, en su afán de hacer las cosas cabales, sumir a su hijo bajo el manto de la luna que acabaría con su libertad.

En cuanto al calvario anunciado en su primera aparición —del que su madre había de ser Dolorosa y su padre sayón o pájaro de mal agüero por mucho que proclamara la buenaventura— no había de empezar hasta muchos años después, si bien nacer y germinar, crecer y

fermentar es todo uno.

De niño mimado y de chico empollón, de adolescente retraído y de universitario brillante, supo esconder su desequilibrio. Breves notas bastarán entonces como preámbulo del hongo nuclear elevándose sobre Hiroshima.

De los tres a los diecisiete cruzó la calle para acudir al colegio de los Hermanos Maristas. Sólo buenos recuerdos cosechó allí, como las calificaciones quincenales: primero o segundo siempre, Cid Campeador en las batallas de émulos aunque antes que en la reina de Zamora pensaba en Urracá el jefe indio que en el siglo dieciséis derrotó a los conquistadores españoles sedientos de oro allá por la actual Costa Rica.

Historial académico que había de valerle —tras las matrículas de honor de cuantos cursos y reválidas los planes de educación le brindaron como oportunidades de su gloria— el "premio extraordinario de la asociación de ex-alumnos" que su madre enmarcó, el primero de un hermoso panel de vanaglorias; como los trofeos del cazador de safaris o el escudo de armas de un linaje noble.

Fue también número uno en la Universidad de Zaragoza, la cabecera de distrito de su ciudad, en la que por suerte no existía todavía la universidad local que cerraría a sucesivas generaciones el éxodo liberador hacia la independencia familiar. No fue, sin embargo, León amigo de borracheras sino esforzado estudiante de física y luego de física nuclear, becario en Madrid del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y asiduo de cursillos y seminarios, pues hasta su inutilidad para el servicio militar —las dioptrías justas para el insulto salvador— se confabuló contra él para enfrentarlo un año antes con la vida.

Así las cosas regresó a su ciudad a los veinticuatro años, desengañado de que la sociedad fuera a rendirse a su historial académico, harto de las escasas demandas de físicos —no ya nucleares—, desmoralizado de que sus conocimientos se trocaran lanzas en la tómbola de la oposición, en la rueda de la docencia: aprender para enseñar a otros que enseñarán. Tampoco su carácter —acostumbrado a que los demás alabaran por él sus cualidades— era el idóneo para ir como charlatán o mercachifle vendiéndose cual bálsamo de Fierabrás, y me-

nos su orgullo para rebajarse a ser profesor particular de repetidores y zoquetes.

El paro fue la salida final; desenlace inesperado para su madre y profetizado por don Buenaventura desde el mismo día en que fracasó en quitarle de la cabeza sus peregrinas ideas —buenas de haber nacido en la Alemania de sus amores— y encauzar su sapiencia hacia ramas más productivas: el Derecho donde todas sus horas de estudio hubieran hecho de él a esas alturas un notario o registrador de la propiedad, o la Empresa en que un master de una universidad americana daría brillo al dinero especulativo que ganara, como había hecho él sin títulos ni laureadas, al socaire de la reconstrucción de una nación en ruinas, buena como ninguna para un empresario de excavaciones.

Fue la cloaca del paro el auténtico agujero negro donde acabaron todas las matrículas y diplomas de uno de los alumnos más ensalzados por cuantas instituciones pasó.

Si bien la línea del horizonte tenía para él una explicación física y no poética, pronto excluyó que ambas palabras —física y horizonte— marcharan juntas en relación a su destino. También lo comprendió don Buenaventura, clarividente negociante en aguas revueltas —en tierras desde luego— que procuró orientar a su vástago hacia el negocio familiar, próspero aunque menos en los últimos años porque la democracia era más dada a tapar que a excavar el pasado. Pero León se mostró poco proclive a dedicar su esfuerzo a lo que de todas formas sería suyo, aunque fuera para malvenderlo, y a duplicar sudores por los mismos ingresos que ya entraban en casa.

Cada día le era más frecuente tropezarse con antiguos compañeros que tras varios años de trabajos modestos —los que él había empleado en las ramas del saber— alcanzaban cotas aceptables de bienestar burgués: coche-boda-piso-viajes. La formación universitaria le había resultado en cuanto a rentabilidad una inversión nefasta. Coincidía así con su padre quien, donde León veía cultura como valor abstracto, sólo había buscado respaldo social para su fortuna. Aun en el supuesto de que en los próximos años ganara el doble que un fontanero o electricista, sólo al cabo de una década —que en verdad habría de ser prodigiosa— igualaría los rendimientos brutos de aquél cuyo padre no tuvo ínfulas para darle estudios y lo destinó al aprendizaje de

un oficio.

León echaba en falta esa disponibilidad de dinero propio que en otros menos dotados parecía superada. Aborrecía la munificencia de su madre, que la fuente paterna ya se había secado con sus negativas; particularmente hirientes para don Buenaventura en cuanto que descalificaban el negocio que —como tantas veces le recordaba— había pagado sus caprichos, pues a tales se habían visto reconducidos sus estudios, una vez comprobado que ningún fruto iba a obtener de ellos.

Por otra parte, siendo León escueto de palabra, para hacer honor a su apellido de pájaro parlanchín, remedador de vocablos, había tenido por novia desde el bachillerato a Teresa —Tesa o Tesé según con quién y cuándo— Zaldívar que había de hacerse periodista, digna esposa por tanto de un señor Urraca. Para agravar más las odiosas comparaciones, Teresa trabajaba con cierto renombre provinciano como redactora del periódico local, fama que con ocasión de un libro biográfico sobre el escritor Bernabé Solano gozó unos días de repercusión nacional.

Fue así —huyendo del ambiente opresivo y de los mezquinos éxitos ajenos— que, con gran escándalo doméstico, se buscó a traición un trabajo eventual en Talleres Retolaza. La mecánica resultó el campo de experimentación de sus fantasías físico-nucleares y más por sus tempranos hábitos de niño de papá motorizado que por todos sus estudios. También hubo algunas lágrimas en su madre cuando supo que empleaba su primer sueldo en instalarse en una buhardilla mal ventilada de la calle Herrerías, junto a la plaza del Mercado. Su llanto se ciñó al abandono del hogar pues la buena mujer, desde el asesinato del ingeniero de Lemóniz, había renunciado también y por razones distintas a las de su marido e hijo a la física nuclear, hasta tal punto coincidentes en su abjuración que pocas familias podían llevar con mayor legitimidad la chapa ecologista de "nucleares no, gracias".

En Talleres Retolaza entró amparado en la mentira pues a todos les ocultó su titulación, si bien por escasos días tanto porque sus maneras le delataron al abstenerse de confraternizar groseramente sobre experiencias sexuales a la hora del bocadillo, como por la intervención de don Buenaventura que en cuanto llegó la noticia a su co-

nocimiento —no más de una semana, tiempo exageradamente largo para toda ciudad de provincias con más correveidiles que habitantes, y por estar los seis primeros días en el extranjero en una feria de maquinaria— se personó para deshacer el entuerto, dispuesto antes a mantener a un parado preclaro que a devenir en progenitor de proletario.

Pero el contrato semestral estaba firmado y León pasó la época más gratificante de su vida. Se hizo respetar enseguida, tanto por ser el mejor mecánico como por su sabiduría, universal al creer de sus compañeros, fuente de consulta obligada para cuantos problemas de ilustración necesitaban solventar.

Sin embargo, sus cualidades no habían de ser bastantes para que don Salustiano, el jefe del taller, borrara de su mente el engaño que precedió a su contratación. De esta forma, sin que León lo supiera, estaba dictada ya la rescisión de su contrato y en nada cambiaría su suerte que fuera capaz de hacer un cohete espacial con desperdicios y chatarras. Y Salustiano —de quien nadie se reía, ¡bueno era él!— disfrutaba con la fecha del cinco de enero que el azar le había deparado. ¡Menudo regalo de Reyes le iba a dar a ese suficiente!

[54] Esa víspera de epifanía, Bernabé Solano y su mujer Asunción iban a acompañar a la estación de Miranda de Ebro a su nuera Lorena, que vivía en Madrid y que según su costumbre había visitado a sus suegros por Año Nuevo. Temeroso de la carretera, de los hielos y de los conductores inexpertos como él que raramente conducía, Bernabé había llevado a revisar su coche a Talleres Retolaza; la segunda vez desde que León trabajaba allí. En ocasiones se habían saludado por intermediación de quien era novia de uno y biógrafa del otro, pero León que solía pasar inadvertido no se había identificado ante Bernabé en su primera visita aunque eso sí lo trató con esmero. Ese cinco de enero descubrió el coche cuando ya Bernabé se había ausentado y pidió al mecánico correspondiente que le permutara su trabajo, a lo cual accedió sin pena pues eran pocas las oportunidades de devolverle favores. León Urraca le cambió el aceite, las bujías y los filtros y observó humildemente desde un rincón cómo Bernabé recogía su coche,

indiferente a quien había bruñido la chapa hasta sacarle destellos.

No supo más de Bernabé Solano hasta minutos antes de cerrar. Entró con el rostro enrojecido —no por el frío sino por la ira— unos pasos detrás de doña Asunción que, enjoyada y con pieles como para una mascarada, llevaba la voz cantante sin despegar los labios.

La historia clínica de la avería era sencilla: una piedra había agujereado el cárter, derramándose el aceite y dejando tirados a los viajeros a escasos kilómetros de la estación, los suficientes para que Lorena perdiera el tren y tuviera que partir a Madrid en taxi. Sin embargo para doña Asunción, siempre había oscuras conjuras y era el carácter apacible de su marido —dispuesto a tragar con carros y carretas antes que a reclamar— el causante de cuantos pequeños contratiempos les acaecían. Doña Asunción culpó al taller: les habrían dejado flojo el tapón del aceite. De nada sirvió que su marido y el gruista pretendieran hacerla entrar en razón. Estaba abochornada por viajar remolcada por el arcén y comenzó a calentar la cabeza a Bernabé que, con el pretexto de facilitar el arrastre, se instaló en la cabina con el conductor; lo cual acrecentó —esta vez con justicia— la indignación de su mujer y trajo en consecuencia que Bernabé no pudiera sustraerse a montar una bronca en el taller.

De este modo entró en Talleres Retolaza, abrumado por tener que representar una comedia en la que saldría trasquilado pues no ignoraba la total inocencia de los operarios. El resto vino rodado sin que ninguno acertara a pararlo. Don Salustiano varió su primera actitud retadora al enterarse de que era León el artífice —en seis meses no había podido pillarle en un error y mira por dónde iba a adornar su despido—, le dio la razón al irascible cliente y llamó al genio a quien vituperó y humilló en público.

León quedó hundido por ser objeto de tal injusticia a causa de Bernabé Solano, un hombre al que admiraba y con quien siempre había cumplido más allá de su obligación. Y Bernabé, sorprendido por el giro inesperado de su reclamación, creció en su furia y lo llenó de denuestos con su vocabulario más florido.

Cuando cesó la representación, todos desfilaron en silencio. Primero los clientes, luego cabizbajos y con palmadas de ánimo los compañeros de León. No así éste, llamado por don Salustiano a la

oficina. Para continuar con el rapapolvo, pensó él. La verdad fue más dolorosa: le entregó la carta de finalización de su contrato temporal y, al ver su rostro verdaderamente trágico, guardó la artillería y cargó las tintas sobre el episodio que acababan de vivir:

— Injusto, lo sé. Pero en los negocios de cara al público, el cliente siempre lleva razón y tratándose de un hombre influyente, aun a mi pesar, sabes cuánto te estimo, tengo que llegar a esta dolorosa decisión.

A partir de ahí nada tuvo demasiado sentido. Su novia pasó por la buhardilla y lo encontró empaquetando.

— Me he quedado sin trabajo y pronto sin dinero —justificó su mudanza. La hora del retorno del hijo pródigo, con las orejas gachas, estaba cercana.

— Mejor así, no era trabajo para ti —le quiso levantar la moral y lo hizo polvo—. Tal vez ahora te surja algo.

León renunció a explicarle el incidente y tampoco ella pareció muy interesada. De esta forma no salió entre ellos el nombre de Bernabé Solano, lo cual hubiera facilitado la solución de los hechos que ensombrecieron la ciudad unos meses más tarde. Y el error de Tesa fue parejo al de Buenaventura cuando con tan poco tino formó sus iniciales: LU de luna.

[55] Las semanas siguientes las pasó León en casa de sus padres. Su vuelta se produjo con certeza matemática: una fiesta para su madre, una vergüenza para su padre, tan ofendido por contratarse León como por ser incapaz de conservar su empleo. Cuando no se hallaba el jefe, gulusmeaba por la cocina donde su insatisfacción vital trocada en apetito había encontrado su Walhalla, patrocinado por la aquiescencia de su madre, tendente a ver en las manifestaciones existencialistas una alimentación insuficiente. En cambio las pocas horas en que don Buenaventura campaba por sus dominios, León se encerraba en su cuarto.

Fueron ésos, días de ejercicios espirituales para su alma confusa, con un director —los libros— a no dudar poco aconsejable. Su primera decisión se plasmó en una llamada —unos segundos para

terminar una relación de años— a Teresa Zaldívar. Prefería suspender sus relaciones mientras no se aclarara su vida. Y para su desencanto, Teresa se mostró razonablemente de acuerdo.

Intentó repasar los libros sobados de tantas horas de ilusiones e intemperancias, pero pronto comprendió cuán difícil es reabrir los capítulos cerrados. Y fue entonces cuando admitió que Teresa era ya el pasado. O cuando advirtió que sólo lo atraían los libros de Bernabé Solano. Los tenía todos y Teresa le había conseguido una cariñosa dedicatoria: "a un lector enamorado de que la verdad no sea una e indivisible, con afecto de Bernabé Solano".

El escritor se convirtió en el eje de su universo. No sólo había sido causa de su despido, del fin de su felicidad aparente, de la ruptura con su novia y de la humillación paterna, sino que se empeñaba en ser también en sus horas de desolación su guía y consejero. Pero el paisaje ético de sus novelas no era más venturoso que la carcoma de venganza que lo corroía.

León tenía en alta estima su inteligencia, y la cadena de fracasos laborales no lo habían apeado de su convicción. Achacaba sus decepciones a causas incontrolables que habían desmoronado sus bien calculados edificios. Era una labor de zapa que encarnaban en sus sueños las excavadoras de su padre. Siempre había sido autosuficiente. Desde niño una contestación soplada en un examen por algún bienintencionado, creyéndolo en un apuro, sólo había merecido una mirada de desprecio. Tampoco en esa ocasión precisaba de nadie para llenar su tiempo. Había resuelto que no buscaría trabajo.

No recordaba el origen de su afición a las novelas policiacas. En ella había influido su amistad con Teresa Zaldívar y que Barnaby Wind fuera Bernabé Solano. La evolución de su gusto literario había pasado, como en tantos otros de su generación, de las historietas de Tintín a las aventuras de Enyd Blyton y de ésta a Agatha Christie. Pero mientras los más dejaban la lectura y unos pocos desembocaban en la novela realista española y en el boom sudamericano, él prefirió quedarse con Hércules Poirot y Jane Marple hasta que descubrió a Patricia Highsmith, Ruth Rendell y Barnaby Wind.

El novelista tomaba partido por el criminal desde un punto de vista psicológico, a fin de seguir su proceso mental hasta el desenlace

del crimen. Quería que el lector pensara como el personaje, que participara en sus decisiones de muerte. No le importaba que se ejercitara en resolver jeroglíficos o en acertar asesinos. Pretendía incomodarlo con una premisa fundamental: en todo ser humano existe un potencial asesino que se activa en las circunstancias precisas; coordenadas diferentes para cada individuo como distintas son las mentes, razones para uno lo que para otro son insignificancias.

Y si del novelista tenía un gran concepto, Bernabé Solano se le antojaba ridículo por haber transmutado su nombre de forma tan burda. Cierto que reconocía en su descargo la inconveniencia de llamarse como el patrón, antepuesto al nombre de las pastillas de café con leche, otro motivo tradicional de que Logroño fuera conocido amén de su rima fácil; un nombre y apellido tópicos para un ente de ficción natural de Logroño, pero desaconsejable para un escritor que ambientaba sus novelas en pequeñas comunidades rurales anglosajonas con estafeta de correos y vicario protestante, y con personajes de nombre inglés; inconcebible una trama policiaca entre Juan García, María Pérez y José Martínez paseando del Espolón a la Glorieta. Si bien el seudónimo era inevitable para hacerse respetar en los círculos literarios, la traducción era tan pedestre, que más bien debiera ser Barnaby East Wind de ser preciso, o Bernabé Rabiazorras si atendía a otra acepción del diccionario para el viento solano.

Hacía años que, por encima de quisquillosas puntualizaciones localistas, se había impuesto la calidad contrastada de Bernabé Solano, reconocida con varios premios nacionales e internacionales y con unas ventas en aumento constante. Y sin discusión, León Urraca era uno de sus más fervientes lectores y de los mejores conocedores de su obra.

Con estos antecedentes, sin dinero ni ganas de enfrentarse a la calle, resulta comprensible que se encerrara en su cuarto con las obras de su rival. Tal comenzaba a ser ese personajillo híbrido entre el Barnaby Wind sibilino y socarrón de sus páginas criminales y el Bernabé Solano tímido y cariñoso de su noviazgo con Teresa, que se presentó calumniador en el taller —como Dios con su ángel flamígero para que expulsara al pecador del paraíso—, y que se permitió dudar de sus capacidades de mecánico.

Bernabé Solano había escrito docena y media de novelas de similar factura, pero León tenía sus favoritas. En "El amigo rencoroso", Richard Souness y Francis Jones habían sido socios de una empresa de placas solares, en los primeros tiempos en que dicha fuente parecía la panacea de la crisis energética. La empresa, de tecnología primitiva, había fracasado —no le extrañaba a León que así hubiera sucedido en el neblinoso Londres, mera excusa para el juego de dos personalidades en pugna— y los dos amigos se habían separado. Richard había ido de mal en peor y Francis había triunfado como ingeniero asociado de un consulting internacional contribuyendo poderosamente al desarrollo de la energía solar. Richard decidió asesinar a su compañero a quien consideraba ladrón de sus ideas científicas, meras lucubraciones que Francis había hecho viables. Y en todo caso lo culpaba de que sus creaciones geniales hubieran sido posteriores a su separación. A Richard le parecían motivos suficientes para matar a Francis y León permanecía en el fiel de la balanza —variaba en sucesivas lecturas— acerca de la justificación lógica del crimen o no.

Richard se presentaba de madrugada en una noche gótica de cellisca y aparato eléctrico en casa de Francis, en las afueras de Birmingham, con el pretexto de una avería e invocando su antigua amistad. Francis lo recogía hospitalario y, cuando dormían, Richard se deslizaba hasta su habitación y lo mataba en la cama. Dejaba todo en orden y salía por la puerta del garaje que se accionaba desde dentro. A la mañana siguiente estaba ya en Londres y la policía encontraba unos hechos inexplicables, los de su venganza.

"Odio más fuerte que el amor" era una triste historia de rivalidades, como todas las que pueden darse entre los seres humanos tomados dos a dos. Trevor Brown y Jim Hartfield habían sido compañeros de escuela. Jim era el listo y Trevor el tonto en la pareja de payasos, para el primero las lentejuelas, los polvos blancos y el capirote, para el segundo el hongo, los zapatones y las bofetadas. Trevor quería, envidiaba y odiaba a Jim. Trevor conoció a Amy, se enamoró de ella y para su sorpresa aceptó ser su novia. También Jim se interesaba por Amy pero... Misterios insondables de la naturaleza femenina: ella prefería a Trevor. Y entonces comenzó su agonía. Temía que Jim se la arrebatara: era más listo, más guapo, más rico. Para acabar con su ob-

sesión, obligó a Amy a citarse con Jim. Cuando Jim se despidió de Amy, Trevor la siguió, la violó y la mató para que todas las evidencias acusaran a Jim. Sacrificó su amor para ver saciado su odio. No le servía asesinar a Jim, lo quería vivo, siempre había sido su contrapunto y lo necesitaba infeliz para realzar sus propias miserias. Trevor no superó sus temores y desde la despedida de Amy en el cementerio comenzó a ver en sus sueños los ataúdes volantes de Jim y Amy que se apareaban en el espacio para escarnio suyo.

León extraía la enseñanza de los límites imprecisos del amor y el odio —le bastaba con acudir al refranero para ello— y del amor y la muerte, una misma cosa a la hora de reducir las palabras a su esencia.

En "La conjura de los personajes", un lector maniaco y escritor frustrado quería hacerse un lugar en la literatura de misterio y encontraba escaso el sitio de la gloria y siempre ocupado por otros obstinadamente vivos hasta la vejez mientras sus héroes caían abatidos una vez y otra en sus ficciones. Ellos eran los inmortales tanto por su calidad como por su terquedad ante la muerte de la que debían ser amigos y aliados. Tomada la decisión de eliminarlos, eligió para cada uno el lugar y su asesino. Para Agatha Christie un tren —el azul, el Orient Express o el de las 4'50— y el hombrecillo de la cabeza de huevo y el mostacho rígido. Para Patricia Highsmith, por no abusar de los trenes que también le eran propicios, Tom Ripley en una motora, góndola o vaporetto. Para Simenon, Maigret en el Quai des Orfèvres. Y así sucesivamente.

Cada capítulo estaba escrito con el estilo característico de la víctima predestinada, que siempre empero resultaba incólume, demostrando así la superioridad del autor y la inocuidad de la literatura. ¿Sería también inmune Bernabé Solano? Ya le demostraría él hasta qué punto León Urraca era competente.

[56] Con el cambio de mes comprendió que no le bastaban sus novelas. Se las sabía casi de memoria y había hecho de ellas su credo, la profesión de fe de su religión y seguía pensando en el escritor.

La primavera quedaba aún lejana pero al mediodía brillaba un sol tímido y León encontró en ello un aliciente para salir cuando llegaba su padre y encaminarse a salvo de la indiscreción —por una ciudad vacía de cadáveres preguntones, a buen recaudo en sus fosas, listos para el alpiste— hacia el chalet de Bernabé Solano. Comenzó a espiarlo. No sabía por qué, era una forma de contacto, un eslabón más en ese vínculo que los iba a unir por siempre.

La finca de los Solano, o de los Lequerica —su familia política—, se hallaba dentro del término municipal de Logroño en la carretera de Soria. Desde años atrás había aceras que llevaban al peatón hasta su puerta y más recientemente el acceso de la autopista, paralelo a la citada carretera, dejaba también a escasos metros de sus traseras, campo a través. León recordaba los setos que enmarcaban la cinta de asfalto y la memoria de sus mayores era anterior al traslado de la vía férrea y a su pasarela de hierro. Pero León había sustituido su experiencia por las ficciones de Bernabé Solano y caminaba al futuro. Estaban por llegar el día y la hora.

Pocas peregrinaciones necesitó León para que su regreso a las cuatro de la tarde coincidiera en paralelo con la salida de una chica pálida, la tez pecosa, el cuerpo escurrido, con los hombros desequilibrados que se bamboleaba con su pierna coja, la izquierda. Primero fue apenas su visión al deslizarse por la verja de "Los vientos" y la dejaba atrás, pero enseguida emparejó su paso al de ella y, firmes los ojos cada uno en su horizonte, desgranaban el rosario de chalets hasta la ciudad. Candela del Val —la muchacha de los Solano— gozaba por las tardes de la liberalidad de sus patrones. Y terminaba en un cine, su única afición —de tal modo diario su esparcimiento que daba abasto

con la cartelera semanal—, después de su ejercicio: un par de kilómetros muy convenientes para su pierna herida de poliomielitis y para su espíritu alcanzado de melancolía.

Muy pronto la siguió León a la primera sesión en un día de labor; o de paro, según el correr de los tiempos y a la espera de la corrección académica de su terminología. No se sentó a su lado aunque ya se cruzaban miradas en el paseo y ella esperaba que le dirigiera la palabra. Película a película fue ganando filas y asientos —primero detrás, luego con dos butacas en medio, después una— y llegaron a ser vecinos cinematográficos, un vínculo de lo más tradicional. Para estas fechas León ya le había preguntado su nombre y ella se lo había dado sin descubrirse ninguno pero sabiéndolo ambos. Le bastó una llamada con un familiar "¿quién eres?" y el pretexto de una equivocación tras su contestación "Candela", no tan ingenua como él pensaba pues ella había intuido a su admirador.

Marzo 85

[57] Un día recién iniciado marzo, al abrigo del terror en la pantalla, él —que todavía no se había dirigido a su compañera— posó su mano en el lugar correcto. Y ella la dejó hacer, agradecida de que la encontrara deseable. Pocos hubieran elegido la que más sedienta de cariño estaba.

— ¿Cómo te llamas? —le preguntó León.

— Pierna —su voz era más débil que por teléfono.

— Es un nombre luminoso, debiera haberlo adivinado porque brilla en las tinieblas —colocó su frase preparada León, que no la había oído.

Ella se rió por haber pillado en falta a su enamorado; ya empezaba a serlo en su corazón. León quedó desconcertado. Esperaba que ella le preguntara su nombre y él le diría el que se había inventado. Y sin embargo nada sucedía.

— Mi mano se ha hecho amiga de tu pierna —probó a decir e intentó avanzar hacia las profundidades.

— Sólo de ella —la retuvo Candela—, el resto de mi cuerpo no la conoce —más parecía una invitación.

— En cambio a mí me ha contado todos tus secretos. Es como una bola de cristal. Te veo en una casa rodeada de césped y en un sendero de sol y pronto de flores. Y distingo a tu alrededor a un hombre de barba blanca... —ya entonces sentó el tema de su interés.

— Y tú, mano, ¿cómo te llamas?

— Luis Uribe —mintió León pero conservó el estigma de sus iniciales, y puso el tercer eslabón en la cadena de errores.

El cuarto se lo apuntaría Candela que le dijo:

— Curioso nombre para una mano. La llamaré LU y así habitará en mi reino.

En los días siguientes conservaron su estilo de amantes clandestinos: paseaban distanciados y sólo en la oscuridad de la sala se

asaltaban con pasión. La garra se hizo amiga del cuerpo de Candela pero sus palabras no hablaban de amor sino de las manías de Bernabé Solano: tapones de cera para dormir, ventanas abiertas al despertarse, películas bajo el influjo del Arte, telescopios hacia las estrellas, etcétera, etcétera. Y tampoco Candela parecía a disgusto, feliz más bien del telón de fondo elegido para sus caricias.

Rara vez, por contra, hablaba de su señora doña Asunción. Máximo, que dormían en camas separadas, muy discreta en lo referente a su locura. No le interesaba a León aunque había sido la causante de su despido. Mas su rival era Bernabé, no una mujer histérica. Tampoco Juanmi y Lorena, su primogénito y nuera capitalinos, ni el benjamín que aún vivía con ellos, de nombre bíblico Josafat aunque ella lo llamaba Jose sin acento. Su único tema era Bernabé, en curiosa afinidad con las respuestas. No fue ajeno León a esta predisposición de Candela y se preguntó si era condescendencia o misterios de la soledad.

Una de esas tardes supo por Candela que los señores estaban de viaje. Sus palabras eran una clara insinuación pero León se disculpó —ya era mala suerte pero ese día tenía una entrevista— y aprovechó un descuido para abrirle el bolso y birlarle las llaves. La acompañó al cine y le prometió que pasaría a recogerla.

Desde una cabina se cercioró de la ausencia de Jose —como los planes de Candela hacían presumir— e inició su carrera hacia la finca. Sólo se detuvo en una carnicería para hacerse con un buen filete de ternera —desdeñó el hueso— pues sabía de Baxter, un pacífico San Bernardo del que no parecía pudiera temerse nada, si acaso del licor de su barril de llevarlo.

Abrió la verja y Baxter acudió meneando el rabo, atraído por el ruido familiar. Su desconcierto por el extraño se vio paliado por el aroma de la carne y entre uno y otra su elección no tuvo color pero sí sabor.

El chalet era un edificio rectangular de unos trescientos metros cuadrados en planta, de dos alturas, sótano y torreón en uno de sus lados, donde se juntaba con un pabellón accesorio también rectangular —sala de juegos y merendero— que trazaba con el cuerpo principal una "L" en cuyo interior estaba la piscina. El resto de la finca, donde

hoy se levantan una docena de adosados, era un manto verde, desnudo de flores, arbustos o árboles: una alfombra trapezoidal, circundada por una tapia de piedra blanca, a juego con las paredes revocadas de la casa y en contraste con los porticones verdes y las tejas rojas. Una casa vasca en La Rioja.

León abrió la puerta, desconectó la alarma con la llave y se encontró en un vestíbulo que se extendía en salones a ambos lados, con el horizonte de la piscina. Deambuló por ellos: uno de verano con balconeras hacia la terraza, otro de invierno en torno al hogar de la chimenea, la biblioteca, el comedor, la sala de la televisión y la que llamó cámara de los horrores o sala de armas, con pocas piezas de cuidadosa selección, que no debía faltar en la casa de un escritor de misterio.

Era un pequeño homenaje a la crueldad organizada, razón de la credibilidad última de sus criaturas torturadas. Parecía decir "si existió esto tolerado por la sociedad ¿cómo no hallar seres desviados que cometen actos insólitos, cuánto más admisibles que las atrocidades que presento?". Los artefactos más voluminosos eran un ecúleo o potro de tormento, una Doncella de hierro, una catasta para descoyuntar miembros y una canga china o yugo con tres agujeros para cabeza y manos. Otros instrumentos eran menos aparatosos pero igualmente temibles para cuantos herejes y relapsos se habían visto envueltos en juicios de Dios y otras ordalías: una empulguera para reventar lo que indicaba, un peine de puntas de acero, un garrote y una mancuerda para retorcer ligaduras, y un escorpión o azote de cadenas rematadas en garfios. En la hoploteca había tres panoplias: la primera con mazas, hachas y plomadas; la segunda contenía espadas, alfanjes, sables y dagas; y la tercera, de armas de fuego, mosquetes, arcabuces, trabucos y espingardas.

Por último y en el centro, un candado guardaba en una vitrina una colección de pistolas y revólveres desde el lejano oeste hasta las automáticas modernas con sus cargadores correspondientes.

Continuó por la planta baja y llegó a la cocina y al santuario que Candela tenía preparado para su entrega. Lo dejó atrás, no fuera a quedar en el aire constancia de su paso. Se encontró en el lavadero, una estancia de tres puertas: la que le había traído del office y a través

de éste del cuarto de la criada, otra que daba al pabellón y una tercera, con un cerrojo echado, que al escuchar los arañazos de Baxter, supo salía al jardín, probablemente al tendedero.

En el vestíbulo se abría un hueco de escaleras que bajaban al inframundo —garaje, despensa, bodega, caldera y trastero— y subían al primer piso. No buscaba los dominios de Candela sino los vestigios de Bernabé Solano. Contó seis dormitorios. Los de ambos cónyuges, el de ella con un vestidor, miraban a la piscina, en esquinas opuestas, con un tercero deshabitado y varios baños en medio. En la otra fachada estaba el de Jose y otros dos vacíos. Pero tampoco habitaba en esa planta el alma de Bernabé que ansiaba encontrar.

Subió al torreón, una sala limpia de unos cuarenta metros cuadrados. Ése era su tabernáculo. Allí estaba su equipo de astronomía apuntando al infinito. También su mesa y su máquina de escribir. Y los equipos de vídeo y sonido, pero lo más inesperado fueron varios caballetes con lienzos abocetados y otros cuadros arrinconados por el suelo. Ignoraba que Bernabé pintara y más lo extrañó ver en ellos a doña Asunción y a sus hijos, copiados de viejas fotografías. ¿Quería Bernabé Solano a su familia, eran ésos sus seres queridos?, se preguntó León y no dejó de darle vueltas.

Revisó sus papeles y tropezó con un manojo de llaves, cada una con su etiqueta correspondiente. Bernabé era tan ordenado en su vida como en sus novelas. La más pequeña llevaba un rótulo inofensivo: vitrina de armas cortas. Miró el reloj, debía apresurarse. Se echó despistado la llavecita al bolsillo, pasó por la cocina pensando en Baxter, cerró la puerta, conectó la alarma, salió de la finca y corrió hasta la puerta del cine.

Llegó con el tiempo justo, fingió curiosidad por alguna foto de su cartera y, al devolverle las llaves, se percató de su olvido y una cosa trajo otra y recordó su pregunta y entonces, mientras abandonaba a la decepcionada Candela con cualquier argucia, vio con claridad su plan y supo lo que irremediablemente iba a suceder.

[58] Ese sábado era su cumpleaños —veinticinco años desperdicia-

dos, algo que celebrar— y Candela quería ofrecerle su mejor regalo: una puerta abierta, una cita nocturna y secreta al amparo de una casa demasiado grande para detectar los ruidos del amor.

La cita era a las dos de la madrugada y se habían sincronizado con la minuciosidad de una operación militar o de un asalto renombrado. A menos cuarto dejaba atrás las luces aisladas de la carretera de circunvalación y las veloces de los vehículos en tránsito. Siguió el acceso a la autopista sin que lo alcanzaran los faros de ningún coche, con la referencia del peaje a lo lejos. Dobló a la izquierda, dejó atrás varias urbanizaciones de nueva factura y en punto se encontró encaramado en la tapia de "Los vientos" que, con los últimos aleteos del invierno fugitivo, hacía honor a su nombre, en el momento en que una débil linterna se iluminaba en la puerta del lavadero y un susurro retenía a Baxter.

Aguantó la respiración y cruzó el trecho que los separaba bajo el guiño de una luna cómplice, oscurecida tras las nubes. No hubo palabras ni besos entre ellos, sólo discreción y silencio. Primero eran conspiradores, luego serían amantes, más tarde... Candela se movía con rapidez, como un soplo, era la llama que el vendaval podía apagar. Tranquilizó a Baxter, cerró las puertas y se deslizó en la casa llevando de la mano a León a la penumbra incitadora de su cuarto. Una tela roja cubría la lamparita encendida y creaba un ambiente que Candela quería seductor y resultaba de burdel de lujo: Nueva Orleans con amantes francesas tras el mercado de esclavos. A León le intimidó por asociación con una poesía que había leído acerca del asesinato de Sharon Tate:

"Sólo habrá un color:
rojo de sangre.
En las paredes en rojo de sangre:
cerdo.
Muerte sañuda y caníbal".

Entre las llamas había un pozo blanco: la desnudez emergente de Candela a la que se ciñó avariento. Cayeron en la cama pero al levantarse él de ella, también había entre sus piernas un reguero de la

sangre que rezumaba la casa entera.

Candela se sentía invadida de lasitud, de abandono a su dueño, a la mano que bautizó LU y aprendió a conocer en infinitas sesiones, todas desde el comienzo cierto de su vida: el día que acarició su pierna castigada, prehistoria lo demás.

León estaba recostado al lado de Candela, sumida en el dulce cansancio de la consumación, paréntesis para repetir el asalto. Se incorporó, pasó el brazo sobre ella, que se retorció mimosa a su roce, y llegó con la mano hasta la lamparita para borrar de sus pupilas el color de la sangre que sólo reaparecería al apretar los párpados. Con los ojos bien abiertos, llenos de un negro neutro, se levantó con la excusa del preservativo, provocando apenas un suspiro de Candela.

A los pies de la cama yacía su chaquetón arrugado. Tanteó en el bolsillo unos guantes de lana y se los calzó. A oscuras no se veía su desmañada figura: un sátiro desnudo con manos de oveja y ojos de sapo. Cogió la linterna, pasó el baño de largo y arribó a la sala de armas. Un rayito se filtraba por la rendija de una persiana mal encajada y hacía brillar la llavecita en su mano y luego en la vitrina mientras sus guantes se ocupaban en una pistola automática con silenciador y munición. Tampoco necesitaba ser físico nuclear para manejarla. Un ruido de acoplamiento acompañó la acción del peine acomodándose en su receptáculo. Era una noche propicia para la copulación. Y la llave se quedó amando a la cerradura y los pasos regresaron por donde habían venido y a falta de reverberos, la mano LU contrastaba con el negro del arma homicida.

Candela se había dormido. Se acercó a ella y la destapó con cuidado mientras acariciaba su nombre. La iluminó y la luz recorrió su cuerpo en un acto de posesión mayor que los dos que iban a enmarcarlo: amor y muerte, y la linterna como nexo de unión, la conjunción copulativa. Candela soñaba con su enamorado, echada sobre su lado derecho y la luz palidecía ante el pelo dorado que como una cascada se continuaba en el vello púbico y en la suave pelusa de brazos y piernas. Se demoró en el nacimiento de la pierna herida pronto pierna muerta y lo sintió por el miembro dolorido.

La volvió con amoroso tacto, se sentó a horcajadas sobre su cuerpo, los muslos de él aprisionando sus pechos y su sexo apuntando

a su rostro que iluminó, cegándola al despertar. Su sonrisa presagiaba la renovación del amor y sus labios se orientaron como un heliotropo hacia él y se cerraron sobre un cilindro duro y frío que vertió en ella su semen venenoso. Su deseo quedó congelado en estupefacción y muerte; la expresión de felicidad trocada en susto que confundiría a la policía y al forense.

Había sido un zumbido de avispa. El grito no había tenido tiempo de nacer ni el dolor de existir. Baxter, convocado junto a la ventana por los gemidos del amor, tan siquiera levantó las orejas. León Urraca no se había parado a pensar y había escrito ese párrafo de su novela como antes el del amor. Quizás se sintiera Trevor Brown violando y asesinando a Amy. Su guión era perfecto y Bernabé tendría que reconocerlo.

La penumbra ocultaba el paladar destrozado y la masa encefálica, en amalgama con mechones de pelo y plumas de la almohada, y el manantial que teñía el colchón y descendía hasta confundirse con la otra sangre de la desfloración. Las plaquetas empezaban ya a coagular la herida en la ilusión de que la muerte pudiera ser reversible poniendo la cámara del tiempo marcha atrás. Estas visiones le hubieran hecho enflaquecer el ánimo pero la oscuridad era su aliada. Y así, en el momento del disparo, su otra mano había apagado la luz de la conciencia.

Tenía aún el cuerpo de Candela entre los muslos, ardiente como un segundo antes desmintiendo la inmediatez de la frontera. Pero su mente lo llamó para otra empresa.

Calato, la linterna en una mano y la pistola empalmada con el silenciador en la otra, con los guantes de lana que le restaban autoría de sus actos, se dirigió al primer piso. Contuvo el aliento al alcanzar el rellano y al desembocar en el distribuidor. El ojo eléctrico escudriñó las puertas cual bolita de ruleta y se detuvo en la de la suerte. La moqueta del vestidor de doña Asunción amortiguaba el ruido y el pomo giró sin despertar recelos en la casa dormida.

Le llegó de dentro una respiración entrecortada por retahílas proféticas e invocaciones imprecisas en un idioma propio, esperanto o volapuk: pesadillas de mortal que en un instante caería en el sueño final, en la eterna condenación o en la ansiada gloria; no era él juez

para decidir, brazo secular tan sólo. Cogió un almohadón, se arrojó sobre la durmiente y le taponó la boca, despertándola para el tránsito. Contempló sus ojos despavoridos una fracción de segundo y, mientras disparaba enfocó su propia desnudez, dejando a la señora la impresión de ser arrebatada a los avernos por una corte de machos cabríos.

Cuando retiró el cojín, su grito aterrado había muerto en su garganta y las plumas inundaban su boca y rellenaban su esqueleto. Volvió León al distribuidor. La ruleta loca quería seguir girando pero era su voluntad la que guiaba la suerte. Pasó de largo por la puerta de Bernabé Solano, también por las habitaciones vacías, impotente para matar a la Nada, y se detuvo en su última parada.

Extremando el sigilo, dada la mayor alerta de una naturaleza joven, penetró León en el aposento de Josafat. Alumbró con precaución el lecho y se asombró al encontrarlo vacío y sin deshacer. Su primer pensamiento fue haber errado la habitación pero allí estaban sus posters. Intentó controlarse, podía tener una explicación sencilla: que estuviera de viaje y esa tonta de Candela —la censuró sin piedad o sin memoria de su trance— hubiera olvidado advertirlo, o que Josafat saliera en el último momento o sin el conocimiento de la criada. Miró su reloj, eran casi las tres de la mañana, no podía retrasarse mucho, esperaría.

Sintió frío, se estaba quedando helado como las víctimas pero su frialdad tenía remedio. Tentado estuvo de visitar a Bernabé pero regresó al cuarto de Candela. Entró a ciegas, no quería mirar, recogió sus cosas y se vistió. Se puso el chaquetón y volvió a la habitación de Jose, desentendiéndose de los ruidos. Bernabé dormía con tapones de cera y en cuanto a los demás... no había de quién preocuparse.

Se acuclilló en un rincón. Semejaba el sitiador fortificado en su nido de urraca mientras preparaba el asedio. Veía las manecillas abordar las cuatro en su reloj fluorescente, cuando escuchó nítido el sonido de un ciclomotor y los ladridos de Baxter confundidos con las imprecaciones de Josafat. No estaban bien avenidos al parecer: los gruñidos hoscos y la voz desabrida. Semejaba una disputa por su hora de llegada o el estado en que lo hacía. Había sorteado la muerte en la carretera pero no en su casa.

Era fácil seguir su ascenso y León pensó con sorna en sus pre-

cauciones para evitar un chasquido y Josafat imitaba una estampida de bisontes. Se estiró bajo su cama y allí percibió el resplandor lumínico y la visión de sus pies apresurados hacia el baño donde vomitó sin darle tiempo a alcanzar la taza, dejando en el suelo su última huella humana. Después se tiró pesadamente sobre la cama y en su caída parecía ya un cuerpo desprovisto de espíritu, pensó León que no tuvo así reparo en disparar la tercera bala a quemarropa en su sien, esta vez con las luces encendidas del final de la representación.

Luego sintió la quemazón de la pistola y la guardó en su sitio y la llave en el estudio. Al salir observó el último trabajo pictórico de Bernabé Solano: sus tres víctimas y el escritor formaban un grupo extraño. Y de nuevo se preguntó si eran sus seres queridos e incluyó a Candela.

Devolvió la linterna a la cocina de donde Candela la habría cogido presumiblemente y regresó al salón. Se tendió detrás de uno de los sofás y procuró adormilarse. Había terminado el capítulo de los crímenes, a entera satisfacción a su juicio. Mañana escribiría el de la huida, cada día tiene su afán.

[59] Esa noche Bernabé Solano estaba acunado por sus sueños de creación. La muerte se encontraba próxima y habitaba en su subconsciente como quintaesencia de cuantas veces la había invocado. Exacerbaba en él, a espaldas de su proceso lógico, un sentimiento religioso, reflejo del de su mujer, que campaba a sus anchas por su ser inerme. Y esa noche, la guadaña cercenadora que había arrasado su casa de castellano feudal, invadía también con su brisa letal las regiones de su intelecto aletargado.

Sin embargo, de visitarlo, León no habría descubierto en su placidez ningún rasgo revelador de sus océanos y tormentas interiores.

Bernabé estaba acostumbrado en su soledad de años —tantos como había vivido, más de sesenta, aunque habitaba rodeado de su familia y antes de muchedumbres— a levantar en su torno una muralla de protección. Cultivaba un corazón insensible a los acontecimientos ajenos. Su línea de pensamiento acerca de la individualidad le hacía

pontificar que si se nace y muere en soledad, nada hay que merezca ser compartido. Así había llegado a vivir solo en el escenario de su mente.

Encerrado en el torreón desde su boda —alejado primero de las murmuraciones y después de los honores—, se había ejercitado en una serie de estereotipos para responder a las demandas de su cuerpo mortal, a las necesidades físicas y domésticas, sin distraerse de sus mundos literarios.

Así su rito de subir las persianas y abrir las ventanas al levantarse, que León pensaba utilizar por la mañana. También su orden secuencial de recoger los periódicos, acariciar al perro, leer sólo los titulares —prefería dedicar su tiempo de lectura a un ensayo—, desayunar y encerrarse en el baño. Metódico también al lavarse el rostro con tantas abluciones como años tenía o al puntuar sus defecaciones.

Por tanto, cuerpo y mente llevaban discursos distintos. Su entrenamiento de años le permitía sostener conversaciones banales con sus familiares, o con críticos y editores sin cejar en las tareas del espíritu. Sólo así se sentía vivo, de tal forma que el síntoma cierto de su muerte sería que se secase la fuente de la creación.

León hubiera visto en su bulto, en su envoltorio carnal, una mole pues sus costumbres sedentarias le habían dado una apariencia de héroe rabelaisiano, Gargantúa o Pantagruel. Su perímetro ventral no desmerecía de su estatura, nada desdeñable. Estaba casi calvo y una barba descuidada y encanecida le cubría desde el bigote hasta la sotabarba. Y por el pecho, la espalda y los brazos se continuaba en las regiones vedadas, y por las piernas hasta los dedos de los pies. Tenía un aspecto de oso polar, de abominable hombre de las nieves sin más claros que la azotea de las ideas —su único cortafuegos o la zona ya devastada por el incendio— y el buzón que engullía alimentos y expulsaba palabras.

Su postura boca arriba, resoplando falto de aire por su corpulencia, lo hacía semejante a un cachalote varado en la arena. Aislado con antifaz y tapones, permanecía indiferente a que el mundo se hundiera a su alrededor, exactamente lo que había sucedido.

Sus obras eran los hitos que contabilizaban su tiempo. El no tenía sesenta y tantos años sino equis novelas y procuraba por su futu-

ro libro, en esa carrera contra sí mismo que era su vida. Jamás los releía y las entrevistas llegaban irremediablemente tarde cuando ya estaba enfrascado en otro y esto lo hacía parecer huraño.

Estaba preparando otra novela, siempre lo estaba. Vivía en ella: cada sentimiento o acto de esos meses correspondía a uno de esos seres que pugnaban por hacerse presentes, con los que llegaría a intimar, como amebas desgajadas de su propia personalidad, el tiempo justo que durara su existir: mientras él los pensara. En el ámbito onírico se interrelacionaban el mundo literario y su ramplón modelo. Era un proceso tan absorbente como el del ajedrez, que cuadriculaba sus pesadillas con feroces justas del bienhechor Sir White contra el desalmado Sir Black.

Los personajes novelados debían sus rostros a conocidos, amigos, parientes o viandantes o a extrañas simbiosis de varios de ellos de los que succionaba su esencia y rechazaba el esqueleto y el pergamino.

Los actores de sus situaciones límite eran sencillos mortales que manipulaba sin permiso. ¡El que era tan celoso de su intimidad! Paradoja que a nadie molestaba, pero los acontecimientos hubieran seguido distinto cauce de tratarse de un escritor de novelas rosas que hiciera habitar en sus sueños a las personas de su entorno en ambientes de amor y lujo.

Su nueva novela se iba a llamar "El detective número uno". Estaba pergeñando los personajes y el argumento, la redacción quedaba en el horizonte y esa confesión general se iba a dilatar sin fecha conocida.

La acción se centraba en un detective reputado. Lo había bautizado Sanders, según su afición anglófona y por su parecido físico con el cerdito de los piensos compuestos. Se relacionaba también con el vocablo inglés "sender", remitente de algo todavía desconocido, además del apellido de Ramón J., uno de sus escritores predilectos.

Sanders regresaba de un viaje y encontraba muertos a su mujer Lucy, a su hijo Bob y al ama de llaves miss Rochester. El ángel de la muerte se había paseado en su ausencia por la morada del detective, la casa del herrero. La novela revelaría que el propio Sanders los había matado en un caso tópico de doble personalidad. La originalidad radi-

caba en que ponía sus capacidades al servicio de la investigación con tal acierto que se descubría a sí mismo. De ahí el justo calificativo de número uno.

Los sueños no eran tan racionales como el argumento. En sus delirios se enriquecían al desprenderse del rígido corsé del realismo. Todo era lícito con tal de que llamara a la puerta de su fantasía creadora. Así llevaba a cabo la socorrida encuesta de muchas novelas policiacas pero sus testigos eran los muertos que ofrecían versiones enloquecedoras de los hechos.

Variaba el móvil: quería demostrar empíricamente que el criminal casi nunca la paga. No le bastaban las estadísticas neoyorquinas de que únicamente el tres por ciento termina en la cárcel; ambicionaba su propia ponencia. Su tesis defendía que los pocos delitos resueltos lo eran más por la impericia del criminal que por el acierto del investigador y se lanzaba al ruedo del crimen para demostrarlo, pero no había contado con que enfrente se encontraba él mismo, el detective número uno que conseguía desenmascararse.

Y se permitía otras extravagancias: ser al tiempo el criminal, el detective, la víctima y el juez. Pero su contradictorio triunfo entrañaba el fracaso de su teorema. Descubría al criminal y hacía desaparecer el delito pues no había cadáver, siendo como era él la víctima, salvo que los muertos pudieran investigar y defender ante el jurado sus causas.

Triste por las continuas derrotas que sus victorias le infligían, decidía Sanders enfrentarse directamente a los detectives de la televisión y destruirlos. Apostado ante el aparato, descargaba su automática sobre ellos pero se tornaban invisibles demostrando que sí son invencibles. Lo intentaba consigo mismo pero resistía la losa desprendida de la grúa y su cabeza relucía entre la polvareda de varias toneladas hechas añicos, que formaba la bruma de la Nada hasta despertar.

El origen de sus aventuras estaba siempre en anécdotas triviales exageradas. Y los que apretaban el gatillo, caían degollados, echaban venenos, huían o se enfriaban en los depósitos, se parecían a sus seres queridos: los que había descubierto León o los que habitaban el alma infranqueable de Bernabé Solano. Un absurdo sin sentido al despertar, de no contar con el macabro presente nocturno.

[60] A las siete se sobresaltó León en su duermevela detrás del sofá. Empezaba a meterse la claridad entre las lamas de las persianas, pero resultaba difícil discernir la actividad exterior. Había más ruido de coches y el coro de ladridos, más próximos los de Baxter, eran el único quiquiriquí que anunciaba la mañana, desterrados los gallineros de esa zona residencial. Y no pudo reprimir una sensación de vacío en el estómago que le recordó la hora del desayuno.

Añoró el bocadillo de tortilla y el zumo de naranja de su madre. Prudente, había revuelto su cama antes de deslizarse de madrugada por el campo y cualquier excusa justificaría su salida mañanera: nada mejor que el footing para recibir la felicitación materna, tan contraria al ayuno como a la molicie.

La casa continuaba en silencio para desesperación de León: no era justo que el viejo durmiera tanto con su mundo lleno de cadáveres por descubrir. Hasta que a las nueve escuchó los sonidos anunciadores de Bernabé y si de madrugada pensó en bisontes para el ascenso de Jose, el escritor honraba su estructura paquidérmica al descender por la escalera. León se sentía seguro detrás del sofá, no porque su escondite lo fuera sino por el desatino, la temeridad con que fiaba su suerte a sus previsiones.

Observó con descaro cómo Bernabé —batín de seda, zapatillas de piel y pañuelo al cuello— levantaba las persianas y abría las ventanas de los sucesivos salones. Su gesto era similar al de otear el mar desde el camarote o al de izar la bandera en el campamento. Después descorrió los cerrojos y dio dos vueltas a la llave de la cerradura de seguridad y León sintió en su interior replegarse todos los anclajes y si antes su cuerpo era cárcel entonces fue vano y libertad.

Salió Bernabé al jardín y León se asomó para verlo recoger la prensa y juguetear con Baxter que acudió a la ventana meneando el rabo y ladrando amistosamente. León se escondió y escuchó la misma voz que lo había insultado y manifestado antes su mendaz afecto, la que algún día lo imploraría, que regañaba al perro. Regresó Bernabé al salón, silbando contento, tras dar con la puerta en el hocico a su inteligente amigo, más que su amo esa mañana.

León contó con el oído pegado al suelo los pasos que se acercaban y sintió en sus costillas la sacudida del aterrizaje en su mismo sofá. Bernabé no se demoró mucho en leer los titulares, pasó de largo por la información de los pueblos, ignoró el partido del Deportivo Logroñés y dejó el diario local sobre la mesita, abierto por la página de la cartelera, la única del interés de Candela, su otra lectora.

Se levantó y fue hacia la cocina dispuesto a endilgarse un par de huevos fritos con picadillo de chorizo y un vaso de vino tinto, pura salud.

Al poco siguió León sus voces llamando a Candela en su recorrido hacia el office, lavadero, jardín y vuelta, y también su desconcierto por la desolación de la mesa y por la presumible desaparición de la criada. Le oyó golpear en su cuarto, donde Candela lo esperaba, y en el baño, pero no intentó entrar.

Cambió de rumbo y se dirigió arriba nombrando a su mujer. Éste era el momento elegido por León para escabullirse. Saltaría por la ventana —abierta por el propio dueño, como debería atestiguar— y después por la verja trasera, y en breves minutos estaría en la carretera. El criminal habría entrado y salido de una casa cerrada.

Sin embargo pudo más la fascinación y fue tras él. Deseaba ponerle la mano al hombro y asistir juntos a su descubrimiento. La puerta entreabierta de un baño le devolvió la prudencia y lo invitó a refugiarse en su sombra.

Bernabé había entrado en el dormitorio de su mujer. Hacía tiempo que no lo pisaba y su curiosidad se repartió entre la figura yacente y la decoración de ese territorio ignoto de su universo, como un continente, vecino durante siglos, sin explorar. Fue hasta la persiana y contribuyó a las tareas domésticas. Entonces, bajo los rayos del sol, no pudo sustraerse a la combinación nacional del dorado sobre la sangre oscura que destacaba en la nieve del camisón, las sábanas y la almohada.

Se acercó a ella. Su mente participaba aún de su confusión nocturna hasta que un fucilazo le reveló la distinción de planos. No varió por eso su actitud ante el crimen, como la del erudito por un códice. Parecía mayor su interés que su emoción y buscó el agujero del proyectil antes de formularse que su mujer había sido asesinada, lo

cual implicaba un culpable. Pero su razonamiento se quedó ahí y divagó a partir del rimbombante nombre de su esposa, doña Asunción Lequerica de la Reguera: "assumpta" al fin a los cielos y vaciada la regadera sobre la blancura que la engendró, en honor de su suegra la cacatúa doña Nieves.

Este monólogo no tenía reflejo en su máscara, nada de interjecciones ni histerias. Llegó a la habitación de Josafat sin acelerar el paso ni pronunciar su nombre. Sus labios sellados no romperían un silencio que de pronto adquiría el calificativo de mortal.

El proceso fue parejo —primero la ventana, después el cadáver— y la vomitona atrajo pronto su atención. Censuraba Bernabé el abandono a los vicios destructivos, las sordinas del alma y la razón. Esa búsqueda de la evasión, tan cara a la nueva generación, era para él antes que censurable —con serlo y mucho—, incomprensible. Bernabé había hallado siempre la felicidad en su introspección. Jose, no contento con enfangar su vida, había ensuciado también su muerte con ese detrito innoble, extensible al cuerpo desharrapado de donde procedía.

Se alejó con premura y León valoró con mayor puntuación al hijo que a la madre en sus afectos; siempre volvía a su pregunta de los seres queridos. Pero León ignoraba que su faz demudada reflejaba tan sólo la suciedad, la corrupción y el asco.

Bajó Bernabé al cuarto de Candela. Imaginaba la escena y crecía en su interior el terror a ser el único superviviente de esa casa, su fortaleza, su mundo secundario como para los demás lo es el orbe. Era tanto como despertarse Adán tras el cataclismo nuclear. Él, que vivía a solas consigo mismo, empezaba a vislumbrar la diferencia entre su soledad acompañada y la del lobo solitario.

Había obrado León conforme al modelo de conducta marcado por Solano: Trevor Brown necesitaba a Jim Hartfield vivo, no se puede matar al rival.

Fue tras él y se mantuvo en el office a pocos metros del escritor, en el momento de su tercer hallazgo. Bastantes aldabonazos sentiría en su alma como para reparar en una presencia a sus espaldas. La imagen de Candela desnuda, bañada en su propia sangre, y su sonrisa de felicidad estupefacta, provocaron su primer lamento que colocó a la

criada a la cabeza de sus sentimientos. Y León recordó la recíproca efusión con que ella hablaba de su patrón.

León quiso ser los ojos de Bernabé mirando el cadáver de Candela. Necesitaba verlo a través de otro, igual que había precisado los guantes para matar y no por las huellas sino como elemento distanciador. En primer término dándole la espalda estaba Bernabé paralizado y más allá el cuerpo blanco de Candela. Subió por él y la cara destrozada le hizo desviar la suya y entonces, en la dirección de su pelo pegado al cabezal, vio el corazón sangrante de Jesús, la prueba de cargo que la oscuridad amiga le había negado la noche anterior.

Se trataba de un calendario con un órgano sanguinolento al que también hubiera alcanzado su disparo, pero no era la huella de la bala la mancha blanquecina sino el estigma de la mano asesina LU: sus siglas en blanco en una cartulina roja que se difuminaba en la sangre, la etiqueta de un producto comestible; un cuadro pop de Andy Warhol o una broma de Buñuel. Comprendió entonces las palabras enigmáticas de Candela al bautizarla en el cine: así la tendría a diario en su cocina. Y la infeliz había querido ponerlo como exvoto para que presidiera su entrega. Sólo le hubiera faltado emparejar las suyas: CV —o HP con otras connotaciones—, un corazón de tantos caballos de vapor que nunca más funcionaría.

El escritor reaccionó pronto. Las escenas le recordaron imágenes de terrorismo entrevistas en los telediarios. Algo que él desaprobaba. Lo suyo era el juego, el arte del crimen, no la brutalidad. Sin duda eran obra de otra mente, no tenían el sello de Bernabé Solano. Y este convencimiento lo puso en marcha a grandes zancadas hacia el salón para llamar a la policía.

León tenía los segundos contados. Pero antes debía ser urraca y apoderarse del calendario —tenía algunos emplastos y mechones junto a la firma del autor— y después buscar un nido donde refugiarse con su rapiña. Subió hacia el piso alto, los escalones de tres en tres sin preocuparse del ruido. La voz alterada de Bernabé Solano, exponiendo los hechos a su sorprendido interlocutor, tapaba todo sonido. También Baxter, presintiendo la muerte al tiempo de su declaración oficial, aullaba desconsoladamente. Quizás fuera hora de que Candela le sacara su comida y él como ellos clamaba por su estómago vacío.

Se dirigió al vestidor de doña Asunción. Era la víctima más vieja, la que menos resentimiento podía guardarle. Allí había un armario extraño. Lo abrió y se encontró con un ambiente salvaje, excitante. Se trataba de un humidificador y en él estaban todos los visones, felinos y renards que doña Asunción había reunido en su vida acomodada, que no eran pocos. Cerró la puerta por dentro y se arropó al fondo tras varios abrigos de tacto exquisito, como la caricia de una mujer, Candela por ejemplo que lo arrulló desde la muerte.

[61] Media hora después, Bernabé Solano y los primeros curiosos contemplaron nuestra llegada estridente a bordo de dos coches del Cuerpo Superior y de una furgoneta de la Policía Nacional, que se estacionó junto a la entrada.

Era mi primera visita a "Los vientos" y me agradó la casa: un edificio de líneas sencillas, sin nada superficial; la misma impresión que la finca, desnuda de artificio, bajo el sol matinal; engañoso, pues la suciedad y el desorden aguardaban en el corazón podrido de la manzana.

Llevaba pocos días en mi nuevo destino y aún no conocía esa parte, la más hermosa, de una ciudad que me había sorprendido agradablemente: abierta, moderna, con comercio de calidad aunque no pensaba ser un buen cliente. Además de artística e histórica; adjetivos que mi guía y ayudante, el inspector Vicente, estaba dispuesto a demostrarme.

Sólo esperaba crímenes pasionales, rencillas de marginados, suicidios de adolescentes y secuelas del terrorismo. Todo muy rutinario: un suelto en los periódicos nacionales sin mencionar mi nombre, una entrevista de cinco líneas para los locales. Y para debutar, topaba con este incidente que alcanzaría repercusión inusitada y reabriría mis heridas.

Estrenaba al tiempo destino y cargo y todavía no me había acostumbrado al tratamiento de comisario. Que la ciudad fuera mejor y los casos más notables, eran aspectos positivos en abstracto, más no para mí que pretendía un agujero y que el mundo me olvidara. Un año

atrás y a raíz del caso que me había dado la popularidad y de rebote el ascenso, había estado tentado de abandonar la profesión. Pero mi padre y mi abuelo habían muerto a edad longeva, y nunca había hecho otra cosa que intentar ser un buen policía. Demasiados argumentos para un cuarentón cobarde.

Mi depresión estaba motivada por los sucesos de la Banca Wenzel. Siendo inspector de la Jefatura de Barcelona, había sido desplazado en comisión de servicios a Madrid tras la pista del asesinato de una mujer. Lo había resuelto a satisfacción de los supervivientes y de mis superiores pero en el camino habían quedado algunos cadáveres adicionales y una herida amorosa —tantas ya tras mi aparente fe de soltería— que según mi íntimo convencimiento había condicionado esa solución, que tantos plácemes había merecido.

Me quité la gabardina y la arrojé al interior del coche. Presentía el sofoco. La muerte nunca es plato de buen gusto. Me desvié y me acerqué a la caseta del atado Baxter que ladraba desaforado. Le acaricié la cabeza y el perro se calmó.

— Buen chico y quién sabe si mejor testigo.

— Tiene mano de santo —me apostilló Vicente.

— Ojalá fuera tan fácil manejarse con las personas.

Bernabé Solano había salido al umbral, pulcramente vestido y repeinado. Desconfié por instinto de él mientras el inspector hacía las presentaciones. El traje le caía como un disfraz, hacía meses que no se lo ponía y le quedaba estrecho. Parecía a punto de estallar y esto le daba un aire tenso, tan adecuado como falso. Pensé que se había vestido con tiempo para el funeral y que tenía prisa por enterrarlos.

El inspector Vicente era un tipo singular y un personaje en su ciudad. Riojano de origen —camerano, decía él—, de un pueblo de la sierra, muy pequeño de estatura y de cabeza pelada desde que se tenía memoria. Justo merecedor de los calificativos "Peque" y "Bolita", se sentía más a gusto con los que lo llamaban por su nombre. Era una compañía gratificante ya que su insignificancia resaltaba al acompañado. Yo mismo a su lado parecía Adonis hecho mortal pese a ser feo con ganas, también calvo, y no tan alto y esbelto como la comparación hacía suponer.

Bernabé había disfrutado muchas veces de su conversación.

Charlaban de temas policiacos y de la historia ciudadana, en la que ambos eran doctos. Por eso su abrazo a Bernabé fue el gesto de un amigo. El crimen y la perentoriedad de las diligencias no excluían la pérdida de sus seres queridos; para Vicente no había duda al respecto. Yo asistí con frialdad a su encuentro y no secundé la acción de mi subordinado. Estaba ansioso por hacerme una composición de lugar. Bernabé Solano captó mi impaciencia y nos abrió paso hacia la habitación de la criada.

El se quedó en la puerta y nosotros contemplamos el cuerpo de Candela, su desnudez y la de la pared, vacía ya del corazón sangrante. Salimos en unos minutos y seguimos al escritor al primer piso. También permaneció fuera mientras nos hacíamos cargo de la situación.

Tres cadáveres no son tres personas dormidas con un poco de tomate encima. Siempre he experimentado esa sensación. No me considero creyente, tampoco ateo, es un tema insoluble y ya me enteraré cuando llegue mi turno. La paciencia es una cualidad necesaria para un buen policía. Pero, dotados de alma inmortal o no, algo falta en los cuerpos vencidos por la muerte. La vida claro, pero ¿cuál es su esencia? Me negaba a admitir que la muerte fuera una bala diminuta, pensaba más en la intención de quien la disparó, de su hacedor. Me era más fácil definirla a partir de una voluntad homicida y a su contraria como un regalo de los semejantes: el arte de vivir o la habilidad de no provocar en nadie el deseo de matarlo a uno.

El juez y el forense estaban en el vestíbulo con el policía Cañada cuando bajamos. El instructor era un hombre joven, de rostro grave que encarnaba mejor el talante adusto de un fiscal que el ecuánime de la justicia. Tampoco llevaba mucho tiempo en la ciudad y nadie lo conocía; lo cual para un juez, desde el árbitro de fútbol hasta el presidente del Tribunal Supremo es el mejor síntoma de su buen hacer.

Librado Pérez Sanmartín venía acompañado de un hombre mayor que podía ser su padre y era simplemente el forense. Respondía al exacto nombre de Herminio Sangrador, su auténtico apellido y no un mote como muchos pensaban. Estaba a punto de jubilarse, tenía mucho visto pero después de la jornada reconocería en ella un broche de oro para su carrera de "crímenes".

Vicente conocía la casa y les abrió paso para cumplir con las formalidades propias del levantamiento de los cadáveres. Yo aguardé con Bernabé Solano en la biblioteca.

— Cuénteme todo desde el principio.

— Seré preciso —bien sabía él distinguir en una narración los hechos de la hojarasca—: anoche cené con mi mujer a las diez. Candela nos sirvió la mesa. Mi hijo José...

— Josafat Solano Lequerica, dieciséis años —consulté mis notas.

— Sí, una manía de su madre. José no había llegado. Los jóvenes... —su tono implicaba censura—. Después subí a mi estudio y estuve trabajando hasta las doce y luego me acosté. Me desperté a las ocho...

— Entonces ¿desde las diez no vio a nadie? —lo miré y asintió con la cabeza—. ¿Tampoco sabe a qué hora volvió su hijo? —Negó el escritor—. ¿No oyó ruido? —en mi pregunta iba implícito su aparente estado etílico.

— No. Su habitación está en la fachada opuesta y duermo con tapones.

— Se despertó a las ocho y...

— Tardé un rato en levantarme. Me gusta holgazanear. Los médicos dicen que me conviene dormir al menos nueve horas —siguió justificándose y yo lo encontré profundamente antipático: ¡dormir! mejor le vendría un poco de ejercicio a ese gordinflón—. Abrí las puertas y ventanas y me dispuse a desayunar, por cierto todavía no lo he hecho —y sus tripas hicieron un ruido ostensible.

— Ya tendrá tiempo, abrevie —no me pude contener. ¡Qué se podía esperar de la precisión de un hombre de letras! Me repelía que, con tres cadáveres en su casa, pensara en comer. Sin embargo era terriblemente natural y no intentaba disimular.

— Fui a la cocina y no estaba listo. Me extrañó, llamé a la criada y no me respondió. Subí al cuarto de mi mujer y como tampoco contestaba, entré y la vi... Tenía un disparo en la cabeza, a la altura de los ojos, a través de la almohada, de un arma corta —descriptivo, sin emoción.

— ¿Usted la quería?

— Sí claro, ¿por qué lo pregunta?

— Da igual, continúe —renuncié a hablarle de sentimientos, parecía imposible hacerlo con esa roca.

— Luego fui a ver a mi hijo y estaba también... —vaciló y, cuando esperaba al fin una quiebra humana, dijo—: Resulta tan asqueroso, esa vomitona ahí y... Por último descubrí el cadáver de Candela. Me impresionó mucho, así desnuda. Era un despojo, empotrada contra el cabecero de la cama, los cabellos pegados al Sagrado Corazón...

— ¿A qué?

— Un calendario de ésos, de curas o monjas. La chica era religiosa. Otros tienen un crucifijo. Daba un toque surrealista a su muerte —me desesperó el artista—. Y nada más, los llamé a ustedes y me vestí para recibirlos...

— ¿Entonces, todas las puertas y ventanas estaban cerradas por dentro y no encontró nada a faltar?

— Así es, no he hecho un examen muy profundo pero soy muy observador.

— ¿Y qué explicación le ve? Habrá pensado algo.

— Pues... —vaciló por primera vez— la verdad, no.

— ¿Y no le interesa? —me indigné.

— ¡Oh!, por supuesto, espero sus noticias.

Lo dejé en la biblioteca y fui a reunirme con el trío en el vestíbulo del primer piso.

— Parece que la han violado —me avanzó el forense— y era virgen. Por desgracia, no hay rastros de semen, usó preservativo.

— Eso parece un móvil. ¿A qué hora murieron?

— Hasta que haga la autopsia no lo sabré con certeza pero estimo que entre medianoche y las cinco de la madrugada. El cuerpo del muchacho está más caliente. Murió el último. Y desde luego estaba borracho.

Bajamos la escalera. Un hombre de aspecto impecable, pelo blanco aleonado y sonrisa postiza, se adelantó hacia nosotros.

— Buenos días comisario. Soy Jesús Lezama, amigo personal de Bernabé y abogado de la familia.

— Eusebio Martín —me presenté—. ¿Le ha llamado el señor Solano?

— He oído la noticia y aquí me tiene. Ya sabe cómo son estas ciudades...

Empezaba a comprenderlo. Tampoco los policías de la entrada habían sido impedimento para él y la cordialidad con que todos —juez, forense y abogado, también el inspector Vicente— se trataban entre sí, me hicieron sentirme un extraño.

En ese momento se nos unió Cañada que estaba registrando la casa. Traía en una bolsa, el arma del crimen.

— La hemos hallado en una vitrina cerrada. La llave estaba con otras en un cajón del estudio. Tenía puesto un cargador, le faltan tres balas.

— ¡Mierda! —apreté los dientes—. ¡Qué asunto más feo! Balística lo dirá pero la evidencia es abrumadora.

[62] El juez de instrucción, provisto de su secretario y en presencia del abogado, iba a tomar declaración a Bernabé Solano que seguía en la biblioteca, con el estómago impaciente, preguntándose quién podría hacerle esa mañana sus huevos fritos.

Varios agentes estaban poniendo la casa patas arriba. Uno de ellos había abierto el armario humidificador, extasiándose también con las pieles, antes de proseguir su registro por otro lado.

León Urraca, desde el fondo y tras los abrigos, había asistido con imaginación bastante ajustada a la realidad a nuestra llegada y primera inspección y a las posteriores del juez y del forense, así como al trajinar de un fotógrafo y de los policías. Y lo había hecho como un espectador acomodado en la sala oscura de un cine. Por eso su sobresalto, al abrirse la puerta, no había sido mayor que al presenciar una película de misterio en similar coyuntura. Y su corazón acelerado había sentido junto al suyo el órgano sangrante de Candela.

Entre tanto, Vicente me mostraba la cámara de tortura como un guarda su museo.

— En cierta forma sí hemos evolucionado —se refirió a las campañas contra las torturas policiales, tema recurrente desde la restauración de la democracia.

— Su mente debe estar amueblada como esta habitación ¡Menudo caso bonito que nos ha regalado esta mañana!

— No sea injusto. No es suya la culpa.

— ¡Está muy seguro! ¿Qué tenemos? Cuatro personas en una casa cerrada, tres muertos y un vivo; el arma del crimen, la violación de la chica... Una caja precintada de la que nadie pudo entrar ni salir.

— Todavía no sabemos cuándo llegó el hijo ni si vino solo. Puede que alguien lo acompañara y... —protestó Vicente.

— ¿Y luego se evaporó? Las puertas estaban cerradas por dentro. Todos los muertos tienen sus llaves. Se empeña en hacer de abogado del diablo.

— Sé lo que quiere decir. Los indicios lo señalan, pero estos crímenes no casan con su personalidad. El es un hombre inteligente, no dejaría unas pistas tan claras.

— Pero no le niega su posible disposición criminal, sólo el procedimiento.

— Bueno —se azoró— quería decir que son unos asesinatos poco finos para él. Por supuesto que no tenía ningún motivo para desear su muerte.

— ¿Y qué me dice de la criadita, muy mona aunque coja?

— Se ha dado cuenta. Candela era muy buena chica. Lo que se suele decir, la trataban como a una hija, y en este caso no era tópico, la querían mucho.

— Demasiado tal vez, hasta compartir su muerte.

— No creerá que...

— Yo no creo nada. Busco hechos. Y ese hombre resulta desesperante. Tal vez si usáramos esto —cogí la empulguera— tuviera algo que contarnos.

— Por fortuna nos hemos civilizado —rió Vicente—. No me hubiera gustado ser inquisidor.

— Quizás a los verdugos de entonces les pareciera natural. Todo depende de la tolerancia de la sociedad, pero no seré yo quien reniegue del progreso. Háblame de nuestro personaje, de su carácter que según usted lo exculpa.

— Es un hombre que vive encerrado. Desde su estudio no ha visto cambiar el mundo en las últimas décadas. No le interesan los

acontecimientos, sólo los monstruos de su mente. Si sintiera deseos de deshacerse de su familia, los asesinaría mil veces en su interior y se inventaría una ficción, de modo tal que, ajenos a ello, vivirían para él cualquier papel que les otorgara. Es un hombre con un gran poder de imaginación y se acomoda la realidad a su gusto.

— Es paradójico que un escritor policiaco, apasionado por los crímenes ideales, no se interese por los cometidos bajo su techo y a su familia más directa. Sinceramente no me lo creo. Tiene que ser una careta.

— Yo no soy entendido pero sus novelas son más bien psicológicas.

— En cuanto a su desprendimiento, esa especie de retiro místico que me describe, es muy fácil decirlo en esta casa, con un jardín, una piscina...

— No siempre ha sido así. Hace muchos años trabajaba de empleado en la Caja de Ahorros, detrás de un mostrador. Su familia era humilde y lo metió allí de botones. Con los años ascendió pero tampoco mucho. Le gustaba leer y ya entonces andaba más tiempo en las musarañas, bueno para un novelista pero no para medrar en la Caja. Tuvo suerte de cambiar de oficio.

— ¿Y cuándo fue eso?

— Después de casarse. Su familia política, los Lequerica tenían mucho dinero. Nada que ver con el que fue alcalde de Bilbao y luego embajador y ministro. Habían hecho su fortuna en los buenos tiempos de la siderurgia. Fue su oportunidad para escribir, una canonjía que aprovechó con creces. Tampoco ellos hubieran consentido que su yerno se ganara la vida como empleadillo, lo habrían puesto al frente de algún negocio y le habrían destrozado la vida. Y él la empresa, claro —se rio.

— Perdone la franqueza, sé que es su amigo, pero lo que me cuenta tiene toda la pinta de un braguetazo.

— Eso lo pensábamos todos. Uno decía "el que se lleve a ésa, menudo chollo" y otro apostillaba "pero hay que tener estómago". Y las dos cosas eran verdad: del dinero ya le he hablado y de lo otro, así de cuerpo presente sabe mal decirlo. ¿Usted la ha visto? Pues de joven era más fea, con eso vale. Bernabé decía que se había buscado un me-

cenas para su arte. Se sentía muy florentino, del Quattrocento lo menos.

— Un cara, nuestro pollo.

— No lo juzgue tan duramente. La verdad es que respondió a su protección con largueza. Toda la vida le trató a su esposa con deferencia y la compensó con su fidelidad o su discreción al menos. Si fue un cazadotes, no derrochó el dinero sino que lo hizo brillar con su prestigio.

— Sigo pensando que fue un braguetazo o si prefiere un matrimonio de conveniencia.

— Estamos de acuerdo, aunque por un interés noble.

— Quiere decir por el capital y no por el interés. Y ¿cómo se conocieron? No coincidirían en su ambiente...

— En la Caja, ¡dónde si no! Los Lequerica pasaban los veranos en su finca, ésta en que nos encontramos...

— De los que se casa por la casa...

— Sí. Ella iba a diario a la Caja, con gestiones que no eran tales, y se las arreglaba para que la atendiera Bernabé. No se fíe de su actual apariencia. Antes era un buen mozo, estirado, hasta guapo si me apura. Y a doñeador no lo ganaba nadie. Tenía la mejor lengua de la provincia. Para todo hay que valer. Pese a las bromas, eran muchos los que hacían de tripas corazón e iban tras los huesos de la heredera, hija única además, pero ninguno podía competir con su talento. Su verbo era como la peste, que mataba de amor a cuantas mujeres tocaba. Tenía éxito, sí señor. Las requebraba sin pudor y en el caso de Asunción sin justicia. ¡En fin! —suspiró— ¿se imagina toda la vida sin trabajar? Yo me hubiera dedicado al campo pero nada de jardinería, ¡buenas berzas, tomates, cerdos!, y ¡ya me ve, de policía!

— No se queje. Necesita que su comisario Eusebio le escuche las maravillas de su ciudad. ¿Y la familia de ella no se opuso?

— Numantinamente como comprenderá pero tuvieron que ceder. Doña Nieves, menuda lagarta, ya la conocerá, tendrá más de ochenta pero resiste, hubiera preferido un ingeniero o un arquitecto pero don Ambrosio, que era un caballero acabó por resignarse, y entre el padre y la hija doblegaron a la madre. Ella fue la peor, como todos los advenedizos pues era tan desigual de su marido como Bernabé de

Asunción. Y continúa siendo la más fiel veladora de una pureza de casta de la que carece.

— ¿Y qué pasó?

— Bernabé fue muy hábil y honesto. El buscaba su libertad y estaba dispuesto a sacrificar el amor, un bien secundario para él. No le importaba la fortuna de su mujer salvo para dedicarse a escribir. Y con este desprendimiento se ganó la confianza de su suegro. Hicieron separación de bienes, don Ambrosio les regaló la finca y le pareció un precio barato por la felicidad de su hija. No era tonto don Ambrosio, sabía de su fealdad y lo que sus pretendientes buscarían, así que, dentro de lo malo, éste no parecía un derrochón ni un aventurero. La literatura era un pecadillo disculpable, una actividad sedentaria y lo mantendría en el hogar con su mujer en lugar de hacer el tarambana por ahí y manchar el apellido. Tras la boda dejó el banco, se enclaustró a escribir y así hasta hoy. Bueno, así no porque en este tiempo, fue publicando libros, ganando premios y haciéndose tan famoso como ni detractores ni defensores podíamos imaginar. Es de los mejores — terminó su perorata con admiración.

Siguió un silencio incómodo. Nada de lo oído guardaba relación con el asunto, pero la figura humana de Bernabé Solano tenía otra dimensión. Ni mejor ni peor. Al margen de posicionamientos éticos, aparecía como un hombre tenaz, capaz de plantearse metas a largo plazo.

— De Juanmi Solano podría hablarme mejor usted. Lo conoció cuando el asesinato de su suegro. Bernabé quería que fuera un hombre serio y a fe que lo consiguió. Banquero en una familia de fúcares. La Banca Wenzel ha dado mucho que hablar. ¿Es verdad que lo han perdido todo?

Ya no podía disimular. Vicente había establecido la conexión y estaba intrigado por mi laconismo. Llevaba razón, había dado tanto que hablar y que callar. Y más que lo daría en los años siguientes al descubrirse que su ruina venía fraguándose desde el aterrizaje del tal Juanmi, un calavera mujeriego y desfalcador que todavía entonces daba el pego. Pero su implicación en el asesinato de su suegro y su suicidio sería posterior a los crímenes de los Solano. De otra manera lo hubieran señalado como el primer sospechoso. Y Lorena hubiera

sido ya su viuda...

El inspector Vicente nunca consiguió que le contara la historia de los Wenzel, ni en esa ocasión ni en ninguna otra. Tampoco le importó. Prefería hablar que escuchar.

— ¿Y el pequeño?

— José era la oveja negra. Fue fruto del declive de su madre. Doña Asunción estaba ya algo tocada... Desbarraba continuamente, hablaba de la muerte y cosas así. Estuvo varias veces en observación psiquiátrica y se pensó en internarla pero Bernabé se opuso. De ahí lo de Josafat, es el valle del juicio final.

— ¡Qué tétrico! ¿Cómo lo consintió Bernabé?

— Ya sabe que él...

— Sí, vivía en sí mismo. Pero una barbaridad así... es para marcar a un chaval.

— ¡Bah! Bernabé se limitó a llamarle José y asunto concluido. No creo que eso traumatizara al chico. Salió torcido y punto. Era un ser apático ante la vida, sin ninguna motivación. Nada raro hoy en día.

— Y de Lezama ¿qué me cuenta?

— ¿Del "marqués"? —dejó la frase en suspenso, pues Cañada venía a reclamar nuestra atención.

[63] Librado Pérez Sanmartín había terminado de tomar declaración a Bernabé Solano. El acto había transcurrido protocolariamente. Los hechos eran tan escuetos como sórdidos. El forense había acabado y el furgón mortuorio esperaba en la puerta, entre un número creciente de curiosos y de periodistas avisados, para llevar su fúnebre carga al depósito donde don Herminio haría honor a su apellido y les practicaría la autopsia.

Cañada —un joven prometedor que con tan buen pie había comenzado el caso al descubrir la pistola— nos traía esos dos recados y la demanda insistente de los gráficos de acceder a la casa, deseosos de disparar por segunda vez sobre los cadáveres. También reclamaban los reporteros alguna declaración oficial.

Antepuse esta última preocupación y delegué en Vicente las

otras dos. Me pregunté cómo era posible que en un par de horas la noticia hubiera llegado al abogado y a todos los cronistas, las fieras que se agolpaban junto a los barrotes de la jaula.

— Señor comisario —insinuó Cañada—, hemos comprobado las declaraciones del señor Solano y el caso es que no aparece...

— ¿Que no aparece qué? —yo estaba a años luz de Cañada.

— El calendario del Sagrado Corazón del cuarto de la chacha —se apuntó su segundo tanto el joven policía. Jornada de éxitos que a la tercera quebraría estrepitosamente.

— Se habrá caído debajo de la cama o se lo habrá llevado algún gracioso o estará equivocado Bernabé Solano, ¿qué importancia tiene? —le grité pero mi furia era más desahogo que indiferencia ante el dato, que archivé cuidadosamente—. ¡Déjese de corazones y ocúpese de los periodistas! Cuando se hayan llevado los cuerpos los hace pasar al salón, pero ni un minuto antes, ¿entendido?

— ¿Y las fotos? —apuntó tímido y se apresuró a cumplir su encargo al percibir mi mirada furibunda, denegatoria.

Me reuní en la biblioteca con Bernabé y su abogado. Mi primera visión fue una caja de galletas danesas, mediada en su contenido. Las acompañaba en combinación audaz con una botella de Rioja y me apunté al vino. No otro había sido el atractivo principal de mi nuevo destino…

(— ¿Tomaremos esta declaración como barómetro de su sinceridad?

— ¡Ay mujer ofendida! Que muera por tus huesos, pretendes, y que luego los salve).

…y confiaba en que los itinerarios artísticos dieran paso pronto a las rutas de las bodegas.

Nos entretuvimos en frases convencionales hasta que se nos unió Vicente.

— Ya han partido. Sólo quedamos nosotros. Fuera la situación empieza a ser tumultuaria. La acera es insuficiente para el gentío y han ocupado media carretera. Los de tráfico están dirigiendo la circulación pero se ha formado un embotellamiento por los muchos coches que

van hacia la sierra.

— Pues que los disuelvan —estallé. Yo no molestaba a nadie en sus labores, pues igual trato exigía de los demás.

— Los periodistas están impacientes.

— ¡Que se vayan a la mierda!

— No sería muy político —dijo Lezama con dulzura—. Mejor darles lo que quieren de una vez, ¿no?

Miré al inspector y de los ojos de Vicente, explicativos, fui a los de Solano, lejanos, y por último a los de Lezama, inteligentes. Y de ahí pasé a su melena de noble patricio romano. La toga y el foro iban con sus maneras, no era extraño que fuera abogado. Su formidable pelambrera me hizo clavar con humillación mis pupilas en los cráneos mondos de Bernabé y Vicente, fieles reflejos de mi propia desnudez.

— Hágalos pasar Vicente —me dejé usurpar la dirección del cotarro.

— Espere un momento. Retiraré primero al señor Solano a su estudio. Usted comisario y yo les atenderemos. Actuaré en representación de la familia, si les parece —tomó nuestro silencio por asentimiento. Lezama disponía y lo curioso era que los demás obedecíamos. Se levantó con el escritor y se dirigieron hacia las escaleras—: Ya pueden decirles que entren. Ahora vuelvo —dijo y desaparecieron hacia arriba.

— ¡Pero bueno! —exclamé— ¿quién manda aquí?

— Se lo iba a advertir. Es el "marqués". Con él no vale el orden formal, sólo la jerarquía natural. Sabe hacerse respetar ¿verdad? —su tono era un poco zumbón, irrespetuoso.

— ¿Y de qué es marqués ese pimpollo?

— ¡Oh, de nada, por supuesto! Es el porte, la elegancia. Ahí donde lo ve no cumple los setenta.

— ¡Setenta! Yo le echaba quince menos. Con esa figura, esa voz. Se ve que la vida lo ha tratado bien.

— Sabe cuidarse pero no se quede en la apariencia, no es un fatuo sino un gran leguleyo. Es el que maneja el dinero en esta familia, su administrador si quiere decirlo así. Don Ambrosio Lequerica se lo encargó. Y luego Bernabé le confió sus contratos con los editores y

la colocación de sus ganancias. Siempre ha movido los hilos, pero me consta que con probidad ejemplar. O al menos nadie lo ha descubierto.

— Bueno, bueno, déjese de cotilleos y dé suelta a los leones, que estarán hambrientos.

También León Urraca estaba al tanto del traslado de los cuerpos y de la retirada de Bernabé Solano a su estudio, cuando oyó la entrada en tropel de sus congéneres de fauna, según mi definición zoológica. Se aventuró a entreabrir la puerta y atisbar por la rendija. El piso estaba vacío y se dijo que pronto estaría paseando al sol y su impaciencia fue creciendo durante los minutos —pocos al sentir de los periodistas, interminables para él— de la rueda de prensa.

Su duración y contenido estuvo más cerca de la desilusión de los informadores que de las aprensiones de León. Una docena de periodistas ocupaban los sofás de Bernabé Solano.

— Buenos días a todos. Soy el comisario Eusebio Martín, nuevo en esta plaza, por lo que la mayoría de ustedes no me conocen. Aprovecho pues la ocasión para saludarlos y ponerme a su disposición. Cuentan desde hoy con todas las facilidades para el desempeño de sus tareas profesionales. —Hubo murmullos de discrepancia apagados por otros que deseaban me ciñera al meollo del asunto—. Y espero de ustedes una leal colaboración e igual respeto hacia nuestro trabajo —puntualicé con retintín para que todos los presentes supieran que habían topado con un hueso duro de roer.

Recorrí la sala con la mirada en desafío pero los ojos se iban retirando a mi paso. ¡Quizás en provincias no fueran tan feroces!

No llevaban tarjetas de identificación. Se conocían todos y había tantas mujeres como hombres entre los periodistas locales y los corresponsales de los medios nacionales.

— Voy a leerles una declaración oficial —saqué unas cuartillas en blanco que supuestamente había redactado—. Después podrán hacernos preguntas tanto al señor Lezama...

— ¿Cuándo podremos ver al señor Solano? —se elevó la voz de un individuo rechoncho, de mediana edad, que al hablar escupía por la comisura de los labios.

— Onofre Osés, corresponsal de un diario madrileño. Le lla-

man el 007, ya le explicaré por qué —me susurró Vicente.

— El señor Solano está descansando por prescripción médica. Quizás más adelante pueda atenderlos. De momento leeré el comunicado: A las nueve horas de hoy se recibió en el 091 una llamada de don Bernabé Solano. Había encontrado muertas a las tres personas que convivían con él: su mujer doña Asunción Lequerica de la Reguera, su hijo menor Josafat y la criada Candela del Val. Personados de inmediato comprobamos los tres óbitos, producidos por disparos de arma de fuego. Se presentaron también el señor juez de instrucción y el forense que procedieron al levantamiento de los cadáveres. Prosiguen las investigaciones. Eso es todo, señores.

Un murmullo de desencanto recorrió la sala. Eran más amplios los rumores que las noticias. Yo estaba feliz con su decepción. Aprendía a torearlos: nada de desplantes, buenas palabras y luego ¡aire!

— Si quieren formular alguna pregunta...

Claro que querían. Fue un martilleo constante:

— ¿Ha habido algún suicidio?

— ¿El asesino es uno de los muertos?

— ¿Está detenido Bernabé Solano?

— ¿Se conoce la hora de las muertes?

— ¿Se ha descubierto el arma?

— ¿La criada ha sido violada?

Y todas nuestras respuestas, unidos contra el enemigo común, fueron evasivas. La fiebre decayó y el silencio triunfó de nuevo.

— Espero que hayan quedado satisfechos —apunté cínico pero nadie tenía ganas de protestar—. Si no tienen más preguntas...

— Sólo una —incansable el personajillo ése, el 007—. Tengo entendido que usted resolvió brillantemente el caso de don Jakob Wenzel, el consuegro de nuestro escritor. ¿Guardan alguna relación los crímenes?

— En absoluto —terminé malhumorado. Al final ese tipejo me había fastidiado.

Los periodistas salieron de la casa y su alboroto fue mayor que a la entrada. Sus quejas eran más intensas que el primigenio murmullo esperanzado. Había mucho que denostar y nefastas predicciones que augurar respecto al trato con el nuevo comisario. León lo escuchó

desde su escondite y salió del armario y luego del vestidor y se refugió en el baño.

— Comisario —se me acercó Lezama—, lo felicito en nombre de la familia por su forma de hacer. Encantado de haberlo conocido — fue a juntarse con Bernabé en el estudio—. Yo me ocuparé de avisar a Juan Miguel Solano y a los padres de Candela —me relevó de un trámite desagradable.

— Gracias, despídame del señor Solano. Estaremos en contacto.

El abogado se alejó y Vicente vino a reemplazarlo. Lo acompañaba una periodista de veintitantos años. Era bajita y delgada, la piel muy blanca y el pelo muy negro, liso y desparramado hasta la cintura. Parecía una muñequita de porcelana, una niña casi, sin formas, y su voz era afectuosa.

— Le presento a Teresa Zaldívar del periódico local. Es la biógrafa oficial de Bernabé Solano. Lo sabe todo acerca de su vida, más que él mismo.

— Como así una chica tan... —no encontré el adjetivo— se interesa por los crímenes.

— No lo hago. Me han enviado por mi amistad con Bernabé. Me verá poco por comisaría.

— Es una pena —¡ay la galantería!

— Muchas gracias. Por cierto, ¿me permitiría saludarlo?

— ¡Periodistas! Ya lo siento pero su abogado lo tiene secuestrado.

— ¿Necesita abogado?

La agarré por un brazo, de buen humor, y la conduje a la salida:

— Por aquí se va a la calle. Vamos con usted, nada nos queda por hacer. Vicente, deje a Cañada en la puerta y a un coche de la policía nacional en la verja.

De haber sido tolerante con la periodista hubiera resuelto el caso en un solo día para engorde de mi vaca-fama. Al subir a visitar al escritor, Teresa se hubiera dado de bruces con su antiguo novio, que había salido temerariamente del baño al cesar la algarabía y apenas había podido pegarse al recodo al escuchar nuestra conversación.

Cuando nos alejamos, salió tras nosotros por la puerta principal y saludó cordialmente a Cañada que lo tomó por un periodista rezagado y lo amonestó por su demora. Estropeó así su perfecta hoja de servicios.

León abandonó la finca de los Solano, que para él no sería nunca el lugar del crimen. De la venganza en todo caso. O la pista del juego, o el escenario del arte. Y regresó a su casa paladeando el recuerdo: "sería imbécil, pensar que había dejado flojo el tapón cuando tenía el cárter agujereado".

[64] Llamaban a duelo las campanas de la iglesia catedral de Santa María de la Redonda esa mañana de San José; onomástica del pequeño de sus hijos, según el íntimo pensamiento de Bernabé, al margen de la locura de su mujer. Madre e hijo estaban unidos por la muerte, junto a la servicial muchacha, en los tres túmulos alineados frente al altar mayor. Los repiques convocaban al pueblo desde las torres gemelas, aunque a esas alturas ya me había explicado Vicente que la de San Pablo mide un par de metros más que la de San Pedro, pero no creía que los santos fueran a discutir por tales naderías.

Recordatorio innecesario porque horas antes de la convenida para el oficio de difuntos, los fieles o curiosos abarrotaban las tres naves del templo y sus principales capillas: de la Cruz, del Pilar, de los Reyes y otras cuantas. Una tarde entera me había tenido Vicente de palique con la formación del templo desde la antigua iglesia románica de planta redonda hasta la construcción de la actual en el siglo XV y sus ampliaciones —estiramientos más bien como en el potro de tormento— por la cabecera y los pies en los siglos XVII y XVIII respectivamente. Y en todo esto y en sus indicaciones sobre retablos, sepulcros, portadas y gárgolas, me entretenía mientras avanzaban las exequias.

La voz del padre Blanco, canónigo de la catedral, crecía sobre el murmullo de los feligreses y arribaba desde su púlpito historiado hasta los más recónditos rincones. Despertaba incluso a los demonios y monstruos del coro, tallados en nogal, que hacían las delicias del

escritor, y sacaba de su letargo a los cañones del órgano.

Presidía Bernabé Solano y lo flanqueaban dos mujeres, tan opuestas en edad como en belleza. A su derecha, toda de negro, una figura encorvada como un pájaro funesto, un carcamal podrido que se negaba a morir, cuando ella y no su hija y menos su nieto debía ocupar el ataúd y merecer el funeral. Identifiqué a la sacerdotisa de los Lequerica, doña Nieves, pese a su disfraz de noche sobre la blancura prometida. A la izquierda de Bernabé —tan pronto como había deseado al agenciarme mi traslado, pero en ocasión infausta— volvía a encontrarme, bellísima como siempre a Lorena Wenzel, mujer excepcional a quien la muerte volvía a golpear por segunda vez. Y no sería la última, como ya expliqué, pues aún le quedaba el suicidio indigno de su marido: Juanmi para todo el mundo, Juan Miguel para ella que no soportaba la apócope; quien al otro lado de doña Nieves, componía su pública figura de banquero, serio, sin afectación. No había derramado muchas lágrimas en contraste con la faz de Dolorosa que lucían las dos mujeres.

En el banco vecino, pasillo por medio, en la otra cabecera —marcando la distinción que la muerte había anulado, pero no la vida que hacía del funeral oficio de vivos y no de difuntos— estaba la familia de Candela del Val. Habían llegado esa mañana en el autobús de línea y habían podido ganar la iglesia y su banco gracias a la mediación del abogado Lezama y a la intercesión material de la fuerza pública. Los padres, don Genaro y la Remigia —no se encontraba con el "doña"—, sus hermanas Rosamari, Lucía y Soledad —cuatro hembras que colocar, ya sólo tres, y ningún varón—, y un sinnúmero de oscuros parientes ostentaban la representación.

El público se había distribuido según su extracción social. Así había unas cuantas chicas de indisimulable servicio doméstico colocadas tras los deudos de Candela y en paralelo la corporación municipal en pleno con su alcalde presidente a la cabeza del luto oficial, no en balde Bernabé Solano era hijo predilecto de la ciudad.

Detrás era un batiburrillo. Semejaba una boda de famosos. Sudando y padeciendo apretujones, estaban León Urraca y, aparte en el coro, don Buenaventura. En la capilla de los Ángeles, distraídos con la imagen de la Dolorosa y el Santo Sepulcro, don Onofre Osés y su hija

Clara. Y en las distintas playas donde la marea los había arrojado, Teresa Zaldívar y los demás periodistas, multiplicados los gráficos que inundaban el altar mayor para desesperación del padre Blanco.

Tras la familia y autoridades, se hallaba Lezama, pudoroso a la hora de recoger la invitación de Bernabé a compartir su banco. Y en sus inmediaciones, don Librado el juez y don Herminio el forense. En resumen toda la ciudad. Y los que no cabían aguardaban fuera, en Portales o en la Plaza del Mercado.

Vicente y yo nos habíamos quedado cerca de la puerta para ser de los primeros en ganar la calle de Portales, del general Mola, de la República, del Mercado, de la Herventia y de las Tientas —por celebrarse allí en el siglo XVI encierros de toros— que, pese a todos sus nombres, es conocida por el primero de ellos, a causa de los soportales que la caracterizan.

Así lo hicimos en cuanto que el padre Blanco se cansó de repetir "esperanza" y "perdón", y terminó su homilía y luego, ya de corrido, los ritos que desembocaron en una riada humana que amenazó con reventar la pétrea piel de la iglesia catedral antes colegiata. El rumor se agigantó entonces en el exterior cual la expectación que sigue a la salida de la plaza en las corridas mateas y no se recordaba nada igual si acaso un funeral en la década de los sesenta con ocasión de haberse precipitado por un barranco un autobús repleto de jóvenes logroñeses de acción católica.

La aglomeración de fotógrafos y cámaras era agobiante y la fuerza pública tuvo que emplearse a fondo para abrir un pasillo a los familiares, quienes una vez en la calle comenzaron a estrechar manos de pésames, de amigos y curiosos, que más parecía una recepción oficial de los tiempos del dictador.

Huyendo del bullicio, nos retiramos a la Plaza del Mercado. Y allí frente a la portada de Nuestra Señora de Los Ángeles, enmarcada en las dos torres casi gemelas, me endilgó Vicente algunas precisiones sobre dicha plaza. También había conocido otros títulos: de los Héroes del Alcázar de Toledo, de la Redonda, de la Constitución, de San Bernabé, de la República; y era en realidad la Plaza Mayor de la antigua ciudad de Logroño. Está formada por dos cuerpos en L, fruto de sucesivas compras y derribos de casas propiedad del Cabildo y del

palacio obispal, aunque sin residente por tener su sede en Calahorra.

— Aquí donde los ve —me contó el inspector, camino del cementerio—, Bardem rodó gran parte de su película "Calle Mayor" bajo estos soportales. Puede que inspirada en una historia real.

— Todas las chicas provincianas de los cincuenta pasaron por lo mismo —contesté de mal humor—. De todas las ciudades hay algo que contar y eso no las hace mejores sino más viejas.

La comitiva cruzó el río y Vicente volvió a la carga:

— Los dos puentes, el de hierro y el de piedra, datan de mil ochocientos ochenta y tantos. Para que los construyeran fue preciso que se ahogaran antes noventa soldados. Cruzaron en una balsa de los pontoneros, ya que el antiguo puente de piedra estaba en reparación, y para equilibrar la carga metieron a una banda de música. Se corrieron de sitio los instrumentos y...

Hacía rato que no lo escuchaba. Había vuelto a concentrarme en el caso, pensaba en Lorena, en Juanmi, en Lezama y... en el dinero. Me estaba preguntando a quién beneficiaban esas muertes, de hacerlo a alguien.

En el camposanto la afluencia de público seguía siendo considerable, si bien menor que en la iglesia, y Vicente continuaba con su cháchara:

— El cementerio es de la misma época que los puentes, fruto también de la urgencia y no de la previsión, a causa de un brote esporádico de cólera morbo asiático que aumentó la demanda de fosas.

Quien sí parecía estar colérica era doña Nieves. No sabía muy bien si tal obedecía a que su hija doña Asunción yaciera con los plebeyos Solano en lugar de en el panteón bilbaíno de los Lequerica donde ella tendría su morada eterna —a los pocos meses, viéndose privada de su compañía en la muerte como en la vida y a causa del mismo charrán—, o a la peregrina decisión de Bernabé Solano de enterrar a la criada con sus señores.

La familia de Candela se había quedado en segunda fila, humildemente agradecida a quien daba cobijo a su hija también para la otra vida, que esperaban fuera más pródiga con ella que ésta que la había hecho coja, pobre y asesinada. Terminada la ceremonia les llegó la hora del retorno en varios taxis que les llevaron a comer al restau-

rante contratado por Lezama antes de coger el autobús de la tarde y poner fin a su excursión ciudadana.

La familia Solano se retiró en el coche de Bernabé —debidamente reparado tras su avería, prólogo de los sucesos del día— conducido por su hijo.

También León había ido al entierro y fue de los últimos en regresar. Estaba contento, la representación avanzaba y él era el autor, el director escénico, el actor principal, el Juan Palomo del invento y pensaba ya en las ovaciones atronadoras del intermedio.

Con ánimo distinto volvimos nosotros. Cariacontecido y tenso yo porque el caso se presentaba enrevesadamente difícil. Dicharachero como siempre Vicente, de vuelta de todo, que hacía de su trabajo rutina y a quien su ciudad le procuraba sus únicas emociones. Estaba empeñado en que admirara en la distancia sus campanarios.

— La torre cuadrangular de San Bartolomé formaba parte del sistema defensivo de la plaza, aunque lo mejor de esta iglesia sea su portada gótica del XIII. Mire también la torre de Santiago y las gemelas de la Redonda y sobre todo la aguja piramidal de Santa María de Palacio.

— ¿Por qué no se mete su ciudad...? —estallé pero me detuve al ver su cara compungida. Verdaderamente la amaba—: Disculpe, continúe por favor.

— Como le iba diciendo —prosiguió feliz como un niño, con fidelidad de guía turístico— la aguja piramidal de Santa María de Palacio tiene en su base ocho buhardillones con agudos piñones y ventanas de arco de tracería...

Me sonó a música celestial, una armonía que no intenté descifrar y que me devolvió el optimismo por el caso y por la vida.

[65] La climatología de marzo mantenía a los logroñeses bajo los soportales. Allí habían ido formando corros los llegados del cementerio como mensajeros con el parte de las bajas en tiempo de guerra. Tal era el colorido épico con que teñían su mínima aventura. Al mediodía las cuatro calles porticadas eran un enjambre humano, un mentidero

de bulos y calumnias.

La ciudad ha crecido desde siempre hacia el oeste, siguiendo la ruta jacobea, y hacia el sur, limitada al norte por su padre el Ebro. Las calles de Logroño surgieron paralelas al gran río como la onda expansiva de una piedra lanzada en su centro: la Rúa Vieja, la calle Mayor y Portales.

La Plaza del Mercado se enmarca entre la calle Portalillos al norte y Portales al sur y ambas dan fe de su nombre y de su vocación popular. Más al sur y tras el derribo de las murallas en 1861, la cortina del Espolón dio lugar al Muro de los Reyes —después Muro de la Mata— que fue durante décadas el corazón de la vida burguesa, con las sucesivas cafeterías que conocieron sus arcadas. Y como cuarto as, el progreso construyó el paseo porticado de la Gran Vía; arteria central nacida tras el traslado en 1959 de la línea del ferrocarril. Junto a la carretera de circunvalación y la autopista constituyen los últimos efectos de esa onda semicircular, temerosa del río, cuyo vado dio razón de existir a la ciudad, en detrimento de la histórica Varea romana, arrabal hoy de Logroño. Ciudad que ha utilizado al Ebro como frontera natural contra los muertos del cementerio y los animales del matadero.

Ese mediodía los logroñeses o lucronienses justificaban su antiguo gentilicio de jacareros —habitantes de la ciudad de la jácara—, fruto de la temprana imprenta y de algunos sucesos acaecidos en el siglo XIV. Por extraordinarios que éstos fueran no lo serían más que los que ocupaban a sus descendientes a escasos años del segundo milenio; horizonte que alcanzarán en la memoria de sus hijos salvo advenimiento del juicio final patrocinado por doña Asunción.

Los diarios habían publicado la noticia con mesura y esperaban la inminente detención de un merodeador, fugado del cercano psiquiátrico. Tal discreción y respeto me recordaron a Teresa Zaldívar. Demasiado dulce para ser periodista. En pocos días había descalificado ya al joven policía Cañada y a la no menos joven y sí mucho más bonita reportera, y con ambos debería contar para la solución de mi peliagudo caso.

Veinticuatro horas después, la ausencia de información cambió el contenido de los artículos. Y si primero se había aceptado la nota oficial como la punta de un iceberg sumergido de pistas, al día si-

guiente la falta de novedades no obedecía a nuestra natural reserva sino a nuestra acostumbrada ignorancia. Si como ciudadanos se podían considerar inquietos, como periodistas estaban de enhorabuena.

La noticia saltó a la primera plana y los titulares tipográficos engordaron con ríos de tinta. Los calificativos florecían en editoriales y páginas de opinión. Se hablaba de ineficacia policial, se hacía recuento de agravios a la prensa y se citaba la contribución de ésta al esclarecimiento de casos recientes.

Algunos mantenían un voto de confianza —que me negarían al día siguiente, volubles en sus convicciones, ideas muertas en las hemerotecas— y se felicitaban por la coincidencia de mi nuevo mando. No faltaban suspicaces que relacionaban crímenes y destino como causa y efecto y hacían de mí el superpolicía para tan enmarañado asunto. Y a partir del hecho falaz de que se me hubiera requerido especialmente, aventuraban toda clase de hipótesis alocadas ocultas tras el silencio.

Los más ponderados pedían tiempo para la investigación —una semana quizás antes de sumarse al coro— y alegaban la inmediata detención de Oswald como el mejor argumento de que no siempre celeridad y claridad van de la mano.

Contradictorios en sus posicionamientos filosófico-periodísticos —el servicio a la verdad o el acaparamiento de lectores para financiar dicha lealtad— coincidían sin embargo, a los ojos de sus clientes, en los nombres propios y comunes. Y así los lectores que se apiñaban bajo los soportales —sin ningún interés en disolverse al aburrimiento de sus hogares— retendrían tan sólo señas como asesinato, suicidio, violación y sexo, y santos ya familiares: los de los muertos y el de Bernabé Solano que, si ya era culpable por ser rico y famoso, lo sería también por haber sobrevivido. Y si algún periódico destacaría en el subconsciente colectivo, no por su argumentación, sino por el sensacionalismo de su portada —letras negras de gruesos caracteres, con una gota de sangre en el punto final—, sería el que honraba con su firma Onofre Osés; paladín de la justicia desde entonces, que no sería acallado por la oligarquía dominante, la voz que no clamaría en el desierto.

En la comisaría de la calle Doctores Castroviejo —hijos de la

ciudad los famosos oftalmólogos—, en el edificio de la antigua clínica de la Santa Cruz habilitada al efecto, Vicente y yo habíamos dado buena cuenta de la comida servida por uno de los bares cercanos. Soltero y poco dado a comer en soledad entre la muchedumbre, lo había tomado por costumbre. Por contra Vicente, con una mesa repleta de hijos y nietos, empezaba a padecer los inconvenientes de un jefe célibe sin controladora horaria.

Me sentía invadido de la fiebre policial, un celo casi místico, un estado de gracia al que debía gran parte de mis aciertos. Policía individualista apostaba más por la intuición que por el soplo y prefería apuntalar teorías antes que dar palos de ciego.

El inspector se tomaba su trabajo con más calma. Lo hacía lo mejor que podía y punto. Sin corrupciones a gran escala pero sin hacer tampoco de la integridad imposible, banderín de enganche. Nunca se había amargado por un caso sin resolver o una solución poco convincente. Se limitaba a agotar el tiempo que le marcaban para la investigación y a redactar su informe. No le dolían prendas en reconocer su ignorancia, nunca había sido ambicioso y trienios o quinquenios aparte se jubilaría como empezó.

Lo disculpaba a causa de su edad. De haberlo conocido antes también lo hubiera descalificado. Mi lema era dejar la piel en el trabajo y no entendía a los que se limitaban a cumplir el mandato bíblico de la forma menos gravosa posible.

Tomé unas cuartillas y durante unos minutos escribí, taché y enmendé con denuedo. Luego me eché hacia atrás en la silla, balanceándome peligrosamente sobre las patas traseras; ¡sólo faltaba un policía desnucado en su despacho!

— Acérquese a ver mi frondoso árbol de posibilidades. Hay tres puntos oscuros —hice una consideración previa—: el móvil, el acceso y la cuestión del arma...

— Y quién sea el criminal ¿no? —se burló Vicente, en franquía por sus años o esperanzado de que también hubiera resuelto este extremo, el único importante para él. No le interesaban las circunstancias, sólo cumplir su trabajo y éste terminaría con la detención del culpable.

— Hay varias opciones para cada uno —pasé por alto su im-

pertinencia—. El motivo pudo ser la violación de la criada, la herencia, que esta noche nos destapará Lezama, o cualquier rencilla. En cuanto al modus operandi... el criminal tenía que estar al tanto de la alarma, el perro, etcétera. A no ser que no precisara entrar ni salir como Bernabé Solano.

Quiso protestar Vicente pero se lo impedí:

— Guarde sus lealtades. No excluyo a nadie. Tal vez los hijos tuvieran llave o alguien se hiciera con una, aunque las de esas cerraduras precisan un código para las copias. O quizás estuviera conchabado con Candela o Josafat. Ya sé lo que va a decirme: que cómo cerró la puerta después si no faltaba ninguna llave. O bien Bernabé Solano miente o se equivoca o el asesino conocía los hábitos del escritor y con gran sangre fría esperó a que éste abriera puertas y ventanas para escapar. En todo caso necesitaba la ayuda de alguien de dentro. Y lo mismo se puede decir respecto al arma: nadie va a matar sin llevar su herramienta salvo que sepa de la existencia de una y de su llave. No me sirve por tanto un ladrón sorprendido. Se trata de un asunto doméstico y el criminal está directamente relacionado con sus víctimas. Lo siento pero no vamos a poder sacarnos de la manga ningún vagabundo providencial. La cuestión es saber cuántos crímenes y cuántos criminales ha habido.

— ¿Cómo dice?

— Son las dos primeras ramas de mi tronco. En la A tenemos tres crímenes, obra de un solo criminal, y en la B varias combinaciones de delitos, suicidios y delincuentes.

— ¿Con la misma pistola? —dudó Vicente.

— ¿Por qué no? No olvide la diferencia de tiempo entre las muertes pero procedamos con calma. He subdividido la alternativa A en tres. La A-1 corresponde al único superviviente, nuestro amigo o el suyo, Bernabé Solano. La A-2 al presunto heredero Juanmi por sí o a través de un sicario. Y la A-3 a un extraño.

— Parece una autopista: circulan demasiados coches.

— Al contrario, hemos acotado el tema, pero no olvidemos la rama B. Espero que no le parezca un burdel y motivos no habrían de faltarle. En la B-1 hay tres crímenes con dos ejecutores. El hijo borracho coge la pistola para intimidar a Candela, la viola y asustado la

mata. Y luego a su madre que lo sorprende, y entonces se despierta Bernabé que mata a su hijo. Y la B-2 es su variante con una doña Asunción suicida entre los dos asesinatos. ¿Por cuál se inclina?

— ¿Cómo puedo saberlo? —se excusó.

— Déjese de paños calientes, olvide que se trata de su amigo. Tiene una idea en la cabeza, suéltela.

— La B-1. Josafat era una mala cabeza. Candela se resistió y en su obcecación la mató. Asunción debió sorprenderlos. Bernabé encontró los cadáveres y a su hijo dormido. La pistola estaba a su lado, caliente y entonces él... se sintió Dios justiciero y disparó —terminó en un susurro—. Y usted ¿qué opina?

— No me atrevería a decir lo que pasó —no me exigí lo mismo que al inspector— pero sí que todo ocurrió entre los cuatro y que la clave está en la cabeza de ese hombre. Bien, ya podemos ir a reunirnos con la afligida familia.

[66] No éramos los únicos en pasar las primeras horas de la tarde reconstruyendo los hechos. En todos los hogares riojanos se hacían cábalas sobre los extraños acontecimientos de "Los vientos". El viento solano había segado tres vidas, se decían algunos guiñándose el ojo. Así pensaba don Buenaventura y lo comentó con su mujer frente al televisor. No con su hijo, que se había refugiado en su cuarto.

León había apurado las últimas gotas de la noticia. Había intervenido con sonrisa amistosa en conversaciones de viejos, dichosos por la atención inusitada de un joven. Nadie sospechaba de él y sin embargo era el hombre del día aunque de nombre y rostro desconocido. Ésta era su servidumbre. Una pena el anonimato, no era justo su incógnito. De alguna forma debía saberse que él era el protagonista. Todos desearían conocerlo y sobre todo Bernabé Solano.

Al volver a casa, pasó de largo por el comedor, saqueó la cocina y se recluyó con sus víveres en su leonera, a resguardo de los altisonantes comentarios de don Buenaventura. Su padre de todo entendía y opinaba. León sintió ganas de gritarle la verdad para que comprendiera cuánta era su necedad.

Recortó todas las fotos y artículos que había podido reunir. Esa mañana se le habían ido sus ahorros. Cogió el álbum de su noviazgo adolescente con Teresa. Allí estaban las fotografías de los guateques heroicos, de las fiestas de disfraces, de las chuletadas en el río, de las primeras vacaciones juntos y la añoranza de los revolcones en la arena. También sus éxitos académicos. Había incluso una foto con don Buenaventura que fue la primera en arrancar. La rompió en finas tiras y la arrojó a la papelera. Las de su amada siguieron el mismo camino. Sólo dos merecieron el indulto: una suya enfundado en su mono de mecánico —obra de Teresa cuando pasaba a recogerlo para ir a amarse como desesperados sintiendo premonitoriamente que el tiempo se les escapaba— y otra en que los novios flanqueaban al novelista. Recordaba su encuentro hacía unos años en el Espolón, su último fotógrafo ambulante los había inmortalizado. También ésa obtuvo el perdón, si bien amputó a Teresa: ella no tenía sitio en el nuevo álbum.

Puso las dos en la primera página: el mecánico y Bernabé Solano mintiéndolo con su amistad. Ahí había empezado todo. En la segunda colocó el corazón sangrante de Jesús con sus iniciales en el centro de la diana y un pegote de pelos y sangre en uno de sus bordes. A continuación los recortes de prensa. Ése sería su periódico. Ya era importante.

Pero en ninguna casa como en la de los Lequerica —reivindicado su dominio por la presencia de doña Nieves, Edurne en los nuevos tiempos como en los antiguos con un paréntesis castellano de media vida— gravitaba el triple crimen con tanta peso sobre sus habitantes.

Junto a la abuela el nieto a cuya furia había encomendado su venganza. Y con él su silenciosa desposada. Y en un rincón, Bernabé Solano, conectado a los otros por el vínculo de su abogado común, don Jesús Lezama que —con agilidad impropia de su edad que no de su aspecto— salvaba las distancias y las apariencias hasta que rindiéramos nuestra prometida visita vespertina en que habríamos de informarlos de la autopsia y de nuestras investigaciones.

Cumplidas las formalidades para con los muertos, la tarde era para los vivos. Habían recibido al notario que les había leído el último

testamento de doña Asunción. Previsible era que la fortuna fuera a parar al Juanmi de marras. Sin embargo las estipulaciones de doña Asunción eran más complejas y requerían una explicación técnica como habrían exigido también un asesoramiento legal a la hora de establecerlas, por lo cual y pese a declararse Lezama ignorante, el defraudado heredero vio su mano en él.

Doña Asunción dejaba el tercio de libre disposición a su marido en agradecimiento a su compañía abnegada en la salud y en la enfermedad, conforme a las promesas del matrimonio, que no por tópicas impidieron una lágrima —la primera— en la pupila de Bernabé Solano. El tercio de mejora era para su hijo pequeño Josafat, cuyo usufructo favorecía a Bernabé. Y por último los dos hijos se repartían el tercio de legítima estricta. Es decir que Juanmi Buscacuartos se tenía que conformar con la sexta parte en lugar del todo ambicionado. Legalmente no podía ser menos y gracias que no lo hubiera preterido o desheredado.

El orden de sucesión de las muertes abría un interrogante jurídico. La herencia tendría distinta adjudicación de darse premoriencia o conmoriencia de Josafat que si éste hubiera muerto con posterioridad a la finada. En el primer supuesto jugaría el derecho de acrecer de los otros llamados y en el segundo transmitiría su derecho mortis causa.

El abogado Lezama se encargó de aclararles la terminología, fascinante en su traducción económica sobre un patrimonio de algunos miles de millones de pesetas. En un supuesto Juanmi se haría con la herencia de su hermano pequeño y en el otro iría a parar al heredero de Josafat: su padre Bernabé Solano, dada su muerte intestada.

Lo trascendental de la secuencia de los hechos incitaba a los presentes a su reconstrucción y Bernabé resistía con dignidad las embestidas. Doña Nieves envenenó el aire con su ponzoña. Bernabé había conseguido culminar sus propósitos. Seguía siendo un cazadotes, y poco importaba el dinero que hubiera ganado con la literatura y sus bien aconsejadas inversiones. Siempre se había opuesto a esa boda y ahí estaban los resultados. Bernabé moriría siendo un trepa y ella nunca olvidaría su origen; inútil venganza contra una suegra que tampoco le perdonó el suyo.

Movido por las salidas de tono de doña Nieves, se atrevió Juanmi a abordar con Lorena lo incomprensible de esos asesinatos con todas las puertas cerradas, un arma de la casa, un único superviviente y ningún móvil racional, un feo asunto que parecía tener una solución lógica.

— ¿No crees que pudo hacerlo el viejo? Que le diera un ataque de locura o así —eligió los dos medios más rápidos de llegar a la fortuna que se le negaba: que su padre fuera el asesino, indigno por tanto para suceder, o su incapacitación que lo convertiría si no en dueño en administrador de su dinero.

— Vete a la mierda —fue la contestación expresiva de mi bella Lorena, suficiente por sí sola como toda una argumentación escolástica.

Este fue el espectáculo que encontramos a nuestra llegada. El feliz matrimonio se peleaba y la vieja intentaba desde su sillón separarlos a bastonazos. En el otro extremo, Bernabé Solano miraba absorto por el ventanal y sentí por él el primer ramalazo de afecto.

— ¿Discuten por la herencia? —le pregunté irónico a Lezama. En verdad tenía la escena mucho de cine cómico y sólo faltaban las inevitables tartas de merengue. Y, en tal caso, una hubiera ido a parar a mi cara.

— Es la tensión de tantas horas —los excusó el abogado y retomó el mando de sus huestes—. Señoras, caballeros, ha llegado la policía —talismán que consiguió su inmovilidad.

— Peleas de familia —me guiñó el ojo Bernabé que vino sonriente a nuestro encuentro.

— Creo que ya se conocen, una trágica coincidencia —habló Lezama y ninguno nos sentimos obligados a referirnos al caso Wenzel—: Quiero reiterar el agradecimiento de la familia por la discreción con que están llevando este enojoso asunto y así mismo manifestar una cierta inquietud por algunas especulaciones...

— No quiero ser agorero pero no ha hecho más que empezar. No den pie con sus declaraciones a hinchar el globo. Por mucha inventiva que tengan, necesitan municiones. Intenten no ceder al protagonismo. De todas formas —varié brusco el tono— no me preocupan las injurias, estamos empeñados en aclarar tres asesinatos.

— Oigamos lo que tenga que decirnos —siempre Lezama.

— El informe del forense tan sólo. Las dos mujeres murieron entre las dos y las tres de la mañana con intervalos de pocos minutos y el chico una hora más tarde. —Juanmi soltó una exclamación decepcionada—. ¿Qué ocurre?

— El testamento de doña Asunción Lequerica instituye heredero a su marido y mejora a su hijo pequeño. Al haber muerto Josafat después que su madre, transmite su derecho al señor Solano.

— Así que... —hice mi traducción a dinero.

— ...él se lleva más del ochenta por ciento —se adelantó Juanmi.

— Siempre supe que te quedarías con todo —le apostrofó doña Nieves—. Desde el primer día te vi venir. Bien que engañaste a mi pobre Ambrosio, pero yo te calé.

— Déjelo abuela —le detuvo el brazo justiciero y el bastón Lorena. Me miró, nuestros caminos se alejaban y se llevó fuera a la ménade furiosa.

Quedamos los cinco hombres a solas: el escritor, su hijo, y el abogado en nuestra compañía.

— Terminaré con la autopsia. Los vómitos pertenecen al muchacho. Y en cuanto a la criada es evidente que tuvo relaciones sexuales completas, momentos antes de su muerte, y que hubo desgarro del himen, es decir que era virgen. No podemos saber si fue violada o si consintió. No hay erosiones ni contusiones que hagan pensar en un forcejeo, aunque ciertamente pudo ser intimidada con el arma. Los tres murieron de un solo disparo, a muy escasa distancia, efectuados con la pistola del señor Solano. Ninguna puerta ni ventana había sido forzada. Por cierto ¿alguno de ustedes tiene llaves de la casa? —Negaron con la cabeza y terminé—: Respecto a José, estuvo hasta las diez y media con una amiga suya, Clara Osés. ¿La conoce? —le pregunté a Bernabé.

— Sí, venía mucho por aquí.

— ¿Novios?

— Ahora ¡quién sabe! —murmuró repentinamente viejo el escritor.

— Es la hija de Onofre Osés, el periodista —puntualicé y los

pensamientos corrieron más veloces que el silencio—. Pero no tenemos constancia de a qué hora regresó a casa. Hasta aquí los hechos. Tenemos una urna cerrada para un drama y un arma en su sitio antes y después del crimen. Todo sucedió entre sus cuatro habitantes.

— Tendrá pruebas —contraatacó el abogado.

— Ninguna lamentablemente, no existen. Están en la cabeza de ese hombre —señalé al escritor—. Y como bien puede indicarle, el señor Solano no tiene obligación de declarar contra sí mismo, ni contra nadie de su familia. Bastaría con que reconociera haber guardado la pistola en la vitrina.

— No tengo nada que añadir —contestó por una vez raudo Bernabé Solano—. Señores —se levantó y salió. Despreciaba esas insinuaciones. De nada era culpable y de nada tenía que defenderse.

— Este hombre se obstina en aparecer como sospechoso — dije para mí y luego en voz alta—: Si al menos quisiera colaborar un poco. Cualquier combinación es posible, pero sólo quedó un superviviente. Así que el cuadro no puede explicarse sin que el señor Solano dejara la pistola en su sitio, cualquiera que fuera quien apretó el gatillo las tres veces.

— Es muy dura su alternativa —tomó la palabra Juanmi—. La familia no puede rechazar la idea de un extraño que penetrara en la casa, por ejemplo con mi hermano pequeño.

— Siempre queda la posibilidad del vagabundo enloquecido. Buenas noches y suerte —me despedí.

Al partir me pregunté por qué había sido el hijo el defensor y no su abogado. Después de todo los fuegos de artificio no habrían resultado vanos. Bernabé había sido mi ninot indultado en la noche de Fallas.

2ª cavidad: la primavera.
Abril 1985

[67] Dos semanas después, el uno de abril, a varias décadas del "cautivo y desarmado, etcétera, etcétera", Bernabé Solano se había hecho ya a su rutina circadiana. La familia se había ido como un soplo y él se limitó a verlos partir.

Primero doña Nieves, a su Bilbao, a su solitario caserón regentado por monjas. Fuera de él no podía vivir, era un alma gemela del escritor y mutua su antipatía insuperable. Bernabé no abandonó su estudio para despedirla. Sí estuvo Lezama, fiel a todos en la esperanza de estar con el vencedor. Para el abogado —cartesiano él— era cuestión de tiempo que Bernabé se derrumbara. Mientras tanto, sería difícil probarlo. Y, ojos ciegos a los años que marcaba su calendario, apostaba por los dueños jóvenes antes que por el viejo. Jugaría a dos barajas, a tres, a las que hiciera falta, pero conservaría el control de unos dineros que, de aplicarse la máxima revolucionaria de la tierra, debieran ser suyos por lo mucho que los había trabajado.

Pocos días más tarde, se alejó también Juanmi y con él Lorena. De nada servía su presencia si Bernabé no les dirigía la palabra. Juanmi necesitaba saber la verdad y empezó a traducir las evasivas de su padre, propias de su carácter, en inculpaciones y sospechas. Decidió marcharse, esperar que la policía le comunicara los hechos y no continuar atormentándose. Regresaba Juanmi más o menos desheredado, un buen pellizco en todo caso. Y ahí quedaba la amenaza sobre su padre, que enturbiaba sus pensamientos con deseos inconfesables que levantarían entre ellos el muro final, de tal forma que ese día de San José habría enterrado también a su padre y él a su primogénito.

Bernabé reinició su vida solitaria, aunque algunos días creyó vislumbrar en la cocina la silueta de una niña huidiza y cada mañana, y al mediodía y a la noche, se hacía el milagro de su comida servida, y su cama estaba hecha y Baxter no se moría de hambre. Si todo estaba

en orden él podía seguir buceando en su novela interrumpida. Sanders —el detective número uno— llamaba a su puerta todas las noches y él le hacía sitio en su cama y en su mesa de trabajo.

Sin embargo no contaba el escritor con que pudiera invertirse el sentido de la pugna. Había sido sencillo que su capacidad de fabulación derrotara a su cotidianeidad de horas vacías, de días sin recuerdos. Pero no era mérito suyo sino inferioridad de su rival. Las tornas habían cambiado. La vida a sus espaldas era tan misteriosa como la ficción. Y en los amaneceres pudo comprobar que, si antes había impregnado su existencia con los hijos de su mente, la realidad asaltaba con éxito ahora las murallas de su imaginación. Y sentía el aviso de las trompetas ante Jericó.

El detective Sanders había engordado, su melena encanecido y luego la calva había ocupado su terreno y una barba blanca compensaba el cráneo pelado. Sanders era su hermano gemelo, quería hacerse escritor. La casa se llamaba "Los vientos", los nombres se castellanizaban día a día. Su mujer Lucy se había hecho vieja con él, Bob era un hijo rezagado y miss Rochester seguía un curso acelerado de rejuvenecimiento aunque la pobre cojeaba un poco.

La intromisión de la realidad modelaba sus sueños. Y ya no podía confiar en éstos para interpretar su mundo. Había rechazado la doble personalidad y no tenía ninguna explicación que la reemplazara. Los motivos permanecían ocultos en su crimen onírico y en el que investigaba la policía. Pero en el primero era el detective Solano, el escritor Sanders, quien levantaba la mano y la pistola homicida.

Se despertaba con la palabra "muerte" que repetía hasta perder todo significado. Subía a su estudio y la miraba en el diccionario. Ya sabía lo que quería decir y recordaba una escena de cuerpos mutilados. Después abría su ventana pero no las del resto de la casa, una voz le dictaba prudencia. Y con el sol de la mañana, como el día a la noche, sentía en sí que el detective Sanders-Número Uno, sustituía al Sanders-Asesino Nocturno e indagaba para desenmascarar sus crímenes.

De tránsito entre dos mundos, iniciaba su vía crucis. Iba primero a la habitación de Asunción y buscaba una huella en la colcha de raso. Sus pasos lo llevaban después a otro dormitorio y la perspicacia del detective lo situaba en un cuarto de adolescente. Pero un olor re-

pugnante lo hacía husmear a cuatro patas y salir agitado escaleras abajo.

Cruzaba el vestíbulo, los salones, el office, sin resuello, hasta llegar a su puerta. Era blanca y él quería ver a su través pero la vista se le nublaba en sangre. Apretaba los párpados y eran sus ojos el manantial. Entraba y los abría de golpe sobre el cabezal y sonreía con alivio: allí no había ningún corazón. Bajaba la mirada y la dejaba reposar sobre la cama y el bulto de la muchacha lo hacía despertar de su pesadilla.

Así ocurrió varios días. Aceleraba las etapas intermedias para alcanzar antes la visión tranquilizadora de la durmiente. Amanecía pronto, impaciente por burlar su cerco de muerte. Corría hasta ella, se demoraba en sus facciones amigas, en el contorno de su cuerpo, en su respiración confiada, y regresaba tranquilo a su estudio. Trabajaba en su novela "El detective número uno", y la paz de la mañana ahuyentaba los espíritus incordiadores de la noche. Así transcurría la jornada con la repetición de los milagros gastronómicos, tanto en cantidad —debida sin duda a la previsión del Señor con las aves y lirios del campo— como en calidad, imputable a la sombra fugitiva portadora de bandejas y emisora de ruidos que parecían palabras.

Sus rutas del insomnio ya sólo buscaban la imagen presentida y Bernabé empezó a calibrar matices en su postura. Una mañana los ojos estaban abiertos y lo miraban y su boca se abría con los labios humedecidos, en una cadencia disonante con su respiración.

Siguió acudiendo pero carecía de la naturalidad antigua. Las poses variaban y destapaba su cuerpo con aparente descuido. Tenía el camisón enrollado por encima de la cintura y se le ofrecía cular, nalgar y crural pero sus dos muslos iguales y perfectos resultaban anodinos.

Bernabé Solano soñó con una familia numerosa que lloraba y con una de las hijas, contenta con su suerte. E interrogó al fantasma:

— ¿Quién eres? —tendió su mano y atrapó una muñeca que no se evaporó entre sus dedos.

— Rosamari, señor —la sombra hablaba y reía—. ¿No me dirá el señor que no me conoce? Bien vista me tiene.

— ¿Cuál es tu nombre?

— Rosamari del Val, la hermana de Candela.

— Candela —recordó el escritor y dejó que regresara a sus dominios: el sueño o la cocina.

La realidad lo derrotó y Bernabé pasó a habitar con el resto de los mortales. Tenía presentes el agradecimiento de Genaro del Val por acoger a su segunda hija, también bonita pero no coja, y la felicidad de ésta por dormir en la cama de su hermana aunque hubiera sido su mortaja.

Ese día no subió a su estudio. Esperó en el salón sin saber el qué. Leyó los periódicos y una noticia atrajo su atención: proseguían las investigaciones sobre las misteriosas muertes de la familia Solano. Así supo la razón concreta del cambio de criada y de las solicitudes de entrevistas que se multiplicaban y denegaba y de la presencia de desconocidos frente a la verja.

Al mediodía descubrió lo que estaba aguardando. Sonó el teléfono, esa intromisión intolerable en la vida privada. Cualquiera puede abordar a uno en su más íntima soledad. El recurso de ignorarlo o colgarlo no borra la llamada como cuando en las películas americanas se dice que el jurado no tendrá en cuenta tal declaración. El lo cogió contra su costumbre.

— Asesino —le dijo una voz. Y otra—: Has sido tú. —Y una tercera—: Tus días están contados. —Y otra más—: No te saldrás con la tuya. —Y la quinta—: Pagarás tus fechorías. —Y así hasta que colgó a Sanders.

Su interlocutor telefónico no era el detective de sus pesadillas. León Urraca asistía al silencio sobre el caso con preocupación. Atrás quedaban unas horas vertiginosas: la cita, su actuación, el funeral y los comentarios. Y de pronto la ciudad era un pantano y nadie hablaba del suceso. Su plan carecía de continuación. Siendo perfecto no había nada que temer ni coartadas que buscarse. Bernabé Solano tenía que hacer algún movimiento, le tocaba a él para que León pudiera contrarrestarlo. Pero permanecía agazapado en su madriguera. Habría que provocarlo. Grabó las frases adecuadas y lo llamó. Los días siguientes repitió su experimento. Era cuestión de tiempo y la nueva diversión lo ayudaba a dejarlo correr.

Bernabé modificó así su nueva rutina. Ya no pensaba en San-

ders, bajaba directo a la habitación de Rosamari y la chica desvergonzada lo recibía medio desnuda y luego se sentaba junto al teléfono a esperar las llamadas. A León Urraca le habían salido imitadores como pepito grillos del escritor. Había muchos —los que se dedican a llamar con amenazas de bomba o, en los secuestros, con falsas peticiones de dinero— que consideraban vergonzoso que estuviera todavía suelto. Respecto al móvil siempre hay alguno para que un hombre se lleve por delante mujer, hijo y criada.

Bernabé consiguió forjarse de esta manera un mecanismo de expiación por unas culpas que desconocía. Primero era la risa hiriente de Rosamari, que interpretaba sus visitas y contraponía su tímida procacidad como una herencia más de Candela como el trabajo y la cama. Y después los insultos que no dejaba de atender, para sustraerlos a los oídos de su espía.

[68] A nosotros esas dos semanas nos dejaron las manos vacías y el cerebro caliente de darle vueltas al enigma, indescifrable sin la colaboración de ese viejo empecinado. Lentos hasta la desesperación cada uno de sus minutos, como gotas de sangre por la vena abierta, sin pistas que seguir ni sospechosos que investigar, sólo esperar un golpe de fortuna cada vez más improbable a medida que el tiempo se consumía. Tan siquiera podíamos entretener la espera en raterías sin importancia, dedicados en exclusiva a este asunto por orden superior.

El día siguiente a la lejana victoria —de todos en cuanto final, mejor de nadie— espiaba distraído por la ventana la salida de los colegios: los más pequeños acompañados de sus madres y los adolescentes invadiendo los aledaños de sus bares. Gentes que iban y venían, y yo su contrapunto.

Sin embargo, ese mediodía iba a ser complaciente y me depararía una hermosa compañía. No la de Onofre Osés que me anunciaron. Lo que menos deseaba era un interrogatorio periodístico y di instrucciones al agente para que obrara en consecuencia. Pero volvió al momento con la contestación soberbia de don Onofre: no venía como periodista sino como padre de una ciudadana menor de edad, cons-

ciente de sus deberes cívicos. Así, de forma tan alambicada, supe que mi gozo sería esa menor cuyo cuerpo, mayor a todas luces, me había hecho dar un respingo la primera vez que la interrogué.

Prescindí de la evocación anatómica, próxima la constatación visual, y recordé las circunstancias de esa entrevista. Se habían presentado pomposamente la misma tarde del crimen. Onofre estaba al tanto de la estrecha amistad entre su hija y el benjamín de los Solano —lo cual hablaba en favor de su dedicación paternal— y había procurado decírselo con tacto. La chica para entonces ya lo sabía y lloraba como sólo se puede hacer por la pérdida de un primer amor adolescente. La noticia se la dio ella al revelarle que la noche anterior había estado con Josafat hasta las diez y media, y convertirse así en una testigo crucial. Onofre no podía dar crédito a su fortuna y corrió con ella a comisaría para ponerse incondicionalmente a nuestra disposición, lo que traducido quería ser un cambalache de información.

El testimonio de la "niña" no aportó ningún dato sustancial y persistió la incógnita de sus pasos posteriores. Sus declaraciones fueron un cúmulo de lugares comunes: salían juntos, se llevaba bien con su familia, estaba sobrio y se había vuelto a casa. Es decir que la había engañado y entre esa hora y su regreso real se había emborrachado en algún lugar todavía desconocido o en su propia casa. Y eso era todo, a no ser que Clara hubiera mentido.

El policía introdujo a mis visitantes. Mis ojos apenas repararon en el hombrecillo viscoso, y no por aversión sino por contraste. He conocido a muchos apodados "picha de oro", ninguno con tanto mérito como ese Onofre Osés, si su mujer le había sido fiel. Clara tenía dieciséis años, los mismos que Josafat. Pero él no seguiría creciendo y en cuanto a la chica estaba en la frontera entre ser un monumento o un fenómeno de la naturaleza. Tenía un cuerpo de nadadora: hombros anchos, senos potentes y caderas escurridas. Era alta o lo parecía junto al pigmeo de su padre. La melena morena, suelta y lavada, difuminaba sus últimos bucles en el aire, presta para un anuncio de champú. Y el pañuelo anudado con estudiada displicencia al cuello, le daba un aire vaporoso de mujer fatal que desmentían los libros en su cadera, a no ser que el título de vampiresa fuera también universitario.

— Buenas noches —me obligué a mirar a Onofre y, preocupa-

do de que la vista no me delatara, me denunció la lengua.

— Buenos días o buenas tardes —me rectificó Onofre—, venimos a ponernos a su servicio.

— ¿Cómo es eso?

— Ya que nuestra policía parece un tanto despistada, hemos pensado que pudieran serles útiles nuestras informaciones.

— ¿Tiene algo que añadir o rectificar? —me dirigí a la chica sin afrontar sus ojos oscuros.

— Yo... —vaciló—, papá me ha dicho que...

— Queremos incidir en algunos aspectos de la personalidad del occiso que, según el estado de la investigación —hizo una pausa que yo no rellené con primicia alguna— pudieran arrojar luz sobre el asunto. Antes no nos hubiéramos permitido manchar su memoria pero si puede resultar provechoso...

— No tengo todo el día —mentí descaradamente—. ¿Quién quiere declarar en relación con Josafat Solano?

— Mi hija, desde luego —se sintió relegado el señor Osés.

— Entonces espere usted fuera por favor —tal vez así sacara algo de esa deliciosa cabecita.

— Bueno, yo —tartamudeó falto de reflejos— soy su padre y ella... es mi hija y...

— Eso no se lo discute nadie —recordé mis malas ideas— pero ya es mayorcita y sabrá hablar por sí sola. —Onofre Osés se retiró humillado—. Señorita Osés o señorita Clara ¿cómo prefiere que la llame? —ahora sí la miraba a los ojos y quizás no fueran tan oscuros y una luna se reflejara en su pozo.

— Clara está bien —se encogió de hombros con una sonrisa triste—. A veces Yos me llamaba Claro de luna —no había andado desacertado.

— ¿Yos?

— A él le gustaba que lo llamara así. Jos pero con la J suave. En cambio, le molestaba José.

— ¿Y Josafat? —pensaba en Bernabé Solano defendiendo su nombre falso a capa y espada.

— Le hacía gracia, se reía de su madre. Ya sabe, el rey de Judá y el valle del Juicio Final. ¡Chocheces! Le divertía pero prefería Yos.

Varios yo decía y su padre le corregía: el plural de yo es nosotros. No se llevaba bien con él. Nunca hablaban. Yos decía que era como un mueble y jamás leyó ningún libro suyo.

— Tenía algo que contarme...

— En realidad no. Discúlpele —se mostró filial—. Es un buen hombre. La gente ha sido muy injusta y atraviesa un mal momento. Este caso es muy importante para él, si quisiera ayudarlo...

— Todos necesitamos ayuda —medité. Las mujeres siempre lo han tenido fácil conmigo—. Háblame de Yos, ¿era su novio?

— Estábamos a gusto juntos. Eso del noviazgo, del amor...

— Sí, ya sé, no se lleva.

— No quería decir eso, sino que no tuvimos tiempo de saber lo que sentíamos. Mi padre quería que le contara cómo era pero a usted no le interesará...

— ¿Por qué lo dice?

— Supongo que esos crímenes no irían con él. ¿Quién iba a querer matar a un chico de dieciséis años? Es una estupidez.

— Por lo menos una persona deseó su muerte y yo he de encontrarla. Háblame de él.

— Era un hijo rezagado, no querido. Así se sentía. Sus padres no lo habían buscado, deseaban que no viniera y vino. Lo del nombre era una bobada, lo que auténticamente lo marcó fue la distancia con su padre. Le hablo desde su punto de vista. Quizá estaba equivocado pero Yos veía su desamor en cada acto. Creció consentido, nunca le dijeron que no, pero sin cariño. Estoy hablando demasiado...

— No, siga por favor. Cuénteme de sus aficiones, de los estudios.

— Le gustaba la geografía. Quería marcharse lejos, ser marino aunque —se rio— nadaba muy mal. Pero decía que muchos no saben. Por lo demás, carecía de ilusiones. Cuando regresara de cada viaje no haría nada, vegetaría como su padre. Esa era su opinión aunque para los demás fuera un escritor genial.

— ¿Qué hacía, con quién andaba? Dígame la verdad sobre su borrachera, usted debe saberlo, ahora ya somos amigos.

— Entonces tutéeme, me hace vieja.

— Y tú a mí también. ¡Qué tontería! yo sí lo soy, viejo me re-

fiero.

No me rectificó Clara para mi decepción y contestó a mi pregunta:

— Yos hacía amigos a base de dinero. Era rico y le gustaba que se notara. Yo creo que le sisaba a su madre, allí había gran descontrol. Les financiaba los porros hasta que les cortó el suministro hace unos meses. Entonces vino lo de los robos.

— ¿Robos?

— Detuvieron a algunos de sus colegas por robar en tiendas de ropa y de electrónica. Ha sido bastante sonado antes de que usted llegara.

— ¿Se drogaba Yos?

— Ni siquiera fumaba, se atragantaba con el humo. Pero bebía cada vez más. No sé con quién andaba. A veces pasaba el rato en los billares y al día siguiente tenía resaca y estaba insoportable. Alguien debía jugar y beber a su salud pues fue por la misma época en que dejó de mantener a sus amigos —estableció la relación como una profesional.

— Chica lista, todavía va a ser una ayuda tu visita. Además de encantadora.

— Es usted muy amable.

— Gracias pero puedo hacer preguntas molestas.

— ¿Por ejemplo?

— Tengo una. Si no quieres no me la contestes, no deseo estropear nuestra charla. ¿Estaban liados Josafat y Candela?

— ¡No, por Dios! Yos no la aguantaba. Quería regenerarlo. Era la que limpiaba sus borracheras. Siempre dándole consejos, como una madre. Quizás estuviera enamorada de él a su modo —reflexionó en voz alta—. Pero a Yos el sexo... ¡Oh, no era marica si es lo que está pensando! Sólo que Yos era... virgen.

— ¿Entonces? —me asombré con ese cuerpo delante. No se me había ocurrido que ella también lo fuera.

— Sí pero que no se entere nadie —bromeó—. Hubiera sido cuestión de días, pocos quizás. Hacía mucho que lo hablábamos pero no nos dieron tiempo, ya se lo dije.

La conversación había terminado. No eran pocas sus revela-

ciones. La virginidad de Yos podía pesar contra él y no a su favor como Clara creía. Quizás el muchacho deseó entrenarse con la criada para quedar bien con su novia; pero tal vez los jovencitos no se estrenaran ya con doncellas ni prostitutas sino que aprendieran juntos con sus enamoradas. En cuanto a los billares, aclararíamos los pasos de Yos aquella misma noche.

Bienaventurada Clara y bienaventurado Onofre por haberla obligado a venir. En la próxima ocasión —me prometí pero no lo cumplí— le devolvería el favor al periodista.

[69] Tras su salida vulneré mi norma y me fui a comer a un bar de la calle del Peso. Allí entablé conversación con un viajante y de las palabras pasamos a compartir mesa y mantel. Al despedirnos le dije que era comisario de policía y mi vecino me contestó que él ministro. Ninguno había creído al otro y quizás los dos dijéramos la verdad.

Después me senté en un banco del Espolón con un viejo. Los sucesivos encuentros con la soledad ajena alegraban mi espíritu. Ya no me sentía aislado, era patrimonio común de la humanidad. El anciano tampoco me hizo caso y me confesó bajo secreto profesional —la deontología y esas cosas— que él era un ladrón jubilado. Y hablando de las horas muertas me explicó su idea, ya experimentada en Oriente, de reservar trabajos a tiempo parcial para los mayores. No contaba con el paro y no llegué a aclarar cómo aplicaría eso a su profesión de ladrón. Por si acaso palpé la cartera pero continuaba en su sitio.

A última hora de la tarde todavía me duraba el benéfico influjo de Clara Osés. Estaba esperando al inspector Vicente. Le había encomendado que tomara declaración a los chavales implicados en los robos. Conocía a sus padres y a ellos desde pequeños. No fue agradable intervenir en su detención y menos comunicarla a unas familias ciegas a los pasos de sus retoños. Se alegraba de que estuvieran en libertad condicional. La cárcel no iba a hacerles ningún bien. No confiaba en la función redentora del sistema penitenciario y esperaba que no tuvieran que pasar por dicha experiencia. Tampoco los comercian-

tes tendrían interés en remover el asunto. Todo se arreglaría con dinero entre personas civilizadas.

Vicente regresó a las ocho y media con un informe pulcro y detallado. Pero no estaba satisfecho. Le había molestado el tono despectivo de los chicos. Parecían alegrarse de que alguien hubiera quitado de en medio a Josafat Solano. No era ésa la actitud de arrepentimiento que esperaba encontrar en ellos.

— Sus declaraciones han sido coincidentes. Hace meses que no veían a Josafat. Reconocen haber recibido pequeñas cantidades suyas pero se había cerrado el grifo. Últimamente se lo gastaba todo en vino y en los billares con... —vaciló.

— ¡Suéltelo!

— Leo literal: con un bujarrón mariconazo. No saben su nombre. Jugaban con las palabras pero a la pregunta directa de si Josafat era homosexual se han achantado. En toda la tarde no he encontrado una sola palabra de cariño.

— Prestar dinero es la mejor forma de perder amigos, ¡cuánto peor regalarlo!

— Ninguno sabe nada de su muerte y resultaba ilusorio preguntarles si conocían a alguien que lo odiara porque todos lo hacían. Pero de ahí a matarlo hay un trecho. También para eso hace falta coraje. No son demasiados los frutos de esta tarde de sinsabores. Me los podía haber ahorrado.

— En nuestra profesión hay que dar muchos palos de ciego para romper la piñata y a veces los cascotes nos caen encima. Anímese —procuré contagiarle mi optimismo—. No nos queda sino darnos una vuelta por los billares pero antes lo invitaré a cenar.

— Se lo he prometido a mi mujer. Está sola, se han ido los chicos y... ¿Por qué no se viene conmigo? Siempre tiene comida de sobra y es una excelente cocinera.

La cena lo fue en verdad: menestra con sesos rebozados, tronco de merluza al vapor y de postre torrijas. Sin embargo desde que entré supe que había sido una mala idea. Yo necesitaba bullicio y allí reinaba la soledad de la que había huido todo el día. Era una casa oscura, desproporcionada para sus dos inquilinos. Se sentía la ausencia de sus ocho hijos. Entonces comprendí cuántas clases de soledad po-

día haber y que la mía —acostumbrado a ella desde siempre— no era de las peores. Tampoco la de Vicente, en la calle todo el día. Sí la de esa mujer sin nada que hacer de pronto, sólo esperar una llamada que raramente se producía o un par de visitas anuales, imposible tenerlos a todos a la vez. ¡Cuánta añoranza de sus tiempos de brega había en sus ojos! Procuré esmerarme y alegrarle la velada aun a costa de quebrantar mi ánimo.

A las diez y media estábamos de nuevo en la calle. La cena había sido un mal augurio para la noche y había perdido el optimismo de Clara Osés: una mujer naciente me lo había dado para que otra vencida me lo arrebatara.

Los billares no hacían honor a su nombre. Sí que había algunas mesas para los parroquianos fieles que daban tiza a los tacos, y para los jugadores de ping—pong, pero desde el boom de las tragaperras sólo se oía el metal al caer y de vez en cuando el cuerno de la abundancia derramarse sobre el infortunado vencedor que de esta forma reincidiría hasta perder el doble de lo ganado.

El encargado del antro era un hombre de una sola pierna conocido por el sorprendente alias de "el Manco", pero sus brazos eran pares y dispuestos a vencer en el billar o a sobar a una mujer. Era un hombre viejo, renegrido por fuera y por dentro: del tabaco los pulmones, de escoria el alma. Vicente lo había tratado en los tiempos de los billares de la Glorieta, pero había perdido la afición. No soportaba el ruido de los nuevos inventos y menos aún contemplar la deserción de sus antiguos camaradas, que no todo habían de ser lacras de la juventud: eran más los viejos agarrados a las máquinas como prostitutas de lujo. Quizás se les levantara con ellas, se dijo. No andaba de humor.

El ambiente estaba cargado de humo como casi siempre pero extrañamente silencioso. La gente había dejado su detritus y levantado el vuelo hacía rato. Vicente percibió de inmediato que el "Manco" lo rehuía.

— Ya no saludas a los amigos.

— Hace tanto tiempo que no se te ve el pelo —ironizó, señalando su reluciente calva, bola de billar.

— Ya sabes a qué vengo.

— ¿A jugar una partida?

— Tú sí que la has pifiado "Manco" —lo cogió de la solapa y la muleta cayó al suelo con estrépito. El hombre pendía de la mano del policía—. ¿Qué sabes del chico de Bernabé Solano?

— No sé de quién me hablas y suéltame, me haces daño. Dígale que me suelte —se dirigió a mí.

— Ya lo has oído —dije y Vicente obedeció, precipitándose el pingajo al suelo.

— Empieza a largar lo que sepas —le tendió la mano.

El otro la rechazó y se levantó apoyándose en su muleta, malhumorado y malhablado.

— ¡Mierda! —dijo al terminar su lista de blasfemias—. Yo no quiero líos. Venía algunas noches, jugaba al billar y se iba.

— ¿Con quién?

— Unas veces con unos, otras con otros, ¡qué sé yo!

— ¿Con quién? —repitió su pregunta Vicente, poniendo su mano amenazadora sobre la muleta.

— Con el tío Chufo —admitió de mal grado—. Estuvieron hasta las doce, luego se fueron.

— ¿Estaban borrachos?

— Aquí no se bebe, se irían por ahí, al Laurel o así. El tío Chufo vive por la Rúa Vieja.

Entramos en un barucho de esos andurriales y el camarero nos miró con expresión asustada, él también nos esperaba. Conocía al tío Chufo y también a Josafat, venían a menudo y le compraban vino, siempre pagaba el chico. No le importaba lo que hacían o dejaban de hacer, y nos encaminó a la buhardilla de una casa medio en ruinas.

Subimos la angosta escalera. No se oía nada, los pisos estaban deshabitados. Arriba había dos puertas y ninguna placa que dijera "Sr. Chufo, mendigo". Probamos en una y nos abrió una mujer desgreñada. Tendría más de cincuenta años y era fácil suponer su oficio siempre que encontrara clientes con tragaderas, lo que a juzgar por su abandono debía resultarle cada vez más difícil.

— ¿Vive aquí el tío Chufo?

— Largaos —ella tampoco necesitó preguntarnos nuestra profesión. La apartamos y entramos en la covacha: una pieza única con un catre, una mesa camilla de faldas mugrientas y una jofaina. En el

lecho había un hombre apagado, rodeado por un bosque fantasmal de botellas vacías, blancas y verdes.

— ¿Qué le pasa? —pregunté. Era innecesario confirmar su identidad.

— Está borracho, siempre lo está —tampoco ella era un dechado de sobriedad.

— ¿Cuánto tiempo lleva así?

— Desde que lo conozco, ni me acuerdo cuándo.

— Este hombre está muy mal —me dirigí a Vicente—. Pida una ambulancia. Yo esperaré aquí.

Cogí un jarro de agua y se lo eché a la mujer por encima de la cabeza, y aborté su furia con un par de bofetadas. Cesaron sus improperios y se diluyeron en llanto. Estaba más acostumbrada su cara a los golpes que su pelo al agua. La ambulancia tardó apenas unos minutos y se llevaron al tío Chufo.

La mujer estaba harta de esa carroña que le había tocado como compañero. Al muchacho no lo conocía de nombre, y no leía los periódicos, ni nada porque no sabía. En cambio, reconoció de inmediato su fotografía.

— ¿Qué hacían?

— Venían por las noches y bebían. —Captó mi intención—: ¡Qué más hubiera querido yo que fuera una maricona! Un chulo es lo que es y ni para eso sirve. Él se dice anarquista. ¡Valiente charlatán de taberna! ¿Cuáles eran sus palabras? —escarbó su memoria—. ¡Su mentor espiritual en la acracia!

— ¿Le sacaba dinero?

— Con que le pagara el billar, el vino y un poco para ir tirando... ¡Ya ve qué lujos! —señaló su zahúrda—. Así esperamos la muerte.

— ¿Recuerda aquella noche?

— ¡No la voy a recordar! No ha parado de beber desde entonces. Su chico era un niñato de mierda —nadie hablaba bien de Josafat aquel día—. Estuvieron hasta cerca de las cuatro de la mañana. Tuve que echarlo.

— Gracias —le dije desde la puerta y se acordó de mi madre.

Me sentía deprimido, no podía evocar a Clara Osés ni aceptar

que un día esa mujer hubiera tenido un cuerpo parecido. Esperé en comisaría. De madrugada llegó Vicente. Tampoco estaba contento. Nos miramos, cansados y sucios, salpicados de miseria.

— El tío Chufo no se morirá de ésta —me dijo— pero será de otra parecida. No he podido hablar con él, pero tenemos su expediente. Está fichado: anarquista de juventud, descuidero, proxeneta y soplón. La ley de vagos y maleantes fue hecha para él. Nunca ha tenido trabajo conocido.

— Ni tampoco Hyde Park Corner para sus mítines. Nadie podría imaginárselo cometiendo tres crímenes tan precisos. Hemos descubierto cosas que nada nos han reportado. El chico era agua turbia, buscaba una salida, pero ¿qué tiene que ver eso con su muerte?

— Tal vez el tío Chufo —aventuró Vicente— fuera lo más parecido a un padre que pudo encontrar.

— No diga tonterías —estaba cabreado para filosofías baratas.

[70] También esa noche hizo crisis la paz armada en casa de los Urraca y en el interior de su unigénito León. Primero fue la inquietud de León, luego la violación de su derecho de asilo, y por fin su decisión.

León había madrugado para comprar los periódicos. No traían ninguna referencia al caso, tampoco Onofre Osés lo mencionaba. Su firma rubricaba unas líneas sobre la guerra por el control del Consejo Regulador entre las bodegas y los agricultores. Y en cuanto al silencio del diario local, Teresa Zaldívar tenía la culpa. Hacía tiempo que no pensaba en ella. A su regreso ojeó el álbum. No había añadido ninguna página. Su incipiente vida pública se había estancado y necesitaba algo para matar el tiempo.

Cogió sus grabaciones. ¡Otra llamada a Bernabé Solano, las mismas palabras ineficaces! Marcó el primer número que le vino a la memoria. La voz le contestó "Excavaciones Urraca". Preguntó por don Buenaventura y le puso la cinta. Oyó sus frases indignadas, pero colgó enseguida. Bernabé Solano aguantaba diez minutos sin desfallecer.

No había estado mal el experimento. Servía para justificar un día. Llamó a Teresa y, como no estaba, la oyó su madre. León supo que nunca más la usaría. Necesitaba una ocupación permanente. Un trabajo o así, pensó con horror.

El diccionario de la Real Academia le pareció un desafío. Podía mejorar las historias de Bernabé Solano y también lo ganaría con las palabras. Buscaría las más abstrusas. Él no era un ablandabrevas o un zorronglón derrotado por la ignavia, como argüía su progenitor; un hebén cenaoscuras, el factótum munífico de su existencia. Y encontró los calificativos para sus personajes: Candela, una falena de sus sueños del conticinio al dilúculo; Clara, una dalaga en el horizonte, trueque de su damisela Tesa; un rodrigón para ella, calvatrueno y ñiquiñaque quien esto escribe…

(— Zamacuco y venal, él.
— De amativo antifonario o rulé, tú).

…y mi adlátere un glabro cuestor; bisunto y recoquín Onofre; vanílocuo y curialesco trujamán de cultalatiniparla, Lezama; vesánica finada de la prosapia de un creso, doña Asunción; un putrescible boquirrubio su hijo Yos, y jocundo goliardo y archimandrita polífago de expansiva pandorga y rábido virazón, el calobiótico barnabita.

Estuvo todo el día enfrascado en la semántica para satisfacción de su madre que lo creía estudiando. Así le dijo por la noche a Buenaventura, ausente al mediodía, que León preparaba de nuevo las oposiciones.

Buenaventura Urraca estaba de mal humor. La llamada no había sido lo peor. Ya sabía que, con la democracia, los presos a la calle y la juventud torcida, había mucho desaprensivo suelto. Le preocupaba la empresa: las discusiones salariales, los indeseables que metían cizaña en las obras. Se había perdido el gusto por el trabajo. Y cada vez había menos faena, tendría que comerse las máquinas y a la gente. Un Saturno devorador de obreros, se dijo con entusiasmo. Estaba harto, ¿para quién trabajaba? ¿Para esa inutilidad de genio que había engordado a sus expensas? ¿Y pretendía seguir estudiando? ¡Eso y que lo mantuviera toda la vida! ¡A ver cuándo cambiaban los papeles!

¡Hasta ahí habían llegado! Y con ánimo tan dispuesto entró en su cuarto. Según la creencia de su esposa, para apoyarle en sus planes.

Le gritó todo lo que venía rumiando pero León siempre conseguía desconcertarle:

— No te preocupes, no pienso presentarme nunca más.

A León Urraca, matrícula de honor, becario y premio extraordinario, no lo suspenderían dos veces. No les daría la oportunidad de reparar su error histórico. Del tribunal se diría "ésos son los que se cargaron a León Urraca" igual que de los profesores de Einstein.

Entonces, padre al fin, Buenaventura se encontró convenciendo a su hijo con halagos y promesas para que lo intentara otra vez. Salió dando un portazo y León se percató de que el álbum, los recortes y las grabaciones estaban sobre la cama. Buenaventura jamás hubiera relacionado a su hijo con su llamada matutina. Era un chico desconcertado ante la vida pero no un degenerado. Sin embargo, León interpretó que había entrado a espiarlo, a confirmar sus sospechas. Su padre y Bernabé Solano eran uno, la alianza de las "bes". Conspiraban contra él pero su venganza los alcanzaría a ambos.

Regresó Buenaventura con unos papeles en la mano. No se dejaría enredar ni se desviaría de su propósito. ¡Oposiciones, majaderías, a trabajar desde mañana mismo! Las cuentas recogían minuciosamente lo gastado en su hijo desde su mayoría de edad. En cuanto a su herencia, si creía que iba a tocar una sola peseta de su esfuerzo, estaba muy equivocado. Antes se arruinaría. No sería difícil tal y como iba el país.

— Dos mil quinientos días a mil pesetas de pensión, me debes dos millones y medio. —Resumió los gastos en su promedio—: El sueldo anual de un buen ejecutivo, soy generoso. Mañana te espero en la oficina y no hay más que hablar.

— No pienso ir.

— Pues ya te puedes buscar otra casa. No cuentes con la sopa boba.

— Será la última noche que duerma aquí —sabía que su madre intercedería.

— No tienes cojones —le nombró Buenaventura las glándulas que ocupaban para él el lugar de la razón.

— No quiero discutir, no me interesa tu empresa. ¡Excavaciones Urraca! ¿Quién te crees que eres, un nuevo Onassis?

Una bofetada fue su respuesta. Hacía muchos años que no se ejercitaba pero su mano llegó a la cara de él como un viejo rito reencontrado para demostrarle quién mandaba todavía allí.

En la casa quizá pero no en su cuarto. Era tan fuerte como su padre. Lo inmovilizó en su único abrazo en mucho tiempo y lo arrastró hasta el pasillo donde lo recogió su esposa. León sostuvo su mirada antes de cerrar la puerta y quedó jadeante contra el tabique escuchando sus pasos que se alejaban.

— Tú lo has visto, se ha atrevido a ponerme la mano encima —se lamentó él.

— Ten paciencia —le rogó ella—. Atraviesa una mala racha.

León se miró las manos: no le había pegado. Él no era un bruto de las cavernas, un excavador, su arma era la inteligencia. Bernabé y Buenaventura habían tenido ya una muestra de ella y también maquinaría para ellos el segundo acto.

Necesitaba pensar pero antes tenía que desfogar su impulso destructor, la furia contenida a duras penas, en las fotos y los libros, iconos de sus enemigos. También se ensañó con las cintas y extendió sus tripas por la habitación como las serpentinas tras un desfile de carrozas.

Reparó entonces en el corazón sagrado de Jesús, de Candela, el suyo propio. Mientras no lo sacrificara no completaría su acción sacrílega, asesina, suicida. La mano del ángel detuvo la suya. Sería el instrumento de su ira. Debía conservarlo hasta que llegara la ocasión.

Tenía que salir del marasmo en que había caído. Podía llamar a la policía. Todos sabrían el nombre del artista que trabajó en "Los vientos" el día de su fama. Tendría un coste: la libertad. Pequeño: su familia y su habitación tan sólo. O sincerarse con Bernabé Solano, encontrarse almas gemelas y que él lo admirase.

¿Y chantajearlo? El corazón a cambio de una bonita suma de dinero. Para el escritor no sería problema, dados sus derechos de autor en el extranjero. Lo cobraría en Suiza y se instalaría en Brasil con la aureola mágica del exiliado: cuestiones políticas diría. Y allí desarrollaría sus grandes inventos físico-nucleares.

Rápidamente trazó su destino como futuro Von Braun de la nueva era. Diseñaría sus propios misiles, las bombas volantes que destruirían la humanidad y derrocharía una apuntándola a su maldita ciudad del éxodo. Y luego instalaría en Marte colonias terrestres. Una segunda oportunidad, como en las crónicas marcianas de Ray Bradbury.

Planeó su fuga. Ignoraba León Urraca que su incapacidad para hacer valer su indudable talento iría con él. Pero estos sueños de posteridad, no lo habían llevado a "Los vientos". Surgían ahora con palabras nuevas, desconocidas cuando la mano homicida llamada LU apretó el gatillo.

León —ajeno a nuestros desvelos tras los pasos de Yos— se concentró en la organización del planeta. Desechó las utopías. Orwell y su 1984 habían quedado desautorizados. El inventaría su propio modelo. De momento sabía lo que no se llevaría: la familia, la sociedad, la pareja, la diversidad de sexos, la curiosidad y la competencia.

[71] Las andanzas de Josafat Solano lo excluían de mi ya exigua lista. Resultaba inequívoco que había estado con Clara hasta las diez y media y luego con el tío Chufo hasta las cuatro de la mañana. No nos importaban sus razones. No éramos unos detectives pagados por su padre —desgraciadamente era tarde para eso— sino policías del Cuerpo Superior investigando tres asesinatos. Y la confrontación de su coartada con el dictamen médico no daba lugar a dudas: cuando doña Asunción y Candela caían asesinadas, Josafat bebía en compañía poco recomendable ante presencia testifical de peor catadura. En su casa lo esperaba una muerte que ya se había abatido por dos veces.

El día siguiente a nuestra triste noche, con el ánimo como Cortés tras vérselas con Moctezuma, repasamos la situación. Caían por tierra todas las combinaciones que comenzaban con el muchacho violador y asesino de la doncella. Apenas quedaba alternativa a que Bernabé Solano fuera el único responsable en calidad de autor de los sucesos de aquellas horas: alguien indefinido que hubiera entrado y salido de la casa con todos los problemas que implicaba. La autopista se

había despejado de coches, pero tampoco le agradaba a Vicente.

Agotaríamos la investigación en todo caso. Nos quedaban tres hilos que seguir —Candela, Asunción y Juanmi—, tres ovillos que desliar. Tocaba ocuparse de la primera. Muchas veces detrás de una apariencia compleja se esconde un hecho banal. Hombres cegados por motivos irrisorios. Quizás el crimen de los Solano no tenía que ver con ellos y sí con su marmota. Su violación, o lo que fuera, era el único móvil conocido y ella la primera en caer. No esperábamos del comportamiento de un pretendido asesino de los Solano que previamente se acostara con la criada. Aunque tres cadáveres seguían pareciéndonos demasiados por tirarse a una coja.

Nuestra primera pesquisa tuvo lugar en un convento de monjas, cerca del nuevo ayuntamiento.

— Ahí lo tiene, con su explanada para manifestaciones artísticas. Desierto en verano y estepa en invierno. Se asienta sobre el solar del antiguo cuartel de Caballería —comentó Vicente y continuó con la historia de las plazas de toros, la actual y la primigenia destruida por un incendio, ubicadas ambas en las inmediaciones, pero yo estaba preguntando ya a la portera por la madre superiora.

Nos recibió Sor Rosario. Vestía de la forma en que sólo una monja puede vestirse de paisano. El inspector tenía su anécdota al respecto. Durante la Guerra Civil, descubría a las monjas camufladas por sus grandes zapatones de hombre, y a los curas por la forma de lavarse las manos.

La orden hacía de intermediaria entre las pueblerinas que aspiraban a servir en la capital y las familias burguesas que las requerían, y avalaba con su mediación la honestidad de unas y otras. Las tutelaban con cursillos de formación, pero sus pupilas no tardaban en distanciarse, en cuanto aprendían a volar solas, lo cual quería decir un novio, recluta o albañil, y una boda o una tripa, según su fortuna, en su inmediato horizonte. Los lazos eran más persistentes con las familias, que debían reemplazar a las sucesivas tontas que anteponían la precaria libertad a la jaula de oro. Tal institución, que había conocido su esplendor en los sesenta, debía competir ahora con los sindicatos por el control del sector.

Sor Rosario conocía más a doña Asunción que a Candela del

Val y de los tristes sucesos, amén de su lógica compasión, quería confirmar que no había sido la chica la que se llevara por delante a su señora. Era un alivio que hubiera sido la primera en caer.

— Dios la tenga en su gloria —se santiguó—. A Dios gracias, nuestra labor no ha quedado salpicada por el escándalo. Buena prueba de ello es que ambas partes han ligado un nuevo acuerdo.

Así supimos de la presencia de Rosamari junto a Bernabé Solano. El resto fueron tópicos:

— Doña Asunción era un ángel de bondad, tocada por el soplo de la santa ingenuidad y Candela una chica que sobrellevaba con singular entereza la enfermedad que el Señor le había mandado.

Ninguna de sus señoras ni de sus chicas eran de otra forma; vista gorda a la locura y la poliomielitis. Imposible que una señora en su sano juicio aceptara una criada coja y que otra chica se amoldara a servir a una enajenada. Pero esto ya era leer entre líneas.

Sor Rosario sabía poco de la vida de Candela y los datos que nos facilitaba los extraía de una planilla de asistencias. Se veía que las ausencias eran más que las cruces. Pero Sor Rosario quería dar una buena impresión a la autoridad y llamó a Sor Secundina que, a su decir, tenía una gran relación con Candela. La superiora nos dejó solos y pronto descubrimos que Sor Secundina no participaba de su almibarado punto de vista.

— A Candela le vi muy pocas veces el pelo y no tenía ninguna opinión formada de ella, y sentí su muerte como cristiana pero nada más.

— ¿Cómo era la chica?

— No me gusta hablar por hablar pero no creo que llevara su enfermedad con resignación. Siendo tan guapa... la pierna se notaba más. Estaba resentida contra su familia y el pueblo. Los culpaba de la polio.

— ¿Qué hacía, con quién iba? —esbocé apenas. La monja era avasalladora.

— Nada sé. Era más inteligente que la mayoría de las chicas que vienen por aquí. Y ya ve, su final ha sido el peor de todos.

Candela tenía un mundo oficial —la casa, las monjas— y otro real que debíamos aclarar. Su ambiente sería la internacional de don-

cellas de los chalets vecinos o el sindicato autónomo de empleadas del hogar de la Carretera de Soria.

La primera pista era el autobús urbano que hace el trayecto desde el centro hasta el cercano pueblo de Lardero. Una chica tan bonita y coja la pobre —"con esa desgracia a cuestas como el Señor su cruz, medio cielo tendrá ganado"— no habría pasado desapercibida ni a las comadres ni al conductor. Sí, la conocían pero sólo de referencias —"ahí va la coja" cuando el autobús la adelantaba— y mucho más a raíz de la catástrofe. De esta manera nos enteramos de que a la pierna de Candela le convenía el ejercicio y de que ella le consentía todos los caprichos, como semanas antes había adivinado León.

Virtudes pasaba por ser su mejor amiga. Servía en una finca vecina y su proximidad, que no su trato, había fomentado ante los demás la evidencia incuestionable de su íntima amistad.

— Salimos un grupo de amigas y vamos a merendar, a dar una vuelta, a bailar... —a la discoteca diez veces de cada diez aunque la enumerara como una actividad más—. En ocasiones se nos había juntado Candela, pero se hacía la importante por ser coja —no le resultaría la pista de baile el sitio más idóneo para destacar—. Diferente decía. Se sentía el patito feo. No podía evitarlo, claro.

A Virtudes le parecía ajustado a la verdad y a mí, que no había olvidado su cuerpo desnudo, no me cabía en la cabeza el razonamiento de esas dos piernas sanas que sostenían un tonel de vino y un par de balones de reglamento rematados en un pimiento rojo por nariz y una fregona por cabello, que sabría mucho de sudores compartidos pero que difícilmente merecería el nombre de Virtudes. ¡Y ésa era la mejor amiga de Candela!

— Sólo le gustaba ir al cine, casi todos los días, tenía mucha suerte con sus señores. En cambio los míos —bajó la voz—, estaría toda la tarde contándoles cosas.

— ¿Iba con alguien?

— Siempre sola.

— ¿Salía con algún chico?

— ¡Qué va! se apartaba de ellos como de la peste, le daban miedo —había leído que era virgen y se pavoneaba de estar al tanto de sus temores—. Tampoco ellos la buscaban precisamente. ¡Y con ese

nombre! ¿A dónde iba llamándose Candela? Pues nada, no dejaba que le dijeran Candi, mucho más sexy. A mí me llaman Virtu, a otra Lali. ¡Por cierto! la Lali me dijo unas semanas antes de su muerte: "¿a qué no te imaginas a quién he visto de ligue? A la Candi, a la salida de un cine. Un chico guapo, de buena familia". ¡Vamos con la Candi, estaría ciega la Lali!

La Lali era Eulalia, menos habladora y bastante más guapa que su amiga, pero aun así podía mirar sin reparo a los chicos resguardada en su fealdad.

— Virtu dirá lo que quiera pero yo la vi. El día del cumpleaños de mi señora. Era martes y después de comer me dieron fiesta. Iba a casa de mi prima en República Argentina... —frené a Vicente: ya sabía lo del trigo y la carne de Perón; todas las ciudades tienen la calle correspondiente, no sólo Logroño—. Y como el señor me bajó hasta la heladería de la esquina, pasé por delante del cine y allí estaba sacando las entradas.

— Virtu dijo que lo vio a la salida.

— Está equivocada, los vi al entrar. Y él era guapísimo, alto, delgado, con una gabardina "Burberrys", pantalones de franela gris, mocasines granates, un primor, un señorito sin duda.

(— ¿Qué nos das? Bien lo sé, tacho los días para el próximo encuentro.

— La mucha abstinencia hace más que la potencia sexual de un león, y ¿tú a tu comisario?).

— ¿Podría describirlo? El rostro, los ojos...

— No le vi la cara, estaba inclinado en la taquilla pero desde luego estaba buenísimo. Y la tonta de Candi se hizo la despistada y se puso a mirar las carteleras.

— ¿Está segura de que iban juntos?

— Claro que sí. Se portaban como dos amantes clandestinos, igual que en las películas.

— ¿Y por qué se escondían?

— Y yo qué sé, pero era tan romántico. ¡Ay, a quién pudiera pasarle una cosa así! El amor, claro —recordó de pronto su trágica

muerte.

Regresamos a la ciudad andando. No teníamos prisa. Lali había descrito fielmente las traseras de León Urraca pero podían corresponder a uno de cada dos hombres. También había captado por afinidad la pasión que alimentaba Candela. Pero para nosotros no pasaban de ser fantasías de criada soñadora, nada tangible, nada que permitiera suponer que ese hilo continuaba hasta el asesino que buscábamos. Candela era una muchacha cinéfila, su entretenimiento solitario, la masturbación de la mente en la sala oscura. ¡Qué importaba que hubiera tenido un rollo ocasional!

[72] El domingo, el padre Blanco me había citado en la sacristía después de misa de doce. Respondía a mi requerimiento y no se le ocultaba que el motivo era la muerte violenta de tres de sus feligreses, y le intrigaba averiguar cuál podía ser la aportación —nada a su entender— que se esperaba de él. Estaba intranquilo pero su público no lo notaría. Llevaba muchos años en ejercicio para dejar que traslucieran sus preocupaciones.

Tortuosos nuestros caminos hacia la verdad, confiaba más en la reparación de la injusticia en la vida eterna. Él había cerrado el caso con las exequias y en cuanto al criminal, portaría la pena como Caín aunque se escondiera en el lugar más recóndito de la tierra. La sabiduría infinita y la omnipresencia del Creador serían buenas cualidades para un policía. Dios no tenía que descubrir porque sabía, ni perseguir porque con el fugitivo iba. Le hubiera quedado un bello sermón.

Me dejé seducir por Vicente y lo acompañé a misa. Hacía mucho tiempo que no cumplía el precepto dominical. En las grandes ciudades es fácil perder la costumbre: dejas un día de ir y luego son veinticinco años. Las ideas de los movimientos cristianos de los sesenta y de las comunidades de base, habían llegado a las catedrales, tarde como siempre. No tengo buena opinión del papel de la Iglesia en la historia de España, acomodaticia según los vientos. Tampoco me importa mucho, ni la Iglesia, ni la política, ni la historia, ni España. Soy un individualista.

Allí dentro, cerrando los oídos a las nuevas palabras, podía retrocederse en el tiempo. La realidad sociológica de una España joven convivía con esa misma España de bautizo, primera comunión y boda católica. Tres jueves hay en el año y tres fechas hay en la vida. Era España, la misma de la visita del Papa y los votos socialistas, de las concentraciones franquistas y las manifestaciones democráticas. También un escéptico.

El inspector Vicente me había llevado a la capilla de los Ángeles. Desde allí no se ve el altar mayor y se puede uno repantingar más a gusto. Aprovechamos la eucaristía para ir acercándonos a la sacristía. Sentí un cierto pudor de que pensaran que íbamos a comulgar, ya que nos veíamos obligados a responder con leves inclinaciones de cabeza a los continuos saludos que de igual modo nos prodigaba gente de toda condición y edad, conocidos del viejo policía.

Vicente empleó los estertores de la misa en mostrarme el mausoleo del General Espartero. Y delante de sus huesos, me contó la vida y milagros del pacificador de la patria. Y después, la pequeña Crucifixión de Miguel Ángel Buonarroti, joya y orgullo de la catedral desde que fuera supuestamente identificada años atrás. El padre Blanco nos sacó de nuestra abstracción, complacido de que en almas policiales aleteara el gusto por las cosas del espíritu.

Pasamos a la sacristía y Vicente instó al canónigo a que me obsequiara con el vinillo dulce de consagrar, que por sí solo justificaba cantar misa. Queríamos hablar de doña Asunción Lequerica. Intentábamos aclarar si en sus locuras de vieja chocha podía hallarse el germen de tres asesinatos. La muerte les era común. Nadie mejor que su confesor, el más versado y docto para sacarnos de dudas. Esperábamos que el secreto de confesión no alcanzara al más allá.

— Doña Asunción era una cristiana ejemplar, un alma en paz dotada de una bondad natural a la que difícilmente hallaría parangón. Miembro de Acción Católica, colaboraba activamente en la propagación de la fe, en la enseñanza del catecismo, en la preparación de las primeras comuniones y en la organización de sabatinas: las reuniones de los sábados en honor de María. Instruir deleitando, ya saben. E igualmente fue una persona muy vinculada a Cáritas y una de las principales benefactoras de la parroquia.

Abrió un paréntesis para referirse a la polémica suscitada por la retribución de los sacerdotes. Estaba a favor del estado aconfesional y de que las distintas comunidades mantuvieran a sus pastores, pero despotricaba del desprestigio en que habían caído las formas tradicionales de caridad sin hallarles recambio. Quizás se consiguiera a través del impuesto religioso en el general sobre la renta. Finalizada su excursión fiscal, acabó reconociendo la debilidad mental de doña Asunción:

— Mi cuidado de las almas me permitió seguir al día su evolución. Fue simultánea al segundo embarazo e hizo crisis con el parto. Tal vez tenga una explicación psicoanalítica. No se extrañen, aunque la Iglesia lo haya condenado, reconozco su aportación científica. Se obsesionó con el Juicio Final. Quería estar presente pero no como una convidada más, recogiendo sus huesos de la tierra. Deseaba verlo en vida, que la pillara arreglada, comentarlo con sus amigas, cada vez menos pues la rehuían. No creo que eso pudiera llevarla al asesinato. En todo caso a una matanza colectiva, al estilo del reverendo Jones en la Guyana. Temible como presidente de una superpotencia, hubiera apretado el botón de la guerra nuclear sin vacilar. Por eso son tan peligrosos los gerontócratas, no tienen nada que perder. Pero doña Asunción no era un líder mundial y sus manías se reducían a leer la Biblia.

Su locura no había sido el detonante de los crímenes pero quizás sí una causa secundaria. Teníamos que estudiar las implicaciones legales. ¿Cómo había reaccionado su familia?

La contestación la encontramos días después en labios del abogado y cuasiconfesor Jesús Lezama:

— La filosofía de Bernabé Solano ha sido siempre vive y deja vivir.

— Sí, es una teoría fácil de apoyar cuando la primera premisa, la propia vida, es mucho más gratificante que la segunda, la de los otros; cuando a cambio de conservar lo bueno propio se ofrece uno a respetar lo malo ajeno.

— Sumido en sus mundos, no había de asombrarle que su mujer lo imitara. La insania de Asunción creció sin oposición y estaba muy enraizada cuando se le quiso poner coto.

— ¿Cuándo fue eso?

— Con motivo de la boda de Juanmi. Estaba preocupado por el mal efecto que podía causar. Sin embargo tampoco se dio ningún paso hasta que empezaron los problemas de la Banca Wenzel. Juanmi necesitaba dinero y declararla incapaz podía ser un medio.

— ¿Cuál fue su postura?

— Nunca me opuse. He aconsejado repetidamente a mis clientes acerca de la conveniencia de hacer donaciones en vida a sus hijos. La examinó el doctor Muñoz y aconsejó su internamiento aunque, poco partidario de las casas de salud, matizó que el saberse querida y rodeada de su familia acaso le hiciera más bien que cualquier atención médica.

— Observación que prácticamente anulaba su recomendación primera.

— Así es y a ella se atuvo Bernabé.

— ¿Y qué pasó luego?

— Continuó con el doctor Muñoz hasta el final de su vida si bien con poca asiduidad, pues no había síntomas alarmistas. Y Bernabé se ocupó de ella con abnegación de enfermero. Tal vez no la amara, ¡se rumoreó tanto cuando su boda!, pero la trató siempre con leal afecto. Su última voluntad es prueba de ello. Claro que el contenido del testamento puede cambiar la perspectiva de los hechos. Su incapacidad legal podría haberse retrotraído al momento de su último testamento, el actualmente en vigor, el que favorece a Bernabé.

— Su actitud desinteresada podría enjuiciarse con más dureza.

— Así es, comisario Eusebio.

Me despedí de Lezama con la idea en la cabeza de visitar al amigo Juanmi en la villa y corte. La conexión Wenzel debía ser también investigada a efectos formales. Y la salud mental de su padre sería la excusa.

[73] Días más tarde, tuve interés en conocer la opinión del doctor Muñoz. Era un hombre de gran corpachón que no hacía pensar en la sutileza de su profesión y gastaba fama de caluroso. Nadie, ni en los

días más crudos del invierno, le había conocido abrigo.

— Soy psiquiatra pero no psicoanalista —me recitó puntilloso—. El psicoanálisis es una técnica valiosa pero de eficacia limitada y en muchos puntos superada. Le he preparado un amplio informe sobre doña Asunción Lequerica.

— Explíquemelo con palabras profanas, si es tan amable —no dejé que me lo leyera y lo guardé para unirlo al expediente, cuestión de archivo y burocracia.

— Es tanto como exigir una misa sin liturgia o la transubstanciación sin vino, hostia ni celebrante, pero lo intentaré.

— Se lo agradezco de antemano.

— Su enfermedad pertenecía a la familia de las psiconeurosis, es decir patologías del sistema nervioso sin lesión orgánica apreciable. Y dentro de éstas, a las neurosis obsesivas o paranoias. Su estado psíquico, ciertamente anormal, se caracterizaba por una fijación absurda, compatible con su total normalidad en su vida cotidiana.

— ¿Estaba loca? —simplifiqué la cuestión.

— No puede hablarse de una demencia sino de un estado de desequilibrio prolongado, consentido durante mucho tiempo y sin una voluntad específica de curarse. Era difícil discernir entre enfermedad y simulación. Se hacía más la loca de lo que estaba. Y desde luego se aferraba a la vida como para excluir cualquier tentación suicida.

Las palabras del psiquiatra confirmaron las opiniones del padre Blanco y el abogado Lezama, y no quise desperdiciar la posibilidad de consultarlo sobre Bernabé Solano. Yo también había leído casos de doble personalidad, Mr. Hyde y el doctor Jekyll, y había tropezado con alguno aunque siempre habían resultado maniobras de la defensa.

— No lo he tratado nunca como paciente y mi conocimiento es muy superficial. Me parece un hombre abstraído, ausente de la realidad, pero la intromisión de la creación literaria complica el diagnóstico. Es difícil deslindar ambos procesos: el desdoblamiento en sus personajes, propio del escritor, y las disociaciones claramente esquizoides.

No hacían falta tantas alforjas para ese viaje. Tampoco para llegar a Madrid, dieciséis meses después de los sucesos que me tocaba

remover. La Banca Wenzel había quebrado y Juanmi Solano ejercía de liquidador del imperio de su suegro. La debacle económica no lo había impedido figurar en la noche de autos, con la hermosa Lorena a su lado y junto a banqueros de mejor fortuna, en el agasajo real a un mandatario latinoamericano, ávido de inversiones. No estaba mal contar con el Monarca como coartada.

Llegué a su oficina. Un letrero anunciaba la venta del edificio; inminente que siguiera los pasos del palacete de don Jakob Wenzel y de su colección de pintura. Me recibió su descocada secretaria, la filosófica había caído en el descarte . En sus ojos creí ver un reproche, si bien era difícil fijarse en ellos, microscópica la minifalda y estratosférica la entrepierna.

Ciertamente mi entrada en escena había acelerado los hechos: la aparición del cadáver de la antigua ejecutiva implicada en un desfalco multimillonario, en conexión con una red de tráfico de divisas, y el mutuo asesinato, que más tenía de duelo de pistoleros del oeste que de caballeros en el campo del honor, del señor Wenzel y de su socio Hermann Ackermann, pagado quizás con dinero parricida por Juanmi. La caída fue libre desde entonces. Salieron a la luz una sucesión de escándalos financieros, consecuencia de las actividades ilegales que la banca había fomentado durante años. Los dos cadáveres cargaron con toda la responsabilidad y Juanmi quedó limpio como el hombre de buena fe que intentaba salvar los restos. Años después llegaría a nosotros anónimamente una cinta con su confesión criminal y se valoraría justamente la coetaneidad de su incorporación a la banca y de la evasión de capitales, que pingües beneficios le reportó allende los Pirineos. Su suicidio evitaría el juicio. Pero aquel día todavía no era cadáver y sí ilustre invitado.

— Buenos días, inspector, perdón comisario. Volvemos a vernos en mi terreno.

— Así es, pura formalidad.

— ¿Ha perdido sus plumas?

— Ya salí escaldado.

— No le guardo rencor. ¿Qué puedo hacer por Ud.?

— Quería hablarle de su padre.

— El pobre viejo... La verdad es que está como una chota. Y

ahora con los crímenes... Pero no hay forma de que se ponga en manos de un especialista —Lezama se había anticipado.

— Era su autorización lo que venía buscando.

— Como no vaya al juez —me señaló el camino. No sólo no se oponía sino que se adhería con entusiasmo, y Lezama con él. Tan fácil que me dejó insatisfecho.

— ¿Y qué opina de la coincidencia? Su suegro hace un año y su madre y su hermano ahora. Demasiadas muertes en la familia.

— ¿No pretenderá cargármelas también? —burlón—. Sabe que tengo testigos.

— Es un axioma policial que las casualidades no existen.

— Confieso, los maté para heredarlos —mostró su disgusto. Tanto le daba la loca testadora como el cabrón uxoricida.

Alambicados equilibrios de prevaricación exigiría su inculpación: que pretendiera ver a su padre convicto de asesinato para adueñarse de ambas fortunas.

Salí de allí y me dirigí a su domicilio conyugal. Hasta ahora me había reservado que Lorena Wenzel figuraba como testigo del testamento de Asunción Lequerica a favor de su marido, fechado en las penúltimas Navidades.

Llamé a la puerta y Lorena me abrió después de espiarme por la mirilla:

— ¡Comisario, qué sorpresa! ¿Viene a que le invite a comer? —era mediodía.

— No, no se moleste, será un minuto. Vengo de ver a su marido y quería confirmar un dato. Él no sabe que estoy aquí.

— ¿Y yo tengo que ocultárselo?

Nuestra conversación marchaba por los estimulantes derroteros del doble sentido.

— Creo que ya lo ha hecho. Ud. intervino en el testamento de doña Asunción. Su marido lo ignora, ¿no es así?

— Me pidió que no le dijera nada. Fue una razón técnica, para no hacer peligrar su patrimonio, dados los problemas económicos de la banca de mi padre.

— ¿Y aceptó?

— Tenía una gran relación con mis suegros. Los visitaba con

frecuencia. No me pareció relevante. Cuando hubiéramos superado las dificultades, lo cambiaría de nuevo.

— Ya no podrá hacerlo.

Nos quedamos callados. Insistió en invitarme a comer pero me retiré prudentemente. Todavía no era viuda. La Banca Wenzel tampoco era la llave de los crímenes de "Los vientos".

(— ¿Qué te parece la sentencia absolutoria de don Puritano y sus insinuaciones "debacle" y "allende"?

— Que no me lo creo: que lo dejaras partir, me refiero).

[74] El lunes de Pascua, Teresa tuvo una junta con sus compañeros de la Asociación de la Prensa y entre ellos con el inefable Onofre Osés. Fue éste —a quien le gustaba alternar con los cachorros, puro egoísmo de sentirse joven— el promotor de la moción triunfante de pulirse el milagroso superávit esa misma noche sin tardanza. A las nueve de la noche, hora en que fue levantada la sesión sin más acuerdo que el reseñado, iniciaron su peregrinaje.

La calle desnuclearizada del Laurel tiene un huequecito en el corazón de sus parroquianos. Los periodistas acompañaron el tinto, en cada bar, con la especialidad de la casa y sus estómagos eran ya un revuelto de champiñones con gamba, oreja de cerdo, embuchados, ancas de rana, sepia a la plancha, tigres y pinchos morunos. Capítulo aparte la tortilla de patata, pues no puede echarse en el mismo cesto el ladrillo-esponja para absorber el vino que la lámina fina y jugosa con su picante de pimiento.

Para las diez y media no se podía distinguir entre borrachos y sobrios sino, bebidos todos, entre los que lo disimulaban y quienes se liberaban proclamándolo a los vientos. A Teresa le brillaban los ojos y también la punta de la nariz a donde había llegado la grasa de los dedos. Por eso, aunque lo divisó en los primeros bares y luego en los segundos y después en los terceros, le costó aceptar ser ella el objeto de su persecución.

León se había lanzado a la calle después de muchos días de

encierro. Su fobia a toparse con conocidos, se acentuaba en las vacaciones. La semana santa había sido para él una dura prueba, tentado incluso de acompañar a su padre a la procesión de la Hermandad de la Pasión y el Santo Entierro, para poder estirar las piernas bajo el capirote. Pero no se hablaba con él aunque, según su cálculo, su madre había derogado la decisión de su padre de expulsarlo y la suya de marcharse quedó en suspenso.

León vivía preso de la indecisión. Siempre había sido tenaz en sus metas y quizá el punto de inflexión del éxito al fracaso debía buscarlo ahí, en el momento en que comenzó a dudar. Su venganza había sido un espejismo de su fuerza de antaño, para volver a caer en la inseguridad.

Se había concentrado en la semántica pero ya no resistía la cantinela de su madre instándolo a salir y sus preguntas insidiosas de por qué no llamaba a su novia. Tres meses no bastaban para que diera su ruptura por definitiva.

Con tal estado de ánimo se había fundido con los demás azotacalles del Laurel —otra forma de soledad— dispuesto a emborracharse sistemáticamente y disculpar así su grosería con el primer amigo que lo interpelara. También a él le costó admitir que la Teresa Zaldívar que tenía delante era real y no hija de su mente corporeizada en otra cualquiera. Empezó a acecharla sin ninguna idea concreta, se evitaba elegir los bares aunque eran todos y consecutivos los visitados. El vino le daba una percepción especial y oía sólo sus risas y comentarios, y lo demás era silencio para él. Teresa elevaba inconscientemente la voz para que le llegara y su embriaguez ofendía la borrachera solitaria de su antiguo novio.

León fue tras ellos en la distancia como un cazador tras las huellas de su oso. Y por el jolgorio parecía oso, zíngaro y pandero. Fueron a cenar a Las Cubanas, en la esquina de la calle San Agustín con la plaza del mismo nombre y ocuparon una mesa corrida, por unión de varias de ellas. León presenció durante las horas siguientes el desfile de sesos rebozados, menestra, cabecillas de cordero, perdices a la vinagreta y... ¡pimientos rellenos! Punto y aparte, un respeto.

Y también los postres —las natillas con canutillos, los milhojas y los fardelejos— y la caravana incesante de botellas.

El azar le había deparado para apostarse uno de los rincones ciudadanos más bellos e historiados, con el Museo Provincial —la antigua residencia del General Espartero— en su frente y el neocolonial Palacio de Comunicaciones a su derecha, sobre el solar del antiguo convento de las Agustinas, cuya fuente de peregrinos, gemela a la de Santiago, dejaba constancia del camino jacobeo como eje urbanístico del Logroño medieval.

León estaba más pendiente del presente que se solventaba en el interior del restaurante. Teresa había procurado quedar bien a la vista y se arrojaba al cuello de su vecino en exagerado abrazo; artimañas para encelar a su macho y no al Charly de al lado, locutor de radio de sospechosa virilidad.

El grado etílico de los comensales y el fragor dialéctico de su conversación —que no podía ser intrascendente ni borrachos— no impidió que repararan en León. Charly presumió de admirador, le dedicó algunos mohines y le gritó "yujuu" como una cocotte, hasta que el intruso se refugió en la sombra. Teresa desvió su interés, echándose en sus brazos y afirmando seria que necesitaba una auténtica mujer. Y el otro se apartó clamando por un hombre, provocando las risas de todos.

Terminaron la cena y su abundancia se tradujo en una cuenta ridícula que de todas formas agotaba el fondo común. Y en adelante las copas habrían de ser financiadas del propio peculio. Se dirigieron en manada hacia la "zona", al final de la Gran Vía, a las calles Lardero, Vitoria y Chile; pueblo, ciudad y nación en guirigay del nomenclátor.

Recalaron en varios locales y, cuando se les acabó el dinero, encontraron fiadores. Los tragos cortos dejaron paso a las combinaciones y éstas a los cócteles sofisticados. León imitó su mismo recorrido físico y alcohólico y descubrió varias veces la mirada anhelante de Teresa. Para ella era un juego erótico que había de acabar en la buhardilla de la calle Herrerías. Y en su lógica no importaba que ya no la tuviera alquilada.

León era inmune a sus coqueteos, había olvidado antes que ella. La vio bailar con Charly muy apretados y estáticos y pensó con indiferencia en lo guapa que estaba Tesa y en el maricón que se había

buscado de pareja. No le costaría levantárselo si quisiera. Harían una buena pareja: una urraca con otra marica; su primera acepción según había descubierto con horror en la adolescencia.

Algo quedaba en su corazón de orgullo herido y rescoldos de pasión. Para rematar al primero y apagar los segundos nada mejor que ceñirse a la barra. Se hizo un hueco y a su lado había un hombre bajo, de cabeza brillante como un huevo pelado, que se aferraba a su café irlandés para no caer al suelo desmadejado. Los párpados se le vencían y parecía enfrascado en dura lucha contra sí mismo para emular a los más jóvenes.

— ¡Usted es Onofre Osés! —lo reconoció con entusiasmo—. Permítame que le estreche la mano. Lo leo todos los días para enterarme de lo que se cuece aquí, porque en el diario local no se puede confiar.

— ¡Hombre! —inició el periodista una tímida protesta de solidaridad corporativa, sanguíneo su rostro de puro deleite.

— Nada, nada, lo dicho. Desde que le quitaron la dirección del periódico no hay quien lo lea. La verdad por delante —su verbo tenía el poder de convicción de los borrachos y caía en tierra abonada—. La prensa ha sido el motor del cambio, por mucho que otros quieran arrogárselo. Periodistas como usted son dignos del reconocimiento público. No habría dinero suficiente para pagarles. Y encima, en un país con tantos que chupan del bote, ustedes, salvo cuatro figuras y perdone si lo ofendo, tienen que vivir con unos sueldos de auténtica vergüenza.

— De hambre, hijo. Para qué te voy a contar lo que es la ingratitud humana. Yo he ensalzado a muchos pero también —se rio como un conejo— he hundido a unos cuantos.

— Claro que lo de los parásitos se va a acabar. Con una prensa libre, sin miedo a las mordazas, no pueden mantenerse esas situaciones trasnochadas de prebendas y privilegios.

— Muy bien dicho, hijo. Ése es nuestro papel. Ser la conciencia, el azote, el verdugo —fue degenerando—, el rayo que no cesa — remató poético.

— ¿Cree usted que sin su denuncia se hubiera sabido lo de Rumasa, lo de la colza y tantos otros casos? Se hubiera echado tierra y

aquí paz y después gloria. ¡Cuántos escándalos se habrán enterrado en el pasado!

— Muchos, hijo, más de los que imaginas —respondió meditabundo. Sus años de ejercicio le hacían representante tanto de la profesión libre como de la sojuzgada, pero ambos pasaron por sus años de franquismo como un soplo.

— Y no digamos los asuntos privados... Soborno al canto y los poderosos quedaban impunes. Que si falta de indicios porque el encargado de buscarlos estaba bien untado... Se sobreseía y a otra cosa —tanteó el terreno León—. Es lo que yo digo: hay que distinguir entre los tribunales y la denuncia popular. Que no aparecen pruebas y no se le puede meter en la cárcel, bien. Vivimos en un estado de derecho ¿no? Pues hay que estar a las duras y a las maduras y cuando toca, hay que joderse. Pero que los ciudadanos lo sepan, que se enteren de que a un señor no se le encierra porque se lo ha montado bien como Al Capone, pero que no tiene las manos limpias. Eso desde luego hay que decirlo y si no lo hacen ustedes ¿en quién podemos confiar, en la clase política? —la descalificó.

— Hay tantas cosas que son todavía una vergüenza —se inflamó—. Es reconfortante ver que la juventud actual nos apoya. La mayoría piensa que con la democracia ya está todo hecho, pero las libertades y más la de expresión hay que ejercitarlas para que no se atrofien.

— Ahí tiene el caso de Bernabé Solano. Que será todo lo buen escritor que quiera, pero ¡coño! le pasa eso a un don nadie, que se cargue a su mujer, a su hijo... a la criada no porque no tiene... y no dura en la calle ni el tiempo de decir amén. ¡Y con su propia pistola! Y la policía ¿qué hace? ¿Eso es igualdad ante la ley?

— Es un caso complicado. Están a ciegas. Así que tú crees — alumbró en él la idea— que Bernabé Solano...

— Yo y todo hijo de vecino. A ver, hagan una encuesta. Pero no, claro, ¡no la hacen! Como es uno de los suyos... Siento decírselo pero me ha decepcionado. Usted también ha entrado en la conspiración del silencio.

— Es que no hay pruebas...

— ¡Bobadas! Sólo hace falta un valiente que lo diga. El que lo

haga se apunta el tanto. Somos muchos los que estamos esperando que alguien se atreva. —Vio que Teresa y su acompañante se levantaban y se despidió del periodista—: Recuérdelo, confiamos en usted.

Charly y Teresa iban paseando hacia su casa, toda la Gran Vía hacia el este, con el monumento al Labrador por faro, hasta las inmediaciones del parque del Carmen, una finca cedida para uso público a cambio del derecho a edificar y ahogar progresivamente el espacio verde. Caminaban separados. Metros antes de su portal se despidió de Charly. Habían compartido su camino pero nada más.

León se interpuso entre la puerta y ella. En su cara hubo primero temor, luego sorpresa y alegría. Todavía sería posible el final feliz de su borrachera. Pero León no hablaba de amor. Sus palabras nada significaban entre ellos: que estaría satisfecha porque las ventas de su biografía se habrían disparado.

El rostro de Teresa invirtió el camino y de la felicidad presentida a la alegría y de ésta a la sorpresa llegó al temor originario. Acertó a meter la llave y a cerrar la puerta tras ella. Llegó al ascensor pero no pudo evitar unas violentas arcadas. Vomitó y tuvo que vencerse para limpiar sus miserias nocturnas. Cuando se metió en la cama se encontraba bien. Se había desprendido del vino y del odio de León. Sólo le quedó de él la imagen de su persecución incesante; síntoma de que seguía amándola como ella a él. Y en el sueño pudo cumplir su propósito de dormir a su lado aunque la buhardilla no les perteneciera ya. Nunca podrían quitársela de la imaginación y del deseo.

[75] A la mañana siguiente, Teresa nos hizo esperar. Las once de la mañana, hora de nuestra cita en comisaría, era un imposible para su resaca.

No la había olvidado. Un par de días más tarde tendría que vérmelas con Bernabé Solano y no sabía en qué estado de ánimo lo encontraría. Había espaciado voluntariamente nuestros encuentros. No quería quemarme. Era un hombre penetrante, que valoraba la distancia y la ceremonia y me haría más de respetar si cumplía sus normas. Quebrados los estériles hilos que a nada conducían, Bernabé Solano

tendría que aceptar ser el único sospechoso. A ver si de una vez reaccionaba e intentaba defenderse.

La entrevista sería un juego psicológico y el vencedor no quien más bazas tuviera sino el que fuera más hábil jugándolas. Quería llegar lo mejor pertrechado posible y había invitado a Teresa Zaldívar para completar mi información.

Su demora me estaba impacientando. Me sentía a ratos un pelele de la familia Solano. El sabueso engreído que había seguido unas pistas falsas para llegar al mismo punto de partida, el que ellos habían negado y que de pronto abrazaban con sospechoso alivio. Me gustaba más la idea de acusar al escritor cuando nadie lo hacía.

A la una llegó Teresa. Traía mala cara, unas ojeras profundas y la voz pastosa.

— Estuve anoche de cena con mis colegas y me temo que nos bebimos toda la cosecha de Rioja. Del último año, que no da para más. No sé si lograré decir algo medianamente inteligible. Lo siento pero fue una noche terrible.

— ¿Y eso?

— Tuve una discusión. Sin importancia.

— ¿Con su novio?

— Con un ex-novio. Son los peores. León Urraca —se dirigió al inspector Vicente—, el hijo de Buenaventura, de Excavaciones, ¿lo conoces?

— Sí. ¿Qué es de él? Hace mucho que no lo veo. Un prodigio científico en ciernes —me explicó—. Dará que hablar —profetizó.

— Prepara oposiciones pero ayer se debió tomar un respiro. Le dio por beber y me la organizó. Pero no me han llamado por eso ¿verdad?

— Así que libre y sin compromiso.

— ¡Comisario Eusebio! ¿No me dirá que se trata de hablar de mis amoríos? Tenemos para poco rato, le advierto.

— Señorita Zaldívar...

— Teresa o Tesa o Tesé como guste, todo menos señorita Zaldívar. Y de tú, por supuesto.

— Tesa por las cerraduras. Debe ser difícil entrar en tu cabeza —casi se me escapa una barbaridad—. ¿Y Tesé?

— Es una broma. Como estuve en Taizé con los movimientos de jóvenes se me quedó el apodo. Ahora me gusta. Suena bien, Tesé.

— Ejem —tosió el inspector Vicente—, voy a dejarlos. Hablarán con más libertad sin mi presencia —se refería a su amistad con Bernabé Solano pero añadió un guiño pícaro.

— He estado leyendo tu biografía de Bernabé Solano y quería que me hablaras de él.

— ¡Sí que estamos bien! Así que no tenéis ni idea del asunto y recurrís a los periodistas para que os saquemos las castañas del fuego. Ya te lo recordaré en otras ocasiones. Está bien, dispara.

— Lo primero que me sorprende es que pudieras llegar a él. Es un hombre huidizo.

— ¡Qué va! Pura fachada para que lo dejen trabajar —empezó a defenderlo y ya no pararía hasta el final.

— ¿Cuál fue tu truco?

— Siento decepcionarte pero no usé ningún ardid femenino. Mi padre era amigo suyo. Ya murió, de cáncer, bastante joven. Bueno, no te voy a contar la historia de la huerfanita. Había trabajado con él en la CAZAR.

— ¿Cómo dices?

— Cazar, las siglas de la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja.

— Muy apropiado. Continúa.

— Cuando terminé la carrera me dije: voy a echarle jeta a la vida. Me gustaban sus novelas y acababa de ganar un premio internacional, así que me presenté en su casa. Soy fulanita de tal, hija de menganito, soy periodista y quiero escribir un libro sobre usted. Frunció el ceño, me preguntó que cuándo empezaría y me invitó a tomar café. Y un día tras otro me contó su vida. Así de fácil.

— Fácil para ti.

— ¿No me dirás que le tienes miedo?

— No, no —me apresuré a negar—. Cuentas que siendo un chaval, durante la guerra civil, iba con su bicicleta por la noche a los pueblos vecinos y robaba en los campos.

— Sí, se libró por poco de la quinta del biberón, tuvo suerte. Es un hombre agradecido a la vida. Ha sido muy generosa con él.

— No parece que esa historia tenga mucho que ver con el Bernabé Solano retirado del mundo, acobardado.

— Muchos lo hacían. Tampoco eran heroicidades. Les dispararon alguna vez pero luchar por la supervivencia nunca es un acto de valentía; estado de necesidad, lo llaman. Su madre estaba enferma y...

— Siempre ha estado rodeado de personas enfermas. Parece una vocación.

— Es un hombre muy paciente. Por otra parte su capacidad de abstracción le permite escribir en la memoria mientras vela a un paciente.

— Primero su madre, al final su mujer y en medio Alicia... Háblame de ella.

— No te puedo ampliar lo que dice el libro. Tendrías que preguntarle a él. Es una herida que todavía no ha cicatrizado. Durante siete años fueron novios y lucharon codo con codo para que ella superara su enfermedad y Alicia murió.

— Sí, pero antes se largó con otro.

— Debes considerar lo que era vivir en una ciudad de provincias y encima sentenciada. Alicia tenía ganas de vivir y se fue con el primero que le ofreció un billete para salir de su agujero. Por cierto, murió a los siete meses en Vancouver después de trotar medio mundo. Bernabé aprendió que el tiempo es escaso para desperdiciarlo por los convencionalismos sociales.

— Y rápidamente aplicó la lección y se casó con doña Asunción.

— ¿Y qué si lo hizo? ¿Te atreverías a censurarlo? Sólo ellos dos deberían opinar de su matrimonio y ninguno quedó descontento por lo que sé.

— Llevas razón, no te enfades. Ya me gustaría a mí contar con una defensora tan ardiente. ¿Qué tengo que hacer?

— No sé si te lo mereces, todavía no te conozco.

— Háblame de él como escritor.

— Es un gran retorcido. A cualquier frase le saca matices infinitos. Una novela es un juego de guante blanco. Ninguna de sus páginas, tan siquiera en los asesinatos, rezuma violencia. Es un jugador del siglo diecinueve, el fair play, muy inglés ya sabes. Lo suyo son entre-

tenimientos de salón como el ajedrez; por cierto que es un maestro del tablero. Plantea mundos cerrados en las mentes de sus personajes, mundos que habita al tiempo que sus criaturas. La interrelación es enorme.

— ¿Y no crees que haya podido equivocarse de realidad?

— ¿Y matar a su familia? —se burló—. ¿Pretendes acusarlo? —Me vio vacilar—. No te lo perdonaría —se puso seria— y harías el más espantoso de los ridículos.

— ¿Por qué estás tan segura?

— Bernabé está escribiendo otra novela. Ya trabajaba en ella cuando los crímenes. No se metería en dos cosas a la vez —me desconcertó.

— ¿Entonces no niegas que pudiera haberlo hecho?

— ¡Oh! A los científicos les gusta experimentar sobre sí mismos. Pero sería demasiado subyugante, no podría compaginarlo con otro proceso literario. Hubiera elegido otra época.

— Eres insólita —nos reímos—. Crees en su inocencia por exceso de trabajo.

— Cada persona es un mundo. Bernabé siempre lo dice. Y él por lo menos mil y sin tiempo para todos. Esa es su cruz.

— Nosotros también somos dos. ¿De qué trata su nueva novela? —recogí brusco las redes echadas.

— Es la quintaesencia del juego. Investigador y asesino son la misma persona —fue la primera vez que oí hablar con rasgos vagos del detective número uno Sanders.

— ¿Y qué crees que piensa Bernabé? Me desconcierta su desinterés.

— A mí no. Te voy a contar un ejemplo que él me puso un día para definir su literatura. Cogió un libro de Agatha Christie, me enseñó el listado de personajes y me dijo éste es el asesino. Hay cuatro formas de saberlo: la primera que te lo diga alguien. Eso solíamos hacer las amigas para fastidiarnos, le respondí. La segunda: mirar las últimas páginas del libro. También lo había hecho alguna vez. La tercera, infalible, era la suya: después de las primeras cincuenta páginas elegía el menos sospechoso y de mejor coartada. Todos estos métodos hacen innecesaria la lectura del libro y sobran las tres cuartas partes

del mismo. Basta con el planteamiento y la explicación final. La cuarta forma, claro, es cumplir escrupulosamente la voluntad de la autora y leerlo. Él no quiere que tres de cada cuatro lectores lo traicionen. Entonces me enseñó otro libro de una autora que ahora se vende bastante en España, Ruth Rendell. Él lo tenía en inglés y me tradujo la primera frase. Decía algo así: Eunice Nosequé asesinó a la familia Tal porque no sabía leer ni escribir. Para Bernabé eso valía por toda una novela de Agatha Christie. No porque no le guste, es que no le importa acertar el asesino. Son otras sus preocupaciones: entender la mente criminal, seguirla antes, durante y después.

— Resumiendo...

— Lo supongo desorientado. Es como una novela de Agatha Christie pero sin lista de personajes. Él ha hecho su elección y el resultado es "un desconocido". Espera que lo encontréis pero no le apasiona su identidad. Probablemente cuando lo cojáis quiera hablar con él. Por un afán estudioso ¿me comprendes?

— A ti admirablemente —aposté de nuevo por la galantería—. A él ya lo entiendo menos.

— Es que es de otra generación —me encantó que hiciera causa común conmigo.

Nos extendimos durante un buen rato en puyas e ironías. Empezábamos a conocernos. Sellaba mi alianza igual que León Urraca había perfilado la suya. Ya estaban definidos los dos equipos y el campo de la partida sería Bernabé Solano. Lo único que tenía después de que todas las palabras se evaporaran: un sospechoso que no me convencía.

[76] Al volante de mi coche y en las últimas horas de la tarde, furtivo entre las sombras, llegué a "Los vientos". Me recibió una sinfonía de Beethoven que se expandía sin límite por el jardín desnudo. La música impregnaba la escena de un aura de irrealidad, de secuencia cinematográfica. Era la banda sonora de la acción. Mis pasos y las notas se acoplaban con la cadencia propia de un cuidadoso montaje. Me sentía etéreo, avanzaba fluidamente por ese camino de sonidos

que terminaba en la casa. E incluso los ladridos de Baxter formaban parte de la melodía.

La puerta se abrió al llegar al último peldaño de la breve escalinata de acceso como activada por una célula fotoeléctrica. La aparición no pertenecía a la época de la electrónica: una doncella ataviada de cofia y delantal, blanco y negro en el contraste. El uniforme presentaba zonas deprimidas, flotantes sobre un cuerpo que no acababa de rellenarlo, en pechos y caderas. Y el encantamiento se marchitaba en el bozo de un rostro por lo demás bello, que se asimilaba al de Candela. Las comodidades no habían redondeado todavía sus formas y tampoco sabía de las virtudes de la depilación. Sin embargo el camino recorrido auguraba su próximo triunfo.

Rosamari me llevó a la cámara de tortura. Bernabé Solano estaba sentado, de espaldas a la puerta, en uno de los sillones orejeros. El escritor había elegido el marco de la entrevista, era un provocador, pero no admitiría sus preparativos. Me esperaba en batín, despechugado. Un mechón de pelo blanco acentuaba su desaliño y parecía transmitirme: "la música es un olvido, la cofia su capricho, el lugar pura casualidad, ya ves mi indiferencia".

Me sentí incómodo. Dentro de la casa el sonido era un eco lejano, venía de fuera como un sitiador que hubiera puesto cerco para rendir la fortaleza.

— Buenas tardes comisario. Perdone mi aspecto —lo recalcó—, había olvidado su visita. —Mentiroso, pensé—. Son tantas cosas en la cabeza —se justificó. Me mordí los labios: yo quería descargársela—. Siéntese a mi lado. Aquí estaremos bien.

Sus palabras invitaban a mirar los objetos, a iniciar una conversación sobre ellos, pero no quise darle ventaja. Era ostensible el hueco en la vitrina de las armas cortas. El escritor observaba mis reacciones. Mi silencio duró lo bastante para ser una respuesta.

— ¿Cómo se plantearía mi visita en la literatura policiaca? — lo rompí al fin.

— No se puede hablar de un género único, salvo que se quede uno con literatura tan sólo. Hay buena y hay mala, es la diferencia fundamental, más que una división temática en compartimentos cerrados. ¿Cómo separar el amor, la inteligencia, el misterio, la aventura, el

sexo, en un mismo hombre? Imposible también hablar de novelas policiacas, rosas o verdes. No es más que un truco editorial para lectores poco avisados —soslayó mi pregunta.

— ¿Y en los términos de la novela negra?

— ¿Sabe por qué se llama así? Por la Série Noire de Editorial Gallimard que fue la primera en difundirlas en Europa. En Estados Unidos se acuñó la expresión "hard-boiled". Duro, inflexible, en su traducción literal. Hard boiled egg significa huevo duro. Querían expresar el crudo realismo, la violencia de las obras de Dashiell Hammett y Raymond Chandler con antihéroes como Sam Spade y Philip Marlowe, Humphrey Bogart en definitiva. Supongo que a todo policía le gusta sentirse Bogie de vez en cuando...

— Yo prefiero a Woody Allen, pero no se me pierda —lo recriminé. Bernabé Solano estaba dispuesto a hablar de lo divino y de lo humano, de instrumentos de tortura o de literatura, lo mismo en ocasiones.

— Para que una respuesta sea precisa, la pregunta debe serlo antes. Y la suya es muy inexacta. No puede meter en el mismo saco las novelas negras americanas, las operetas victorianas de Agatha Christie y la ambigüedad moral de la Highsmith por ejemplo.

— Dígame entonces cómo lo resolvería usted.

— Es un buen avance. Cogió la ocasión al vuelo. Deme los personajes, la situación.

— Nosotros, aquí, hoy, en el caso real de tres asesinatos.

— Usted es el policía, eso está claro, pero ¿quién soy yo? ¿Un testigo de cargo, un falso culpable, el criminal perfecto o el hombre que sabía demasiado?

— Decídalo usted.

— No, comisario Martín. Le corresponde a usted hacerlo. Por lo que a mí respecta soy su anfitrión y me comporto como tal. Ha pedido verme y lo recibo. Y a lo que parece no tiene noticias que darme, sólo ganas de charlar un rato.

— Háble me de su nueva novela. Tengo entendido que plantea un caso de doble personalidad, un detective que descubre su propio crimen.

— ¿Quién se lo ha dicho? Ya sé, sus informadores, fuentes se-

cretas, gargantas profundas. Es igual, no me interesa. Esa es la anécdota pero el tema es más amplio: la fascinación ante la mente, la capacidad de un individuo para entrar en los secretos más profundos de otro. Y nada tan íntimo como el mecanismo que anima a matar. Un legado de siglos, desde Caín, ése de matar al hermano y negarse a sí mismo el crimen. Esa dualidad: la difícil aceptación de la verdad, la convivencia entre el deseo criminal satisfecho y el remordimiento. ¿Usted es católico? Si tiene fe, me refiero. Bueno, no tiene que decírmelo. La gente es muy pudorosa al hablar de sus creencias. Nos hemos pasado media vida con el tabú del sexo y hay otras inhibiciones más profundas: la ideología, la religión, la vida eterna, la ambición. Nadie habla de eso y todo el mundo cuenta el sexo con pelos, muchos, y señales, algunas. Quería ponerle el ejemplo de la confesión. Dolor de los pecados, propósito de la enmienda... ¿cómo juegan en un crimen que es único, donde la víctima es irrepetible? ¿Volvería a matar aunque le duela? No es un problema esencialmente religioso sino ético, de comportamiento social y de equilibrio individual.

Lo dejaba hablar y buscaba el resquicio para descender a nuestro tema.

— Imagínese que en un individuo coexisten los dos fenómenos: la pasión de descubrir los secretos de otro, de conocer; éste es el verbo clave de la humanidad, en su doble significado: la sabiduría y el amor físico; y la controversia del bien y del mal. Así es mi detective Sanders, sujeto y objeto. De eso trata mi novela aunque para ello tenga que apoyarme en un elemento argumentalmente débil como la doble personalidad. La psiquiatría ha hecho flacos favores a la literatura y en cambio ha vivido mucho de ella. Del cuento me refiero. No tengo un buen concepto de esa ciencia —me desmoralizó—. Malsana curiosidad imbuida de nobles propósitos, me parece. Mi novela habla de cómo Sanders llega a conocerse.

— ¿Y usted sigue sus mismos métodos de conocimiento?

— El no sigue los míos. Primero el creador y luego las criaturas, aunque sean a imagen y semejanza.

— Le voy a plantear una interpretación de los asesinatos de su familia —estaba harto de discutir sin sentido—. Usted me dirá si le parece un tema sólido para una novela.

— ¿Ha decidido hacerme la competencia? —fue profeta—. Le advierto que teoría y práctica no requieren iguales cualidades.

— Supongamos que usted tuviera un móvil para matarlos. Usted es una persona inteligente y se le ocurren montones de ideas. No tiene prisa y puede espaciar sus muertes para que nadie las relacione. Su hijo podía matarse cualquier noche con su moto, previamente arreglada. En cuanto a su mujer ¡qué más fácil que fingir un suicidio! Y respecto a la doncella, un empujón bajo las ruedas de un camión que no frena a tiempo. Puede hacerlo, sabe cómo y sin embargo siempre hay entrometidos que desbaratan las coincidencias. Y se le ocurre lo contrario: tres crímenes simultáneos de los que resulte único sospechoso, en su propia casa cerrada, con su arma, todo a la vista. Tampoco intenta defenderse y se muestra altanero. —Bernabé Solano levantó la vista—: Todos pensarán "es imposible que haya sido él, no lo habría hecho tan mal". El crimen perfecto ¿no?

— No hay crímenes perfectos salvo en las novelas y ¿sabe por qué? No porque los novelistas seamos más inteligentes que los asesinos, al contrario la realidad siempre es más rica, sino porque los crímenes de las novelas son mentira. El crimen es sucio y la suciedad nunca puede ser perfecta. Créame, no tengo más ganas de jugar, yo no maté a mi mujer ni a mi hijo y mucho menos a Candela. Amo la vida, mi mujer también la amaba y ¡qué decir de dos personas jóvenes!

— Es la primera vez que se defiende.

— No me duele que me acuse. Los dos somos profesionales y si no tiene otro sospechoso ¡qué se le va a hacer! Yo también tengo mi novela empantanada y a veces hago trampas como usted. Lo que me molesta es que crea sinceramente que yo los maté.

— ¿Por qué no está usted muerto? —me brotó espontánea la frase.

— Eso sí es discurrir, enhorabuena —volvió a distanciarse el escritor, se guarecía en su cueva tras su breve desnudez—. Es la pregunta que llevo haciéndome desde aquel día. Las víctimas debíamos ser cuatro y yo estoy vivo salvo que esto sea el sueño eterno. "El sueño eterno", es una buena novela y un mejor título.

— He visto la película. Sin embargo usted no hace nada por descubrir la verdad.

— No sirvo para eso. Yo invento historias pero en la calle me perdería.

— ¿Por qué excluye que la calle sea el laberinto de su mente? ¿No puede ocurrirle lo mismo que a su detective Sanders?

— Después de tantas novelas, siempre me queda la duda de si ocurren cosas como las que cuento. Soy el primer escéptico aunque a la gente no parece importarle.

— ¿Y no sería mejor salir de dudas?

— ¿Con un psiquiatra? —me descubrió.

— Lo sabía desde el principio ¿verdad?

— Mi hijo es muy aficionado a dudar de la salud mental de sus padres. Había de ocurrir tarde o temprano. Lo intentó con su madre pero ¿qué hubiera ganado ella? Claro que en el manicomio no la habrían asesinado —se torturó—. ¿Se da cuenta de que yo quería a Asunción Lequerica? ¿Cómo aborrecer a quien le debes la vida?

— ¿Tendrá entonces su respuesta?

— ¿Ya la conoce verdad?

Recogí mi gabardina y me fui sin mirar atrás, al hombre que volvía a las regiones de sus sueños para superar su dolor. No se sometería de buen grado al análisis psiquiátrico, necesitaría una orden judicial, una detención en regla. Y ¿para qué iba a detener a un hombre inocente?

Ésa era la palabra que me llevaba en el corazón aunque embrollara más la solución final. Puse mi mano en el lugar de mi certeza, y el gesto me trajo el recuerdo del Sagrado Corazón: el calendario extraviado, el corazón perdido.

Volví sobre mis pasos y Bernabé Solano no percibió mi regreso. Lo toqué por detrás y el escritor giró su rostro. Tenía los ojos enrojecidos. Desvió de inmediato su mirada y falseó la voz para preguntarme áspero qué deseaba. No le gustaba que lo pillara en un momento de debilidad.

— ¿Recuerda el Sagrado Corazón de la habitación de Candela? Usted declaró haberlo visto allí pero luego desapareció.

— Estaría confundido, no veo que...

— ¿Cómo era?

— No sé, normal, un calendario con los meses arrancados. Ya

no había días para ella. Calenda es un anagrama de Candela.

— ¿Lo reconocería si lo viera?

— Supongo que no. Serán todos iguales. Tenemos el mismo corazón para todas las estaciones: para el invierno de la ignorancia, para la primavera de los sueños, para el verano del poder y para el otoño del desengaño. Cuatro cavidades que gobiernan el ciclo vital como los cuatro ángulos rectos que conforman los trescientos sesenta grados de la circunferencia; dos aurículas y dos ventrículos que rigen el tiempo que nos ha sido concedido como los cuatro cuartos que dividen la esfera del reloj. O los cuatro puntos cardinales de una brújula, o los cuatro elementos constitutivos de los cuerpos o las cuatro edades míticas o históricas: norte-sur-este-oeste, agua-aire-tierra-fuego, oro-plata-bronce-hierro, antigua-media-moderna-contemporánea. Y nacemos, crecemos, maduramos y morimos. Mi pecho, el suyo, el de todos alberga uno en trance de pararse. Y usted busca un misterioso y singular corazón perdido. ¿Por qué es tan importante?

— Porque no tengo nada más, ¿comprende?

Bernabé Solano asintió. Era una razón de peso.

[77] Semanas más tarde, un domingo Onofre Osés y su hija Clara se dirigían a casa de Bernabé Solano. Era la suya una visita de cumplido. Hacía unos dos meses de las muertes y la gente daba por hecho que nunca sabría lo sucedido. También vivíamos sin saber si Oswald mató a Kennedy. Y, como decía doña Asunción del magnicidio, no había sino esperar al más allá para conocer la verdad; entonces a muchos se les caería la cara de vergüenza por sus actos inconfesos.

Clara fue asidua de "Los vientos" y sólo el tiempo le había impedido convertirse en la nuera del famoso escritor. Peor hubiera sido que los crímenes la pillaran en otro hito posterior del camino trazado ante ella por el deseo de amar y ser amada. Podía sentirse afortunada en medio del caos.

Tendría que afrontar sin embargo los ojos de Bernabé Solano y escuchar su voz que nunca la llamaría hija. Su madre le había dicho que lo cortés no quita lo valiente y Clara sabía que debía testimoniarle su pésame. La cortesía era la visita pero ¿cuál la valentía que no quedaba vulnerada? Eran muchos los que acusaban al escritor y el valor consistía en mantener su culpabilidad mientras no demostrara su inocencia.

Onofre asistió durante días en silencio a la labor de su mujer y su aquiescencia, acostumbrada a su oposición, fue agua de mayo para sus planes. En el último momento, cuando su hija ya salía, se sumó a ella. No iba a desaprovechar la oportunidad. Tampoco podía dejar en conciencia que su hija fuera sola a la guarida de un posible asesino. León Urraca se lo había trabajado bien aquella noche y al día siguiente Onofre, pese a no recordar sus pasos nocturnos, despertó con una revelación: Bernabé Solano era el asesino conveniente.

Desde entonces había intentado sin éxito entrevistarlo y tampoco había obtenido nada de la policía. Su convencimiento no se había traducido en una sola línea de periódico y se sentía impotente al

estar sentado sobre un filón-polvorín que podía estallar antes de que él fuera capaz de explotarlo. Debía apresurarse o cualquiera se le anticiparía. La iniciativa de su mujer había sido un don de la providencia. Alguna vez habían de serle favorables los hados.

Onofre y su hija se hicieron anunciar por Rosamari que llenaba ya los vacíos y había echado a la mar los pelillos de su labio superior. Se estaba convirtiendo en una señorita muy deprisa. Las dos chicas se reconocieron de la misma edad y Rosamari, aunque la esperaba a ella, la relegó al simple papel de comparsa: el señor Osés y su hija, y no la señorita Osés y el pelmazo de su padre, como pensó el escritor.

Bernabé había pasado sus semanas más relajadas desde los asesinatos. A su edad era imposible sentirse inocente de haber vivido pero le gustaba que un policía, acostumbrado a manejar esas palabras solemnes —culpabilidad, inocencia— como valores absolutos, incontaminados, creyera en él.

Las llamadas anónimas eran historia. De vez en cuando insistía algún contumaz pero Bernabé ya no se sentía obligado a escucharlo. También había evitado unos días la angustia del amanecer y sus peregrinaciones al cuarto de Rosamari. Y además había suspendido su novela pues su desenlace estaba unido al del caso.

Fueron días para disfrutar de la naturaleza cambiante, de la lenta marcha que de pronto se precipitaría en el verano. Un día llegaría una oleada de calor y luego el frío otra vez y pasaría un año y él también acabaría olvidando. En sus horas de ocio, en el jardín, recordaba mi frase: "¿por qué no estaba muerto?". El día de los hechos no le hubiera importado, envidiaba a las víctimas. Pero se estaba mejor vivo y al sol.

Su paz había sido turbada por periodistas que lo invitaban a reflexionar sobre los sucesos. Onofre era uno de tantos y Bernabé los consideraba infortunados compañeros de armas que se ganaban la vida en labores de tropa. No por eso les facilitaba su tarea pero la comprendía. Le molestó, eso sí, que Onofre se colara de rondón con la excusa de su hija. Le tenía afecto a Clara y era una forma de prostituirla.

— Los recibiré en el jardín —le indicó a Rosamari.

— Don Bernabé, nuestra más sincera condolencia —recibió un

apretón de manos de Onofre que intentó ser abrazo fraternal y un beso filial en la mejilla de Clara.

— Muy agradecido —tosió un poco—. Lo acojo con sumo gusto como amigo pero espero que esta visita no quede reflejada directa ni indirectamente en los periódicos. Cuando me decida a hablar con la prensa, usted será de los primeros en saberlo.

— Descuide, sus prevenciones son innecesarias —también inútiles, se calló, pues ya maduraba su idea.

Clara se sentía incómoda. Bernabé nunca le había resultado simpático. Su mirada no le parecía limpia aunque no lo creía el asesino de su familia. Lo veía a través de Josafat. Le gustaba más como escritor que como persona. Lo contrario le ocurría con su padre: lo quería pero deploraba sus tretas. Se sentía un juguete en sus manos: las visitas a la comisaría, ahora a "Los vientos". También le molestaba el traje chaqueta en el que había tenido que embutirse. Su madre se empeñaba en vestirla de señora: ya tenía edad y con su repentina fama... Ella estaba mejor con sus vaqueros pero Bernabé no pensaba lo mismo. La encontraba espléndida.

— Me gustaría echar un vistazo a la habitación de Josafat. Quisiera guardar algún recuerdo suyo, si no le importa —también sentía el morbo por el lugar del crimen.

Los ojos de Onofre Osés agradecieron el tacto de su hija al dejarlos solos y los de Bernabé, afirmativos, admiraron ecuánimes su tipo.

Onofre tenía habilidad suficiente para hacer hablar a las personas más reacias. De unas sacaba más que de otras, pero con ninguna se iba de vacío. Las mismas reglas de urbanidad que los habían llevado allí, le harían a Bernabé hilvanar una hora de conversación. En pocos minutos y a partir de un comentario general acerca de los buitres carroñeros, supo que Bernabé había sufrido alguna llamada desagradable. Lo demás corría por su cuenta: alguna quería decir muchas, desagradable significaba acusatorias, y su despego que lo habían martirizado. Su condición de intelectual por encima de esas mezquindades, le habría impedido probablemente comunicárselo a la policía. Ya tenía una noticia.

Siguió escarbando. Entre los dos —él tirando y el otro soltan-

do— tejieron una teoría de la culpabilidad universal. El dolor por la pérdida de los seres queridos, el no haber podido hacer más por ellos, la duda de si los correspondió —no, si siempre se van los mejores—, fueron referentes tópicos para que Onofre descubriera en Bernabé sentimientos parejos. Y encontró también en su alma el descanso por haberse desprendido de una carga. Él era un hombre que había pretendido pasar por el mundo ligero de equipaje, como proponía Machado, para entregarse a su vocación. La mente extraviada de su mujer y los pasos inciertos de su hijo habían pesado sobre él. Esta revelación ilustraría las tensiones familiares inmediatas a los hechos.

Sí era un dato concreto la presencia de Rosamari. Su tutela evidenciaba un sentimiento de culpabilidad por la más inocente de las víctimas. "Bernabé Solano lamentó más la muerte de su criada que las de su mujer y su hijo" podía ser el comienzo sensacionalista de un artículo y dar pie a la avidez del lector.

No tuvo suerte Onofre al recabar información sobre su trabajo literario. Bernabé Solano, consciente de los paralelismos, se mostró recatado.

— He abandonado la novela que estaba escribiendo y no sé cuándo la reemprenderé —fueron sus únicas palabras y el periodista podría hablar de su depresión, sin ansias de vivir, siempre que no se contradijera con su desapego por los muertos, o de su agrafia y de la pérdida que suponía para el panorama literario español.

Onofre tenía material para un par de artículos. "Declaraciones exclusivas de Bernabé Solano a nuestro corresponsal Onofre Osés". Ya veía el titular en primera página. "El famoso escritor rompe su silencio por primera vez desde los trágicos asesinatos. Sensacional documento humano". Sólo faltaba su autorización. Si se prestara a una serie: las víctimas, los posibles móviles, las circunstancias de las muertes, su descubrimiento...

— Podríamos poner coto a las habladurías con la publicación escueta de la verdad —argumentó con denuedo ante el escritor, molesto por su insistencia.

Bernabé miraba hacia la casa y Clara no volvía. Estaba deseando largar al periodista pero no se rindió. Lo atemorizaba más la letra impresa que la maledicencia. La escritura había sido su amiga y

si cedía a la persuasión de Onofre, su vida y sentimientos se colarían en su casa como mercancía de consumo. Sería una traición.

Onofre no había alcanzado la cumbre de su profesión por no decidirse a dar el salto a la capital. Y su momento había pasado. Había llegado a ser director del periódico local. En tiempos de censura y represiones fue tenido por hombre intrigante, con influencias tentaculares en la administración. En realidad fue un director acomodaticio que jamás dio problemas a sus gerifaltes. Nunca rebasó el ámbito de su notoriedad provinciana y ésta se vio cuestionada por pseudo-intelectuales izquierdistas que buscaban su compromiso contra los caciques locales. Pero, como justificaba Onofre, eran los tiempos que le había tocado vivir y había ejercido su profesión de igual manera que un médico o un abogado,

La transición política había sido un trago amargo para él, no porque no estuviera por la democracia, que lo estaba como un español más, sino porque fue uno de los pocos depurados. Sus señores seguían en sus puestos, los poderes fácticos, los grupos de presión, pero habían considerado oportuno lavarse la cara y librarse de unos cuantos como él.

Después de tantos años de sopa boba, Onofre se vio en la necesidad de reemprender la lucha. Ya era tarde para plantarse en Madrid. Así que desde su atalaya provinciana, intentó ganarse las últimas pesetas como periodista "free-lance". El término no era de su generación y había olvidado lo que significaba patear calles. Las mismas puertas que antes se le abrían con honores se cerraron ante él con estrépito. Sus amigos le decían que se estaba quedando desmarcado y Onofre procuró apuntarse al carro vencedor.

Intrigó en cuantas conspiraciones y grupúsculos se le pusieron a tiro. Muchos lo rechazaron por impresentable, aunque los que repartían las credenciales democráticas tuvieran aún mayor desvergüenza. Y los que lo admitieron fueron siempre los perdedores, más descalabrados cuanto más alto llegaba. De ahí le vino su mote de 007, de su afición a las intrigas, de sus iniciales y del número de elecciones perdidas. De su experiencia política sólo le quedó el baldón del apodo y que todos lo consideraran gafado. A todo esto llevaba años malviviendo con la corresponsalía de un diario madrileño que ignoraba su

región y le pagaba en consonancia.

El triple asesinato de los Solano era su triple ocasión para resarcirse de tanta mediocridad, para solventar su penuria económica con un libro especulativo, y para tomarse justa réplica de personas como los Solano, los Lequerica —importantes accionistas del periódico local— y otros de la misma cuerda, que ni antes ni después lo habían considerado un igual: su bufón primero y un apestado cuando ya no les servía. Así, aunque él había sido siempre vocero de los éxitos de Bernabé, jamás lo recompensó con su amistad y tuvo que esperar a la mañana de los crímenes y a esa visita de pésame para ser recibido en "Los vientos". Tampoco contó con él para su biografía y una chiquilicuatro de las nuevas hornadas le había arrebatado una fama y un dinero que él se había trabajado durante años. Era su oportunidad y topaba con su oposición. Su firme negativa no había de ser óbice para él, esa vez no, ya había callado demasiadas. Y si no quería hablar, tanto peor: inventaría un poco más.

Clara regresaba contoneándose a causa de las irregularidades del camino, y el silencio de los dos hombres recayó sobre ella. Los ojos del escritor en su figura y los del periodista en Bernabé y en la mirada con que ceñía a su hija. Clara traía un pequeño álbum, de fotos suyas con Josafat. Encontrarlo había sido una sorpresa agridulce. Dolía más la pérdida de un enamorado que la de un amigo.

— ¿Le importaría regalármelo?

— Es tuyo, hija —accedió Bernabé emocionado de que su hijo le hubiera sacado algo de jugo a su efímera existencia.

La satisfacción que le dejaba la hija compensaba el temor que había alumbrado su padre. No se fiaba de Onofre y, con su corazón en sol y sombra, los acompañó a la puerta.

[78] Al dejar la habitación de Josafat, Clara había visto la sombra negra de Rosamari deslizándose escaleras abajo. Y al ir tras ella, desde un ventanal que daba a la carretera, había descubierto a un joven bien parecido, con el que tropezaba a menudo en los últimos tiempos. Cuando abandonaron "Los vientos" el hombre fingía reparar su moto

pero enseguida lo vio en el espejo retrovisor.

León llevaba semanas con el diccionario pero no se engañaba sobre lo estéril del remedio. Bernabé Solano estaba demasiado entero todavía, la lidia debía continuar. Su aproximación a Teresa había sido un desastre y Onofre no había dado frutos si bien había descubierto, en su interior, rencor y alharacas, buen abono para su semilla.

Su encuentro fue casual pero su predisposición estaba latente cuando se levantaba presuroso en busca de su firma o cuando archivó el dato de que Clara era la chica de Josafat Solano.

León Urraca intentó reconstruir sus últimas horas. Su cama vacía y el tiempo de propina, habían sido los ingredientes inesperados de la noche, como a la mañana lo fueron el corazón ensangrentado y el armario humidificador. Ciertamente había salido con bien pero más gracias a la improvisación que a la previsión. Conocer la verdad de su triste desperdicio —que le fuera concedida una hora adicional y la malgastara así— lo hubiera ratificado en su injusta decisión de segar su vida.

Clara Osés era por tanto otro de sus objetivos. Triples como los asesinatos o las intenciones de Onofre. Los tres vértices de sus paseos al mediodía y a la tarde, cuando su madre lo obligaba a oxigenarse, eran Bernabé Solano —su norte y enemigo— y los dos peones que la sangre había puesto dieciséis años atrás a su servicio: Onofre y Clara Osés. León podía creer en esta benéfica confabulación universal, compensación de la similar conjura que había hecho fracasar su carrera profesional.

El domingo de la visita de los Osés a Bernabé Solano, León vigilaba frente a la casa de los primeros en la calle Duquesa de la Victoria. Al verlos enfilar la Carretera de Soria no tuvo duda de su destino y se felicitó de que tal confluencia resolviera su diaria decisión por uno de ellos en detrimento de los otros dos. También se sintió inquieto. ¿Había germinado en Onofre su simiente? ¿O estaba Bernabé predisponiéndolos contra él? Había convivido tantos días con ellos que no paraba a pensar que les era desconocido. Se trataba de una reunión crucial. Después sería "todos contra León Urraca" o "el mundo contra Bernabé Solano" y él de general en jefe de los ejércitos justicieros.

Había presenciado temerariamente su despedida desde la otra acera, enfrascado en las bujías de su Vespa. La expresión de Bernabé era circunspecta como siempre, Clara parecía emocionada con un regalo al abrigo de sus pechos —notables, reparó— y en los ojillos de sapo de Onofre habitaban demasiados sentimientos encontrados. La incógnita persistía y demandaba una acción inminente.

Clara fue la elegida. Sus cualidades anatómicas brillaban como centellas en medio de su trajín. Los días junto a ella pasarían más deprisa y su cuerpo se rebelaba contra la ausencia de Teresa.

Algunos mediodías la había esperado a la salida del instituto en la Glorieta del doctor Zubía, prestigioso naturalista riojano que a finales del pasado siglo quiso emular a Darwin en el jardín botánico allí ubicado. León —solitario en un banco, huidos los viejos de las sombras dendroides al refugio del vecino Espolón— rememoraba las marionetas del intrépido Gorgorito, la bella Rosalinda y la malvada bruja Ciriaca, y no al insigne científico del cual, como cualquier otro logroñés, lo desconocía todo, incluso que la popular Glorieta llevase su nombre de estrambote o que zubia sea un lugar con mucha agua. Rosalinda era la esperada Clara, Gorgorito él y su inteligencia la estaca fustigadora que se descargaba una vez y otra sobre el cogote de Ciriaca, de fácil adscripción al tenebroso saco de humanidad. Pedagogos y otras voces airadas habían fomentado otras farsas más didácticas y menos violentas, pero a León como a centenares de niños a lomos de sus papás, le gustaba Gorgorito:

"Té, té, té,
té, chocolate y café.
Los buenos han ganado,
los malos han perdido.
Té, té, té,
té, chocolate y café."

Tenía que enamorar a Clara Osés. Era un problema físico de acercamiento y químico de reacción positiva de la mezcla. Estaba desentrenado. Sus ejercicios —sin contar Candela, un vacío interesado en su memoria— se habían llamado Teresa, Tesa, Tesé, Té. Sus estudios

absorbentes y su noviazgo formal le habían ahorrado en la universidad el ojeo y captura de la pieza. Tan siquiera había sido soldado e ignoraba también las operaciones de uniforme en ciudad conquistada.

(— ¡Ay Eusebio de mi vida! Nada diré.
— ¡Viva la inexperiencia!)

Alguna posibilidad también tenía. No desde luego gracias al poema en que habían desembocado sus anagramas y calambures, hipérbatos y anástrofes. Sí, en cambio, a que Clara Osés se sintiera inclinada a él por su atractivo físico, acentuado por la diferencia de edad: un hombre joven —un carroza de broma con sus amigas— de veinticinco para una chica de dieciséis. Y por la curiosidad que su espionaje había despertado.

Si la presencia de León no había sido detectada por personas como Onofre Osés o Bernabé Solano —que no esperaban ser objeto de pasiones—, sí en cambio y de inmediato por el radar de una chica en edad de pavonearse. Sus paseos eran un recuento de las miradas cruzadas, de los encontronazos furtivos, de los tropezones casuales y de los chicos que la habían seguido y abordado. Lo había contabilizado bastantes días atrás. Lo recordaba en el cementerio el día del entierro de Josafat. No tenía mayor importancia, había estado medio Logroño, pero ella se había fijado en él y se sintió culpable, infiel hacia el amigo que enterraba.

Si algo tenía claro, además de su nombre, era que el tiempo de vestir santos había pasado y que si ridículo era penar un amor que fue, mucho más hacerlo por otro que pudo ser. Así que, al ritmo de sus coincidencias, recreó la idea de un nuevo pretendiente. No el único pero sí el más maduro y por contra el más tímido. Durante días había proseguido su asedio, con una lentitud desesperante para ella que prefería acortar los prolegómenos. La muerte tan próxima además de truncar su entrega, ya decidida, la había hecho reflexionar sobre la transitoriedad de la vida, demasiado evanescente para empeñarse en planes definitivos. Tanto mejor comenzar cuanto antes a vivir el presente. Si se hubiera ahorrado complejos y razonamientos, Josafat se habría llevado mejores recuerdos.

[79] El lunes por la mañana fingía leer el periódico en su banco y no levantó la vista cuando ella pasó a su lado, despacio, muy despacio. Había despedido a sus amigas que observaban la escena desde lejos. Luego regresó con ellas, repitiendo su actuación y su fracaso.

Por la tarde sabía ya que debería hacer acopio de valor y tomar la iniciativa. A través del amigo de un hermano mayor de una vecina de una amiga suya, e incluso por vericuetos más complicados, había descubierto su identidad. Sabía su nombre y que era hijo único de buena familia, físico nuclear y que preparaba oposiciones. También —importante— que acababa de romper con su novia, una periodista.

A la noche supo por su padre, aunque se dio cuenta de su parcialidad, que Teresa era una de tantas niñas sabihondas, ignorante de casi todo, muy poquita cosa, simpática pero sin sustancia —más de formas a las que agarrarse que de seso, de atenerse a su gesto— y biógrafa de Bernabé Solano. De esta forma averiguó Clara que entre su misterioso caballero y ella había un vínculo, adicional a que ella le gustara, relacionado con Josafat.

León buscaba algo, bien en provecho de Teresa —si su ruptura era una comedia— o en aras de la venganza, hundiendo a su ídolo Solano. También Clara había sumado al atractivo de León su propia curiosidad por conocer la verdad sobre la muerte de Yos, su amor predestinado por más que el olvido planeara veloz. Pasó la noche en vela, inquieta por tantas conjeturas y temerosa de tener mala cara al día siguiente, decisivo e inaplazable.

El martes León no estaba en su banco acostumbrado y Clara quedó profundamente decepcionada. Cuando ya la pena se dejaba ver en su semblante, lo descubrió en los jardines de la fachada opuesta del Instituto Sagasta, junto a la reinstalada estatua del ilustre riojano. León la esperaba frente al Muro del Carmen, que sigue el trazado de la derruida Cortina de Oriente, parte de la muralla que delimitaba el Logroño antiguo.

Clara se sentó a su lado. El no levantó la vista del periódico pero en los siguientes diez minutos no pasó la hoja de las esquelas,

donde lo había sorprendido su interrupción. Los estudiantes fueron disgregándose y al poco gozaban de una relativa soledad y de un lugar al sol, un chico y una chica. Para cualquier viandante eran dos enamorados —lo que todavía ignoraban ellos— algo enfurruñados. Ya se sabe que su lenguaje está hecho de silencios, a veces cariñosos, otras incómodos.

— ¿No viene tu nombre, verdad? —lo sacó de su ensimismamiento.

— ¿Cómo dices?

— ¿Que si sales en las esquelas? Como estás más callado que un muerto...

— No, no... —dobló el periódico.

— ¿Cómo te llamas?

— Esto... —dudó— Luis Uribe —recordó su falso, nefasto nombre.

— Ya —dio en el clavo— y yo Candela Ortiz.

León se tiñó de grana. ¿Qué era lo que sabía Clara? Su nombre seguro pero ¿por qué Candela? Ella lo relacionaba con el crimen y él le había dado su seudónimo artístico. ¿Con qué intención? ¿Había previsto para Clara idéntico final?

— Las cosas claras ¿no te parece? —dijo ella.

— Sí, como tu nombre. Claro del bosque, claro de luna —él también acertó y la coincidencia fue para ella predisposición mágica al amor.

— Así pues, los dos sabemos cómo nos llamamos y que me sigues desde hace un montón de días. ¿Qué quieres?

— A ti —dijo León y la besó antes de que ella pudiera reaccionar y cuando lo hizo fue para morder más profundamente su boca.

Los paseantes a su regreso pudieron contemplar que los enamorados habían hecho las paces. Tras los morros, la reconciliación también en los morritos. Era bonito que la gente se amase en primavera en los jardines.

Después León sacó su poema, las palabras que le faltaban en su presencia. Clara lo oyó embriagada por tan súbito y favorable desenlace:

"Yo Adán de la nada, a ti ave de Eva,
Órgano de onagro yo, tú sorgo de ogros.
Tú Osés sin seso, a mí león de Noel:
Eres azar de noria, airón de raza seré.

Final interesante, loco modo
O léase si no: contacto o beso.
LLora máscara, esputa sinsabor
Aprecio de verano, declara.

Río Ebro robas sabor del orbe al oír
El sol los ama y sala sus alas.
Nenita ¡atinen! la risa asir.

En rama el amor recocer y en Roma amar.
Nido de Odín otro orto al raso osar
Arcas ateas para mi saeta sacra."

Clara no entendió nada pero le gustó porque salía de él. Era un poema digno de Beckett, con el clamoroso ultraje de nombrarla sin seso, la intención explícita de llevársela al río y tal vez a Roma y el deseo implícito en acróstico que su nena no descubrió pero que compartía y justificaba lo demás. Al hacer balance del día, Clara había olvidado el interés de León por Josafat. La amaba y lo demás era accesorio, si ella también lo amaba.

Los días siguientes, León la esperó mañana y tarde en el instituto y pasearon entrelazados, parándose con amigos que se hacían de nuevas por su noviazgo. A León le gustaba andar y Clara hubo de amoldarse a su paso. Las caminatas eran felices para ella porque estaban entreveradas de besos. Unas veces transcurrían por las inmediaciones del instituto "Hermanos d'Elhuyar" en honor de los químicos riojanos descubridores del wolframio, otras por la carretera del Cristo o la de Zaragoza, pero nunca por la carretera de Soria, la más hermosa para enmarcar su amor.

Hubo de extrañarse Clara de que su conversación versará con frecuencia sobre Josafat y de refilón sobre su padre. León tenía curio-

sidad por saber qué hacían, a dónde iban. Clara lo achacó a celos, solía ocurrir con los antiguos novios. Las odiosas comparaciones, más en su caso: la muerte le había impedido elegir. Clara le fue contando lo mismo que a mí, con más lujo de detalles, pues León no se contentaba con su proclamación de la virginidad. Quería saber los cariños íntimos que se habían otorgado y Clara comenzó a mentirlo. Negó que hubieran pasado de los besos y procuró distraerse de las palabras y concentrarse en los cuerpos.

Clara quería entregarse a León. Preparó su cita para el sábado de esa misma semana. Cuatro días apenas la bastaban. Tenía prisa y le había trasvasado todos sus preparativos con Josafat, su alma gemela por la dedicación que le prodigaba. Sus padres salían y ella estaría sola en casa.

El encuentro resultó a su entera satisfacción. Pusieron música, se emborracharon un poco y se amaron con alegría y unas gotas de tristeza para que el cóctel estuviera en su punto. ¡Qué bien le sienta la languidez al amor! León fue un amante excepcional, para ella que carecía de referencias. El descubrimiento del amor físico la sumió en un estado de euforia que le hizo obviar sus recelos. Su encuesta obsesiva sobre los Sol-ano no terminó con el sexo y ella respondió complacida a cambio de que él se dejara reconducir al amor.

Clara se durmió y no pudo ver la expresión de León, que se escabulló sin despertarla. Había follado por primera vez desde la muerte de Candela y esa chica se había bautizado a sí misma con su nombre. Fue al despacho, pero no había ninguna pistola y sí los borradores de Onofre, que lo dejaron aún más satisfecho.

[80] Siete días después de la visita de los Osés a Bernabé Solano, la ciudad se despertó conmovida por el titular de un diario madrileño. Anunciaba a partir del lunes una serie de artículos que contribuirían al esclarecimiento de los asesinatos de "Los vientos". "Por nuestro corresponsal Onofre Osés, el periodista que ha seguido más de cerca la trayectoria del afamado escritor", remataba la gacetilla.

La edición se agotó rápidamente. Todos querían tener esa por-

tada que amenazaba con hacer historia en la ciudad. Hacía revivir la esperanza de que esa vez pudiera ser distinto y fueran a airearse los trapos sucios de los poderosos.

El juez Librado Pérez Sanmartín, que gustaba del footing a una hora temprana, acorde con la discreción de su cargo, fue de los primeros en enterarse y en despertarme en el hotel, donde todavía me hospedaba. El juez estaba descontento por la paralización del sumario, y aporreó mi puerta y entró blandiendo su ejemplar.

— ¿Cuáles son las intenciones de ese mequetrefe, mercachifle, tumbaollas... —y otras lindezas que el periodista merecía al juez y que jamás oiría de sus labios. Su temor era que Onofre Osés, pese a todos sus epítetos gloriosos, dispusiera de las pruebas que a nosotros nos faltaban. Primero había esperado como todos una rápida solución de manos de un bendito vagabundo enloquecido. Luego había aceptado mis sospechas sobre Bernabé Solano. Y cuando estaba medio convencido de someterlo a investigación psiquiátrica, me había oído hablar de su inocencia, sin otro indicio que un calendario del Sagrado Corazón de Jesús. Estaba ya harto, quería quitarse de encima tan enojoso asunto y remitirlo a la Audiencia.

Conseguí aplacarlo y le indiqué la inconveniencia de la hora y de nuestra respectiva indumentaria: el juez en chándal y yo en pijama.

La investigación del calendario había entrado en vía muerta a los pocos días. Me hice un experto en congregaciones, misioneros, operarios y esclavas, en Santa Margarita María Alacoque y en Santa Magdalena Sofía Barat, y había conseguido una relación de los editados con tal tema. No había sido difícil aclarar cuál y cómo había llegado a casa de los Solano a través de la difunta doña Asunción. Y Candela, que no les parecía a sus amigas —sí a su familia— muy religiosa, lo había cogido para presidir la cabecera de su cama, de donde había desaparecido el día de autos.

Las indagaciones confirmaban que el calendario había existido y tenía uno igual en el cajón de mi oficina. Pero nada sabía de quién lo había sustraído y de qué relación guardaba con los crímenes. Ninguno recordábamos haberlo visto, lo cual fijaba su desaparición entre el hallazgo de los cadáveres por Bernabé y nuestra llegada. Podía sustentarse de nuevo la teoría del extraño que hubiera esperado hasta enton-

ces para robarlo y salir corriendo. Era tan posible como absurdo.

Onofre se había dejado ver ese domingo saludando ufano a muchos antiguos amigos que volvían a dirigirle la palabra. Empezaba a gozar de su éxito. También León: aquella vez iba en serio, terminarían con esa rata de Bernabé Solano.

León Urraca no se sentía un asesino. Le venían a la memoria episodios de aquella noche, que él enjuiciaba con la perspectiva de su noble finalidad. Pero el trascurso del tiempo y la tergiversación de la realidad, le iban presentando a Bernabé Solano no sólo como un ser dañino, hipócrita y prepotente sino como un criminal.

El primer artículo apareció el lunes y su título "¿Matrimonio o patrimonio?" ilustraba su contenido. Recogía sin excesos las circunstancias de la boda de Bernabé Solano con Asunción Lequerica: el noviazgo desgraciado con Alicia y su escapada, el ánimo despechado del escritor y su inmediata relación con la rica heredera. Historias antiguas sin un gramo de falsedad ni con especiales arranques líricos o sensacionalistas. Casi la verdad desnuda para que el lector sacara sus conclusiones.

El del martes, bajo el epígrafe malicioso de "Los negocios de Bernabé Solano", ponía en boca de don Ambrosio Lequerica la exigencia de la separación de bienes para preservarlos de posibles cazadotes. Se detallaban las operaciones comerciales realizadas por doña Asunción en su primer año de matrimonio. Y cómo al año siguiente y muy mermado el capital inicial, don Ambrosio procedió a repararlo dejando su administración en manos de su propio abogado don Jesús Lezama. Sólo entonces había comenzado Bernabé Solano su carrera literaria, que resultaba así un pasatiempo después del fracaso de su gestión económica.

Bernabé había esperado toda la semana que se hiciera realidad el temor presentido. Apenas lo sorprendió el anuncio del domingo, que le arrebataba la paz de esas semanas de interludio. De inmediato reapareció el insomnio y sus visitas al dormitorio de Rosamari. Y pronto se reanudaron las llamadas con nuevos bríos. No las de León sino las de sus siniestros imitadores.

El segundo artículo ahondó su herida y pidió consejo a Jesús Lezama, que lo instó a capear el temporal y a no enzarzarse en polé-

micas sin futuro:

— El pobre Onofre tiene que comer y los periódicos muchos ejemplares que vender y es tanta la competencia...

El miércoles se publicó el tercero de la serie. "Doña Asunción Lequerica de la Reguera, señora de Solano" era su pomposo enunciado y en él se hacía una amplia disección de sus obras pías y obsesiones por el más allá. Seguía el relato minucioso de la vida doméstica en "Los vientos" y de algunas costumbres del escritor, tales como enlazar días y noches o subvertir horarios o montar comedias al capricho de sus necesidades creativas. De cómo estaban dispuestas las palabras —los hábitos de Bernabé y la noticia sobre el tratamiento psiquiátrico de doña Asunción— cualquier espectador de "Rebeca" o "Luz de gas" deduciría que Bernabé la había vuelto loca, mientras él se divertía en aventuras amorosas con ocasión de sus viajes.

Este tercer artículo unido a la pasividad de Lezama, al silencio de su hijo y a los periodistas de nuevo junto a la verja, hizo estallar la furia de Bernabé quien, contraviniendo las cínicas pero expertas recomendaciones del abogado, levantó el auricular y marcó el número de Onofre Osés. Onofre recibía muchas felicitaciones esos días y tenía presta la grabadora para inmortalizarlas. También recogió los improperios del excitado escritor, desmedido en su enojo, y procuró que su furia derivara en amenazas. Cuando Bernabé colgó el teléfono, Onofre tenía un documento sonoro de primera magnitud.

El jueves no hubo el esperado artículo y sí una bomba en primera página. Bernabé Solano tenía miedo a la verdad y utilizaba las armas más execrables de la intolerancia fascista. El editorial era un alegato en favor de la libertad de expresión y se dolía de que un escritor atentara contra ella; escritor que por otra parte era tildado de afecto al anterior régimen, a cuya sombra había medrado con una obra socialmente nada comprometida. Recogía también la demanda presentada por Onofre Osés por un presunto delito de coacción. La noticia era reproducida por los demás medios que se mostraban unánimes en la defensa de su razón de existir. Una carta de Juanmi reivindicando el buen nombre de su madre, sin una sola mención para Bernabé por cuya rectitud no levantaba la voz, acentuaba la maldad de un hombre a quien ni su hijo defendía.

El viernes leímos la cuarta entrega: "Josafat, un hijo marcado". El tono del periodista y los caracteres tipográficos eran mucho más atrevidos. La opinión pública les respaldaba, los colegas estaban con ellos y hasta el juez Librado Pérez Sanmartín había admitido a trámite la demanda de Onofre Osés, aunque la prueba magnetofónica no hiciera abrigar esperanzas de que prosperase.

Se presentaba a Josafat como una víctima inocente de la locura de su madre y de la dejadez paterna, responsable también de la demencia de aquélla y causa última por tanto de la aberración del nombre. Onofre trataba con delicadeza la figura del medio novio de su hija que no era mencionada y que vivía entregada a su pasión. Cerraba el artículo el relato imaginario del día crucial, su primera hipótesis, que había de servir de punto de inflexión entre la noticia y la especulación. Pintaba una jornada plena de tensiones entre Josafat y su padre, e insinuaba una posible discusión con causa y resultado de muerte antes y después de la famosa hora de diferencia.

Bernabé Solano, tembloroso, escondido del mundo y de los teleobjetivos de los fotógrafos, me llamó y sin preámbulos me pidió ayuda.

Ya estaba decidido a intervenir. Los primeros artículos estaban dictados con habilidad irreprochable. En cambio en el último, el optimismo le había hecho rebasar el límite de la prudencia. Llamé al juez Librado y luego a Onofre Osés y le exigí sus pruebas. Tendría que demostrar lo que publicara. Y su director lo llamó urgentemente a Madrid y, tarde mejor que nunca, le pidió sus inexistentes fuentes.

El sábado, el periódico denunciaba las presiones recibidas de distintas instituciones que desconocían el significado de una convivencia democrática y que imponían por la fuerza sus criterios. Después de una ardiente declaración de que su voz no sería amordazada, suspendía temporalmente el serial a la espera de nuevas revelaciones.

En el periódico local, silencioso los últimos días, Teresa Zaldívar glosaba su figura literaria y advertía sobre los excesos de la prensa sensacionalista sin citar nombres. Terminaba así una semana de posicionamientos y controversias, de tertulias y mentideros, con dos ejércitos en tregua, sin armisticio posible.

[81] El equilibrio de Bernabé Solano se resintió esa semana y el detective número uno usurpó su cuerpo.

Los extraños personajes que aparecían día a día en la letra impresa, colada a traición en su santuario, protagonizaban sus sueños. No reconocía al joven empleado de corazón helado ni la indignidad de su novia ante la muerte. Tampoco a la soltera rebelde, dama luego de la locura provocada. Ni al vástago abúlico, infausto Segismundo. Lo cercaban y atemorizaban y sólo había topado con mi mano tendida, que le ofrecía un auxilio inesperado.

Bernabé exageró mis recomendaciones. El mismo viernes hizo reponer todo tipo de vituallas en la ya de por sí repleta despensa y desde entonces nadie había entrado en "Los vientos". Rosamari atendía a los repartidores en la verja y Bernabé la vigilaba desde la ventana, cada mañana más pizpireta por ser tan fotografiada.

Las persianas estaban echadas, las cortinas corridas no dejaban paso a la luz solar. La casa parecía enfebrecida en su larga noche por un tiempo plano, como un barco en calma chicha en medio del océano. Bernabé, en cambio, se batía en la galerna. Un contestador automático recogía las peticiones de entrevistas de amigos y enemigos, los insultos zafios y las imputaciones bastardas. Al final de la jornada, escuchaba en la cinta la retahíla de su conciencia impertinente. Con tal invocación, no era de extrañar el rumbo de sus sueños.

Habíamos convenido cinco minutos, entre el cuarto y las y veinte de cada hora, para poder localizarle. Rara vez me preguntaba algo, prefería la ignorancia a las malas noticias y no podía haberlas buenas salvo la palabra fin. Sus adeptos deseaban una defensa gallarda, no que recurriera a intrigas aunque fuera contra un periodista de lealtades tan sospechosas como Onofre Osés.

Bernabé, a punto de hundirse con su navío, sentía los artículos, las pesadillas, las llamadas, como una sucesión de olas encabalgadas, con crestas y valles, que lo transportaban a su destino: los abismos marinos, las fosas abisales. Era difícil para él soñar con la plácida arena de una isla tropical a cuyas playas ir a morir dulcemente.

Y de pronto se encontró prisionero. Su refugio era su torreón

de encadenado. No era capitán sino forzado de galeras, la suya no era torre de marfil sino prisión de If o isla del Diablo. Y Bernabé no tenía el temple de Montecristo o Papillon. Torpe de él, queriendo preservarse de las amenazas exteriores, se había encerrado con una extraña. Rosamari no era ya el objeto de su expiación o la turbadora presencia que cada mañana lo rescataba de la muerte, sino el brazo ejecutor de la condena. Ya tenía cárcel y carcelero.

Bernabé y Rosamari apenas hablaban lo imprescindible. Su conversación más larga había sido la de su descubrimiento. Su relación estaba hecha de los escarceos del viejo y las provocaciones de la joven. El lunes al mediodía el silencio se hizo más palpable. Rosamari revoloteaba alrededor del escritor hasta que a los postres se decidió a hablar. No se resistía a preguntar, quería saber, ampliar lo que había leído a sus espaldas. Daba por sentado que cuanto se publicaba existía y no se planteaba que pudiera ser tendencioso o estar manipulado. Ignoraba incluso el significado de estas palabras. Su filosofía era más simple, propia de un policía como yo: verdad o mentira, y si era cierto no podía ser falso. Y además ella, en lo referente a los periódicos, excluía la segunda opción, salvo que fuera el día de los Inocentes. Por lo demás, eran la Biblia.

Rosamari quería comentarlo, saborear los detalles, como hacía con los cotilleos sentimentales. Se sentía protagonista por compartir su intimidad y él la de ella. Bernabé se quedó obnubilado por su descaro, ingenua en este aspecto al pretender salvar la distancia que los separaba. A Bernabé le parecía basura y no algo divertido y la despachó desabrido.

El martes Rosamari le entregó el periódico doblado por la página en cuestión y emitió un silbido penetrante. Su exclamación se refería a la vida azarosa del escritor y no a la indiscreción de sacarla a la luz. Difícilmente podía tener arraigado Rosamari el valor de la intimidad cuando siempre había compartido habitaciones y camas con sus otras hermanas. Tampoco las visitas matinales de Bernabé eran la mejor escuela. Ese día y el siguiente lo asaeteó a preguntas, que Bernabé contestó con gruñidos antes de ahuyentarla malhumorado.

Cuando el jueves buscó afanosa la siguiente entrega y no la halló, Rosamari, que lo había oído telefonear a Onofre Osés, culpó de

inmediato a su señor. Resultaba claro que se había tomado tantas molestias e iba a ir a la cárcel —así traducía la demanda interpuesta— para impedir que ella se enterase. No le habló en todo el día y en verdad fue motivo de alivio para el escritor, aunque no se apercibiera de ello hasta la noche.

Después de escuchar su cinta, más granada que nunca, subió a su estudio. Sus papeles estaban aparentemente bien colocados pero para él, riguroso en su orden, habían sufrido un saqueo violento. Rosamari había estado fisgando en su novela. Bernabé bajó furioso a su habitación y quiso entrar pero el cerrojo lo impidió.

— Ábreme —gritó y golpeó con saña.

— Nunca más —¿se refería a la puerta o a sus miradas?

El perro Baxter se puso a ladrar y oyeron voces exteriores:

— ¿Qué ocurre? —preguntó el policía de servicio.

— Todo está en orden —se justificó Bernabé e irritado se retiró a dormir.

Tenía rejas y perro guardián y vigilantes armados en el jardín. Y entonces cayó en la cuenta de que Rosamari había permanecido deliciosamente muda esa jornada, y tuvo miedo.

El viernes, esperó en vano a que lo llamara para desayunar. Y a la hora de comer, la bandeja sólo contenía el periódico. Los términos del chantaje eran claros. El estómago le pedía cuentas y Bernabé le explicó el origen del nombre Josafat y todas las peculiaridades de su carácter.

— Candela decía que lo habían estropeado las malas compañías, como la de ese pendón del otro día. —Candela le había prevenido contra Clara—. Prométame que no volverá a pisar la casa.

Bernabé asintió. Tampoco a él le quedaban ganas después de la faena que le había hecho, a dúo con su padre. La criada quedó muy complacida y lo colmó de comida. Manjares deliciosos le parecieron dada su inanición. Y de postre se levantó la falda, le enseñó los muslos y se alejó corriendo a tirarse sobre la cama de su cuarto.

Rosamari esperaba que su jefe la siguiera para acabar la sesión pero Bernabé, ya saciado, estallaba en mil furias contra la criada, de la que ya se ocuparía, y el artículo que demandaba su respuesta inmediata. Entonces fue cuando me llamó y conseguimos el aplazamiento.

Bernabé no la visitó el sábado. Rosamari había decidido mostrarle los pechos y él no quería verlos. Se levantó enfadada y lo encontró desayunando. El mismo se lo había preparado. Pensaba prescindir de ella. Le ordenó que le trajera los periódicos y ella lo entendió al leer la nota editorial y el artículo de Teresa Zaldívar. El viejo asqueroso se había salido con la suya: ya no habría más historias, justo cuando ella esperaba el quinto capítulo, el que debía referirse a sus relaciones con su hermana Candela.

Algo le había contado en sus viajes al pueblo: un señor, decía, y un artista, aficionado al cine. ¡Y ella se sentía una estrella! Rosamari la había visto siempre, al igual que los demás, como una pobre coja. Sólo dos hombres la habían mirado de otra forma: Bernabé Solano y León Urraca y por ambos había vivido y muerto.

Rosamari regresó ofuscada y Bernabé le pidió que recogiera sus cosas. Un taxi la llevaría al pueblo.

— Lo sé todo. Usted mató a mi hermana —estalló—. Por lo de las películas. Candela me lo dijo. Me iré sí pero a la policía directa. Lo he leído en sus papeles, pone cómo lo hizo —Rosamari había descubierto también las conexiones entre "El detective número uno" y los asesinatos—. Lo contaré todo, ¡viejo verde!

La verdad fue excesiva para él y por primera vez —el único recuerdo que conservaría de Rosamari— le cruzó la cara de una bofetada, un zarpazo de oso que le enrojeció la mejilla y la tiró al suelo golpeándose en la cadera. La chica gimió desconsolada, asustada de que pretendiera asesinarla a ella también. Pero el escritor acabó su desayuno y Rosamari se fue serenando. Entonces izó de nuevo su falda para comprobar que la carne se iba amoratando lentamente. Cuando llegara al pueblo, sería un cardenal digno de Roma.

Una hora más tarde, Rosamari, con sus escasas pertenencias y la cofia que no se había resistido a hurtar, salía para siempre de "Los vientos" tras su triste experiencia de doncella. Viva por lo menos, se dijo. Tentada estuvo de que el taxista la dejara en comisaría pero para qué meterse en líos, bastantes se había creado ya. A su corta edad sabía un rato de injusticias de los poderosos. ¿Qué valdría su palabra? Era más fácil callarse y maquinar alguna excusa para sus padres: la añoranza del pueblo o los chismes que corrían por la ciudad. Ninguna

la librería de una buena tunda.

[82] El corazón perdido obligaba a que la solución del enigma estuviera en Candela. Había sido la primera en caer, la que había dormido con su asesino antes de morir, y la depositaria de mi única pista: el famoso calendario, con cuyo igual jugaba permanentemente en el despacho.

Candela le habría abierto y el asesino escaparía por la mañana, gracias a las costumbres de Bernabé que ella le habría revelado. Desgraciadamente los vecinos no habían individualizado a ningún merodeador. Candela lo habría citado para entregarse a él. Pero ¿por qué matarla? Estaba al día en conocimientos teóricos sobre perversiones sexuales —"El imperio de los sentidos", la noticia de un japonés que se comió a su amada, etcétera— pero no casaba con la noche del debut. Eso solía venir con el hastío, al final del camino, cuando ya no quedaba nada por experimentar.

¿Y por qué también a la dueña de la casa? ¿Y esa espera macabra del ausente Josafat? ¿Y por qué respetar la vida del escritor? Esa forma de entrar y arrasar destilaba una mezcla de improvisada premeditación y premeditada improvisación. Necesitaba un móvil que alcanzara a todas sus víctimas. ¿Qué había en ese corazón que pudiera implicar al asesino? ¿Debía detener acaso a la monjita que se lo había vendido a doña Asunción? Era todo un puro disparate.

Esa semana volví a entrevistarme con las dos amigas de Candela. Para ellas, el culpable era Solano, ¿quién si no? Todo el mundo lo decía, no había sino coger los periódicos. Y así interpretaban nuestras pesquisas. Las preguntas sobre sus amigos y su tiempo libre, eran para despistarlas, pero no eran tontas.

Tenía que existir ese misterioso acompañante que Lali había visto junto a la taquilla de un cine. ¿Cómo habría conseguido ganarse en pocos días la confianza de Candela, una chica huidiza de los hombres, hasta el punto de arriesgar su trabajo para entregarse a él? Y además en secreto, sin que nadie supiera de sus relaciones. Quizás no fuera ella la que se alejaba de los hombres y llevara años esperando a

su príncipe azul.

Su afición al cine parecía algo sólido. Si querían ser discretos habrían confiado su amor a la oscuridad amiga. La chica se tragaba todas las películas. Había pocas salas y ningún cliente más fiel que ella. Cabía que taquilleras y acomodadores la conocieran y los reuní a todos.

La implicada no se acordaba del hombre de aquel día en que Lali se enamoró de su espalda, tampoco conocía a la chica. Hubo más suerte con otros, como uno ya veterano, con una plataforma imponente en uno de sus zapatos, al que todos llamaban su novio. Una coja y un cojo, tenía comienzo de copla. Lo cierto era que ninguno la había tratado pero muchos la conocían de vista y la habían identificado en los periódicos.

Me quedé con seis personas que parecían dispuestas a colaborar. Entre ellas estaba una taquillera de nombre Paquita que la estimaba singularmente por casualidades de la vida. Ella había perdido de soltera a una niña de un año, a causa de la polio, que debería tener más o menos la edad de Candela. Si verla en vida era una punzada y una ilusión, la noticia de su muerte había resultado también agridulce. Por un lado el horror y por otro el acatamiento definitivo de que el Señor quisiera llevarse a su pequeña. Nunca se saben los designios de la Divina Providencia y ella aunque tarde había recibido su lección.

Paquita era una mujer envejecida. Había vivido para dentro sin exteriorizar su amargura. Nunca hablaba por propia iniciativa, sólo respondía cuando se le preguntaba. Por eso contestó que conocía a Candela y se quedó. Pero eran otros los que llevaban la voz cantante, los que querían adueñarse de su niña. Ella no necesitaba pelear por su amistad como tampoco había precisado dirigirle la palabra. Su niña había muerto antes de aprender a hablar.

— ¿Solía acompañarla alguien? —pregunté.

Dos dijeron que iba siempre sola pero los otros cuatro fueron tajantes al afirmar que la última semana entraba con un chico. A los pocos minutos, un dibujante estaba listo para hacer su retrato robot. Les informé que lo buscábamos como posible testigo y todos quedaron conformes. Ellos también sabían que el asesino era Bernabé Solano. Enseguida comenzaron las discrepancias. Podía medir desde uno

setenta a uno noventa (uno ochenta y cuatro en realidad), pesar entre setenta y cinco y noventa kilos (por debajo de los setenta y cinco en aquella época pues tenía los huesos ligeros y un poco por encima de los ochenta después de sus meses de vida sedentaria; con Clara Osés estaba volviendo a adelgazar) y su edad oscilar de los veinte a los cuarenta (veinticinco exactamente).

De rostro moreno aunque tal vez castaño. La cara afilada de difícil acuerdo, y el papel se desgastaba de tanto rectificar la línea del óvalo. Los labios eran carnosos aunque quizás finos, y las orejas de lóbulo muy acusado si bien a alguno le llamó la atención que no tuvieran. La nariz: griega o aguileña, ganchuda o respingona, al gusto del consumidor. Y los ojos como el arco iris.

Paquita no estaba muy conforme pero sus débiles opiniones no llegaban al dibujante que bastante tenía ya con hacer caso a los otros energúmenos, dispares y opuestos en cada uno de los rasgos. Tampoco dijo Paquita que llevaba lentillas, de las dioptrías suficientes para no haber hecho el servicio militar. Pero no le habíamos preguntado.

Terminada la sesión, les pasé montones de fichas policiales que no aportaron novedad alguna. Recordé las palabras de Lali —un hijo de papá, de colegio de pago probablemente— y envié al inspector Vicente a los Maristas, Jesuitas, Escolapios y Marianistas para hacerse con las orlas de cinco a veinte años atrás, lo cual cubría un amplio espectro de edades.

Al día siguiente, los testigos dejaron las pestañas ante sesenta promociones, tres mil rostros de adolescentes burgueses, los profesionales respetados del momento. Cada uno hizo su lista de nombres. Ninguno coincidía en más de dos, y de éstos había unos doscientos y con una nominación otros quinientos.

— Espero sus llamadas en cuanto lo vean —los despaché y nos quedamos con sus nombres—. De tres mil, la cuarta parte. Resulta desmoralizador.

— Si les hubiéramos dado treinta mil fotos tendríamos siete mil sospechosos —me consoló Vicente.

— Hace unas horas no teníamos ninguno y de pronto nos sobran. Pero no por eso vamos a renunciar. Los agruparemos por profesiones y estado civil. Nos centraremos en los solteros que no trabajan

por las tardes, y me hará un dossier de cada uno.

— ¿Y si insertáramos un suelto en el periódico? Tal vez se presente.

— No confío en la colaboración ciudadana. La gente prefiere verse libre de responsabilidades —en el fondo estaba encantado de que todos sospecharan de Bernabé Solano. No quería levantar la liebre de su inocencia y equivocarme, como ya había hecho con la de su culpabilidad.

El sábado a las tres y diecisiete minutos llamé al escritor.

— ¿Estará contento por la interrupción de los artículos?

— Me alegro claro —su tono lo desdecía— y se lo agradezco, pero estoy deprimido.

— ¿A qué se debe?

La discusión con Rosamari le había puesto de mal humor. Su firmeza le duró el tiempo justo para echarla, y al irse comprendió que nunca más tendría compañía, que ninguna chica le enseñaría las piernas ni le prepararía la comida, y él no era hombre de hotel. ¿Se moriría de hambre entonces o tendría que ir al mercado, rodeado de gente?

— Pronto se reanudarán los comentarios. Es una máquina imparable —y él con sus torpezas con Onofre y Rosamari le había dado nuevo combustible. Se estaba portando como un patán, por más que alardeara de humanista. Disculpaba que los lectores se divirtieran con sus cuentos, pero le horrorizaba que Rosamari y quién sabe cuántos millones más, lo creyeran un asesino.

— Deseo hablar con Rosamari —entré en materia, una vez cumplida la cortesía—. Tal vez su hermana le hiciera alguna confidencia —pensaba en el "novio".

— Se ha ido a su casa —desconfió de mí y utilizó las mismas excusas que Rosamari empleaba en esos momentos con sus padres—: los echaba de menos y estaba asustada. La campaña... —y si a la chica no la libraron de la ira paterna, al escritor no le sirvieron para disipar mi recelo.

Bernabé ignoraba que Candela saliera con un chico y su voz me pareció casi celosa.

Por la tarde, nos mantuvimos a la espera de las noticias de los cines. Vicente había reducido la lista a unos cincuenta nombres, solte-

ros, menores de treinta años y licenciados en paro. Entre ellos estaba León Urraca pero Vicente no había encontrado razón alguna para señalarme la inclusión del ex-novio de Teresa Zaldívar.

Los teléfonos comenzaron a sonar entre seis y media y siete de la tarde. El primero en llamar fue el acomodador cojo.

— He cogido a siete. Los tengo en el vestíbulo, ¿qué hago?

— ¿Cómo a siete? No puede reconocer a siete a la vez.

— Es uno de ellos —quería curarse en salud, por si había recompensa.

— ¿Quién se cree que es para retenerlos? Déjelos inmediatamente.

Luego llamaron otros dos. Ambos tenían varios candidatos pero no estaban muy seguros y desistí de enviar un coche patrulla. Por último llamó Paquita que había visto a León Urraca en compañía de Clara Osés. Lo reconoció al instante pero le costó decidirse a telefonear.

— ¿Está totalmente segura? —le preguntó el funcionario de servicio—. Ya han llamado otros tres —la amedrentó. Nuestros gritos habían llegado hasta él.

Paquita no vaciló en su convicción pero no se atrevió a mantenerla y colgó el teléfono.

— Ha llamado la cuarta pero no estaba segura —me comunicó el telefonista.

— ¡Cómo no! Ya tenemos a nuestro asesino en cuatro sitios al mismo tiempo. No vale la pena luchar contra Superman. Vámonos —levantamos el campo—. No hace falta que esperemos a la sesión de noche. Habrá otros veinte sospechosos. Al parecer abundan en Logroño. ¡La mayor proporción del mundo por habitante y metro cuadrado!

La semana siguiente nos pondríamos con su lista y esa noche me dejé invitar a casa de Vicente.

Paquita esperó el final de la sesión. A la salida los divisó desde su ventanilla y dejó plantada la cola ante la indignación de los que esperaban. Los abordó con la excusa de un billetero, el suyo propio.

— ¿Lo ha extraviado el señor? Como lo he encontrado después de que sacaran las entradas... Tiene unas iniciales, dígame su nombre, a lo mejor coinciden.

— No hemos perdido nada —se la quitó de encima León.

— FR no —cogió Clara la cartera y se la devolvió—, las suyas son LU, Luis Uribe —bromeó mimosa.

Y Paquita se quedó con su nombre falso, el auténtico de la mano homicida, el que adornaba en su centro el calendario del Sagrado Corazón, la respuesta que yo buscaba denodadamente.

[83] Luis Uribe iba cobrando realidad. Absoluta la tuvo para Candela: un cuerpo al que había amado y rendido su existencia. Para Clara, en cambio, había sido una broma en los jardines del instituto y casi el abismo en su iniciación del amor. ¿Y quién era esa metomentodo que quedaba ahora en posesión de su nombre? ¿Quién su tercera mujer?

León se supo en peligro pero no sintió miedo, sólo constató el riesgo de tropezárselo en la calle. Sería digno de verse: León Urraca contra Luis Uribe, un reto como el de Bernabé Solano contra el detective Sanders; simples escaramuzas de entrenamiento, como los boxeadores con su sombra, antes de su combate final.

La noche cubría la ciudad y León dirigió sus pasos y los de Clara por primera vez hacia la circunvalación, el acceso a la autopista y luego el campo. Fue una senda de enamorados, guiados por las estrellas y la luna. Clara sentía junto a sí el palpitar de un varón a quien no quería bautizar. Ella era la mujer y el otro el hombre. Poco importaba que su mundo fuera el paraíso, la isla desierta o el día después de la hecatombe. Nada era relevante mientras el deseo permaneciera. Se sentía embriagada, plenos los sentidos, receptivo su cuerpo, y se dejaba conducir al lecho de plumas, a la nieve candente o a la arena mágica, Una selva, un glaciar, un mar de coral, nada era como había dispuesto. Clara avivaba su fuego y llevaba el silencio por compañero.

León no necesitaba astros ni satélites. El camino estaba escrito con sangre en su memoria, en sus piernas que sabían de cada pedrusco desencajado, de cada brote de maleza, de hormigueros que podían tragárselo y de avisperos que le envenenarían de muerte. La tapia blanca, fantasmal en la noche negra, se irguió ante ellos como sábana

envolvente en su invitación al sueño o sudario de muerte. Era el altar del ofrecimiento, el torbellino que los engulliría si despreciaban su dureza aparente —mera figuración, detente de descreídos— y convertían la piedra en seda y la cal en hilo.

Apoyó a Clara contra la tapia y la besó con desenfreno. El rostro de la chica brillaba húmedo tras su acoso. Moría emparedada entre el muro que su pasión no conseguía derretir y el agresor que la sitiaba enconado. Pero allí no había sino piedras para ellos. Clara —su minifalda levantada hasta la cintura y la braguita en su mano—, ante las sucesivas renuncias de León —los pantalones grotescos en los tobillos—, se sentía una Eréndira vocacional en el trance de pagar a su abuela desalmada. Y las embestidas mercenarias no cumplieron su deseo ni propiciaron el de León y el muro siguió en pie.

Entonces el estratega, impotente para derribar el obstáculo, decidió rodearlo y con sus manos formó un estribo para que Clara se encumbrara sobre el lomo de su cabalgadura. El la igualó con esfuerzo. La luna recortó sus siluetas sobre la cerca de "Los vientos" y Clara, que sabía disculpar la derrota, lo besó cariñosa en los labios. Luego, al compás, violaron con su otra pierna la frontera invisible y saltaron al interior de la finca sobre el mullido césped.

Al final de la suave pendiente se divisaban las aguas quietas de la piscina. La casa ocultaba la entrada y el coche de policía que la guardaba. La finca estaba a oscuras, menos la luz de su faro, aviso de navegantes de que el escritor trabajaba o dormitaba o luchaba en su estudio.

León llamó a Baxter pero no hubo contestación. Y en las inmediaciones de la piscina, distinguieron tendida en la hierba, como la última espuma del deshielo, su pechera blanca patas arriba. León se agachó a su lado, lo acarició y el perro permaneció impasible. Clara se arrodilló también, Baxter y ella eran buenos amigos. Y ahora estaba muerto.

León arrastró una mesa y una silla al pie de la construcción adyacente a la casa. Clara lo dejó hacer en silencio, perdida en su deseo insatisfecho y en los sueños de muerte que de Baxter llevaban a Yos. León hizo una escalera, la ayudó a encaramarse al tejado y se izó a pulso tras ella.

Siguieron la cumbrera hasta encontrarse con el cuerpo principal de la casa. Estaban a la altura de las terrazas del primer piso. La levantó sobre sus hombros y Clara ganó el tejado principal. A partir de ahí su ascenso sería en solitario pero su beso fugaz en el tobillo antes de perderlo y su promesa implícita iban con ella.

Clara avanzó por el canalón de desagüe. Resbalaba y se asía a las tejas y gateaba hacia el cuadrado iluminado. Su curiosidad, el mandato de su dueño y la batalla de su padre eran sus alas. León, desde el tejado del cobertizo, contempló su marcha hasta que salvó limpiamente la última barandilla. Estaba orgulloso de ella, de su agilidad felina, elástica, encarnación de la chica-anuncio de compresas, en esos días hechos también para las emociones. La perdió de vista y se sentó sobre el caballete a contemplar la luna que era otra forma de mirarla.

Clara se aproximó de puntillas a la balconera del estudio. Estaba cerrada y la cortina echada, no podía ver el interior. Sólo el resplandor rojizo que los había alumbrado. Ahora parecía hierro al rojo vivo, quemaba como su fuego interior. Su alma estaba atrapada allí dentro y su cuerpo pugnaba por reunirse con su espíritu, prisionero de Bernabé Solano. Le hubiera hecho gracia al escritor que alguien pudiera llamarlo carcelero, a él que era uno más entre los presos ilustres. Un don Quijote precisaba para que le cortara las cadenas.

La expulsión de Rosamari de su paraíso y mi llamada inquisitorial habían hecho crisis en Bernabé al tiempo que Paquita resucitaba a Luis Uribe y a la par que mi cordura me inducía a olvidarme del corazón extraviado y a enfrentarme de nuevo al extraño personaje solitario y a la precipitada huida de la hermana de Candela.

Bernabé no había probado bocado desde el desayuno. La emancipación de la mañana resultaba esclavitud al mediodía, a la merienda y a la noche. Doce horas o más sin comer equivalían para él a una huelga de hambre y en el trascurso de las horas había fantaseado con un destino común al de los autoinmolados del IRA. A su hora de costumbre había subido a su estudio y su mano había equivocado el bolígrafo negro y cogido un rotulador rojo. Desde entonces en lugar de trazar palabras, dibujaba sin parar sangrantes corazones.

Su mesa estaba llena de dibujos monotemáticos, como litografías seriadas. Los primeras golpecitos en el cristal lo dejaron indife-

rente. También la vocecita que musitaba su nombre con cautela. Pero, de pronto, la aparición que intentaba hacerse presente chupó toda la sangre de su postrero corazón y el rotulador rindió sus últimas bocanadas en rosa pálido. Entonces levantó la vista hacia las cortinas, también rojas, cogió una tijera y comenzó a recortar magníficos corazones. Del papel a la tela, las texturas de sus técnicas mixtas se iban haciendo más materiales. Después trabajaría el barro y les infundiría vida y, cuando se cansara de crear mortales, labraría el bronce y los metales nobles para dotarlos de inmortalidad.

Sus tijeretazos descubrieron las piernas, más tarde los muslos y —tras una transición tensada en valles y prominencias— el mentón, la boca, el rostro de una amiga. Acaso Bernabé esperaba a la Virgen, a tono con su carácter de aparición celestial. Y quizás Clara se creía Margarita y que tras las ventanas hallaría un Bernabé Solano juvenil porque su alma habría sido para él filtro de eterna juventud.

Bernabé la abrió y Clara recuperó su alma que curiosamente tenía forma de corazón. Había necesitado años para admitir que el ánima no reposa forzosamente en el motor, y todo para llegar a recogerla de una fabricación en serie. Tomó la mano del escritor, con su último modelo y la llevó sobre uno de sus pechos. La tela se amoldó a la cima como un guante y Bernabé supo que sus corazones tenían la talla única de su seno. Entonces cogió el de papel mediado de sangre, y se lo colocó en el otro pecho y los sostuvo así.

— Es mejor tener uno de repuesto —le aclaró.

— Pero éste está casi vacío.

— La mayoría están así. Me alegra que hayas venido. Siempre hemos sido buenos amigos —¿quién le hablaba Bernabé o su hijo?— aunque me hayas traicionado —¿con quién: a causa de su padre o con León?

Clara se había entregado a la magia de él que tan bien sintonizaba con la borrachera de su deseo. ¡Esa mano en su pecho con un corazón de papel desangrado! No latían los corazones sino sus pechos libres y al tiempo comprimidos.

— Tenía ganas de hablar contigo —siguió la voz dual— y no me mostraré huraño ni te pediré cuentas.

— Debe comprender a mi padre. Usted ya ha triunfado, no sea

egoísta.

— ¡Qué cosas dices! —le cedió los corazones y la acompañó a un sofá—. Túmbate aquí y procura dormir. Estás tan cansada...

— La culpa es suya por haberse negado a colaborar. Mi padre estaría encantado de contar su historia. Todavía está a tiempo.

— Bueno, bueno —la acomodó—, así estás mejor. Tus piernas son preciosas —le subió la falda y se sentó a mirarla.

— ¿Lo llamará entonces? —entusiasmada Clara.

— ¿A quién?

— A mi padre —Clara se iba poniendo nerviosa. Los ojos de Bernabé recorrían las zonas desnudas de su cuerpo y ella gozaba de su complacencia.

— ¿Quién es tu padre y quién eres tú y quién soy yo? —Clara no sabía si sus palabras eran retóricas o enajenadas—. Déjame que te mire. No es mucho lo que pido, soy viejo. Gírate, quiero verte también por detrás.

Clara obedeció y sintió sus ojos en las nalgas antes de quedarse fijos en los muslos. La quemaban como su deseo antes y quizás una y otra quemazón fueran la misma.

— Tienes unas piernas preciosas —las tocó—. ¿Querrás quedarte conmigo? —su voz era suplicante—. Todos me dejan.

Clara por un momento había imaginado que él le rasgaría la ropa y la ataría a uno de sus instrumentos de tortura.

— He visto a Baxter —entendió Clara que el perro había sido su última pérdida.

— Sí, he podido deshacerme de él —confesó con sencillez Bernabé—. Me vigilaba pero yo he sido más listo. No hablaba de él. Candela me ha abandonado.

— Hace ya algunos meses, es mejor olvidar —la sorprendió que guardara tanto cariño por su doncella.

— Se ha ido esta mañana con su familia.

— ¿Quién? ¿Rosamari?

— Nombres ¡qué más da! Ya has vuelto. Posarás para mí, sacaré sus vestidos y desfilarás y te los quitarás despacio e inventaremos historias y las grabaremos y recrearemos cuadros y nos gastaremos bromas y seremos de nuevo felices. Escaparemos del valle de Josafat

cuando todos confiesen sus pecados, nos encerraremos aquí y derrotaremos a la muerte.

Clara vislumbró en sus palabras el antiguo mensaje de doña Asunción, pero recordó también algunas ironías de Yos sobre su afición al vídeo y no le fue muy difícil atar cabos. Interpretó también lejanas miradas de antaño cuando se bañaba con Yos en la piscina.

Bernabé continuaba con su apocalipsis, la maldición por sus pecados y el castigo eterno que conseguiría burlar. Clara se acercó a la cámara enhiesta sobre un trípode y la acarició como a un amante que no había de dejarla insatisfecha. Estaba sofocada, deseaba desnudarse para ese hombre al que despreciaba.

— Podríamos empezar ahora. Ya me dirá que he de hacer.

— No, ahora no, por la mañana mejor, con la luz del día.

— Si me enseñara alguna película...

— No puede ser, nos descubrirían. Has sido muy imprudente viniendo aquí —¿a quién se refería?, ¿a su mujer o al policía de la entrada?—. Mañana te veré en tu cuarto como siempre —y la acompañó a la balconera. Lógico que su aparición se desvaneciera por el mismo lugar.

Clara se dejó llevar y a través del cristal vio que Bernabé mantenía su mirada en el sofá. Había recuperado su alma pero había dejado el cuerpo prendido en la retina del viejo y solitario escritor.

Se deslizó por el canalón como por un tobogán. Quedó sentada sobre el alero con los pies colgando encima de León. Importantes revelaciones, le dijo. Tenía prisa por contárselas, pero la pasión de él había crecido con su obediencia y la sentó sobre sí para que juntos cabalgaran. Con la lasitud vino para Clara el olvido de la cita matinal que el deseo había concertado en su nombre. Y así Bernabé encontraría vacía la habitación de Candela porque los sueños difícilmente se mantienen al amanecer.

[84] Onofre Osés trabajó duro el domingo y el lunes para ver su nombre impreso el martes en la primera y tercera páginas. Clara se había dado prisa por volver a casa la noche del sábado de la mano de

León, a quien presentó por su nombre legal y en su condición de novio. Sus noticias cortaron todo comentario sobre el estado de sus ropas o el anuncio intempestivo de su noviazgo. Tal parecían dos adolescentes de regreso tras su evasión y noche de bodas.

Onofre se alegró de conocer a León y éste mucho de que no recordara su conversación y bien poco de su pasar inadvertido. Pero se trataba de la lucha contra el enemigo común y esa noche iban bien cargados de munición.

El domingo Onofre faltó al precepto dominical y se plantó temprano en casa de la familia del Val. Rosamari comenzó a llorar y no pudo sino ratificar con leves asentimientos de cabeza las costumbres del escritor. La llegada del periodista fue mano liberadora para ella: tenía que haberlo dicho antes. Sin embargo Onofre no consiguió convencer a los padres de presentar una denuncia contra Bernabé Solano. Eran gente honrada y no querían verse metidos en danzas de tribunales; no importaba a qué lado —acusado o acusador— se vieran.

Onofre tomó el tren a Madrid el lunes y durante el viaje escribió su artículo. Recogía los testimonios grabados de las dos chicas, tamizados por el comportamiento que cabía esperar de dieciséis inocentes años. Y algunas murmuraciones que habían circulado en torno al escritor. Con su artículo y las cintas magnetofónicas, entró Onofre en la redacción y en el despacho del director, un periodista de facultad como Teresa Zaldívar, uno de esos que se creían el editor del Washington Post exigiendo pruebas sobre el Watergate. Ahí las tenía, las arrojó en su mesa con displicencia.

El director —pese a su desplante y a la antipatía que le profesaba— levantó la primera plana e incluyó un editorial que enlazaba con la nota de suspensión publicada el sábado. Mucho antes de lo que imaginaban prestaban otro servicio a la libertad de expresión y a la verdad, pues los nuevos datos esclarecían el caso. No les correspondía a ellos acusar pero sus lectores sabrían leer entre líneas.

El martes todas las ciudades de España, y Logroño la primera, aplaudían el artículo de Onofre Osés. La prensa se apuntaba un nuevo tanto. Por mi parte tuve que atender a sucesivos jefes policiales además de a mi desolado juez. Mi respuesta era tan contundente como solitaria:

— Sigue sin haber una sola prueba que inculpe a Bernabé Solano y el periódico tampoco las aporta.

— Sea razonable... —me rogaban unos interlocutores que podían darme órdenes.

— Les pido confianza —procuraba colgarles cortésmente.

El titular rezaba "Sexo en los crímenes de Los vientos" y se acompañaba de una fotografía de Bernabé Solano que no dejaba margen a la duda.

Describía al escritor como un hombre curioso. Nada humano le era ajeno. Interesado siempre, como línea de investigación, en la conducta sexual, en algún momento crítico el objeto de estudio pasó a convertirse en modelo. Y el estudioso del sexo se hizo empirista. La estimación ocasional de una mínima parte de la obra del discutible escritor no podía ocultar ya al perdulario corrompido por el sexo más abyecto, al promiscuo corruptor.

Todo había empezado con ese matrimonio, como sus propios artículos. Ciertas voces reaccionarias lo habían atacado por sacarlo a colación. Ahora deberían rectificar. La insatisfacción matrimonial lo había impulsado a buscar amores rastreros donde desfogar sus vilezas.

¡Para qué recordar la estela de amantes que dejaba en sus viajes! La moralidad oficial imperante lo había silenciado, oportunamente para él. Quizás una denuncia a tiempo del falsario hubiera abortado el mal de raíz y evitado la noche aciaga. Más peligroso había resultado que paliara su desenfreno en los aledaños de su hogar.

Veinte años atrás Bernabé Solano, a la sazón un hombre en la plenitud de la edad y en los albores de su fama, había sido requerido para enseñar Literatura a las alumnas de un colegio de monjas. Asunción Lequerica, siempre a bien con las religiosas, había logrado el plácet de su marido, que pronto se ganó la predilección de las muchachas. No había muchos profesores y sí abundaban las "madres", imbuidas por igual del soplo divino que del espíritu de las Matemáticas o la Historia.

Las Letras, tan propicias al amor, eran campo fecundo para un hombre aún atractivo. Bernabé creía en la enseñanza activa y se empeñó en dos proyectos ambiciosos: en que leyeran un libro contemporáneo por semana y en un aula de teatro.

Dada la escasez de obras sin papeles masculinos, aparte "La casa de Bernarda Alba" demasiado escabrosa, y el insuperable dilema de negarse él a disfrazar a sus chicas y la superiora a admitir chicos, Bernabé optó por escribir él mismo una comedia insulsa, una intriga de guante blanco en un internado femenino: bromas y camaradería, incipientes sueños de amor y una profesora malévola. Una pequeña tragicomedia al estilo de los libros de Santa Clara o Torres de Mallory, en un contexto localista. Los ensayos transcurrieron sin más incidentes que las turbulencias secretas que las actrices pudieran causar en su director y viceversa. El escándalo estalló tras la función. Los padres de una alumna encontraron una nota con el anuncio de su fuga ante la imposibilidad de ver correspondido su amor. El afectado era un hombre casado y no podía seguir en su misma ciudad y respirar su mismo aire. Muy melodramático. La chica fue localizada en la estación de Miranda de Ebro —no había llegado muy lejos— a punto de que se perdiera su rastro en Madrid. No costó mucho esfuerzo que señalara a su amado: su profesor, autor y director Bernabé Solano.

Los padres se movieron a una y de pronto la obra fue tan vituperable como las lecturas recomendadas a sus hijas. Los camisones espartanos, que lucían en escena, tal vez resultaban transparentes con según qué luces. ¡Quién sabía las que empleaba cuando él era el único espectador! Y se hacían cruces de que las chicas no llevaran debajo el uniforme durante la representación. La proximidad del final de curso favoreció una solución honrosa: se echó tierra al asunto, Bernabé no volvió a pisar el colegio y todos, hasta la fugitiva que enseguida se echó un novio universitario, olvidaron el suceso.

También lo recordaron todos al leer a don Onofre Osés y dieron fe de sus insinuaciones. El periodista presentó los hechos escuetos, a su conveniencia: Bernabé Solano había sido expulsado como profesor de un colegio femenino por manifiesta inmoralidad y por haber auspiciado la huida de una de sus alumnas con la que tal vez pensaba reunirse en Madrid. No era mentira pero tampoco verdad.

Tras el precedente de su conducta disoluta, se refería Onofre a su comportamiento doméstico: un hombre encerrado que buscó el placer con desesperación en el tabernáculo que disfrutaba gracias a la dadivosidad de su mujer y a su chifladura. Coraza de autoprotección

ésta contra sus ignominiosas afrentas y contra el ambiente de vicio que se respiraba en "Los vientos". Apropiado el nombre: vientos insanos, estancados, que fermentaban el cultivo que desencadenaría la tragedia.

Utilizaba Onofre el mito de Fausto, como antes su hija, para referirse al escritor que no se resignaba a envejecer y declinar, cuando llevaba ya mucho andado en la senda de la sepultura y quién sabía si de los infiernos. Así su obsesión de libidinoso mirón, ya viejo para otra cosa que solazarse con el paisaje de la carne joven.

Y ¡eureka!, su primera noticia: la persecución inclemente de las criadas y las proposiciones deshonestas que habían de aceptar para conservar su empleo. No citaba cuáles eran éstas ni desde cuándo databan ni a cuántas había humillado. Era cauto Onofre. Bastaría con el plural indefinido que el lector traduciría a su gusto, y ofrecía a modo de ejemplo la muestra que conocía: Bernabé Solano había obligado a Candela del Val —una de las víctimas de aquella noche, resaltaba— a posar desnuda para él en varias peliculillas pornográficas.

La noticia se perdía en el farragoso artículo, pero el periódico la había puesto como segundo titular en la cabecera. Las nuevas promociones venían bien enseñadas y sabían de la importancia del primer párrafo.

La cojera de la muchacha asesinada daba un toque de perversión a la pasión del escritor y a partir de ahí aventuraba atrevidas teorías. No se pronunciaba sobre los hechos pero del viento de locura surgido entre los cuatro personajes solitarios del drama, derivó una violación con parafernalia cruel y tres muertes. Nadie podía testificar contra él pero quedaba claro que el móvil había sido la degeneración de un hombre a quien era innecesario señalar.

A más inri, había enterrado a la desventurada en el panteón familiar. No por arrepentimiento, que en nada reparaba ese acto su virtud mancillada ni su vida segada, sino como el desacato último al vínculo matrimonial que nunca respetó.

El artículo aportaba al final su segunda noticia. Bernabé Solano se había procurado rápidamente otro objeto para su depravación. Nada menos que la hermana de la víctima. Cada vez un capullo más tierno, en su búsqueda de las niñas que la decencia le negó un día.

Afortunadamente Rosamari del Val había huido antes de que fuera, también para ella, demasiado tarde. Marcada ya para siempre con un síndrome de terror urbano, había encontrado refugio en los brazos amorosos de su familia; buena gente iletrada pero con un miedo secular a enfrentarse con los poderosos, que les impedía denunciar al escritor, pese a la huella en su hija —aquí se refería al cardenal de la cadera que Rosamari había confesado— de Dios sabe qué malos tratos que la asustada niña prefería borrar, inmersa todavía en el horror vivido en "Los vientos"; obligada a dormir en la misma cama donde su hermana fue salvajemente violada y asesinada y a vestir sus propias ropas.

Y para terminar dos reflexiones interrogantes. Unos ciudadanos, como la familia del Val, podían renunciar a su derecho pero no así las autoridades a su obligación. ¿Hasta cuándo iba a quedar en libertad un hombre que era un peligro, no ya teórico como podía desprenderse del mensaje amoral de sus novelas, sino físico, para la comunidad en que vivía? Reconocía el periodista que no son las conductas sino los hechos los que deben juzgarse y que se carecía de evidencias pero ¿cómo estar seguros de que la falta de pruebas no era fruto de nuestra desidia y no de la inocencia de Bernabé Solano como pretendíamos hacer creer?

[85] El teléfono sonó incesante toda la mañana como también lo haría en los días sucesivos. Unos daban su nombre, otros el número de su carnet de identidad y los más se amparaban en el anonimato. Los primeros exponían sus argumentos irrefutables para una actuación inmediata, los últimos se perdían en dicterios y vejaciones, y los del medio adoptaban posturas tibias cual corresponde. Todos coincidían en sumarse como una voz a la del osado Osés.

El artículo había soliviantado a unos pocos, los únicos que buscaban eco y su clamor sectario parecía un espontáneo plebiscito, un varapalo unánime contra la actuación policial. Bernabé Solano debía ser detenido.

Entre los floridos insultadores estaba León Urraca. La tragedia de "Los vientos" y la comedia del funeral daban paso al drama del

escritor, el final necesario de su venganza. Saboreaba su triunfo por obra y gracia de ese recorte de letra impresa. No eran palabras que se llevaría el viento sino conciencia colectiva, comunión de los creyentes en la nueva fe: la catadura abominable de quien un día despreció su trabajo.

León había cambiado popularidad por poder. No había salido en primera página pero movía los hilos entre bastidores: "si ellos supieran". Se refería a su formidable persecución de Bernabé Solano. Él era el detective número uno. Sus llamadas se habían mezclado con otras. León no existía para el policía que lo había atendido. Su personalidad era plural y fragmentaria.

Esa mañana y a mi pesar por el mismo artefacto diabólico, hablé con Genaro del Val y con su hija. Rosamari era la única fuente que Onofre citaba y sus lesiones, de haberlas, lo más concreto contra Bernabé Solano. Me había valido de la Guardia Civil para disponer de ellos en el cuartelillo. Durante largos minutos, tuve que convencerlos de que no estaban detenidos. Los del Val fueron aún más parcos conmigo que con el periodista. Si hablar con éste les había reportado tantos inconvenientes y casi la cárcel, con un comisario podía valerles el garrote. Rosamari admitió con un susurro que el escritor la había calentado un poco; continuidad natural del amo a la criada como antes y después del padre a la hija. En resumen, ellos sabían únicamente lo que Onofre había contado y no tomarían ninguna iniciativa.

Más tarde localicé al periodista. Había regresado en olor de multitud y deambulaba por la ciudad en compañía de aduladores florecidos por ensalmo. Para mí no contaban las exclusivas ni el sensacionalismo, quería pruebas y sabía que no las tenía.

— ¿Debo recordarle la presunción de inocencia? Parece que haya sufrido un ataque de amnesia.

— Deje de importunarme y cumpla con su deber. Se está poniendo en ridículo y desprestigiando a la policía.

— Preséntenme una sola prueba contra ese hombre y hoy mismo estará en la cárcel.

— ¡Pruebas, pruebas! —se exaltó Onofre—. ¿A quién le hacen falta? Todos sabemos que fue él. —Y terminó con una frase lunática—: Tiene que ser culpable, ¿no lo comprende?

Se refería a la lógica interna de sus capítulos, construidos para el último "yo acuso", sin el cual su castillo de naipes se vendría abajo. No importaba que Bernabé fuera o no el asesino, lo trascendente era que no lo dejara en mal lugar.

Era demasiado sórdido mi concepto de los periodistas cuando terminé con Onofre y procuré mejorarlo con Teresa Zaldívar. En ella coincidían la criatura encantadora y la ardiente defensora de Solano. En las últimas semanas la había visto un par de veces, siempre sin tiempo. Sus ojos eran francos y sus miradas cálidas, pero temía pecar de fatuo enamoradizo. Ya me habían dicho esa mañana una vez que estaba haciendo el ridículo.

— Estoy preparando un escrito en su defensa —atendió vagamente mi llamada.

También ella se avergonzaba de él. O quizás fuera que de pronto su libro quedaba plagado de imperfecciones. ¿Por qué me obstinaría siempre en nadar contra corriente? ¿Por orgullo o por convencimiento de la general estupidez: basta que una teoría o doctrina sea defendida por una masa de individuos para resultar errónea y más falsa cuanto más abrumadora sea la mayoría que la respalda? Era un pensamiento tan fascista como sincero. Así trabajaba y no me había ido mal. Ni bien, claro.

Bernabé Solano no atendía el teléfono, su contestador estaba desconectado y tampoco respetaba nuestros minutos de complicidad. Suponía que mi llamada preguntando por Rosamari era el fin de nuestra alianza. Después los acontecimientos habían venido rodados y no imaginaba que hubiera alguien todavía de su parte.

Desde el domingo por la noche no abandonaba su estudio y el ayuno incluía a los periódicos que, junto al pan y la leche, seguían frente a la puerta de la casa clausurada. El escritor había reducido a corazones todo lo susceptible de tal tratamiento y se quedaba largos ratos mirando el sofá y recreando los cuerpos. La radio lo acompañaba y la noticia había sido una voz interior que cruzaba la frontera de la luz, impertinente. El mismo podía ser su autor y locutor. Y ese Bernabé Solano del que hablaban era apenas un nombre que le sonaba. Como también y constantemente el teléfono pero no percibía su ruido y sí su silencio.

— Ese viejo idiota —desistí de llamarlo— se comporta como un criminal.

— ¿Quiere ayudarlo, no es cierto?

— Si encontráramos al amigo de Candela y el Sagrado Corazón de Jesús. ¿No se llamará Jesús Corazón? —estallé.

— Seguiré con la lista —humilde Vicente. Había entrevistado ya a una docena de "sospechosos" sin éxito. Todos negaban conocer a Candela del Val y todos estaban al tanto del suceso. Urraca, gracias al orden alfabético, se había librado de su visita.

— Olvídese y procure indagar acerca de las costumbres sexuales de Bernabé. Vaya a verle. Son dos viejos camaradas, esas cosas pueden hablarse.

Llamé al juez y le pedí una orden de registro. Quizás Bernabé no acudiera tampoco a la puerta. Librado Pérez Sanmartín me escuchó encantado, redactó la orden y se puso a preparar el auto de procesamiento.

El inspector tuvo que valerse de un experto para penetrar en la casa. Estaba sombría y Vicente sintió la muerte más próxima que cuando albergaba tres cadáveres. La sala de tormentos había expandido su tétrico ambiente. Subió deprisa las escaleras. Sus pasos cortos acrecentaban la sensación de pánico de la figura voladora. Huía de la planta baja y buscaba refugio en Bernabé Solano. Lo encontró en su estudio abuhardillado. Dormía con la luz encendida, la radio puesta y el timbre de acompañamiento.

Descolgó el teléfono en cuanto pudo, apagó la radio y abrió la ventana para espantar los malos espíritus. No había restos de comida y acertó al suponerlo hambriento. Bajó a la cocina y pidió a un policía que oreara el resto de la casa. Preparó café, puso en una bandeja varios quesos y un paquete de pan a la brasa, y subió con su cargamento. Bernabé seguía durmiendo y Vicente lo despertó con suavidad. Pese a su cuidado Bernabé gritó como no lo había hecho el día de sus descubrimientos. Su visión se llenó con la etiqueta LU, la marca registrada de una multinacional de la alimentación: las letras blancas sobre fondo rojo con que Candela había adornado su corazón.

— Tranquilízate, soy Vicente. He venido a ver cómo te encuentras —distrajo su atención y relegó la imagen al subconsciente.

— Tenía una pesadilla —se disculpó.

En los siguientes minutos, Vicente no lo dejó hablar y se ocupó maternal de él. Bernabé recuperó el apetito y con los alimentos la lucidez. Luego le enseñó el artículo y le obligó a leerlo. Bernabé no pareció muy interesado y Vicente le pidió, como favor de amigo, que lo confirmara o desmintiera. El escritor esbozó entonces una distante conferencia sobre el sexo para contentar a su amable camarero.

— Un hombre cuyo matrimonio haya sido fuente de gratificaciones, aunque no de la pasión que busca, considerará dos parámetros en sus aventuras. La discreción, pues no han de poner en peligro su estabilidad, y la lealtad hacia quien ha evitado el desperdicio de su vida. Dudo que en tales circunstancias pudiera tenerse un comportamiento tan torpe —negó las acusaciones de forma harto insatisfactoria— salvo que la vejez y la muerte acechante desvalorizaran la felicidad elegida. Por ejemplo, un contable que se refugia en la literatura y descubre que con unos libros y con otros ha malgastado por igual el tiempo que le ha sido concedido. Sólo deseará algunas emociones después de tanta hibernación.

La ilustración no era casual. Bernabé despertaba de sus sombras pero seguía anclado a la tercera persona.

— ¿En el sexo, tal vez?

— Una vez conocí a unos obreros durante la reforma de una casa —"Los vientos" obviamente—. Presumían de potencia viril y peleaban por el título de mayor semental del Guinness. Nueve en la noche de bodas, le decía un veterano a otro en puertas. Y un lunes bromeaban los dos porque el sábado habían coincidido en un burdel de una ciudad vecina. Por aquel entonces, mientras construían mi ataúd —ya era consciente de sí mismo— e inspirado en ellos, escribí una novelita obscena. La he guardado siempre como un secreto celosísimo, ¡fíjate si se enteraran! —recuperó su buen humor—. Cuando la leí, me pareció un páramo gris. Nada más ceniciento que tragarse uno tras otro los capítulos de "Delta de Venus" de Anaïs Nin. El sexo se traduce en una serie de combinaciones cifradas. ¡En cambio la seducción! Ahí sí descansa en paz la monotonía.

— ¿Entonces, las películas?

— Cuando la virilidad declina ¿qué les queda a ésos que re-

formaban mi casa? Por contra, la ilusión sigue viva, la pasión de mirar, de dar volumen a la fantasía. Cierra los ojos, piensa en una de esas adolescentes. Imagina el nacimiento de sus pechos, cómo se redondea su cuerpo, el crecimiento del vello y los ríos de las primeras sangres generosas. Pon a su lado a su amiga y las dos compararán su anatomía y se obsequiarán toscas caricias y manoseos primarios. Y detén la escena en ese instante divino o desmorona la magia con la futilidad de la cámara rápida, el ritmo real ¿para qué engañarnos? La imaginación borra de un trazo los camisones y los uniformes —se burló del artículo.

— ¿Para qué entonces el vídeo?

— También la imaginación envejece —respondió triste Bernabé. Llevaba días a su merced, ya no podía controlarla y Vicente comprendió la amargura de su derrota.

— Y Candela...

— ...era una chica solitaria. Todos la trataban con hipocresía, disimulaban su cojera. Necesitaba la verdad. Yo acentué su diferencia, le di un carácter positivo. Le expliqué la etimología: poliós es gris, myelós médula y el sufijo itis inflamación. Su misterio era una simple inflamación de la médula gris con su atrofia subsiguiente. La belleza estaba en esa extremidad distinta y nuestro deseo coincidió sobre ella. Y compensamos a su pierna de tantos sinsabores.

Ignoraba Bernabé que en los últimos tiempos León se había sumado a su secta de adoradores.

— Candela quería ser deseada. Ya tenía bastante con el escarnio de José y la conmiseración de la pobre Asunción. No hacía falta ser un buen psicólogo. Su nombre era cinematográfico, luminoso, Candela, Clara —se interrumpió—. ¿No fue un sueño? —dijo para sí—. Se zambullía en la piscina o se ponía las ropas de juventud de mi mujer. Asunción lo tomaba por alegorías del juicio final: la desnudez inocente de los justos y violenta de los condenados. Éramos felices, ¿a quién había de importarle? —la voz de Bernabé trascendía al inspector, se dirigía al Altísimo, a cuya vera suponía a su mujer. ¿Por qué planeaba la locura en sus inmediaciones, por qué lo había despreciado la muerte?

— ¿Y qué más? —se atrevió Vicente. Temía la última confe-

sión. Onofre Osés se frotaría las manos si pudiera oírla.

— ¡Por Dios! nada más. Ellas murieron y yo no.

Vicente no quiso tentar de nuevo la suerte. Con una negativa le bastaba. Bernabé era su amigo.

[86] En los once días posteriores se enredaron todos los hilos que se trenzarían con violencia ese domingo que comenzaba.

No había quedado precisamente complacido con la gestión de Vicente. Tuve que confirmar la noticia de las películas eróticas y me fue difícil negar toda relación causal con los asesinatos. Escandaloso era hacer piedra de escándalo de las costumbres de Bernabé cuando a esas alturas todos los lectores habían fisgoneado las intimidades de gran parte de las famosas del país. ¿Tanta envidia originaba que alguien se procurara su consumo privado? Sólo me consolaba que Bernabé Solano hubiera destruido las películas.

— Apenas solía verlas, disfrutaba haciéndolas y en muchos casos rodaba una sobre otra —le había explicado a Vicente—. Las últimas las borré después de su muerte. Contemplar su cuerpo me parecía indecoroso. Me lo había brindado en vida pero ya no podía hacerlo.

Había contactado con Lezama y a través suyo con el hijo del escritor, silencioso desde que se inició la segunda ofensiva contra su padre. Participaba por igual de la duda general y mucho más de la vergüenza. Estuvo conforme en contratar a una señora que lo atendiera. Mayor y por supuesto no pasaría allí las noches.

La campaña periodística hurgaba en la herida abierta. Onofre Osés era un Dios tronante, jupiterino, hinchado en su propio ego. Todos los medios coincidían con su interpretación: un escritor pervertido y enloquecido que purificó con sangre su casa en una orgía tipo Charles Manson. Y se preguntaban qué esperábamos para detenerlo. Algunos lo situaban ya bajo arresto domiciliario. Así había pasado toda su vida.

Librado Pérez Sanmartín llevaba varios días descompuesto de cuerpo y ánimo. Tenía la orden de detención a falta de firma y fecha y prácticamente concluido el sumario. Mi plazo improrrogable estaba

marcado por la festividad local de San Bernabé. Rodaría mi cabeza pero no arrastraría la suya en la caída. Cada mañana era una agonía enfrentarse a la prensa y, antes y después, debía abordar en soledad las miserias de su condición humana.

Agotábamos nuestros últimos días. Vicente había completado su lista de entrevistas con otras tantas negativas.

— Nadie reconoce haber sido amigo de Candela y menos después de lo publicado —se quejó—. No ya una pobre víctima sino punto menos que una artista del cine porno.

León fue uno de los entrevistados y, tras contestarle que preparaba oposiciones, se mostró ignorante y convencido de la culpabilidad de Bernabé Solano, todos lo decían.

La hipótesis del corazón extraviado se derrumbaba por más que la manía absorbente de Bernabé nos diera esperanzas. Tan siquiera sabía si había sido yo el origen de su obsesión y no el Sagrado Corazón primitivo.

El domingo Clara aprovechó que sus padres comían fuera para invitar a León a su casa. Deseaba mostrarle sus progresos en la cocina. Gran contento había causado ya en su madre, que lo achacó a su novio: un científico nada menos y no ese borrachín y drogadicto, asesinado por demás. Clara se veía ya de ama de casa. León aparentaba estudiar con ahínco y en cuestión de meses sería agregado de instituto y luego catedrático y algún día de universidad y tal vez premio Nobel. Y en cuanto sacara su primera oposición se casarían. Tendrían que ayudarlos al principio pero siendo hijo único y su familia de posibles... Las madres de ambos se habían cruzado en el mercado y felicitado mutuamente. Las dos estaban satisfechas con el cambio de sus hijos. Desde entonces hablaban con entusiasmo de la boda y de los nietecitos.

León sabía lo que le aguardaba a los postres. Lo agobiaba su incansable energía sexual. Era un volcán que él había puesto en erupción y a veces deseaba apagarlo por otros dieciséis años. Clara le gustaba porque si no no hubiera tenido ojos en la cara, pero no la amaba. No al menos como había amado a Tesa. Se había acercado a Clara por Onofre y ahora atentaba contra esa libertad que la cárcel podía haber amenazado y que nunca le había importado si se reducía a vivir con

sus padres. Tampoco para estar cuarenta años con Clara. Su cuerpo se marchitaría irremediablemente antes y ¿de qué hablarían cuando Bernabé Solano hubiera muerto?

Clara preparó café y se tomó una copa de cointreau con hielo. Luego la segunda y después la tercera. Sus labios y su garganta eran dulces y ardiente y su mente había cedido a la confusión el gobierno del cuerpo. León bebía indolente y se dejaba besar cuando sonó el teléfono. El la apartó y la obligó a cogerlo.

— Es Bernabé Solano —le dijo con fastidio, la mano sobre el auricular—. Quiere verme.

León comprendió la importancia de la llamada. Sólo podía deberse a que continuara inmerso en las mismas alucinaciones que Clara había descubierto.

— Prométele que ahora mismo sales para allí —consiguió que Clara lo hiciera tras un mímico forcejeo.

Clara protestó e intentó orientar a su novio hacia su habitación, pero no tuvo más remedio que desvestirse, pues tal fue cambiar su vaquero por su minifalda más corta y prescindir del sujetador, según las instrucciones de León. La quería arrebatadora. Si Bernabé no se había resistido a Candela, menos lo haría a los encantos de Clara. Enseguida se vio la chica detrás de León en su moto, camino de "Los vientos". Accedieron esta vez por la puerta de entrada. Bernabé Solano había advertido al policía y León la dejó allí. Dio la vuelta, abandonó la moto y en pocos minutos, campo a través, se plantó ante la tapia blanca, que a la luz solar resultaba menos fantasmal y más deslucida. Saltó dentro como ya había hecho en dos ocasiones y se acercó a la casa.

Clara estaba como días atrás sobrada de deseo insatisfecho y ahora también de alcohol. La recibió Bernabé con batín y pañuelo de seda. Se había peinado la barba y olía a colonia. La condujo al salón y ella aceptó de inmediato otro cointreau.

— He leído —explicó el novelista— que con tónica y hielo picado es afrodisiaco.

— Entonces no se hable más.

Se respiraba un ambiente más confortable, desprovisto en parte de la personalidad de Bernabé. Ya no rectificaba por milímetros el

lugar exacto de los objetos. Se notaba la mano que los había repuesto sin cariño después de levantarlos para limpiar. La casa no parecía ya sometida a un cerco de fuego y su inquilino era la antítesis de la imagen famélica que encontró el inspector Vicente, pero una y otro tenían poco que ver con "Los vientos" y el escritor. Una gobernanta había hecho de su casa un hotel y de él un autómata que comía y cenaba, se levantaba y se acostaba, siguiendo un horario impuesto. Esa tarde era libre y podía invitar a la mujer de su sueño.

La había telefoneado con miedo. Por una vez deseaba deslindar sus mundos y llamaba a uno realidad en detrimento del suyo propio de ficción o fantasía. Deseaba y temía que realmente lo hubiera visitado. ¿Cómo interpretar entonces esa cita, todavía no cumplida? ¿Por qué si no había aceptado su segundo encuentro? Pero en tal caso, sería culpable de ese artículo y de todos los demás que confundía en su cabeza, como las personas y los días.

Tampoco Clara tenía sus ideas en orden y el licor no contribuía a despejarlas aunque ella buceara en él como en una bola de cristal o en un pozo de la sabiduría. Desde que León la adentró en los arcanos de los cuerpos, lo seguía obediente como un perrito a la espera de su recompensa. No le daba tiempo para reflexionar, era imprevisible y ella acataba sus mandamientos en razón del amor que los instigaba y no de su contenido.

No todo era ciega sumisión. Pesaban igualmente los recuerdos de la inocencia, la delectación de ser mirada y el beneficio paterno. La excitaba que el vicioso de esa noche y de tantas tardes en la piscina, fuera también un asesino y que hubiera matado por su amor. En su disparate sería su querida o la dama de un viejo podrido de dinero que pronto la haría viuda rica.

— ¿Me vas a enseñar las películas?

— No las tengo —murmuró su vergüenza el escritor.

— Me lo prometiste —coqueta Clara.

— La otra noche ¿viniste a verme? —cauto Bernabé.

— ¡Tú sí que me viste a mí! No era mi espíritu. Las almas en pena no se pueden tocar. Me las tendrás que contar entonces —volvió a las películas.

— Nada de particular. Ya sabes que me gusta pintar, la foto-

grafía, el cine, las artes plásticas. La estética es mi religión.

— ¿Desnuda? —enarcó cínica la ceja.

— ¿Cómo dices?

— ¿Que si la grababas desnuda? —repitió morbosa, con la calma del alcohol y el corazón acelerado.

— Bueno, algunas veces. El cuerpo humano en todas las escuelas pictóricas de la historia del arte...

— ¿Es verdad que hacía striptease y que se acariciaba y que la disfrazabas con las ropas de tu mujer? —curiosa y desinhibida Clara.

— No... quiero hablar de eso —matizó su negativa.

— ¿Me filmarás a mí? Quedamos en eso. Sube a por la cámara.

Bernabé negó con la cabeza pero sus ojos afirmaban. Clara se levantó, se apoyó en el respaldo de su silla y se contoneó provocativa. Giraba y el vuelo exiguo de su falda ofrecía sus muslos a la avidez del escritor. Luego modeló con sus manos la arcilla de sus formas y lo incitó con su mirada de lolita a que él hiciera lo propio. Por fin Bernabé desapareció hacia lo alto y Clara acudió a la ventana llamada por León.

— Llévalo a la habitación de Candela —ordenó su amo.

— Ven —le dijo cuando reapareció armado y lo guio hasta el cuarto sucesivo de las dos hermanas. Destapó la cama y se metió entre las sábanas.

— Ahora me explicarás cómo lo hacían —no se arredró la chica.

— Destápate las piernas —empezó Bernabé y ella lo obedeció—. Venía por las mañanas, les daba los buenos días. Luego fue peor. Me despertaba sudando, volvía a casa y ellos estaban muertos. Tenía que bajar, venir hasta esta puerta, entraba, la miraba y estaba viva...

— Pero aquella noche no fue así. No te bastaba con mirar, ¿verdad? —la voz de Clara era comprensiva, incitadora—. Querías tocarla, tenía que ser tuya. Ella se resistió —Clara estaba muy rígida, con una expresión mortal, era Candela quien formulaba sus acusaciones desde ultratumba—. Has de descargar tu conciencia. No fue un sueño, aquella noche, no. Ya sabes que te lías, por ejemplo con mi

visita del otro día. Bajaste y la mataste sin darte cuenta, y luego acabaste con todos. Confiésalo y descansarás.

— ¡No! —bajó los brazos y dejó la cámara en el suelo. Parecía su rendición.

— ¿Cómo estaba ella? ¿En aspa? —se colocó ella—. Desnuda —e hizo ademán de imitarla.

— ¡No, no es verdad! —repitió Bernabé y, libre de su lastre, se arrojó sobre ella para impedir que se desnudara.

Clara por quitarse la ropa y él por evitarlo, componían un ballet de interpretación múltiple. Ella se asustó: tenía toda su humanidad plantígrada encima, podía ser un violador, un asesino, había llegado demasiado lejos en su simulación. Pugnó por desasirse y su falda, aprisionada bajo su corpachón, se desgarró. El sonido de la tela preludió su grito de terror. Luego sobrevino la verbena. León, al acecho y provisto de su llave inglesa, rompió el cristal de la ventana y rescató a una histérica Clara de las garras del oso. Apenas tuvo tiempo León de verle la cara a su enemigo, ya escapaba con Clara, se había portado bien y él la consolaba. Y sus llantos y los más lejanos de Bernabé Solano eran dulzainas de enamorados y pífanos militares.

[87] El breve trecho entre la casa y la verja bastó para que ambos recompusieran, a la carrera, sus pensamientos. El desenlace se había precipitado. Y Clara había visto con horror que su juego, inocente y perverso, cobraba virtualidad. Ella se divertía con el anciano escritor y de repente estaba encima. No había sido entonces un viejo desvalido sino un animal carnívoro. Su mirada ensangrentada tomaba ya posesión voraz de sus vísceras. Clara había gritado y luego ya huía con León. Su falda a jirones, sus piernas arañadas por alguna hebilla y los grandes rosetones del rostro y el cuello, daban fe de la mole que había caído sobre su cuerpo de amazona.

La duda sobre las intenciones de Bernabé convivía en ella con la certeza de que había marchado tras sus pistas por un camino conocido: bajó a ver a Candela, dejó la cámara en el suelo, se arrojó sobre ella y allí no hubo ningún ángel guardián que evitara su violación y

asesinato. Bernabé Solano era un demente que había matado e intentaba hacerlo de nuevo, por quinta vez si contaba a Rosamari. Así lo creía y así lo declararía.

El ataque de Bernabé no estaba en el guion de León. Buscaba una confesión falsa, no la repetición de un crimen inexistente. La consistencia de la agresión a Clara avalaba su sinrazón. Más que nunca sería Bernabé Solano el triple asesino de "Los vientos" y su conciencia casi apagada el mero recuerdo de una premonición coincidente en el tiempo.

Continuó el vértigo. Alertaron a la dotación del coche policial. Un agente se hizo cargo de Bernabé que lloraba descarriado. Otro se comunicó con nosotros. Las noticias eran preocupantes pero peor era el lento discurrir de las horas suicidas.

— Traigan aquí a los muchachos. Y uno de ustedes quédese con el escritor hasta que llegue el inspector Vicente. Y ante todo que no trascienda la noticia —ordené y llamé a don Herminio Sangrador, a quien obligué a personarse en comisaría, desoyendo su justa reivindicación de la siesta.

León hubo de renunciar a su moto. Tendría que llegarse de nuevo, con las sombras de la noche a recogerla. Los policías metieron a ambos en su coche. Clara se refugió en los brazos de León y éste soportó con disgusto su llantina durante el trayecto. Clara y León parecían los detenidos, y unos y otros se preguntaban si no era el escritor quien debía ocupar su lugar.

Entraron en mi despacho. Los tres a solas, con la presencia muda de un escribiente. El nombre de León Urraca había pasado ante mí varias veces sin llamar mi atención. León en cambio sabía desde el principio que yo había de ser su polizonte. Pero hasta entonces nuestros destinos no se habían manifestado convergentes.

Tomé la delantera y marqué los puntos débiles de su posición. Los prefería a la defensiva. Pretendía intimidarlos en suma.

— ¿Qué hacíais allí?

— El me llamó —dijo Clara.

— Más me creo que fuerais vosotros los promotores de la reunión. Como dos semanas atrás. Ya estoy enterado de tu visita nocturna, jovencita. —Estudié su cara y cambié de tono—: Valoro tu de-

voción filial, pero estás dañando a un hombre inocente. —Clara quiso protestar pero me dirigí a León—: También deberás explicarte tú. Has entrado ilegal y violentamente en una propiedad ajena. Es el único delito que me consta. Solano podría querellarse contra ti.

El asombro se dibujó en sus rostros. No cabía tanta parcialidad. Clara habló antes que León y por un instante pasajero volvió a ser la joven sensata que apreciaba.

— Yo también me he preguntado, después de tanta polvareda, si obrábamos bien mi novio —lo miré con envidia— y yo. Pero ya no. Quería sonsacarle algo para mi padre. Hemos reconstruido sus pasos y ha perdido el juicio, como entonces. Intentó violarme. Eso equivale a una confesión y si lo interrogara a él y no a nosotros, resolvería el caso.

Clara había cambiado, aunque menos que yo: de acusador a defensor acérrimo de Bernabé Solano. Su última frase merecía ser de Onofre. Y en su actitud resabiada, no había rastro de la chica modosa de poco tiempo atrás.

— Ya ha llegado el forense. Te hará un examen íntimo. Es un requisito legal —la asusté, innoble—. No tienes nada que temer —la humillé.

Había utilizado sin recato su confidencia y me percaté de su azoramiento. Dos meses para una adolescente podían ser siglos, si abarcaban los descubrimientos fundamentales, y odié a León Urraca. Ese tipo introvertido y gris, había disfrutado las primicias de Teresa Zaldívar y Clara Osés, las únicas flores entre la podredumbre.

(— No haré mayor la llaga de tu envidia, Eusebio, ni de mis celos.

— Exigencias del oficio, querida).

— No te preocupes, no habrá tal —me contradije.

Su sonrisa agradecida —por ahorrarle que la pérdida de su virginidad llegara a oídos de sus padres y de todo el país— hizo que me sintiera sucio.

— Mi consejo —adopté un tono paternal— es que olvidéis el incidente. A fin de cuentas, no ha pasado nada. Bernabé atraviesa una

mala racha. Es normal que su salud mental se resienta. Se le someterá a tratamiento. —Hasta ahí llegaban mis buenas palabras y varié de estilo—: Si lo denunciáis, nadie saldrá ganando. Una falda rota, unos arañazos y moratones no son nada para lo que nos toca ver en comisarías y juzgados. Y siempre quedará la duda de vuestra conducta. Sin contar lo del alcohol —no me había pasado desapercibido su aliento.

Los fui encaminando hacia la puerta, con una mano en cada hombro. Clara estaba contenta de que se terminara. Yo también por haberlos toreado aunque de mala leche por su enredo. ¡En fin!, quizás la felicidad de los individuos mejorara la convivencia. León en cambio estaba furioso consigo mismo. Se empequeñecía ante los demás y, siendo brillante, pasaba por un perfecto imbécil. Ésa era ya mi opinión. Su segundo rival también lo despreciaba. Un empujón más y estarían en la calle cuando, cubriendo el vano se proyectó la sombra oronda de Onofre Osés.

En él pensaba al pedir que no se corriera la voz. Poco importaba ya el origen de la filtración. Debía reconocer que era un padre vigilante, además de buen profesional. Siempre estaba en el momento preciso, el más inoportuno desde mi óptica. Su verbo avasallador nos devolvió al despacho. No necesitaba preguntar nada, lo sabía todo, y lo que ignoraba lo suplía con creces su imaginación.

Onofre clamaba teatral contra ese monstruo que aún continuaba suelto. ¡Había tenido que llegar hasta su propia hija! Se revistió de personaje calderoniano, su honor en un brete, y se mostró heroico para salvaguardar a la comunidad. Él, como los familiares de las víctimas del terrorismo, daba por buena la sangre vertida del ser querido con tal de que fuera la última.

— Todo ha sido un malentendido —corté impaciente su prosopopeya. No estaba de humor para bufonadas—. Lo mejor es que vuelvan a sus casas. —Clara no pudo contener a su padre y Onofre se lanzó otra vez al ruedo—:

— Clara es menor de edad, yo soy su padre y representante legal y quiero denunciar al señor Solano. Su obligación es darle el curso correspondiente, no entrar a juzgar sobre su procedencia o no. Para eso está el juez —una reciente circular de la Dirección General de la Policía así lo había recordado para los casos de las mujeres maltrata-

das por sus maridos.

— ¡Cómo disfruta por el sesgo de los acontecimientos! Lo que menos le importa es su propia hija —fui injusto pero las palabras ya estaban dichas. Me arrepentí, había traspasado mi límite. Mis debilidades serían las fortalezas del contrario. Les tomé declaración y Clara atendió mi sugerencia de ceñirse a las lesiones y no a la tentativa de violación. Lavé así mis culpas. Firmaron y los acompañé a la puerta.

— Los señores del Val también lo denunciarán por el asesinato de una hija y por los abusos deshonestos a la otra. El asunto se le escapa de las manos —me dijo Onofre victorioso.

— Váyase a la mierda —le contesté. No toleraba recibir lecciones de moralidad—. ¡Échelos de comisaría! —le encargué a Cañada, que pululaba por allí. Sutil matiz: no se trataba de acompañarlos sino de expulsarlos.

Onofre se fue profiriendo amenazas, flanqueado por su hija, tan lozana como el primer día, y por León, más gris por momentos, casi un camaleón del color del suelo, de la calle, de la ciudad, de la vida.

Contemplé su marcha y no escuché el comentario de Cañada: esos periodistas siempre tan entrometidos. Había usado el plural. Se acordaba muy bien del periodista joven, rezagado en "Los vientos", y conocía al veterano. Era una cuestión gramatical.

Mi atención estaba puesta en Lezama. Le pedí que convocara una reunión urgente con Juanmi Solano. El plazo había vencido, debería actuar.

Los Osés se retiraron a su domicilio. Onofre tenía prisa por redactar su artículo. Al día siguiente lo llevaría en persona a Madrid y el martes se desatarían los truenos en primera página y con él de protagonista. Se le presentaba una noche ajetreada. Y Clara ansiaba su cama para llorar. Por una vez prefería la soledad.

León Urraca enfiló la ruta de su vida: la carretera de Soria, la circunvalación, el acceso a la autopista, el camino de la urbanización y el campo. Allí estaba su moto tras unas matas. La tapia blanca quedaba a unos cuantos metros y sus piernas siguieron andando hasta allí. Tocó con una mano el lienzo de cal, templado aún por los rayos del sol. Después apoyó la segunda mano y le acometió una arcada y luego

otra, y un vómito espeso —la esmerada comida de Clara Osés— manchó la pureza encalada. Se debería al alcohol, todo estaba en orden.

[88] El once de junio es festivo en Logroño, el día del patrón San Bernabé. La efemérides conmemora la fecha del año 1521 en que, tras diecisiete días de asedio por un ejército francés al mando del general Asparrot, los logroñeses levantaron el sitio. Un episodio más en las reiteradas guerras entre Carlos V y Francisco I que valió a la ciudad tres flores de lis para su escudo y al apóstol el patronazgo de la "Muy Noble, Muy Leal, Antigua, Ilustre, Invicta e Inmortal Ciudad de Logroño".

En recuerdo de la hazaña y en el popular cubo del Revellín —el único paño de muralla en pie tras el derribo de 1861— el alcalde enarbola cada año el pendón municipal en señal de triunfo sobre el gabacho, sin que los cinco años de dominación napoleónica —que mutilaron las estatuas de los monasterios de San Millán y Nájera— empañen los diecisiete días de resistencia.

La Cofradía del Pez, compuesta por veintiséis miembros —la suma de los guarismos del año más los seis del mes y los once del día—, reparte gratuitamente a la población pan, peces del Ebro y vino, los alimentos que mantuvieron a los defensores. Este año faltaban dos de sus más conspicuos miembros: Bernabé Solano y el inspector Vicente.

El domingo, el segundo había hallado al primero en un estado de gran excitación y no logró que hilvanara una narración coherente de lo sucedido. Un médico le administró un sedante y desde entonces su confusión no había disminuido y sí acaso aumentado por los medicamentos. Una enfermera lo había velado las dos noches y la cocinera estaba en su puesto. Pese a ello, no había querido dejarlo.

Al inspector le hubiera encantado que paseáramos por Portales hasta el arco con armazón metálico y cuerpo vegetal, instalado frente a la antigua Casa Consistorial, antes palacio de los Marqueses de Someruelo, y explicarme que allí se erigía la Puerta de la Herventia. La hervencia era un suplicio refinado: se hervían en calderas de aceite a los

criminales, enteros o troceados, y se exponían en jaulas colgantes a las entradas de la ciudad para aviso de forasteros. ¡Los usos del turismo! La cercanía del supuesto gueto judío de la ciudad medieval —el barrio de las siete calles— hacía sospechar que el nombre no era casual.

Tuve que esperar otro año para vivir esas emociones. Había cerrado los ojos y los oídos a una ciudad que estaba menos pendiente de su glorioso pasado —¿quién no tiene una victoria entre tantas derrotas? me decía esperando que me llegara la ocasión— que de la noticia del día. La transmisión oral funcionaba con la misma fidelidad que había traído la gesta por el túnel del tiempo.

El periódico había echado el resto. "Bernabé Solano intentó matar de nuevo" rezaba el titular con gruesas letras negras como una esquela fúnebre. Los finos signos interrogativos, que enmarcaban "de nuevo", no modificaban el impacto visual. Después el lector recalaba en la página tres. "Yo acuso" leía en la carta abierta del periodista al escritor, del padre al asesino, del defensor del pueblo al enemigo público número uno. Quizás a Sanders le gustara.

Onofre daba cuenta de sus avatares familiares a partir del noviazgo, trágicamente truncado, de su hija. Por más que la había preservado de la popularidad para no involucrarla, Bernabé Solano la había llamado taimadamente en su ausencia. Hacía años que la acosaba. Y aquella tarde intentó culminar sus nefandos deseos —que no aclaraba— y hubiera terminado con su vida de no ser por la providencial intervención de un amigo suyo. Tampoco León Urraca vio esta vez su nombre refrendado por la admiración pública.

Evidentes los paralelismos entre el que había estado en un tris de ser fatal destino de su hija con el de la desventurada Candela; inicio de esa horrísona noche, imborrable para todos por más que la policía quisiera echar tierra sobre ella con maniobras trapaceras.

Seguía la descalificación de Bernabé Solano en todas las facetas de su vida. Así su obra era un ejemplo de ramplonería de muy dudosa originalidad.

Terminaba cuestionando la libertad de Bernabé Solano, la misma pregunta que se hacían todos los logroñeses que aguardaban para recibir el pez y el pan del milagro mejorado por la jarrita de barro y el líquido elemento que —al decir de un cómic— había servido para

derrotar a los franceses, inundando su campamento con el vino de las bodegas de toda La Rioja.

Muy temprano se había presentado el querellante Genaro del Val. Onofre lo había convencido y el diario, comprado en la misma estación de autobuses, lo había jaleado en su proceder. Si a un periodista no le dolían prendas en que su hija hubiera sido atacada, no sería él menos sino más pues dos de entre las suyas eran las ultrajadas.

Rosamari había eludido su responsabilidad, con el pretexto de su menstruación fingida que al final del día se haría espontánea realidad, fruto del miedo.

Mi táctica no sirvió con el señor del Val, terne en su propósito. No había hecho el viaje en balde. Le expliqué la disyuntiva jurídica. Podía tramitar su denuncia pero si quería querellarse debería dirigirse al juez por medio de procurador. Esperaba que tal intríngulis lo hiciera desistir. Al contrario, el hombre pareció animado por la complejidad: mayor justificación para su viaje. Le tomamos declaración, firmó y seguí esperando.

El teléfono sonó al mediodía coincidiendo con el regreso del inspector Vicente. Era Su Señoría. El señor del Val había sabido manejarse y había encontrado un camino despejado donde otros naufragaban en un mar de requilorios, leguleyos y sacacuartos. La burocracia fue mi talismán cuando el juez me preguntó extrañado por las denuncias de Onofre Osés y Genaro del Val.

— ¿Cómo es que no me han llegado todavía?

— Ya sabe, la burocracia, el papeleo, la festividad del día...

— No hace falta que me recuerde que es fiesta —era el segundo tras su mujer—. El señor Osés se ha quejado de que está entorpeciendo la investigación. Es persona de gran influencia. Debe actuar o yo mismo pediré su inhabilitación.

— Las amenazas en un juez están muy feas.

— Sólo le ruego colaboración —perdonó Librado mi sarcasmo—. Acabemos este asunto, tenemos ya la confesión de Bernabé Solano, Onofre me lo ha dicho. ¿Qué más quiere?

— No es así. Todavía no ha podido prestar declaración —consulté con la mirada a Vicente que lo corroboró—. Además no debe ignorar que muchas veces la confesión no es prueba bastante. De to-

das formas —me tiré un farol antes de colgarle— esta tarde le daré una contestación.

— Sin novedad —puso letra Vicente al mimo—. Si me permite un consejo, no tiene otro remedio que detener a Bernabé. Las ciudades provincianas son como las del oeste: una comunidad, un puñado de familias, para lo bueno y para lo malo. No haga de Gary Cooper. Bernabé estará más seguro en la cárcel y no notará la diferencia.

— ¿Cree en esas patrañas, piensa que es el asesino?

— Me preocupa su salud.

— Esa no es una respuesta.

— ¿Qué está esperando, un milagro? Quítese de en medio, deje que se peleen jueces y abogados. Al final estará en la calle igual. Sucede con los que pillamos in fraganti así que con las pruebas que hay...

— Lo esencial es —mantuve el prurito— si, a la luz de los datos, creo en su culpabilidad como para responsabilizarme ante mí mismo de su detención. Se han empeñado en que lo detenga y no obraré contra mi conciencia.

— Un problema moral, vamos. Ya no es un novato, creía que en Barcelona se hacían más duros. ¿Cuándo piensa resolverlo?

— Esta tarde, en la reunión con Juanmi.

Comimos en comisaría y en la sobremesa Vicente me contó sus cavilaciones sobre la Puerta de la Herventia. Alma gemela del escritor, no era un Judas o quizás sí pero de precio honrado: terminar con el ruido y hacer el silencio para que Bernabé Solano se recuperara.

Puntual a las citas de negocios y a las galantes, don Jesús Lezama se hizo anunciar a las cinco. Cuando ocupó su sitio, un sillón vacío resaltó la deserción del otro convocado. Sobraban las palabras. Lezama podía ser retórico y pulcro, o crudo y descarnado. Eligió el segundo estilo:

— Su hijo está avergonzado. No sabe ya qué creer y prefiere no elucubrar. Su comportamiento, debe reconocerlo, ha sido exquisito y ha callado en todo momento. Confía en los tribunales y quiere que se haga justicia. Tanto pesa para él su padre como su madre o su hermano. Debe ser neutral y no dificultará una acción judicial —me estaba dando luz verde.

— Mal apoya a su defendido.

— Soy el abogado de la familia, no el de Bernabé —Lezama había hecho también su elección, honesta si coincidía con su íntimo convencimiento de la culpabilidad de Solano, menos si con la administración de la herencia—. Por descontado que es muy libre de solicitar los servicios profesionales de otro compañero.

— Es triste su abandono —los miré a ambos.

— Debemos ser prácticos. Bernabé no está en sus cabales. A todos nos conviene transaccionar.

— ¡Me están ofreciendo una cabeza de turco! —protesté.

— En cualquier caso, con tribunal o sin él, dependiente del Estado o privado, su destino es un sanatorio mental. Ése sería el resultado de un hipotético juicio. Tampoco habría mayores problemas con la familia Del Val, se pactaría una cierta indemnización por responsabilidad civil y se avendrían a no constituirse en acusación privada.

— El deshonor de la miseria.

— No me queda nada por hacer aquí —meneó Lezama la cabeza—. Se obstina en ir contra todos, en hacer las cosas difíciles.

El abogado se despidió y nos llegó la algarabía de un tumulto formado ante la puerta de comisaría. Habían esperado la salida de Lezama y llegaron sus gritos: "Solano culpable, policía cómplice", "Asesino, a la cárcel". Por la ventana divisamos un par de docenas de iracundos ciudadanos y entre ellos a Onofre Osés y a León Urraca. Habían desplegado varias pancartas y repetían sus consignas. Una lluvia de objetos arrojadizos saludó nuestra presencia y nos retiramos al interior. Me congratulé de que Clara no estuviera entre ellos. La chica empezaba a desmarcarse de su padre.

[89] Permanecimos callados hasta que cesó la barahúnda. Dudaba. Esos manifestantes irían a "Los vientos", engrosarían en número y ocasiones los días venideros. Ya veía los titulares de prensa, las pintadas callejeras. Y escuchaba el repiqueteo de mil teléfonos desde las instancias más altas a este insignificante policía que se sentía Dios para sostener contra todos dónde se hallaba la verdad. Fue ese mo-

mento de debilidad, de humildad, el que perdió a Bernabé Solano. Podía hacer de Poncio Pilato ante el destino de un hombre cuya proporción me excedía de largo. Era demasiado pequeño para torcer el rumbo de su vida, nadie para decidirlo. Solamente un peón de un engranaje que debía comportarse en la rutina que todos esperaban. Para las grandes cruzadas ya estaba Onofre Osés. La constatación de mi poquedad o de mi cobardía, decidió la balanza. No me sería tan sencillo como a Pilato. No podría quedarme al margen. La sociedad había delegado en mí y la opinión pública señalaba a Bernabé. Y yo habría de apresarlo.

— Creo que Bernabé es inocente pero no hay otro sospechoso. Tenemos que calmar los ánimos —empecé a justificarme—. Unos días de reposo en la cárcel, le vendrán bien para ordenar sus ideas. Quizás el peligro lo haga defenderse. Y nos será más fácil garantizar su seguridad.

Vicente no contestó a mis argumentos, muchos le pertenecían. Cogió un maletín y me preguntó si me parecía que fuera a ver a Su Señoría. Asentí con la cabeza. Mi ayudante me facilitaba las cosas, ninguno precisaba ser más explícito.

Me quedé solo, atrapado en ese despacho que era una representación espacial de mis pensamientos y emociones a la deriva. El caso me sobrepasaba. Un mánager, inasible, tiraba la toalla por este boxeador testarudo y yo me resistía a caer pese a la paliza que encajaba. La detención de Bernabé Solano no cerraría el caso pero ambos necesitábamos las vacaciones. Bernabé me había conquistado de tal forma que mi mente imitaba los altibajos de la suya. Y como él, sentía el cerco asfixiante. Me faltaba la conformidad de Teresa Zaldívar. Ya había obtenido la de la familia, la del abogado y la de su amigo el inspector. Ella había dicho que no me perdonaría que lo detuviera. Quizá esa frase me había determinado inconscientemente. Era su última amiga, después de que yo también claudicara. Continuaba con mi referente divino: ahora la petición del Señor a Lot para salvar las ciudades malditas. Una sola fe pedía para proseguir la lucha, no una sino la de ella.

— Teresa —la llamé a su casa—. Esta tarde voy a detener a Bernabé Solano —escuché su respiración agitada.

— ¿Y bien? —preguntó ella con tono cainita.

— ¿Qué piensas hacer?

— Estoy trabajando en un artículo sobre su obra —el mismo que todavía no había visto la luz.

— Ven a verme. Trae tu borrador, es importante.

Teresa se resistió pero me mostré persuasivo y aceptó al fin. Cuando llegó nos saludamos con frialdad, apenas rozamos las puntas de los dedos, la mesa de despacho por medio. Ella me tendió unas cuartillas primorosamente mecanografiadas sin una sola enmienda. Era un texto definitivo, sin la improvisación que caracteriza los artículos periodísticos. Lo había retocado y pulido como una carta de enamorados o mejor como una declaración diplomática, por la habilidad con que sorteaba el compromiso. Era una defensa de su valía literaria y una genérica exposición del beneficio de la duda que merece todo reo.

— Esperaba una resistencia numantina y no encuentro nada que me sirva de estímulo.

— Descuida, no se publicará. Hace varios días me lo rechazaron por inconveniente. Comprendo a mi director. Para él es una confrontación con su antecesor Onofre Osés, dos formas de entender el periodismo o de aplicarlo. Onofre que siempre ha sido un prodigio de moderación, un difuminador de noticias, juega ahora la baza sensacionalista, mientras que su sucesor, más progresista, debe enfocar el asunto desde el prisma conservador de nuestro periódico. Confiaba en que las tesis de Onofre se derrumbaran y ha secundado la línea oficial. Con la batalla perdida, se ha subido al carro de la acusación, y yo, la principal abogada del escritor en la casa, he sido la sacrificada. Difícilmente podré escribir nada más a su favor si las circunstancias no cambian.

No me interesaban los entresijos de la prensa, las controversias sobre el poder de los medios de comunicación y sobre el derecho a la libertad de información de los redactores frente a los detentadores de su control económico, pero deduje que el proceso interior de Teresa había sido parigual al mío. Durante semanas, meses ya, había dado la cara por un hombre de cuya inocencia no estaba segura. Y al final los demás la habían arrollado dejándola maltrecha.

Me pregunté por qué nunca nos unimos los solitarios en la lucha; el mismo planteamiento que me hago en las elecciones cuando ganan los abstencionistas o cuando en las encuestas los indecisos son mayoría. Acaso perder sea mejor que renunciar, y el instinto impida al aislacionista pelear en compañía, al pasota afiliarse y al dubitativo decantarse, y seamos los últimos francotiradores de la libertad.

— ¿Lo crees culpable? —seguía con mi obsesión: blanco o negro, verdad o mentira, santo o villano.

Teresa, por una vez sin verse obligada al fingimiento, humilló los ojos y luego los abrió, bañados en las lágrimas de un monosílabo afirmativo que contenía su frustración por esa causa que había abrazado por un loable sentido de la justicia —la protección de la presa acorralada por la jauría— y no por su convicción personal. Por fin, junto a otro proscrito, podía sincerarse:

— No lo sé pero si mi respuesta ha de estar entre el sí y el no, como en el poema de Evtuchenko, diré sí. ¿Y tú? —me devolvió la pelota, como habían hecho cuantos había consultado.

— Ignoro si es inocente pero tampoco sé que sea el asesino —mantuve mi evasiva cobarde.

— Sin embargo vas a detenerlo...

— Otros lo acusarán. Yo presentaré la falta absoluta de pruebas.

— Lo entregas a la chusma.

— No deben cegarme simpatías ni antipatías personales y quizás lleve demasiado tiempo vulnerando esta norma.

— Pudiera ser —admitió Teresa y recogió sus cosas con impotencia.

Como despedida, le hablé de su antiguo novio, León Urraca:

— Al parecer sale ahora con la hija de Onofre.

— Ya lo sé. Para esas noticias no hacen falta periódicos —se encogió de hombros—. Dios los cría y ellos se juntan —fue su frase, llena más de despecho que de enigma y así la entendí.

El inspector regresó con la orden de detención. El juez descansaría esa noche tranquilo. Había dado curso a los autos de procesamiento y de prisión provisional. Al día siguiente su firmeza, en el justo fiel entre la prudencia y la equidad, recibiría algún elogio de limos-

na.

Recogimos por el camino a Lezama. Arribamos a "Los vientos" y precisamos de la fuerza pública allí destacada para despejar la puerta de curiosos. La noticia era conocida en la ciudad antes de producirse. Cualquiera habría dado el soplo, el abogado imperturbable a mi lado, o el propio juez; allí estaban todos y entre ellos Onofre Osés y León Urraca para no perderse el espectáculo. Con suerte, a rastras y esposado.

El doctor Muñoz bajó a nuestro encuentro. Había visitado al paciente esa tarde y éste se había mostrado hosco. Distinguía entre amigos y enemigos, pensó Vicente. Estaba bajo una fuerte tensión emocional y el grado de confusión de su mente era notable, según el experto. Ahora dibujaba pacíficamente. Vicente y yo nos miramos pero no comentamos nada. El doctor Muñoz nos llevó hasta él. Éramos cómplices, compartíamos el cliente: el médico, los policías y el abogado. Sólo faltaban el cura y el enterrador.

El doctor Muñoz nos explicó la terapia manual que el propio escritor se había autorrecetado. Bernabé Solano se hallaba entregado a sus corazones, de toda clase de materiales pero de un único tamaño, el pecho de Clara, y de un solo color, la sangre de Candela.

— Buenas tardes señor Solano, ¿me conoce?

— ¿Qué quiere comisario? —levantó los ojos.

— ¿Tiene algo que declarar sobre los crímenes de su mujer, su hijo y la criada?

— Lo siento, no sé lo que pasó y estoy cansado de preguntármelo —su fatiga por alcanzar el conocimiento era similar a la que Teresa y yo experimentábamos. Guardó su calma aparente de fabricante cordial— pero los quería.

Renuncié al interrogatorio. Hubiera sido tan fácil darle un papel a firmar. Me volví hacia los otros y vi la actitud pasiva de Lezama; pobre era la defensa que pensaba ejercer, nada más allá de probar su locura.

— Si quiere puede cambiar de letrado —le sugerí.

— No, Lezama es el mejor —aseguró con sorna.

— Tengo que detenerlo, lo lamento y que sea en el día de su santo.

— Las fiestas de San Bernabé —encontró la solidaridad de Vicente y se dirigió a los profanos con satisfacción de erudito— han sido siempre ocasión propicia para las inauguraciones ciudadanas, por ejemplo el puente de piedra, el campo de fútbol o la fábrica de tabacos. Un buen día, por tanto, para que haga lo propio con mi destierro —y me ofreció las muñecas pero me negué a esposarlo.

3ª cavidad: el verano.
Julio y Agosto 85

[90] El verano fue corto e intenso. Tras una primavera mezquina, la ansiedad de las mujeres por estrenar sus modelitos aceleró la canícula y el termómetro subió diez grados. Las horas se alargaron lentas y un aire espeso se adueñó del ambiente. El bochorno igualó el día y la noche y los logroñeses menos privilegiados se refugiaron en la oscuridad de sus pisos cerrados. El resto se dividió por igual entre las piscinas, la playa del Ebro, Salou y Laredo. Y con el regreso de los primeros veraneantes, el estío se escurrió subrepticiamente en cuestión de horas como un tren que marchara hacia al sur con las nuevas hornadas de turistas.

La televisión continuó con imágenes desenfadadas de las playas sureñas mientras para el riojano los días se acortaban e invitaban al paseante vespertino a hacer uso del jersey o la chaqueta. Llegaron también las lluvias pero la ciudad persistió en la entelequia de un largo y cálido verano con la ilusión puesta en la feria matea y la fiesta de la vendimia, allá cuando la estación cede oficialmente el relevo al otoño ya presente.

De fiesta a fiesta —del 11 de junio San Bernabé al 21 de septiembre San Mateo— la ciudad establece una estación casi superpuesta con la meteorológica, pero sería excesivo pensar que los logroñeses disfrutan de cien días de verano. Son sí un paréntesis, el límite entre dos etapas engarzadas con miles de iguales, desde el legendario origen hasta lo que depare el futuro.

Los tres meses del entreacto transcurrieron para Bernabé Solano y para Onofre Osés, para León Urraca y para este pobre comisario Eusebio Martín. También Teresa, Clara y Rosamari sumaron un trimestre más a sus breves biografías. No así Candela, doña Asunción y Josafat, que pervivían únicamente en las conciencias de los anteriores.

Bernabé pasó sus vacaciones a la sombra, en la enfermería de la antigua prisión provincial. Su fachada semejaba una "U", que con la "L" de "Los vientos" formaba las iniciales funestas, el final y el principio. Era una cárcel de reducida población. Tan sólo preventivos en espera de juicio, como el escritor que se había aposentado cómodamente allí.

Nadie había pedido su libertad condicional. No desde luego Bernabé, capaz de sobrevolar las rejas más altas. Tampoco Lezama, poco acreedor al prenombre "abogado". Ni Juanmi, cuyo silencio era la única herida en su viejo corazón. No había en él resquemor, defendía la independencia de los hijos y abominaba de los padres absorbentes que tantas veces frustran las mismas vidas que alumbraron. Siempre había hablado de la dignidad de saber llegar a viejo sin convertirse en una carga. Las obligaciones paterno-filiales eran para él de única dirección, de los padres hacia los llamados sin su consentimiento, mientras que los derechos pertenecían a éstos exclusivamente. Mentiría sin embargo si no reconociera en su corazón la mella de su muda acusación.

Las vacaciones judiciales habían ahondado la distanciación conveniente entre la sentencia y el hecho juzgado. El acaloramiento no favorece a la justicia aunque tampoco la exagerada dilación de las vistas. En la ciudad el suceso era ya agua pasada que tornaría cuando llegara el juicio para hacerse historia que es la forma segura del olvido. La vida en prisión de Bernabé Solano o mis dificultades administrativas no venderían periódicos. La prensa se acogió implícitamente al sub-iudice que antes había laminado y anduvo a la caza de noticias refrescantes. Léase el incremento del top-less, las bravatas entre nudistas y retrógrados, o la elección de "miss tetas bravas" con profusa información gráfica.

Gocé de mi primer verano logroñés. Se me había incoado expediente por mi actuación y aguardaba su resolución. Vicente me enseñó sus Cameros natales: Ortigosa, Torrecilla, Villoslada y la romería a Lomos de Orio. Enlazamos por las Viniegras con los monasterios de Valvanera, San Millán y Cañas. Y me mostró las gallinas de la catedral de Santo Domingo y la evocación medieval en el claustro de Santa María la Real de Nájera. Y no olvidó la batalla del vino en Haro ni

respirar el aire en Ezcaray, en el San Lorenzo o en la Laguna Negra junto al Urbión o en Piqueras, ya en parajes sorianos. Fuimos también a Calahorra, la ciudad romana, patria de Quintiliano, a Enciso a contemplar las huellas de los dinosaurios y a Clavijo donde el apóstol hizo de las suyas, Sajazarra y otros castillos. Y me habló de los zancudos de Anguiano y los picaos de San Vicente de la Sonsierra, de la procesión de las doncellas calceatenses y del tributo de otras cien en Sorzano.

Había sido un verano turístico, para sobrevivir hasta el otoño, que me traería quizás la pérdida de mi reciente ascenso. El fallo estaba ligado a la suerte de Bernabé; más en juego mi destino que el suyo, irremediable fuera cual fuera el desenlace. Sólo a mí me beneficiaría desmontar la componenda que había dado con sus huesos en la prisión provincial. Estaba en el aire mi carrera, la de Bernabé Solano había llegado a su final.

Con los primeros días de septiembre vino para Bernabé el sobreseimiento en los cargos presentados por Clara Osés y Rosamari del Val. La falta de pruebas fue determinante. Ambas habían pecado, a ojos del juez, de detectives aficionadas, y no habían hecho sino liar las cosas.

Respecto a Candela si bien su causa por abusos deshonestos estaba acumulada a la de su asesinato, nunca podría prosperar. Era mayor de edad y todos los testimonios coincidían en su afecto por el señor. Nada inducía a creer que posara bajo amenazas. Pasada la oleada de hipocresía, las relaciones eróticas del amo y su criada eran un lugar común en la memoria de las clases dominantes: el lama ama a la dama en su cama.

Los periódicos recogieron las noticias con discreción impropia de los titulares de su encausamiento. Subsistía la acusación principal y los más recalcitrantes pensaban que las imputaciones injustas serían un mal menor si solucionaban tres crímenes. Todos sabíamos empero que las pruebas en su última causa pendiente eran aún más débiles que en las anteriores. Cuestión de días por tanto que Bernabé recobrara la libertad.

Lezama había intentado que el juicio no llegara a celebrarse, que previamente el escritor fuera declarado incapaz por demencia so-

brevenida con posterioridad al delito. Sería confinado a una institución mental y se archivaría el sumario. A tal fin contaba con el doctor Muñoz. Sin embargo el reposo había devuelto su equilibrio a Bernabé Solano, si bien a veces se creía un criminal sonámbulo o bajo el influjo de la doble personalidad de su detective Sanders, hasta tal punto se habían mezclado en él quimeras y realidad.

La cárcel le había sentado bien y esperaba tranquilo que el juicio le confirmara o no su culpabilidad. Salvo esa amnesia y aparte de su declarada y perpetua introspección, no podía considerársele un enfermo mental. Su cuadro clínico era semejante al de Asunción Lequerica.

Lezama no podía sustentar su defensa y la había variado hacia el trastorno mental transitorio, que complicaba su condición de heredero y su incapacitación para la administración de sus bienes. Juanmi no debería ignorar que tendría ante sí un horizonte de pleitos más dilatado que la vida de Bernabé o de Lezama, pero el abogado se cuidaría muy mucho de hacérselo saber.

Onofre Osés no se había resignado, después de su efímera gloria, a volver a las gacetillas de la vida local. Máxime ante el páramo yeco de información de una ciudad del interior durante los meses de verano. Labrada su fama, debía velar por su economía. Al fin estaba en trance de enriquecerse. Tenía entre las manos un best-seller y en él se volcó como un novelista bisoño.

León le nutrió el fichero, a sus espaldas, con los recortes salvados de su ira. También imitó nuestros pasos y se entrevistó con Rosamari y su familia, con el padre Blanco, las monjas y el Manco. No llegó a tiempo al tío Chufo que se había despedido en el ínterin de sus malandanzas. Y por último fue locomotora a la hora de teorizar sobre la lóbrega noche.

León había recuperado su antigua buhardilla de la calle Herrerías. Teresa Zaldívar no había vuelto por allí pero un día, con ocasión de un incendio en las inmediaciones, lo había visto escabullirse escaleras arriba con Clara. Había sentido una punzada de orgullo y un sentimiento indefinible: nostalgia, celos o amor tan sólo. Difícilmente encontraría Tesa sustituto en su corazón. No podía quejarse León con Teresa, Candela y Clara en su palmarés.

(— Me muerdo ya los labios por hablar.

— Tu amor te los morderá y luego la barbilla y después el cuello y más tarde…).

Teresa siguió hacia el fuego, esperando hallar el largo y cálido verano prometido, pero no encontró ningún incendiario bien parecido, no exigía que fuera Paul Newman el nuevo hombre con quien revivir su apasionado romance.

Las relaciones de León y Clara tampoco habían vislumbrado tal calificativo de pasión. Sus citas habían sido tan espaciadas que sólo el infortunio hizo coincidir a sus dos mujeres. Clara se había aficionado más de lo aconsejable al alcohol y a los porros con los antiguos camaradas de Yos, con quienes rememoraba a su repudiado amigo. Tenía Clara todo el tiempo del mundo ya que León se había enamorado de su padre. Pronto hubo de admitir que el crimen de los Solano era lo único que los había unido. E igual que los juntó fue causa también de su separación.

Clara se sintió culpable de la reclusión de Bernabé Solano. Quiso visitarlo pero el escritor se negó a recibirla. No tenía de qué disculparse pero prefería no remover las cosas. Era un consuelo pese a todo.

Ella se había entregado al primero en cruzarse en su camino. Y allí había estado León, no por casualidad sino con cuidadosa premeditación. A medida que se desvanecía su espejismo de amor, que dilapidaban el apasionamiento carnal, afloraban sus preguntas: ¿por qué se le había acercado?, ¿cuál era su interés por Bernabé Solano? No le bastaba ya la excusa de su antigua novia, había algo más turbio, que le daba miedo y por eso callaba.

4ª cavidad: el otoño.
Septiembre 85

[91] El libro estaba caliente y la ciudad en fiestas cuando Teresa Zaldívar visitó a Bernabé Solano en la cárcel. Fue al atardecer después de la salida de los toros para darle noticias de la corrida. Sabía que diría que hacía años que no pisaba la plaza y que se despacharía contra las figuras del momento; él que recordaba el mano a mano de Manolete con Arruza en el coso riojano.

Teresa sospechaba que su rechazo provenía de su visceral miedo a las aglomeraciones; agudizado por su portentoso aumento de volumen, inadecuado para la estrecha banca del tendido con unas rodillas extrañas en los riñones propios y viceversa. Pero ella sabía que Bernabé amaba al toro en el campo, en las tientas, en los corrales y en el ruedo, en los grabados de Goya y en el plato; carne de primera el estofado, el solomillo y el rabo para gustar el vino de Rioja.

La antigua prisión provincial estaba enclavada cerca de la carretera de Burgos, detrás de la casa de Beneficencia. En sus tiempos de comunidades de base, cuando se ganó el apodo de Tesé, acudía muchos sábados a la "Bene" a dar su escuálido apoyo humano. Jugaba con niños mongólicos en una pequeña habitación que hacía las veces de clase y que se abría a un jardincito con unos viejos columpios. Y había fundado en ellos uno de sus recuerdos más vivos, por más que la lógica de que la caridad va en detrimento de la justicia, lo hubiera sepultado bajo siete capas de lodo como siete años de olvido.

Aquella tarde quiso pasar por delante de la Beneficencia antes de llegar a la prisión. ¿Qué habría sido de esos niños deficientes abandonados a los que la vida había golpeado doblemente? Algunos de sus amigos ya habrían partido. Recordó cuando un simple caramelo era un mundo, y lamentó asimismo su triste espera cuando se terminaron las visitas. Pensamientos que la habían llevado a veces a desear un hijo subnormal en el que verter su amor, y otras a temerlo como todas las

embarazadas, sin fundamento en su caso. Y siempre había dado por supuesto que León sería el marido y padre. ¡Tonterías!, aceleró y aparcó ante la prisión. Bernabé Solano la esperaba. Él era su niño y ella le llevaba el parte taurino para endulzarlo.

Teresa había regresado al redil de la objetividad. El reconocimiento de Bernabé de su propia ignorancia, le había parecido ejemplar, socrático, digno de encomio. Y quería hacerle ver que contaba con ella ante el juicio y el libro que se avecinaban.

Un funcionario la dejó en una salita y a los pocos minutos otro precedió a Bernabé Solano. El escritor vestía su acostumbrada bata de seda y las chinelas de cuero, que lo situaban en un entorno doméstico. A Teresa la sorprendió favorablemente el lugar de su encuentro cuando esperaba un locutorio con las rejas por en medio, aunque se perdía el romanticismo del disimulo de un beso y de la lima empanada.

— Hola Bernabé. Has adelgazado —le dijo Teresa que sabía cuánto le gustaba que no se le notaran los kilos; menos que comer, claro. El breve ejercicio por el patio y la mayor frugalidad de la dieta, habían puesto la báscula por debajo de la fatídica barrera de los cien.

— Gracias a Pepe, es mi ángel de la guarda —precisó con doble sentido—. Sería un extraordinario mayordomo. Lo estoy tentando pero se hace de rogar. La jubilación, los trienios, los puntos, ¡qué sé yo!: las canonjías de la función pública.

— ¡Quite, hombre! Miserias pa que el sueldo alcance. Pero uno le coge cariño a lo suyo. Ya va pa cuarenta años señorita. ¡A la paz de Dios!

Quedaron solos. Nada temían de ellos, ni afanes conspiradores ni pasiones tumultuosas pese al historial del escritor. Ya se batía en retirada.

— Esta tarde me he armado de valor y he ido a los toros. Todavía tendrás tiempo de ver alguna corrida este año. Lo de tu liberación es cuestión de días.

— Gracias hija —nunca había sido Teresa una de sus adolescentes y jamás le había visto las piernas—. Estoy muy bien aquí. Todos me hacen la vida agradable —y era verdad pues vencidos los primeros recelos los funcionarios eran buenos amigos y mejores lectores de sus novelas, que habían devorado y adornado con su dedicatoria—.

¿Crees que me espera alguien fuera? Mi hijo...

— No hagas caso, ponte en su lugar. Lorena ha estado varias veces por la finca y se ha ocupado de que todo esté en orden. El jardín está precioso y tu estudio sin una mota de polvo. Los hechos son los que cuentan, así que arriba ese ánimo.

— No me preocupa la soledad, sino el desamor.

— Es el carácter del español, todos contra el caído. Luego recibirás más invitaciones que nunca y te volverán loco.

— Quizás esté mejor aquí —se sonrió—. Es un microcosmos que debía conocer. ¿A qué has venido? —preguntó Bernabé tras su silencio. Es por esto, ¿verdad? —sacó un libro de su bata, como un canguro a su cría de su marsupio, y se lo ofreció.

Teresa lo cogió con las puntas de los dedos, quemaba. Tenía miedo de las palabras, como Bernabé, porque también vivía de ellas. La portada era una foto de "Los vientos", su autor Onofre Osés y el título para nota: "El crimen de los Solano o los crímenes de Solano". Un juego de palabras, singular y plural, anverso y reverso, una silepsis o un quiasmo gramatical.

— ¿Cómo lo has conseguido? El libro no está en circulación.

— De algo habían de servirme mis contactos editoriales. Lo he recibido esta tarde. La casa ha salido muy bonita.

— Es una casa preciosa.

— Sí que lo es.

— Se parece a ti, tiene tu personalidad.

— No, por favor —se rio—. A mí me haces un cumplido pero a la casa...

— ¿Lo has leído ya?

— No, lo guardaba para esta noche.

— No lo leas. O si no, podríamos leerlo juntos —le daba miedo dejarlo solo con esa basura; lo juzgó injusta sin conocerlo.

Bernabé se resistió en principio. Finalmente ambos transaccionaron. Ella renunció a impedirle su lectura y él admitió compartirla. No les fue difícil contar con la "vista gorda" de los funcionarios para que Teresa prolongara su estancia en la prisión y cenaron antes de ponerse a la tarea.

El título era capcioso y desvelaba claramente su tesis. Los

primeros capítulos eran un refrito de los artículos y una recopilación biográfica con citas literales de sonrojante adscripción al libro de Teresa. Lo de siempre: su braguetazo y sus chanchullos económicos.

Después establecía una burda conexión entre la vida de Bernabé y sus novelas. Quería demostrar que estaban extraídas de sus propias vivencias. Así, "El amigo rencoroso" contaba sus peripecias con un socio de ventura en uno de sus catastróficos negocios al comienzo de su matrimonio. Éste se habría hundido mientras él iba disparado al éxito. La historia de "Odio más fuerte que el amor" —un hombre mataba a su amada para vengarse del hombre que odiaba— se refería a su novia desahuciada. Bernabé no había ido en su busca para que el otro cargara con la culpa de su muerte. En cuanto a "El lector maniaco o la conjura de los personajes" sobre el escritor español que quería hacerse un lugar en el concierto internacional, era una piadosa versión de sus trapicheos para encumbrarse.

— No está totalmente exento de razón —reconoció Bernabé.

— Son unas afirmaciones tan generales que serían válidas para cualquier autor y obra. Los vínculos son lejanísimos y debidos tan sólo a que te alimentas por igual de imaginación y experiencia.

A continuación venía una acusación delirante de plagio, que lo único que demostraba era que todo ha quedado dicho y escrito hace muchos siglos pero no por eso la raza humana ha dado generaciones de mutantes mudos y mancos.

— Yo sí que lo debería demandar a él —se indignó Teresa.

— Es una opinión despreciable. Basta con no hacer aprecio — se mostraba en paz Bernabé. Su nombre y su obra quedarían y la trampa del tiempo engulliría a pobres diablos como Onofre.

La segunda parte estaba escrita en forma novelada, como advertía el autor. Después de su concienzuda investigación, Onofre estaba en condiciones de asegurar al lector que la verdad no distaría mucho de lo que se aprestaba a leer. No serviría como prueba en el juicio de los hombres pero sí en el de la historia. También él confiaba en la perdurabilidad de su obra. ¿Pero cuánto dura la inmortalidad?

Presentaba a un Bernabé Solano cuya capacidad de fabulación declinaba. Acuciado por compromisos editoriales, había recurrido a un autor en ciernes no identificado, con la promesa de apadrinar en su

día su carrera. Este "negro" leonino era el único "pero" y también la base que cimentaba el edificio. Si caía, el resto se derrumbaría con estrépito por más que estuviera construido con verdadero talento. No hubiera sido mal novelista.

Sobre este joven fundamentaban un móvil quebradizo. Por un lado la aspiración del escritor a mantenerse en el parnaso cuando su venero se había ya secado. Por otro, las crecientes pretensiones del desencantado de la gloria devenido chantajista. Bernabé necesitaba echar mano del dinero de su mujer sin que Lezama sospechara nada. De saberse, el descrédito hubiera acabado probablemente con su vida.

— En eso lleva razón. Un golpe así no lo resistiría. Afortunadamente, soy padre de mis hijas con la certeza de una madre.

En este escenario, había querido declarar loca a su mujer para administrar sus bienes. Sus hijos pretendían que se los donara en vida. Esta pugna de intereses había dictado la muerte de doña Asunción y Josafat. El testamento de la primera favorecía a Bernabé que, con la muerte posterior del segundo y siendo también su sucesor, quedaría con el dominio efectivo del patrimonio.

Entonces diseñó un plan, a partir de sus novelas, cerrando el círculo: la vida, que las había inspirado, las imitaría a su vez. Asesinar a seres queridos, cadáveres en una casa cerrada y otras ideas confluyeron en "El detective número uno". Candela descubrió el plan y su curiosidad reprobable le costó la vida, como también casi a su hermana. La chica se sentía deslumbrada por el escritor y lo tomó por otro guion de violencia y sexo para una de sus películas. Por eso fue sumisa y sonriente a su inmolación.

Bernabé Solano había dispuesto todo para enturbiar el trasfondo económico con la falsa pista de un asesino sexual en coma por amok, ataque malayo de locura homicida del magín del lenón León. Tras cometer el primer crimen y no antes, como se había dado por sentado, Bernabé Solano había desflorado a su víctima, en un acto de necrofilia propio de los monstruosos embalsamadores del Egipto faraónico.

Teresa no pudo reprimir un gesto de horror, el mismo que ante las fotos de los cadáveres —el de Candela, desnudo— que ilustraban el libro, conseguidas por caminos inconfesables.

El relato terminaba con los dos últimos asesinatos que a la mañana siguiente y hasta entonces habían despistado a la policía pero que no deberían equivocar también a la justicia.

Teresa cerró el libro con rabia. Eran las primeras horas de la madrugada.

— Es un puro libelo. Sus justificaciones literarias no pueden ampararlo contra una querella.

— Eso no conduce a nada. —Bernabé no participaba de su indignación. Había leído una novela, según la petición de su autor—. La concatenación de hechos es técnicamente correcta pero las motivaciones económicas son muy endebles. No sé si los maté o no —hablaba para sí— pero para admitirlo tendría que saber por qué. El libro no me ha resuelto nada. ¿O quizás sí? —se quedó ensimismado.

Teresa lo vio perderse y se despidió de él, triste ante el desmoronamiento de un genio al que la sociedad había infrautilizado como escritor de novelas policiacas. Él propio se había minusvalorado al retirarse del mundo. Podía haber sido un estadista o un gran hombre público pero había pretendido encontrarse a sí mismo. Total, para hacer de su soledad una prisión de la que no podría escapar.

[92] Bernabé regresó a la enfermería. La persiana estaba levantada, la cortina corrida y la noche proyectaba sobre la cama la sombra cuadriculada de las rejas. Él, que era un adalid del individualismo y de los mundos paralelos de la mente, había conocido allí la auténtica cara de la soledad. Imposible ya volverle la espalda.

Esa habitación desolada, blanca en las paredes desconchadas, en la sangre como leche, en la noche oscura de lobo, era el retrato físico del abandono. No así sus largos años de creación, en su propia compañía. Había necesitado salir de su yo y hallar la puerta cerrada a su vuelta, para aquilatar a fondo la palabra. Bernabé era un lingüista y debería distinguir sus soledades, el antes y el después de un límite invisible, como también era diferente la soledad de Robinson o de Romeo con Julieta en el sepulcro. No podía llamarse ahora solitario si antes había sido palabra de felicidad. Su recinto amurallado estaba

quebrado, su refugio violado y sólo lo aguardaba el color del vacío.

Se metió entre las sábanas blancas de su prisión. El batín de seda era su capullo protector, la coraza contra la nieve fundida, las avalanchas, los aludes. Y tenía por compañero de celda al insomnio, que no vivía en él en forma de pesadilla sino de mirada fija sobre los barrotes que encerraban a los de afuera; la única libertad del prisionero: la de no poder entrar en la gran cárcel universal. Sus ojos y oídos eran libres y el antifaz y los tapones de cera de otros tiempos hubieran sido mordazas para un evadido de su propio ser.

Su soledad era también un desierto y él un náufrago sediento. Su oasis sería la fuente del conocimiento. Quería saber y la ilusión en sus manos tenía apariencia de libro. "El crimen de los Solano o los crímenes de Solano", inocentes las palabras.

Sus amigas lo habían aterrorizado una buena temporada, pero ésas eran las últimas y las primeras, vértice y vórtice, vocablos y no armas arrojadizas. Y él podía todavía ser persona en vez de diccionario. Siempre había estado solo aunque a su alrededor girara el mundo y algunos de su especie acompasaran su andar con él. En todas las circunstancias de su vida había amado la presencia recurrente del libro; usufructuario el escritor por unos instantes de su tapa, nunca dueño. Ese libro universal del arte, la ciencia y el sentimiento era, en la unidad milagrosa de su pluralidad mágica, la representación de la divinidad. Las intenciones mendaces se quedaban a la entrada con el escritor o nacían a la salida con el lector, sus páginas estaban inmaculadas para que cada mano u ojo las llenara de palabras. Ese libro que deshojaba no era de Onofre ni tampoco suyo, o de ambos y de otros mil. No importa la propiedad de la amada, sólo su posesión. Sería el vehículo para invertir el tránsito y que su aislamiento entre nieves perpetuas fuera de nuevo isla tropical.

Era un veterano funámbulo del alambre tendido del sueño al pensamiento. El detective Sanders lo había dejado fuera como Dino a Pedro Picapiedra. Él mandaba ahora, íncola de su cerebro, "squatter" de su barriga, ahíto de un cuerpo glotón después de toda su historia etérea. No necesitaban esforzadas teorías de doble personalidad, ya eran dos y si encontraban sus sosias lograrían cuadruplicarse. No les hacía falta preguntarse por el Mister Hyde despreciable. Bernabé ha-

bía nombrado a Sanders detective número uno y la sociedad acusaba al escritor. Ésos eran los términos del juego: Solano haría de asesino y Sanders de investigador. También se sabían las víctimas y los métodos. Sanders averiguaría los motivos en su terreno onírico, su territorio de caza.

Era un reto para un número uno, como propone Woody Allen en "El gran jefe" para acabar con las novelas policiacas. Es perfecta y tiene vocación quijotesca. El detective es emplazado por una estudiante de filosofía a encontrar a Dios si existe. Lo descubre cadáver, demasiado tarde, en el depósito y también que ella lo mató porque se interpuso en su amor culpable por un creyente. Bernabé era el Dios de Sanders. Lo demás dependía del detective.

Sanders construiría una historia verosímil con sus datos. Solía ocurrir así, lo llamaban y encontraba algunos fiambres, con suerte un arma que hablaba de sus últimos minutos. Y husmeaba en la basura hasta dar con un nudo de intereses o pasiones. Luego era una labor de gato, no de perro sabueso: desenrollar el ovillo que esconde un nombre. Sanders tenía napias y olfato. Bernabé Solano era el asesino pero necesitaban pruebas, el tipo era influyente. Podía agarrarle por las solapas pero por menos de eso se jugaba su licencia, estaban deseando. La noche anterior le habían hecho una visita, querían intimidarlo. Su secretaria había desaparecido y la oficina estaba destrozada. Tal vez trabajara para ellos. Bien sabía él que su sueldo caía en la indigencia y tampoco había conseguido pescarlo. Apartó la papelera volcada y de entre los papeles sacó su petaca, era un escondite seguro. Se echó un trago y al momento escupió. Le habían dado el cambiazo: whisky de garrafón por su escocés legítimo. Ahora estaba furioso, nada lo detendría.

Cogió un rotulador y descolgó su diploma de detective número uno, que pendía ladeado de un único clavo. Detrás de él se abría un agujero negro, se habían llevado las telarañas de la caja fuerte. Desmontó el marco y pintarrajeó en el papel, junto a su nombre, el signo del dólar. Podía haber pasta por medio. La herencia y todo eso. Lo tachó enseguida. El fulano no era ambicioso, se conformaba con champagne francés y caviar del Volga, y con sus finanzas andaba sobrado para varias vidas.

Dibujó a su lado un libro, bastante mal, pocos habían pasado por sus manos. Su confidente decía que un "negro" lo andaba chantajeando. No le importaba pagar, se trataba del Nobel. Eso era algo sólido pero más fácil destinar el dinero a un profesional y deshacerse del problema. Además siempre le había sobrado imaginación: ¡en menudos líos los había metido a él y a otros de sus colegas! Podía haberse enriquecido vendiendo ideas, no precisaba de nadie.

Por último pintó unos labios rojos y los cerró en vertical con el paréntesis de las caderas. El sexo era un detalle ornamental para su diploma y poco más. El viejo escritor no lo traspasaría. Era un auténtico pergamino falso, un virgo resistente en demasía para virilidades a la baja.

Desechó los tres monigotes y dibujó en el reverso un corazón gigante como símbolo de la locura. No le correspondía mejor asiento, ¿no era acaso también la víscera del amor? ¡Que le señalaran uno que no lo fuera! Las mujeres se le pegaban como lapas y él las usaba. No podía permitirse hallar una cuya vida fuera tan valiosa que no mereciera la pena arriesgarla. El amor y la locura siempre van de la mano y están omnipresentes. Necesitaba algo más concreto.

Estaba bien informado sobre las costumbres del sujeto. Vivía en una casa lujosa, apenas salía y los muertos eran sus personas más cercanas. No había encontrado ningún móvil relacionado con ellos. Sanders no fallaba, era su axioma, luego el motivo tendría que ver con su ubicación física: que hubieran muerto por vivir allí. Bernabé Solano podía haber sentido un impulso destructor por una coincidencia astrológica invencible. Pero no era un bárbaro para dejarse llevar por los instintos. Ya se desfogaba en sus libros. ¡Su obra... era lo único importante! Todo cuadraba de pronto.

El acto llevaba la causa en sí, matar por matar, o mejor por conocer el asesinato. Durante años había escrito sobre la muerte y las circunstancias que desembocaban en el crimen, fútiles para sus vecinos pero consistentes para los actores. Y la duda cuestionaba su maestría, su trascendencia por tanto. ¿Había sabido captar la esencia del momento homicida? Entrevistarse con los asesinos no era suficiente. La experiencia es intransferible y su conocimiento debía ser empírico. Tenía que matar para saber. Cada novela inundaba su vida durante los

meses de creación, cedía su cuerpo a sus personajes para embeberse en sus movimientos y sin embargo les había escamoteado el que daba origen a su existencia: el acto criminal.

Sanders se enfrentó a Bernabé Solano. Ya sabía por qué lo había hecho. Le contó su historia y el otro hubo de aceptarla: eso sí era razonable. El escritor liquidó su cuenta con el detective y se incorporó en la cama. Sanders viajaba hacia las estrellas con una colilla de puro en la comisura de sus labios y llevaba atada al pie la balumba de objetos de su oficina. Y entonces sí, Bernabé se reinstaló en su mente. Estaba contento: su obra sería inmortal y él moriría con la verdad.

Había un tercer motivo de plenitud. Tan importante como el crimen era vivir la angustia del criminal, el temor a ser descubierto y el momento de su detención. Las teorías habían llegado al cenit, la cota estéril si no se plasmaba en acción. Él había superado esa etapa y esa noche tomaba conciencia de todo ello. Sentiría remordimientos es verdad pero era imprescindible sufrirlos en pago del rico caudal de conocimientos, de la certeza de sus méritos. Por fin conciliaría el sueño. De nuevo su mundo lo recibía con afecto, el hijo pródigo volvía de su peregrinación a las fuentes del saber.

Esa noche y las siguientes, revivió los pasos de aquella otra encrucijada decisiva. Candela esperaba su sexo y hallaba el cañón frío de la pistola. A Asunción le daba un beso eterno de buenas noches al arroparla. Y después alargaba pacientemente la fugacidad del crimen, para hacer con la piltrafa en que se había convertido su hijo lo mismo que con tantas de sus criaturas. Muchas habían muerto por sus designios, sabido es que deben la vida a su creador y están a su merced.

Sus últimas dos semanas en la cárcel las pasaría enfebrecido, entregado sin desmayo a "El detective número uno". Veinte páginas diarias, de un tirón, el parto sin dolor después del mortífero embarazo. Daría a luz a su hijo, la única forma de reparar su mal. "El detective número uno" sería su mejor novela, la que pasaría a la historia asociada a su nombre, como Cervantes al Quijote, Solano a Sanders.

[93] El auditórium del Espolón como una concha enorme arrojada en el malecón por un descomunal maremoto, o vestigio de remotas eras geológicas, de cuando el valle del Ebro era un mar y las huertas fincas de recreo de tritones verdemar y sirenas verdemontaña, es de origen mucho más reciente. Fue construido en el año 1953 al gusto de la época —tan poco afortunada en estética como en otros valores—, como cabeza pensante de ese Espolón; también Paseo del Príncipe de Vergara en honor de don Baldomero, y antes Paseo de las Delicias y Paseo Extramuros, por quedar fuera de las murallas, al pie de la Cortina del Espolón, único nombre perdurable para designar ese terreno de un antiguo seminario, siempre la raíz.

La concha para la banda de música, con su pérgola trasera semicircular y sus escalinatas que guardan memoria de la sangre y rodillas de todos los niños logroñeses, vino a sustituir al kiosco octogonal que, con las estatuas de Pelayo, Ordoño, Leovigildo, Alfonso el Casto, Enrique y Felipe V —los seis monarcas cuya vida en piedra acabó en el padre Ebro para conmemorar la venida pacífica de la segunda república—, conformaba el salón de conciertos en cuyos alrededores se juntaban los vecinos en sillas de tijera previo pago de unos céntimos.

Había quedado allí con Teresa Zaldívar que deseaba verme con urgencia. Yo había elegido el lugar del encuentro y a Teresa le había divertido. Hacía muchos años, desde su primera niñez —cuando yo andaba ya fracasando en mis amores— que nadie la había citado allí. La última vez debió ser para saltar a la soga o jugar al escondite o a mamás con cochecitos de bebés- muñecos, al poco tiempo de cubrir de baldosas la tierra de la plaza. Ella llamaba al comisario pero acudiría el hombre.

— Hola, ¿te he hecho esperar mucho? —me tendió la mano.

— No... bueno, es igual —rectifiqué. Veinte minutos eran imperdonables ante un policía, normales entre enamorados. Era un buen

comienzo—. Se está bien al sol.

— Poco queda ya —señaló el termómetro gigante del edificio de la Caja de Ahorros.

— Vamos donde tú quieras.

— ¿Te parece al Duque?

— ¿Cómo al Duque? —señalé al ecuestre Espartero en medio de la plaza.

— Sí, a un pub que hay enfrente, cruzando el Espolón. El duque de la Victoria, claro. No había caído. Y la calle Duquesa de la Victoria ¿será entonces por su mujer? Es curioso, aprendes nombres de niña y nunca te preguntas la razón.

Atravesamos el Espolón en dirección este-oeste. Me parecía un cuerpo yacente: la concha la cabeza y la estatua del conde de Luchana, duque de la Victoria, duque de Morella, príncipe de Vergara, regente de España, don Baldomero Espartero, el sexo de una ciudad famosa por el del caballo, pudorosa figuración de los atributos de su amo y de sus conciudadanos. Nos detuvimos junto a ella. La fuente y los jardines que la circundan obligan a rodearla, pese a que algunos escalones animan a acercarse al noble animal y a los leones que forman su guardia de honor.

— En la forma impertinente de mirarla se distingue de inmediato al forastero —se burló Teresa.

— ¿Sabes que comenzaron a erigírsela en vida? Hicieron el pedestal, se gastaron el dinero en los mármoles y así esperó veintitrés años. Lo mismo pasaba con los zócalos en el Nuevo Mundo. No había prisa y como Espartero se murió entre tanto...

— Estás bien informado.

— A mi pesar. Vicente no para en todo el día. Es curioso eso de levantar estatuas en vida. También lo hicisteis con Sagasta. La política en las provincias consistía en tener un gran hombre en la capital a quien acudir para todo.

— Ahora tenemos autonomía —señaló Teresa hacia el chaleci-to del gobierno.

— Era hijo de un carretero —seguí con el general— y algunos diputados quisieron hacerlo rey en lugar de don Amadeo. Quizás nos hubiera ido mejor. Pero no hay que escandalizarse, los fundadores de

todas las dinastías empiezan siendo pastores y usurpadores. En este caso no ha habido más Esparteros.

— Un torero hace muchos años. Lo mató un Miura.

— ¿Te gustan los toros?

— No, pero a Bernabé mucho. Hoy ha salido de la cárcel. Al fin le han concedido la libertad provisional —constató Teresa, ya me suponía informado—. Era una vergüenza.

— Sí —lacónico mi menda.

Salvamos los últimos metros del Espolón por un jardincillo, con fuentes y ranitas, que disimulaban las claraboyas de los urinarios. Completé mi pensamiento sobre el hombre caído, con los orines a sus pies, el residuo ruin del sexo vigoroso, pero me reservé la broma.

Nos instalamos ante un whisky yo y un coñac ella. No parecía bebida para Teresa. Nos vigilaban las fotos de Espartero pero mi pensamiento estaba en otro hombre ilustre. El juez lo había soltado ante la pasividad del ínclito Lezama. Su salida se había acogido en silencio. Cabía una cierta conciencia colectiva de culpabilidad. Quizás se habían precipitado: "mira que si ahora resulta que es inocente...". Todos pretendían excluirse del Fuenteovejuna. Resultaba más cómodo pensar que era el asesino aunque no hubiera pruebas, que nunca las había contra los poderosos y que aún tenían que cambiar muchas cosas para que ese imposible llamado justicia dejara de serlo.

— ¿Qué va a pasar ahora? —abrió el fuego Teresa.

— Quizás se llegue al juicio o tal vez no. Le darán la incondicional y el caso se archivará como tantos otros. Hay muchos sin aclarar, los policías lo sabemos muy bien. En cualquier hoja de servicios hay más derrotas que victorias y si no están allí las llevamos dentro. Persona o personas desconocidas será el resultado final. Me devolverán a Barcelona y no te veré más.

— No me refería a ti —fue dura Teresa en su indiferencia—. Hablaba de Bernabé Solano.

— Ya —dije con sequedad. Bernabé era más joven que yo en sus labios, un rival. Puede que los mataran los dos para casarse, me enfadé—. Sí, Bernabé Solano, el daño irreparable, la deserción familiar, ¡chorradas! No es ningún niño. Mejor saber con quién se cuenta, por ejemplo con su leal Teresa.

— ¿Por qué te cabreas?

La pregunta era demasiado directa para poder ser contestada. ¿Cuál debía ser mi respuesta? ¿Estoy harto de que hables de él, por qué no lo haces de mí para variar? Mejor dejarlo. Continuó:

— Tú siempre creíste en él.

— También lo traicioné.

— Y yo antes. ¡Mi famoso artículo! Hoy se ha publicado.

— Ya no hay héroes.

— ¿Conseguirá reponerse?

— Aquí termina nuestra responsabilidad —me encogí de hombros.

— La tuya sí, la mía no estoy tan segura —pesaba sobre ella una culpa gremial—. Pero no te he llamado para lamentarnos juntos. Tengo una teoría literaria que explica los asesinatos. ¿Te ríes? —me espió el rostro y negué con la cabeza—. Temía que lo hicieras. Hace unos días lo visité en la cárcel. Acababa de recibir el libro de Onofre, esta basura —lo puso sobre la mesa—. Nos pasamos la noche leyéndolo. La historia es demencial...

— No tiene ninguna verosimilitud.

— Sí, pero hay un punto ingenioso. Los crímenes estarían ligados con sus novelas. No con la que estaba escribiendo sino con las anteriores, las que el asesino conocía. Le marcaron la pauta. —Quería creer en sus propias palabras—. Salir le resultaría muy fácil cuando Bernabé abrió las ventanas por la mañana. Y también sé cómo entró pero primero te contaré mi idea. Si dejó vivo a Bernabé Solano sólo pudo ser para vengarse de él. Eliminó primero a sus tres seres queridos. Los amaba sí, no me mires con escepticismo. A su modo claro, pero eso nos ocurre a todos.

Me hubiera gustado saber cuál era el modo de amar de Teresa pero no abrigaba esperanzas.

— Y luego lo humilló con la sospecha. Debe sentirse satisfecho, lo ha destrozado. ¿Tú no has leído sus novelas, verdad?

— Sí, todas. Yo también he buscado en esa dirección —sabía que estaba en lo cierto y que moría en una incógnita sin respuesta.

— Me vas a oír en todo caso —risueña por un momento.

Sacó varios libros de su bolso, que abultaba más que ella.

Nunca he entendido la afición de las mujeres a tal adminículo; yo prefiero mojarme a llevar paraguas. Me concentré en sus labios más que en sus palabras, que podía dictar por anticipado.

— En "El lector maniaco o la conjura de los personajes" —lo mostró— está el germen: la rebelión contra el autor. El asesino se dijo: "yo también puedo hacer que sus novelas se vuelvan contra él". Y lo hizo. Cogió "El amigo rencoroso" —y ella obró de igual forma— y encontró una "vendetta" parecida: la casa cerrada, etcétera. Y en "Odio más fuerte que el amor", un hombre destruía a su amada para que culparan a otro. Candela hacía las veces. Ya tenemos su retrato psicológico. Se trata de un lector de Bernabé Solano, resentido contra él por cualquier tontería, amigo de Candela —concluyó Teresa la descripción de su antiguo novio— porque la chica le abrió la puerta. Así entró. La poseyó antes de matarla —sintió un escalofrío que apagó su voz de la excitación al susurro.

— ¿Así que un lector? Bernabé Solano o Barnaby Wind es quien más libros vende en esta ciudad —comencé a desanimarla—. Y desde marzo no te imaginas cómo han aumentado las ventas, diríase un montaje de la editorial. En cuanto al amigo de Candela, sí que existió pero se ha evaporado. Y como motivo de la venganza, ¿por cuál apuestas?

— Tal vez quisiera a Candela y estuviera celoso por las películas de Bernabé.

— ¡Quizás! Comprobarlo implicaría dar el salto del papel a la realidad. El escritor lleva la vida al libro, no sé quién podría hacer lo contrario.

— Un asesino sí lo hizo —terca Teresa.

— No te das por vencida...

— ¿Tú sí?

Resoplé, gruñí, farfullé y me callé. Hacía tiempo que me habían noqueado. Nada hacía suponer que el milagro tuviera que ocurrir algún día.

— A última hora, Vicente y yo visitaremos a Bernabé en "Los vientos". ¿Vendrás con nosotros? —fue lo que contesté para devolverle el optimismo. Todavía había caso y Bernabé estaba excluido. Lo que pasara en adelante debía ser por fuerza mejor.

— De acuerdo —aceptó Teresa y conversamos amigablemente hasta que las copas vacías nos avisaron de que la entrevista había terminado.

[94] León Urraca no estaba tan satisfecho como Teresa pensaba del asesino. Había seguido con ansiedad los rumores de su liberación y se había desesperado con la gente. A nadie le interesaba hablar de lo acaecido en "Los vientos". Era el pasado. Nuevos crímenes se habían sucedido desde entonces, actos terroristas, amenazas nucleares, la sangre siempre en el horizonte. Rojo el futuro para reparar en tres cadáveres más o menos.

En los periódicos, la tónica participaba de la prudencia de la calle. ¿Era posible que los medios de comunicación recogieran tan fielmente el sentir popular o por contra ese sentimiento emanaba de ellos?

Esa mañana sí era una realidad. Bernabé Solano había sido puesto en libertad y los periódicos publicaban la inminente noticia. Para todos era un triunfo de la justicia y una demostración del normal funcionamiento de las instituciones y de las garantías civiles en un estado de Derecho. No dejaban de señalar las tinieblas persistentes aunque parafraseaban con entusiasmo el aforismo latino de "in dubio pro reo": preferible que un asesino anduviera suelto a que un inocente padeciera un solo día de cárcel.

León había unido su conciencia a la de la colectividad. El funeral, los comentarios, los recortes de prensa, todo quedó atrás y León sintió el fiasco. Había culminado su plan con perfección y sin embargo no llevaba a ninguna parte. Entonces se acercó a los Osés, primero a Onofre, después a Clara. Los artículos presentaban un Bernabé Solano despreciable y dañino. Era un peligro y su combate una cruzada. Y llegaron las visitas de Clara, su rescate y la detención del escritor. La sociedad sancionaba su actuación: Bernabé Solano había matado a su mujer, a su hijo y a la criada. Resultaba confortable.

El verano fue delicioso. La verdad estaba instaurada, el libro que la haría dogma de fe ocupaba sus horas. Y de pronto comenzaban

las especulaciones sobre la liberación de Solano, sus relaciones con Clara agonizaban, su paraíso inconsistente se despedazaba. Y esa mañana, la noticia y la glosa de Teresa a nuestra figura egregia de las letras, lo devolvía al punto de partida. Acababan de echarlo del taller y sus enemigos trabajaban por su perdición. Bernabé Solano, Buenaventura Urraca, Teresa Zaldívar eran sus nombres.

Tres meses de cárcel eran apenas unas vacaciones. La popularidad se nutre por igual de alabanzas y calumnias, vendería más libros y muchos más serían sus incondicionales y olvidarían cuándo y por qué se interesaron por él. Treinta días de reclusión por cada asesinato eran escasa compensación y León había matado tres veces: una, dos, tres. Su conciencia no podría callar más. Bernabé lo había derrotado sin dignarse a pensar en él. Ni venganza ni amistad ni fama, tan sólo restaban los cadáveres, el criminal y un nombre maldito: León Urraca como Caín.

Levantaría de nuevo al pueblo contra Bernabé Solano. Debían convencerse de que era el asesino, la fe mueve montañas, y acabaría siendo verdad. Recurriría a sus aliados. Se sentía débil, volvía a su inseguridad precursora del fracaso. Se presentó al mediodía en casa de los Osés con los periódicos en la mano. El artículo de Teresa destacaba tanto como la ausencia de Onofre. Hacía días que no firmaba y ambos ignoraban que no volvería a hacerlo. Estaban terminando de comer y lo invitaron a compartir el postre. Onofre y Clara permanecieron callados y la señora Osés se empeñó en una conversación amable hasta que León dio un puñetazo en la mesa y le derramó el café hirviente en su mano.

— ¿No piensan hacer nada? —les gritó y desoyó las jaculatorias de la dueña y las llamadas al orden del anfitrión.

Clara no contestó y se afanó sobre la quemadura de su madre. León los cohibía, lo temían, podía perjudicarlos. Les había rendido servicios excepcionales —pasado— y deseaban que tal intruso enloquecido desapareciera por encantamiento de sus vidas —futuro—. Onofre procuró contemporizar.

— Ahora no tengo tiempo. La presentación de la novela reclama toda mi atención —tenía lugar al día siguiente. Su libro era ya de ficción, sus convicciones se tambaleaban. Serénate, toda la ciudad

sabe que Solano los mató. Pero seamos prácticos. Nadie ha investigado el caso tan a fondo como nosotros y no hay pruebas. Era inevitable que lo soltaran. Podemos felicitarnos incluso de la coincidencia. Y si llega a celebrarse, el juicio redundará en favor de las ventas. No se podrá demostrar nada ni tampoco se desmentirá nuestra versión.

— Lea la portada —cogió León un ejemplar de un montón.

— "El crimen de los Solano o los crímenes de Solano" por Onofre Osés. ¿Qué pasa? —no entendía su intención.

— ¡Repítalo! —lo obedeció—, ¡otra vez, otra! ¿Dónde está mi nombre? He trabajado como el que más.

— ¡Oh! ha sido un error de imprenta —se puso rojo Onofre—. Han olvidado mi nota de agradecimientos. De todas formas, te pagaré.

— No quiero su dinero de mierda ¡viejo estrafalario, periodista de pacotilla! Me vengaré de todos —tiró del mantel con rabia, estrellando en el suelo platos y vasos, y se marchó.

— Fuera de mi casa —recuperó el habla Onofre ya tarde—: Si no se escapa, lo mato, os juro que lo mato —gesticuló a punto de la congestión—: Está loco, reventará el acto. Hija, ve tras él. ¿No es tu novio? Hazle entrar en razón.

Clara aceptó el encargo por su padre, aunque estaba conforme en que la escenita fuera el punto final de una relación que llevaba varias semanas muerta. Uno de los amigos de Yos era ya el sustituto en su corazón.

León había subido por Duquesa de la Victoria hacia la Glorieta y allí lo alcanzó Clara. Su banco estaba libre y los árboles como candelabros ofrecían al cielo el humo de sus ramas erizadas. Se sentaron a escribir el epílogo en el mismo escenario del prólogo.

— No quiero comentar lo de casa. No voy a reprocharte nada —una reconciliación era lo último que entraba en sus planes—. Te pido un favor de amigo: por lo que ha habido entre nosotros, no le estropees a mi padre su momento de gloria.

— ¿En pago de tus servicios en la cama como una ramera? Igual que con Bernabé Solano: yo vi cómo te gustaba. Me da asco cada vez que te toco, al fin puedo decírtelo.

Clara se echó a llorar mientras él arreciaba en sus insultos. Había obrado mal con el escritor pero se sentía redimida. Más le pesa-

ron sus injurias. Su primera vez había sido hermosa y era muy duro que pisoteara su recuerdo.

— Siempre he actuado según mi conciencia —le dijo con voz entrecortada—. Creía que él era culpable, ahora sé que está trastornado, igual que tú.

— Tu padre se arrepentirá de haberme traicionado —se despidió con su última andanada.

Clara lo observó desde donde tantas veces él había acechado sus pasos y sintió un gran descanso. Nada había existido entre ellos sino el despertar de la pasión y esos crímenes que perturbaban de tal modo a León Urraca. La pregunta y la respuesta eran ya inaplazables.

León huyó a grandes zancadas de la Glorieta. Bordeó el Espolón frente al Palacio de la Autonomía y el Gran Hotel y siguió por Vara de Rey hacia la carretera de Soria. Sus pasos lo llevaban muy deprisa, sin itinerario ni destino alguno. Llegó al puente del ferrocarril, a la redacción del periódico de Teresa. Entró y preguntó por ella. No estaba, a esas horas tomaba café en mi compañía, y no le dejó ningún recado.

Bajó a la vía y la recorrió unos metros en las dos direcciones. Algunos curiosos lo miraban desde el puente y él se guareció debajo. Pasó un tren y aprovechó su pitido para gritar como en tantas películas. Se agachó a resguardo de miradas indiscretas. ¡Qué cerca estaba el terraplén, los raíles, las traviesas, el lecho de piedras!

Puso la cabeza sobre el raíl, estaba frío. Aplicó el oído como los indios, sólo silencio. Un tren podía llegar y partir una nuez, pensó distanciado en su muerte. ¿Sería un suicidio? Más bien casualidad: no había consultado el horario. Antes cogería tortícolis. No les daría ese placer a sus enemigos. La gente arremolinada corría la voz. Quería sangre. Salió por el otro lado y subió el desmonte sin que lo advirtieran.

Desde arriba divisó un tren que se acercaba e imaginó la vibración, cómo retumbaría y luego nada. Había perdido su oportunidad y distraídamente se unió al corro de mirones que paladeaban la presencia de un hombre segundos antes.

Volvió a la puerta del periódico y se sentó a esperar a Teresa. Estaba manchado de negro; el carbón y el hollín son sinónimos lícitos

por más que hayan desterrado las viejas locomotoras. Careto y ropa eran propios de un vagabundo en los años de la gran depresión. Pronto vio a Teresa en su utilitario blanco. Y ella a él y sintió miedo, por su aspecto o porque comenzara a aflorar su retrato del desconocido.

León golpeó en la ventanilla. Teresa la bajó e intentó una sonrisa que se le heló a causa del torrente de improperios que brotaba de León, de esa boca que había pronunciado palabras de amor y conocido el sabor de su cuerpo. La letra poco importaba, era la continuación de su última noche borracha. En cambio la música era inquietante, desesperada. Le hablaba de Bernabé Solano y su ira nacía de su pobre y tardía defensa, del artículo que enarbolaba.

Teresa tampoco consiguió calmarlo y los gritos de él desencadenaron los suyos:

— Estás amargado porque la sociedad no te ha reconocido tu condición de número uno. Y no toleras que sólo te haya ofrecido un triste papel de mecánico y menos que te hayan echado.

— ¡Fue por culpa de tu Bernabé Solano!

— Eres sólo un parado —continuaba Teresa su discurso pero León ya le estaba relatando el incidente que propició su marcha del taller, la escena que en su día él calló y ella no le preguntó. Allí estaba la luz, el fogonazo, aunque cerrara los ojos, y la voz se desdoblaba en mil ecos, inútil taparse los oídos. Ella lo había dicho: cualquier motivo insignificante bastaría y León había perdido su empleo y luego a ella y se lo atribuía a Bernabé Solano. Después se había juntado a los Osés. La evidencia era terrible.

[95] León leyó sus pensamientos y posó la mano en su pelo a través de la ventanilla. Tiró con fuerza y la barbilla de Teresa se levantó amagando un gesto de dolor. Ninguna palabra había acompañado a su acción, el perro había dejado de ladrar y se aprestaba a la agresión.

— Déjame salir del coche y hablaremos.

León deslizó el brazo lentamente al exterior. Teresa abrió la puerta, juntó la pierna derecha con la izquierda, echó el cuerpo hacia atrás y empujó violentamente abatiendo a León.

Teresa recuperó su posición y arrancó. León quedó en el suelo doliéndose, las manos sobre el sexo, y Teresa sintió un deseo irreprimible de reír que se tradujo en llanto. Giró trescientos sesenta grados por encima de línea doble continua hacia la comisaría mientras León se empequeñecía en su espejo retrovisor. Era su despedida, el adiós a la juventud.

Ella se hizo asimismo pequeña para León. Nunca había sido tan consciente de su pérdida. En adelante su conciencia además de voz tendría su mirada, en el instante del conocimiento. Reflejaba el horror que ella había visto en sus ojos. Teresa sería su verdugo. También él había dado por sentado que Teresa compartiría su vida y su final.

Su ciudad lo expulsaba y él haría realidad sus sueños: se iría a Brasil, sería un gran físico nuclear. Chantajearía a Bernabé o le vendería su historia para que la escribiera. Debía apresurarse, Teresa lo traicionaría pronto. Recreaba el momento: aparcaba, entraba en comisaría, la hacíamos pasar... Aplazaría su furia pero no caería en el olvido. Un día la suerte de la ciudad dependería de él, sus cohetes apuntarían al objetivo, le enviarían embajadas, tributos de doncellas como al rey moro y él desdeñaría teresas y claras y apretaría el botón.

Corrió hacia el centro. Bajó hacia la estación y luego toda la avenida hasta su casa. Su madre lo recibió, convocada por su portazo. Se asustó de su aspecto desaliñado, presto ya para la foto policial.

— Dame dinero —la agarró por los dos brazos—, todo el que tengas, necesito marcharme. Me persiguen —le dijo pero no quiénes ni contestó a sus preguntas.

— No tengo más —le entregó su monedero—. Pasamos tiempos difíciles.

En ese momento sonó el teléfono y León no dejó que lo descolgara. Esperaron tensos hasta que enmudeció. Cuando su madre levantó la vista, su hijo ya no estaba. Entonces llamó a Buenaventura.

Se dirigía ahora León a la buhardilla de la calle Herrerías. Allí tenía su prenda más codiciada, el corazón asaeteado con sus iniciales, la prueba de su historia, su mercancía. Bernabé Solano pagaría por él, el mundo entero conocería su nombre y su foto ilustraría todas las portadas. Subió por Duquesa de la Victoria, cruzó la Glorieta, dejó atrás el instituto Sagasta, pasó bajo la imaginaria puerta de la Herven-

tia, midió el muro fortificado de la Redonda, llegó a la plaza del Mercado y por fin a las escaleras de su cielo, donde habitaba don Cordial. Presidía su cama, había amparado sus días de pasión con Clara. Descolgó el calendario y se lo colocó bajo la camisa. Sus dos corazones volvían a latir al unísono.

Ya estaba en el Espolón. Tenía que anticiparse, necesitaba dinero para su huida, el resto se lo mandaría a Brasil. Pensó en el fútbol carioca, no había color con el Deportivo Logroñés. Brasil sería su paraíso: el carnaval de Río, la playa de Ipanema, el pan de azúcar, las garotas y la samba. También el Amazonas, el Mato Grosso y los sertones.

Corrió por la ruta que sus pies conocían. Su camino lo trazaba el tiempo. Se internó en un campo sin vallar y luego en otros por un terreno anfractuoso. Unos pocos metros más y tendría la tapia a su alcance. Saltó unas zarzas, cayó sobre un terrón mal asentado y se dobló el tobillo. Quedó impedido en el suelo, la fortuna le daba la espalda. Desde allí veía la carretera, no era mal sitio para aguardar la noche, estaba a refugio tras unas matas bien camuflado por su piel y ropas tiznadas. Mientras no viniera ningún perro...

Teresa Zaldívar había cumplido milimétricamente la secuencia imaginada por León. Pero éste no había previsto que se arrojara llorosa en mis brazos. Minutos preciosos que León debía agradecerle. Sin ellos el teléfono de su casa hubiera sonado antes de que llegara y el inspector Vicente se hubiera tropezado con él en la buhardilla. El subconsciente de Teresa le daba un margen para la salvación.

Me encontré con Teresa en los brazos, una hora después de nuestra cita. Era agradable sentir la leve presión de sus pechos en el mío, su respiración fatigosa; su congoja y aflicción. Me estaba permitido consolarla con mimo. Tiempo habría para las explicaciones; necesariamente más desfavorables que las apariencias.

Su voz vacilante, surcada de hipidos profundos y suspiros abisales, empezó a coordinar su historia y, preocupada de ordenar sus ideas, no encontró perentorio separarse, así que la seguí cobijando si bien la llevé al interior del despacho y cerré la puerta con el pie. Me informó de su desagradable episodio con León y me espetó sucintamente la confirmación trágica —o venturosa para mí que escuchaba

de sus labios el milagro tanto tiempo esperado— de su teoría:

— León perdió su trabajo tras una discusión con Bernabé Solano y era un lector infatigable de sus novelas.

Significaba una dolorosa imputación de los crímenes, pero la acusación jamás saldría de su boca. Yo era el policía y debía terminar el trabajo.

— León te perdió también a ti. Esa sería su razón más importante contra Bernabé.

Teresa lo había obviado por pudor y la mención del amor pasado le trajo cuenta de hallarse en los brazos de otro hombre. Se separó bruscamente y se secó las lágrimas. Ya había llorado bastante.

Me quedé cortado. La separación acentuaba el abrazo anterior. Siguió un silencio molesto. Pedí a Vicente que telefoneara a casa de León Urraca. Cuando consiguió hablar con su madre, León nos llevaba ya ventaja suficiente para tampoco pillarlo en la buhardilla. Facilitamos la descripción de León al retén de "Los vientos" y les hicimos llegar una foto, copia de la que Teresa llevaba en su cartera.

— La costumbre —se justificó—. Todavía no la he roto.

Vicente partió a hacer algunas comprobaciones y en pocos minutos hubo policías situados estratégicamente en los puntos vitales de la ciudad.

— No se nos escapará —quise ganar su estimación, pero a Teresa le sonó a cacería.

De eso se trataba. Ella prefería la caza del zorro, los jinetes, las amazonas, la jauría y el cuerno anunciador. No quería participar en el acoso y derribo de un hombre que fue su único marido y ella su primera mujer.

Dejó que la llevara a la puerta y luego al coche. Había olvidado a Bernabé Solano. No se sentía con fuerzas para levantar la moral a nadie, aunque deseaba abrazarlo en libertad.

León había permanecido un par de horas oculto. Necesitaba con urgencia un vendaje y algún antiinflamatorio. Estaba nervioso; no podía intentar nada y el día se resistía a morir. Hubiera deseado asesinarlo.

Llegamos para él con el entrelubricán. Distinguió a Teresa por la ventanilla al reducir el coche la velocidad para adentrarse en la fin-

ca. Estrechábamos el cerco pero sabría resistirse. Un sudor, helado por la noche que caía y enfebrecido por la hinchazón, negó su pensamiento.

Bernabé nos esperaba en su estudio, nos informó la criada y nos acompañó hasta allí. Las puertas se abrieron para nosotros con la imagen trasera de un lienzo y el pintor ante él. Un día fructífero... desde su llegada. Rodeamos el caballete con el halago dispuesto. Valoraba más los elogios pictóricos que los literarios. Sin embargo el piropo se quedó en nuestros labios. Bernabé había reproducido con fidelidad el Sagrado Corazón de Jesús, el corazón que me obsesionaba durante meses. Y en su centro, clavado con un alfilerito como un insecto, había un cartoncito rojo con las letras LU, el nombre de la mano homicida.

Iba por su tercera copia y los tres tenían el mismo exvoto. Encima de la mesa había varios paquetes de pan a la brasa con su contenido esparcido en derredor y su marca recortada. La señora lo amonestó como a un niño, y Bernabé nos miró, condescendiente con la buena mujer. A lo que parecía, Bernabé había querido reanudar sus costumbres caseras y, tras dar buena cuenta de alimentos innúmeros que la mujer detallaba con gozo, inspeccionó los armarios en busca de golosinas. Sus ojos chocaron con la marca multinacional y algún mecanismo se puso en funcionamiento ante su reclamo. Se encerró a pintar y así había transcurrido la tarde.

Reprimí todo comentario de Teresa y esperé a que la mujer recogiera el estropicio y Bernabé diera las últimas pinceladas. Su vuelta a casa le había sobreexcitado. Amaba esas paredes, sus objetos personales, eran su vida. Comprendí el dolor de su privación durante meses y me sentí culpable. Tenía ya la respuesta pero siempre había sabido de su inocencia, al menos cuando mandé detenerlo. La reparación quizás llegara tarde. Bernabé confirmó mis temores:

— Estoy íntimamente satisfecho. Sé cómo sucedieron los hechos y aunque horrorosos, peor era la ignorancia que me atenazaba. Al fin he afrontado la verdad y quiero hacer lo mismo con mis responsabilidades. Les debo algunas aclaraciones —se perdió en su proceso deductivo, nos habló de Sanders, de su conformidad con el móvil y de la certeza de su autoría—. Yo los maté, ya sé cómo y por qué. Ésta es

mi declaración y quiero firmarla antes de que me detengan. Si fueras tan amable de transcribirla —le señaló a Teresa su máquina, el instrumento de todas sus novelas, el de su más brillante fabulación—: Debo pagar mis delitos. No sufran por mí, me siento eufórico en cuanto capaz de soportar las adversidades.

Repitió su historia y la rubricó.

— Mi culpa es grande y he de expiarla ante Dios y ante los hombres —me tendió las muñecas implorante.

— Mañana mismo sin falta —le prometí—. Ahora es imposible, la comisaría está cerrada —hablaba de ella como de un comercio sujeto a horario.

Teresa no podía articular palabra, una pena caía sobre otra, su alma estaba devastada. El escritor se mostró agradecido de que le permitiera disfrutar una última noche de su casa. Su condena habría de ser a perpetuidad. Me hizo prometer que le pondría centinelas y me entregó sus llaves con gran ceremonia, erigiéndome en alcaide de su mazmorra. Desde ese momento se consideraba mi prisionero.

Bernabé pasaba de un tema a otro, incansable su parloteo, sorprendente en él casi siempre taciturno. Habló de Onofre Osés en términos laudatorios. Había prestado un importante servicio al conectar los crímenes con su obra. Cambié el discurso hacia su pintura y la alabé con desmesura. Se puso orondo de contento y durante unos minutos profundizó en su técnica. Yo recalé de pasada en la banderilla clavada en el corazón y Bernabé dio justificaciones de orden estético y surrealista. Aprecié que no sabía por qué la había puesto.

— Bien, tenemos que irnos —nos despedimos de Bernabé—. Yo cuidaré las llaves. Confiamos en que no intentará escapar. —Se llevó el escritor la mano al pecho en solemne juramento—. ¿Desea que llame a su abogado? ¿O al doctor Muñoz?

A ambos los rechazó muy digno Bernabé. Nos acompañó hasta la puerta y la cocinera se unió a nosotros para regresar a la ciudad.

— ¿Conoce a León Urraca? —le pregunté con un pie ya en el jardín.

— León Urraca, León Urraca... —repitió su nombre varias veces en voz baja— lo siento.

— Era mi novio —abrió la boca Teresa avergonzada.

— Tengo tantas cosas en la cabeza. ¿Le ha pasado algo malo? —se preocupó por Teresa.

Tampoco consiguió recordar los hechos ocurridos a principios de año en Talleres Retolaza. León Urraca nunca había existido para él. Y entonces Bernabé Solano se percató:

— ¡Qué curioso!, sus iniciales son las mismas de los corazones.

— Una casualidad, en efecto —cerramos la puerta de su calabozo.

[96] La cocinera abortó el intercambio de opiniones durante el viaje a la ciudad. La dejamos en su casa y marchamos a comisaría.

— Me preocupa su salud mental. Puede matarse —dijo Teresa.

— Tranquila, hemos escondido todas las armas.

— Pero hay mil formas y a Bernabé no le falta inventiva.

— Está vigilado —contesté enigmático.

Los sentimientos de Teresa oscilaban como un péndulo de León a Bernabé, ida y vuelta sin cesar ni reposo.

— Todo se resolverá —la animé. Ella había puesto en contacto a esas dos personas. Un paso más y se culparía de lo sucedido.

No podía ocultar mi alegría. Solucionaría el caso. Otros lo habrían hecho por mí, pero eso no importaba, el misterio quedaría desvelado y yo sería el responsable. Ya podían ir haciendo trizas mi famoso expediente. Entré avasallador. Había insistido en vano en que Teresa se retirara aunque de facto deseaba su compañía esa noche que se avecinaba larga. Ella me seguía. Su espíritu alicaído contrastaba con mi entusiasmo.

Vicente nos esperaba. Había reunido en escaso tiempo una información que se auguraba prolija.

— Adelánteme el resumen —le atajé—. Tengo una intuición.

— Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, hasta siete noticias —contó—. Empiezo por la primera. Varias taquilleras y acomodadores lo han reconocido como el acompañante de Candela. Incluso, la tal Paquita lo conoce por el nombre de Luis Uribe. Lo vio un día a la sa-

lida del cine. Nos telefoneó pero como ya habían llamado otros... Iba con Clara Osés, luego le hablaré de ella.

— Luis Uribe, LU, será el mismo alias que León usó con Candela.

— Número dos: don Salustiano, el jefe de Talleres Retolaza, me ha confirmado que fue un embolado. León no tuvo culpa alguna pero deseaba quitárselo de encima y aprovechó la excusa de Bernabé Solano. No quería sabios ni niñatos en su taller, aunque era su mejor mecánico. Parecía apesadumbrado.

— Prosiga.

— La madre de León me ha relatado su visita relámpago de esta tarde. Les he dicho que lo buscamos por robo.

— De poco servirá. Dentro de unas horas sabrán que es un criminal y creerán que también es un ladrón.

— Buenaventura Urraca empezó a despotricar, ya se veía venir y todo eso, y los dejé. Lo único importante, tres, es que León anda sin dinero.

Por eso, había apostado.

— Cuarto: he estado en casa de los Osés. Me han recibido muy intranquilos. Estaban sobre la pista y era muy difícil esquivarlos. Han tenido también su escena con León este mediodía y desde entonces la tarde se ha precipitado en desastres. Los rumores se propagan por la ciudad. Todos los medios están ya sobre aviso y anuncian importantes descubrimientos. La editorial ha suspendido la presentación y distribución del libro de Onofre, y el periódico lo ha relevado temporalmente de su corresponsalía. Factores todos ellos que han colocado a Onofre al borde del colapso. Le han administrado un sedante y aun así apenas logran retenerlo entre su mujer y su hija. Se diría que me esperaban. Y Clara a las primeras de cambio me ha preguntado si León los había matado. Ella también lo sospechaba.

Encaré a Teresa que desvió los ojos.

— Pero lo sensacional, quinto, es que había visto el calendario con sus iniciales encima de su cama en la buhardilla. Han vivido allí su romance. Tenía montado un picadero —remató desafortunado el inspector—. El corazón ya no está allí, León se ha anticipado.

Coincidimos sonrientes, Vicente hilaba los cabos en el mismo

sentido.

— Sexto: un hombre fue visto junto a la vía del tren minutos antes del encuentro de Teresa con León. Al parecer pretendía suicidarse y se arrepintió a última hora.

— Puede intentarlo de nuevo —recordó Teresa con espanto la suciedad, el hollín.

— No, ahora tiene otro plan. Sus movimientos así lo prueban.

— Y el séptimo descansó —sacó Vicente la evidencia final—: el testimonio de Cañada.

Lo miré extrañado y Vicente llamó a su protegido. Le preparaba una entrada triunfal. No lo valoraría yo igual. Ese patán, después de sus éxitos del corazón y el arma del crimen, había dejado salir al asesino, incluso le había saludado. Cañada se refirió a él por "el periodista" al ver la foto para su búsqueda, y Vicente le preguntó por el origen de su confusión. Tenía que ser el inspector el errado, porque si no ¿qué hacía en "Los vientos" la mañana del crimen? Fue el último... No terminó la frase. Ya sabían cómo y cuándo se les había escapado.

— Podíamos haber resuelto el caso esa misma mañana —me lamenté tras oír a Cañada.

— O si esa Paquita hubiera sido más insistente —apostilló Vicente.

— O si le hubiera preguntado cuando lo despidieron —salió Teresa de su triste mutismo—. A lo mejor entonces no hubiera habido caso ni crímenes.

Sus palabras silenciaron la reunión. Todavía no lo habíamos detenido. Al día siguiente toda la ciudad sabría su identidad, sus motivos y procedimiento.

— Seremos el hazmerreír público si se nos escapa —admití.

— Tenemos controles en todas las salidas de la ciudad, en la estación de tren y en la de autobuses. Los hombres tienen su foto y está sin dinero.

— Sólo le queda un sitio para conseguirlo: la casa de Bernabé Solano —completé mi pensamiento.

Teresa callaba. León había estado a punto de matarse, y cuando buscó su auxilio, ella se lo negó. No se perdonaría si le pasaba algo y en realidad nada más podía pasarle. Los hechos eran inmodificables.

¿Qué era lo más conveniente para él? Quizás huir. ¿Se atrevería a pedirme que lo consintiera?

— León necesita el corazón para chantajear a Bernabé. Es la prueba de su crimen y la exculpación total del escritor. León no es tonto, Bernabé puede situar fácilmente sumas respetables fuera de España, gracias a sus derechos de autor en el extranjero. En Brasil por ejemplo —lo adiviné—. Todo el mundo sabe que no hay extradición.

Nuestras disposiciones no dejaban margen al propósito de Teresa. Le estábamos preparando una trampa. Nos excitaba la proximidad de la presa, después de tantos meses tras ella. ¡Cómo se habría reído León de todos, de Onofre el primero!, se sonrió Teresa. Ella estaba a su lado, le gustaría encontrarlo, pedirle que no fuera a la cita con el escritor. Ya era tarde, nada podía hacer, sólo llorar por él.

Apenas le prestamos atención. Estábamos atareados en cerrar la tenaza. Vicente con otro policía —acepté a regañadientes que fuera Cañada, para lavar su falta— sustituirían en el interior de la casa a los que allí se encontraban. Así supo Teresa que Bernabé estaba a resguardo. Otros hombres ocultos rodearían la casa y el coche de la puerta sería retirado con luces y sirenas.

Vicente nos dejó solos y marchó a ponerse al frente de las operaciones en "Los vientos". Yo permanecería en mi puesto de mando. Hablé con Lezama para explicarle la situación. El abogado fue lacónico, dijo "comprendo" y asintió cuando le rogué que informara a Juanmi Solano. Se trataba de una petición indirecta de apoyo, estaba utilizando a Bernabé como cebo y siempre cabía un riesgo imprevisto. Colgué el teléfono, sería una buena lección para el hijo y para el abogado. De todos modos no creía que el resentimiento fuera uno de los defectos de Bernabé Solano. Un hombre que había tenido cuanta libertad deseara, debía ser generoso por fuerza. Más me preocupaba que continuara siendo libre de espíritu para poder decidirse por la venganza o el perdón.

Y con este pensamiento telefoneé al doctor Muñoz. Lo puse en antecedentes y le conté su recaída mental. Debía estar preparado, en cuanto termináramos nosotros tendría que comenzar él.

Teresa me dejó hacer hasta que me senté en la silla inactivo. El queso estaba listo, faltaba la rata y a esas horas correría en la oscuri-

dad hacia la ratonera. Ella era otra rata para que su gato pasara el rato. Tal vez si consiguiera enamorarme renunciara a la pieza. Era una tentación, a fe mía, nada difícil de cumplir. Más que un gato parecía un pavo real exhibiendo mi plumaje, delante de la hembra. Era el superpolicía, ya me había visto actuar, siempre me portaba con esa energía; en la cama como en la guerra.

— Acércate —me invitó Teresa a su sofá—. Podremos descansar un poco.

La obedecí y ella se recostó en mi hombro.

— Comprendo la ambigüedad de tus sentimientos. Es muy duro aceptar que alguien a quien has querido se haya convertido en un criminal. Pero se trata de otro hombre. El paro, la frustración... —hice recuento de los males de la sociedad moderna—. Nada que ver con el que amaste un día —lo pinté lejanísimo.

No había ni dualidad ni distancia, su horror era compatible con que siguiera amándolo. El remordimiento de él se vería acompañado toda la eternidad por el suyo, por no haberlo ayudado cuando él se lo pidió.

Le expuse en tono doctoral cómo funcionaría su mente:

— Creerá haber realizado el crimen perfecto. Muchos lo son. Lo difícil es tornar después a la vida cotidiana, que no suponga una alteración trascendental en el carácter o las costumbres, que podría ser advertida. El asesino tendría que cambiar de lugar, profesión y amigos, y también se delataría al hacerlo. León ha querido estar en el centro de los acontecimientos: en las intrigas de los Osés, en las visitas de Clara, en el libro de Onofre. Precisaba notoriedad, que la gente lo supiera. ¡El gran narcisista!, él mismo desea que lo cojamos.

Me escuchó sin parpadear. ¡Cuánta necedad! pensaba. ¿Quién era el ególatra, quién desplegaba su cola, sus teorías como infalibles encantamientos, filtros y bebedizos de amor? León me había derrotado. Si no se hubiera confiado a ella y si ella no le hubiera traicionado, yo seguiría a ciegas.

— ¿Daréis con él? —me preguntó con voz desmayada.

— Nos pagáis para eso, es nuestra obligación. Personas como León sería mejor que no existieran.

— Nos amábamos —se mantuvo firme.

— El ya no existe —volví a empezar—. Superarás tu crisis, eres una mujer extraordinaria, harías feliz a cualquier hombre.

— ¿Y cualquiera a mí? —me desafió.

Era el momento de insinuarse, tomarle la mano, atraerla, besarla. Me contenté con decir que me gustaría intentarlo. Teresa se sonrió, apenas una mueca.

Nos interrumpió una llamada desde "Los vientos". Todo estaba tranquilo. Bernabé dormía en paz el sueño de los justos, le había venido bien descargar su conciencia. Tampoco en el exterior se apreciaba ninguna actividad.

Pero sí había una: dolorosa, casi agonizante. León Urraca había sido testigo de la marcha del coche policial y había mordido el anzuelo. No tenía otro remedio que cifrar su salvación al otro lado de la tapia. No pudo ponerse en pie y avanzó aferrándose al suelo, metro a metro, penosamente. Cayó de bruces, sudaba febril. La tierra fresca, en su delicioso contraste, incitaba al sueño y en una de sus caídas se quedó dormido.

[97] Se despertó al alba con una bola de presidiario anudada al tobillo. Quiso incorporarse pero fracasó una y otra vez. Tanteó por el suelo y dio con un palo desbastado, la guía de un rosal. Le serviría de bastón. Se agarró a él con las dos manos y se irguió trabajosamente. Lo separaban muy pocos metros de la tapia pero cada paso consumía sus buenos cinco minutos. Más de una hora tardó en alcanzarla.

Ya no le quedaban ínfulas de libertad. Su único objetivo era arribar al blanco sudario de otras veces. Necesitaba un pequeño escalón para llegar con la punta de los dedos. Encontró una barca de madera que había contenido naranjas. A veces es útil que el campo sea un basurero. La arrastró y se subió sobre ella. De puntillas y a la pata coja, se colgó del muro. Pendía sobre el abismo, farallones rocosos, iconografía de mazmorras medievales, el foso de reptiles.

Se fue izando a pulso, con esfuerzo pues su condena era de hierro macizo, y repuso fuerzas como jinete de la cerca. Los acantilados eran dos. Debía zambullirse en la espuma verde. No podía caer de

pie y eligió el hombro para amortiguar el golpe. El césped mullido le permitió superar el escollo con una contusión, pero su cuerpo jorobado y perniquebrado no pudo ya levantarse. Rodó por la suave pendiente hacia la piscina pero se detuvo antes de las aguas prometidas. Eran ya las ocho de la mañana del nuevo día.

Su presencia había sido detectada inmediatamente. Los hombres, tensos tras su espera nocturna, se impacientaban con la lentitud de su marcha. Tentados habían estado de ayudarlo pero tenían que propiciar su mano a mano con Bernabé Solano. El escritor había madrugado, lo habían oído trajinar en el baño e iniciaba en la cocina su educación gastronómica de la jornada.

Teresa y yo habíamos sido alertados. Nuestra noche no había recuperado la intensidad que desbarató el primer parte desde la casa. Teresa dormitaba. La demora de León Urraca me hacía dudar de mi corazonada.

La llamada traía la respuesta. León Urraca iba a su cita, herido. Esta palabra acaparó el interés de Teresa que salía así de una pesadilla para caer en otra, de nada servía despertar. Tal vez si cerrara los ojos fuertemente, como hacía de pequeña. La espabilé, recogimos al doctor Muñoz y nos estacionamos en la puerta de "Los vientos".

León entre tanto había evitado la tentación de sumergirse para siempre en la piscina. Su horizonte era muy limitado, un palmo sobre el suelo, y en la terraza las patas de las sillas habían sido rascacielos. Empujó una hasta la ventana y se encaramó de rodillas. Llamó sigilosamente a la persiana con los nudillos y luego con los dos brazos a un tiempo, y por fin gritó para que abrieran.

Bernabé escuchó los primeros golpes desde la cocina y siguió el ruido hasta la ventana en cuestión. Le planteaba un problema de orden moral. Había dado su palabra. Quizás se trataba de una prueba. Se mantuvo dubitativo hasta que la desesperación de León le hizo vencer sus remilgos. Subió la persiana y halló una mano. El cuerpo se había escurrido hacia abajo, estaba desfallecido. Tiró de él y León reaccionó. Venció su dolor, se incorporó y con la ayuda del escritor cayó de cabeza en el interior de la casa.

Bernabé lo atendió solícito. Lo tumbó en el diván, le frotó con linimento, le puso una toalla húmeda en el tobillo inflamado y un ta-

zón de café con leche en las manos. Cuando se reanimó, le trajo un suculento desayuno, en el que no faltaban galletas de su marca preferida. León logró sentarse y se sometió a su interrogatorio:

— Es usted policía —afirmó—. ¿Es ya la hora? Estaría vigilándome desde el tejado y ha debido caerse, ¿no es eso? Se esconden en sitios tan raros...

León negó con la cabeza todas sus afirmaciones.

— ¿No será usted periodista? —se puso en guardia Bernabé.

— No —pronunció con claridad León.

— ¡Estupendo! Me hará compañía. Es que, sabe —bajó el tono y repartió miradas huidizas por los rincones— hoy vienen a detenerme. Maté a tres personas.

— ¿Cómo? —acertó a decir León. Bernabé lo había desarmado o él había llegado derrotado.

— ¡No está enterado! —se entusiasmó Bernabé—. ¡Coma, coma! le vendrá bien. Yo se lo contaré.

En los minutos siguientes, Bernabé lo hipnotizó con su historia y León sació su hambre y embotó su cerebro: ¿sueño, trampa o locura? El escritor se mostraba fogoso en su exposición.

— Bueno... yo... —tartamudeó León— había venido a...

— ¿Juega al ajedrez?

— Sí —afirmó León que sabía los movimientos de las fichas y poco más.

— ¡Miel sobre hojuelas! Ya estaba harto de jugar solo. Me paso la vida retándome a mí mismo: en las novelas... porque yo soy escritor, Bernabé Solano, ¿no sé si conocerá mis libros? —No lo dejó contestar—: También en los crímenes: quería saber lo que se sentía, curiosidad morbosa. Ha sido un caso muy comentado. Es raro que no haya oído hablar de él. ¿Será forastero? —Tampoco pudo intervenir—. Y ¡cómo no! en el ajedrez. Mire, aquí tengo a medias una partida de Fischer contra Spassky. Sigo este libro —se lo enseñó— pero ya me aburre no ver a nadie al otro lado, sólo la muerte. ¿No sé si me entiende? ¿Ha visto "El séptimo sello", la película de Bergman, la del caballero que vuelve de las Cruzadas y...?

— Es que yo...

— No valen excusas. Me ha dicho que jugaba ¿no?

— Sí, al arcidriche y a la letradura —quiso mostrarle la superioridad de su léxico pero Solano lo ignoró—. Yo venía a...

— ¡Qué más da quién sea o de dónde venga! —reflexionó—. Lo importante es que juega al ajedrez. Bastantes problemas tengo yo con mi identidad.

Bernabé Solano dispuso las fichas sobre el tablero y le dejó elegir:

— ¡Mucho mejor un deporte sedentario! Ya ha tenido bastante alpinismo por hoy —estaba jovial.

León recuperó la iniciativa con las blancas y Bernabé se mostró complacido de pelear a la contra, su victoria sería más meritoria. Durante casi media hora se concentraron en la partida. León ordenaba sus pensamientos: el escritor fingía, quería ganar tiempo hasta que llegara la policía.

— Usted y yo ya nos habíamos visto antes —apartó el tablero.

— ¿Sí? —preguntó distraído con los ojos en el juego, pensando en movimientos y variantes.

— Fue en Talleres Retolaza. Yo trabajaba de mecánico. Usted vino a cambiar el aceite y luego se le agujereó el cárter. Dijo que le había dejado flojo el tapón. ¡Qué ideas! —se rio—. Pero —se puso serio— lo creyeron. Me despidieron del trabajo. ¿Recuerda ahora?

— ¡Oh! Lo siento mucho, de veras. Me suena la historia pero no me acuerdo. Le creo, desde luego, su palabra me basta. Me gustaría compensarle, no sabía que hubiera perdido su empleo por mi causa.

— Eso ya es entrar en razón —según él sus palabras hablaban de una operación comercial—. Tengo algo que le interesará. ¿Qué le parece? —desabotonó su camisa y sacó el calendario del Sagrado Corazón de Jesús con sus siglas.

— ¡Qué coincidencia! Tengo varios iguales. Es una marca multinacional, sabe. Pan a la brasa, galletas, productos de alimentación. Casualmente estaba comiendo... —señaló el paquete—. Pero venga, se los enseñaré. Espere, le traeré un bastón y andará divinamente.

Bernabé se perdió escaleras arriba con gran ligereza. León estaba anonadado. Comprendía al fin que no era nadie para su antagonista, que no le había concedido categoría de contrincante, que lo ig-

noraba. Y le había robado hasta su nombre, LU era sólo una marca comercial, León Urraca no era nada.

Bernabé reapareció y trasladó a León al estudio. La visión de los corazones deslumbró a León. Eso no podía improvisarse. Los tenía a docenas, a cientos y él quería venderle uno. Claro que el suyo era el original. Tendría que decírselo.

Regresaron al salón y a la partida. León hizo, a su entender, un par de jugadas brillantes: le comió la dama y le dio jaque al rey. Era el momento.

— Perdone que insista —adoptó un tono exquisito— pero mi corazón —lo puso sobre la mesa— es el auténtico, el que estaba sobre la cama de Candela el día que murió. Todavía tiene rastros de sangre, de sus cabellos... Las iniciales me pertenecen: León Urraca. Lo tengo en mi poder porque yo la maté. Y también a los otros, a su mujer y a su hijo.

Bernabé Solano levantó los ojos hacia él, lo miró un momento y volvió a la partida.

— Yo puedo sacarlo del lío. Le costará algún dinero pero usted es un hombre rico. Me marcharé a Brasil. Usted me hará llegar pongamos treinta millones y yo le enviaré el corazón con una confesión completa. ¿Qué le parece?

— Mate en dos jugadas, está perdido —precisó con júbilo. León había jugado como un principiante al comerse la reina—. Deberá proteger el rey con el alfil y yo desplazaré mi torre aquí.

— ¡Está loco! ¡Déjese de ajedrez! ¿Qué contesta a mi propuesta?

— Pero ¡hombre de Dios!, tenga buen perder —se rio—. Este comisario Eusebio Martín está empeñado en demostrar mi inocencia. ¡Vamos, le he calado desde el principio, él le ha enviado!

— ¡Yo soy León Urraca! ¡Yo los maté! —tiró las fichas al suelo—. ¿No ve? ¡LU, León Urraca!

— ¡Qué modales! Esta comedia ya me está fastidiando. No sea niño y no insista. Hay que saber perder, en el ajedrez y en la vida. Se lo repetiré otra vez. Yo quería experimentar en mí mismo...

Se enredó de nuevo en su verdad y León Urraca se extravió en un llanto enloquecido. Y de telón de fondo la cantinela de Bernabé

Solano y el ulular innecesario de la policía.

Cámaras interiores nos transmitían la conversación. Mis hombres habían forzado puertas y ventanas y esperaban mi orden. Con todas las sirenas funcionando, tomé un altavoz y lo insté a que se entregara, al tiempo que los policías se hacían visibles en el salón. El escándalo atrajo a los vecinos y se empezaron a formar núcleos en las inmediaciones.

Pretendía desanimarlo de cualquier intentona alocada por su parte. Pero León estaba derrotado hacía horas. Por Onofre y Clara, por los mirones del puente del ferrocarril, por Teresa, por su madre, por la naturaleza y por Bernabé. Poca gloria había de quedarme aunque la buscara altisonante. Mis muestras de poderío apenas inmutaron a León que continuó con sus frases primarias: él era el asesino, él era León Urraca.

Entré en el salón. Bernabé Solano recogía las piezas. León estaba acurrucado en su adrián…

(— ¡Qué reiterativo en lo literario o en las alusiones!
— ¿Ya te ha hecho proposiciones?),

…en su nido de urraca, el rostro entre las manos junto a las rodillas. Conmigo en vencedor pero en segundo plano llegaban Teresa y el doctor Muñoz. Bernabé terminó su labor y me ofreció las manos.

— Ahora sí que me esposará ¿verdad comisario? Ya ve que he cumplido mi palabra. No así usted. Me tiene muy disgustado por sus tretas. También por su tardanza —se emocionó. Le costaba decir adiós a esas paredes amadas, a sus muebles, a los objetos de tortura, a la vida en suma—. De todas formas, este chico me ha hecho compañía. Sólo puedo hablar bien de él. Lo ha intentado a conciencia, no lo regañe demasiado.

Todos los presentes asistíamos asombrados a su parlamento. El escritor quería dar solemnidad al acto.

— Siempre he tenido vocación de viento y nuestro destino es pasar. He sido calma chicha, bonanza y huracán; cierzo, levante y solano. El ciclo se termina y he de varar el barco en medio del océano. —Y exclamó teatral—: ¡Las esposas!

El doctor Muñoz me dio permiso con la mirada, se las puse y ordené que se lo llevaran. Bernabé Solano cuadró ceremonioso los pies y humilló la cabeza, dijo "señores" y salió. Iría a un sanatorio y allí empezaría otra historia que poco había de durar.

Me acerqué a León. Cuando lo vi por primera vez, lo había odiado por tener a Teresa y a Clara. Y casi no abrió la boca. Debía ser de los que lo interiorizan todo, no dejan que los sentimientos afloren y se les pudren dentro. La imagen histriónica de Bernabé movía a la sonrisa discreta. En cambio León era un despojo: su cuerpo erosionado y su personalidad negada. Sentí piedad por el vencido.

— Cálmate —le ofrecí un pañuelo y su mano avariciosa lo atrapó y lo hizo desaparecer en su madriguera.

Sollozaba, hipaba y se sonaba los mocos como un hombre orquesta. Durante largos minutos hasta que fijó sus ojos en mí y me dijo:

— No me cree, no me cree... —variaba la música pero su queja era idéntica. Bernabé Solano había vuelto a despreciarlo.

Aguardamos a que transcribieran su confesión grabada. León escuchó la lectura en silencio y asintió cabizbajo a cada imputación. Era agradable que alguien lo creyera. Por eso firmó orgulloso. Le gustaba escribir su nombre y ligarlo a su obra.

— Ustedes sí me creen, ustedes sí —cambió su muletilla y levantó la vista para abarcar a todos en su agradecimiento. Entonces reparó en Teresa, no le había abandonado. Venía a dar testimonio de su personalidad, a participar en su triunfo. Pensó en los titulares de su periódico: "mi novio fue el asesino". Tendió la mano en su dirección a la par que pronunciaba muy despacio su nombre: Te-re-sa, Te-sa.

Y ella acudió mansamente a su llamada. Durante toda la noche se había hecho fuerte en su recuerdo. Sin embargo su aspecto y su delirio fueron mayores argumentos en su contra que todas mis insidias. Lo había defendido porque yo le atacaba. Sus sentimientos se le revelaron nítidos. Ese León era distinto sí, pero tampoco amaba al otro.

— Tú también me crees —se agarró a su mano y ella se dejó coger.

— Sí, te creo —brotó dura su voz.

— Era un plan perfecto pero ese hombre, Bernabé Solano, ese hombre está loco —y se rio. Risa y llanto eran una misma mueca—. Era perfecto ¿verdad Teresa?

— Fue un mal plagio —endureció aún más su tono. Admiré en la distancia su fortaleza—: Te inspiraste en sus novelas para tu estúpida venganza. Todo en ti es postizo. Eres falso y tu amor también lo es.

— A ti te quiero, Teresa. A ellas no pero a ti sí —era una declaración improcedente, no era la hora ni el lugar, tampoco los testigos—. ¿Y tú a mí?

— No, León —la verdad era sencilla—. Te quise mucho pero ya no. Se terminó —y desligó su mano para siempre de la suya y salió al jardín.

La escuché encantado. Al fin entraba en razón, mis palabras obraban un efecto retardado, el campo era libre y mi felicidad posible.

León se revolvió furioso tras ella. El tobillo le falló, se escuchó un chasquido y cayó al suelo con un grito de dolor. Su aullido se transformó en catarata de insultos contra Teresa que ya no podía oírlos. Luchó por reincorporarse y arrastrarse en su persecución pero tres policías lo inmovilizaron. Entonces León bramó su nombre: él era León Urraca, el asesino de los Solano, el criminal de "Los vientos". Se lo llevaron y el doctor Muñoz meneó la cabeza, apesadumbrado: la estabilidad mental de León era pareja a la de Bernabé y le sucedería en la enfermería de la prisión.

El coche celular lo esperaba junto a la puerta pero en el breve trecho surgió la figura redonda, insólitamente ágil, de Onofre Osés. Y detrás su hija Clara.

El periodista había pasado la noche bajo vigilancia médica. Por la mañana, lo había llamado uno de sus informadores. En cuestión de minutos el revuelo de "Los vientos" había llegado a conocimiento de toda la ciudad. Un vecino se lo había dicho a un amigo y un paseante a su familia, bola de nieve que provocó el alud hasta casa de los Osés.

— ¡No puedes hacerme esto, no puedes! —intentó agredir a León y los policías le rechazaron. Cayó al suelo y allí se quedó con su soniquete—: No puedes, no puedes. —Y también—: Mi libro —con la soledad de un don Rodrigo o un Boabdil penando por sus reinos

perdidos.

Clara lo recogió del suelo, cariñosa y el periodista se lo permitió. Había jugado fuerte y salía trasquilado como siempre, aunque esta vez poco había faltado. El coche partió con León y, por la misma puerta abierta, se difuminaron lentamente Onofre y Clara Osés, Charlot y su bastón. Desde el umbral, Teresa y el doctor Muñoz y todos nosotros miramos por primera vez con simpatía al periodista. Su desgarro era más patético aún.

El psiquiatra fue a ofrecerse.

— Este hombre está muy alterado, necesita tratamiento —velaba por su clientela.

— No se preocupe, yo lo cuidaré —lo despachó Clara.

— Todos estamos locos, no hay más que ver las guerras, pero tres casos tan singulares son mucho para una mañana —se despidió de mí.

El inspector Vicente había terminado también con sus hombres. Teresa y yo estábamos obligados a finalizar la jornada. Montamos en el coche y nos pusimos en marcha hacia la ciudad que se desperezaba al nuevo día.

— La realidad no les sirve a ninguno de los tres —meditó Teresa.

— ¿Qué es la realidad si contamos con la verdad judicial? Es triste, un hombre destruido por una acusación injusta y otro tanto esa carambola que arrasó a Onofre.

— A nadie favorece esta historia, si acaso a Juanmi que administrará sus bienes. Los demás todos pierden, ninguno gana, no hay triunfadores.

— Eso no se sabe hasta el final —era mi ocasión—: Quizás nosotros —le hice un arrumaco.

— ¿También usted está loco? —se separó—. Señor comisario, no sea imbécil, por favor.

EPÍLOGO

[99] “Logroño, 2-1-95

Su Señoría:

Gracias por haber respetado el orden —nunca lo dudé de un hombre de leyes— y llegar hasta el final: más raro esto en su profesión.

Esta mañana, cuando ella aparcaba como tantas otras su Mercedes en la prisión de Logroño, he sabido que tenía que escribirle. He empaquetado deprisa y lo he dejado a buen recaudo, para que le llegue en su justo —¡ay la justicia!— plazo.

La de hoy no es visita sino recogida, la última de un proceso: inexistentes los primeros años, espaciadas a partir de la viudedad y descarados vis-a-vis en la recta que hoy culmina.

Comidilla local que la heredera de los Lequerica, una postiza que haría revolverse a doña Nieves, estuviera encoñada con público escándalo con el regenerado asesino de su estirpe.

Aceptado por todos, incluso por Eusebio Martín que sabe y mira desde su propio coche. Hoy es el día de la libertad del loco hecho cuerdo. ¡La autopista pasa cerca y hay tantos trenes que tomar! Nos dejará partir y seguirá su asedio ante otras murallas. Las mujeres del mundo esperan oír los requiebros del policía, frustrado novelista que nunca publicó su obra.

Pero quiere presenciar el beso en la meta final del maratón, aunque él no sabe pero pronto sabrá cuando Su Señoría lo llame que yo aspiro a ganar otras carreras, a que el feliz año nuevo nada guarde del ayer salvo el dinero, que ya reposa a mi nombre en cuentas celosamente numeradas de recónditos paraísos fiscales. Un solo billete de ida a Brasil late junto a mi corazón perdido.

Lorena me conoció en el tren, recién estrenada su orfandad asesina. Me desafió con su delirante historia a no ser

un estudiante cadáver. Fui el mejor actor bajo las estrellas no premiado por la Academia. Bernabé murió y Juanmi lo heredó. Ningún motivo había para que no salieran a la luz los movimientos de su cuenta en Suiza que lo acusaban. Se suicidó a tiempo de evitar la vergüenza. Mi amante entró en posesión de la fortuna de su suegra. Se cobró al fin la compensación a tantas infidelidades —pura venganza de la perdonadora— y recuperó el patrimonio paterno dilapidado. Yo ya pagué, disfrutar me toca y mi musa ha de tomarme el relevo en el oficio que hoy abandono. Es de ley y es de justicia. En el Código Penal encontrará el artículo. Así Eusebio la podrá enamorar en apasionados encuentros por décadas.

Todos escriben novelas de horror: Lorena Wenzel, Eusebio Martín y Onofre Osés, Bernabé Solano y Juan Ramírez, Patricia Highsmith y doña Agatha. ¿La vida es sueño o pesadilla? Calderón fue de los primeros de la lista.

¿Y para qué se escribe una novela? Para superar una crisis existencial, alternativa al suicidio, para conquistar la fama y rendir a las damas. Para inducir al asesinato con un método acroamático y proteger a la amada con la mentira oficial, las dos que acaba Su Señoría de leer. La pasión más corrupta, la ambición más desmedida, el policía más pretencioso, la mujer más pérfida... Fantasías de espías y mecánicos. ¡Cuánta palabrería, qué filigrana! También lo dirán de estas cartas. Hágame caso: sexo y dinero tan sólo, los pilares del mundo, monolito cuando declina el primero. Palabra de León Urraca, palabra de sicario.

Ya me demoré bastante, ella me espera. Pongo el nema y digo amén."

[100/3]—*Ahora nos las pagarán.*

—*Agobiada me tienes. ¿Por qué no tiras esas noveluchas de tu padre? ¡Ya le hubiera gustado a él ser un escritor famoso! Con seudónimos las firmaba, por vergüenza digo yo, para que no se ente-*

raran sus compañeros de la Caja.

— ¡Chitón!, estoy de incógnito, que nadie sepa que soy León Urraca.

—Pero Bernabé, hijo, si tú no has estado nunca en la cárcel y en Brasil no digamos, si llevas treinta años sin salir de casa y nunca has tenido novia.

— ¡Qué sabrás tú, vieja estúpida!

— ¡Ay, Bernabé!, vieja sí soy y ya no podré ocuparme de ti. Llaman a la puerta, voy a abrir. ( ) Bernabé, tendrás que ir con estos señores, ellos te cuidarán, es lo mejor. (Nunca me ha puesto la mano encima, pero se oyen tantas cosas, a veces da miedo).

—Mamá… ¿qué día es hoy?

—11 de junio de 2008, tu santo. Muchas felicidades, hijo.

LÉXICO ABSTRUSO

A

ablandabrevas	holgazán, inútil
abstruso	difícil de comprender
acroamático	método de enseñanza con narraciones
acrónimo	siglas
acróstico	letra inicial en vertical forma frase
adrián	nido de la urraca, juanete
agrafia	incapacidad psiquiátrica para escribir
amativo	propenso al amor sexual
amok	ataque de locura homicida (Mal Asia)
anagrama	de amor: Roma; letras de un emblema
anástrofe	inversión violenta de una frase
anfractuoso	quebrado, terreno abrupto
antifonario	culo
arcidriche	tablero de ajedrez
archimandrita	superior de una comunidad
azotacalles	ocioso que callejea

B

baladrón	fanfarrón, perdonavidas
barnabita	de la iglesia de San Bernabé (Milán)
baticor	pena
baticulo	golpe en el culo
bisunto	sucio, grasiento
boquirrubio	petimetre, presumido
bujarrón	maricón

C

calambur	lé(ase si nó); (plata no) es
calato	desnudo (Perú)
calenda	santoral, tiempo pasado
calobiótico	tendente a la vida ordenada
calvatrueno	calva grande

calvero	terreno sin árboles o plantas
canga	cepo o yugo chino de tortura
careto	rostro sucio
catasta	potro de tortura
celaje	aspecto del cielo con nubes
cellisca	temporal de agua y nieve
cenaoscuras	huraño, tacaño
charrán	tunante
chiquilicuatro	zascandil, mequetrefe
circadiano	de ciclo diario
codina	ensalada de castañas cocidas
conticinio	hora nocturna en silencio
corma	cepo para los pies
cosmorama	artificio óptico con cámara oscura
coturno (de alto)	de alto postín
crural	relativo al muslo
cuestor	el que pide para otro
cultalatiniparla	habla culterana
curialesco	de los tribunales

D

dalaga	doncella soltera (Filipinas)
dendroide	arborescente, de forma arbórea
dengues	melindres, afectación
dicaz	mordaz
dilúculo	última parte de la noche (Roma)
doncella de hierro	sarcófago con clavos interiores
doñeador	cortejador
dúplica	oposición procesal a la réplica

E

ecúleo	potro de tormento
empulguera	aparato para apretar los pulgares
entrelubricán	crepúsculo vespertino

espingarda	cañón y escopeta antiguos
euforia	soportar las adversidades, optimismo

F

factótum	quien presta todos los servicios
falena	mariposa nocturna
falsabraga	murete delante de la muralla
falsario	que falsea o miente
fiasco	fracaso
flamígero	que despide o tiene forma de llama
Frimario	mes revolucionario (22/XI-20/XII)
Fucilazo	relámpago nocturno
fúcar	banquero rico

G

glabro	calvo, pelado
goliardo	dado a la gula y al desorden
gulusmear	probar la comida

H

hebén	persona sin sustancia
heliotropo	flor que se orienta al sol
hervencia	suplicio de hervir al condenado
hetaira	prostituta
hipérbaton	alteración de la sintaxis
hoploteca	museo de armas antiguas

I

ignaro	ignorante
ignavia	pereza
íncola	habitante de un lugar

J

jácara	romance rufianesco
jocundo	plácido, alegre

L

ladino	taimado
lenón	alcahuete
leonino	de León, abusivo
leticia	alegría
letradura	literatura

M

mancuerda	tortura: ligaduras que se apretaban
mesticia	tristeza
mórbida	blanda, delicada, enferma
mundinovi	mundonuevo
mundonuevo	cosmorama portátil
munífico	generoso

N

nema	cierre o sello de una carta
nido de urraca	fortificación
noctívago	noctámbulo

Ñ

ñiquiñaque	muy despreciable

O

onagro	asno silvestre
ordalía	prueba: juicio de Dios
orear	airear

P

pamplinera	que dice pamplinas, banalidades
pandorga	panza
paniaguado	criado interno
parafernalia	liturgia o ceremonia
pecio	restos del naufragio
perniquebrar	romperse una pierna o las dos
picaflor	pájaro
pífano	flautín
pipiolo	joven inexperto
polífago	que padece ansia de comer, bulimia
poquedad	pusilanimidad
premoriencia	anteceder en la muerte
prosapia	linaje, abolengo
prosopopeya	afectación, grandilocuencia

Q

quiasmo	dicción: dos oraciones inversas

R

rabiazorras	viento solano
rábido	airado, violento
recoquín	pequeño y gordo, rechoncho
relapso	hereje reincidente
requilorio	formalidad o adorno innecesario
reverbero	reflejo o brillo
rodrigón	criado viejo de compañía de las damas
rosicler	rosado como la aurora
rulé	culo

S

silente	silencioso
silepsis	gramática: singular con plural
soflama	alocución, perorata
sorgo	vino chino de esta planta
sosia	doble

T

tracería	decoración de figuras geométricas
transfretano	al otro lado del estrecho
trapacero	tramposo, falso
trujamán	intermediario, intérprete
tumbaollas	glotón

U

uxoricida	asesino de su esposa

V

vanílocuo	orador insustancial
vatídico	que vaticina
vedeja	cabellera del león, melenas
venal	que se deja sobornar
venero	manantial
vesánico	loco, furioso
virazón	cambio de viento
volapuk	pretendido idioma universal
vórtice	torbellino

Y

yeco	terreno erial

Z

zahúrda	pocilga
zaino	pelo muy negro, sin canas
zamacuco	que se hace el tonto
zorronglón	mal mandado, reacio
zubia	lugar de agua abundante

Lorena Wenzel y Eusebio Martín, León Urraca y Onofre Osés, Barnaby Wind y Juan Ramírez, todos escriben novelas de horror.

Los días del conocimiento discurren para Laura Weyler entre crímenes horrendos y amores insospechados, donde naufragan las certezas más sólidas. Todos buscarán más tarde el corazón perdido en sus laberintos personales.

Novelas negras que no distinguen la mano que mata y la mano que escribe realidades una tras otra. Y al final queda el hilo invisible que amalgama, caricaturiza y descubre otra orilla más allá.

Novela de novelas, de vocación quijotesca. ¿Quiénes son todos? ¿De qué novelas habla? ¿El horror es sustantivo o calificativo? ¿Para qué escriben?